

LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

Dabo eis Cor ut sciant me, quia ego sum Dominus: et erunt mihi in populum, et ego ero eis in Deum.—JEREM. c. XXIV, v. 7

REVISTA RELIGIOSA MENSUAL

PUBLICADA CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

DIRECTOR—José Julio Matovelle, *Presbítero*

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE—Manuel María Pólit

TOMO III

1886

En cinco Tomos



QUITO

Imprenta del Clero

BIBLIOTECA
NACIONAL

DE QUITO.

LA REPUBLICA
DEL
SAGRADO CORAZON DE JESUS



**AL CORAZON SAGRADO
DE JESUCRISTO**

**DIOS DE AMOR Y REY DE LAS NACIONES
EN EL 2.º CENTENARIO
DEL ESTABLECIMIENTO DE SU CULTO
SE CONSAGRA HUMILDE Y PERPETUAMENTE
ESTA REVISTA RELIGIOSA**





LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

NUM. XX—TOM. III

JUNIO DE 1886.

LA REPUBLICA

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

*Dabo eis Cor ut sciant me, quia ego sum
Dominus: et erunt mihi in populum, et
ego ero eis in Deum.—JEREM. c. XXIV, v. 7.*

El Ecuador, la más humilde y modesta entre las naciones libres de la América, ha se engalanado desde hace algunos años con el hermoso título de *República del Sagrado Corazón de Jesús*, título reconocido unánimemente por propios y extraños, por fervorosos católicos así como por intrasigentes incrédulos. En prueba de esto último, citaremos un hecho. Mucho antes de que se publicase la

presente Revista, hallándose un joven ecuatoriano en una de las más grandes capitales de Sud América, preguntáronle algunos caballeros:—¿ De dónde es U.?—Del Ecuador, repuso el joven.—¿ Ecuador! . . . replicaron en són de burla sus interlocutores; Ecuador! . . . no hay nación en el mapa que lleve este nombre: la que en tiempos pasados se conocía con él, sabemos que hoy se llama *la República del Sagrado Corazón*. . . Este calificativo irónico en labios de aquellos incrédulos es cabalmente lo que nos movió á dar á nuestra publicación religiosa el título que lleva; pues lo que á juicio de la impiedad es un insulto, para el verdadero cristiano es una gloria. Si Israel tenía á honra llamarse el *pueblo de Dios*, el Ecuador tiene á honra y gloria ser reconocido como la *República del Sagrado Corazón*; porque bienaventurado el pueblo que tiene por su Señor á Dios, y ojalá se realice en nosotros el anuncio de Jeremías: “Les daré *Corazón* “para que me conozcan y sepan que yo soy el Señor; “y entonces ellos serán mi pueblo y yo les seré su “Dios.”

Desde algunos años á esta parte, la prensa extranjera, tanto de Europa como de América, se ocupa con mucha frecuencia del Ecuador; se le ensalza en las publicaciones católicas, se le deprime é insulta en las impías y revolucionarias. ¿Cómo y por qué motivo ha podido llamar la atención del mundo un país tan pequeño y humilde como el nuestro? ¡Ah! es que Dios que se vale de lo débil para confundir lo fuerte—*Contemptibilia mundi eligit Deus ut confundat fortia*—ha escogido á nuestra modesta República para hacer ostentación de su brazo. Habéis hecho, oh Dios, dice el Salmista, resonar vuestras alabanzas en labios de infantes y de niños para vergüenza y confusión de vuestros enemigos. *Ex ore infantium et lactentium perfecisti lau-*

dem propter inimicos tuos ut destruas inimicum et ultorem. Hoy que casi todos los pueblos del globo, soberbios con los adelantos de una descreída civilización material, desconocen al Señor de todas las naciones y proclaman el ateísmo político como el mejor sistema de gobierno, necesario es que se levante una voz, aunque sea la de un niño, que proteste contra semejante locura é impiedad. Si callan los grandes, que hablen los pequeños: álcese, por lo menos, la voz de una humilde República americana contra la apostasía criminal de todas las naciones.

La consagración del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús no ha sido, pues, un acontecimiento cualquiera debido al acaso ó á la inspiración feliz de un individuo, sino un hecho providencial dispuesto con siglos de anticipación en los planes sapientísimos del Todopoderoso. Un estudio algo detenido de este hecho nos convencerá de la verdad de lo que decimos, y justificará más plenamente el título que nuestra patria ha adoptado de *República del Sagrado Corazón*.

Consagrar una cosa á Dios es separarla de todo uso profano y dedicarla al servicio del Señor. Para comprender esto bien es necesario recordar que, según lo prescrito en la ley mosaica, todo sacrificio perfecto debía constar de cinco partes que eran las siguientes: la primera la *satisfacción* ó la *consagración* de la víctima, la segunda la *oblación*, la tercera la *inmolación*, la cuarta la *inflamación* ó *consumación*, y la quinta la *comunión* de la misma víctima. La consagración ó santificación de la víctima consistía en segregarla de todo uso profano, de manera que no pudiese ser aplicada á otra cosa que al culto de Dios; santificación que no podía hacerse por una virtud ó autoridad humana sino por la autoridad é institución de Dios, que levantando la víctima sobre el orden puramente natural,

la hacia apta para serle ofrecida como una cosa santa, libertándola del dominio del hombre y de la servidumbre de la corrupción. De manera que, una vez consagrada una cosa á Dios, quedaba por el mismo hecho dispuesta para el sacrificio, comprometida y obligada á la inmólación, todo como efecto de la santificación de la víctima. Pues ella, en virtud de esto último, era debida á Dios en sacrificio; y ya no se la podía considerar sino como una cosa sagrada que pertenecía únicamente á Dios y que en honra del mismo Dios debía ser destruída y consumida. (1)

Los sacrificios de la Ley antigua no eran sino figura de los de la Ley nueva, y principalmente del más grande y excelso de todos; el de la Cruz. Ahora bien, como es sabido, el sacrificio es la esencia y el fundamento de la religión; el sacrificio es el único homenaje que la criatura puede tributar al Criador, y homenaje necesario del que nadie puede excusarse, puesto que la religión es el primero y más importante deber todas criatura racional. En un sentido lato puede decirse que todas las cosas, por el hecho de ser criadas, están ya consagradas á Dios; pues no hay sér alguno que no haya sido criado por Dios para su gloria: *universa propter semetipsum operatus est Deus*. Pero, aparte de esta consagración universal, hay otra más especial que es la que acabamos de exponer.

Según esto, en un sentido lato, todas las naciones están consagradas á Dios por el mismo hecho de ser criaturas; pero, en sentido más estricto, no lo serán sino aquellas que libre y voluntariamente quieran dedicarse de una manera más especial al culto del Altísimo. Consagrar una cosa á Dios es, pues, ofrecerla en víctima. Pero ¿cómo una na-

(1) De Condren. — "Idée du sacerdoce et du sacrifice."

ción podrá ser ofrecida en víctima á Dios?—Inmolando el *sacrificio de justicia*, guardando las buenas costumbres, conservando incólume el tesoro de la fe, y estando siempre dispuesta á sacrificarse por el Señor cuando así lo exijan su honor y su gloria.

Esta doctrina inconcusa y clarísima es sin embargo hoy el escándalo de los políticos; y no diremos la filosofía atea, sino hasta el más pccato de los errores modernos, el *liberalismo católico*, se halla en abierta pugna contra esta verdad. La religión, dice este último, es buena y obligatoria para los individuos, pero no para los gobiernos: el Estado como tal no profesa religión alguna. De manera que el Estado como tal no es una criatura sino un dios; y al culto de este ídolo nuevo es á lo que se ha dado con exactitud el nombre de *Estadolatría*.

Contra esta última forma de paganismo contemporáneo, necesario es emplear una forma nueva también de inmolación y sacrificio, necesario es derrocar á Satanás del altar que se ha levantado bajo el solio de las repúblicas como sobre el trono de los reyes. ¡Contra una nueva impiedad, nuevas víctimas ofrecidas al Señor! Y, pues las víctimas deben ser ahora no tanto los individuos como las naciones, hé aquí la necesidad de que las naciones como naciones sean consagradas al Señor, y le sean ofrecidas como víctimas sociales. Mientras los pueblos impíos y apóstatas llevan impresa en sus réprobas frentes la blasfemia, que es la señal de la Bestia, los pueblos predestinados y fieles han de llevar grabada en su frente la cruz del sacrificio, que es el signo del Mesías. Y para que esta consagración de un pueblo al Señor sea solemne, ha de ser hecha por los mismos gobiernos, que ellos también como toda criatura han de doblar sus rodillas ante Dios y reconocer y proclamar su

infinita soberanía sobre todos los principados y potestades, sobre todos los reyes y señores del cielo y de la tierra. *Ut in nomine Jesu omne genu flectatur coelestium, terrestrium et infernorum.*

Ved aquí la importante y sublime doctrina que ha proclamado la República del Ecuador, al consagrarse solemne y oficialmente al Corazón Sacratísimo de Jesús, ante la apostasía universal de los gobiernos de la tierra. Es decir que el Estado ecuatoriano, precisamente como Estado, se ha ofrecido por víctima al Señor, en reconocimiento de su infinita soberanía sobre todas las naciones, en acción de gracias por los beneficios que de su divina diestra ha recibido, en expiación de todos los crímenes públicos, y también para impetrar los auxilios omnipotentes del Cielo, sin los cuales no puede subsistir ni prosperar pueblo alguno de la tierra, como ni criatura ninguna en todo el universo.

Pero ¡ ah ! ¿ dónde hallar una víctima pura que ofrendar en las aras del Altísimo ? ¿ Qué nación en la tierra será bastantemente limpia que merezca ser colocada entre las brasas sagradas del altar ? Raras, difíciles de encontrarse son las condiciones que exige en la víctima el rigor de la divina Ley : “ No inmolaréis al Señor vuestro Dios, “ dice el Deuteronomio hablando de los animales “ que habían de ser elegidos para víctimas, ninguno “ que tuviese mancha, ó fuese cojo, ó ciego, ó disforme en algún miembro, ó estropeado. ” (xv, 21.) Para que el Ecuador pudiera llamarse con verdad una *nación consagrada á Dios*, era necesario que, ya que no á sí misma, pudiese presentar en lugar suyo á una víctima pura, inocente, incontaminada, á lo menos en cuanto lo permite la fragilidad de nuestra especie. Además, esta víctima debía ser manifiestamente aceptada como tal por el Señor : porque la criatura puede en verdad ofrecerse á la

inmolación; pero no será verdaderamente víctima si Dios no acepta este ofrecimiento: *Non enim qui seipsum commendat ille probatus est, sed quem Deus commendat*, dice el Apóstol. Nadie puede consagrarse á sí mismo. La consagración de una hostia debía hacerse no por los esfuerzos humanos sino por una virtud de lo alto; y de aquí los signos y ceremonias sagradas que siempre se han empleado en la dedicación de una víctima. ¿Dónde hallar ahora, en nuestra pobre é incipiente República, una alma que reuniera tan difíciles condiciones, para que pudiese ser ofrecida menos indignamente entre el incienso del altar?

¡ Oh prodigio de la predilección divina para con este humilde país! —pues esa víctima precisamente la tenemos y preparada por el Señor con dos siglos de anticipación! Esta víctima es nuestra insigne virgen Mariana de Jesús! Desde luego, siendo el sacrificio el fondo de toda virtud, es también el carácter distintivo de toda santidad; pero hay algunos siervos del Señor en quienes resplandece con más brillo este espíritu de inmolación, y una de estas almas privilegiadas es nuestra ínclita virgen quiteña, que floreció como azucena entre las espinas del más rudo y constante sacrificio. No nos extenderemos aquí en desenvolver esta verdad, pues la tratamos en otro artículo de esta misma Revista; haremos sí notar que la ilustre víctima reúne todas las condiciones exigidas por la ley para ser tal. Fué predestinada por Dios desde la cuna, y aun antes de nacer, para la sublime misión que había de desempeñar en su patria, con prodigios manifiestos é inequívocos que comprobaron esta elección divina. Fué una víctima pura hasta donde lo permite la miseria de la condición humana auxiliada del Señor, pues conservó intacta la inocencia bautismal, y no se cuenta haya cometido

jamás una falta venial deliberada. Desde niña su más ardiente deseo fué el de la inmolación y el sacrificio, que llegó á saciarlo con las prácticas de la más espantosa y continua penitencia. Por último, á semejanza del divino Maestro, dió la vida por sus hermanos; pues, para rescatar á su país de las tiras justísimas de Dios, se ofreció á sí misma en sacrificio, y el Cielo aceptó luego y visiblemente esta oblación, haciendo cesar las señales de su cólera y cargando á la inocente virgen de dolores extraños y misteriosos, hasta que por fin murió mártir de su caridad para con la patria. No cesaron aquí los prodigios; pues, no bien cerrado el sepulcro de la tierna víctima, brotó de su sangre virginal una azucena, como para manifestar cuán acepto había sido á Dios el sacrificio de esta admirable heroína. ¡Tierra que produjo tan fragante y celestial azucena, bien podía ya ser consagrada al Corazón Sacratísimo de Jesús! ¡Pues dónde se apacienta el Cordero divino, si no entre las flores de los campos y los lirios de los valles?

Cuando Jefté, uno de los más valientes jueces de Israel, volvió triunfante por las victorias alcanzadas sobre los Amonitas, quien primero le salió al encuentro fué su hija, la que hubo de ser inmolada como víctima al Señor, en cumplimiento de un voto de su padre y en acción de gracias por los beneficios obtenidos. Así también en el Ecuador la víctima aceptada por el Cielo ha sido la hija primogénita de nuestra nación, la virginal Mariana de Jesús, la primera en salir al encuentro de su patria tanto en los días de júbilo como en los de llanto. ¡Víctima pura, víctima escogida, dádiva la más valiosa que la divina Providencia ha hecho á este suelo, á quien debemos todas las glorias del pasado, y en quien fundamos todas las esperanzas del porvenir!

Si el Ecuador por sí mismo no era digno de ofrecerse como víctima al Señor, ha tenido al menos una hija que al inmolarsé por su patria ha sido aceptada por el Altísimo en olor de suavidad. Pero, si absolutamente hablando puede decirse que ninguna nación es digna de ofrecerse en holocausto al Señor, no así en sentido relativo. En efecto, las naciones tienen también su virtud y pureza distinta, pero no menos real que la de los individuos. Esta pureza y virtud consisten principalmente en que reine en un país incontaminada la fe católica, imperen las buenas costumbres sobre la sociedad en general, especialmente en los gobernantes, y haya entre la Iglesia y el Estado la coordinación y armonía debidas. Por lo demás, esta virtud y pureza de un pueblo no se destruyen, porque haya en él algunos perversos y se presencien de vez en cuando algunos escándalos públicos. Si de estos males se queja también la santa Iglesia católica, mientras dura su peregrinación en este mundo, sin embargo de ser la más perfecta de todas las sociedades posibles, ¡cuanto más habrán de lamentarse de ellos sociedades inferiores y menos perfectas como son las políticas! Este segundo género de pureza podemos decir que no es del todo extraño á nuestra República; pues es innegable que á lo menos la fe católica ha sido siempre profesada en ella íntegra, sin mancha, é impera del uno al otro extremo del territorio sobre el trono de la más absoluta unidad. Beneficio singular que en los arcanos de inconcebible misericordia se ha dignado concedernos la manificencia divina; porque, sin una protección verdaderamente manifiesta del Cielo, la unidad católica habría ya naufragado entre nosotros ha muchos años, en el mar incensantemente borrascoso de nuestras revoluciones políticas. Però Dios, que supo conservar la cuna de Moisés en

medio de las aguas, ha preservado también intacta la fe de nuestra República en medio de las tempestades revolucionarias, revelándonos así clarísimamente que su amoroso Corazón tenía especiales designios de bondad para con este humilde pueblo. ¡Sea el Ecuador siempre fiel á su misión, no permita nunca que se arraigue en sus playas la exótica y venenosa planta de la impiedad, guarde siempre incólume el sagrado depósito de la fe, el arca santa de la unidad católica; y entonces sólo conservará el derecho de llamarse á la faz de todo el mundo *la República del Sagrado Corazón!* ¡Antes hemos de perder toda la sangre de nuestras venas, que tolerar se nos arrebate tan preciosa joya!

Una vez consagrada nuestra República de *víctima* á Dios, forzoso y necesario es que se inmolen constantemente en ella estas hostias propiciatorias, y de hecho no han escaseado éstas antes y después de aquella consagración solemne. La primera flor de santidad en nuestro suelo, ya lo hemos visto, fué una víctima: la fragante Azucena del Pichincha tiene por raíces hilos de sangre. Prolijos seríamos si hubiésemos de mencionar aquí otras y otras plantas que han brotado al riego de este puro y *rubicundo licor*, y que si no han logrado competir con la Azucena, á lo menos forman su brillante cortejo. Señalemos una solamente. Vísperas casi de la solemne consagración de la República al Corazón Sacratísimo, mostróse en ella con dulce y apacible fulgor un modesto pontífice, en quien esperábamos todos tener no muy tarde al Toribio de Mogrovejo ecuatoriano. Pero apenas se mostró en el zenit esta radiosa y peregrina estrella, cuando muy luego la eclipsaron las sombras de la muerte. ¿Cómo podrá explicarse la repentina y misteriosa muerte del Ilmo. Señor Yerovi?—La respuesta segura nos parece ésta: fué una *víctima*

ofrecida por la salud de la Iglesia ecuatoriana!... Su elección no había sido á gusto del liberalismo cesarista, el que se preparaba ya á escandalizar á la República promoviendo serios conflictos al Prelado; pero él, que supo á tiempo que su elección motivaba semejantes peligros, y mientras los buenos católicos buscaban medio favorable para resolver la cuestión, el Ilmo. Yerovi halló luego el más expedito y pronto que tienen siempre en sus manos los siervos fieles del Señor. En una conferencia tenida al efecto, entre Mons. Tavani, Nuncio apostólico á la sazón, el Ilmo. Sr. Yerovi y otro personaje distinguido de esta Capital, testigo de esta escena, después de haber discutido sobre las medidas que convenían tomarse para conjurar el conflicto que amenazaba, el ilustre Pastor de Quito paróse en medio de la discusión y pronunció inspirado estas palabras: "No, Excmo. Señor, no tema "S. Sría. por la Iglesia ecuatoriana: Dios no permitirá que mi vida sea un obstáculo á sus progresos; yo "moriré cuando sea necesario." Efectivamente, pocos días después, antes que se hubiese reunido la Asamblea legislativa, en cuyo seno había de estallar la tempestad, el Ilmo. Señor Yerovi cae repentinamente enfermo. Acuden los médicos y declaran que el accidente es grave, pero que la ilustre víctima aun tiene *bastantes fuerzas para vivir*; acércase á su lecho de dolor un benemérito sacerdote, hoy distinguido Prelado de la República, y le comunica el fallo de los facultativos; el augusto enfermo recibe sonriéndose la noticia y replica al que se la daba: *sí, es verdad, bastantes fuerzas tengo... para morirme!* y pocos momentos después espira.... La Iglesia ecuatoriana se había preservado de un escándalo, pero también una nueva ilustre víctima debía ser contada ya en los fastos de su historia. Para corroboración de lo

que acabamos de expresar, añadiremos que todo el pueblo atribuyó á esta causa la repentina muerte del Prelado. En los apuntes biográficos depositados con su cadáver y firmados por las personas más respetables de Quito, se lee: “Créese que, antes de su última enfermedad, hizo á Dios el sacrificio de la vida, á fin de evitar los males que podrían sobrevenir á la Iglesia y á la República, por el desacuerdo en que estabau respecto de la sucesión en el arzobispado.” Prueba de ello es también la manera desacostumbrada con que el celosísimo Obispo concluye la última de sus cartas pastorales, de las que publicaba casi siempre una cada semana; pues, dirigiéndose á su grey, le dice: “Y con esto *me despido*, dándoos mi paternal bendición, deseándoos con ella toda suerte de bienes en el Señor.”

Atentos é ilustrados observadores han notado que se despertó admirablemente la fe y la piedad en Quito durante el corto tiempo que presidió á esta Iglesia el Ilmo. Señor Yerovi, y que de entonces para acá y principalmente desde su preciosa muerte, se ha desarrollado el gran movimiento religioso que hoy es la vida de nuestra República. ¡ Poder admirable el de una sola víctima!—sí, una sola basta para alcanzar del Cielo lo que talvez no han logrado siglos de trabajo y lucha. Émulo el Señor Yerovi de las virtudes, principalmente de la austera penitencia, de nuestra tierna heroína Mariana de Jesús, lo fué también de su abnegada muerte. ¿ Quién podrá explicar el misterioso influjo que esta ínclita virgen está llamada á ejercer en los destinos de nuestra amada Patria? ¿ No parece que su espíritu es el molde en que deben fundirse los verdaderamente grandes genios de la República?

Preparado de esta manera el campo, llegó por

fin el tiempo en que había de consagrarse públicamente el Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús. Este acto, por el cual ofreciéndose nuestra República en víctima al soberano Señor de todas las cosas iba á hacer la profesión más solemne de su fe en la soberanía social de Nuestro Señor Jesucristo, debía en los planes de la divina Providencia ir precedido de otra grandiosa manifestación de las creencias católicas de nuestro Gobierno. Esta divina soberanía social tiene su realización práctica en el mundo, en el ejercicio de ese sagrado derecho que se conoce con el nombre de *Dominio temporal del Papa*, quien, como primer representante en la tierra y Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, lleva sobre su frente la triple corona de Padre, Pontífice y Rey. Pero de estas tres dignidades la última sobre todo es intolerable para el orgullo satánico de la Revolución, la que por lo mismo se ha ensañado contra ella hasta poner bajo sus plantas sacrílegas el cetro paternal del más dulce de los reyes. Al consumarse la impía usurpación de los Estados Pontificios, todas las naciones del mundo sellaron sus labios con el cobarde silencio de la incredulidad ó la indiferencia. Pero, en medio de este aterrador silencio que pregonaba la universal apostasía de los Gobiernos, se alzó una voz, no poderosa, pero indignada, que rompió ese inicuo silencio con una solemne protesta; y ésa fué la voz de la humilde Nación ecuatoriana. En seguida y como en premio de acción tan generosa, el Cielo le concedió la gracia de que fuese ella la primera entre todas las naciones que se consagrarse pública y oficialmente al Corazón Sacratísimo de Jesús. Hablando de esta resolución, en su magnífica obra *De Rationibus Festorum*, dice el sabio Padre Nilles: *Ipsum hoc nostra aetate in suo genere plane singulare Decretum et memoria dignissimum et omnibus sanctissi-*

mo huic cultui auidictis peraccommodum.

Pero no bastaba aún esto para que el Ecuador pudiese en verdad llamarse la República del Corazón Sacratísimo; pues la criatura puede en verdad ofrecerse al Señor como víctima, mas sólo á Dios toca el aceptar ó no esta oblación. ¿Y podremos decir que ha aceptado el Cielo la consagración del Ecuador al Corazón divino de Jesús?... Un hecho magnífico y elocuente nos permite suponer que sí. Este hecho es la inmólación casi simultánea de las dos autoridades eclesiástica y civil de la República que hicieron de ella esta consagración solemne. Cuatro años sólo habían transcurrido desde este acto memorable, cuando el sacrificio ofrecido estaba ya consumado. Tomando estos acontecimientos por señal de irremediable desventura, decían entonces los impíos mofándose de nosotros: ¡ Hé aquí cuál ha sido en breve el premio que el Ecuador ha recibido de su consagración al Corazón de Jesús! ¡ Necios! no comprendían que, al ejercer el infame oficio de sicarios, contribuían ellos mismos sin saberlo á afirmar, no á destruir, los efectos de esta consagración!

Dos hombres se hallaban por entonces á la cabeza de los destinos de la Patria: el Ilmo. Señor Checa y el ínclito García Moreno; dotados ambos de hermosas prendas, aunque en órdenes distintos. El primero dulce, tranquilo y apacible con la sencillez y la mansedumbre de la paloma, presidía á la Iglesia ecuatoriana, y entre otros títulos de gloria tiene el notabilísimo de haber sido el primero en fundar un seminario netamente tridentino, poniendo con esto solo la más segura base para una reforma estable de nuestro clero. El segundo, hijo de las tempestades, desde la primera magistratura de la República daba á ésta el impulso del rayo, hasta lograr arrancarla de las proximidades del

sepulcro é infundir en sus exhaustas venas la sangre ardiente de vigorosa juventud. ¿Qué podemos decir de García Moreno, después que el mundo católico todo le ha dado ya un lugar indisputable en los fastos gloriosos del presente siglo? Sólo añadiremos una reflexión que nos parece clave de la historia de este grande genio, y es que lo más hermoso de su destino providencial está en ser una *víctima*!

Dios, que eligió á este hombre extraordinario para que, en medio de la apostasía universal de los gobiernos, diese al mundo el más heroico ejemplo de fe cristiana consagraudo todo un pueblo al Corazón Sacratísimo del Salvador, le adornó también con las cualidades necesarias para llenar cumplidamente misión tan grandiosa, poniendo principalmente en su alma el *amor y la sed del sacrificio*. Cosa notable, en efecto: ese carácter indomable, ese corazón impetuoso ardía en la sed del sacrificio; de aquí ese como desprecio de la vida, ese valor que no conocía peligros, esa serenidad jamás intimidada ni á vista mismo del puñal de los sicarios. García Moreno, Presidente de la Patria de Mariana de Jesús, alimentado frecuentemente con la sagrada Hostia de nuestros altares, sobrada razón tenía para desafiar todos los temores; pues podía él dar la respuesta que aquel soldado francés á quien, en uno de los combates del sitio de Sebastopol, se le preguntó cómo había podido adelantarse tan adentro en la pelea: “Es, contestó el valiente, porque hoy he comulgado.” De este mismo origen procedía también en nuestro héroe ese amor nunca desmentido al sacrificio, que le hacía prorrumpir diariamente en palabras del más fogoso entusiasmo. Hablándole en una ocasión de los peligros que amenazaban á la fe del Ecuador, y que tal vez pronto sería rota en él la unidad religiosa: “Eso

“no será jamás, repuso; pues, para esto, derramaré “yo antes toda la sangre de mis venas!” Cuando se le encargaba que cuidase algo más de la seguridad de su persona contra las tentativas de asesinato que urgían constantemente sobre su cabeza: “No, respondía: Dios cuidará de mí mientras le “pueda servir con mi vida; cuando no, aunque sea “un niño me matará. . . Pueden matarme los enemigos de Dios y de la Iglesia; pero Dios no muere!” En estos mismos sentimientos abundan hasta sus comunicaciones privadas; en una de ellas, dirigida desde Guayaquil á un caballero de la Capital en 1867, le decía: “Mucho habrá que luchar “en favor de la Religión y de la Patria; pero no “importa. Cumpliré mi deber defendiéndolas hasta morir, aunque quede solo luchando por ellas.”

Muy pronto debía ser satisfecha hasta la hartura esta sed de sacrificio. Las sociedades secretas de muchas naciones de Europa y América se conjuraron contra el Ecuador y su católico Presidente. Un misionero de esta República, hallándose no hace mucho en París, en una de sus más famosas librerías, tomó por acaso un libro que encontró ser una publicación francmasónica en que se trataba del Ecuador, y en ella leyó estas palabras: “García “Moreno fué condenado á muerte por las Logias, el “día en que cargó la Cruz en una procesión solemne “de Quito.” ¡Ved aquí su crimen! . . . Haber levantado sobre sus hombros esa Cruz exaltada en otro tiempo por el emperador Heraclio, y hoy pisotenda por los tribunos y los reyes! Haber agotado sus esfuerzos para dar por su parte cuanto lustre le fué posible á nuestra santa y adorable Religión!

García Moreno supo de antemano esta bárbara y criminal sentencia y la aceptó. Desde entonces no huía su inmolación sino que en cierta manera hasta la buscaba. Hé aquí, si no, la carta que

escribió á Nuestro Santísimo Padre Pío IX, pidiéndole su paternal bendición y encomendándose á sus eficaces oraciones: “Hoy que las logias de los “Estados vecinos, movidas por las de Alemania, vomitan contra mí toda suerte de atroces injurias y “de horribles calumnias, y se busca en secreto el “medio de asesinarme, necesito de la protección divina á fin de vivir y morir por la defensa de nuestra santa religión y de este amado pueblo que Dios “me ha llamado á gobernar. ¡ Qué dicha para mí, “Santísimo Padre, ser detestado y calumniado por “amor de nuestro Divino Redentor! ¡ Y cuán “grande sería mi felicidad si vuestra bendición me alcanzara del Cielo la gracia de derramar mi sangre por Aquel que, siendo Dios, quiso derramarla por “nosotros en la Cruz!” Luego escuchó el cielo estos ardorosos votos, y el 6 de agosto de 1875 una nueva é ilustre víctima era inmolada en los atrios del Palacio presidencial de Quito. Al saberlo, las logias todas del mundo batieron palmas, y traicionando á sí mismas su secreto declararon muy alto el motivo de esta inmolación; más explícitos que otros, los periódicos sectarios de España celebraron este crimen, calificando en son de burla al finado, de *víctima del Corazón de Jesús*, aludiendo á la consagración que de nuestro pueblo le hiciera (1). En esto halláronse de acuerdo los buenos con los malos; pues, al par de las logias, la imponente voz de Pío IX manifestó también que García Moreno *había caído bajo el hierro de los sectarios, víctima de su fe y de su caridad cristiana para con la patria.*

No habían transcurrido aún dos años completos, cuando el 30 de marzo de 1877 otra víctima merecedora de inmortal recuerdo, el Ilmo. Señor

(1) Véase el número de octubre de 1885 de “El Mensajero del Sagrado Corazón” de Bilbao.

Checa caía también herido de muerte, abrevado con el veneno de las logias en el altar mismo en que celebraba las augustas ceremonias del culto.

Cuatro años no completos habían transcurrido desde que el Ecuador se hubo consagrado al Corazón divino de Jesús, y las manos que sellaron ese decreto descansaban ya con palmas triunfales en el sepulcro. Pero ¡ cuántas misteriosas coincidencias, qué grandiosa solemnidad y hasta dramático aparato en la inmolación de estas dos víctimas ! El día, el lugar, la manera, todo parece escogido y dispuesto de antemano por un poder superior para dar solemnidad imponente y casi religiosa á estos dos memorables sacrificios. Ambos tienen lugar en la Capital de la República, á pocos pasos el uno del otro, ante numeroso concurso, á plena luz meridiana, en el centro mismo de Quito. ¿ No nos hace ver todo esto que era el sacrificio mismo de la República el que, en la inmolación de sus dos principales magistrados, se efectuaba entonces en tan decisivos momentos ? ¡ Oh qué hermoso espectáculo ! no sólo para los hombres, sino hasta para los ángeles : la Iglesia y el Estado ecuatorianos, abrazándose, como en otro tiempo los mártires en el circo, al pié mismo del altar del sacrificio !

Veamos ahora cómo acontecieron esas dos muertes. La del magistrado civil ocurrió el 6 de agosto, primer viernes del mes y fiesta de la Transfiguración gloriosa del Señor ; fiel á su costumbre de honrar en tales días con una comunión al Corazón Sacratísimo de Jesús, acércase por la mañana á la mesa eucarística y aliméntase en ella del Vino de los fuertes y el Pan de los mártires : ignoraba que esa comunión era su viático. Poco después de mediodía, dirígese á la plaza mayor llevando el mensaje que había de presentar en las próximas Cámaras Legislativas, testamento elocuente que

muy luego iba á ser sellado con la sangre de sus venas, en el cual atribuye á Dios todos los beneficios de su administración política, y pide á su Patria le perdone los yerros involuntarios con que acaso le hubiese ofendido. Llegado al atrio del Palacio presidencial, córcanle sus asesinos, hiérenle de muerte, y no le abandonan sino cuando le creen ya un cadáver. Pero el valiente soldado de la Iglesia no debía morir sino á la sombra de esta amorosa madre. Moribundo ya y casi exánime, es llevado á la Catedral, pasa por última vez delante del trono de amor de la sagrada Eucaristía, y como en lecho postrero de descanso es tendido en el templo, junto á los altares y á los pies de una devota imagen de la Madre del sacrificio, nuestra Señora de los Dolores; allí perdona á sus enemigos, recibe los últimos sacramentos y muere. Pero muere estrechando con un lazo de sangre el templo y el palacio; y muere empapando en ella las baldosas del santuario.

Análoga á ésta y como ella igualmente preciosa fué también la muerte del Pontífice. Principió la secta por conminar su inicua sentencia á todo el ilustre Episcopado ecuatoriano en un libelo infame titulado *Carta á los Obispos*; luego sus tiros más envenenados fueron dirigidos contra aquel que era la cabeza entre ellos. El Ilmo. Señor Checa, como que presentía ya su sacrificio próximo, preparóse á él con algunas semanas de retiro y soledad. Retemplado varonilmente su espíritu, presentóse luego á la lid, valiente y denodado, hasta el punto de concitar contra sí todas las iras de la secta. Llega el Viernes Santo de 1877, y mientras el venerable Prelado celebra las augustas ceremonias de aquel solemne día, manos sacrílegas y audaces derraman el tósigo en el vino del altar. A poco su intento criminal se mira satisfecho: el inocente

Pontífice se ha envenenado á sí mismo bebiendo como el divino Maestro en el Gólgota la amargura de la hiel en el vino del sacrificio. Al concluirse las sagradas ceremonias, el Príncipe de la Iglesia ecuatoriana se halla ya herido de muerte, trasládase á su Palacio, y después de inútiles esfuerzos de la ciencia, espira también perdonando á sus verdugos.

De esta manera perfeccionaron su amargo pero glorioso sacrificio los dos principales representantes de la Iglesia y el Gobierno ecuatorianos en la consagración solemne de nuestra República al Corazón Sacratísimo de Jesús. ; Cuántos misteriosos contrastes y raras coincidencias en estas dos preciosas muertes! El uno recibe el golpe fatal en su palacio y espira en la iglesia; el otro es herido de muerte en la iglesia y espira en su palacio. A cada cual le sorprende la muerte en su puesto, en el pleno ejercicio de sus funciones. Al uno se le arranca la vida con el sangriento acero, al otro con un cáliz de veneno. Muere el uno en la fiesta del Tabor, el otro en el día del Calvario. Ambos atraviesan moribundos la plaza, y se encuentran como en un punto de cita á la sombra del mismo santo techo, cerca de un mismo altar; y dejan en cierta manera consagrados con su muerte la plaza, el templo y los palacios. Según todos los datos que nos da una crítica imparcial, el Jefe de la República fué asesinado en odio á la cristiana magistratura, y en menosprecio del sacerdocio católico el primer Príncipe de la Iglesia ecuatoriana.

Dícese que vísperas del asesinato del Ilmo. Checa dijo alguien que estaba en los secretos de las logias: mañana se pondrá en Quito la piedra del templo de la masonería. ; Infelices! Púsose es verdad entonces una piedra más en el templo, pero no de las logias, sino del Sagrado Corazón.

Ignoran cuánto alcanza el poder de una víctima : lo creían perdido todo, y entonces precisamente estaba ya salvado todo.

Hé aquí los cimientos en que reposa y las piedras con que va á edificarse la República del Sagrado Corazón. ¿ Serán éstas las últimas víctimas ? . . . No lo creemos. No está aún envainado el puñal de las sectas ; y por otra parte esperamos que la tierra empapada en la heroica sangre de Mariana de Jesús ha de ser siempre fecunda en azucenas de pureza y en palmas de martirio. Sangre de víctimas ha de ser el riego con que se nutra, vigorice y prospere la Nación que como una hostia se ha consagrado al Altísimo.

Como en los últimos días de García Moreno, la prensa sectaria de Europa y América vomita hoy diariamente atroces injurias y calumnias horribles contra la inofensiva República del Ecuador ; no pueden tolerar que exista en el mundo ni un solo Gobierno netamente católico. Dicese que, hoy como entonces, las logias de una gran nación europea han resuelto ya *aniquilar el catolicismo en el Ecuador ! . . .* Indicio bastante claro de ello es el almanaque francmasónico de 85 que confesaba con despecho y en són de amenaza *que el único Estado del mundo en que hasta ahora no había podido organizarse la Francmasonería era el Ecuador ; ni lo podrá jamás mientras continúe él siendo la República del Corazón Sacratísimo. Si Deus nobiscum, quis contra nos ?* Triunfe en mala hora Satanás sobre los tronos y los imperios, sumerja al mundo todo en el fango de la idolatría ; éstos serán sus últimos triunfos, porque el reinado del Sagrado Corazón ha llegado ya. *Nunc judicium est mundi, nunc princeps hujus mundi ejicietur foras !* Pasó ya el diluvio de la revolución, y descenden más y más sus aguas cenagosas ; clarea la aurora

de un mundo nuevo, y las altas y nevadas cimas del Ecuador son hoy el Ararat en que descansa ya el arca santa de la fe. Aúnen todas las sociedades secretas sus infernales esfuerzos contra la más débil de las naciones, la inerme República del Ecuador: ¿qué alcanzarán con todo esto si el Corazón Sacratísimo de Jesús está en nuestra defensa?

Lo que decimos, no es un temor vano sino la realidad misma comprobada con hechos. ¿Cuál es entre nosotros la causa motora de nuestras continuas revoluciones? Digámoslo resueltamente: en la mayor parte de ellas, el impulso invisible pero certero parte de ordinario del fondo de los abismos. Lo que en los temblores de tierra, nos ocurre también en los políticos. Los que no conocen las profundidades de Satanás, *qui non cognoverunt altitudines Satanae*, buscan el remedio á tantos males en la inútil multiplicación de leyes; pero los que las columbran y comprenden, saben que el remedio está en quebrantar los anillos del dragón que tiene escritos en su frente nombres de blasfemia; y la única arma que alcanza victorias sobre la bestia es la Cruz. Las logias explotan nuestras divisiones políticas, compran el veneno del sacrilegio y el puñal de los asesinos, tienen asalariada una prensa exótica y corruptora, y no pocas veces derraman entre nosotros sus pestíferos libros, corruptor dinero y apóstoles impíos; y tan maestras son é invisibles sus redes que logran prender en ellas á no pocos católicos incautos que, sin saberlo ellos mismos, y creyendo servir á un partido, no son más que el instrumento ciego de la secta.

Si, pues, tan vigilantes son para perdernos los hijos de las tinieblas, ¿por qué duermen y nos abandonan los hijos de la luz? ¡Oh! si para salvarnos hicieran los católicos de Europa y América la mitad de los esfuerzos que en nuestra perdición

emplean las sociedades secretas de los dos Continentes, hallaríase ya el Ecuador en las cumbres del progreso. ¿No interesa acaso á la gloria de la religión que, en medio de la apostasía universal de todos los gobiernos, haya siquiera uno en la tierra francamente cristiano y católico? Hablando de la consagración de nuestra República al Corazón Sacratísimo de Jesús, ha dicho Mr. E. de Villedieu en su inspirada obra *Chants de Rénovation*: "Desde los tiempos bíblicos se encontrará apenas un ejemplo de una consagración religiosa tan explícita y tan solemne de todo un pueblo, hecha por el "poder público": necesario es por lo mismo adunar nuestros afanes para que esta consagración sea permanente, efectiva y práctica."

Pero no podremos llamarnos práctica y verdaderamente la *República del Sagrado Corazón*, sino cuando la fecunda savia de la vida cristiana, que tiene su fuente en ese Corazón divino, desarrolle y nutra hasta la última fibra de nuestro cuerpo social. Para esto es indispensable que la Iglesia y el Estado, los seculares y el clero, las órdenes religiosas con sus variados fines, los seminarios y las universidades, las sociedades católicas y la prensa; en suma, todos los poderes y todas las corporaciones se acerquen á ese Corazón Sagrado, beban en él esos torrentes de vida divina de que es la fuente, y luego los derramen sobre la sociedad entera en las múltiples manifestaciones de la civilización cristiana. Cuando los institutos religiosos docentes de uno y otro sexo se hayan esparcido por todo nuestro territorio y hayan hecho llegar su acción hasta la más remota de nuestras aldeas, cuando los misioneros vuelvan á ocupar su lugar abandonado en las selvas del Oriente, cuando pastores celosos lleven el Pan Eucarístico hasta la choza del último de nuestros indios . . . ; entonces, y

sólo entonces, podremos llamarnos con toda verdad la República del Sagrado Corazón. Pero ¡ay! que situación tan dichosa no es todavía para nosotros más que un ideal halagüeño. ¡Cuántas residencias sin misioneros, cuántas parroquias sin pastores, cuántas escuelas sin maestros y cuántas diócesis sin clero! Acaban de resonar en Europa y hasta en América las sentidísimas quejas del Ilmo. Prelado de Manabí; las mismas quejas que ahogó la muerte en labios del ínclito Yerovi: *Parvuli petierunt panem et non erat qui frangerit eis! . . . : La mies es mucha y los operarios pocos! . . .* ¿Y cuál es el remedio?—“Pedir al Señor con vehemencia y confianza que nos dé sacerdotes y sacerdotes buenos, sea llamando al estado eclesiástico á los jóvenes virtuosos del país, ó sea trayéndonos operarios de cualquier parte.” Estas palabras que leemos en la última carta pastoral del Ilmo. Yerovi son tristemente aplicables todavía á las circunstancias actuales de la mayor parte de la República. Hoy que va ésta á renovar por segunda vez su consagración solemne al Corazón Sacratísimo de Jesús en el *Congreso Eucarístico*, que se celebra con ocasión del Centenario del 21 de junio, debemos más que nunca levantar al Cielo esta oración *vehemente y confiada*, para que se arraigue cada vez más la fe de nuestros católicos gobiernos, se afirme y robustezca la armonía entre la Iglesia y el Estado, y se aumente el número de operarios evangélicos que trabajen incansables en esta preciosa viña del Señor.

Para alcanzar tamaños bienes, ¿serán menester aún nuevas víctimas? ¡Dios lo sabe! Mas ¡feliz la República del Sagrado Corazón, si logra convertirse en templo en que continuamente se inmolen víctimas á la gloria del Altísimo! Hasta la naturaleza física de nuestro territorio parece hablar.

nos de oración y sacrificio. Las gigantescas cimas de nuestra cordillera que balancean en lo más alto de los aires sus guirnaldas de bosques, y levantan á los cielos sus plateados domos de perpetua nieve iluminados siempre con sendas lámparas de inextinguibles volcanes, ¿no parece que forman adrede, en el centro de vida del globo, en el Corazón del mundo, hermosísimo altar para que en él se ofrezcan incesantemente víctimas al Señor? El Corazón Sacratísimo de Jesús, que se ha escogido á nuestra República humilde para morada predilecta suya, la ha dispuesto de antemano hasta en su magnificencia física á semejanza de un templo y á manera de un altar; y altar y templo debe efectivamente ser el Ecuador para que pueda llamarse con verdad la *República del Sagrado Corazón*. Pues ¿cuál es su nombre propio sino *Corazón víctima de amor*,—*Cor amoris victima!* ¿Y no es en la sagrada Eucaristía donde reside entre nosotros esta sagrada víctima?

Por esto el culto eucarístico es el culto propio de la República del Sagrado Corazón. ¿Y dónde, si no en este sacramento de caridad, ha de beber ella esta vida de sacrificio y abnegación que debe ser su distintivo especial? Cumpla, pues, el Ecuador con fidelidad inquebrantable la grandiosa misión que le ha señalado la Providencia, y asegurará los hermosos destinos que le reserva el porvenir. No se avergüence nunca de doblar sus rodillas ante el Dios de la Eucaristía, levante bien alto la bandera gloriosa de la fe cristiana y tenga siempre á honra singular proclamarse, á la faz del mundo incrédulo, la *República del Sagrado Corazón*.

JOSE JULIO MATOVELLE, *Pbro.*

Pastoral del Ilmo. Sr. Obispo de Ibarra sobre el culto al Santísimo Corazón de Jesús.

NOS, DR. D. PEDRO RAFAEL GONZALEZ Y CALISTO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA,
OBISPO DE IBARRA.

A nuestro Venerable Cabildo, Clero y fieles de la Diócesis, salud y gracia en el Corazón de Jesús.

Ego in eis et tu in me....dilexisti eos sicut et me dilexisti. (JOAN., XVII, 23).

Yo estoy en ellos y tú en mí....los amaste como me amaste á mí.

Desde el origen de los tiempos, el Verbo estaba en Dios y era amante y era amado. El Padre celestial, en su fecundidad sin principio ni nombre, comunica al Hijo su total sustancia y su vida eterna, y amándose á sí propio con amor tan sin medida, como es su natural excelencia y hermosura, ama también al Verbo, sustancial Imagen suya, Imagen personal y coeterna, y el Verbo ama al Padre, con el mismo único amor con que el Padre ama al Verbo. Amor mutuo, amor infinito cual son los dos divinos Amantes; amor que espirado del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, es, con todo, lo mismo que ambos y persona igualmente distinta de Ellos; es el santísimo, el inefable Espíritu de amor y de consuelo. A este modo, en la eternidad, allá en ese como mundo misterioso, sereno, inmenso, en esas regiones silenciosas y clarísimas iluminadas del mismo Verbo, *et lucerna ejus est Agnus*, ha vivido y vivirá dichosa la augusta Trinidad, anegada siempre en un mar de luz, de luz simple, suave, inefable, eterna, increada, que es el mismo Hijo de Dios, é inflamada sin cesar en torbellino de llamas infinitamente abrasadoras; inundada en ese océano de ondas cándidas, dulcísimas, ondas del Amor de los amores, que es el mismo Espíritu divino. Mas, acá en el tiempo, acá entre las bajas criaturas, todo aquel manantial de luz y esos raudales de amor, cuan inagotables son, se concentran, si decimos, arden y fulgu-

ran en un solo foco, en un santuario y santuario vivo: el Corazón de Jesús, Corazón del Verbo, Corazón del mismo Hijo del Eterno Padre. Mediante la unión hipostática, unión maravillosa, unión también de amor, el corazón humano vuélvese corazón de Dios; es creado, sí, pero penetrado y animado de la Divinidad, vive su misma vida, y merece su mismo culto y adoración. Eternamente unidas las tres Santísimas Personas, son eternamente inseparables y allí en ese Corazón Magnífico, cual en nitidísimo templo, allí viven y reinan y con El se glorifican.

Infinitamente amado y amante de la Trinidad beatísima, el Corazón deífico ama con igual medida á sus obras predilectas, á los hombres. Estos, pues, debieran amarle, si les fuera posible, también con amor infinito. Ni cabe, en verdad, para tal amor, indiferencia. ¿Cómo no amar á un Dios amante? No es ya el Dios terrible de otros tiempos, que hablaba en medio de rayos y tempestades. Ahora es el Dios benigno, que para tratar con los hombres ha encarnado su amor en un corazón humano. Mas, no sólo para tratar con los hombres, sino para rogar como hombre por sus hermanos al Eterno Padre. ¿A quién, más bien, no inspirará confianza, amor y ternura? Vedle, si no, al divino Jesús, puestas las manos en alto, el rostro encendido, con ojos suplicantes y clavados en el cielo, rogar al Padre Eterno en favor de la humanidad: *Padre santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste para que sean una cosa como también nosotros.* ¡Oh espectáculo el más tierno á par que el más sublime! Dios implorando á Dios y por las criaturas....! Considerando á Dios humanado, exclama en transportes de amor el Doctor melifluo: “¡No puedo temerle; no puedo sino amarle!...”

Todos nosotros debiéramos repetir las mismas palabras, porque el Verbo se encarnó por amor á todos los hombres. Todos debiéramos abrasarnos en las dulcísimas llamas del amor divino. ¡Oh! y qué felices nos creeríamos, amados hijos, si con nuestra palabra pudiésemos prender en vuestros pechos esas llamas celestiales! Para procurarlo os dirigimos la palabra, al aproximarse el mes de junio consagrado al Santísimo Corazón de Jesús, como es costumbre nuestra en cada año. Y ahora nos creemos más obligados á hacerlo, porque se nos presenta una feliz ocasión de propagar el amor al Corazón Divino con motivo del segundo centenario de su culto público.

Doscientos años hará en el mes siguiente, que se erigió al Sagrado Corazón la primera estatua y se le consagró el primer altar; doscientos años, que en este culto amable, ha-

lló la más noble de sus glorias, y el más dulce de sus consuelos la humanidad cada día más abatida, al par que más declina al término de su existencia. ¡Feliz Orden de la Visitación! una de sus hijas fué la confidenta de los secretos amorosos del Santísimo Corazón, y uno de sus monasterios el primer templo en donde se le rindiera adoración solemne! Felices nosotros también, hijos queridos, si somos parte para activar, si cabe, el gran movimiento piadoso con que el mundo se apresta á celebrar este nuevo centenario! Ilustres naciones y poderosas, han tributado en masa y tributan al Divino Corazón homenajes grandiosos de culto público, ¿y hará menos la nuestra, la nuestra que tan á menudo se gloría de su más tierna devoción?

En los pocos años que llevamos de nacionalidad, hemos alcanzado á unos cuantos Congresos, promotores todos, cual más, cual menos, del bienestar político de la Patria: faltaba alguno que procurara también, el progreso en la piedad nacional; y ningún tiempo más á propósito para iniciar esta nueva vida de la sociedad ecuatoriana como el actual aniversario. Tal es el fin del Congreso Eucarístico que tendrá lugar en Quito el 21 del próximo mes. Presidido por nuestro Ilmo. y Rmo. Metropolitano, y abrigando en su seno á los más ilustres y fervorosos ecuatorianos, brillará cual foco luminoso de piedad y tributará por vez primera al Augusto Corazón un culto nacional y solemne. Entonces ya no resonará por los ámbitos del Ecuador más que un acento: *unión fraternal en el Corazón de Jesús*; y entonces sí, el Ecuador podrá sentir el celestial consuelo de oír al Señor lo que en otro tiempo oía Israel: *Ero Deus vester vosque eritis populus meus.*

Vuestra ilustración, amados hijos, y vuestra piedad irán también á aumentar las del célebre Congreso, mediante dignos representantes escogidos ya al efecto. Mas sobre todo, cooperando á los fines de la devota Asamblea, llenaréis la parte que en ella os ha designado el lucido rango que entre las secciones ecuatorianas venis ocupando. Trátase, pues, de colectar fondos para levantar al Corazón de Jesús la Basílica decretada dos años ha. Habiendo de erigirse un monumento nacional que proclame ante Dios y las gentes nuestra sumisión á Jesús Rey de los siglos, razón es que se levante con los afanes y á expensas del pueblo entero ecuatoriano. ¡Ojalá vosotros os distingáis ahora por una filial generosidad hacia Dios; y en nombre de su caritativo Corazón, os rogamos empecéis á erogar en manos del propio Párroco ó de nuestro Vicario General, la cuota que bien podáis á medida de vuestro fervor é interés!

Os quejaréis acaso de nuestra exigencia en el presente pauperismo universal, pero para el amor no hay dificultades, todo es llano; basta que abriguéis algún amor de Dios, para honrarle con cualquier presente. Ni os pedimos, advertid, cuantiosas, ni siquiera medianas sumas; por módica que fuere la de cada cual, será de infinito precio en los cielos y un gran contingente en la suma universal de fondos recogidos. ¿Aumentará vuestra pobreza una cuota de un centavo mensual por ejemplo? Y á quién daréis, hijos amados, con más razón, á quién? A Aquel que, no sólo nos ha dado cuanto somos y tenemos, sino que volverános con mucho lo poco que hoy le ofrendemos. ¿Quién cayó en la mendicidad á fuerza de socorrer mendigos? ¿Y padecerá alguno de nosotros hambre, por regalar con exigua limosna al Dueño del universo? Si cuantos son los seres, visibles é invisibles, animados como inanimados, nos claman por doquiera el amor de Dios, *omnía non cessant mihi dicere, ut amem Deum*, ¿cómo no pregonará el amor y la gloria y el poder divinos un templo, y templo nacional, alzándose majestuoso allá en el corazón de la Patria? ¡Ah! la edificación de los pueblos contemporáneos, la reforma de la sociedad ecuatoriana, la piedad de nuestras venideras generaciones, debidas serán á vuestras dádivas presentes. ¡Moriréis vosotros, pero seguiréis mereciendo, y vuestros méritos ante Dios y el mundo durarán los siglos que la suntuosa Basilica dure! . . .

Otro de los intentos más trascendentales, y el más sublime quizá, del Congreso Eucarístico, es la Comunión reparadora de toda la Nación. ¡Cuán bello, á la verdad, sería para los cielos y la tierra postrarse ante el ara santa un pueblo entero y recibir en su corazón al Corazón Divino! ¡Oh! si al menos vosotros lo hicierais, los que formáis esta grey! Y ¿por qué no, hijos carísimos? Os afanáis por la vida cómoda, aspiráis á subir de escala en escala al colino del bienestar social, en una palabra descáis todos ser felices; ¿adónde más podéis subir que á la Divinidad, ni qué dicha echaréis de menos en la dicha sin medida? Solas dos intimas uniones con Dios hemos de gozar, la primera en la comunión y en el cielo la segunda; después de la comunión no nos queda mayor dicha que el cielo mismo, y eso por cuanto allá veremos á las claras al mismo Dios que recibimos velado en la comunión, pero ya en ella nos estrechamos con El, tanto, que deíficos quedamos al sumergir nuestro sér en el mismo sér divino, *Divinae consortes naturae*. En la comunión, ¡oh amor, divino amor! en ese instante celestial, nuestro corazón se une, se identifica, se derrite en un amor, con ese Corazón melifluo. Nada hay como la caridad que

asemeje y úna más dos sujetos, y amando la divina voluntad á la nuestra con amor infinito y correspondiéndole ésta con el amor de que es capaz, tienen en la comunión perfecta semejanza y unión íntima las dos. ¿Qué mejor regalo os podemos ofrecer, ni qué otra satisfacción podréis en adelante más desear?

Dios es el amor y el amable por excelencia. Y ¡qué! no le amaremos? No le amamos, si ni en la fiesta de su amable Corazón no comulgamos. Comulgar es amar á Dios; comulgar es comer y beber el amor eterno. La Eucaristía es un océano de amor, en ella se abre el Corazón de Jesús, para amar y ser amado; es el amor de los amores, *amor amorum*, como se complacía en llamarla San Bernardo. Quien no se llega á calentarse en esa purísima llamarada, no vive; amar es vivir: muerto está y eternamente, quien no ama á Jesús. ¿Queréis vivir tranquilos y ser buenos, justos, santos? Alentaos de la Bondad, de la Justicia y de la Santidad; y bien pronto y sin mirar en ello apareceréis semejantes á Dios: *Dei estis et filii Excelsi*. ¿Qué perdéis, pues, comulgando?—fama, intereses ó quietud siquiera? ¡Oh! no; una y otra y cien veces más, nada se pierde adquiriendo al Dispensador de toda riqueza. Gloria inmortal ante Dios y los hombres, paz y gozo divinos para el alma, son gajes de la Comunión.

No quisiéramos privar á nuestro corazón de la dulzura en que le inunda el recuerdo de las maravillas de amor que muy á tientas hemos descifrado, pero ¡ay! no podemos ya, sin dejar correr, á solas siquiera, algunas lágrimas sobre la indiferencia á tanta caridad. No pocos entre nosotros andan insensibles ante la arrebatadora belleza del Corazón Sagrado; ó ciegos á las espléndidas realidades de la fe, conservan apenas un resto de catolicismo frío y frío que desdeña burlón el ardor de los fervorosos; ó sumergidos en negocios y quehaceres, olvidanse tanto de Dios que ya muy insípida les sabe toda devoción, y sobre modo grato cualquier mundano pasatiempo; no se han reservado á la postre más culto que la misa semanal, y por lo demás moléstanse aun de oír hablar de cosas celestiales; reconciliación con Dios, punto es que jamás piensan ni mencionan; y comulgar... ¡ah! comulgar... Ni menos contristan nuestro paternal corazón los que, si bien honrados, jamás se acercan á los Sacramentos; son buenos ciudadanos, pero no buenos católicos; muertos están, *fides sine operibus mortua est*. ¿Ni cómo han de vivir faltos de la vida que sólo los Sacramentos espiran? No cometen escándalos, sí; pero ¿qué mayor escándalo que despreciar á los Sacramentos, ó á decir verdad, al mismo Dios?

¡Oh! dolor, al comparar la ternura que venimos admirando en Jesús con dureza é ingratitud semejantes! Tenaces en su letargo, poco ó nada se impresionan de las miserias ó castigos, ya comunes ó bien especiales, con que todavía no se cansa Dios de despertarnos; de nuestra parte, insinuaciones, exhortaciones privadas y públicas, ejercicios, todo en fin tentamos, todo según la escasez de operarios que, día á día se nos aumenta, en castigo sin duda de nuestros pecados. Las gracias se multiplican, los tiempos de salud se varían; pero ellos siempre los mismos! Para ellos no suenan los benditos nombres de *Cuaresma, Pascua, Jubileo!*... ¿No sonarán tampoco *Congreso Eucarístico, Comunión reparadora?*

A Vos nos volvemos, Corazón Piísimo; desfallecemos al ver nuestra impotencia para haceros amar. Si Vos mismo no sopláis en los corazones vuestro amor, no santificaremos á los que nos habéis encomendado santificar; *tui erant, et mihi eos dedisti!* Vuestros eran, sí; pero, ¡oh! Misericordioso, Sufridor, Piadoso, vuestros son todavía y vuestros serán siempre! Perdonad una vez más á las ovejas y al Pastor mismo; y derramad sobre todos el espíritu de penitencia y de caridad. Vengan ya, ¡oh! vengan sobre nuestra caravana las divinas auras del Espíritu de amor, á refrescar los huertos marchitos por el ábrego infernal; al suave calor y luz celestiales reverdezcan en estos días las palmeras! ¡Oh! que en vuestra fiesta pudiéramos de veras exclamar: *Flores apparuerunt in terra nostra*; florida está ya la heredad que nos señalasteis; la blancura de las conciencias y los aromas de la piedad os llaman á su vergel. *Veni de Libano et coronaberis*; sí, venid Corazón Hermosísimo, venid, en nuestros pechos brillaréis coronado, no ya de espinas, sino de rosas de ardiente caridad!...

Consuelos tan deseados los tendremos de seguro, si primero nos postramos ante la dulcísima Madre de Dios ante esa Omnipotencia suplicante de los cielos. A la manera que no podemos coger una flor, sin llegarnos y asir antes de su tallo; así jamás podremos poseer al hermosísimo Jesús, si no poseemos primero á María con oraciones y amor filial: Jesús es el nacarado lirio, la flor divina de la Purísima Virgen. Si ella nos ha dado el Santísimo Corazón de Jesús, Ella nos lo dará también glorioso en la comunión; y confiados en su maternal piedad esperamos ya recibir todos el 21 del mes siguiente, junto con el Divino Corazón de su Hijo, el amor de su propio Inmaculado Corazón.

Hoy renovamos todo lo que os hemos dicho y ordenado en otras circunstancias análogas, encareciéndoos que en el presente año agotéis vuestro fervor.

Para que estas disposiciones lleguen á conocimiento de todos los fieles del Obispado, mandamos que esta nuestra Pastoral sea leída en todas las iglesias por tres domingos consecutivos después del evangelio de la misa principal.

En muestra del especial afecto con que os dirigimos esta Pastoral, os descamos con ella, hijos amados, toda gracia, cual nunca os hemos deseado, hasta ahora, y con toda la efusión de nuestro corazón os bendecimos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Ibarra, el primer viernes del mes de María de 1886.

+ PEDRO RAFAEL,

Obispo de Ibarra.

Pastoral del Ilmo. Sr. Obispo de Loja sobre el culto al Santísimo Corazón de Jesús.

FRAY JOSE MARIA MASIA Y VIDIELLA,

DE LA ORDEN DE NUESTRO SERAFICO PATRIARCA

SAN FRANCISCO,

MISIONERO APOSTOLICO, Y, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE LOJA.

Al Venerable Clero y fieles de nuestra Diócesis, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Venerables hermanos, hijos carísimos:

En estos días hemos recibido de nuestro Ilmo. y Rmo. Metropolitano una invitación, la cual, tanto por el sagrado objeto como por el santo fin que en ella se propone, no dudamos será acogida con general aceptación y religioso entusiasmo por todos nuestros diocesanos, tratándose de un asunto para todos tan interesante, cual es promover el mayor

culto y gloria del Santísimo Corazón de Nuestro Adorable Redentor Jesucristo. Hela aquí.

(Se inserta la Invitación.)

Habéis oído, amados hijos, cuál es el objeto y fin que se propone el Congreso Eucarístico que va á reunirse en la Capital de la República. Era muy justo que nuestra República, consagrada cuanto ha al Smo. Corazón, diese muestras inequívocas y manifiestas á la faz del mundo, de su celo en promover el culto y gloria de su Divino Patrón. Este es el timbre más glorioso para nuestra República, amados hijos, aun cuando un mundo insensato y descreído nos mire con desdén *por atrasados*, como él dice, en las vías del progreso moderno; porque no hemos llegado, por fortuna y gran dicha nuestra, á la altura de la moderna civilización, que consiste en la impiedad. Si, gloriense unos en la adquisición de grandes riquezas, y otros en el poderío de numerosos ejércitos y en el engrandecimiento de su imperio con nuevas y extensas conquistas, no siempre basadas en el derecho y en la justicia: nosotros nos gloriaremos en el nombre del Señor y en ser su pueblo querido. ¡Oh Ecuador! cuán grande es tu dicha, si sabes aprovecharte de la predilección del Señor para contigo! Tiempo vendrá, y quizás no esté lejano, en que otros pueblos envidien tu suerte, al contemplar en tí la visible protección del Señor! Mas ¡ay de tí, si no correspondieres al amor de tu Señor, quien te escogió para que fueses un pueblo peculiar suyo! No, amados hijos, no permita Dios que seamos un pueblo ingrato, y que por nuestra ingratitud el Señor se vea obligado á desecharnos.

Unámonos, pues, todos, y demos un público y solemne testimonio de nuestra veneración y amor al Sacratísimo Corazón de Jesús, celebrando en este año especialmente, por ser el segundo aniversario secular de la institución del culto público de su Sacratísimo Corazón, la fiesta y procesión de su Smo. Cuerpo, con toda la solemnidad posible; acompañando, empero, todos nuestros actos exteriores con la pureza de conciencia y ferviente amor de Dios.

Si, amados hijos: nuestro Dios es Dios de santidad y pureza, y por consiguiente, no podrá serle grato nuestro culto, si no procede de un corazón limpio y adornado de la caridad; faltando esta necesarísima condición, el Señor nos reprochará lo que al otro pueblo insensato: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí."

¡Oh! cuántos que se honran con el nombre de católicos y de adoradores del Sagrado Corazón de Jesús viven lejos de

él! Unos por la ambición y soberbia, que trastorna su inteligencia; otros por el amor carnal, que hace al hombre animal y terrene; éstos por la vil codicia, que endurece el corazón; aquéllos por la glotonería y beodez, que hace al hombre estúpido y bestial; y muchos, finalmente, por la dissipación, diversiones y vanidades mundanas á que viven entregados, sin pensar jamás seriamente ni de donde vienen, ni adonde van á parar: esto es, sin considerar cual es su origen, y cual será su suerte por toda la eternidad. Toda esa multitud, pues, en extremo grande, comprendida en alguna de las clases que acabamos de indicar, se halla privada del amor santo de Dios, y por consiguiente, lejos del Corazón Santísimo de Jesús.

Examinémonos, hijos carísimos, y veamos cuál es nuestra vida, cuáles nuestras costumbres y cuáles nuestros deseos, en una palabra, cómo se halla nuestra conciencia delante de Dios, y reformemos nuestra conducta. Acordémonos que no nacimos para nosotros, sino para Dios, esto es, para servirle y amarle. Además, que hemos sido comprados y comprados con grande precio, como nos dice San Pablo, *pretio magno*; y quien nos ha comprado es el Corazón Santísimo de nuestro Redentor. Sí, el Corazón Smo. de Jesús, porque la redención es obra de su amor: "Nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros;" y la fragua donde tiene origen y donde arde esa celestial llama hasta llegar á ser voracísimo incendio es su Divino Corazón. El es el que le hizo sufrir un continuo y prolongado martirio desde que fué concebido en el seno de su Madre Virgen hasta que espiró en la cruz; él, su amante Corazón, el que le hizo sudar sangre en el huerto, el que lo obligó á entregarse en manos de sus enemigos, padecer tantos oprobios y tantos tormentos; y, como si un mar de angustias, dolores y afrentas y el derramamiento de toda la sangre de sus venas no fueran suficientes, lo hizo morir todavía sediento de más padecer por nuestro amor. Ni satisfecho aún de haberse entregado así por el bien y salud de todos, quiso darse á cada uno de nosotros en el Sacramento del Altar, haciéndose en él y por él nuestro alimento y nuestra santificación hasta la consumación de los siglos.

Y bien, por tantas finezas, por tantos sacrificios, por tantos portentos de amor para con nosotros, ¿qué nos pide nuestro Salvador amantísimo? Una sola cosa, que le amemos. Sin embargo, una recompensa tan justa, tan pequeña, y al propio tiempo tan fácil y suave, no la consigue de nosotros. ¡Oh ingratitud incomprensible! ¡oh ingratitud monstruosa! Hay infinidad de cristianos que no aman á

Nuestro Señor Jesucristo, porque viven en pecado. Al Apóstol San Pablo le parecía cosa tan extraña, tan monstruosa que hubiera alguno que conociendo á Nuestro Señor Jesucristo no le amara, que llevado del impetu de su mismo amor para con nuestro Señor, pronunció estas terribles palabras: "Si alguno, dijo, no ama á nuestro Señor Jesucristo sea anatema; (1) que es como decir: sea con execración separado y abandonado á su ruina y perdición." (2)

¿Cómo puede ser que haya tantos que se honran con el nombre de católicos, y su vida es peor que la de un gentil? "Esos tales, dice el mismo San Pablo, con la lengua confiesan que creen en Dios, pero con las obras lo niegan." (3)

Rogamos, pues, á tantas almas extraviadas, en nombre del Sacratísimo Corazón de Jesús, que dejen su mala vida, y se conviertan de veras á Dios nuestro Señor.

Unámonos, pues, todos, repetimos, en un mismo deseo y voluntad, animados del amor santo de Dios, para celebrar en este Año con especialísima devoción y fervor las próximas fiestas del Santísimo Corazón. Preparémonos asimismo muy particularmente para la Comunión general reparadora, que deseamos se haga en todas las parroquias, en el día 21 de junio, segundo Centenario de la institución del culto público al Divino Corazón; procurando santificar ese día con misa solemne y exposición de la Divina Majestad por la mañana y terminando por la tarde con el Trisagio ó *Te Deum*, todo en acción de gracias y desagravio al S^{mo}. Corazón de Jesús.

En dicho día y festividades siguientes, atendiendo á las gravísimas necesidades de la Iglesia, del Sumo Pontifice y de esta República, os exhortamos, amados hijos, á rogar al S^{mo}. Corazón de Jesús con fervor y perseverancia por tantas necesidades, interponiendo el poderoso valimiento de nuestra S^{ma}. Madre Maria.

Y hablando en particular de nuestra República, desde mucho tiempo tan agitada y cuasi diríamos empapada con la sangre de sus propios hijos, pidamos, decimos, con humildad y lágrimas que el Señor ponga remedio á tantos males, y nos conceda el inestimable don de la paz: que infunda en el corazón de todos su santo Espíritu de amor y caridad, á fin de que amando á Nuestro Señor con todo nuestro corazón, y unidos todos con el dulce vinculo de la caridad fraterna, tengamos una vida tranquila, y después una santa

[1] I Cor. 16, 22.

[2] Picon. com. in hunc. loc.

[3] Tit. I, 16.

muerte, prenda segura de aquella paz y felicidad eterna que nos mereció el Smo. Corazón de Jesús, y que Nos deseamos á todos vosotros, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de la Purísima Concepción de Loja, en la fiesta del Patrocinio del glorioso Patriarca San José, á 16 de marzo de 1886.

† FR. JOSE MARIA,
OBISPO DE LOJA.

LAS FLORES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

II

LA B. MARIANA DE JESUS,

AZUCENA DE QUITO.

Sicut lilium inter spinas. (CARTIC. II, 2).

§ 1º

El momento más solemne en la vida de los pueblos es aquel en que éstos pasan de las tinieblas de la idolatría á la luz de la verdadera fe; para entonces tiene Dios reservados los tesoros de su bondad y las magnificencias de su poder. Si la ley del Sinaí fué anunciada á los hebreos al fulgor de los relámpagos, al estampido de los truenos y al resonar de las angélicas trompetas, la ley evangélica que es ley de amor ha sido predicada á las naciones al suave y dulcísimo resplandor de los fuegos del Cenáculo. La Cruz salvadora se ha paseado al través de todas las naciones y las razas, no lanzando rayos, sino derramando flores. Como en la visión sagrada del Horeb, la llama sacrosanta del Cenáculo prende hasta en la marchita zarza de los pueblos infieles, pero sin devorarlos; porque no es el fuego de la cólera divina, sino el del amor el que prepara el reino del Evangelio, y del cual está escrito: *ignis ante ipsum praeccdet.*

Al despertarse la América del sueño de la idolatría á la vida cristiana. fué también ella testigo de estas maravillas encantadoras de Pentecostés. Grandes é infatigables apóstoles derramaron la semilla evangélica del uno al otro de sus confines, entre un cúmulo extraordinario de portentos, semejantes á aquellos que la historia nos refiere de la primera edad de la Iglesia. Lo que leemos de San Francisco Javier en sus misiones de la India, lo vemos repetido en las admirables vidas de un San Luis Beltrán ó un San Francisco Solano. Basta el solo nombre de Santo Toribio de Mogrovejo, para recordar los prodigios que acompañaron á la predicación de la fe católica en el Nuevo Mundo: prodigios tales, que al saberlo la Santidad de Gregorio XIV exclamó transportado de júbilo y con lágrimas en sus ojos: *Benedictus Deus qui ubique regnat, et ubique ministros suos regnare facit!* Sorprende en efecto el grado altamente heroico á que llegaron, en el santo Arzobispo, la caridad, el celo, la mortificación y demás preclaras virtudes apostólicas. En cambio el Cielo le constituyó el Moisés del Nuevo Mundo, y como á tal, pastor, legislador, apóstol y taumaturgo. Poseía el don de lenguas y de milagros, resucitaba muertos, y como el legislador hebreo hacía saltar agua de las rocas y dividía á su paso el curso de los ríos. Véase con mucha frecuencia lucir sobre su frente una estrella esplendorosa, y véasele no pocas veces en dulcísimos coloquios con los ángeles. A su muerte se contemplaron los más extraños fenómenos en el cielo, los que no pueden atribuirse á una ciega credulidad porque se verificaron, por decirlo así, á la vista de todo un mundo, y aparecen atestiguados en los procesos por las personas más respetables que entonces habitaban estas comarcas. “Un cometa de esplendor extraordinario, refiere el historiador más célebre del Santo, (1) apareció repentinamente en Lima, y durante veinte noches proyectó sus rayos sobre la Catedral y el palacio Arzobispal contiguos el uno al otro. Desapareció, la noche misma de la muerte de Santo Toribio. En el mismo momento un prodigio aun más brillante llenó de terror á todos los habitantes del reino. La luna, que se encontraba entonces en oposición, se eclipsó ca-

(1) El erudito y sabio Dom Berangier, abad de Solemes.

“si enteramente durante cuatro horas consecutivas, y observadores atentos vieron unas como gruesas lágrimas que se desprendían de tiempo en tiempo de esa masa oscura. Este fenómeno fué tanto más notable, cuanto que ningún eclipse de este astro había sido previsto para esta época por los astrónomos. El Doctor Gaspar de Herrera, gobernador del Tucumán, depone que él mismo consultó en ese instante el boletín de astronomía sin encontrar nada en él. Por lo que, no sólo las gentes del pueblo y la muchedumbre ignorante, sino también los sabios y los altos empleados del Estado, permanecieron en una gran perplejidad. Todos temían una gran desgracia : ignoraban que en esa noche misma su santo Arzobispo espiraba en Saña. Un tercer prodigio no menos admirable vino á anunciar á los peruanos la pérdida inmensa que habían hecho. Se vió en Saña, en el momento en que el Santo entregaba su alma á Dios, aparecer en el cielo una cruz luminosa á la que no pudieron eclipsar ni los rayos mismos del sol. Este fenómeno fué notado en diversos lugares : en Saña se le vió del lado del norte ; en Arequipa, distante de aquella cuarenta leguas, se le divisó en dirección hacia el sur ; en Lima hacia el poniente. Esta cruz milagrosa, después de haber brillado por muchas horas, desapareció repentinamente. . . .”

Esta hermosa aparición de la cruz en América, en el momento en que consumaba su carrera el más insigne de sus apóstoles, era una señal clara de que la fe católica había tomado ya posesión del Nuevo Mundo. *Hoc signum Crucis erit in coelo cum Dominus ad judicandum venerit*, exclama la Iglesia en la fiesta con que celebra las glorias del signo santo de nuestra redención ; y el juicio de que se habla en este lugar es tanto el pavoroso con que terminarán los siglos, como aquel de que nos habla el Salmista cuando dice : el Señor ha reinado, alégrese la tierra y confúndanse los que adoran á los ídolos. En medio de estos y otros semejantes prodigios fué plantada la Cruz en estas regiones por los misioneros en la tierra y por los ángeles en el cielo.

Faltaba sólo que la Cruz, que tan gloriosamente había conquistado al Nuevo Mundo, tomase también posesión en él de todas las almas y corazones. Esta hermosísima mi-

sión fué confiada por el Altísimo á delicadas y tiernas doncellitas; la fe anunciada por los apóstoles había de ser confirmada por la sangre de las vírgenes: tras el anuncio de la doctrina, debía venir la predicación del ejemplo, el que hubo de ser tanto más eficaz, cuanto más débiles eran las personas que lo daban. Hecho hermoso profetizado ya en el salmo 67, que describiendo el camino triunfal de la Iglesia al través de todos los siglos y naciones, dice: *Praevenerunt principes conjuncti psallentibus, in medio juvenicularum timpanistriarum*: abren la marcha los príncipes seguidos del coro de cantores y en medio de jovencitas que van tocando panderos. A lado de Santo Toribio de Mogrovejo, Santa Rosa de Lima. ¡Oh espectáculo embelesador hasta para los ángeles!

Pero en los tesoros de su inagotable misericordia, Dios suscitó á otra no menos admirable virgen, para que en medio mismo de la América, en el *corazón del Nuevo Mundo*, exaltase con sus ejemplos la Cruz predicada en todas sus regiones en medio de tantos prodigios. Esta alma privilegiada fué Mariana de Jesús. Gloria es del Ecuador haber tenido por su principal misionera á una hermosa virgen, en cuyo tierno pecho aunó el Altísimo la pureza del ángel con el celo del apóstol y la fortaleza del mártir. Esta singular misionera no plantó es verdad la Cruz entre nosotros, porque la halló ya levantada, pero la arraigó perpetuamente con el riego de su sangre; pues le tocó en suerte el desconocido, pero el más fecundo de los apostolados, el de la inmolación! La vocación de esta insigne virgen se explica en una palabra: fué una *víctima*, pero ¡qué víctima! de aquellas de que basta una sola para fundar un pueblo é inmortalizar una raza. La incomparable vida de Mariana de Jesús es la clave de la historia del Ecuador; la *Azucena de Quito* explica la *República del Sagrado Corazón*; y sólo cuando esta última haya escalado la cumbre de sus destinos, podrá medirse en su colosal magnitud la grandiosa misión de la primera. No vacilamos en decir que la América toda y hasta el mismo siglo XIX necesitan de Mariana de Jesús, porque este *ángel del sacrificio* es el modelo más acabado de las virtudes que tanto se echan de menos en este tiempo. Sí, el siglo XIX necesita más que los otros de santos, pe-

ro de santos como Mariana de Jesús, que salven á las naciones y á los pueblos por medio de la inmolación. Dios exigió de Abraham diez justos para perdonar á Sodoma, y hoy el mundo, que todo se ha convertido en Sodoma de corrupción é impiedad, necesita también para salvarse de víctimas! Los santos son estas víctimas que aplican á las naciones los méritos infinitos de la Hostia sacrosanta del Calvario. La Cruz, que ha salvado al mundo hasta ayer, lo salvará también hoy y mañana, pero necesitamos de santos que hagan flamear sobre los pueblos el adorable signo de nuestra redención.

Como acontece con casi todas las almas grandes que traen al mundo una misión de extraordinaria santidad, el nacimiento de Mariana de Jesús fué anunciado por el Cielo con raros y estupendos prodigios; prueba inequívoca de que el Señor la había escogido para sí desde el seno de su madre, y que desde muy temprano cuidaba con anhelo de la que venía destinada á ser la *Azucena de su Corazón divino*. Fueron los padres de esta dichosa niña el Capitán Jerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, y Doña Mariana Granobles Jaramillo, natural de Quito; ambos notables por lo elevado de su alcurnia, pero mucho más por la pureza de sus costumbres, pues habían llegado á formar una familia verdaderamente cristiana; á tal punto que su casa era conocida en la ciudad con el nombre de la *Casa de la oración*. En premio de tan edificante conducta, cuando habían avanzado ya mucho así en los años como en las virtudes, les concedió el Señor tener por hija á la predestinada á ser honor de la Iglesia y gloria de la América. El Cielo y el infierno cada uno por su lado anunciaron á los dichosos padres esta rara maravilla. Próxima ya Doña Mariana á dar á luz el precioso fruto que llevaba en su seno, vióse asaltada de negra melancolía, pues se le puso que llevaba en sus entrañas al que había de ser el verdugo de su vida, y si bien al cabo de muchas reflexiones logró desvanecer estos funestos presentimientos, “no tardó Satanás, refiere él “Padre Butrón, en hacer patente de dónde venía el tiro, “con otro descubierto asalto. Dormía ella tranquilamente una noche, cuando al despertar de repente su esposo “con el sordo ruido de unos pasos, ve un enorme mastín

“de aspecto feroz y horrible en ademán de abalanzarse á
“la consorte. Sorprendido de espanto é incapaz de re-
“flexión, echa mano á lo primero que encuentra, y al lan-
“zar contra la fiera unos zapatos descubre que es una
“sombra sin cuerpo. Llama sin embargo á los criados, y
“para disminuir la impresión en el ánimo sobrecogido de
“su esposa, les manda que busquen aquel perro y le arro-
“jen de casa: obedecen ellos y siendo inútil las pesqui-
“sas, se convencen todos de la operación diabólica dirigi-
“da á conseguir el aborto de Doña Mariana y la destruc-
“ción de una niña, de quien temía el abismo los prime-
“ros instantes.”

Si tanto se empeñó el infierno en aterrar á estos cris-
tianos padres, el Cielo por su lado se apresuró en consolar-
los con un hermoso y estupendo prodigio. Llegada la
hora del parto, y mientras todos temían por la vida de la
madre, hé aquí que sobre el cuarto en que ella yacía apa-
reció de pronto como suspensa una estrella brillantísima y
de primera magnitud, la que servía como de basa á otra
multitud de estrellas pequeñas agrupadas en forma de
graciosa palma. Llena de gozo la madre con tal novedad,
disipa sus congojas y temores y da plácidamente á luz á
la niña, la noche de un sábado, treinta y uno de octubre
de mil seiscientos diez y ocho. El Cielo que había anun-
ciado con portentos la muerte de Santo Toribio de Mogro-
vejo, pronosticaba con otros semejantes el nacimiento de
Mariana de Jesús; los primeros eran de dolor y los se-
gundos de gozo, y ambos con ocasión de dos víctimas pu-
ras destinadas á empapar en su virginal sangre el suelo
de la América, sangre aceptada por el Señor como una
hostia, y como tal santificada con milagros. Y ¿qué sig-
nificaba aquella palma de estrellas levantada triunfalmen-
te sobre la que un tiempo se había de llamar República
del Ecuador? Anunciaba tal vez una pléyade de santos
que, en torno de la ínclita virgen Mariana, debía en breve
levantarse en nuestro cielo. Una palma de luceros y un
ramo de azucenas, hé aquí las insignias entre las que de-
bía camppear el Corazón Sacratísimo de Jesús, en la na-
ción destinada especialmente á ser el trono de sus glorias.

(Continuará)

JOSE JULIO MATOVELLE, *Pbro.*

DE RATIONIBUS FESTORUM

Sacratissimi Cordis Jesu et Purissimi Cordis Mariae

LIBRI IV

Auctore Nicolao Nilles S. J., S. Theologiae et SS. Canonum Doctore, horumque in caesarea et regia Universitate oenipontana professore publico ordinario.—Editio quinta. Oeniponte, 1885.—2 vol. in 8°.

No dudamos que algunos de nuestros lectores tienen ya conocimiento de esta obra espléndida del sabio jesuita P. Nicolás Nilles, profesor de Teología y Cánones en la Universidad de Inspruck (Austria); mas, para la mayor parte de ellos, y aun de los demás católicos americanos, esta obra es aún desconocida y de consiguiente no se aprovecha tan rico tesoro de ciencia, erudición y piedad, del que procuraremos dar siquiera una breve noticia.

La obra del P. Nilles vió por primera vez la luz pública en 1867; dos años después, se publicaba la segunda edición; tres años más tarde, la tercera; y en 1875 salía la cuarta edición, llamada secular, pues con ella se conmemoraba el segundo centenario de las célebres apariciones de Paray-le-Monial. A fines del año pasado acaba de publicarse la quinta edición, que bien puede apellidarse también secular, porque el mundo católico la recibe y disfruta, precisamente cuando por doquiera se celebra el segundo centenario del establecimiento del culto tributado al Corazón Santísimo de Jesús.

Estas cinco impresiones de una obra de ciencia y escrita en latín, despachadas en menos de veinte años, prueban ya de seguro su mérito incontestable y peculiar utilidad. Fácil empero nos será descubrir la verdadera causa de tan extraordinario y feliz éxito, estudiando el plan de la obra y haciendo constar el vacío que tan completamente ha llenado.

Habiendo sido, en los inescrutables designios de Dios, reservada la devoción al Sagrado Corazón de Jesús para estos últimos siglos, era natural que los Padres y Doctores de la Iglesia, y tantos escritores eclesiásticos posteriores, no tocasen este manantial aún sellado de gracias y consuelos. A la Beata Margarita María Alucoque, de la Orden de la Visitación, fué confiada la sublime misión de prender la primera centella del ardiente y amoroso culto, que debía cun-

dir por el mundo como incendio abrasador: los primeros en auxiliar á la Bienaventurada fueron los Padres de la Compañía de Jesús, nobilísima falange capitaneada por el Vble. P. Claudio de la Colombiere. La primera época, que comprende los últimos años del siglo XVII y la primera mitad del XVIII, fué época de prueba y ansiedad para los amantes adoradores del Corazón Santísimo. Por fin se declaró la Santa Sede Apostólica en favor del nuevo culto, concedió la misa y el oficio propios de la fiesta, y, andando los tiempos, extendió al mundo entero la concesión y lo consagró al Divino Corazón, que hoy impera ya sobre todos los corazones de sus fieles siervos.

Ahora bien, faltaba, como hemos dicho, en la literatura eclesiástica un libro que, recopilando todo lo actuado en la Curia Romana en materia de tanta trascendencia, pusiese á nuestra vista los fundamentos teológicos y canónicos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y de la que le sirve como corolario, esto es, de la devoción al Corazón Purísimo de María. Hé allí lo que se ha propuesto el sabio jesuita y lo que tan admirablemente ha llevado á cabo, agotando por decirlo así la materia, "con toda aquella riqueza de erudición germánica," como dice muy bien el diario "*Catholic Herald*." Esta obra puede calificarse de copioso y magnífico repertorio de los Sagrados Corazones. Allí se encuentran las solicitudes emanadas del mundo entero y reconcentradas en Roma para que se estableciera la fiesta del Sagrado Corazón; allí, las discusiones de la S. Congregación de Ritos, en que se ventilan profunda y escrupulosamente el pro y el contra, en que se penetra hasta la médula de la doctrina católica, para dar con la raíz de la nueva devoción, y se rebaten todas las objeciones más especiosas sacadas de la novedad é inutilidad del nuevo culto; allí, los decretos episcopales y los actos pontificios que lo autorizan; allí, en fin, un dulcísimo venero de cuantas preces, oficios, himnos han brotado, como por encanto, de almas iluminadas y calentadas por el foco de luz y de amor, que arde en el pecho de N. S. Jesucristo.

En una palabra, creemos que nadie puede ya ni siquiera intentar escribir algo sobre los Sagrados Corazones de Jesús y de María, sin tener que consultar la obra del P. Nilles. Basta para persuadirse de nuestro aserto, por atrevido que parezca, hechar una ojeadita al contenido de la obra.

Hállase dividida en cuatro libros. En el primero, que lleva por título *De rationibus festi Sanctissimi Cordis Jesu*, el Autor narra, sucinta pero completamente, la historia del establecimiento de la fiesta, presentando lo actuado bajo Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XIII, Pio VII y

Pío IX; expone luego el objeto y fin de la fiesta; y en tercer lugar, recoge las sentencias de los Padres y de algunos otros varones de piedad y doctrina selecta, de que se valieron los patrocinadores de la causa en la S. Congregación de Ritos.

En el segundo libro, titulado *De festo Purissimi Cordis Mariae Virginis*, se sigue igual plan que en el anterior.

El tercer libro es del todo ascético, y comprende *Varia pietatis exercitia ad religionem utriusque SS. Cordis pertinentia*. Para cuantos se dediquen á honrar á los Sagrados Corazones, no podemos recomendar colección más completa que ésta de todo cuanto la piedad ha inspirado para cantar las alabanzas del amor á Jesús y María.

El cuarto y último libro es verdadero tesoro bibliográfico, que es preciso consultar para la formación de cualquier biblioteca especial de esta materia. Se reduce á un *Index praecipuorum auctorum qui de cultu SS. Cordis Jesu aliquid commentati sunt*.

Al recorrer la obra hemos topado con la hermosísima mención que hace su sabio Autor de los decretos con que la República del Ecuador se consagró al Smo. Corazón de Jesús. Como testimonio de gratitud al insigne jesuita, transcribiremos aquí textualmente sus palabras. (tomo 1. pág. 195.)

“Ex Decretis Quitensibus anni 1873.—Quae insignis illius Provinciae Praesules ad propagandam SS. Cordis Jesu religionem praestiterunt, ex solemnii Decreto Supremi Magistratus civilis. Serenissimi Praesidis GARCIA MORENO universique Senatus Reipublicae Aequatoris referre placet, quum ipsum hoc nostra aetate in suo genere plane singulara Decretum et memoria dignissimum sit et omnibus sanctissimo huic cultui addictis peraccommodum accidat.”

Largos seríamos refiriendo los altos elogios con que las revistas católicas más acreditadas saludaron desde su aparición la obra del insigne Jesuita. Basta, para evidenciar en un solo rasgo su mérito singularísimo, el hecho, que la Santidad de Pío IX le confirió en 1875 el honor, muy raras veces concedido, de ordenar se distribuyesen cuarenta ejemplares de ella en los seminarios más importantes de Roma, y allí se estudiasen á fin de afianzar é ilustrar el culto á los Santísimos Corazones de Jesús y María. A esta recomendación pontificia no cabe ya ninguna añadidura; y sólo nos resta invitar, en vista de ella, á nuestros lectores para que adquieran esta obra y la estudien de continuo, sobre todo si quieren propagar con fruto la devoción al Smo. Corazón de Jesús, Patrón de nuestra República (1).—*Manuel M. Pólit*.

(1) Los que deseen adquirir la obra pueden dirigirse á esta Redacción.

AL SANTISIMO CORAZON DE JESUS.

SEQUENTIA.

Venite cuncti, currite
Ad Cor Jesu mitisimum :
Cunctos vocat, confidite ;
Amoris est incendium.

En illa volis panditur
Foruax amoris ignea ;
En militis recluditur
Is gratiae fons lanca.

O Cor, amoris victima,
Amore nostri saucium,
Mortalium spes ultima,
Solamen hic moerentium.

Tu Trinitatis gloria,
Unit tibi se Filius,
Sunt Patris in te gaudia,
In te quiescit Spiritus

Tu portus orbi naufrago,
Reis asylum mentibus,
Cordi cibis famelico,
Certa quies fidelibus.

Hic tuto parant milites
Pulso pavore praelia ;
Pax alma virtutis comes
Hic sede regnat propria.

Quibus nitescunt virgines
Hic casta fragrant lilia ;
Et unde fulgent martyres
Blande rubescit purpura.

Hoc quibus mundus agitur
Vices reguntur pectore.
Hoc et quibus abluitur
Manant fluent gratiae

O Cor ! Deo par victima,
Altare sacratissimum,
In quo perennis hostia
Culpas piat mortalium.

ROMANCE.

Todos por Jesús llamados,
A su dulce Corazón
Acudid con gran confianza,
Que él es incendio de amor.

El os presenta la hoguera
De su fuego abrasador,
Y la fuente de sus gracias
Que nos abrió el centurión.

Corazón, del amor victima,
Herido por nuestro amor ;
Del hombre última esperanza
Y consuelo en su aflicción.

Del Dios trino eres la gloria :
Contigo el Hijo se unió,
En tí el Padre halla su gozo
Y el Espiritu su mansión.

Puerto eres del mundo naufrago,
Asilo del que pecó ;
Das manjar al alma hambrienta,
Y si es, fiel, suave fruición.

Allí el soldado prepara
El combate sin temor ;
Allí la paz se reposa
De la virtud en unión.

Allí brotan azucenas,
De las vírgenes albor ;
Y del martirio la púrpura
Mana en corriente veloz.

De este pecho rige al mundo
La fuerte palpitación,
Y de él saltan abundantes
Las aguas de la ablución.

Corazón, víctima accepta
Y única digna de Dios,
Hostia eterna, inmaculada,
De nuestras culpas perdón.

O Cor! amere saucium,
Amore corda saucia;
O jugis amor Coelitum,
Amore nos inebria.

Amen.

Herido por amor nuestro,
Hiere nuestro corazón;
Del cielo inmortal delicia,
Inébrianos con tu amor.

Amén

(Ex Missa Venite, edita a
Christophoro de Beaumont, Ar-
chiepiscopo Parisiensi, anno Do-
mini 1767, die mensis Junii 22^o)

Quito, 14 de junio de 1886.

M. M. P.

APOSTOLADO DE LA ORACION.

Intencion general para el mes de julio,

DESIGNADA POR EL ENMO. CARDENAL PREFECTO DE LA
PROPAGANDA, Y BENDECIDA POR LA SANTIDAD DE LEON XIII.

LA REPARACION POR MEDIO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

“¡La reparación! Ah! qué palabra ésta! escribía un re-
ligioso eminente, el R. P. Félix. Sale de lo íntimo del
“cristianismo viviente, y forma eco á todas las voces de
“nuestro siglo prevaricador. ¡Quién no comprenderá hoy
“cuán necesario es que multipliquemos entre nosotros las
“súplicas, obras y comuniones reparadoras!” (1).

Por supuesto, proseguía, “todos los siglos más ó me-
“nos han prevaricado, y han pasado llevando en sus propias
“prevaricaciones la necesidad de ofrecer al DIOS del cielo
“grandes reparaciones como los crímenes de la tierra. Pe-
“ro, menester es que convengamos en que nuestro siglo nos
“presenta el espectáculo de prevaricaciones más enormes,
“más públicas, más solemnes que las de todos los siglos pa-
“sados.” Denunciando en seguida las apostasias prácticas
del cristianismo de una multitud de gentes marcadas con el

[1] *Correspondencia de los Congregados de la Comunión re-
paradora* [t. II, pág. 161.]

signo de JESUCRISTO; la profesión pública y desvergonzada de los errores más extremados; el extrañamiento progresivo é impio del mismo JESUCRISTO en todas las esferas de la vida contemporánea; por fin, la marcha siempre creciente del anticristianismo que se organiza con nombre de Francmasonería, y engruesa sus filas hasta con los soldados del catolicismo; de esto deducía que tamaño conjunto de desórdenes da á la prevaricación de nuestro tiempo un carácter verdaderamente "excepcional," y si cabe decirlo, "más particularmente prevaricador."

"Así pues, no podemos desconocer que en vista de estos "crímenes públicos y de tan notorias iniquidades, algo hay "que proclama, ahora más que nunca, la necesidad de expiar, la urgencia de suscitar nuevas reparaciones contra estas "prevaricaciones inauditas. De aquí viene la necesidad de reunir en torno de JESUCRISTO, centro de toda reparación y "de toda restauración, á todas las almas que anhelan por "juntarse con el divino Reparador para salvar el mundo, y "buscar en el Corazón Sacratísimo de JESUS, inmolado por "la salvación de todos, la gran fuerza reparadora de todos "los desórdenes de la tierra."

Esta página, como se ve, parece escrita de caso pensado para la Intención que hoy recomendamos á la piedad de nuestros Congregados. Séanos pues permitido, en asunto tan extenso, tomar dos ó tres puntos principales que deseamos sobre todo poner de manifiesto:

1.º Esta reparación, que forma el fondo del cristianismo, debemos buscarla sin duda en JESUCRISTO; pero, á fin de que sea plenamente proporcionada al mal en los días que corremos, no la buscaremos bien sino en su Corazón;

2.º Esta indispensable reparación, que debe salvar al mundo es, en otros términos, la grande devoción al Corazón de JESUS; pero si la miramos al frente del anticristianismo organizado por la Francmasonería, es entonces, más especialmente, esta devoción *organizada y diariamente verificada* por los verdaderos cristianos de la familia católica.

¿Nos atrevemos á añadir que también es la cruzada misma que promueve, veinticinco años ha—con voz seguramente muy débil y poco proporcionada con la inmensidad de la tarea—nuestro humilde *Mensajero del Corazón de JESUS*?

I

Y en primer lugar ¿habremos menester recordar que todo el cristianismo es en sí propio la reparación por excelencia?

Ved qué espectáculo presenta á nuestra vista esta obra de las manos de Dios que se llama creación, obra de armonía perfecta cuando sale de sus divinos dedos, pero que después, atigida visiblemente con las maldiciones del Señor, anda arrastrando á su modo las pesadas cadenas del dolor, y “suspirando por el dichoso día en que se vea libertada de la “s ervidumbre!” (Rom. VIII, 21, 22.)

Por una parte, ruinas inmensas. No son éstas obra del Dios criador, sino del hombre culpado, del hombre á quien asimila el Profeta con esas victimas “acuchilladas que yacen en los sepulcros, y de quienes no te acuerdas ya, Señor, “como desechadas de tu mano.” (Ps. LXXXVII, 6.) El edificio general de la creación lleva aún ciertamente el sello del obrero, pero “la desigualdad de la obra,” conforme al dicho de Bossuet, manifiesta “lo que ha puesto de suyo el pecado.”

¡El pecado! ¿quién podrá decir su malicia? Para apreciar su profundidad y su horror, sería preciso haber escudriñado ese otro abismo de la subiduría y de la bondad, de la omnipotencia y de la justicia divina, de todos los atributos infinitos ultrajados por las prevaricaciones del hombre. ¡El pecado! ¿quién medirá hasta qué proporciones se extiende? A no hablar más que de la tierra en que vivimos, sería menester que indugásemos las cloacas inmundas de las conciencias humanas, desde el origen del mundo hasta nuestros días; y mezclando su voz cada una de estas conciencias con la de la humanidad entera, nos clamaría con el Profeta: “Mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza; y “como una carga pesada me tienen agobiado.” (Ps. XXXVII, 5.) ¡El pecado! ¿quién manifestará sus desastrosas consecuencias? Para narrar esta historia se necesitara haber sonado el insondable océano de las amarguras de la vida, de sus tristezas, angustias y dolores; sería menester mostrar la muerte que hace irrupción en el mundo y siega desapiadada á las generaciones condenadas sin remedio... Por decirlo de una vez, la gran ruina que se ostenta á nuestras miradas, es en la humanidad el gran mal que la roe: mal de culpa y mal de pena, *malum culpae, malum paenae!*

¡Pero bendito sea por siempre jamás el bondadosísimo Dios, que no pudiendo sufrir que toda la raza humana pereciera por la culpa de uno solo, se ha dignado poner su sabiduría, poder y justicia al servicio de su infinita misericordia! Al frente de estas lamentables ruinas y de este plan devastado, mirad que viene el gran Reparador! Debe ser y es, en efecto, Hombre Dios. El hombre solo—*homo purus*, como se expresa San Agustín—no podía satisfacer por el

humano linaje caído; DIOS no lo debía tampoco: por esto era necesario que JESUCRISTO fuese á un mismo tiempo hombre y DIOS: *Unde oportebat DEUM et hominem esse JESUM CHRISTUM.* Hombre, para que la reparación se verificase en nuestra propia naturaleza; DIOS, á fin de dar á las reparaciones del hombre una eficacia sobrehumana, un valor infinito.

La reparación habrá, pues, sido digna de un Hombre DIOS, porque si el ultraje del linaje humano se mide “por la dignidad de un DIOS ofendido,” su expiación se mide también “por la dignidad de un DIOS inmolado.” Por esto reconocen unánimemente los Padres mil y mil redenciones en los padecimientos del Divino Reparador. “El altar “se hallaba en Jerusalén, escribe Orígenes, pero la sangre “de la Víctima bañó al universo entero;” y el Angel de la Escuela nos repite después de él que la efusión de esta sangre fué suficiente para aniquilar todos los pecados del mundo: *Christus exhibuit quod sufficiens fuit ad omnium peccatorum deletionem.* La reparación se verificó, pues, con una superabundancia que confina con el exceso: y fué inmensa como la humanidad misma, purificada en este verdadero diluvio de expiación.

Terra, pontus, astra, mundus
Quo lavantur flumine

Por esto, tal rehabilitación de la humanidad y de toda la creación en JESUCRISTO bastó igualmente, y con largas creces, para “reparar la injuria irrogada al Criador por el pecado.” ¿Qué digo? Donde abundó la iniquidad, sobreabundó la gracia reparadora, y puede cantar la Iglesia en medio de las alegrías de la resurrección: ¡Oh feliz culpa! *Felix culpa!* que nos mereció un incomparable Reparador: *quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem.*

II

¿ Por qué habrá el torrente del mal, siempre por culpa del hombre y de su obstinación—por qué habrá de seguir arrastrando su fango inmundo al través de esta humanidad pertinazmente culpada? Pero, á DIOS gracias, el torrente de las celestiales reparaciones tampoco cesa de extenderse en el seno de la Iglesia, y el sacrificio eucarístico continúa en el altar el divino rescate del Calvario. Perpetua es la ofensa, perpetua será la inmolación, y la voz de la Sangre reparadora no cesará de resonar día y noche, para apagar el horroroso concierto de ultrajes que sube continuamente á DIOS des-

de el agudo grito del odio hasta el sordo murmullo de la indiferencia. Y siempre, conforme á la hermosa imagen de San Ambrosio, "con los brazos de su cuerpo extendidos en "la cruz como sobre un arco," JESUCRISTO, desde lo íntimo de los tabernáculos, asestará "esas ardientes flechas de oración y de caridad que vayan á herir el Corazón del Padre "para que derrame á torrentes la gracia y el perdón." (1)

Con ser superabundantes en sí mismas, ya que son literalmente infinitas, estas reparaciones de un Dios carecen no obstante de un elemento esencial, á saber, la cooperación de las almas redimidas, porque el sacrificio de la cabeza no se completa perfectamente sino por el sacrificio de los miembros. A diferencia de la creación en que Dios obró solo, porque estaba solo, quiere aquí asociar á sí el hombre, puesto que la obra de la restauración del hombre no puede verificarse sin su concurso. Pero ¡cuántos de entre nosotros se descuidan de asegurar en ellos este "complemento de la pasión de JESUCRISTO" de que nos habla el Apóstol! (Col. I, 24.) ¡Cuántos se privan así de buscar la plena salud del alma donde DIOS la ha puesto: en nuestra unión íntima y permanente con el Soberano Reparador! *Quod omnia peccata non deleantur, dice aún Santo Tomás, est propter defectum hominum qui Christo non adhaerent.*

¡Bienaventurada el alma que se *adhiera* tan bien á JESUCRISTO, que no vive más que en El! San Pablo nos asegura que no hay para ella nada digno de condenación: *Nihil damnationis est iis qui sunt in CHRISTO JESU.* (Rom. VIII, 1)

¡Oh! vosotros, pues, los que anheláis con vuestros votos por la salvación de nuestra sociedad moribunda, vosotros todos, Congregados del Apostolado, que cada día pedís á Dios que la sangre de su Hijo produzca en fin sus frutos para el mundo, uníos más y más, no sólo á JESUCRISTO, sino también á lo que hay más íntimo, más profundo, más "salvador" en el Salvador mismo: quiero decir, á su Corazón tres veces santo!

"Veo, en verdad, el fuego y la leña, decía Isaac á su padre: ¿dónde está la víctima del holocausto?" En cuanto á nosotros, que sabemos que JESUS es la verdadera víctima, y que vemos sobre sus hombros el verdadero leño del sacrificio, no le preguntaremos: "¿dónde está el fuego?" Su Corazón abierto nos ha mostrado ya de qué hoguera ardiente salen los torrentes de llamas, por tanto tiempo comprimidas,

(1) *Ut in cruce, velut in arcu, brachia corporis expandens, ignitis orationis et amoris sagittas ad DEUM jacularctur, quibus cor eius vulneraret, ad gratiam hominibus largiendam.*

que no aguardan más que soplos de apóstoles para inflamar al mundo. Ya que es para nosotros todo fuego este Corazón divino ¿no logrará, pues, que seamos para El todo amor? Y no obstante, amaros es tener vida, ¡piisimo JESUS! y vivir es amaros....!

¡Ah! ¿no es verdad, acaso, que la devoción al Sagrado Corazón, como lo decía un orador distinguido en las asambleas católicas, es la más enérgica protesta contra todos los grados de la negación anticristiana? ¿No es verdad también que, considerado por su aspecto moral, el órgano del amor divino, herido con la lanza, consumido con inextinguible sed de sacrificios, es la glorificación suprema de la abnegación? ¿Y no es, por ventura, esta lección el remedio por excelencia para el mal del egoísmo que tiene divididas las almas?

“El CRISTO JESUS estaba muerto en la cruz. Sus brazos extendidos ejercían ya la atracción soberana y libertadora. Estaba consumada la salvación del mundo. De repente un soldado traspasa el Corazón de JESUCRISTO, que se abre en una expansión misteriosa. ¿Para qué este último acto, inútil en apariencia? ¿Era quizás la revelación de un remoto llamamiento á la humanidad, de una misericordia reservada para las grandes apostasías de los últimos tiempos?

“Hoy que después de tantos siglos en que reinaba la Cruz, se halla en medio de nosotros como un sacramento profanado, hoy que, en la capital de los antiguos partidarios de la Liga que salvaban antes la fe francesa, vemos á los crucifijos arrojados á las gemonías, ¿no es acaso menester que, para expiar estas abominables profanaciones, se abra enteramente el Corazón de Cristo, y derrame por el mundo una efusión de la virtud redentora?” (1).

El apóstol San Juan es quien va á responder á esta pregunta. Respuesta muy conocida, pero que jamás meditaremos lo bastante, y que nos es preciso repetir una vez más, por dirigirse tan de lleno al mundo actual, “envejecido y resfriado en el amor divino.”

III

“En estos primeros tiempos de la Iglesia, decía á Santa Gertrudis el Discípulo amado, mi ministerio debía limitarse á decir sobre el Verbo increado, Hijo eterno del Padre, algunas palabras fecundas que pudiese meditar siempre la in-

[1] El Sr. de Belcastel: Discurso á la asamblea de los católicos, en 21 de junio de 1821.

teligencia de los hombres, sin agotar jamás sus riquezas: pero estaba reservado para los últimos tiempos el oír la voz elocuente de los latidos del Corazón de JESUS: con esta voz se rejuvenecerá el mundo envejecido; saldrá de su letargo, y le inflamará aún el calor del amor divino.

Aquí ¿será menester preguntarlo? En esta voz de los latidos del Corazón de JESUS, en esta voz elocuente que despierta al mundo, que le rejuvenece é inflama, ¿qué alma cristiana no reconoce las sublimes revelaciones de Paray-Monial?

Tal es el testimonio mismo de las Letras apóstolicas publicadas para la beatificación de la gloriosa Margarita María. Después de haber expuesto en magníficos términos el designio providencial que reservaba para estas postreras edades la institución del culto y de la devoción al Corazón adorable del Salvador, añade Pío IX: “Y para establecer “este culto tan saludable y legítimo, y para propagarlo á lo “lejos entre los hombres, nuestro Divino Salvador se sirvió “escoger á su sierva, la que se manifestó, con el auxilio de “la gracia divina, digna de un empleo y de un *ministerio* “tan elevados.”

“Hé aquí, exclama uno de los oradores de la fiesta, cómo es empleada esta humilde virgen en un *ministerio público*, como recibe una misión extraordinaria, y como esté “ministerio y esta misión son reconocidos y certificados por “la autoridad suprema de la Iglesia. Lo que se nos había “enseñado sólo como una consecuencia más ó menos próxima deducida del misterio de la Encarnación, se halla sancionado para en adelante con una palabra de JESUCRISTO, “proclamada por la Iglesia. . . . Es el triunfo de la devoción “al Corazón Sagrado de JESUS, más autorizada en lo porvenir que en lo pasado. Es el triunfo, por consiguiente, de “este mismo Sacratísimo Corazón.” (1)

Ya ha empezado este triunfo en el dominio de los hechos. No recordaremos, ni siquiera de una manera general, lo que decíamos algunos años ha, de las consagraciones de diócesis y parroquias, de órdenes monásticos y de comunidades religiosas; de la construcción de iglesias y capillas; de la crección de estatuas, exposición de cuadros, profusión de medallas y de imágenes; de las ceremonias públicas, y por decirlo así nacionales, como procesiones, iluminaciones, romerías; en una palabra, de la multitud de demostraciones que testifican la devoción creciente de los pastores y de los

[1] *Obras del Cardenal Pío*, tomo V, pág. 420.

fieles al Corazón infinitamente amable de su único Salvador. Pero se nos permitirá que citemos esta nueva página de un orador distinguido, que celebraba, en el centro mismo de las revelaciones del Corazón de JESUS, la multitud de apostolados nacidos y desarrollados entre nosotros, para propagar el reinado de este Corazón divinamente soberano:

“Apostolados de las santas cofradías y piadosas asociaciones, hogueras del fuego sagrado que derraman en torno de ellas el divino calor del Corazón de JESUCRISTO.

“Apostolados de la educación, decorados con el nombre del Sagrado Corazón: legiones de nobles y santas mujeres, que hacen brotar en la infancia cristiana, al calor de los rayos de este divino Corazón, las más bellas flores de la piedad, y que derraman por medio de ellas en nuestro mundo nuevo el buen olor de JESUCRISTO.

“Apostolados de nuestros misioneros heroicos que, cobijados bajo los pliegues de esta bandera plantada en las más remotas orillas, van á extender las fronteras del catolicismo y de la civilización.

“Apostolados de la palabra escrita ó viva: tantos escritores católicos que consagran su hermoso talento á la propagación del reinado del divino Corazón; tantos oradores sagrados que sacan de esta fuente encendida sus más inflamados acentos, sus más triunfadoras inspiraciones.

“Apostolados de la prensa: el periodismo también que toma su parte activa en este apostolado contemporáneo; y la prensa, ¡ay! tan á menudo pública mensajera de Satanás, que se ha vuelto en Francia y en mil otros lugares la pública mensajera del Sagrado Corazón.

“Apostolados de la oración común y de la comunión reparadora, que tienen ambos á dos un mismo fin, idéntico origen, y uno y otro íntimamente ligados á la devoción del Sagrado Corazón, santas falanges de suplicantes, santas legiones de almas que comulgan y acrecientan de día en día el ejército y los triunfos del Sagrado Corazón...” (1)

Aquí interrumpimos con pesar. Pero, sin pararnos en la serie de hechos brillantísimos que desde entonces se han verificado, sin recordar más las solemnes manifestaciones que convendrá mencionar sin embargo en el curso de esta entrega—por causa de la parte importantísima que ha tomado en ellas el *Mensajero*—no puede hacerse constar ya, en este conjunto de hechos, el comienzo de la realización de la

[1] El R. P. Félix: Discurso pronunciado en Paray el 20 de junio de 1873.

palabra de Pío IX: "La devoción al Sagrado Corazón debe salvar al mundo!" León XIII lo dijo después de él, en su discurso á los Congregados del Apostolado: "Ella es el remedio eficaz para los males que afligen al mundo... JESUCRISTO ha querido por este medio llamar á sí al mundo "errante y reconciliarlo consigo mismo."

Guardémonos no obstante de olvidarlo: el verdadero triunfo del Corazón de JESUCRISTO consistirá en una *reparación* universal. Si debe salvar al mundo esta devoción, es porque en realidad en ella se encuentra "el compendio y sumario sustancial de toda la religión." La prueba que de ello nos da un ilustre Obispo es de notable precisión: "El cristianismo, obra de amor en sus principios, en sus progresos y en su consumación; el cristianismo, cuya historia toda se halla en esta sublime palabra: DIOS *amó al mundo* "(Joan. III, 16); el cristianismo, cuyo simbolo se reduce á "estas tres palabras del Discipulo amado: *Creemos en el amor que DIOS nos tiene* (I Joan. IV, 16) esto es, creemos "que en la obra divina el corazón lo hizo todo; por fin, el cristianismo, cuya moral se encierra toda en esta única palabra: *Diliges*, "amarás" (Deut., VI, 5.—Matt., XXII, 37, "39.) esto es, me volverás amor por amor, me darás tu corazón en cambio de cuanto ha hecho el mío por tí; el cristianismo, decimos, no puede identificarse tan absolutamente con ninguna otra devoción como con la del Sagrado "Corazón." (1)

IV

¡Ah! si los cristianos prevaricadores, si las sociedades culpadas, si este "mundo errante" de que habla León XIII consintieran en abrazar por el corazón esta devoción del corazón, ¿no se convertirían acaso plenamente las almas á Dios? ¿Y qué más tendríamos que esperar para ver cumplida esta indispensable y universal *reparación*, objeto de nuestras incesantes plegarias?

¡Pues bien! no temamos repetirlo: lo que se necesita ante todo, para hacer frente al anticristianismo práctico universalmente organizado por las sectas perversas, es la devoción al Sagrado Corazón, *organizada* también en todas partes y puesta en práctica *diaria* ó más bien *continua*.

Muy bien conocen nuestros Congregados la *organización* tan sencilla de nuestra Liga del Sagrado Corazón para que

[1] Carta sinodal del Ilmo. Pie (tomo III pág. 48.)

sea menester recordar aquí sus elementos primordiales. Por lo que respecta á su *extensión*, ¿no parece por ventura complacerse el Corazón de JESUS, á despecho de los obstáculos é impedimentos, hacerla tal de día en día, que ninguna obra de las que alzan á su frente el estandarte del Sagrado Corazón puede serle comparada por esta parte en la Iglesia de DIOS? Y esto precisamente es lo que proclaman los hechos por sí mismos, y, sin hablar de los órganos secundarios del Apostolado, esto es, lo que refieren las diez y ocho ediciones del *Mensajero*, á gloria del divino Corazón, en la mayor parte de las lenguas conocidas.

Con todo, sin contar los diversos Grados y las prácticas complementarias, el punto capital de la Obra será siempre lo que llamamos su *práctica esencial*, práctica *diaria* y por decirlo así *incesante*. Práctica santificante también, porque, bien cumplida cada mañana, esta ofrenda de todas nuestras acciones diarias al Corazón de JESUS es nada menos que una consagración personal á este divino Corazón; consagración no sólo afectiva, no sólo eficaz, sino permanente y que aspira á hacerse como la respiración perpetua de las almas consagradas. Sirviéndonos de una palabra del P. Ramiere, ella es un verdadero "pacto celebrado con el Sagrado Corazón;" el espíritu de la Obra nos invita é impele á renovar sin cesar este pacto de unión, que contiene en sí mismo la observancia de los preceptos y deseos de JESUCRISTO; nos invita á *exhalar*, por decirlo así, continuamente nuestra vida en DIOS, y á hacer de este modo tan actual y constante como sea posible la *reparación por medio del Sagrado Corazón*.

Cruzada santa, es, en verdad, ésta de suplicantes que, esforzándose, según el consejo de San Agustín, "en armonizar sus costumbres con las fórmulas que rezan" (1), deponen cada día, en la balanza de las eternas justicias, un peso de méritos capaz de equilibrar el mal é inclinar hacia el mundo angustiado las misericordias del divino Reparador. Cruzada santa que pone en movimiento todo el ejército católico para hacer violencia á DIOS en este combate decisivo de la súplica perseverante, en el que no desea otra cosa que ser vencido. "Tal violencia le es grata!" dijo Tertuliano. *Haec vis DEO grata*. Si pues es verdad que, "sobrecogido "de una especie de temor respetuoso en presencia de la unanimidad de las almas suplicantes, DIOS no puede negarles na-

[1] *In vita vestra inveniantur verba vestra; in factis vestris cognoscantur labia vestra* (Enarr. in Ps. LVII, núm. 4.)

da," (1) ¿qué podría rehusar á las plegarias tan perfectamente unidas con las de JESUS que nos permite "reconocer nuestra voz en la suya y la suya en la nuestra?" (2)

Veinticinco años van corridos en los que predica esta pacífica cruzada el *Mensajero*. Más adelante, en un artículo especial, se encontrarán algunos de los testimonios antiguos y nuevos que confirman este hecho. Sólo nos queda el recomendar á las instantes súplicas de nuestros Congregados el definitivo y pronto resultado de una empresa, enteramente de fe y de celo, que no tiene por blanco más que asegurar, en el mundo de las almas, la completa *reparación por medio del Corazón Sagrado de Jesús*.

ORACION CUOTIDIANA PARA DURANTE EL MES.

¡Oh Corazón divino de JESUS! os ofrezco por medio del Corazón inmaculado de MARÍA, todas las oraciones, obras y trabajos de hoy, en reparación de nuestras ofensas, y uniéndolos con aquellas intenciones con que Vos mismo os inmolaís en el ara del altar.

Ofrézcooslos particularmente, á fin de alcanzar para todos los que os aman este espíritu de reparación generosa que por Vos debe regocijar á la Iglesia y salvar al mundo.

EMILIO REGNAULT, S. J.

Traducido expresamente de "Le Messager du Cœur de Jésus." para *La República del Sagrado Corazón de Jesús*.

INTENCION ESPECIAL:—Por la perseverancia y fervor de todos los ecuatorianos en la devoción del Divino Corazón de Jesús.

[1] *Reveretur DEUS multitudinem unanimiter precantium, et, quasi pudore victus, non audet aliquid eis denegare.* (Tert. *Apol.* :8.)

[2] *Agnoscamus in illo voces nostras et vocem ejus in nobis.* (*Enarr.* in Ps. XXXV.)

Con aprobación del Ordinario.—Quito, á 26 de junio de 1896.

N. B.—Suprímese la *Revista de los intereses católicos*, á fin de sacar á luz cuanto antes los números extraordinarios relativos al Congreso Eucarístico.



LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

NUM. XXI—TOM. III

JULIO DE 1886.

PRIMER NUMERO ESPECIAL

SOBRE EL

CONGRESO EUCARISTICO ECUATORIANO

REUNIDO PARA CELEBRAR EL 2.º CENTENARIO

DEL ESTABLECIMIENTO DEL CULTO

DEL

SACRATISIMO CORAZON DE JESUS

2 de julio de 1886.

CRONICA

DEL PRIMER CONGRESO EUCHARISTICO DEL ECUADOR.

§ 1º

Preparativos.

Inspirado por el Cielo el pensamiento de reunir un Congreso Eucarístico, en la Capital del Ecuador, con el objeto de celebrar dignamente el segundo Centenario del día memorable y feliz en que, por vez primera, se tributó al Corazón Sacratísimo de Jesús culto de adoración y amor; el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Ordóñez, dignísimo Arzobispo de Quito, tomó á su cargo el promover tan grandioso proyecto, convocando el Congreso con su palabra autorizada y allanando todos los obstáculos que á primera vista se oponían á su realización.

El primer paso que dió el Ilmo. Prelado fué el de formar una *Junta Promotora* que le ayudase en todos los trabajos preparatorios del Congreso. Al efecto, llamó á dos sacerdotes, distinguidos ya aun fuera de esta República por su celo ardiente en honra del Corazón Divino, y junto con ellos á varios católicos seculares pertenecientes á diferentes asociaciones de la Capital. Quedó instalada la Junta Promotora el 24 de marzo; la compusieron el R. P. Manuel J. Proaño, de la Compañía de Jesús, Promotor de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, nombrado por el IV Concilio Provincial Quitense; el Presbítero Dr.

D. José Julio Matovelle, Cura de Azogues y Director de "La República del Sagrado Corazón de Jesús", que fué electo Director de la Junta; el Sr. Dr. D. Pablo Herrera, Presidente de la "Sociedad Católica Republicana" y Ministro Fiscal de la Excma. Corte Suprema, que fué elegido Presidente de la Junta; el Sr. Dr. D. Camilo Ponce, miembro de la Congregación de Caballeros de la Inmaculada Concepción, que fué elegido Vicepresidente de la Junta; el Sr. Dr. D. Elías Laso, miembro de la Asociación de los Sagrados Corazones y Rector de la Universidad Central de Quito, que fué electo Secretario de la Junta; el Sr. D. Belisario Peña, Promotor de la Asociación de los Sagrados Corazones; el Sr. Dr. D. José Salvador, Prefecto de la Congregación de Caballeros de la Inmaculada Concepción; el Sr. Dr. Julio B. Enriquez, miembro de la "Sociedad Católica Republicana" y Profesor de la Universidad; el Sr. D. Ramón Calvo, Presidente de la Conferencia de San Vicente de Paul; el Sr. D. Juan Barba Checa, miembro de la misma Conferencia y Administrador del Hospicio de San Lázaro; el Sr. D. Manuel M. Pólit, Presidente de la "Sociedad de la Juventud Católica" y Profesor de la Universidad; y el Sr. D. Rafael Varela, miembro de la "Sociedad de la Juventud Católica".

Establecida la Junta Promotora Central, se apresuró á dar el 2 de abril la *Invitación* para el Congreso, acompañándola de las bases fundamentales que habían de tenerse presentes (1). El Ilmo. Sr. Arzobispo se dignó, al mismo tiempo, dirigirse personalmente á sus Vbles. Hermanos del Episcopado ecuatoriano, los cuales se adhirieron gustosos

(1) La invitación y las Bases se publicaron oportunamente en nuestro número XVIII, correspondiente al mes de abril.

y entusiastas á la idea y prometieron su eficaz cooperación (1).

El objeto primordial del Congreso Eucarístico fué, como hemos dicho, el de conmemorar el establecimiento del culto tributado al Corazón Sagrado de Jesús; pero, atendidas las íntimas y misteriosas relaciones de este Corazón Deífico con el Inmaculado de María, así como el entrañable amor que profesó á su padre putativo, el glorioso Patriarca Señor San José, Patrón de la Iglesia universal; considerándose, por otra parte, que el 30 de abril del presente año se festejaba el tercer centenario de Santa Rosa de Lima, Patrona de las Américas: se puso el Congreso Eucarístico bajo el patrocinio del Corazón Inmaculado de María, del Patriarca Señor San José y de Santa Rosa de Lima.

Los fines principales del Congreso se formularon en estos tres artículos:

1º *Dar al Sagrado Corazón de Jesús, en nombre de toda la República, un culto público y social de amor y de reparación;*

2º *Organizar en toda la República la recolección de fondos y los demás trabajos conducentes á la pronta construcción de la Basilica del Sagrado Corazón, decretada por la Asamblea Nacional en 29 de febrero de 1884;*

3º *Organizar la unión de todos los católicos contra la acción funesta de la masonería y el radicalismo, poniendo en práctica las instituciones de la Santa Sede contenidas en las Encíclicas Humanum Genus, Immortale Dei y Quod auctoritate.*

El 7 de abril la Junta Promotora Central publicó el Reglamento para las elecciones de Diputa-

(1) Véanse, en el núm. 2º de *El Amigo del Pueblo*, (del 6 de mayo), las contestaciones de los Ilmos. Sres. Obispos.

dos al Congreso, según el cual habían de nombrarse *Juntas Promotoras Diocesanas* encargadas de hacer popular en sus respectivas Diócesis la especie del Congreso Eucarístico y servir de centros de acción para todos los trabajos. La Junta nombró, pues, las Juntas Diocesanas, que iban á encabezar el movimiento y servir de núcleo para la reunión de las asambleas electorales, á quienes correspondería la elección de ocho diputados por cada Diócesis, sin contar entre ellos á los dos diputados elegidos por los Vbles. Cabildos en representación del Clero y á los que por derecho propio habían de asistir al Congreso.

Sometido oportunamente el Reglamento á la aprobación del Ilmo. Sr. Arzobispo, el digno Prelado lo aceptó con aplauso, pero quiso manifestar su plena confianza en la Junta Central y en las Diocesanas, ordenando que ellas durasen indefinidamente hasta la terminación de la Basílica. De tal suerte que dichas Juntas, las cuales pueden ser ampliadas por el Congreso Eucarístico, vendrán á formar verdaderos centros de acción en las Diócesis, y, por lo tanto, merece consignarse en esta Crónica el nombre de sus miembros.

En la Arquidiócesis funciona la Junta Promotora Central.

Las Juntas Diocesanas son las siguientes.

Diócesis de Cuenca: Sr. Canónigo Dr. D. León Piedra, Dr. D. Luis Cordero, Senador de la República, y Dr. D. Rafael Arízaga, Ministro de la Corte Superior de Cuenca.

Diócesis de Guayaquil: Sr. Canónigo Dr. D. Nicanor Corral, Sr. D. Fernando García Drouet, Senador de la República, y Sr. D. Juan Francisco Baquerizo.

Diócesis de Riobamba: Sr. Canónigo Dr. D. Félix Proaño, Diputado de la República, Dr. D.

José María Flor de las Banderas, Ministro de la Corte Superior de Riobamba, y Sr. D. Antonio Zambrano.

Diócesis de Loja: Sr. Canónigo Dr. D. Daniel de J. Ojeda, Sr. Dr. D. Darío Eguiguren, Ministro Fiscal de la Corte Superior de Loja, y Dr. D. Rafael Riofrío, Senador de la República.

Diócesis de Ibarra: Sr. Canónigo Dr. D. Manuel Páez, Senador de la República, Sr. General D. Vicente Fierro, Gobernador de la Provincia del Imbabura, y Dr. D. Telésforo Peñaherrera.

Diócesis de Portoviejo: Dr. D. Vicente Loor, Dr. D. Luis Felipe Sarrade, y Dr. D. Luis Burbano.

En habiéndose preparado de esta manera el terreno, las elecciones se verificaron, á principios de mayo, por las asambleas formadas, en las capitales de las Diócesis, de las Juntas promotoras y los prefectos de las principales asociaciones piadosas. Luego empezaron todas las Juntas, con laudable empeño, á preparar la gran Comuni6n reparadora del 21 de junio y las fiestas solemnes del Centenario para aquella fecha, auxiliadas en todo poderosamente por los Gobernadores civiles, y en especial por los Ilmos. Srés. Obispos, cuyas fervientes y oportunas Pastorales acabaron de entusiasmar al pueblo cat6lico de la República y comunicarle admirable impulso para que se postrase, como un solo hombre, á los pies del Coraz6n Sacratísimo, su Rey y su Patrono. Entre tanto, el Ilmo. Sr. Arzobispo y la Junta Promotora Central seguían trabajando con afanosa diligencia para formular los programas, hacer los preparativos y dar principio al Congreso.

Llegó por fin el ansiado y bendito mes de Junio, mes dedicado desde hace tiempos al Sagrado Coraz6n de Jesús, pero que este año había de presentar el espectáculo consolador de un pueblo lleno

de júbilo, gratitud y amor, festejando, no á guerre-
ros triunfantes ni á políticos afortunados, sino al
Dios de paz y caridad. El 11, se dió principio en
la Iglesia Metropolitana á la novena del Centenario.
A las 7 de la mañana celebraba la misa alguno de
los Ilmos. Prelados presentes en la Capital: duran-
te ella se rezaban las tiernas oraciones de la "No-
vena al Divino Corazón de Jesucristo, especialmen-
te redactada para la República del Ecuador". Por
la tarde, después del rezo del santo Rosario segui-
do del canto de las Letanías lauretanas, tenían lu-
gar las pláticas, que fueron dadas por el R. P.
Manuel J. Proaño, todas sobre el tema de la re-
paración por el Smo. Corazón de Jesús; por último,
se ponía de manifiesto la Majestad y el Ilmo. Sr.
González, Obispo de Ibarra, daba con ella la ben-
dición al apiñado concurso que rellenaba las espa-
ciosas naves del templo.

En estos días de la novena comenzó ya á tras-
lucirse y luego brilló en todos los semblantes el
entusiasmo y la alegría que rebosaban en los co-
razones: señoras y caballeros, pobres y ricos, ca-
yeron en la cuenta de la grandiosa idea y se afa-
naron á porfía en contribuir, cada cual en la medi-
da de sus fuerzas, á la solemnidad del Centenario.
El mismo comercio, tan abatido en esta última épo-
ca, como que recobró vida por ensalmo: pues se
notaba un ir y venir por doquiera preparando lo
necesario para adornos é iluminaciones. Pocas ve-
ces ha reinado tanto movimiento en Quito: los
programas y avisos dados por la Junta Promotora
Central para los festejos, lo dirigían y reconcen-
traban todo.

A vísperas ya de la instalación privada del
Congreso, la Junta, en orden á facilitar y ordenar
los trabajos, sacó á luz la lista de todos los temas
de que podía tratarse, en el siguiente programa.

PROGRAMA.

1. Sección.

La Santa Eucaristía.—El Sagrado Corazón de Jesús.

I.—LA SANTA EUCHARISTÍA.

Medios para promover el espíritu de fe en este Sacramento.—Prácticas Eucarísticas: Misa, comunión, comunión reparadora, comunión de los primeros viernes del mes, comunión mensual de todos los fieles y especialmente de los niños y jóvenes, comunión frecuente para las personas piadosas.—Santo Viático.—Adoración perpetua.—Hora Santa.—Visitas al Santísimo.—Velación en las 40 Horas y en los monumentos.—Primera comunión: su establecimiento en todas las parroquias, solemnidad con que debe celebrarse.—Catecismos previos á la primera comunión.—Cofradías del Santísimo Sacramento.—Exposición de la Divina Majestad, los primeros domingos del mes, en las parroquias de la ciudad y en las rurales.—Adorno de los altares en que se custodia el Santísimo.—Vasos y vestiduras sagradas.—Compostura y modestia de los fieles en los templos.—Separación de hombres y mujeres en la casa de Dios.—Desacatos punibles.—Actos recomendables, etc.

II.—EL SAGRADO CORAZÓN.

Consecuencias de la consagración de la República al Sagrado Corazón.—Modo de merecer la protección de nuestro Divino Patrono.—Antigüedad del culto del Sagrado Corazón en el Ecuador.—Templo Nacional que debe erigirse al Sagrado Corazón.—Hacer popular el proyecto.—Excitación á la piedad pública.—Medios de aprontar los fondos necesarios: organización de juntas diocesanas con este fin, donativos ordinarios y extraordinarios, gracias que se deben conceder á los fundadores y á los que contribuyan con gruesas cantidades.—Colectas de limosnas que deben hacerse todos los domingos.—Dedicación interina de un templo al Sagrado Corazón.—Difusión de la revista intitulada “La República del Sagrado Corazón” y otras análogas.—Apostolado de la Oración.—Congregaciones del Sagrado Corazón.—Estatuas y pinturas del Sagrado Corazón.

2.ª Sección (*)

Promoción del espíritu católico en el pueblo.—Propaganda cristiana.

I.—PROMOCIÓN DEL ESPÍRITU CATÓLICO.

Sumisión á los Prelados.—Acatamiento á sus disposiciones.—Cuán reprobable sea motejarlas y poner óbices á su magisterio apostólico.—Acción expedita de los Obispos en el gobierno de sus diócesis.—Depuración de las costumbres.—Prácticas de sólida piedad.—Errores modernos proscritos por la Iglesia: su pernicioso influjo, su refutación.—Vicios dominantes en nuestra sociedad: medios para extirparlos ó aminorar sus estragos.—Enseñanza de la niñez, formación del niño para la vida cristiana en el hogar doméstico y en las escuelas.—Medios de preservación para la juventud.—La juventud católica.—Asociaciones de adultos.

II.—PROPAGANDA CRISTIANA.

Su necesidad: medios de organizarla.—Frutos que de ella pueden esperarse.—Hombres de acción.—Formación de asociaciones para facilitar la acción católica: congregaciones de artesanos, círculos de obreros, centros de lecturas religiosas y amenas.—Reprobación de libros y hojas periódicas con sujeción al criterio establecido por el IV Concilio Provincial Quitense.—Reglas á que debe atenderse el católico en la lectura de libros y periódicos.—Fomento de las publicaciones plenamente católicas.—Establecimiento sobre bases consistentes de un periódico católico.—Medios de recoger las obras prohibidas.—Centros diocesanos para la difusión de folletos, hojas sueltas, etc. de sana enseñanza.—Liga antimasonica aprobada por Su Santidad.—Manifestaciones del culto público: peregrinaciones, procesiones, rosario de la aurora, etc.

(*) Las materias que aquí se proponen serían más propias de un Congreso católico, que de un Congreso Eucarístico; pero, como no se haya celebrado ninguno de aquéllos en nuestra República, ha parecido oportuno aprovecharse de esta ocasión para ampliar el fruto de que éste se espera.

NOTAS:—1. Permite se tratar asuntos conexos con los del programa, pero siempre dentro del espíritu de que está informado.

2. Todo escrito de los miembros del Congreso debe presentarse (según lo establecido en los Congresos Eucarísticos de Europa) á la secretaría de la Junta Central ó á su Presidente con algunos dias de antelación.

3. Los trabajos que se presenten deben ser breves, concisos y prácticos en lo posible: su lectura no debe exceder de 20 minutos.

§ 2º

Sesiones preparatorias del Congreso.

El lunes 14 de junio acudían al gran Salón de Actos del Colegio Nacional de San Gabriel los numerosos Diputados al primer Congreso Eucarístico ecuatoriano. Era de verse, agrupados en amena y fraternal confusión, bajo la elegante bóveda de la espaciosa sala, á religiosos y militares, sacerdotes y seglares de toda profesión, venerables ancianos y ardorosos jóvenes. La sala no había sido recargada de adornos por no ser necesarios; pero quizás esto mismo contribuía á realzar un magnífico cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, majestuosamente revisto de túnica blanca y manto real de púrpura, en ademán de súplica é intercesión, rodeado de un cerco vaporoso de nubes. La obra es debida al pincel de nuestro distinguidísimo pintor quiteño D. Juan Manosalvas: á los lados se habían colocado los escudos de la Santa Sede y de la República del Ecuador. A las diez en punto del día, comenzó la misa celebrada por el Canónigo Sr. Dr. Isidoro Barriga, Vicario General accidental de la Arquidiócesis. Entonó después el *Veni Creator* S. Sría. Ilma. Mons. Benjamín Cavic-

chioni, Arzobispo de Amida y Delegado Apostólico; y luego el Ilmo. Sr. Arzobispo, en una breve y sencilla alocución, patentizó el objeto del Congreso Eucarístico, así como el espíritu que debía animarlo, y declaró abiertas sus sesiones preparatorias. En este mismo día se resolvió formar cuatro comisiones generales para el estudio detenido de los proyectos, correspondientes á los cuatro capítulos del Programa: también se decidió nombrar un Presidente para las juntas ó comisiones generales que no pudiese presidir el Ilmo. Sr. Arzobispo; por lo que, al día siguiente, fué elegido Presidente el Sr. Dr. Camilo Ponce, y Vicepresidente el Sr. Dr. Julio B. Enríquez, quedando de Secretarios el Sr. D. Ramón Calvo y el Sr. Dr. D. José Justiniano Estupiñán. El Ilmo. Sr. Arzobispo nombró también Cronista del Congreso al redactor de "La República del Sagrado Corazón de Jesús", Sr. D. Manuel María Pólit. En esta misma sesión el Sr. Dr. José Julio Matovelle presentó dos proyectos: el uno relativo á mandar al Soberano Pontífice la adhesión explícita del Congreso y copia de todos sus acuerdos, implorando su bendición apostólica; y el otro encaminado á que el Ecuador contribuya, como es debido, á la celebración del jubileo sacerdotal de la Santidad de León XIII.

No es de nuestra incumbencia referir circunstanciadamente los trabajos y la discusión de las sesiones preparatorias del Congreso; pero sí es preciso apuntar en esta Crónica los nombres de los católicos ecuatorianos que, dóciles al llamamiento de su Prelado, han concurrido á esta grandiosa manifestación del espíritu religioso de su Patria.

Además de los Ilmos. Delegado Apostólico y Arzobispo de Quito, han honrado con su presencia al Congreso el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro R. Gonzá-

lez y Calisto, Obispo de Ibarra, el Ilmo. Sr. Dr. D. Miguel León, Obispo de Cuenca, y el Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio Tomás Iturralde, Obispo dimisionario de Ibarra.

Representó al Ilmo. Sr. Obispo de Loja, el Sr. Dr. D. José María Terrazas, hijo de aquella ciudad y Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana; al Ilmo. Sr. Obispo de Riobamba, el Sr. Dr. D. Félix Proaño, hijo de aquella ciudad y Canónigo Magistral de aquella Diócesis; al Ilmo. Sr. Obispo de Portoviejo, el R. P. Felipe Jansen, lazarista, de nacionalidad alemana, y Superior del Seminario Mayor de Quito; y al Ilmo. Sr. Obispo de Guayaquil el Sr. Dr. Nicanor Corral, Canónigo de aquella Diócesis.

Presentóse también, debidamente reconocido por la Junta Promotora Central, el Sr. Dr. D. Rafael Aurelio Espinosa, actual Procurador Síndico de la I. Municipalidad de Quito y Secretario de la "Sociedad de la Juventud Católica", como Delegado por las sociedades católicas de Lima para representarlas en este Centenario (1): le acompañaba el Secretario de la Delegación, Sr. D. Ricardo A. Ruiz, Concejal de la I. Municipalidad de Quito y miembro de la misma Sociedad. Sea éste el lugar de agradecer, con todo nuestro corazón, á nuestros hermanos los católicos de Lima por la muestra de simpatía y adhesión que nos han dado, correspondiendo á la que por nuestra parte les dimos en el Centenario de Santa Rosa: no dejará, por cierto, de estrechar los vínculos de fraternal amor que deben unirnos para la más segura defensa de nuestra madre común, la santa Iglesia de Cristo.

(1) Estas sociedades son: la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús, el Apostolado de la Oración, la Asociación de la Santa Familia y la Redacción de la Revista Católica.

Diputados elegidos por los Ilustres Cabildos Metropolitanos y Diocesanos, para representar al Clero.

De Quito: Sres. Canónigos Dr. Leopoldo Freire y Dr. Juan Tomás López.

De Cuenca: Sr. Canónigo Dr. Javier Landívar y R. P. Emilio Moscoso.

De Guayaquil: Sres. Canónigos Dr. Nicanor Corral (1) y Dr. Ramón Acevedo.

De Riobamba: Sres. Canónigos Dr. Lorenzo Enrique Navarrete y Dr. Ramón Acevedo

De Loja: Sr. Canónigo Dr. David Córdova.

De Ibarra: Sr. Canónigo Dr. Manuel Páez, Presbítero Dr. Julio Donoso.

De Portoviejo: Sr. Canónigo Dr. Isidoro Barriga, Vicario General accidental de la Arquidiócesis.

Superiores de Ordenes y Congregaciones religiosas.

R. P. Fr. Antonio María Argelich, Guardián de San Francisco;

R. P. Fr. Jacinto La Cámara, Prior de Santo Domingo;

R. P. Fr. José Concetti, Provincial de San Agustín;

R. P. Fr. Víctor Pacífico Robalino, Provincial de la Merced;

R. P. Lorenzo López Sanvicente, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús;

R. P. Jerónimo Schittly, Superior de los PP. Redentoristas de Riobamba.

R. P. Juan Claverie, Lazarista, Superior de las Hermanas de la Caridad.

R. Hno. Angel, Director de los Hermanos de las Escuelas cristianas.

(1) Repetimos el nombre de algunos de los Sres. Diputados al Congreso Eucarístico cuando han asistido á él por dos ó más títulos.

Delegado por el II. Consejo de Estado.—II. Sr. D. Vicente Lucio Salazar, Ministro de Hacienda.

Delegado por la Universidad Central de la República:—R. P. Luis Sodiro, de la Compañía de Jesús, Profesor de Botánica.

Diputados por la Arquidiócesis de Quito.

R. P. Lorenzo López Sanvicente, S. J., Rector del Colegio Nacional de San Gabriel; Sr. Dr. Vicente Nieto, Ministro de la Corte Suprema; Sr. Dr. José María Guerrero, Presidente de la Corte Superior de Quito; Sr. D. Juan León Mera, Presidente del Senado de la República, Miembro correspondiente de la Academia Española; Sr. Dr. José María Troya, Director del Instituto de Ciencias y Decano de la Facultad de Ciencias en la Universidad Central; Sr. Dr. Carlos León, Concejal de la I. Municipalidad de Quito; Sr. Dr. Alejandro Ribadencira, Ministro de la Corte Suprema; Sr. D. José María Donoso, propietario.

Por la Diócesis de Cuenca.

Sr. General D. Agustín Guerrero, Vicepresidente de la República; Dr. José Julio Matovelle, Pbro. Director de "La República del Sagrado Corazón de Jesús"; Sr. Dr. Honorato Vázquez, Subsecretario del Ministerio de lo Interior, Miembro correspondiente de la Academia Española; Sr. D. Antonio Aguilar, Senador de la República; Sr. D. Manuel María Pólit, Profesor de la Universidad Central, Secretario de la Cámara del Senado y Presidente de la "Sociedad de la Juventud Católica" de Quito; Sr. Dr. Carlos Tobar, Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, Miembro electo de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Española; Sr. D. Belisario Peña, Promotor de la "Asocia-

ción de los Sagrados Corazones", Miembro correspondiente de la Academia Española; R. P. Manuel Córdoba S. J., Profesor de Filosofía en el Colegio Nacional de San Gabriel.

Diócesis de Guayaquil.

Sr. D. Fernando García Drouet, Senador de la República; Sr. D. Pedro I. Barbotó, Tesorero del "Círculo Católico de Jóvenes" de Quito; Sr. Dr. Rafael Pólit, Senador de la República; Sr. D. Javier Espinosa Coronel, comerciante; Sr. Dr. José María Alvear, Presidente del Tribunal de Cuentas; Sr. D. Pablo Chiriboga, propietario; Sr. Dr. Nicanor Emilio Guárderas, Presidente de la I. Municipalidad de Quito; Sr. Dr. Julio Paz y Miño, abogado.

Diócesis de Riobamba.

Sr. Dr. Teodoro Donoso, médico; Sr. Dr. Alejandro Donoso, Diputado de la República; Sr. Dr. Emilio Chiriboga, Diputado de la República; Sr. D. Benjamín Chiriboga, Concejal de la I. Municipalidad de Quito; Sr. Comandante D. Abdón Ricaurte; Sr. D. Miguel María González, comerciante; Sr. Dr. Manuel Paredes, Alcalde 1.º Municipal de Quito; Sr. D. Rodolfo Donoso, propietario.

Diócesis de Loja.

Sr. Dr. Ramón Samaniego, Senador de la República; Sr. D. Manuel A. Carrión, Diputado; Sr. Dr. Octavio Escudero, abogado y propietario; Sr. Dr. Ramón Riofrío, propietario; Sr. Dr. Pedro José Cevallos Salvador, Presidente de la Corte Suprema y Vicepresidente electo de la República; Sr. Dr. Aparicio Ribadeneira, Vicepresidente de la

Cámara de Diputados; Sr. Dr. Víctor Laso, abogado y propietario; Sr. D. Roberto Espinosa, Subdirector de Instrucción Pública en la Provincia de Pichincha.

Diócesis de Ibarra.

Sr. Dr. Rafael Peñaherrera, Ministro Fiscal de la Corte Superior de Quito; Sr. D. Manuel Tobar, propietario; Sr. Dr. Fernando Pólit, Senador de la República; Sr. Dr. Fernando Pérez, médico; Sr. D. Antonio Rivera, Senador de la República; Sr. Dr. Manuel Jaramillo, Diputado de la República; Sr. Dr. Julio B. Enríquez, Profesor de la Universidad Central; Sr. Dr. Roberto Sierra, médico.

Diócesis de Portoviejo.

Sr. Dr. José Justiniano Estupiñán, Ministro del Tribunal de Cuentas; Sr. Dr. Alejandrino Velasco, Profesor del Instituto de Ciencias é Ingeniero Municipal; Sr. Comandante D. Francisco Orejuela; Sr. Dr. Antonio Robalino, Diputado Secretario de la Cámara de Diputados; Sr. Dr. Jacinto Ramón Muñoz, Ministro de la Corte Superior de Quito; Sr. Dr. José Francisco Zarama, abogado y propietario.

*Miembros Honorarios de la Junta Central
Promotora.*

Sr. D. Rafael Bucheli, propietario; Sr. Dr. Rafael Barahona, médico, Profesor de la Universidad Central; R. P. Gaspar Zumbouhm, Superior del Colegio de los Sagrados Corazones.

La víspera de la fiesta.

Antes de empezar á referir los espléndidos y extraordinarios festejos con que la ciudad de Quito manifestó su amor y su culto al Smo. Corazón de Jesús, daremos lugar preferente en nuestra Crónica al piadoso y laudabilísimo acuerdo de la ilustrada Cámara de los Senadores de la República. El sábado 19 de junio, el H. Sr. Dr. Fernando Pólit, Senador por el Carchi, miembro también del Congreso Eucarístico, con apoyo de su colega de la misma Provincia, el H. Sr. D. Antonio Rivera, y de los Ilmos. González y León, propuso el siguiente acuerdo, que fué en el acto aprobado por la mayoría de la Cámara, sin que se profiriese una sola palabra en contrario.

EL SENADO

DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO :

Que la ley de 18 de octubre de 1873 consagró la República del Ecuador al Santísimo Corazón de Jesús, declarándole su Patrón y Protector;

Que el día 21 de junio del presente año se celebra el segundo centenario del culto público tributado á este Corazón Divino;

Que es justo y conveniente que los representantes del pueblo den testimonio de su fe católica en tan solemne ocasión;

ACUERDA :

Rendir un voto de gratitud y alabanza al Santísimo Corazón de Jesús, Patrón de la República del Ecuador; y no tener sesión alguna el día indicado, como señal de adhesión al sentimiento popular.

El domingo 20, víspera del Centenario, los ánimos ansiosos de los habitantes como que hubieran querido acortarlo. Mas ¡cuál no fué la pesadosa inquietud de todos, al ver en las últimas horas del día, el cielo encapotarse con negros nubarrones que traían en su seno deshecha tempestad, cuyos bramidos oíanse ya retumbar á lo lejos! Rudo golpe para el entusiasmo del pueblo: dañóse la fiesta, ¡qué lástima, quién lo hubiera dicho! —exclamaban todos desconcertados. Hé allí, sin embargo, que al cerrar el día, disipóse la tempestad, barriéronse las nubes, como por encanto; y al mismo tiempo que empezaban á encenderse millares de luces por todas las calles y plazas, en todos los palacios, torres, casas y tiendas de la ciudad, comenzaron también á brillar las miríadas de constelaciones de ambos hemisferios en un firmamento de azul purísimo, que no empañaba la más ligera nubecilla. ¡Símbolo lúcido y hermoso de que el cielo de los bienaventurados se unía con la tierra de los creyentes, para tributar alabanza y gloria al Corazón Divino de Jesucristo, Rey de cielos y tierra.!

En menos de una hora la ciudad estuvo transformada y presentó el más encantador espectáculo. Quito, generalmente desierto y triste por la noche, cuando sus habitantes se recogen todos al hogar doméstico para el ferviente rezo ó la sabrosa conversación en familia, Quito era ya la más bulliciosa de las capitales. Cincuenta mil personas habían abandonado sus moradas y circulaban curiosas, alegres, entusiastas, por plazas, atrios, portales y calles: en la parte central era tanta la concurrencia que se hacía difícil transitar.

El aspecto de la Capital correspondía y superaba á la esperanza de todos. La bella iluminación del Palacio del Gobierno y de la Casa Municipal, que en otras circunstancias atrae multitud de es-

pectadores, se confunde ya y pasa casi inadvertida en medio de un laberinto de variadas luces, mezcla fantástica de todos los colores de la llama, ora blanca, ora amarilla, ya verde, ya roja ó azulada. En muchísimas casas están ya compuestos lujosos altares en que se ostenta la imagen del Corazón Divino, rodeada de flores, de lámparas, candelabros, bujías, preservadas del viento por ricas guardabrisas. Las fachadas de algunas de las mejores casas de Quito se han convertido en verdaderos monumentos: en otras, la efigie del Sagrado Corazón de Jesús se destaca en medio de un óvalo de luces ingeniosamente colocadas. Aquí llama la atención el artístico arreglo de las bonitas y graciosas linternas venecianas: allá las figuras dibujadas con un sinnúmero de lamparillas, para representar un corazón ó las iniciales del santo nombre de Jesús, como en las fachadas del Palacio gubernativo y de la Compañía. Gustan sobre manera las inscripciones transparentes con motes en alabanza del Corazón de Jesús, ó con emblemas: la casa del Delegado de las sociedades católicas de Lima ostenta el escudo de armas del Perú, iluminado también en transparencia, al pie de un altarcico del Corazón Sagrado.

¿Quién alcanzará á describir la infinita variedad de esta iluminación universal, como nunca se ha visto en el Ecuador? ¿Qué espontánea profusión, qué digna competencia para que la ciudad se convierta en un palacio de aquellos que pintan los cuentos orientales! Porque es de notarse,—y tal es el carácter de esta fiesta sin parecido en nuestros anales,—es digno de advertirse, decimos, que la iluminación no había sido ordenada ni por la autoridad civil ni por la eclesiástica: los gastos no eran oficiales: los costaba el pueblo entero, compuesto de grandes y pequeños, de ricos y po-

bres. Y si no, al lado de la iluminación aristocrática, ved esas luminarias plebeyas, más universales, si cabe, que las primeras, y cuya contemplación enternece el alma y la conmueve en sus más profundos afectos. Los pobrecitos y los humildes del pueblo son los hijos del Corazón de Jesús: ellos lo saben, y por eso en esta circunstancia no han perdonado sacrificios para adornar los dinteles de sus puertas con los faroles, de fábrica igualmente popular, y si pueden, con las linternas venecianas. En muchas tiendas se ha cerrado la única entrada, con tal de construir el altar del Sagrado Corazón é iluminarlo con la mayor decencia posible.

Sería menester haber recorrido hasta los últimos arrabales de la Capital para darse cuenta exacta de la iluminación: lo cual no era hacedero. Por donde quiera que uno iba había luces, concurrencia, alegría: ni un solo desorden que hayamos sabido.

Ahora, si se pára mientras en lo que pará nosotros ecuatorianos pasaba casi inadvertido, y á los extranjeros interesaba más que nada; en lo pintoresco de la iluminación, debido á la topografía de la ciudad, todo bajo aquella espléndida bóveda estrellada de que ya hemos hablado; fácilmente se comprenderá que aun en lugares más ricos sería difícil imitar la iluminación del 20 de junio en Quito. Las ondulaciones del terreno se hacían visibles en plena noche por la iluminación, de la manera más curiosa y fantástica: farolillos, perdidos en las cumbres de las lomas, lucían como puntos de oro y contrastaban con las innumerables estrellas del cielo, á que parecían elevarse. Los tintes indecisos con que el resplandor de la estrellada noche dibujaba los contornos del Pichincha, el Yavirac ó Panecillo y el Puengasí, ofrecían lejos que hicieran la desesperación de los más hábiles pintores y formaban el natural y poético marco de la iluminación.

Añádase á todo esto el siempre nuevo y hermoso espectáculo de los fuegos de Bengala, y la multitud de globos aerostáticos de todo tamaño que, uno tras otro, casi sin interrupción, se lanzaban en los aires, ostentando entre los colores de la bandera nacional y en el fondo azul del cielo, la imagen del Corazón de Jesús, con inscripciones como las siguientes: *Gloria al Corazón de Jesús, El Ecuador á su divino Protector, Viva el Rey inmortal de los siglos, Florezca la República del Sagrado Corazón, etc.*

Mientras que los ojos hallaban escenario bastante para saciar su piadosa curiosidad, el oído se halagaba con el unísono coro de más de cien niños de las Escuelas Cristianas, congregados en el atrio de la Catedral y hábilmente dirigidos: alternando con el Himno Nacional, entonaban armoniosos cantos en honor del Corazón de Jesús. La banda de música del Regimiento de Artillería tocó piezas escogidas, lo mismo que la banda juvenil del Colegio de San Gabriel:

No es esto todo: en varias ventanas de casas particulares se habían colocado orquestas, pianos ó melodios, y algunos coros de niños detrás del altar del Corazón de Jesús, que hacían pararse á los transeúntes para escuchar lindas melodías ó piadosas canciones de labios infantiles.

Así empezaba la fiesta del pueblo quiteño en honor del Sagrado Corazón de Jesús; y en los mismos montes, todas las provincias, cual más cual menos, daban principio á regocijos en proporción tan espléndidos y cabales. La República toda, animada de un mismo pensamiento, se aprestaba á honrar á su divino Patrono y Protector.

Estas fueron las vísperas: pasemos á la propia fiesta del Centenario.

La fiesta del Centenario.

LA COMUNIÓN REPARADORA

Rayó la aurora del ya memorable 21 de junio de 1886 y fué anunciada á los católicos habitantes de Quito con alegres salvas de artillería, á cuyo estampido despertó la población. Desde las primeras horas de la madrugada, al paso que algunas personas hacían el oficio de Marta, adornando los balcones y puertas de las casas, aquellas que siempre escogen la mejor parte é imitan á María, se juntaban en el templo de la Catedral para recibir la sagrada comunión que desde ese momento empezó á distribuirse casi de seguida hasta la diez ú once del día. Muchas mujeres piadosas y artesanos ejemplares se acercaron entonces á la Sagrada Mesa.

A las siete en punto, la espaciosa nave central estaba henchida de hombres de todas las clases sociales: al pie del presbiterio se agrupaban los miembros del Congreso Eucarístico, á quienes seguían los miembros de la Asociación de los Sagrados Corazones, los Señores Congregantes de la Inmaculada Concepción, los socios de la Conferencia de San Vicente de Paul, muchos otros caballeros, los asociados del Corazón de Jesús (de la Merced), los artesanos Congregantes de San José. Sublime espectáculo era el que presentaban cosa de dos mil hombres juntos, piadosamente recogidos, con la cabeza inclinada, y preparándose al acto más solemne de la vida cristiana.

Con noble orgullo desechaban el respeto humano, se reconocían débiles y miserables ante la majestad de Dios; pero sabían que, después de recou-

fortados con el Pan de los fuertes, podían salir á emprender los arduos trabajos del catolicismo militante y aun á derramar la sangre por su fe. Allí se veían estrechados al pie del altar hombres de todas las clases y profesiones: altos magistrados, sabios profesores, valientes militares que lucían el uniforme de parada, abogados, médicos, literatos, estudiantes, hombres del comercio y la agricultura, artesanos; en una palabra, no había parte alguna de la sociedad varonil que no estuviese allí representada.

Y en las naves laterales el espacio faltaba para las innumerables señoras que allí se apiñaban, casi en la imposibilidad de conservar el orden indicado de antemano. Las diferentes asociaciones y cofradías de mujeres estaban casi por completo reunidas: Terciarias de Santo Domingo y San Francisco, Señoras de la Caridad, congregadas de la B. Mariana de Jesús, de la Asociación de los Sagrados Corazones, del Apostolado de la Oración, é Hijas de María. Todas las señoras y señoritas vestían el modesto y recatado traje tradicional con que rara vez dejan de acudir entre nosotros á la iglesia de Dios: vestido y manta negra de merino.

Ante este imponente concurso comenzó el santo sacrificio de la Misa, celebrada por el Ilmo. Sr. Arzobispo.

¿Quién podrá ahora describir esa comunión reparadora de miles de cristianos, ansiosos de desagrar al Corazón Divino de Jesús por tantos sacrilegios, ultrajes é indiferencias? Los ángeles que la contemplaban, sumidos en misterioso acatamiento, fueran solos capaces de publicar esta maravilla, común en los tiempos primitivos de la Iglesia, hoy rara en esta época de incredulidad y corrupción: un pueblo entero participando del Banquete Eucarístico. Mientras el órgano llenaba los ámbitos del templo con suavísimas melodías, acom-

pañadas por momentos con el dulce canto á media voz de un coro escogido de niños, los diputados del Congreso Eucarístico, después de haber comulgado los jóvenes clérigos del Seminario Mayor, fueron subiendo al altar, y les siguieron los demás hombres allí reunidos, con el mayor orden y compostura; y el mismo Ilmo. Prelado les fué repartiendo la sagrada Comuni6n. Las lágrimas brotaban de los ojos de muchos, y el corazón de todos sentía la inefable delicia de la uni6n con Dios, uni6n que en estos instantes representaba, por decirlo así, la purificaci6n de un pueblo todo, que, reparando sus iniquidades con este gran acto de fe y de amor, hacíase de nuevo acepto á los ojos de su Dios. Jamás, ni en el tiempo de Pascua, se había visto en Quito, comuni6n de tantos hombres juntos. Después de los adultos siguieron los jóvenes y adolescentes del Seminario Menor y del Colegio Nacional de San Gabriel, y los tiernos niños de las Escuelas Cristianas. ¡Comuni6n conmovedora, porque al presentarla el espectador imagina el inefable amor y divino contento del Padre de los hombres, del Corazón de Jesús, al repartir su carne y su sangre á sus pequeñuelos Benjamines, con más afán y cariño que el padre de familia divide entre sus hijos menores el fruto del sudor de su frente, con más ansia que el pelicano cuando despedaza su pecho para alimentar á sus polluelos! Al mismo tiempo, los Ilmos. Sres. González y León, Obispos de Ibarra y de Cuenca, y el R. P. Moscoso, repartían la comuni6n á las mujeres en las naves laterales.

La misa del Ilmo. Sr. Arzobispo concluyó á más de las ocho y media de la mañana, y á los que en ella iban comulgando se les rogó que pasasen á la Capilla contigua del Sagrario ó á la vecina iglesia de la Compañía, para dar gracias; porque las naves de la Catedral debían llenarse del nuevo con-

curso de los fieles que no participaran aún de la sagrada Eucaristía.

Las misas continuaron sin interrupción hasta cerca de las once y en todas ellas se daba profusamente la sagrada Comunión.

Calcúlase, por los datos que se tomaron, que sólo en la Catedral el número de comuniones pasó de diez mil, de las cuales tres mil por lo menos de hombres. Nos es imposible decir á qué cifra ascendería este número, agregándole el de las comuniones dadas en las otras iglesias de la Capital. Sólo podemos decir que ésta ha sido una Comunión como pocas veces ó nunca se ha visto en Quito: Comunión expiatoria de un pueblo entero que hierre su pecho, arrepentido de haber pecado, que dirige unísona plegaria al Dios de amor y le consagra cuanto tiene y cuanto desea; Comunión reparadora de los crímenes individuales y sociales, contra el reinado de Jesucristo y la caridad inefable de su Corazón.

Y ésta no fué Comunión de sólo la ciudad de Quito: en todas las provincias, como esperamos apuntarlo después prolijamente, hubo esta sublime Comunión reparadora nacional. Aunque los cálculos son imposibles en este caso, es de presumirse que el total de comuniones en toda la República, el día 21 de junio, no rebajaría de ochenta mil.

Antes de que se dé principio á la sesión primera del Congreso Eucarístico, examinemos la espléndida decoración interior de la Iglesia Metropolitana y el aspecto general de Quito.

El altar que se ha levantado en el coro de la iglesia atrae desde luego nuestras miradas: es un trono de blancas nubes en cuya cumbre se halla de

pie una hermosa estatua del Sagrado Corazón de Jesús, vestido con rica túnica de raso blanco y manto real de púrpura; le cercan áureos resplandores, y esparcidos en su vestidura brillan diamantes de riquísimo precio, que despiden centellas de luz. En la aglomeración caprichosa de nubes aparecen lindas cabezas de serafines; y hermosos ángeles de plateadas alas, en profundo acatamiento ante el Señor de cielos y tierra, ó haciendo subir á sus plantas el perfume del incienso, ó presentándole corazones que simbolizan el corazón de todo un pueblo. En la parte inferior se han colocado cuatro estatuas lujosamente vestidas, que representan á América, Europa, Asia y Africa; sobre cada una de ellas baja un rayo de luz, desprendido de las sagradas manos de Jesucristo; y sobre el escudo de armas del Ecuador, que también se ha puesto cerca de la América, descende un rayo de irisada luz desde el costado abierto, do brilla su mismo Corazón.

En las naves laterales han adornado sendos altares las asociaciones piadosas de la Capital. A la derecha, admírase el de la "Asociación de los Sagrados Corazones", con un hermoso cuadro de San Juan descansando en el pecho del Salvador, la noche de la cena; el de Santa Rosa de Lima, con la efigie de la Santa y esta inscripción: *Amor, honor y alabanza al Santísimo Corazón de Jesús tributa la Tercera Orden Dominicana*; el de las Hijas de María y señoras de la Congregación de Mariana de Jesús, que representa la oración de la Bienaventurada al Santísimo Corazón de Jesús, á quien dirige esta plegaria: *Señor, perdona á tu pueblo*. A la izquierda, las capillas laterales sólo han dejado espacio para un altar adornado con los colores de la bandera nacional y dedicado igualmente al Santísimo Corazón de Jesús. Todos estos altares menores están lujosamente vestidos y en ellos riva-

lizan el buen gusto y la riqueza de flores, candelabros y cortinajes.

No saldremos de la Catedral sin copiar las dos hermosas inscripciones suspendidas de las columnas del centro y colocadas en ricos marcos dorados. La una dice: *La Congregación de San José se consagra al Santísimo Corazón de Jesús*; y la otra: *La Orden Tercera de penitencia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco se consagra por segunda vez al Sagrado Corazón de Jesús.*—21 de junio de 1886.

Al salir del templo Metropolitano la vista se elevaba instintivamente al cielo, vestido de un manto de purísimo azul, que después fueron recamando brillantes y plateadas nubes. Mas, al bajar la mirada á la ciudad, la encontraba también revestida de sus galas más preciosas, como la joven desposada del Cantar de Cantares, que sale al encuentro del divino Esposo. El espectáculo de la víspera había variado, sin perder nada de su magnificencia. Ya no era la luz artificial de los hombres la que iluminaba á Quito, sino el más espléndido sol ecuatorial que le inundaba con raudales de luz purísima, que parecía pintar de nuevo el paisaje maravilloso de los Andes ecuatoriales, con el verdor cercano de las colinas, y allá lejos con las nevadas cumbres del Cayambe, el Antisana, el Cotopaxi, el Ilinisa, que alternativamente se presentan al espectador, cuando recorre los altos barrios de la Capital.

Por las calles y las plazas flamean en el aire miles de banderas nacionales,

Que del Iris reflejan los colores

O la imagen del Sol en sus pendones,
como cantaba en otras circunstancias nuestro gran poeta Olmedo; sólo que hoy al Sol de los Incas, la piedad del pueblo de Quito lo reemplaza espontáneamente con el Sol de las almas, el Corazón Santísimo de Jesús. Hé allí, en efecto, la gran inven.

ción de la piedad quiteña en ese día, más ostentada que por nadie, por el pueblo pobre y trabajador: en el centro de la bandera nacional se divisa donde quiera la imagen del Corazón de Jesús, con sus respectivas insignias; unas veces en lujoso bordado de seda y oro, otras en humilde y sencilla estampa de papel.

La perspectiva de las calles es de un pintoresco inimitable; y cada una presenta nuevas vistas, nuevos fondos, nuevas combinaciones. De aquí se distinguen las montañas distantes, y á la vuelta de una esquina se encuentra la verde muralla de la cercana loma; de más allá uno pasea la mirada por sobre las cúpulas y artonados de los templos. Por todas partes se destacan los colores del pabellón nacional, que dan el carácter distintivo al escenario. Pero, esto no obstante, hay ventanas que ostentan, enlazados con exquisito gusto, festones de verdura, coronas de rosas, ramilletes de flores naturales ó artificiales. ¿Para quién estos adornos y esta decoración universal? Para el único Rey y Señor del pueblo ecuatoriano; Él reina en todos los corazones, y su retrato se presenta hoy en todas las casas, mil y mil veces repetido. Admirable y casi increíble es el número de cuadros al óleo, de estatuas y de estampas del Sagrado Corazón, que del retrete más pobre así como de la más rica sala, han salido hoy á la veneración pública, prueba material y tangible de la devoción preferida y ya tradicional de los quiteños, en esto genuinos representantes de toda la Nación ecuatoriana. Es curioso y digno de considerarse, cómo en este día se han presentado al público desde los más imperfectos ensayos de aprendices pintores, hasta los cuadros más notables de nuestros primeros artistas, de los Salas, Cadena, Manosalvas, Pinto, etc.

Para no acabar sería ponerse á describir la in-

fnita variedad de altares, doseles, colgaduras y marcos en que se ha colocado la efigie del Corazón de Jesús, ante la cual piadosas manos han puesto fragantes flores ó queman de continuo oloroso incienso.

Además del adorno particular de las casas, se han alzado altares y arcos de triunfo por las corporaciones piadosas: la Congregación de caballeros de la Inmaculada Concepción ha decorado el gran arco del atrio de la Catedral, y compuesto otro más pequeño á la puerta de su capilla; en la Merced, hay dos, uno del Convento y otro de la Congregación del Santísimo Corazón de Jesús; en Santa Bárbara, uno de la parroquia, etc. etc.

Como si estas grandiosas manifestaciones no fuesen suficientes, leíanse donde quiera loores al Corazón de Jesús, desde la clásica inscripción latina hasta el más popular y entusiasta grito de *Viva el Corazón de Jesús*. En la fachada de la Compañía y en la puerta del Colegio Nacional de San Gabriel, leíanse respectivamente estas dos inscripciones:

Sacrosancto Christi Regis Cordi Societas Jesu dudum sacra.—Christo Supremo Sapientiae Magistro Nat. Quit. Gymnas. venerabundum.

En la portada de la Congregación de caballeros, de que ya hemos hecho mención, se veían las siguientes inscripciones:

en caracteres hebreos.

traducción castellana.

Lakkadósh Leb Jeshuáh
hos-lanió
Kahál haggadolfin
Mebárech

Al Sagrado Corazón de Jesús
Fortaleza de este su pueblo
La Congregación de Señores
Agradecida.

Κηρι Του Ιησου
Ταυτης Καθολικης Πολιτειας
Τω Βασιλει
Των Αριότων Εκκλησια
Σκερταουσα
Ευπραττει

*S. C. I. Duci, Praesidio, Regique Reipublicae
Coetus Optimum lubentissime d.*

Pueblo feliz que al Corazón Divino
Elió por Señor:
Sus palabras por luz de su camino,
Por ley su santo amor.

*Al Sacro Cuore di Gesù, salute e fortezza della
Repubblica, la Congregazione dei signori riconoscente.*

Al lado de estas inscripciones mayores, notamos muchas otras: sirvan de muestras éstas apuntadas al paso:

¡Viva la República del Corazón de Jesús!

Esperanza y gloria de la Patria.

¡Viva León XIII!

¡Viva el Rey de los siglos!

Tú solo eres nuestro Rey.

Cor Jesu. Cor amabile.

Del un polo la Fama al otro polo

El nombre lleve de la fiel Nación,

Do reina amante y solo

De Jesús el divino Corazón.

Los Palacios, la Casa Municipal, los cuarteles y demás edificios del Gobierno habían desplegado el pabellón nacional. Los ministros y cónsules extranjeros, á pesar de ser protestantes algunos de ellos, tenían igualmente desenvuelto sus respectivas banderas. El Delegado de las sociedades católicas de Lima había como hermanado muy oportunamente el pabellón peruano con el del Ecuador.

El gentío que circulaba por las calles era inmenso; y á pesar de no haberse dado orden alguna al efecto, gran número de almacenes y talleres estaban cerrados.

Mucho más tendríamos que decir para completar la descripción del aspecto extraordinario de la

Capital de la República en este día; pero ya nos urge referir la primera sesión del Congreso Eucarístico.

§. 5º

La fiesta del Centenario.

LA PRIMERA SESION SOLEMNE DEL CONGRESO EUCARISTICO.

A las once del día los miembros del Congreso pasaban del Colegio Nacional, en cuyo Salón de Actos se habían reunido, á la anchurosa nave central de la Iglesia Metropolitana. Cada uno llevaba como distintivo cinta tricolor y medalla del Corazón de Jesús en el pecho. Las naves laterales estaban literalmente repletas de los asistentes á tan magnífica asamblea. Varios sillones estaban reservados para las altas dignidades civiles. En el presbiterio se colocaron el Excmo. Sr. Delegado Apostólico Mons. Cavicchoni, con los Prelados ecuatorianos, Ilmo. Sr. Ordóñez, Arzobispo de Quito, Ilmo. Sr. González, Obispo de Ibarra, Ilmo. Sr. León, Obispo de Cuenca, é Ilmo. Sr. Iturralde, Obispo dimisionario de Ibarra. A eso de las once y media entraron S. E. el Presidente de la República, D. José María Plácido Caamaño, con los Ministros de Estado, HH. Sres. Espinosa, Salazar y Sarasti, la Excma. Corte Suprema de Justicia, el Tribunal de Cuentas y la Corte Superior de Quito; las comisiones de las Cámaras, á saber, por el Senado, en junta de los Ilmos. Sr. Obispo de Ibarra y Cuenca, los HH. Sres. Antonio Aguilar y José Fernandez de Córdova, y por la Cámara de Diputados los HH. Sres. Dr. Manuel Jaramillo, Comandante D. Timo-

león Flores y Canónigo Dr. José Landívar. Alcanzamos á distinguir á varios miembros del Ilustre Concejo Municipal, al Sr Gobernador Dr. Mariano Bustamante, al Sr. Jefe Político D. Carlos Demarquet. Asistía igualmente el Excmo. Sr. D. Manuel Llorente Vázquez, Ministro residente de España.

Poco antes de las doce del día entonó el Ilmo. Sr. Delegado Apostólico el *Veni Creator*, que fué seguido por el coro en canto llano. Terminaba al momento mismo en que las salvas del mediodía anunciaban á la Capital la instalación del primer Congreso Eucarístico ecuatoriano, fausta noticia comunicada luego por el telégrafo á toda la República.

El Ilmo. Sr. Arzobispo, antes de declarar instalado el Congreso, pronunció conmovido unas pocas palabras llenas de entusiasmo, cuyo tenor fué poco más ó menos el siguiente :

Señores:

Los pueblos, así como los individuos, no han sido abandonados á su suerte por la Providencia divina, y sus destinos se elevan ó se abaten según que ellos estrechan ó relajan sus relaciones con Dios: la vida y grandeza de las naciones depende de su fe.

El Ecuador, humilde colonia de España, era apenas conocida de las naciones extranjeras cuando pasó á tener vida independiente. Desde entonces sólo algunos marinos que recorrían estos lejanos mares del Pacífico, al divisar, á la entrada del Golfo de Guayaquil, un islote (1) que surge como cudáver amortajado del seno de las ondas, reparaban en que tenían á la vista la tierra ecuatoriana. Ese islote era la imagen de nuestra República perdida y yerta entre las nevadas cumbres de los Andes. sin vida y movimiento.

Mas, de veinte años á esta parte, en ningún lugar del universo, donde haya penetrado la doctrina evangélica, se ignora ya la existencia ni las glorias de nuestra República.

(1) Hácese alusión al islote de Santa Clara, llamado también el Amortajado ó el Muerto, por la figura que representa, visto de lejos.

¿De dónde ha provenido este singular privilegio, ya que no se debe, ni al triunfo de sus armas, ni al poder de sus flotas marítimas, ni á su industria, ni á su comercio, ni á sus artes y letras, que sólo empiezan á florecer entre nosotros? Este privilegio lo debemos á la unidad de nuestras creencias, á la viveza de nuestra fe, á nuestro amor de la justicia! La República del Ecuador fué la única que protestó contra la inicua ocupación y despojo de los Estados de la Iglesia; la única que, en medio de la universal apostasía de las naciones, se ha consagrado social y oficialmente al Divino Corazón de Jesús, eligiéndole por su Patrono y Soberano; la única que en su seno no admite hasta hoy ninguna secta ni sociedad condenada por la Iglesia. Estas son sus glorias y su grandeza.

Ahora bien, la reunión de este Congreso Eucarístico es una página más añadida á esos hermosos títulos. Es el primer Congreso de esta clase que se reúne en el Nuevo Continente; es el primero y único en todo el mundo en que los Magistrados Supremos, los poderes públicos de la Nación y la Iglesia Católica, unidos en un mismo sentimiento de piedad y de fe, formando un solo cuerpo social congregado en este santo templo, elevan á Dios sus plegarias, doblan sus rodillas, en adoración á la Divinidad, y renuevan su consagración al Corazón Santísimo de Jesús, reconociéndole una vez más, pública, oficial y socialmente, por Patrono y Señor de nuestros destinos.

Estas son nuestras glorias. Señores: seamos fieles á ellas. Y á fin de cimentarlas en la sólida y perpetua unión de todos los ecuatorianos, declaro instalado este primer Congreso Eucarístico del Ecuador, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Inmediatamente después se distribuyó á los miembros del Congreso y á gran número de los concurrentes la Carta Pastoral dada por el Ilmo. Sr. Arzobispo á toda la Provincia eclesiástica del Ecuador, con motivo del Centenario y del Congreso Eucarístico.

Hé aquí este importante documento.

NOS, JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,

FOR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, &. &.

A la Provincia Eclesiástica, al Congreso Eucarístico, al Venerable Clero y fieles de la Arquidiócesis: salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

Dos siglos ha que se estableció en la Iglesia Católica la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, bajo la forma que ahora tiene; aun cuando por lo que toca á la sustancia ella es tan antigua como la Iglesia misma. Al revelar Dios á su sierva la B. Margarita María la nueva forma de esta hermosísima devoción, ha querido darnos en ella el remedio más seguro y eficaz para los males de la edad presente. Nuestro Señor Jesucristo, como Salvador del mundo, lo es de todos los tiempos y de todas las razas, ni hay debajo del cielo otro nombre, fuera del suyo, en el cual podamos salvarnos. *Nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri.* La solución segura y práctica de los más grandes problemas que inquietan á la humanidad se encuentra siempre en la aplicación de los frutos de la Redención divina; por esto, si no fijan los hombres sus miradas en la Cruz, en vano cavilan los sabios y discuten los políticos: la política bulliciosa y la filosofía incrédula podrán tal vez descubrir nuestros males, pero jamás nos darán los remedios.

La devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús es una manera nueva de aplicación de los frutos de la adorable Redención á las necesidades de la edad presente. El mundo espira por falta de caridad, y en esa devoción se muestra á nuestras adoraciones el Amor eterno, el Amor aun eucarnado bajo el

símbolo de un Corazón herido por la lanza y rodeado de abrasadoras llamas que le forman á la vez trono y aureola. El mundo se muere, porque el egoísmo ha apagado en él el calor de la vida espiritual, porque ha desterrado del corazón de los hombres el anhelo de las cosas celestiales y casi les ha arrancado por completo el amor á la cruz y al sacrificio; pues en esta encantadora devoción se nos da remedios contra estos males, porque ella tiene eficacia especial para levantar nuestros deseos á las cosas del cielo, para infundir amor á la cruz santificada con la sangre de Nuestro Redentor, para desterrar de nuestro corazón el fuego de la concupiscencia y consumirlo en las llamas de la caridad. Pues ¿quién no ha de amar los dolores del Calvario, quién no ha de anhelar por abrazarse con la cruz, al ver el dón que nos ha hecho el Padre Celestial en el Corazón de su divino Hijo, rasgado por una lanza, ceñido con un cerco de espinas punzadoras, rodeado de ardientes llamas de amor? El mundo en fin se muere por el orgullo de la impía Revolución que ha infiltrado el espíritu de soberbia y de blasfemia hasta en las últimas fibras del cuerpo social. Pues ¿qué remedio puede darse más eficaz y seguro para extirpar esta blasfemia impía y este satánico orgullo, que hacer el centro de nuestra adoración y culto su Corazón divino, y con ser divino humillado sin embargo hasta ser inmolado en el afrentoso madero de la Cruz? La Cruz, en efecto, que un día fué levantada en la cima del monte Calvario es la misma que hoy corona no ya un monte de la Palestina sino el amante Corazón de un Dios. La Cruz que ha salvado el mundo hasta ahora, lo salvará también en adelante. Y hé aquí todas las miradas de la Iglesia se vuelven atraídas de irresistible impulso hacia el signo adorable de nuestra Redención.

Todos los males de la época presente encuentran, pues, un remedio adecuado en la práctica de la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús, y á ella tienen que acudir para salvarse los individuos y las sociedades, las familias y los gobiernos, los pueblos y las razas, la Iglesia y el Estado. Leemos en el capítulo 1º del Libro 4º de los Reyes, que ciertos sepultureros llevaban á enterrar el cadáver de un hombre, y que habiéndoles salido al encuentro una partida de ladrones venidos de Moab, echaron á correr arrojando antes el cadáver sobre el sepulcro de Eliseo. Pero ¡oh prodigio! apenas el muerto hubo tocado los miembros del Profeta, cuando resucitó y se paró recto sobre sus plantas. Pues este prodigio se renovará en la edad presente. Por los excesos de la impiedad y de la Revolución la sociedad civil hállase reducida á un cadáver, y los soberanos de los pueblos antes que gobernantes parecen sepulcros que lo llevan á entregar al terrible dominio del sepulcro. Mas este misino cadáver es asaltado por las sectas de carbonarios é iluminados socialistas y nihilistas que quieren enriquecerse con el sudario en que va envuelto. Los gobernantes para salvarse, pues, de las manos de esos insaciables ladrones, tendrán al fin que arrojar ese cadáver sobre la tumba de Cristo: lo harán porque no hay para ellos otra manera de salvarse, y entonces la sociedad resucitará y se levantará recta sobre sus plantas.

Hoy como en tiempo de Pilatos, los falsos sabios y los pervertidos políticos claman porque se dé muerte á Nuestro Señor Jesucristo en las ciencias y las artes, en las leyes y las instituciones, en las familias y los pueblos. Trabajan por borrar hasta el nombre inefable de Jesús de todos los monumentos y de todos los códigos. A nuestro divino Redentor no le queda en la sociedad moderna otra cosa que su sepulcro: *solum mihi superest sepul-*

crum, puede decir perfectamente. Sí, no le queda sino su sepulcro eucarístico donde yace como un muerto, olvidado de los príncipes, renegado de los reyes y presidentes, alumbrado sólo por el tenue fulgor de una solitaria y modesta lámpara. Pero ¡oh prodigio! ese muerto es la única esperanza de la humanidad, el solo remedio que puede volver la vida á esta sociedad que empieza á dar muestras de la descomposición de su cuerpo. Abandonen en buenahora los sepultureros el cadáver que llevan sobre sus hombros, pero abandónenlo arrojándole sobre el sepulcro de Jesús y la sociedad resucitará. Porque escrito está de ese divino muerto, que aun en el sepulcro será el profeta de las naciones: *et mortuum prophetavit corpus ejus*.

Hé aquí, pues, las razones por que los católicos verdaderos de todos los pueblos se empeñan en tributar variados cultos eucarísticos al Sagrado Corazón de Jesús. Este Corazón divino es la única esperanza de los pueblos y lo es principalmente en su sacramento de amor: ellos le deben por lo mismo una manifestación elocuentísima de su fe en este segundo Centenario. El 21 de junio del presente año, fecha de dulcísimos recuerdos, va á ser ya dos veces secular el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús: debemos, pues, celebrarlo con encendidos afectos, con inusitada solemnidad todos los católicos; pero especialmente nosotros los ecuatorianos debemos aventajar á todos en nuestras manifestaciones de amor y gratitud á ese Corazón divino, ya que nuestra República, por una felicidad singular en estos tiempos, se halla consagrada á Él, y ya que hemos recibido y estamos recibiendo de su inagotable liberalidad nuevos y palpables beneficios. En efecto, el Ecuador es la prueba más clara y convincente de la verdad de las revelaciones de Paray-le-Monial; pues en él se han cumplido de un modo admirable las

grandes promesas que como frutos de esta devoción hermosa nos tenía anunciadas la B. Margarita María. ¿Qué habría sido de esta nación tan continuamente amenazada de los más grandes peligros sin el auxilio visible del Omnipotente? Por lo mismo, á nadie como á los ecuatorianos toca celebrar la fecha gloriosa del establecimiento del culto del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Y como el culto más agradable á este Corazón divino es el que directamente le honra en la Sagrada Eucaristía, hé aquí por qué hemos creído conveniente contribuir en la medida de nuestras fuerzas á que se reuniera entre nosotros esa especie de asambleas que tanto bien hacen en Europa, con el nombre de Congresos Eucarísticos, y cuyo fin es honrar de una manera social y pública el más augusto de los sacramentos. Hágase en efecto que la increíble sociedad moderna se acerque al Corazón Santísimo del Redentor, y la sociedad toda se verá convertida: póngase el mundo muerto en contacto con el sepulcro eucarístico del Salvador, y ese muerto resucitará. Arrojemos, pues, ahí sobre el tabernáculo á nuestras ciudades y familias, á nuestros colegios y universidades, á la República entera, y se levantará rejuvenecida con sus labios empapados en la sangre del Cordero, y según el pensamiento de San Juan Crisóstomo, hecha terrible como un león para combatir con el mundo impío y las potestades infernales.

La reunión de este Congreso Eucarístico debe ser, pues, por nuestra parte una ratificación de nuestros votos al Sacratísimo Corazón de Jesús, y de parte de nuestro Redentor, lo esperamos confiadamente, será la prenda de los nuevos divinos favores que quiere hacer á nuestra República. Mas para que nos hagamos acreedores á ellos, es menester que principiemos una nueva vida, una vida crucificada,

una vida de amor, una vida semejante á la de nuestro divino modelo. Vosotros, señores diputados al Congreso, habéis recibido ya en vuestra elección un premio á vstra fe y á vuestra piedad; mas también tened entendido, que esta gracia no debe quedar estéril, y que responderéis por ella á Dios con mayor estrictez que por otras muchas. Al aceptar el cargo habéis tomado un nuevo empeño: os habéis afiliado de nuevo entre los soldados de la Cruz; os habéis constituido en los representantes de los sacrosantos intereses del Dulcísimo y Amabilísimo Corazón de Jesús, y se ha extendido hoy el campo de vuestra misión. Desde ahora quedáis obligados á trabajar, no solamente para unir vuestros corazones con el Corazón divino, mas para hacer porque la sociedad misma toda, la República entera se vivifique con el espíritu cristiano, se renueve con la vida divina, y se acerque más y más á beber los raudales de felicidad en el costado abierto de nuestro amantísimo Redentor.

Mas no sólo vosotros, señores diputados, habéis quedado con esa obligación: los católicos que os nombraron, por el hecho de nombraros, quedaron empeñados con los mismos deberes. Ellos aceptaron de antemano vuestras resoluciones, y prometieron por su parte cumplirlas. Así es que esperamos que todo cuanto vais á acordar será aceptado en todos los pueblos y provincias de esta República; y que en la ejecución de vuestros acuerdos nadie tendrá otra emulación que dar gloria, honor y bendición al Corazón Santísimo de Jesús. Para esperar esto confiamos primero en las gracias que derramará sobre nosotros Nuestro Señor Jesucristo, por intercesión de su Madre Santísima y de los bienaventurados San José, Santa Rosa de Lima y la Beata Mariana de Jesús, y después en el apoyo que darán los Ilmos. y Rmos. Obispos de esta Provincia

eclesiástica, el clero secular y regular, los insignes literatos católicos de las diversas provincias de esta República, los honrados padres de familia, nuestros devotísimos y fervientes artesanos, el pueblo entero y muy especialmente el católico Gobierno de nuestra Patria, sobre quien pesan grandes obligaciones de gratitud para con nuestro Divino Salvador.

¡Oh amados hijos, cuánto nos quiere, sin merecimientos de nuestra parte, el Corazón amante, el Corazón generoso, el nobilísimo Corazón del Hijo de Dios! En lo que estamos pasando, ahí tenéis una prueba palpitante de ese amor especial con que nos distingue entre todos los pueblos de la tierra. ¿Qué le daremos, pues, por ese amor tan preferente que nos tiene? Nuestro amor, amados hijos, nuestro corazón, nuestra vida. ¡Quién nos diera consumirnos en los incendios suavísimos y dulcísimos del amor de Cristo! Quién nos diera poder para convertir nuestros corazones en otras tantas fraguas de ardentísima caridad! Lo que nuestra impotencia no alcanza, lo hará el mismo Corazón enamorado de nuestra pequeñez; pero es menester correspondencia franca y constante de nuestra parte; es menester que así como Jesús no ha tenido vergüenza de escogernos por su heredad, siendo pequeños como somos, así no la tengamos nosotros en adelante para confesarle á Él como dueño y señor de nuestras almas, como príncipe de nuestros pueblos, como soberano de nuestra nación. Demos ya una despedida eterna al respeto humano y abracémonos todos como hijos de un mismo Padre, y confesemos la grandeza de Nuestro Rey y Señor, y tributémosle culto de amor y de sacrificio. ¡Ojalá al cerrar nuestros ojos tengamos el consuelo de ver hecha esta República, la verdadera República del Corazón de Jesús! Ojalá veamos á todos ardiendo en las llamas de la caridad y hechos uno entre sí

como lo son el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, en cuyo nombre os damos, amados hijos, con todo el afecto de nuestra alma, nuestra paternal bendición.

Dada en Quito en nuestro Palacio arzobispal, á 17 de junio de 1886.

† José Ignacio,

ARZOBISPO DE QUITO.

Inmediatamente después se dió lectura de la siguiente nota del Excmo. Sr. Delegado Apostólico.

Quito, junio 20 de 1886.

Ilmo. Señor:

El Padre Santo, instruído de la reunión del Congreso Eucarístico en Quito y de la solemnidad con que se celebrará el segundo centenario del establecimiento del culto público del Sagrado Corazón de Jesús, como prenda de su alta satisfacción y paternal afecto, envía á los miembros del Congreso y á la República del Ecuador la bendición apostólica.

El infrascrito Delegado Apostólico, al participar con el mayor consuelo esta noticia á US. aprovecha la oportunidad para manifestarle los sentimientos de su estimación y aprecio.

† BENJAMIN,

*Arzobispo de Amida,
Delegado Apostólico.*

Al Ilmo. Sr. Dr. D. Pablo Herrera, Presidente de la Junta Promotora Central del Congreso Eucarístico.—Quito.

La lectura de este oficio fué acogida con una aclamación general y unánime á León XIII; y se acordó en el acto enviar un cablegrama á Su Santidad y otro al Congreso Eucarístico de Tolosa, comunicándoles la instalación del Congreso Eucarístico del Ecuador.

Hé aquí la traducción de los cablegramas, dirigidos en francés.

CARDENAL JACOBINI.—Roma.

Congreso Eucarístico del Ecuador pide bendición apostólica. Adhesión inquebrantable.

Arzobispo de Quito.

CARDENAL DESPREZ.—Tolosa.

Congreso Eucarístico del Ecuador saluda al Congreso de Tolosa. Adhesión.

Arzobispo de Quito.

Luego se leyeron y aprobaron los siguientes acuerdos que, así como todos los demás, han sido propuestos, estudiados y discutidos en las sesiones privadas y comisiones generales del Congreso.

EL CONGRESO EUCARISTICO

ECUATORIANO,

Teniendo en cuenta que sus miembros, como hijos sumisos de la Iglesia, deben mantenerse siempre en dependencia filial y respetuosa para con la Santa Sede,

ACUERDA:

Art. 1º Someter al conocimiento de Nuestro Santísimo Padre León XIII todos los acuerdos y actos de sus sesiones privadas y públicas, después que se clausure el Congreso, y rogarle se digne bendecirlos, para asegurar de este modo los buenos resultados que de ellos se esperan en beneficio de la República.

Art. 2º Pedir al Padre Santo una bendición especial para la Basílica que se trata de construir en honor del Sagrado Corazón de Jesús; suplicándole á la vez se digne en tiempo oportuno concederle el título y privilegios de tal.

Art. 3º Hacer un acto de adhesión absoluta y perpetua

§ todas las enseñanzas de la Santa Sede.

Art. 4º Manifestar al Padre común de los fieles la pena constante que tienen los católicos del Ecuador de verle todavía despojado de su dominio temporal y privado de la libertad sagrada indispensable para el gobierno de la Iglesia.

Art. 5º El documento que con ocasión de este Acuerdo se eleve al Padre Santo, será suscrito por todos los miembros del Congreso.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, capital de la República, á 18 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

EL CONGRESO EUCHARISTICO

APRUEBA EL SIGUIENTE ACUERDO PARA LA COLECTA DE LIMOSNAS DESTINADAS A LA ERECCION DE LA BASILICA DEDICADA AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Art. 1º En primer lugar el Congreso Eucarístico rinde un voto de gratitud á las dos Autoridades eclesiástica y civil por haber consagrado la República al Santísimo Corazón de Jesús y decretado la erección de una Basílica á nuestro Divino Patrono.

Art. 2º En segundo lugar, deseando contribuir con todas sus fuerzas al grandioso pensamiento de la construcción de dicha Basílica, después de maduro examen, aprueba y recomienda vivamente á la piedad de los fieles el siguiente acuerdo; y suplica al Ilmo. y Rmo. Sr. Metropolitano y á los demás Ilmos. Prelados de las diócesis ecuatorianas que tengan á bien hacerle poner en práctica para gloria de Dios Omnipotente y del Sacratísimo Corazón de Jesucristo.

Art 3º Las personas que quieran contribuir á la gloriosa empresa de levantar la Basílica al Divino Corazón de Jesús, Patrono de la República del Ecuador, se dividen en cinco clases, que llamaremos de *fundadores, bienhechores insignes, bienhechores, suscritores y contribuyentes.*

1° Son *Fundadores* los que eroguen, por una vez, la cantidad de diez mil (10000) sucres, sea en vida, sea por testamento; ó los que cada año aseguren la cantidad de mil (1000) sucres, al menos durante diez años consecutivos.

2° Son *Bienhechores insignes* los que den, por una vez, una cantidad que no baje de cinco mil (5000) sucres; ó los que cada año contribuyan con la suma de quinientos (500) sucres, durante diez años consecutivos.

3° Son *Bienhechores* los que se comprometan á dar cada año, al menos durante diez años continuos, una cantidad que no baje de cien (100) sucres.

4° Son *Suscritores* los que cada mes contribuyan con una limosna al menos de dos (2) sucres en moneda ó en materiales para la obra.

5° Son *Contribuyentes* todos los que se comprometan á dar cada domingo el óbolo de veinte centavos, de diez, de cinco y hasta de uno, ó coadyuven á la obra material con el trabajo de un día por mes, y aquellos á quienes se encargue la recaudación de las limosnas ó que de cualquier modo contribuyan á la obra de la Basilica.

Art. 4° Los fundadores tendrán derecho á ser inhumados en el panteón que se construirá en sitio adyacente al templo; y en su sepultura se pondrá una lápida con laude que atestigüe la gratitud de la Iglesia por sus larguezas. Por el descanso eterno del alma de todos los fundadores y de los bienhechores insignes se celebrarán, por una vez, sólemnes funerales en el templo tan pronto como esté consagrado.

1° Los bienhechores, así como los fundadores y bienhechores insignes, tendrán derecho á una misa perpetua que se celebrará por todos ellos, el primer viernes de cada mes, en el altar del Sagrado Corazón, desde el día en que se dé principio á la obra.

2° Los suscritores, así como los fundadores y bienhechores, tendrán derecho á las oraciones públicas especiales que se recitarán cada día en el templo dedicado interinamente al Sagrado Corazón, y después en el propio, durante los veinte años subsiguientes á su apertura al culto público.

3° Todos los demás contribuyentes participarán del fruto de estas oraciones y podrán ganar las indulgencias que el Prelado Metropolitano se propone pedir humildemente á la Santa Sede para los que trabajen materialmente, al menos durante doce días al año, en la construcción de la Basilica. A todos los que á ese trabajo se comprometan, ó contribuyan semanalmente, al menos con diez centavos, se les dará una medalla apropiada que con ese fin se hará acuñar. Pu-

ra los fundadores, bienhechores y suscritores se acuñarán otras especiales.

Art. 5º En cada diócesis se formará una junta presidida por el Prelado, y compuesta de un sacerdote y dos personas seculares de arraigo, nombrados por dicho Prelado. Será de incumbencia de esta Junta el hacer popular, por todos los medios posibles, la construcción de la Basílica del Corazón de Jesús, y el coleccionar, con toda actividad, las limosnas que para ello se eroguen por los fieles.

Art. 6º En cada parroquia nombrará el Sr. Cura la persona que tenga por más idónea para recoger, cada domingo, al salir de la santa misa, los veinte, diez, cinco ó un centavo con que cada familia se haya comprometido á contribuir, sin perjuicio de las colectas que puedan hacerse en la puerta de la iglesia todos los domingos y días festivos y de las erogaciones eventuales que quisieran hacer los fieles. Además en todas las catedrales é iglesias parroquiales de la República se colocará una pequeña caja ó capó, en lugar visible, con una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y un rótulo que indique el destino de las limosnas. El producto de las coleccionaciones dominicales se entregará el mismo día al Sr. Cura, quien, en la primera semana de cada mes, hará llegar por conducto seguro al Prelado Diocesano, ó á la persona que él designare, todas las limosnas recolectadas, dejando constancia de cada partida, para su descargo, en un libro abierto al propósito. A su vez los Ordinarios remitirán, cada mes, las sumas de todas las parroquias al Tesorero General de la Junta Central, que habrá de ser nombrado por el Metropolitano.

Art. 7º Como la Asamblea constituyente de 1884 ratificó el decreto de 23 de julio de 1883, por el que se ordenó que se levantara, á expensas de la Nación, un templo digno de la Majestad Divina, al Sagrado Corazón de Jesús, y está consignada para ello en el presupuesto de gastos una cantidad anual, el Congreso encarga á la Junta Central Permanente que, superadas que sean felizmente las presentes circunstancias, y desahogado el Tesoro público de sus apremiantes necesidades, se dirija al Supremo Gobierno, pidiendo el cumplimiento de lo decretado por la autoridad legislativa.

Art. 8º El Congreso recomienda á las Juntas diocesanas que para fin tan piadoso se valgan de bazares, remates, etc. como otros tantos medios de aprompar más abundantes recursos.

Art. 9º La Junta Central queda encargada de nombrar en las Repúblicas vecinas y aun en Europa, si lo juzgase

conveniente, comisionados, agentes ó miembros honorarios que puedan prestar sus servicios, tanto para la colecta de limosnas, como para mantener la correspondencia de la sobredicha Junta con los países extranjeros.

Art. 10. Con el fin de activar la cuestación de limosnas, el Congreso suplica humildemente á los muy Reverendos Sres. Prelados que, poniéndose de acuerdo entre sí, tengan á bien ordenar, por medio de circulares, á sus párrocos el que éstos, después de leído y explicado suficientemente este acuerdo en la misa mayor de uno ó más domingos ó días festivos, y de haberle hecho circular impreso con profusión entre sus feligreses, recorran, si fuere posible, casa por casa todas las de su parroquia y consignent por escrito la clase á que cada uno quiera pertenecer, haciendo efectiva la oferta á su debido tiempo.

Art. 11. Finalmente para convertir este pensamiento en pensamiento verdaderamente nacional y mantener siempre viva y dominante en el pueblo el deseo de su pronta ejecución, la Junta Central Permanente deberá publicar, con la frecuencia que le sugiera su celo, noticias y datos circunstanciados que lleguen á todos los ángulos de la República, sobre el estado de la obra y sus adelantos ó causas de su retraso; y cada año publicará el estado de sus ingresos y egresos para la pública satisfacción, puntualizando las sumas con que haya contribuido cada diócesis; así como en cada diócesis podrá publicar el Ordinario, si á bien lo tuviere, las que hubiere hecho ingresar cada parroquia á la caja diocesana.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, Capital de la República, á 18 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,
Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán. (1)

(1) El primer acuerdo previo publicado ya en el programa de la primera sesión solemne, fué el siguiente:

“El Congreso Encarístico, considerando:—Que el fin principal de su reunión es honrar social y públicamente al Corazón Sacratísimo de Jesús en el segundo Centenario del establecimiento de su culto público, ha resuelto:

Discursos de la primera sesión solemne.

DISCURSO DEL SR. D. JUAN LEÓN MERA,

*Diputado al Congreso Eucarístico por la
Arquidiócesis de Quito.*

Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Ilmo. Sr. Arzobispo, Ilmos. Señores Obispos,

Señores :

Entre los hechos notables que darán á conocer á los siglos futuros el carácter del nuestro, debe contarse la celebración de los centenarios. El corazón humano quiere desahogarse por medio de estas públicas y solemnes fiestas civiles ó religiosas del inmenso tesoro de gratitud, ó á lo menos de admiración, en él acumulado por las virtudes y las acciones de almas heroicas que se han consagrado al ser.

1º Hacer en honra de este Corazón Divino todas las manifestaciones piadosas sociales y públicas que constan en las Bases de Convocatoria de esta Asamblea;

2º Renovar el 21 de junio, en cuanto de ella dependa, la consagración solemne del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús;

3º Desagraviar al mismo Divino Corazón de las injurias y profanaciones que recibe en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y hacer un acto de reparación pública de los orismenes sociales que se han cometido en la República; y

4º Cooperar, por todos los medios que estén á su alcance, con los Ilmos. Sres. Obispos de la Provincia eclesiástica y con el Supremo Gobierno de la República á la pronta construcción de la Basílica decretada en honra de este Corazón Divino.

Suplica, pues, esta Asamblea al Honorable Congreso Nacional, al Excmo. Sr. Presidente de la República, á las Excmas. Cortes Suprema y Superior de Justicia, al Excmo. Tribunal de Cuentas, al Ilustre Concejo Municipal y á todos los Magistrados de la Nación, é invita á todos los católicos de las Capital á que concurren á cada una de las indicadas manifestaciones piadosas, para que dándoles el carácter de sociales y públicas, solemnicen de la mejor manera posible el culto de amor, reparación y gratitud que el Ecuador está obligado á tributar á su Excelso y Divino Patrono."

vicio de una sociedad, defendiéndola, enalteciéndola, derramando sobre ella luces ó riquezas; buscando, en fin, su dicha y su gloria. Es verdad que estas fiestas se han profanado á veces haciendo objeto de ellas á hombres ó sucesos que, en vez de merecerlas, son acreedores á las maldiciones del Cielo y las execraciones de los pueblos por los males que á éstos han causado; pero no porque la locura ó la perversidad han celebrado con ruidosa pompa la memoria de los héroes del mal, deja de ser la de los hombres benéficos y de los sabios, ó la de los sucesos provechosos á la humanidad, digna de las alabanzas y de la honra con que se la revive y enaltece en sus aniversarios ó centenarios. Bien haya, pues, Señores, bien haya la invención de esta manera de hacer públicas la gratitud y la admiración de la sociedad por los grandes hombres y los grandes hechos.

Y si esto decimos con justicia de esas fiestas dedicadas á los mortales y á sus obras, al fin como ellos limitadas y perecederas, ¿qué no diremos cuando tienen por objeto al mismo Dios ó á sucesos en que se ve y se palpa la grande y fecunda acción de su divina diestra? ¿qué no diremos de la magnífica fiesta con que la República del Ecuador ha querido honrar la memoria del culto al Sacratísimo Corazón de Jesús en el segundo centenario de su establecimiento en el mundo? Suceso verdaderamente magno, verdaderamente fecundo en consecuencias benéficas y maravillosas para la familia católica,—para esta gran familia asentada y arraigada en todas las cinco partes del mundo, á pesar de los obstáculos opuestos por el infierno por ministerio del gentilismo y de los emperadores romanos; por el de muchos de los mismos que antes de mediada nuestra era y siglos después se apellidaban cristianos y luego, á fuerza de ambición, vicios y

crímenes, entorpecían el desenvolvimiento del plan divino de la Iglesia; por el de los errores y aberraciones de los heresiarcas del siglo décimo sexto; por el de las revoluciones modernas que así degüellan, roban y talan, como difunden tinieblas de mentira y esparcen manchas de infamia por donde quiera que cantan victoria y baten palmas; por ministerio, en fin, de las sociedades secretas, laboratorios de impiedad y de barbarie, bocas por las que respira Satanás, brazos con que ejecuta todos sus atroces y nefandos designios.

Sí, Señores, la familia católica cuyo Padre invisible está en los cielos y en nuestros sagrados tabernáculos, cuyo Padre visible que representa al de los cielos está en Roma sosteniendo inquebrantable la unidad de la Iglesia y su doctrina admirable y divina, y sus tradiciones, y su gloria y sus esperanzas;—la familia católica recibe del Sagrado Corazón de Jesucristo beneficios sin número, y á par de innumerables grandes, y á par de grandes eternos. ¿Cómo le agradeceremos? ¿cómo nos haremos dignos de ellos? ¿por qué medio continuaremos alcanzándolos? Bien lo sabéis, católicos: por medio del culto puro, sincero, completo, público y entusiasta que Dios nos exige por propio derecho y que nosotros le debemos por deber ineludible. Culto de amor filial, de veneración profunda, de gratitud eterna, con el cual á un tiempo glorificamos el nombre de Dios y buscamos y conseguimos un grande, un inmenso bien para nosotros mismos.

Para adorar y bendecir á Dios no hay tiempo expresamente señalado: las horas, los días, los años, los siglos, la eternidad son suyos, como lo son todas las criaturas del cielo y de la tierra; pero sí puede muy bien el hombre hacer en determinados días más pomposo, brillante y extenso el culto. Y ved que ha llegado uno de esos días escogidos.

¡Qué día el de hoy, oh católicos! ¡qué día el de hoy que nos trae á la memoria aquel en que por voluntad del mismo Jesucristo se estableció en el mundo el culto público de su Sacratísimo Corazón! Día grande entre los grandes días del cristianismo; día en el que, si se me permite expresarme por medio de una imagen material, nuestro dulce y piadosísimo Jesús rompió las arcas de sus bendiciones y gracias, antes abiertas solamente, para derramarlas con más profusión sobre los hombres y los pueblos. Si el corazón humano cuando rebosa en virtud se es cosa digna de alabanza y veneración, el Corazón de Dios, fuente y modelo inefable de todas ellas, atrayéndose el de todas las criaturas racionales para atarlo á sí con lazos de amor sin más objeto que inebriarle de felicidad pura y eterna, es cosa que conmueve, enternece, entusiasma y abisma.

Y si traemos de lo general á lo particular el tema en que me ocupo, ¿para cuál sociedad moderna puede ser más bendito y glorioso este día que para la sociedad ecuatoriana? ¿para cuál nación ha sido más dulce, más benéfico, más pródigo en favores el Divino Corazón, que para nuestra República? Creo que entre cuantos me escuchan no hay uno sólo que no esté contestando á estas interrogaciones en este momento y allá en lo íntimo de su alma agradecida:—¡Es verdad! es verdad! ¡Bendito sea el Corazón del Hijo de María, que nos ha librado de innumerables calamidades, y en el cual está fundada nuestra esperanza de que nos salvaremos de otras terribles é infinitas en lo futuro!

El culto del Sagrado Corazón de Jesucristo se ha propagado con inusitada rapidez en nuestra República, á Él consagrada en hora dichosa por los poderes públicos eclesiástico y civil de consuno: Él es nuestro Patrono—¡oh qué ventura y qué gloria, señores! ¡Él es nuestro Patrono! Un Con-

greso nacional, á nombre de todos los pueblos del Ecuador, ha ordenado que se erija una Basílica en honra de ese Corazón, delicia inefable de los ángeles y esperanza y consuelo de los hombres. Bien, pues, ¿y qué pensáis de esa consagración, de ese culto, cada día más extenso, tierno y fervoroso, y de esa Basílica? ¿Pensáis que hemos hecho mucho por Jesucristo? ¡Ah, señores! Cuanto hemos hecho es en beneficio propio, porque Dios se complace en devolver al hombre en gracias y favores todo cuanto el hombre le da en cumplimiento del primero de sus deberes—del deber de amarle, honrarle y glorificarle.

Los hombres para quienes la idea religiosa es secundaria ó no vale nada en la economía moral de las sociedades, censuran á la Ecuatoriana el haber hecho de ella el alma de su movimiento de regeneración y progreso: ¡qué triste y errada manera de juzgar las rectas tendencias y el noble destino de un pueblo! ¿Sabéis lo que ha hecho nuestra República? Para comprenderlo bien recordad un pasaje del Evangelio, de los que admiten más profunda interpretación y tienen aplicación más lata, no sólo á los individuos, sino también á los pueblos, que buscando su perfección social y moral y el progreso y bienestar que son consecuencias de esa perfección, se echan resueltamente en brazos del Catolicismo: recordad, os digo, que en tanto que Marta andaba con fatigoso afán ocupada en quehaceres materiales, María, su hermana, recibía en el alma el manantial de vida que brotaba de los divinos labios de Jesucristo; recordad la contestación que este eterno Maestro de la verdad y la justicia dió á la primera al verla demasiado preocupada en las cosas de la tierra con descuido de las del cielo:—María ha escogido la mejor parte, y no será privada de ella jamás. —Ahora, señores, haced la aplicación

de este sublime concepto : ¿ no salta á vuestra vista una verdad práctica y de actualidad, una verdad que ya podemos llamar histórica? ¿Cuál es, pues, entre las naciones modernas la que *ha escogido la mejor parte?* ¿Cuál? ¡El Ecuador, nuestra República, nuestra amada Patria! Sí, ella, señores, ella es la que se ha postrado á los pies de Jesucristo y le ha dicho :—Tú eres mi único Dios, Tú mi esperanza, Tú mi fortaleza, mi progreso, mi civilización, mi gloria! Yo te ofrezco ser fiel y me consagro á tu Divino Corazón, para que Tú no me abandones y pueda yo cumplir mi destino social en medida de tus santas leyes y en conformidad con tu voluntad soberana, de la cual depende el engrandecimiento y dicha de los pueblos.

Las naciones Martas se andan afanadas buscando su riqueza, fuerza y brillo tan sólo en el desarrollo de sus elementos materiales ó de la inteligencia cuyo poder consagran preferentemente á los intereses mundanos. Los resultados han sido maravillosos ; ¿ cómo ni para qué negarlo? La ciencia ha arrancado infinitos secretos á la naturaleza, la literatura ha producido obras maestras, se han perfeccionado las artes, la mano de la industria ha amontonado por todas partes comodidades y lujo para la vida; por donde quiera que tendemos la vista hallamos un movimiento progresivo que asombra y un brillo que deslumbra á par que seduce; pero decidme, ¿ esto constituye toda la civilización? ¿ llénase con esto el destino humano? ¿ consiste, por ventura, la civilización en los triunfos de la materia, en la riqueza de la superficie de la sociedad, en el deleite de los sentidos, con prescindencia de los intereses de otro género que atañen á la vida que comienza y se prolonga eternamente tras el sepulcro? ¿ Y el alma, señores? ¿ es acaso objeto tan baladí que no debe tomarse en cuenta para nada cuando

se trabaja por la civilización? Los que de esta manera piensan, á fe que no tienen noción cabal de la dignidad del hombre, ni del destino de los pueblos, ni de lo que los hace grandes, respetables y venturosos. La dicha, la grandeza, la respetabilidad de las sociedades están en relación de sus virtudes, y no se puede concebir que éstas existan donde no predomina la idea religiosa puesta en práctica así en la vida privada como en la pública. Yo no comprendo, pues, ni de seguro lo comprenderéis vosotros, una verdadera civilización con fundamentos puramente materiales, una felicidad verdadera sin el apoyo de los principios morales, ni estos principios sin religión, ni religión—tomada esta palabra en el único sentido que debería tener, el sentido católico—sin que se la busque en el establo de Belén, en la altura del Calvario y en la Cátedra de Roma. La Religión puede existir desligada de los intereses y cultura materiales de los pueblos, por que es espiritual por esencia, porque su origen, su virtud, su vida, todos los elementos que constituyen su condición fecunda para el bien y su fuerza potentísima contra el mal, vienen del cielo y son superiores á las leyes, los objetos múltiples y las variadas riquezas de la naturaleza, como á las facultades intelectuales del hombre que puede comprenderlos, adueñarse de ellos y utilizarlos; pero la civilización alcanzada por medio de estas facultades dominadoras de la naturaleza bruta, será siempre descabalada si la religión no concurre á llenarla y perfeccionarla. ¿Por qué? Porque de esa manera se atiende á la parte menos noble, digna y elevada del sér humano—á la parte material que al chocar con la muerte se desbarata y hunde en la huesa, á los sentidos que entonces se apagan, á las pasiones que hierven en la sangre y que entonces se hieclan, y aun á la inteligencia materializada y desvir-

tuada en cierto modo, y puesta en oposición al sublime destino para el que Dios la encendió en el cerebro del hombre; en tanto que se olvida todo cuanto tiene relación con lo espiritual, todo cuanto liga el alma con el Cielo; se olvida que la honradez, la virtud, el hábito de sacrificio, hacen llevaderas las contrariedades y miserias de la vida terrenal, que hacen menos graves los deberes, dulce y espontánea la abnegación, firme la paz, seguro el orden, cierto y práctico el patriotismo, ordenado, en fin, y activo y poderoso el movimiento así individual como social hacia la perfección, siquiera relativa, á que puede y aun debe aspirar la humanidad; se olvida, en una palabra, lo que más se debe tener presente y lo que más debe practicarse, no sólo por razón del fin del hombre en lo espiritual y eterno, sino también porque la perfección moral es condición precisa para que sean gratos y provechosos los progresos materiales.

Sí, queridos compatriotas, no vacilo en asegurároslo: la idea del progreso social sin el concurso del principio religioso, del principio cristiano, no es la idea cabal y fecunda que, traída á la práctica, puede alcanzar el engrandecimiento y ventura de las naciones ni de los individuos; la civilización fundada sobre cimientos materiales no es vida ni dicha completa y duradera para los pueblos: ¿dónde están hoy el poder, la grandeza y brillo de tantas naciones anteriores á nuestra éra? ¿cuál fué su suerte? ¿cuál su felicidad? ¿Quién puede negar en presencia de la historia que murieron abrumadas por un materialismo brutal y por la repugnante concupiscencia que, en medio de su esplendor se mezclaba con sus ritos y leyes, sus costumbres públicas y privadas, sus letras y sus artes, y devoraba sus entrañas? ¿Quién, si vuelve su atención á las sociedades modernas y estudia desapasionadamente

la historia de su vida, no observa que donde va debilitándose ó ha desaparecido ya el espíritu religioso, va despertándose en cambio y difundiéndose irresistible un malestar sordo, á veces indefinible, pero siempre seguro en su acción matadora terrible y universal? Malestar semejante al del pueblo romano cuando caía y se deshacía podrido de vicios y ensangrentado por crímenes atroces; malestar que no bastan á cubrir ni disimular los resplandores de una civilización tan encomiada por los que no penetran en el fondo de las cosas y las juzgan á la luz de un criterio falso y apasionado.

La República Ecuatoriana comprende, pues, muy bien que para elevarse á las regiones de la verdadera civilización necesita comenzar por ser religiosa y moral; comprende muy bien que la civilización tiene por objeto la felicidad y gloria de los pueblos engrandeciéndolos y fortaleciéndolos más moral que materialmente, y que, por lo mismo, no puede haber civilización sin Dios, que es el único origen de toda ventura, y toda grandeza y toda fortaleza. Estos pensamientos justísimos y elevados son los que predominan felizmente en la sociedad ecuatoriana. Ved, señores, por qué nuestra Patria se arrodilla al pie de los altares, por qué se consagra al Divino Corazón de Jesucristo, por qué hace ostentación de su fe ardiente, por qué ha hecho voto de erigir una Basílica en honor de ese Corazón Sacrosanto, por qué celebra fiestas como la presente. ¡ Oh cuán grande, cuán bello, fecundo y poderoso es el sentimiento religioso de un pueblo! La lengua no tiene frases bastante expresivas para encarecerlo: ese sentimiento es el tesoro con que se compra la civilización, es el arma con que se conquista el cielo, es la oleada constante de luz en que se bañan y purifican las almas para hacerse dignas de Dios.

¡ Cuán justa, y grande y digna es la fiesta de hoy, señores ! ¡ Hubo jamás Centenario que pudiese competir con el actual y que reclamase con mayor justicia la alegría y el entusiasmo del corazón humano ?

¡ Oh Patria mía, Patria mía ! tú *has escogido la mejor parte* y Dios te ha puesto en posesión de ella ! ! El Corazón de Jesús es tuyo, tú eres del Corazón de Jesús ; no serás privada jamás de este inefable tesoro ; Dios no aparta de tí sus miradas, ni recoge su manto que desplegó sobre tu cabeza para defenderte de tus enemigos empeñados en perderte, en arrancarte del Corazón de Jesucristo para hundirte en las entrañas de Satanás ! ¡ Oh Patria, á quien después de Dios he consagrado todos los afectos de mi pecho y todas las fuerzas, aunque cortas, de mi inteligencia ! ¡ bendita seas porque eres católica, porque en medio de las tormentas diabólicas que hoy sacuden el mundo moral, has tenido valor para mostrarte francamente hija de la Iglesia y esclava de la Cruz ! Por esto te esperan días de poder, de felicidad y de gloria. ¡ Patria mía, bendita seas mil veces !

Poesía del Sr. D. Ramón Calvo, miembro de la Junta Promotora Central y Secretario del Congreso.

DESAHOGO CRISTIANO.

ODA

DEDICADA RESPETUOSAMENTE AL ILMO.
Y RMO. SEÑOR DR. D. JOSÉ IGNACIO ORDÓÑEZ,
DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE QUITO.

I

Cuando iracunda lanza
Hirió el costado de JESÚS divino
Con sañosa pujanza,
Al infeliz humano abrió camino
Para arribar á su inmortal destino.

II

Por la abertura aquella
Las aguas de salud vivas saltaron;
Y luces de centella
Los ámbitos del mundo iluminaron
Y el profético anuncio confirmaron.

III

La poderosa lumbre
Palideció del sol, ante la hoguera
De amor y dulcedumbre
Que, ígnea asomando por la herida fiera,
A través de los siglos reverbera!

IV

¡Oh lanza bendecida
Que al hacer daño, tanto bien labraste:
Por muerte diste vida;
Y con el corte atroz que allí dejaste
El satánico imperio anonadaste!

V

Por allí, en admirable
Y caudalosa vena se dilata

La ternura inefable
Del Santo CORAZÓN, que abriga innata
Pasión, por esta humanidad ingrata.

VI

Venid! dice ese amante
CORAZÓN, abrasado en fuego vivo
De dulce amor llameante;
Oh mortales, venid! que compasivo
Ansio salvaros con afán activo.

VII

Si estrecha, dilatada
Es la senda que os muestra el amor mio;
Habrán todos entrada:
El gentil, el pagano y el judío;
Con mi ley santa no temáis desvío.

VIII

Cual á mi PADRE plugo,
De abrojo os herirá punzante espina;
Mas es ligero el yugo,
Y la mancha que ostente purpurina
Señal será de la merced divina.

IX

En medio del quebranto
Embriagados seréis con los olores
De celestial encanto
Que exhalan de virtud las santas flores
En místicos, purísimos ardores.

X

Que en gozo y alegría
Trocado sentiréis el sufrimiento;
Misericordia mía
Así os regala, porque estoy sediento
De vuestro corazón y pensamiento.

XI

Ah! pensad cuánto os amo.
Si de mi sangre ya la postrer gota

Os di como reclamo;
Y es sangre de mi MADRE, en que se embota
La malicia infernal y queda inmota.

XII

En el eterno anhelo
De salvar vuestra alma, que me es cara,
¡Ay! descendí del cielo,
Para ver que cual vil se me tratara
Y ofuscada razón me rechazara!

XIII

Nunca á tanta fineza
En pago se le dió tanta amargura!
¡Oh inaudita dureza
Que en piélago me sume de tristura,
Hollada, contemplando, mi ternura!

XIV

¿Qué mal, qué mal he hecho
Con humillar mi suma omnipotencia,
Y desde el roto pecho
Afanarme en curar vuestra demencia
Y á raudales verteros mi clemencia?

XV

¡Oh loco desvarío!
Oh ceguedad pasmosa, indescifrable!
De amor en rapto pío
Con la dicha os convidó perdurable,
¡Y rehusáis, con repulsa abominable!

XVI

Si viendo el fulgurante
Rayo que rasga nube tenebrosa,
Con pecho palpitante
La alma sentís en convulsión medrosa
Por la horrible conciencia que os acosa;

XVII

¿Por qué el fulgor superno
(Que no inspira temor y amor reclama)

De este mi amor eterno,
El pecho no os conmueve, y no lo inflama
De amor eterno con la eterna llama?

XVIII

El rigor que atormenta
Emponzoñando el seno, en ejercicio
Rudo os pone, y violenta;
¡Y mármol os encuentra el beneficio
De mi grande, sangriento sacrificio!

XIX

¡Obcecación impía
Que sin tino os impulsa, tropezando,
Por la torcida vía!
¡Y no volvéis á ver la que mi blando
Amor, segura y recta está mostrando!

XX

De Mí lejos la indina,
Maldita raza humana, que la dura
Cerviz ímpia no inclina! . . .
Mas nó! que derramé mi sangre pura
Por ella, y le conservo mi ternura.

XXI

Si en el establo obscuro
Soporté desnudez é intenso frío;
Si al rebelde perjuro
Le sufrí me ofreciera un poderío,
Insultante sarcasmo al poder mío;

XXII

Si del Huerto en la umbría
Celda de Adán, me sometí á esa larga,
Insólita agonía,
En que apuré hasta el fin la copa amarga
Y puse sobre Mí la enorme carga;

XXIII

Si de azotes, paciente,
Sufri el rigor, y aquella punzadora
Corona, y la insolente
Blasfemia de la turba pecadora
Que, torpe, aún mi santidad ignora;

XXIV

Si al peso del madero
Resignado afronté en fatal caída
Vuelco tras vuelco fiero;
Si á mi PADRE rogué por el deicida
Y en angustia suprema dí la vida;

XXV

Ah! ¿cómo indiferente
Podré mirar al que me cuesta tanto
Rodar por la pendiente
Que al abismo conduce del espanto,
Condenado á verter eterno llanto?

XXVI

Nó, nó!—que en el anhelo
De salvar vuestra alma, que me es cara,
¡Ay! descendí del cielo;
Y mi vida otra vez sacrificara
Sin la perenne inmolación del ara!

XXVII

Venid á Mí, mortales!
Yo soy la salvación; Yo soy la vida!
Fruiciones celestiales
Conmigo gozaréis en la escogida
Mansión de dulce encanto y bendecida!

XXVIII

Eso que el mundo nombra
Gloria, dicha, placer, honor, ventura,
Sólo es confusa sombra

Del gozo incarrable que en la altura
Mi ternísimo amor os asegura!

XXIX

Así, con carifoso
Decir, se exhala el CORAZÓN divino;
Mientras impetuoso,
En desenfreno puesto y desatino,
El hombre avanza en el fatal camino.

XXX

Mas ¡infeliz! ¡ay triste
Quien de EL obstinado se retira
Y á tanto amor resiste!
El DIOS de la venganza que le mira
Turbión descogerá de justa ira!

XXXI

Ya de la tolerancia
El término se acerca, y, furibundo,
Tu indómita arrogancia
Sepultará aterrada en el profundo,
Cuanto más corrompido, ingrato mundo!

XXXII

¿Y el brazo justiciero
Quien detenga no habrá del Dios airado?
Y el universo entero,
En que áun hay almas limpias de pecado,
Por el fuego de Dios será abrasado?

XXXIII

“Si con tenaz porfia
Me persigue el ultraje, á los que quiero
Me llevaré, María;
Y al torpe resto, en mi rigor severo,
Castigo infligiré tremendo y fiero.” (*)

(*) Palabras de Nuestro Señor á la B. Margarita María.

XXXIV

¡Oh lástima! oh consuelo!
¡Desgraciado de aquel que sólo alienta
Para ofender al cielo!
¡Dichosa el alma que, de amor sedienta,
De amor, fe y esperanza se sustenta!

XXXV

Ven! Ecuador pequeño,
Mas grande por tu fe, que te ha elevado,
Y en pertinaz empeño
El mundanal respeto has desdeñado
Y al Divo CORAZÓN te has consagrado;

XXXVI

Ven, Ecuador! esgrime
El arma poderosa, y con vehemencia,
Del ruego que redime;
Que la ira el SEÑOR torna en clemencia
De diez justos no más por la inocencia;

XXXVII

Ven, Ecuador! levanta
Al CORAZÓN millón de corazones;
Y el triunfo alegre cuenta
De salvar con tu fe y reparaciones,
Aunque humilde, del mundo á las naciones.

XXXVIII

Porque has sido tú sólo
El que lanzando al mundo altivo reto
Del uno al otro polo,
Has dicho: "A mi JESÚS amo y respeto
Y sólo á su ley santa me sujeto.

XXXIX

"Atrás, atrás, errores!
"Radicalismo, atrás! ¡Oh secta impía
"De siniestros clamores,

“Cese ya tu perversa algarabía,
“Déjame en paz con mi creencia pía!”

XL

Ven, Ecuador! y lanza
Yá al espacio, de gótica estructura,
Cual signo de bonanza,
El templo decretado en tu fe pura
Al santo CORAZÓN por su ternura!

XLI

Y si á EL cual monarca
Reconoces augusto, en tus pendones
Muestra la noble marca
Que diga á mil y mil generaciones
Que á la cabeza estás de sus legiones!

XLII

Compacta á los cristianos
So el árbol de la Cruz, y cruda guerra
Mueve á los inhumanos
Que á la barbarie llevarán la tierra
Por los goces del oro que ella encierra!

XLIII

Con tu entusiasmo ardiente
Y voz de amor activa y penetrante,
Recorre el Continente;
Y á todos mueve á que su Rey reinante
De JESÚS sea el CORAZÓN amante!

XLIV

Conforta al Prisionero
Revestido de armísto y Soberano
Que, sapiente y severo,
Del porvenir sondeando el hondo arcano,
Las vías de salud muestra al humano!

XLV

Y el alto Magistrado
Que el martirio miró firme y sereno,
Sea por tí ensalzado;
Que amó á JESÚS, y de civismo lleno
Fué tu gran bienhechor—García Moreno!

XLVI

Y á la mansa, inocente
Paloma en la ara santa envenenada,
Alzala reverente
A la cima á que está predestinada,
Cual mártir de JESÚS, de fe acendrada!

XLVII

Ven, Ecuador! levanta
Al CORAZÓN millón de corazones;
Y el triunfo alegre canta
De salvar con tu fe y reparaciones
Del orgulloso mundo á las naciones!

XLVIII

Y ¡oh mundo!—té subleva
Contra el pequeño pueblo que se ufana
De la fe que lo eleva;
Mas sufre en tu grandeza, asaz enana,
La celsitud de la humildad cristiana!

XLIX

Y el Congreso reunido
En el solemne, doble centenario
Del culto instituido
Al CORAZÓN rasgado en el Calvario
Y que el mundo áun ultraja temerario,

L

Jure como yo juro:
Combatir sin cesar el extravío

De aqese mundo impuro,
Y afrontar impasible, en santo brío,
Su odio infernal y su furor impío.

LI

Nada importa que muera
El cuerpo á la terrible dentellada
De la feroz pantera:
El alma, de su cárcel libertada,
Volará de JESÚS á la morada!

LII

Aliento, lidiadores!
Soldados de JESÚS, á la pelea!
Seréis los triunfadores;
Y de Dios obtendréis la alta presea
De que el mundo á JESÚS adore, y crea!

LIII

No abriguéis sobresalto;
Que en luchar por JESÚS siempre hay victoria:
Pronto dad el asalto;
Y mejor en el cielo que en la historia
El lauro ceñiréis de eterna gloria!

N. B.—Advertimos que esta composición poética se pronunció al principio de la sesión solemne del 21; pero la hemos colocado después del Discurso del Sr. D. Juan León Mera, por tratar éste especialmente del Centenario.

El Cronista.

DISCURSO

en favor de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús

PRONUNCIADO EN LA PRIMERA SESION SOLEMNE POR EL
R. P. MANUEL JOSE PROAÑO, DE LA COMPAÑIA DE
JESUS, PROMOTOR DE LA BASILICA Y MIEMBRO DE LA
JUNTA PROMOTORA CENTRAL.

"Hagamos una Iglesia tal y tan grande, que los omes de porvenir nos tengan por locos.—UN CABILDO ECLESIASTICO."

Señores:

Entre todas las palabras que pronunciamos y oímos pronunciar los hombres, no hay más que dos verdaderamente omnipotentes: la palabra que cae de los labios de Dios, la palabra que sube de los labios de la fe. Mirad, tres son los grandes órdenes parciales, connexos y entre sí subordinados, en que se resuelve el sistema íntegro de la creación universal: el orden físico, el orden moral y el orden de la gracia; y estos tres órdenes, con sus contrastes y armonías, con sus misterios y magnificencias, con sus sombras y esplendores, débense todos á la eficacia de una sola palabra, dos veces pronunciada por la Divinidad en el seno de gloria sempiterna, y una vez articulada por tímida virgen en el inefable arrobamiento de angélica embajada. *Fiat lux, et facta est lux . . . dixit, et facta sunt . . .* "Hágase la luz, y la luz se hizo; háganse los mundos y los mundos fueron hechos. . . ." hé aquí la palabra de Dios cayendo en el abismo oscuro y silencioso de la nada, y poblando espacios inconmensurables, infinitos. *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*: hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra: hé aquí otra vez la misma palabra de Dios cayendo en la tierra, y levantando al Rey de la creación sensible, al hombre, para hacer de la tierra el teatro inmenso de la humana libertad, llamada al orden moral. *Fiat mihi secundum verbum tuum . . .* "hágase en mí según tu palabra:" hé aquí el mismo *fiat* de Dios pronunciado por una criatura,

pronunciado por María, para la redención del mundo en el orden de la gracia.

La Iglesia católica está en posesión de la fuerza y eficacia del *fiat* del Verbo Eterno, del *fiat* de su santa Madre; y las creaciones gigantescas y gloriosísimos monumentos de la civilización cristiana, desparramados en toda la superficie de la tierra, como los astros en la inmensidad del espacio, débense al *hágase* y hagamos de la Esposa de Cristo. Allá, en 1401, los muy religiosos y piísimos varones de un Cabildo eclesiástico reuuiéronse cierto día y dijeron: "*Fugamos una Iglesia tal y tan grande, que los omes de porvenir nos tengan por locos.*" Dijéronlo, y lo hicieron; y ved ahí á España, á nuestra Madre, justamente orgullosa con uno de los más portentosos monumentos de la arquitectura cristiana, con su famosa Catedral gótica de Sevilla.

Señores: nosotros los ecuatorianos de 1886, herederos legítimos de la fe española de 1401, presentámonos hoy en este templo, para decir también á los católicos del universo: "*hagamos una Basílica tal y tan grande, que no los hombres de porvenir sino los presentes nos tengan por locos.*" Tan loco está el mundo, que tiene por locuras las empresas y obras de la fe; pero siendo la fe la sabiduría misma de Dios, tan loca es la fe, que siempre confundirá con sus locuras la prudencia de la carne y la sabiduría de los sabios del mundo. Si yo no consultase más que vuestra fe, siendo ella tan profunda y poderosa, bastárame deciros: "*hagamos la Basílica,*" para que vosotros inmediatamente os pusieseis en obra; porque el estilo de la fe es lacónico, espartano. Pero como es también gloria de la fe hacer servir á la razón para vencer las resistencias de corazones débiles y mentes preocupadas, no llevaréis á mal que en esta nueva solemnidad, con que celebra el Ecuador el segundo centenario del establecimiento del culto del Sagrado Corazón de Jesús, ofrezca hoy á vuestra ilustrada consideración las serias y profundas razones con que apoyo el proyecto de nuestro primer Congreso Eucarístico, sobre la pronta construcción de la Basílica. De mi parte creo que alcanzaré el objeto, si os demuestro satisfactoriamente esta proposición.

La pronta é inmediata construcción de la Basílica del Sacratísimo Corazón de Jesús, decretada por la Convención de 1884, es la inmediata y pronta reconstrucción de la sociedad ecuatoriana sobre las únicas verdaderas bases en que reposan la prosperidad y ventura de los pueblos redimidos. De donde infiero que ningún ecuatoriano puede aspirar al título honroso de hijo amante de la Patria, si no ofrece todo el contingente de sus fuerzas físicas, morales y religiosas

á la gloriosísima empresa que como uno de los fines principales se ha propuesto el Congreso Eucarístico solemnemente congregado en esta Iglesia Metropolitana.

Permitidme, Señores, antes de presentaros las pruebas de mi aserto, que explique en pocas palabras algunas ideas preliminares con la libertad y franqueza evangélicas que me dan mi carácter sacerdotal y la sinceridad de vuestras creencias. Sin esto mal podría llevar la convicción á vuestro entendimiento, ni la persuasión á vuestra voluntad.

I

Riqueza pública, moral severa, fe católica; hé aquí las bases eternas, indestructibles, únicas del edificio social. Sin riqueza pública, esto es, sin recursos suficientes para la vida temporal, no puede conservarse mucho tiempo la austeridad de las costumbres; porque la pobreza y la miseria enervan los caracteres, y un pueblo de carácter enervado no es capaz de grandes virtudes. Sin costumbres severas es inevitable, tarde ó temprano, el naufragio de la fe: los pueblos apóstatas fueron antes disolutos; así como los grandes heresiarcas fueron antes despreciables y oscuros criminales. Vice versa, extinguida la fe, abrásanse los pueblos en incendio infernal de pasiones devoradoras; y triunfantes las pasiones, sepultan á los pueblos en pavoroso abismo de miseria irremediable. ¿Hay alguno de vosotros que pueda oponer con ventaja una sola objeción á estas categóricas afirmaciones? Ninguno.—Pues bien, paso adelante.

Estudiando con atención profunda el estado y circunstancias en que hoy se halla nuestra República, fácilmente convendréis conmigo en que ella demanda con la mayor urgencia una pronta é inmediata reconstrucción social sobre aquellas, que he dicho, bases únicas de la prosperidad y ventura de los pueblos redimidos. Preciso es confesarlo: estamos pobres, muy pobres. ¿Qué se hizo de nuestro oro? ¿adónde van á parar los restos de nuestro patrimonio? ¿qué es de nuestra industria, comercio, agricultura? La industria está casi paralizada; el comercio no nos ofrece sino un desequilibrio alarmante entre la importación y exportación: todo ó casi todo nos viene de fuera, y no sale de nuestro país sino nuestro dinero. Guerras insensatas, crueles, atizadas por pasiones feroces y sostenidas por el crimen, arrebataban á nuestra agricultura los brazos del pueblo laborioso que han de armarse, á costa de inmensos sacrificios, en defensa de la justicia y del derecho: y si la casi espontánea fecundidad de la tierra hinche los graneros de los propieta-

rios, hé aquí que esos frutos ó deben podrirse en la troj, ó repartirse á manos llenas entre los huérfanos y viudas de campos desolados.

¿Qué diré de la condición moral de nuestros pueblos? Señores, yo en el individuo respeto muchas, muchísimas virtudes verdaderamente cristianas; venero en el hogar doméstico de todas nuestras clases sociales, muchos, muchísimos santuarios de la honestidad, del pudor, de la religión y de la piedad; y acuso de verdaderos enemigos de la Iglesia y de la Patria á aquellos que se complacen en arrastrar la naciente literatura nacional por el fango de la difamación y la calumnia, cubriendo de oprobio y confusión personas y familias cuyos nombres honrarían la más culta y civilizada sociedad católica. Mas si consideramos nuestra pública moralidad en lo civil y político, (duéleme el decirlo, pero es preciso,) acaso oonvendriais conmigo en deplorar tres ausencias. La ausencia de unidad social, rota y deshecha por el espíritu de partido; la ausencia del respeto debido á las autoridades legítimas, en virtud de cierto espíritu demagógico, el cual, si en la región de las ideas es poco doctrinario entre nosotros; sin embargo en el terreno de los hechos se lanza, como lo hemos visto y acabamos de verlo, hasta el parricidio: crimen espantoso que va, sin sentirlo, hiriendo de muerte el principio de autoridad en el pueblo que más de ella necesita. La ausencia, en fin, del espíritu de trabajo, del espíritu de empresa. Un concurso fatal de circunstancias va relajando más y más los resortes de nuestra actividad; estamos muy lejos de ser los dominadores de la naturaleza; tal vez la raza, el clima, un vicio de la educación, el prurito y afán de la política... qué sé yo cuantas otras causas no sólo nos retienen en un tristísimo *statu quo*, sino que nos van haciendo retroceder sensiblemente hacia un estado de completa postración y abatimiento.

Mas al frente de este cuadro sombrío de nuestra situación económica y moral, sonrie hoy á mis ojos, cual nunca espléndido y sereno, el Astro hermoso de nuestra fé nacional. Si allá, en los arranques generosos de entusiasmo patriótico, pueblos y naciones saludaron á Quito, LUZ DE AMERICA, por haber resonado en las faldas del Pichincha el primer grito de emancipación política; con mayor razón en el éxtasis sublime de caridad y amor divinos que á todos nos arrebató en este instante, podemos exigir del mundo católico que vuelva hoy los ojos enternecido hacia nosotros, y con corazón palpitante de alegría, salude al Ecuador: *Faro esplendente de la Iglesia*. Este templo, esta solemnidad, esta asamblea, la Iglesia, el Estado, ofreciendo al Rey inmortal

de los siglos, al Rey de Reyes y Señor de los Señores, al Monarca universal del mundo, frescos laureles entrelazados en la punta de espadas victoriosas... el pueblo todo, de un cabo al otro de nuestro territorio, santificado hoy mismo con la gracia del Espíritu divino, alzando al cielo manos suplicantes, y entonando al Corazón del Hombre Dios himnos magníficos con labios purpurados con la sangre redentora... y todo esto en medio y á pesar de las convulsiones infernales de la apostasia casi universal de un siglo prescito... ¡ah Señores! dejadme, dejadme repetir con lágrimas de júbilo: "Faro es mi Patria, faro esplendente de la Iglesia!"

Si, hoy lo digo con el acento de vuestras más profundas convicciones y con todo el énfasis de mis más fundadas esperanzas, la fe católica es nuestra única gloria, la fe católica es el único poderoso elemento de la reconstrucción económica, moral y religiosa de la sociedad ecuatoriana. Pero ¿cómo? Mediante la pronta é inmediata construcción de la Basilica del Sacratísimo Corazón de Jesús, decretada por la Convención de 1884.

Difícil me será, Señores, reprimir los impetuosos movimientos de mi corazón en gracia de la reflexión seria y concienzuda con que debo discurrir para desenvolver ventajosamente estas ideas; pero me esforzaré en ello contando con vuestra benevolencia.

Digo, pues, en primer lugar, que si queremos eficaz y prácticamente salvar nuestra situación económica y alejar de nuestra patria los horrores de la pobreza y miseria públicas, debemos todos los ecuatorianos levantarnos mañana mismo como un solo hombre, llenos de vida y de energía, y arrostrar la construcción de la Basilica, cueste lo que costare, sean cuatro ó seis millones de pesos. Parece paradoja: y sin embargo no lo es, como vais á verlo, si me permitis por hoy que meta la hoz en mies ajena, y os hable como economista en el terreno de la ciencia práctica.

Tres son los primeros sistemas de la moderna ciencia económica que me place considerar en sus principios fundamentales para hacer de ellos alguna aplicación á nuestro objeto: el sistema *mercantil* de Colbert, el sistema *fisiocrático* de Quesnay, y el sistema *industrial* de Adam Smith.—En el sistema de Colbert el incremento de la riqueza pública depende sobre todo de la abundancia de dinero: de donde se infiere que en un país cualquiera debe impedirse á todo trance la exportación al extranjero del oro y la plata, debe prohibirse la libre importación de mercancías de otros países, y arreglarse el comercio de tal modo, que siempre sea mayor el ingreso en dinero que el egreso: y como los productos de las

artes y de la industria dan mayor suma de artículos de exportación que la agricultura, es consiguiente que se deban promover más las artes y la industria que el cultivo de los campos.

Sin declararme, en lo especulativo, partidario de Colbert; pienso, Señores, que el instinto de conservación, una necesidad urgentísima, extrema, nos impone, en las actuales circunstancias económicas del país, la obligación indeclinable de aceptar algunos de los principios de este sistema, á lo menos momentáneamente, y respecto de algunos artículos de importación del extranjero. Si no nos vamos á la mano, si arrojamos sin reflexión á ajenas playas nuestros últimos centavos, sin buscar trabajo para nuestros obreros, sin tratar de nacionalizar nuestras artes, sin fomentar nuestra industria, sin llamar todas las fuerzas vivas de la sociedad á alguna empresa grande, heroica, no sé, no sé adonde vamos á parar. El H. Sr. Ministro de Hacienda presentó al Congreso Constitucional del año pasado un erudito y prolijo informe del estado económico del país. He estudiado este documento; ¿y sabéis en qué relación estaban en 1884 los productos de importación y exportación? En relación de tres á uno. En 1884 entraron en el Ecuador 15 416,152 pesos en artículos extranjeros, y no salieron en productos del país sino 5.955,033 pesos. De modo que la nación quedó debiendo casi diez millones. ¡Ved qué desni-vel tan abrumador y ruinoso! Pero escuchad otra cosa: recorriendo yo el cuadro alfabético de importación, me he fijado nada más que en veinticinco artículos, parte superfluos, y parte tales que sin duda alguna deberían moderarse. Pues bien, ¿sabéis cómo gastamos nuestro dinero en sólo el año de 1884?

En alhajas falsas	§	66,960;
En abanicos	,,	16,030;
En afeites	,,	1,266;
En aguas de olor	,,	24,786;
En album	,,	16,606;
En bolitas de cristal	,,	3,971;
En brochas para polvo de arroz	,,	552;
En calzado de señoras y niños	,,	102,626;
En cosméticos	,,	1,802;
En crinolíns	,,	185,135;
En cigarrillos	,,	123,423;
En cerveza	,,	362,492;
En conservas	,,	98,160;
En corchos	,,	13,476;

En dulces	„	24,505;
En encurtidos	„	18,551;
En galletas	„	174,435;
En juguetes	„	69,872;
En jabón de olor	„	27,168;
En levitas hechas	„	23,715;
En licores alcohólicos	„	1.277,329;
En olores	„	29,097;
En sombrillas	„	64,894;
En sombreros de mujeres y niños...	„	61.200;
En vinos	„	961,320;

Estos valores parciales con que pagamos al extranjero nuestras superfluidades y excesos montan á la suma de 3.749,371 pesos. De manera que de toda nuestra exportación sólo empleamos algo más de dos millones en el pago de artículos de primera necesidad, de artículos verdaderamente útiles; y gastamos cerca de cuatro millones en superfluidades y excesos, superando siempre el enorme *déficit* de diez millones, el cual compromete por lo mismo todo el producto nacional de dos años siguientes. Esto sin tomar en cuenta el contrabando, ni los derechos de introducción, ni la ganancia de los mercaderes, ni el consumo afflictivo de licores y cerveza del país.

¿Os parece esto razonable, justo? Señores, esto es desconsolador, esto es monstruoso. Sólo nuestra irreflexión ú olvido puede excusar en parte tan grave pecado social, tan insensato despilfarro de nuestras escasa riqueza nacional. Cuando delante del Señor medito en estas cosas, y considero de otra parte los esfuerzos supremos y sacrificios costosísimos que debe hacer nuestro Gobierno legítimo para defender los derechos de la Nación y proporcionarnos el beneficio inapreciable de la paz, veo clara y distintamente que, bajo el gobierno de la divina Providencia, esa guerra tenacísima é inmotivada que turba nuestra existencia civil y política, no es sino una expiación dolorosa y tremenda de la culpable proligalidad con que disipamos el modesto patrimonio que hemos recibido del Padre común de la familia humana. Por esto, al pie del Crucifijo, acepto como inspiración de la fe, como el más suave y eficaz correctivo de nuestros yerros, la idea de la pronta é inmediata construcción de la Basilica prometida al adorable y amantísimo Corazón del Hombre Dios. Si la nación, con espíritu de cristiano sacrificio y sabia economía, deputase á la Basilica los tres millones que se gastan cada año en superfluidades y excesos, y se contentase por ahora con emplear solamente los 749,371 pe-

esos en lujo y en licores alcohólicos; evidentemente esos tres millones circularían dentro del área del nuevo templo, dentro del territorio de la República; con esos tres millones se pagaría el jornal de diez mil ó veinte mil trabajadores, el salario de muchísimos empleados de fábrica; con esos tres millones fomentáramos la industria nacional, estimularíamos las artes mecánicas y liberales, y crearíamos nuevos y nuevos veneros de riqueza pública. Pero es, me diréis, temeridad exigir de toda la nación que reduzca sus gastos de lujo y regalo á tan módico presupuesto como el de 749,371 pesos. Así es, lo confieso, aunque con dolor: no se puede pedir tanto á nuestra sociedad. Entonces ¿qué remedio? Pues, Señores, yo en nombre del Congreso Eucarístico propongo á la nación este partido extremo. Continúe ella empleando en superfluidades y excesos tres millones por año, pero á lo menos ceda á la Basilica, ceda al alivio de la miseria pública el excedente de ese tan mal gastado capital; ceda los 749,371 pesos. Es lo menos que podemos exigir, lo menos que debemos por hoy dar los ecuatorianos al sistema de Colbert en aquello que, prácticamente hablando, tiene de aceptable.

El segundo sistema es el *fisiocrático* de Quesnay. Según este economista la riqueza pública depende exclusivamente de la agricultura, porque hablando en rigor, sólo ella es productiva, dado caso que la industria únicamente inmuta la materia, y el comercio la transfiere y permuta. Sin embargo, dice él, débense promover también las artes y el comercio, por cuanto éstos fomentan, á lo menos mediatamente, la agricultura. Proclama en seguida la plena libertad de comercio, y enseña que no se han de gravar con impuestos sino los fundos, puesto que sólo ellos son frugíferos, y los agricultores fácilmente pueden pagar los tributos, aumentando el precio de los artículos que venden á los consumidores.

Esta teoría económica refútase, como la anterior, en el terreno científico, por lo que tiene de exclusiva: yo sin embargo creo que en la práctica, y respecto de nosotros, no debemos desentendernos por completo de su principio fundamental. El Ecuador es ante todo y sobre todo un país agrícola. No somos manufactureros, nuestro comercio es muy escaso; la fuente más copiosa de la riqueza nacional son los campos; los hombres más acaudalados y más seguros son los propietarios. Se han hecho, es verdad, algunos esfuerzos aislados para fomentar la industria, para establecer maquinarias, para proporcionarnos varios tejidos de algodón y de lana: pero todos ellos se han estrellado lastimosamente con-

tra las iras de la naturaleza ó contra un defecto de nuestro carácter. ¿Se montan, á costa de grandes sacrificios buenas máquinas? Pues de repente uno de nuestros volcanes comienza á vomitar llamas de infierno, y en seguida piedras candentes derriten los bronce, y aluviones espantables arrastran al océano los últimos restos de máquinas deshechas. ¿Funcionan ya las nuevas máquinas? ¿vemos sus telas, sus lienzos, liencillos, casimires, paños? Pues entonces se han de alzar contra la nueva fábrica del país todos los caprichos de nuestro carácter; y después de haber dañado algunas muestras de aprobación á los empresarios, hemos de volver, como antes, los ojos al extranjero, y hemos de tener á mengua vestirnos con las telas que nos da la tierra. Así, es imposible, Señores, llevar adelante empresa alguna; así es imposible nacionalizar la industria. Así, es preciso quedarnos á la agricultura. ¿Y qué agricultura? Una agricultura tradicional, una agricultura primitiva, una agricultura en la cual lucen menos el ingenio y el trabajo del hombre que la espontánea exuberancia de nuestra vegetación poderosísima.

Mas sea de esto lo que fuere, pregunto á los hacendados: ¿estáis hoy muy contentos con lo que os rinden vuestros fundos? ¿es hoy muy satisfactorio el resultado de vuestro trabajo agrícola? ¿gozan vuestras posesiones y heredades de la reputación de otros tiempos? ¿podéis sobrellevar fácilmente los impuestos, cargando el precio de los productos? ¿Ah, Señores, viendo estoy la tristeza de muchos semblantes, y un sordo rumor llega á mis oídos que me dice: “estamos mal, muy mal; la tierra no es avara, las cosechas son buenas, llenos están nuestros graneros; pero ó no tienen salida los frutos, ó es preciso darlos casi de balde á los compradores!” ¿Qué es esto? Pues qué ha de ser: nos falta una grande empresa nacional, un trabajo sério que emplee la fuerza colectiva de muchos obreros, y los obligue á repararla con una alimentación más nutritiva y abundante. Hagamos la Basilica del Divino Corazón de Jesús, y se mejorará en gran parte la condición de nuestra agricultura. Cuando salí, niño, de la Patria, y pasé por el Istmo de Panamá, en ocasión en que se trabajaba la vía ferrea, observé que la multitud de obreros consumía prodigiosamente todos los frutos de la tierra: corría como agua el dinero y faltaban víveres, y afluían de todos los puertos vecinos del Pacifico grandes y pequeñas embarcaciones cargadas de artículos de boca que se vendían á muy subido precio. Cuando después de diez años de proscripción, volví á la Patria; así que huí salvado los fangos y despeñaderos, próximos á la costa, coroné las alturas de los Andes, y observé con gran sorpresa

y admiración que esos olvidados páramos del Chimborazó y Cotopaxi se habían convertido, como por encanto, en improvisadas alegres poblaciones, llenas de actividad y vida. ¿Qué era aquello? Eran los trabajadores de la carretera de nuestro Hombre, del Hombre del siglo diez y nueve, de García Moreno! Ese solo trabajo nacional levantó entonces á muy alto grado el precio de los fundos y el de sus producciones, y no había un solo propietario á quien no alcanzase el beneficio inmenso de muy constante y ventajoso tráfico. Acaeció lo mismo en Imbabura, cuando, como sabéis, se emprendió la apertura del camino del Pailón, que desgraciadamente no tuvo éxito.

Y si esto es verdad respecto de cualquier trabajo ó empresa nacional, es todavía más evidente cuando se trata de la construcción de un templo. ¿Cuándo os parece, Señores, que estuvo más floreciente la agricultura del pueblo hebreo? Cuando Salomón edificaba el templo de Jerusalén. Resuélvese el Rey sabio y pacífico, el hijo de David, á levantar la casa de Dios, y llama en su ayuda al Egipto, á la Fenicia, á la Siria y demás pueblos vecinos de la Palestina; envía treinta mil obreros á cortar cedros del Libano en compañía de los Sidonios, y bajo las órdenes de Adoniram, manda á Biblos ochenta mil prosélitos para proporcionarse las piedras y mármoles necesarios, y emplea otros sesenta mil en el transporte de los materiales desde Joppe y otros puntos á Jerusalén. Estos obreros debían alimentarse bien, y de hecho el Rey de Tiro no ofrece á Salomón el concurso de sus vasallos, sino á condición de que éste les suministrase los víveres necesarios. Daba, pues, dice la Divina Escritura, Hiram á Salomón maderas de cedro y de abeto, cuantas éste quería; y Salomón por su parte daba á Hiram para sustento de su palacio veinte mil corsos de trigo y veinte mil de aceite purísimo, cada año. De este modo en la época de la fábrica del templo, los agricultores hebreos se afanaban, como nunca, en multiplicar los frutos de la fecundidad de sus regiones, y en extraer, digámoslo así, los últimos jugos de la tierra para saciar el hambre de tantos y tantos miles de obreros diligentes.

Jefe de la nación ecuatoriana, á quien acaba de recibir esta piadosa Quito, providencialmente salvado de un parricidio injusto, cruel, violento, que habría segunda vez enlutado á la Patria y escandalizado al mundo, oídme. Salomón fabricó el templo de Jerusalén para cumplir la voluntad de David su padre. Vos en ese asiento sois sucesor de un héroe cristiano que cayó despedazado allí en la plaza. El entregó este pueblo al Corazón del Hombre Dios, y poco antes

de ser sacrificado dijo muchas veces que quería construirle un magnífico templo. A vos corresponde la gloria de ejecutar esa voluntad. Aquí tenéis los brazos de todos vuestros gobernados; allá está la tierra que nos dará el pan. ¿Queréis levantar en la Patria el espíritu de empresa, el trabajo, la agricultura? Levantad al Corazón de Cristo su Basílica. Esto solo salvará vuestra alma, esto solo os merecerá las bendiciones de la Iglesia y de la Patria.

Y vosotros, HH. Legisladores, que sin duda traéis á vuestras sabias deliberaciones la voluntad sincerísima de promover en todo sentido la prosperidad del país, prestad vuestro eficaz apoyo á esta gloriosa empresa y al Jefe de la República y su gobierno. Esforzaos con esta ocasión en desterrar del seno de la Asamblea ese funesto antagonismo que se empeña en establecer el espíritu anárquico de la época entre los altos poderes Legislativo y Ejecutivo. Aleccionados con la experiencia, pensad que nuestros pueblos tienen acaso más necesidad de leyes directivas de los gobernados y preservativas del crimen, que no de decretos coercitivos del poder y depresivos de la autoridad suprema. Enseñad más bien á los súbditos á obedecer, que no á los gobernantes á mandar. Más seguros están los pueblos con leyes moderadoras de la libertad que con ejércitos costosamente equipados; y es más sabia la legislación de un país que desenvuelve el elemento moral de los asociados, que no aquella que se pierde en el intrincado laberinto de combinaciones puramente políticas. Yo alabo, Señores, al Senado romano y respeto al severo Catón, cuando le oigo proponer á esa augusta asamblea un proyecto de ley contra el lujo excesivo de las matronas romanas; y me aflijo hondamente cuando observo que en las Cámaras de pueblos católicos se atropella á veces la moralidad pública en gracia de pasiones políticas furiosamente desencadenadas.

Perdonad esta breve digresión, y vuelvo á mi objeto principal. Diréis muchos: está bien, emprendamos mañana mismo la construcción de la Basílica. . . . pero ¿con qué, dónde está el capital necesario para obra tan gigantesca? Si Salomón hizo el templo de Jerusalén, fué porque muy de antemano había acopiado David infinito material y tesoros riquísimos de oro y plata: ¿mas nosotros. . . ? Me hago cargo de la dificultad; pero le hallo una solución satisfactoria en el examen y aplicación de algunos principios fundamentales de la tercera teoría económica, conocida en la ciencia con el nombre de *Sistema industrial* de Adam Smith, su autor. Según él la riqueza pública depende del trabajo y de la división del trabajo. De este principio deduce que es

ha de otorgar plena libertad de industria y de comercio y plena libertad á los ciudadanos de fijar su residencia donde plazca á cada cual. Enseña además que toda la economía pública debe organizarse mediante el libre concurso de quienes buscan y ofrecen su trabajo y sus frutos ; concurso en el cual, prevaleciendo naturalmente los grandes capitales que dominan todos los negocios, merece con razón el nombre de *capitalismo*. De este modo, prosigue Smith, se obtiene en el manejo de los negocios públicos suma prudencia y parsimonia económica ; porque los capitalistas que todo lo dirigen, estimulados del deseo y esperanza del lucro, vense obligados, por el concurso libre, al aumento de la producción con menores expensas ; y de otro lado, no hallándose embarazados por ninguna tasa determinada por el gobierno, ellos de suyo verifican atinadamente la distribución de los bienes mediante el salario de los obreros y el préstamo de los capitales en giro. De todo lo cual se sigue un desenvolvimiento grande y muy ventajoso de los intereses pecuniarios y un sistema completo de crédito público.

Este sistema de Smith parte, Señores, de un principio que tienen que admitir todos los economistas del mundo, como lo ha admitido en todo tiempo el sentido común de la misma naturaleza racional. “La riqueza pública depende del trabajo y de la división del trabajo.” Para mí el trabajo es el capital de los capitales y el principio fecundo é inagotable de la prosperidad social. *Homo nascitur ad laborem*, el hombre ha nacido para trabajar ; y si, criado á imagen y semejanza de Dios, ha sido admitido á cierta participación, digámoslo así, de la misma omnipotencia divina ; es porque ha recibido del Criador inteligencia y manos : éstas para transformar la naturaleza, para labrar la tierra, para jugar con los elementos, para alzar creaciones gigantescas ; aquella para dirigir el movimiento de su actividad maravillosa. ¡ Desdichado el pueblo cuya inteligencia duerme ; pobre y mísero el pueblo cuyos brazos están caídos, y no se levantan sino para matar, ó para apurar con el alcohol el tósigo de muerte ! Qué lengua os habla así ? La lengua de un sacerdote católico : y yo me complazco en proclamar tan solemnemente en este templo, en esta ocasión, en presencia de todos vosotros la ley santa, santísima del trabajo, para confundir la calumnia de muchos enemigos de la Iglesia ; quienes, ingratos, se atreven á acusarla de querer convertir ciudades en conventos de desidiosos é individuos en ilusos contemplativos del remoto oriente. La Iglesia Católica es toda ella vida, actividad, progreso, movimiento ; la Iglesia Católica enseña á sus hijos el trabajo, le prescribe, le patrocina,

le fomenta, le santifica, le corona. Lo que hay es que la Iglesia, amando así el trabajo, le considera como parte sustancial del destino próximo del hombre, subordinado siempre á su fin último; mientras que los falsos apóstoles del trabajo le emancipan de Dios, para hacer de él instrumento ciego de egoísmo rastrero, de codicia reprobada.

Yo, pues, como sacerdote católico, como miembro de este primer Congreso Eucarístico, proclamo para mi Patria la ley santa del trabajo, y quiero que mi Patria acepte el trabajo más fecundo, y el que más seguramente le prometa el pronto alivio de su penosa situación económica. Salta á los ojos, Señores, que aquel trabajo será para nosotros más fecundo y más eficazmente reparador que reúna más que otro alguno estas tres condiciones: de mayor universalidad, de mayor proporción, de mayor desprendimiento individual. La universalidad se refiere al mayor número de fuerzas intelectuales y físicas que deben concurrir á dicho trabajo; la proporción se refiere á la índole y aptitudes de nuestro pueblo; y el desprendimiento al espíritu cristiano de que debe estar animado el trabajo mismo.

Pregunto ahora; ¿qué trabajo os parece tan feliz que reúna más que otro alguno estas tres ventajosas condiciones? Sin duda alguna el de la pronta é inmediata construcción de la Basílica del Divino Corazón de Jesucristo. Hé aquí para el Ecuador católico la obra *universal* por excelencia. Este grandioso monumento llama á su fábrica: la cooperación valiosísima del Gobierno; la influencia poderosa del clero secular y regular; los legados de los testadores; y las limosnas heroicas de los pobres; las erogaciones generosas de todos los ricos de dentro y fuera de la República. Arquitectos, sobrestantes, albañiles, peones, canteros, carpinteros, herreros, plateros, pintores, escultores; niños, niñas, señores, señoras, pueblos en masa para el transporte de los materiales..... todos, todos están llamados á la construcción de la Basílica. ¿Puede concebirse trabajo más universal? No puede. Y, puesto que hablo *económicamente*, este concurso simultáneo de tantos trabajadores y obreros, ¿no será para nuestra Patria el capital de los capitales? ¿Qué respondéis, Señores economistas de la escuela de Adam Smith?

Hay otra cosa. La prudencia económica exige que, cuando se quiere despertar en un pueblo el amor del trabajo, débense estudiar con sagaz observación su carácter, inclinaciones y aptitudes, á fin de lanzarle á aquellas empresas que más de acuerdo estén con su espíritu, voluntad y disposiciones. Es una verdadera necesidad pretender de repente con-

vertir á todo un pueblo de agrícola, por ejemplo, en comercial, de artístico en conquistador. Los pueblos como los individuos tienen sus facciones propias, su índole privativa, sus tendencias marcadas que revelan el destino especial á que son llamados por la divina Providencia. Empeñarse en que un pueblo ha de remedar todo lo que otros hacen, sin tener para nada en cuenta sus dotes y condiciones naturales, es sacrificar lastimosamente la vida de ese mismo pueblo, gastándola en parodias más que ridículas, ruinosas. ¡Ah, Señores, cuántos empresarios salen por esta necedad ó inadvertencia descalabrados y con las manos sobre la cabeza! Esto supuesto, decidme: ¿qué empresa está más de acuerdo con el espíritu, con la voluntad, con las disposiciones y maravillosas aptitudes de nuestro pueblo ecuatoriano? Evidentemente la Basílica del Sacratísimo Corazón de Jesús, decretada por la Asamblea nacional de 1884. ¡Cosa particular! No sabemos todavía dónde colocaremos este grandioso monumento: si aquí, si allí, si arriba, si abajo, si á la derecha, si á la izquierda: y sin embargo la Basílica del Ecuador está en el pensamiento y en los votos de toda la nación, en el pensamiento y en los votos de todos los católicos del mundo. Pues, Señores, si todos la tenemos en la cabeza y en el pecho, saquémosla por fin del pecho y de la cabeza, con toda su magnificencia y colosales dimensiones, y lancémosla *allá* donde nos espera el Corazón de Cristo con los brazos abiertos y la diestra henchida de ricas recompensas y coronas.

Para eso nos ha dado Dios inteligencia y manos. ¡Oh y qué manos, qué inteligencia las de nuestro pueblo para las grandes construcciones, para las artes y oficios! Entre todas las ciudades de Sud-América, Quito, sin disputa, es la que puede con más justo derecho enorgullecerse de sus severos y atrevidos monumentos arquitectónicos. ¡Qué San Francisco aquel, qué Iglesia de la Compañía, qué Panóptico, qué Observatorio astronómico, qué Seminarios Mayor y Menor! ¿No lo estáis viendo? En medio de nuestra pobreza pública, cada día se embellece más nuestra Capital con hermosísimas casas renovadas y construídas por los particulares, y con calles, plazas, puentes y calzadas dirigidas con muy plausible celo por el Ilustre Concejo Municipal. Sorprendente, maravillosa es la habilidad de nuestros peones y albañiles para las grandes fábricas. Pocos días ha, cuando se estaba construyendo el Seminario Mayor, visité á los RR. PP. de S. Vicente de Paul, quienes me condujeron á la capilla, y ví, subidos sobre altos andamios, unos cuantos niños, últimos restos de la generación de Atahualpa, que estaban

como jugando con unos carrizos. ¿Qué hacían ellos? Pues estaban fingiendo con precisión geométrica las caprichosas curvas de la bóveda gótica, esto es, de una arquitectura desconocida entre nosotros. No tenían compases, ni medidas, ni diseños, ni directores; y sin embargo llevaban adelante su obra con la mayor serenidad y firmeza del mundo. Pregunté al R. P. Superior, quién había enseñado á esos niños operaciones tan difíciles; y contestóme que bastaban á esos pequeños algunas indicaciones, porque aquí todos tenían aptitudes asombrosas. ¿Qué diré de nuestros artesanos? Apelo al testimonio y voto unánime de los ilustrados extranjeros aquí presentes. El genio de la pintura, de la estatuaría, de la música y el de todas las artes mecánicas parece que ha fijado su morada en el Ecuador: los extraños nos hacen la justicia que nos negamos á nosotros mismos. Si honrásemos, premiásemos, estimulásemos, fomentásemos el progreso de las artes que yacen hoy en lamentable prostración, sin duda brillaría singularmente el Ecuador entre todas las repúblicas hispano-americanas con la gloria de las artes, como hoy brilla con la gloria de la fe. Levantemos, pues, la Basílica Nacional del Divino Corazón de Jesucristo, que allá nos espera el Genio de las artes para coronar con nobles guirnaldas á sus más mimados alumnos. Levantemos la Basílica, que esto nos lo piden á una voz el carácter, la voluntad, las aptitudes de todo nuestro pueblo. No desoigamos esa voz, no dejemos sin sucesión la pintura, la escultura, y tantas otras artes.

¿En qué podemos emplear mejor nuestros ingenios? Este trabajo de la construcción envuelve en el más alto grado la condición indispensable de su fecundidad. El trabajo más fecundo es el trabajo católico; porque el catolicismo le ha animado del espíritu de desprendimiento, de abnegación y sacrificio; y nada más fecundo que sacrificio, abnegación y desprendimiento; así como nada hay más estéril que mezquindad, egoísmo y avaricia. El pauperismo horrible y amenazador de tantas y tantas naciones que se dicen grandes y poderosas, imputable es en gran parte á la prostración del espíritu cristiano en las clases ricas; y los embates furibundos del socialismo y comunismo contemporáneo, castigos son providenciales de los que han secularizado el trabajo para hacer de los hombres máquinas é instrumentos estúpidos de medros personales. No así la empresa de nuestra Basílica. Ella es eminentemente cristiana, esencialmente católica, noblemente generosa. Yo en ella no os pido nada para mí, y os pido todo para Dios; no os pido nada para mí, y os pido todo para la Patria; no os pido na-

da para mí, y os pido todo para los pobres trabajadores y obreros : y vosotros, si accedéis á mi ruego, dando á Dios, á la Patria y al pobre, no os buscaréis á vosotros mismos, sino que hallaréis al pobre, á la Patria, á Dios. Este es el trabajo cristiano, este el trabajo más que otro alguno fecundo y productivo : creédmelo.

Tenemos, pues, suficientemente probado que, admitido el principio fundamental de la teoría económica de Smith, la empresa que, en nombre del primer Congreso Eucarístico Ecuatoriano, os propongo, será sin duda para la nación fuente copiosa de riqueza pública. No me resta otra cosa que disipar una sombra que pudiera acaso obscurecer todavía la luz de la verdad. Puede alguien insistir diciendo : si es cierto que el trabajo y la división del trabajo producen la riqueza de un país, también es igualmente cierto que los grandes trabajos y empresas demandan ingentes capitales. A esto respondo en primer lugar que ya tenemos el capital necesario para la construcción de la Basílica. Pues qué ¿no formamos ya una caja de ahorros en cuyo fondo hallamos 749.371 pesos por año ? ¿No era ese el excedente de los tres millones que se han gastado en superfluidades y excesos, en lujo insensato, en embriaguez creciente ? Está, pues, asegurado el capital para no más de comenzar la fábrica. Qué ¿os sonréis ? Pues entonces tiro por otro camino y resuelvo la dificultad de otra manera. Quédense allá los ricos demasiado calculadores, los ricos egoístas con sus tesoros, y llévenselos, si pueden, á ultratumba ; gasten y mal gasten, disipen y malroten los esclavos del placer esos 3.749.371 pesos cada año : que nosotros solos, con los ricos nobles y desprendidos, con los pobres heroicos, que por fortuna son los más, levantaremos la Basílica. Jefe amable y generoso de la nación, gobierno católico, legisladores, pueblo piadoso, miembros todos de nuestro primer Congreso Eucarístico, hoy, en esta ocasión solemnísimá, delante del cielo y de la tierra, derrocados á los pies de nuestro Rey, de nuestro Amor, de nuestra única Esperanza, prometámosle levantar á su gloria el decretado monumento y consagrar á esta empresa persona y bienes, lengua y manos, corazón y pensamiento. Organicemos una colecta general en toda la República por medio de juntas y concejos provinciales, dependientes de la "Junta Promotora Central," enviemos comisionados á Europa á fin de obtener la cooperación de esos católicos que, como sabéis, sostienen con sus erogaciones el portentoso movimiento del catolicismo en las cuatro partes del mundo. Salgamos á pedir limosna, á trasportar materiales, á ayudar personalmente el trabajo, publiquemos constantemente un

“Boletín de la Basilica” que informe al público, con la más escrupulosa religiosidad, de los fondos colectados, del estado del trabajo, á fin de mantener siempre despierto el interés común.

Observad que aun sin esto se están levantando de los escombros, causados por violentos terremotos, muchos, muchísimos templos del Señor en todo el territorio de la República del Sagrado Corazón de Jesús. En Tulcán los RR. PP. Capuchinos, siendo tan pobres, alzan sin embargo con los pobres una modesta pero muy decente iglesia; hace lo mismo el párroco de S. Gabriel, antes Tusa; en Ibarra, en Otavalo y en muchos otros pueblos del Norte, llévanse adelante otras tantas fábricas; aquí, en Quito, lo estamos viendo: hace algunos años, que un celoso párroco puso la imagen del Santo Cristo, pobremente vestida, en una puerta de calle, como limosnero, y ha triunfado el pobre Jesús: ahí está la linda iglesia de Santa Bárbara confundiendo su graciosa cúpula con el azul del cielo. ¿Y qué decir de la provincia del Chimborazo? Lo recordáis, Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo: cuando Prelado de aquella diócesis, colocasteis la primera piedra del famoso templo de S. Alfonso María de Liguorio, quisisteis que yo dirigiese la palabra al concurso apañado en aquella plaza: os obedecí, pero hoy os confieso que nunca en mi vida he subido al púlpito más contrariado por mi propia desconfianza, hice todo lo que pude, pero guardaba en mi alma tímidas previsiones. Sin embargo, quién me hubiera dicho, de allí á siete años, cúpome el placer indecible de predicar yo mismo en la fiesta de la dedicación de aquel templo magnífico: sólo una cosa faltó entonces al complemento del regocijo público, la presencia de V. S. Ilma. Allí mismo, en Riobamba, mis hermanos están hoy empeñados en la fábrica de otro templo de nueva especie en la República, de una grandiosa Rotunda en honra del Divino Corazón. Ultimamente “El Mensajero”, publicación de aquella ciudad, aplaudía, justamente admirado, la generosidad de los ecuatorianos en toda construcción religiosa, haciéndonos observar que no siendo aquella provincia muy rica que digamos; había sin embargo en pocos años erogado para fábrica de sus templos más de sesenta mil pesos en solas limosnas. Cosa parecida dicen á este respecto las publicaciones de la ilustrada y muy entusiasta provincia del Azuay. Pues lo que hacen las provincias y pueblos aislados ¿no podrán hacer pueblos y provincias juntos todos en la Capital de la República? *Modicæ fidei, quare dubitasti?* hombres de poca fe, por qué dudáis? Arrostrémos, sí, arrostrémos la empresa para dar gloria á Cristo y honra á la Pa-

tría : arrostrémosla, Señores, para mejorar nuestra situación económica.

II

Pero el hombre es, ante todo y sobre todo, ente moral : de donde se infiere que ni el individuo ni la sociedad pueden colocarse definitivamente en la senda del bien entendido progreso, si no se trabaja con constancia en desenvolver todos los elementos de la moralidad individual y pública. ¿ Y cuál os parece entre esos elementos el más eficaz y poderoso ? El trabajo, Señores, el trabajo : no me cansaré de repetirlo. Así como el ocio es el origen de todos los males, y la causa de todas las degradaciones, y el cieno inmundo de todos los vicios ; así el trabajo es manantial perenne de todo bien, principio fecundo de toda elevación y trono esplendoroso de toda virtud. Si hablamos del individuo, ¿ quiénes son por lo común, los ébrios, los disolutos, los jugadores, los miserables ? Sin duda los ociosos ; los que, mano sobre mano, viven sin misión aquí en la tierra. Si hablamos de la sociedad, ¿ cuáles son los pueblos esclavos, muelles, anárquicos, ingobernables, atrasados ? Sin duda los pueblos inertes y desidiosos. Por más que pródiga naturaleza abra sobre ellos la diestra henchida de muy valiosos dones ; ¡ desgraciados ellos, desgraciados los pueblos, que sin trabajar son ricos ! Tarde ó temprano su insensata prodigalidad y derroches los obligan á declararse en quiebra, á ponerse en pública subasta ; esos pueblos no tienen razón de ser.

Patria, Patria ! yo te quiero noble y grande ; por eso te quiero activa y laboriosa. Alza ya del polvo la frente abatida, mueve ya los brazos, encárate con la naturaleza, desáñala, y levanta osada al Corazón de Cristo el glorioso monumento de la fe. En él, en su construcción, aprenderán prácticamente tus dóciles hijos, sobriedad y templanza, austeridad y disciplina, subordinación y obediencia. En él, en su construcción, se encontrarán todos los entendimientos, y se estrecharán todos los corazones, y se fundirán todos los intereses, y se labrará la ancha base de la unidad social, para que en ella fije eternamente el pie inmaculado la Paz coronada de olivas.

III

He dicho que el hombre es ante todo y sobre todo ente moral. Debo rectificar este pensamiento : el hombre es ante todo y sobre todo ente religioso ; y no es moral sino por-

que es religioso. La religión es el cimiento de la moralidad ; removedle, y la moralidad se derrumba. El hombre es esencialmente religioso : si no adora, conoce y ama al Dios verdadero, adorará al demonio ó á sí mismo : ésta es la historia de las humanas generaciones al través de los siglos. Si, pues, la Economía y la Moral apoyan tan sólidamente el proyecto de la inmediata y pronta construcción de la Basílica, la Religión sin duda ofrécenos para ello una razón más urgente y poderosa.

Un momento más, y habré terminado. Hoy, Señores, hoy mismo el Corazón del Hombre Dios se ha construído en nuestra venturosa Patria un templo maravilloso de piedras vivas y resplandecientes, como las de la ciudad eterna que contempló en Patmos el discípulo amado. Ecuatorianos, estáis hoy santificados con la solemnísima Comunión Reparadora Social, y vuestras almas son las piedras vivas y resplandecientes de la fábrica de Dios. Pues bien : yo penetro en el *Sancta Sanctorum* de este templo misterioso, es decir, en las profundidades de vuestra conciencia católica, para escuchar esos, que allí resuenan, oráculos divinos. Silencio, Señores, silencio !..... ¿oís la voz de Dios ? Ecuador, nos dice, Ecuador, cumple la promesa que hiciste al Altísimo : *redde Altissimo vota tua*. El Ecuador, representado por la Asamblea Nacional de 1834, ha prometido solemnemente al Divino Corazón de Jesús una Basílica : luego debe construirse á título de fidelidad. El decreto de 29 de febrero ha merecido el aplauso unánime y entusiasta de toda la Iglesia militante, y ha llevado sin duda á la triunfante alguna gloria accidental. No puede, pues, el Ecuador burlar por más tiempo la expectación de los católicos del mundo, ni menoscabar esa gloria accidental que ya dió al cielo en su promesa. Sólo una verdadera imposibilidad física ó moral podría desligarnos de la obligación que nos hemos impuesto : mas todo cuanto llevo dicho nos manifiesta que la nación no puede presentar á Dios como excusa sino una imposibilidad inmoral, reprehensible, bochornosa.

Estamos obligados á la pronta construcción de la Basílica, á título de gratitud. El decreto de 29 de febrero no es sino el reconocimiento público, oficial, solemnísimo de la deuda contraída por la nación para con Dios, por los constantes, innumerables beneficios de su mano recibidos. El instinto de la fe de todos los ecuatorianos atribuyó entonces, como ahora atribuye, al Corazón de Cristo el éxito de aquella lucha civil, sangrienta y tenacísima, que se coronó con el triunfo definitivo de la causa de la Restauración : y el Ecuador, no sabiendo cómo pagar al Corazón de Cristo bien

tamaño, echó á volar por los cuatro vientos el decreto en cuestión, para que nadie se atreviese á acusarnos de ingratos. Hállanse aquí presentes muchos de los respetabilísimos y muy religiosos legisladores que le firmaron: preguntádselo á ellos, y no seré, seguramente, desmentido. Cristo, por su parte, ha aceptado nuestra promesa; y, sin aguardar á que pusiésemos manos á la obra, ha abierto más las suyas para colmarnos de celestiales bendiciones. Desengañémonos: sólo El nos está salvando, como nos ha salvado siempre. Jefe de la República, vivís aún porque Cristo desvió de vuestras sienes el plomo parricida. Patria, vivés aún, porque te ama el Corazón de Cristo; respiras aún, porque te aduermes en su pecho opulento. ¡Ay, ay, misera de ti el día en que le vuelvas la espalda!..... ¡Oh dichosa, aunque pequeña, entre todas las gentes, si siempre lo permaneces fiel!

Altos son tus destinos, muy ricas tus esperanzas. ¿Lo recuerdas? Desde 1874 están tus hijos diciendo á Dios en plegaria ferviente:—“Sea vuestro Corazón la vena riquísima de la prosperidad y abundancia que necesitamos para levantar templos y altares donde brille con eternos y pacíficos resplandores su santa y magnífica gloria.....” Dios ha oído el clamor prolongado de tus hijos, y ya está, allá en Zaruma, relumbrando el oro.

Esto es hecho, Señores, esto es hecho. La ciencia, la moral, la fe ofrécnos de consuno en la pronta é inmediata construcción de la Basilica, decretada por la Convención de 1884, la inmediata y pronta construcción de la sociedad ecuatoriana sobre las únicas verdaderas bases en que reposan la prosperidad y ventura de los pueblos redimidos. No dejaré, pues, esta tribuna sin arrancar á vuestro pecho generoso el grito entusiasta con que respondió en otro tiempo la Europa católica á la predicación inspirada y ardiente de Pedro el Ermitaño: “*Dios lo quiere, Dios lo quiere*, dijo Europa, y lanzóse intrépida á la conquista de los Santos lugares.” *Dios lo quiere, Dios lo quiere*, decid vosotros, y hagamos una Basilica tal y tan grande, que no los hombres de porvenir, sino los presentes nos tengan por locos. Cuando al pie del Sinaí los hebreos, alarmados por la ausencia de Moisés, pidieron á Aarón un ídolo, las mujeres israelitas, dice la Divina Escritura, que en frenesí de idolatría inconcebible abrieron los cofres, y se arrancaron zarcillos, pendientes, collares y brazaletes para fundir con todo ello su Becerro de oro. Señoras de la República del Sagrado Corazón de Jesús, vosotras, no al pie, sino en la cumbre de los Andes, donde hoy transfigurada la Iglesia honra á su Esposo

so Divino entre nubes de gloria; venid, venid también, y en sublime locura de fe, traedme vuestros cofres, y hagamos á nuestro Jesús, á nuestro Amor, á nuestro Encanto una Basílica tal y tan grande que todos los hombres nos tengan por locos. Dios lo quiere, Dios está con nosotros: miradle! Rey inmortal de los siglos inclina hoy el blando cetro sobre la única nación del mundo que reconoce y adora su soberanía social: Pontífice Sumo y Arzobispo universal de las almas, como le llama la Escritura, alza la diestra santa y nos bendice. ¡Ah! caiga esa bendición sobre todos los Prelados y el clero secular y regular, sobre el Jefe de la República y su gobierno, sobre el Congreso Eucarístico y todo el pueblo ecuatoriano; y lleve la historia patria, en caracteres indelebles, en letras de diamante, á la más remota posteridad el recuerdo imperecedero de este glorioso día!...

SEGUNDA CONSAGRACIÓN SOLEMNE DEL ECUADOR
AL CORAZÓN SACRATÍSIMO DE JESÚS, Y ACTO DE
DESAGRAVIO AL MISMO CORAZÓN DIVINO POR LOS
CRÍMENES SOCIALES COMETIDOS EN LA REPÚBLICA.

Terminado el discurso anterior el Excmo. Señor Delegado Apostólico expuso solemnemente el Santísimo Sacramento á la adoración pública en el altar mayor, y en el acto postróse de rodillas todo aquel inmenso concurso que sin caber en los espacios ámbitos de la Iglesia Catedral se desbordaba por sus puertas; en tanto que el coro entonaba el himno celestial del *Pange lingua* entre las cadenciosas notas del órgano.

Días antes el Congreso Eucarístico había pasado á todas las clases sociales un acuerdo con el que se les invitaba á concurrir á la presente fiesta, entre otros fines principalmente por los siguientes: 1º *Renovar el 21 de junio la consagración solemne del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús, y 2º desagraviar al mismo Divino Corazón de las injurias y profanaciones que recibe en el Santísimo Sacramen-*

to de la Eucaristía, y hacer un acto de reparación pública de los crímenes sociales cometidos en la República. En cumplimiento de este acuerdo tuvo lugar por la mañana la solemne *Comunión reparadora social*, que se ha referido ya, en la que no algunas asociaciones piadosas particulares, sino la Nación ecuatoriana misma se acercó por medio de sus representantes á la Sagrada Mesa eucarística. Los sacerdotes miembros del Congreso celebraron la santa misa en la Catedral aquella mañana con la misma intención de *reparar* con el augusto sacrificio los *crímenes públicos* perpetrados en el Ecuador; de manera que podemos decir que en aquel día memorable se ofrecieron al Altísimo sobre el haz de la Nación ecuatoriana *Comuniones y misas reparadoras*.

Faltaba la renovación solemne de la consagración de la República, y el acto social de desagravio; para lo que el Ilmo. Señor Arzobispo había dispuesto de antemano dos hermosas fórmulas, tomada la primera con ligerísimas modificaciones del *acto de consagración* de la mayoría de diputados á la última *Asamblea Nacional* (1). Para medir la

(1) La fórmula original de que se sirvió la mayoría de los Diputados á la Convención de 84 para renovar el acto de consagración de nuestra República al Corazón Sacratísimo de Jesús es la siguiente:—*Adorable Corazón de Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, por quien y para quien han sido criados todos los pueblos y naciones de la tierra, en acatamiento de vuestra amabilísima é infinita soberanía, en cuanto está de nuestra parte os ofrecemos y consagramos, desde hoy para siempre, la República del Ecuador, como cosa y posesión exclusiva vuestra. Dignaos, Señor, tomar á este pueblo como vuestra herencia, acogedle bajo vuestra soberana protección, libradle de todos sus enemigos, manifestad á todas las naciones que el Ecuador es vuestro, probad al mundo que es bienaventurado el pueblo que os elige por su Señor y Dios, y haced brillar para siempre en nuestra República la gloria de vuestro Santísimo Nombre—Amén.*—Hasta ahora podemos decir que el Ecuador no se había consagrado sino oficialmente al Corazón Sacratísimo de Jesús; pero el 21 de junio del presente año se ha consagrado socialmente; pues tanto las au-

importancia de estas dos manifestaciones piadosas, es necesario recordar que en el imponente concurso que las iba á hacer se hallaba entonces representada sin excepción alguna toda la República del Ecuador. Allí se encontraba el Ilmo. Señor Arzobispo, allí los Ilmos. Prelados de Cuenca y de Ibarra, allí los delegados por todos los demás Reverendísimos Obispos de las demás diócesis de la República, así como también de todo el clero secular y regular de ella. Allí se encontraban el Excmo. Sr. Presidente de la República y sus Ministros, allí los representantes del Excmo. Congreso Nacional, allí la Excma. Corte Suprema de Justicia, allí los miembros más distinguidos del Ejército, allí el Congreso Eucarístico y un inmenso pueblo : allí, en fin, toda la República. ¡Cuán magnífico y solemne fué pues, mirar á toda una nación postrada de rodillas ante el augusto Sacramento, proclamar al divino Corazón de Jesús, *Rey de reyes, Señor de señores* y soberano absoluto de nuestro pueblo! Pero si esto fué magnífico, fué conmovedor hasta las lágrimas escuchar á toda una nación clamando *perdón!* y *perdón!* por todas sus iniquidades, y esto en el templo mismo en que se habían perpetrado las dos más atroces entre todas ellas. Al terminar el acto de desagravio brillaba el lloro en las mejillas de muchos ; y sollozos comprimidos formaban un murmullo sordo, pero dulcísimo en todos los ámbitos del templo. ¡Espectáculo verdaderamente singular en nuestro siglo!—pues, si es difícil que una nación se consagre al Señor y le tribute acciones de

toridades eclesiásticas como las civiles y el pueblo, todos en un arranque extraordinario de entusiasmo del un extremo al otro de la República han proclamado á este Divino Corazón su Salvador, su Rey y su Dios. Ahora es cuando este Corazón Divino ha tomado verdaderamente posesión de toda nuestra República desde el palacio presidencial de Quito hasta la última choza de nuestras aldeas. ¡Gloria, pues, al Sacratísimo Corazón de Jesús!

gracias por sus beneficios; es casi imposible que públicamente se reconozca culpada, y mucho más aún que pida perdón al Cielo por sus delitos. ¡Hoy todas las naciones se proclaman á sí mismas infalibles, y sobre todo impecables! Sólo el Ecuador ha confesado sus delitos, y ha pedido por ellos, perdón al Altísimo! Quiera el Señor perdonar á esta Nación arrepentida.

Puesta ya de rodillas toda la Asamblea el Ilmo. Sr. Arzobispo encargó al Sr. Dr. José Julio Matovelle que desde el púlpito y, en nombre de las dos autoridades eclesiástica y civil de la República, hiciese rezar los dos actos siguientes:

ACTO DE CONSAGRACION

DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

AL CORAZON SACRATISIMO DE JESUS.

Corazón adorable de Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, por quien y para quien han sido criados todos los pueblos y naciones de la tierra, en acatamiento de vuestra amabilísima é infinita soberanía, postrados en vuestra divina presencia todos los poderes públicos de la Iglesia y del Estado, os ofrecemos y consagramos desde hoy para siempre la República del Ecuador como cosa y posesión exclusiva vuestra. Dignaos tomar á este pueblo como vuestra herencia, reinad perpetuamente en él, acogedle bajo vuestra soberana protección, libradle de todos sus enemigos, manifestad á todas las naciones que el Ecuador es vuestro, probad al mundo que es bienaventurado el pueblo que os elige por su Señor y su Dios, y haced brillar para siempre en nuestra República la gloria de vuestro Santísimo Nombre.—Amén.

ACTO DE REPARACION

AL CORAZON SACRATISIMO DE JESUS

POR LOS CRIMENES PUBLICOS DEL ECUADOR.

Divino Corazón de Jesús, Criador del cielo y de la tierra, Rey universal de las naciones y Dueño absoluto de to-

das las cosas, Vos solo sois el Santo, Vos el Señor, Vos el Altísimo, Vos nuestro único Dios de quien emanan todo poder, autoridad y soberanía; Vos por quien reinan los reyes y dictan lo justo los legisladores: alabado seáis por todos los pueblos y gentes, ensalzado por toda criatura en los siglos de los siglos. Gracias os damos, Señor, por todos vuestros beneficios y principalmente porque en los excesos de vuestra bondad os habéis dignado elegir al Ecuador para vuestra herencia, le habéis defendido de sus enemigos y le habéis colmado de vuestros dones. Pero ¡ay! que en vez de corresponder con gratitud á tantas larguezas, hemos pecado, Señor, hemos obrado la iniquidad, hemos procedido implacablemente y nos hemos apartado de vuestros juicios y mandamientos. Pero no miréis, oh Dios piadosísimo, á nuestras iniquidades, sino sólo á vuestra misericordia, apartad de nosotros vuestra ira, aléjense vuestros castigos de este pueblo.

Señor, por todas nuestras iniquidades!
Por los pecados de nuestros Sacerdotes!
Por los extravíos de nuestros Legisladores!
Por las culpas de nuestros Magistrados!
Por los delitos de los Padres de familia!
Por las maldades de todo nuestro pueblo!
Por todas las impiedades y blasfemias!
Por todos los perjurios y sacrilegios!
Por la profanación de las cosas santas!
Por nuestras revoluciones y guerras fratricidas!
Por los desacatos contra la Autoridad eclesiástica!
Por los atentados contra la Autoridad civil!
Por los crímenes del 6 de Agosto y 30 de Marzo!
Por los excesos licenciosos de la prensa!
Por todos los crímenes políticos!
Por todos los escándalos públicos!
Por todas nuestras iniquidades!

!Perdón !....

Para nosotros, Señor, la vergüenza y la confusión, por nuestros sacerdotes, nuestros magistrados, nuestros padres y todo nuestro pueblo, porque hemos pecado, hemos procedido inicuamente. Sólo para Vos la gloria y la bendición. Ahora, pues, Dios de infinita bondad, inclinad benigno hacia nosotros, vuestros oídos y escuchadnos. Apartad de nosotros vuestra cólera, aplacad vuestro enojo, salvad á vuestro pueblo, sobre el cual ha sido invocado hoy vuestro santo Nombre. Elevamos hacia Vos nuestras súplicas, no confiados en nuestra justicia, sino únicamente en vuestras misericordias. Mirad, Señor, desde vuestro santuario y desde

lo excelso de vuestro trono á la Víctima Santa que se inmola incesantemente por nosotros en el altar, al Amantísimo Corazón de vuestro divino Hijo. Por Vos mismo, Señor, por la honra de vuestro Nombre salvad al pueblo que habéis elegido para herencia vuestra, libradle de sus enemigos, y haced ver á todo el mundo que es bienaventurada la Nación que os reconoce por su Señor y Dios. Amén.

Después de este tierno y sublime acto de reparación, delante de la Majestad de Jesucristo sacramentado, se cantó el *Tantum ergo* y el Ilmo. Sr. Delegado Apostólico dió la bendición al pueblo con la Hostia santa, y se terminó de esta manera la magnífica inauguración del primer Congreso Eucarístico ecuatoriano.

Por la noche se iluminó la ciudad con toda la magnificencia y hermosura del día anterior. De seguro que en todos los hogares el tema favorito de la conversación fué el centenario y la fiesta del día; y muchas plegarias y bendiciones se elevaron al Corazón Dulcísimo de Jesucristo.

§. 5º

La fiesta del Corpus.

Una de las manifestaciones piadosas del Congreso Eucarístico debía ser, conforme á las bases de la convocatoria, la procesión pública y social del Santísimo Sacramento. Por feliz coincidencia, tres días después del Centenario, es decir, el 24 de junio cayó la propia festividad del *Corpus Christi*. Resolvióse, pues, dar á la solemne procesión de todos los años aun mayor esplendor en éste, revisitiéndola de ese carácter social que debe distinguir al culto católico en este siglo, que niega con tanta audacia la soberanía de Jesucristo.

Siendo, según Ley de la República, clasificada entre las asistencias de primera clase la de Corpus,

concurrieron á la Iglesia Metropolitana el Excmo. Sr. Presidente, con los HH. Ministros de lo Interior y Relaciones Exteriores, de Hacienda y de Guerra y Marina, y todo el cuerpo de empleados del Poder Ejecutivo; la Excmo. Corte Suprema de Justicia, la Corte Superior de Quito, los Alcaldes Municipales, el Juez de Letras y demás jueces y escribanos; el Sr. Gobernador de la Provincia, el Ilustre Concejo Municipal; el H. Sr. Rector de la Universidad Central y el H. Sr. Director del Instituto de Ciencias; el Sr. Comandante General del Distrito militar de Quito con varios oficiales de la guarnición, etc. En el presbiterio se agrupaban en torno á los Ilmos. Prelados los jóvenes clérigos del Seminario Mayor. Reuniéronse también con sus insignias los miembros del Congreso Eucarístico entre los cuales se distinguían el H. Sr. Presidente del Senado y varios HH. Señores de ambas Cámaras. El Sr. Delegado de las asociaciones católicas del Perú había tomado asiento en las filas del Congreso Eucarístico.

A las diez y media del día se dió principio á la Misa solemne, pontificada por el Ilmo. Sr. Obispo de Ibarra. La música y el canto, escogidos y preparados con esmero, fueron ejecutados con maestría. Poco después de las doce preparábase á salir la procesión.

El trayecto señalado era el de las Carreras de García Moreno, Rocafuerte, Guayaquil y Chile, en una extensión de 14 cuadras, es decir, cosa de 1200 metros. Los altares habían sido colocados en la puerta de la Compañía, bajo el Arco de la Reina, en la plaza de Santo Domingo, en la puerta de los Sagrados Corazones, en la placeta de San Agustín y tres en la Plaza Mayor: en todos ellos, adornados con gusto y primor, se ostentaba la imagen, en bulto ó pintura, del Sagrado Corazón de Jesús. No

nos detendremos á describir el adorno de las casas : en sus balcones pendían ricas colgaduras de punto blanco ó de seda carmesí, por lo general, engalanadas con guirnaldas de verdura y de flores ; millares de banderas ecuatorianas flotaban en el aire ; en las calles del Comercio bajo (carrera de Guayaquil) la tradicional ornamentación de bandas, cintas, canastillos de flores y coronas, se balanceaba en los aires, formando un continuado toldo ó arquearía por debajo de la cual iba á pasar la procesión.

Un gentío inmenso se agolpa en las esquinas y á lo largo de las aceras : las ventanas están llenas de señoras y señoritas, entre las cuales se cuenta lo más selecto de la sociedad quiteña, con azafates, cestillos y bandejas de *chagrillo* ó mixtura de flores en las manos, para hacerla caer como olorosa lluvia sobre el palio ó á los pies de los sacerdotes.

Apenas se deja oír la campanilla de aviso, cálmase la agitación de la piadosa, al par que curiosa muchedumbre, se hace profundo silencio y la procesión comienza á desfilarse majestuosamente, alternando los armoniosos cantos del abundante coro de niños, con la música de las bandas militares. Sale de la Catedral la Majestad divina cuando resuena el primer cañonazo de las salvas de ordenanza, y su estampido se va repercutiendo por las oquedades del Pichincha : á cortos intervalos van repitiéndose los cañonazos, disparados en el Yavirac ó Panecillo : es el homenaje de la fuerza pública al Dios de los ejércitos, ante Quien doblan la rodilla y presentan las armas los batallones desplegados en hileras por derecha é izquierda. Entre tanto no cesa el alegre y variado repique de las campanas.

La procesión ocupa más de seis cuadras ; bastará enumerar sencillamente las partes que la componen para formarse una ligera idea de su es-

pléndida belleza y profunda significación de culto público, solemne y social al Santísimo Sacramento, al Dios de la Eucaristía.

Abren la marcha y despejan el trayecto cinco soldados de caballería. A la cabeza de la procesión, la Cruz alta con los dos ciriales. Siguen en dos filas paralelas centenares de niñas de las escuelas públicas y privadas: en especial distínguese las de la escuela gratuita de San Carlos vestidas de blanco, y llevando cada una, una banderita ó estandarte en que se leen las advocaciones que la Iglesia dirige á la Santísima Virgen: van presididas por sus maestras, las Hermanas de la Caridad: parece el coro de la inocencia, confiado á sus ángeles custodios. Las Hijas de María llevan el lindo estandarte de su asociación.

Marchan en seguida los niños de las Escuelas Cristianas, dirigidos por los Hermanos, nobles hijos del Venerable de la Salle, cuya progenie, como la de los antiguos patriarcas, ha recibido las bendiciones del Cielo y se ha multiplicado maravillosamente, esparciéndose por todos los continentes de la tierra: aquí en el Ecuador son respetados y queridos desde hace veinticinco años, y hoy poseen nueve escuelas en que se educan más de diez mil niños, para servicio de la Iglesia y progreso de esta República. Justo es en este lugar hacer mención especialísima de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Quito; porque sus afanes y su buen gusto artístico contribuyeron en gran manera á la magnificencia de la procesion: el coro de niños fué preparado por ellos, lo mismo que el de los turiferarios y floríferos, y otro de los mayores y más nuevos atractivos de la procesión que pasamos á describir. Entre las dos hileras de los escolares, niñitos de coro de seis á diez años, con su túnica bermellón y su roquete de punto blanco, cargan preciosas y

ligeras andas, primorosamente adornadas de flores, hojas, espigas y racimos, y en que se admiran los principales símbolos del Misterio Eucarístico: el pan y el vino, trigo y uva, con el caliz, la custodia, la patena y el copón, de oro purísimo, artísticamente agrupados; el pelícano alimentando con su propia sangre á sus polluelos; el cordero mansamente recostado sobre el libro de los evangelios; el corazón abierto, como fuente de gracia y misericordia; y el Corazón de Jesús destilando su sangre sobre el Ecuador. Detrás de estas bellísimas alegorías, marcha un grupo de pequeños zuavos pontificios, hijos de las primeras familias, alzando airosa la bandera del Papa; á quien y á los Cardenales del Sacro Colegio representa otro grupo de niños con sus vestiduras adecuadas. La Congregación de los amigos del Sagrado Corazón lleva su cinta y medalla, y circunda su estandarte propio.

En pos de los niños vienen los hombres, y la procesión trueca su gracia en grandiosidad, acercándose ya á la Majestad infinita de Dios. Van, pues, en buen orden, y con sus respectivos estandartes á la cabeza, la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús (de la Merced) y la de San José (de la capilla del Robo): artesanos honrados y piadosos, dignos representantes del trabajo regenerador, de las ideas y sentimientos católicos del pueblo quiteño.

Vienen luego los alumnos internos del Colegio Nacional de San Gabriel, con su banda de música al centro, de uniforme elegante de paño negro y ribetes de oro: los miembros de la Congregación de la Anunciata portan su estandarte de la Santísima Virgen. Acompañan á estos colegiales algunos RR. PP. de la Compañía de Jesús, abnegados y nobles educadores, prueba viviente y perpetua de que la mejor ciencia es la hermanada con la virtud.

A continuación siguen alumbrando muchos caballeros, miembros del Círculo Católico de Jóvenes, la Conferencia de San Vicente de Paul, la Congregación de la Inmaculada, y la Asociación de los Sagrados Corazones; y por último los diputados de las diversas Diócesis de la República al Congreso Eucarístico, dando á la procesión su carácter verdadero y distintivo, el de procesión nacional.

Después de la parte seglar, empieza la de representantes del Clero en sus diferentes aspectos; primero los aspirantes al sacerdocio, numerosos seminaristas del Seminario Menor de San Luis, que dirigen, junto con el Mayor, los celosos y experimentados PP. Lazaristas; en el centro, va el estandarte del Santo Patrono del Seminario, y tras él el coro de niños que ya hemos mencionado. Avanzanse después las comunidades religiosas tan populares y queridas en Quito: los frailes de Nuestra Señora de la Merced, los de San Agustín y los de Santo Domingo, entre los cuales descuellan varones de grande ciencia y de conocida virtud.

Por último, los jóvenes levitas del Seminario Mayor de San José, los Venerables curas de las parroquias urbanas, el Ilustre Cabildo Metropolitano y los Ilmos Sres. Obispos, preceden inmediatamente á la Majestad llevada por el Ilmo. Sr. Arzobispo bajo palio de seda con brocados de oro y plata. El espectáculo es imponente y sublime. Delante del Santísimo un grupo de turiferarios y floríferos, vestidos y preparados por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en cadencioso movimiento esparcen incienso y flores, perfumando el ambiente para el paso triunfal del Rey de los reyes, Señor de cielos y tierra. Los adolescentes vestidos de túnica blanca llevan los incensarios, y tiernos niños de vestidura roja, los canastillos de flores; y cada vez que rinden su homenaje ante el Santísimo, ejecutan con el

mayor orden y precisión, una figura simbólica: la cruz, el círculo, el corazón ó la custodia.

Avánzase por último la Majestad de Dios; dóblanse las rodillas, inclínanse todas las cabezas, y un pueblo entero se postra humilde y le reconoce por Rey, y le pide perdón, é implora su compasiva misericordia y su largueza.

La guardia de honor de Jesucristo Sacramento, la forman en esta circunstancia el Excmo. Presidente de la República, y todos los Magistrados y empleados de que hablamos al principio. El Estado sigue humilde las huellas de su Dios, y esta manifestación no es vana, sino que representa las ideas y conducta del Gobierno.

Cierran por fin la marcha unos 300 soldados de la guarnición, con el pabellón nacional en el centro de sus filas.

La procesión duró como dos horas y tuvo remate en la Plaza Mayor, con la ceremonia más sublime y conmovedora que puede imaginarse. Llegado al altar construido bajo el arco del atrio de la Catedral, el Ilmo. Sr. Arzobispo, ascendiendo á un estrado, bendijo con la Hostia Sagrada al numeroso concurso de pueblo allí reunido, y que palpitaba lleno de fe y amor, como si fuera el mismo corazón de la República. Esta bendición divina, repetida tres veces, hacia el Norte, el Oriente y el Poniente, se dió en medio del más profundo silencio de los concurrentes, después de haberse cantado la estrofa: *Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi.* En ese momento se echaron á vuelo todas las campanas de la ciudad, como deseosas de anunciar al mundo que la ciudad de Quito y toda la República habían tributado su homenaje al al Rey de las Naciones, á Nuestro Señor Jesucristo.

Con aprobación eclesiástica.—Quito, á 17 de julio de 1836.



LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

NUM. XXII—TOM. III

JULIO DE 1886.

SEGUNDO NUMERO ESPECIAL

SOBRE EL

CONGRESO EUCARISTICO ECUATORIANO

REUNIDO PARA CELEBRAR EL 2.º CENTENARIO

DEL ESTABLECIMIENTO DEL CULTO PUBLICO

DEL

SACRATISIMO CORAZON DE JESUS

26 de julio de 1886.

CRONICA

DEL PRIMER CONGRESO EUCHARÍSTICO DEL ECUADOR.

§. 7º

La fiesta del Santísimo Corazón de Jesús.— La segunda sesión solemne del Congreso Eucarístico.

Después de haberse expuesto á la adoración de los fieles el Santísimo Sacramento, durante toda la octava del Corpus, que se terminó con la procesión tradicional en la Plaza Mayor; el día siguiente, viernes 2 de julio, celebróse en la Iglesia Metropolitana la fiesta propia del Santísimo Corazón de Jesús, con asistencia de los altos Poderes del Estado y todos los funcionarios públicos, por tener dicha fiesta el carácter de cívica desde la Consagración de la República en 1873. La misa solemne, que empezó á las diez y media de la mañana, fué pontificada por el Ilmo. y Rmo. Sr. González, Obispo de Ibarra. Inmediatamente después de la Misa, dióse principio á la sesión, á la cual siguieron asistiendo, no ya como invitados solamente, sino como parte integrante de ella, el Excmo. Presidente de la República, los Magistrados de las Cortes y los demás empleados del Gobierno. Así es que esta sesión tuvo en eminente grado el carácter de pública, oficial y social, que distinguirá este primer Congreso Eucarístico del Ecuador.

Insertamos desde luego los importantes acuerdos que en esta sesión se promulgaron y los discursos que en ella fueron pronunciados.

Acuerdos de la segunda sesión del Congreso.

Sobre Congregaciones de la Santísima Virgen para jóvenes.

EL CONGRESO EUCHARÍSTICO

ECUATORIANO,

CONSIDERANDO :

1º Que la juventud estudiosa se halla expuesta á mayores peligros, á la vez que más desprovista de medios de preservación después de concluidos los estudios de segunda enseñanza; y

2º Que entre los varios medios que para su preservación pudieran adoptarse, es uno muy principal el de fomentar en su corazón el tierno amor adquirido desde la infancia á la Santísima Virgen Maria, con las prácticas de una sólida devoción á la Madre del Amor Hermoso,

ACUERDA :

Art. 1º Suplicar humildemente, como en efecto suplica, á los Ilmos. Prelados diocesanos, en cuyas Diócesis hubiere estudios de enseñanza superior, tengan á bien tomar las providencias que estimaren más eficaces con el fin de que se pueda conseguir en sus Diócesis la erección de congregaciones de la Santísima Virgen para los jóvenes que estudian facultad superior, ó se hallan en circunstancias análogas.

Igual súplica se hace respecto de la enseñanza secundaria.

Art. 2º A estas congregaciones deberían pertenecer los jóvenes estudiantes por lo menos hasta la coronación de sus respectivas carreras literarias, ó hasta que, habiendo tomado otro género de vida, puedan pasar á otra de Señores ó padres de familia, donde las hubiere.

Art. 3º Todos los miembros del actual Congreso se

comprometen solemnemente á cooperar según su posibilidad con los Rmos. Prelados á la pronta erección de estos centros de piedad y buenas costumbres, tan necesarios en nuestra época.

Art. 4º Se excita la piedad de los Sres. Superiores y Profesores de las Universidades y Colegios, para que coadyuven al establecimiento y fomento de estas congregaciones.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 29 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre la consagración de las Diócesis de América al Santísimo Corazón de Jesús.

EL CONGRESO EUCHARISTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO :

Que la devoción al Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo es en el orden actual de la Providencia divina uno de los medios más eficaces para salvar al mundo,

ACUERDA :

Art. 1º Dirigirse á los Ilmos. y Rmos. Señores Prelados diocesanos de todas las naciones americanas, suplicándoles que se dignen consagrar solemnemente sus Diócesis al Corazón Sacratísimo de Jesucristo Nuestro Señor.

Art. 2º Autorizar á la Junta Promotora de Quito, para que se dirija en nombre del Congreso Eucarístico á los re-

feridos Ilmos. Prelados, valiéndose de los medios que tengan por más oportunos y eficaces al intento. Para esto pedirá instantemente á los Ilmos. y Rmos. Señores Arzobispo y Obispos de la Provincia Eclesiástica Quitense que se dignen autorizar con su firma la súplica que se eleve á los Venerables Prelados de América.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, Capital de la República, á 29 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre el compromiso de los miembros del Congreso para fomentar la devoción y culto del Santísimo Corazón de Jesús.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO :

1º Que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es uno de los medios más adecuados para reformar las costumbres y excitar en el pueblo cristiano sentimientos de sólida piedad;

2º Que uno de los principales objetos que han motivado la reunión de este mismo Congreso es el de promover la construcción de la Basílica al Sagrado Corazón de Jesús,

ACUERDA :

Art. 1º Los miembros del Congreso Eucarístico se comprometen á trabajar cuanto les sea posible en difundir más

y más la devoción al Sagrado Corazón de Jesús por todas las Diócesis del Ecuador.

Art. 2.º Asimismo se comprometen á procurar con eficacia la erogación y recaudación de las limosnas que se han de hacer en cada Diócesis para la obra de la Basílica.

Art. 3.º Promoverán también la propagación de la Revista católica intitulada "La República del Sagrado Corazón de Jesús."

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, Capital de la República, á 29 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre la fiesta del Santísimo Corazón de Jesús.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO :

1.º Que la República del Ecuador está consagrada solemnemente y socialmente al Corazón Sacratísimo de Nuestro Señor Jesucristo, á quien ha escogido por su Patrón;

2.º Que como premio de esta consagración ha recibido beneficios señaladísimos que la obligan á dar muestras públicas de su amor y gratitud,

ACUERDA :

Art. único. Solicitar humildemente del Episcopado Ecuatoriano que eleve sus preces colectivamente á Su Santi-

dad León XIII, para que se digne declarar día de fiesta de guarda en la República aquel en que la Iglesia celebra la fiesta del Santísimo Corazón de Jesús.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, Capital de la República, á 29 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

*Sobre la protesta contra la usurpación de los
Estados Pontificios.*

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO :

Que los católicos no pueden mirar sin dolor la inicuá prisió del Sumo Pontífice, á quien se ha desposcído sacrílegamente no sólo de sus Estados sino de la libertad é independencia que convienen al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo para el gobierno de la Santa Iglesia,

ACUERDA :

Art. 1.º Renovar y vigorizar, como renueva y vigoriza, la protesta que hizo la República por medio de su Presidente, el Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno, en el año de 1871, contra la injusta y violenta usurpación de los Estados Pontificios.

Art. 2.º Pasar copia de este Acuerdo, tanto á los Congresos Católicos y Eucarísticos, como á otras corporaciones del mismo carácter.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, Capital de la República, á 29 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

*Sobre la lectura de libros prohibidos y otras
malas publicaciones.*

EL CONGRESO EUCARISTICO

ECUATORIANO,

Teniendo en cuenta los graves males que causa á la fe y las costumbres la lectura de obras erróneas ó inmorales y lo útil de la de publicaciones informadas de sana doctrina y pensamientos honestos; y acatando sumisamente todo lo dispuesto por el 4.º Concilio Provincial Quitense, respecto á la materia,

ACUERDA :

Art. 1º Evitar la propagación no solamente de escritos perniciosos y prohibidos, como opuestos á las enseñanzas de la Iglesia, sino también los que contengan noticias y apreciaciones falsas y perjudiciales, así respecto de la religión, como de las autoridades, el pueblo y las personas.

Art. 2º Inculcar á los padres de familia el deber cristiano de velar porque no se introduzcan en sus hogares libros ni otros escritos que puedan menoscabar su moral y buen orden; debiendo atenderse en esta materia á lo que aconsejen ó dispongan los Párrocos, directores espirituales ú otras personas de conocida virtud y buen criterio.

Art. 3º Recomendar y propagar la buena lectura, y fomentar por todos los medios legítimos posibles las publica-

ciones encaminadas á combatir errores y vicios, defender la religión y la patria, depurar las costumbres y, en fin, allanar de algún modo los obstáculos que se oponen á la civilización católica.

Art. 4º A fin de que pueda cumplirse con lo dispuesto en los artículos anteriores, promover suscripciones á las revistas y periódicos plenamente católicos; excitando para ello á las personas que puedan erogarlas, y evitar con cuidado el suscribirse á los contaminados con los errores modernos, especialmente con los condenados en el *Syllabus* de Pío IX, de santa memoria y en otros documentos del reinante Pontífice.

Art. 5º Ya que no es posible, por lo pronto, fundar bibliotecas diocesanas; á lo menos recomendar encarecidamente á los Señores Párrocos que difundan entre sus feligreses la lectura de algunos buenos libros y de los folletos, periódicos y hojas destinados á defender y robustecer la causa católica, y á ordenar, ennoblecer y santificar las costumbres privadas y públicas.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 19 de junio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Discursos de la segunda sesión solemne.

DISCURSO DEL SEÑOR D. BELISARIO PEÑA,
*Miembro de la Junta Promotora Central y Diputado
por la Diócesis de Cuenca,
sobre la consagración de las diócesis de América
al Santísimo Corazón de Jesús.*

Al encargarme la respetable Junta Promotora del primer Congreso Eucarístico Ecuatoriano de dirigiros la palabra, en ocasión tan solemne y en tan sagrado lugar, bien se os alcanza, Señores, que quiso desentenderse de mi pequeñez y galardonar en mí, con tan señalada honra, no sólo mi filial adhesión á nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, sino la sinceridad del amor que profeso á la República del Sagrado Corazón de Jesús. No tengo por qué esconderos que osé levantar el pensamiento á ambicionar este inmerecido favor, y que una vez concedido graciosamente, lo acepté sin vacilación, olvidándome de mí mismo, de la pobreza de mi ingenio y de la oscuridad con que estoy pasando en aislamiento de dolor y desengaños los días postreros de mi vida. Culpadme de atrevido, si vuestra benevolencia lo consiente; mas yo os diré que en esta Asamblea, no sólo religiosa sino piadosísima, nadie aspira á los premios del aplauso vocinglero, ni pretende porfiar con palabras para salir gunguancioso de la palma de la elocuencia. Otra excusa, además, ha de valerme ante vosotros, y es la bien intencionada voluntad, el deseo vivo de un corazón que anhela por vuestro bien, por el engrandecimiento de vuestra Patria, y ante todo, por la gloria de Jesucristo. Sí, por la gloria de Jesucristo, Rey de las naciones, que ha puesto la primera piedra de su soberanía social en esta feliz República, traspasándole, como á Jacob, la primogenitura de su venidero imperio sobre los pueblos y naciones. Gloria tan magnífica estaba por misterioso arcano atesorada para el Ecuador; para el Ecuador que, cual Belén de Efrata, es pequeño entre las naciones.

Sean ótras poderosas en armas para dominar las tierras y los mares; enseñórense altivas con abundancia de riquezas; embellézcanse con los primores de las artes exquisitas;

gloriense con los inventos pasmosos de la ciencia; pero ni armas, ni riquezas, ni artes, ni ciencias han sido merecedoras de ser puestas por pedestal al trono sin segundo en señoría, que en breve alzará el orbe á Jesucristo Dios, al Rey de los cielos, que pide hoy el vasallaje de las naciones de la tierra. La primacía del reino social de Jesucristo se os ha concedido á vosotros, y nadie puede desposeeros de esta gloria, envidiable sobre toda gloria, y que ha de pasar resplandeciendo á los venturosos siglos, superior á aquella que, pasto de la envidia y despojo del tiempo, se oscurece y anonada al volar de los años fugitivos.

Asunto grato á vuestra consideración ha de ser, pues, el que intento tratar ahora, discuriendo sobre el merecimiento que se ha labrado la República Ecuatoriana al consagrarse solemnemente y como Estado, al Corazón divino de Jesucristo. Os hablaré en seguida de los insignes favores con que ha sido premiada por Dios esta consagración; y por fin, os pondré de manifiesto el deber que tenéis de dilatar el reino de Dios por las demás naciones, y principalmente por las de nuestra América Española, con quienes nos estrechan dulces lazos de amor y vínculos de fraternidad cristiana. Dignaos, Señores, honrarme con vuestra atención.

El Ecuador, al consagrarse solemnemente y como Estado, al Santísimo Corazón de N. S. Jesucristo, ha obedecido á un designio divino, proclamando con denuedo y valentía ante las demás naciones el Imperio social de Jesús Rey: éste es el primero y más alto mérito de su consagración.

Por ley providencial acace que cuando Dios quiere obrar en los pueblos uno de esos prodigios extraordinarios en que ha de resplandecer misericordiosa la Omnipotencia, prepara los caminos, volviendo medios de su obra los que parecen obstáculos. Endereza á su intento los fines torcidos de los hombres; concentra las fuerzas de la actividad humana en un punto, y difunde en las inteligencias una previsión confusa, vaga, si se quiere; pero que se manifiesta por todas partes en aspiraciones y esperanzas. No alcanzó á sospechar Roma la pagana que las legiones que enviaba, codiciosa del mundo, hasta los términos de la tierra, eran en los designios de Dios, sólo las falanges de gastadores que, con proezas y exterminio, iban abriendo el paso á otro imperio y señorío de más grandeza que la del espacio, de más duración que la de los siglos. Ni entendieron los dueños de las águilas latinas que sus triunfos sangrientos no hacían más que allanar el campo y abrir los cerrados horizontes á las victorias pacíficas de la Cruz: la conquista material no fué sino la preparación para la gran conquista moral. Y

por aquellos mismos tiempos bullía en los ánimos una expectación de algo extraordinario para el linaje humano, una vislumbre de los resplandores de la escondida Cuna de Belén. No por primorear con la silvestre zampofia pastoril, el Vate Mantuano convidaba á las Musas sicilianas á levantar el tono, cantando el advenimiento de un Salvador que trajera días dorados al mundo: obedecía á los anhelos que se exhalaban de todos los corazones, y que en voz de oráculos salían hasta de los antros misteriosos de las Sibilas.

Y si hoy nos ponemos á considerar atentos lo que está pasando en el mundo, lo veremos dividido debajo de enemigas banderas, en dos grandes ejércitos que se aperciben á porfiada contienda. Digo mal que se aprestan, pues trabada está la pelea, y se encarniza más y más cada instante; no con el estruendo de cañones y ludir de espadas, si bien á veces tércian en la batalla, sino con el poder de las ideas, la fuerza de la razón y el albedrío de la voluntad. Porfiase sobre de quién será el imperio de la tierra. Nunca Cristo Rey y Satanás Rebelde se han disputado, por providencial permisión, con más ardor la soberanía social; hoy están guerreando frente á frente y como con aceros contrapuestos. El grito de los únos sube al cielo con esta amorosa plegaria: "Venga á nos el tu reino"; el de los ótros descende á los abismos infernales con esta blasfemia: "Alzate, Satanás, á reinar sobre nosotros."

En este recio combate de la luz con las tinieblas, únos y ótros han concentrado todo el poder de su inteligencia, toda la fuerza de medios que están á su arbitrio: éstos, los vasallos de Satanás, se juntan en asociaciones tenebrosas; aceptan todos los medios sin impedimentos de lo ilícito; prometen satisfacción á todos los apetitos, sin más tasa que la saciedad; están poseídos de audacia loca, animados de perseverancia tenaz; hacen sacrificios que llamaríamos heroicos si no fueran sacrilegos; gustan tesoros sin medida; dan sin reserva, y poderosos con la unidad de consejo y de fuerzas, con la prudencia exquisita que manda, con la obediencia pasiva que ejecuta, convierten en maldades todos los instintos nobles y las virtudes generosas del corazón. Hacen sacrificios tan grandes en la obra del mal, que acaso no se pidieran ni iguales, ni tantos á la humana naturaleza para santificarla en el bien. Y aquéllos, los discípulos de Jesús, los vasallos de su reino, ¿qué hacen? . . . Almas piadosísimas, á mí no me es dado penetrar en el santuario de vuestros corazones, ni alcanzo á vislumbrar siquiera esos afectos que os abrasan y que se exhalan en efusiones vívidas, luminosas, inflamadas; no puedo seguirus en esos raptos de arrobamien-

to místico, en que desaparece lo visible, se os desatan los lazos de la materia, y voláis raudas á las regiones infinitas á ofrecer en holocausto por el mundo. Ni alcanzo á comprender el dolor de los martirios del espíritu y de la carne, más meritorios cuanto más escondidos, más fecundos cuanto más estériles parecen. Bien comprendéis, Señores, que os hablo de los esfuerzos poderosos de la oración humilde y de la penitencia purpurada de sangre. Aúnanse con estas obras sobrenaturales las que ejecutan los buenos, ora con trabajos de la mente, ora con el generoso desprendimiento de cuanto puede ser pábulo de la ambición, cebo de la codicia, amor y solaz de la vida. Y sin embargo, es cierto que el mal no se basta para amontonar en espacios almacenes su copiosa cosecha de cizaña, mientras el bien apenas si recoge alguna granada espiga; mana aquél en raudal de aguas infectas, éste, como la esencia de rosa, apenas se destila gota á gota.

Improba tiene que ser en nuestros días la labor de los buenos para contrarrestar á las huestes vandálicas del mal. Reparemos que las herejías de hoy no atentan directamente sólo contra los dogmas sino contra la sociedad. Lo que se combate, lo que se pretende destruir, es la autoridad, fundamento de la religión, del gobierno y de la familia; y por tanto, es indispensable que religión, gobiernos y familias se coliguen, se estrechen, se levanten á defender la santidad, el poder y la vida. Al cúncer social, social ha de ser el remedio que se oponga; y si lo que se pretende derribar es la autoridad, hay que alzar en su defensa una autoridad suprema, una soberanía ineludible, absoluta, eterna: la soberanía de Cristo Rey. Al proclamar el Reino social de N. S. Jesucristo, no se entienda que aspiramos á dar algo que no posea por derecho propio Aquél á quien todo poder ha sido dado en los cielos y en la tierra; no, Señores, lo que anhelamos es el reconocimiento espontáneo de este Monarca supremo por todos los pueblos, y la sumisión rendida de las voluntades libres á este dominio para que se den por siervas suyas en uso de su propia libertad.

Estamos, pues, empeñados en la lid más grande é importante que han visto los siglos, lucha pertinaz que tiene al mundo entero por campo de batalla, por campeones á todos los hombres, por armas todas las facultades morales y físicas, puestas en ejercicio. Grande debe ser el objeto de este combate, debe entrañar algo esencial para la vida misma, algo absolutamente necesario. Deben mediar en él altísimos designios de Dios; y en cuanto se me alcanza, tengo por cierto que llega ya la hora en que Cristo ha de ser ado-

rado por Rey, no sólo de los individuos sino de las naciones.

El mundo físico está también como preparándose para hospedar en su seno á un Monarca universal, y allanarse á su imperio: hoy no gastan los hombres trabajo y sudor en amontonar materia, como cuando labraron las pirámides egipcias, ó alzaron muros como los de la Ohina. Hoy las portentosas invenciones de las ciencias se encaminan al acubamiento de la distancia. Si la naturaleza es obstáculo, so despedaza á la naturaleza: trabajos más que hercúleos desposeen á los montes de sus entrañas, para que el vapor, en vuelo trepidante, surque como rayo la lobreguez de los abismos, antes eternamente silenciosos; rómpense los istmos, y de los océanos inmensos de la tierra se forma un solo océano; el telégrafo relampaguea con los mensajes de nación á nación, y de una parte de la tierra á la otra parte; el teléfono nos trae á los oídos instantáneamente la propia voz de los amigos separados, y departimos con ellos á través de la tierra y de los mares; la ciencia se afana en dirigir con rumbo cierto el globo volador por regiones etéreas, surcadas sólo de las águilas: todo conspira á realizar, si dable fuera, la ubicuidad con la rapidez del movimiento. ¿Y no veis, Señores, en esto la preparación del mundo para un reino universal? No veis como los hombres, inconscientes instrumentos de la Providencia, están haciendo el oficio de conquistadores Romanos, para abrirle caminos?

Si en tal manera va aparejándose el mundo material para un sucoso extraordinario, con no menos expectación lo presienten también los hombres; y si no ¿qué significa el desasosiego que sentimos todos y que nos trae el ánimo zozobante entre temores y esperanzas? ¿qué dan á entender los anhelos de las almas justas que, á pesar de verlo todo anegado en el diluvio del mal universal, sacan razones de la magnitud misma del daño para afirmarse en la seguridad de su pronta y necesaria reparación? “Venga á nos el tu reino” es la letra que graba la piedad en el metal de sus medallas; “Venga á nos el tu reino” es la plegaria que hoy más que nunca sale abrasada de lo íntimo del alma por los labios cristianos.

El Ecuador, puesto como por corazón de los Estados de América, ha sido el primero en aceptar la soberanía gloriosa de Cristo, y con aceptarla, parece haber demostrado que ha obedecido á un designio de Dios, y que es suya y exclusiva la primacía de tan excelso merecimiento.

No llegó empero á poner por obra el piadosísimo propósito sin pasar por dificultades que avaloraran la magnífica oblación. “¿Cómo, decían los pusilánimes, cómo poner-

nos de blanco á las burlas y sarcasmos de las gentes? ¿cómo levantarnos, siendo pequeños, á dar ejemplos y enseñanza á los grandes? Bien está que Jesucristo reine individualmente en cada uno de nosotros; pero ¿á qué atraer miradas de desprecio sobre nuestra Patria, y dar ocasión de que nos baldonen con nombre de fanáticos y *oscurantistas*? Cierta, Señores, no faltaba razón á los juicios de la prudencia mundana, porque eso de romper de improviso con las contemplaciones del formidable respeto humano; eso de sobrellevar no sin sonrojos el desdén de la compasión despreciativa; eso de sufrir las picaduras del aguijón alevoso de la burla, más enconoso que el dardo de la injuria, motivos son tan poderosos que en ellos se ha quebrantado lo fortaleza de más de un corazón nacido para cosas grandes. ¿Qué de altos hechos capaces de ilustrar el mundo, qué de heroísmos capaces de salvarlo se han malogrado en germen por miedo de esas fantasmas forjadas imaginariamente para aterrar no á niños, sino á hombres aun más asustadizos!

Y si con estos temores contradecían los tímidos el intento de consagrar la República al Santísimo Corazón de N. S. Jesucristo, los magnánimos por su parte, no dejaban de esforzar la oposición, si bien gobernados de diversas y más valederas razones. Aconsejábanse con la humildad, y poseídos del conocimiento de su pequeñez y de la grandeza infinita de Dios, argüían en estos términos, por los labios mismos de todo un García Moreno: "¿Será el Ecuador ofrenda digna del Corazón del Hombre Dios? Este Corazón es santo, inmaculado, ¿y hemos logrado ya moralizar bastantemente los pueblos? hemos santificado el hogar doméstico? reina la justicia en el foro, la paz en las familias, la concordia entre los ciudadanos, el fervor en el templo? El Corazón de Jesús es el trono de la sabiduría ¿y acepta el Ecuador todas sus enseñanzas? es dócil y sumiso á ese magisterio? recibe y acoge con amor sus inspiraciones? rechaza prácticamente los errores del siglo, y se sobrepone á la perversión actual de las ideas? No temo á los hombres, pero temo que este país no sea una ofrenda digna del Corazón de Jesucristo. Pidamos con fervientes plegarias al Señor que nos envíe misioneros santos, apóstoles infatigables: vengan á lo menos cincuenta sacerdotes celosos y caritativos que recorran todo el territorio de nuestra Patria; visiten nuestros pueblos sin dejar rincón, enseñen y prediquen el Evangelio, y conviertan si es posible á todos los pecadores, y entonces podremos presentar con manos puras al Dios de la pureza un pueblo purificado con la sangre divina."

Así pues, con estos pareceres acordes en el fin, si bien

nacidos de motivos muy diferentes se dificultaba la obra hasta que el tercer Concilio Provincial Quitense, ilustrado de luces superiores, consagró definitivamente, por Agosto de 1873, la República al divino Corazón; y dos meses después el Senado y la Cámara de Diputados, reunidos en Congreso, verificaron la Consagración nacional que es gloria excelsa del Ecuador católico. El mundo ha visto en ello un acto heroico de fe, y la protesta más enérgica que pueda hacerse contra la impiedad hoy dominadora de los pueblos.

Pase ya, si continuáis, Señores, favoreciéndome con vuestra indulgencia, á enumerar los beneficios que ha merecido vuestra Patria, por recompensa de su fidelidad á Jesucristo.

Narran las historias que allá en tiempos antiguos, antes que los Romanos arrebutaran el cetro de la casa de Judá y se alzaran por señores de Jerusalén, se oían en lo profundo de la noche estas voces de alerta que daban de cuando en cuando los vigías puestos en las murallas de la Ciudad sagrada: "*Custos, quid de nocte?*" (*) Centinela, ¿qué dices de la noche? Yo también podría ahora preguntaros á vosotros desde los muros de esta Jerusalén: "¿Qué está pasando en la noche que nos rodea? qué juzgáis de esas tinieblas, palpables como las de Egipto, que están cubriendo la redondez de la tierra? Volvemos las miradas al Asia, y la vemos durmiendo idólatra su sueño de siglos, sepultada en la ignorancia, enervada en la mollicie; las convertimos á Europa, y nos aterran los estragos que hace en ella el monstruo múltiple en formas, inmenso en magnitud, y cuyo nombre abraza en sí el de todos los crímenes: "La Revolución". Siglos atrás, el mal se mostraba como serpiente, sí, pero seductora y convidando con el fruto dulce del Paraíso; en nuestros días Satanás no viste disfraces, ni encubre la soberbia del Arcángel rebelde; hoy no se encarna en serpientes sino en almas; hoy no estimula á los hombres á hacerse semejantes á Dios, sino superiores á El. Suplantando en la sociedad los derechos de Dios con no sé qué derechos del hombre, enlabia á sus adeptos con palabras mágicas de poderoso hechizo, que les trastornan el juicio y les ciegan los ojos del alma: Libertad de pensamiento para que no crean, libertad de palabra para que blasfemen, libertad de acción para que hagan la iniquidad... No; yo no soy poderoso, ni el tiempo ni lugar me lo consienten, para trazaros tanta escena de destrucción y conducirlos, como de la mano, por entre los escombros de las ruinas físicas y morales que ha amontonado la

(*) Isaías XXI, 11.

civilización salvaje del siglo XIX. Bústenos oír de lejos y en seguro los rumores de aquella guerra en que rehierven las iras con palabras insultantes, en que serpentea la intriga con perfidias, en que retumban por los espacios los estruendos de una sociedad que se desploma en ruinas.

¡Y qué! me diréis, ¿dónde está por ventura el vigor de los que gobiernan, que no lo emplean en reprimir tamaños males? ¿dónde el nervio de la autoridad y de la ley? Yo os contestaré: “Cuando quitamos la corona soberana de las sienes de Dios, se cae también en pedazos la que en nombre suyo traen en la cabeza los gobernadores de la tierra. De las naciones europeas sólo hay dos, Alemania y Rusia, en que la autoridad tenga algún poder; en las demás, la omnipotencia es de la opinión, es decir, de las turbas ignorantes y corrompidas; la opinión es quien muda las dinastías, resuelve en los consejos, derriba ministros, impone y deroga leyes, pide con amenazas y recibe sin gratitud. Y ¡qué contemplaciones! qué condescendencias, con mengua de la dignidad! qué ligas y maquinaciones! y cuánta bajeza de los altos á trueco de que no les arranquen de las débiles manos el puño ya impotente de un cetro despedazado! Constreñidos así los gobiernos, suelen ser ellos mismos los autores de perversidad, ó cuando menos se detienen indecisos é irresolutos entre los peligros de la severidad necesaria para reprimir, y las humillaciones de la condescendencia con lo inicuo.

Ni decora ya á los Senados de las naciones aquella antigua dignidad que los rodeaba del respeto reverente de los pueblos: vortiginosos los congresos de nuestros días, son palestra de lidiadores en que se traban y encarnizan esas peleas de las que salen chorreando sangre viva la verdad, la justicia y el derecho. Llegan hasta nosotros en los diarios los aplausos que vitorean á la impiedad triunfante: ¿Se da un decreto que despoja á la Iglesia de sus bienes por el delito de tenerlos? Aplausos. ¿Se intima orden de expulsión á los religiosos por el crimen de serlo? Aplausos. ¿Se rechaza á la Iglesia del poder público y á Jesucristo de la enseñanza? Aplausos. ¿Se niega al moribundo el dulce consuelo de exhalar el último aliento ante la imagen divina de Jesús? Aplausos frenéticos y gritos estentóreos. No, Señores; la virtud perseguida no tiene, como la paloma del Arca, donde posarse ya en la tierra, y levanta las candidas alas hacia el cielo, llevando no la rama de pacífica oliva, sino la palma del martirio.

Origen de estos males es la pérdida de la fe en la mayor parte de los hombres. En lugar de ella yérguese atrevida

la negación absoluta, ó cuando menos la duda, más peligrosa aún, por cuanto, mintiendo semblantes de prudente y filósofa, yace soñolienta en el ocio de la inacción y satisfecha con la nada. Tanto teme creer como negar: para ella, la precisión matemática, la evidencia del axioma, el bulto tangible de la verdad material; nada concede á los anhelos generosos del corazón, nada á las intuiciones de la conciencia, nada á la naturaleza, nada á Dios; es el ciego que clama: "No hay luz, no hay luz, porque no alcanzo á verla yo!" Si la interrogáis, os responde: "No sé;" si la urgís con poderoso raciocinio, os contesta: "Puede ser, puede no ser;" no hay como tomarse á razones con ella, porque es el reptil resbaladizo que se os escabulle de las manos.

La sociedad, pues, está enferma de incredulidad; está postrada con la duda; se está muriendo de odio, de odio á Dios, de ignorancia de Dios, de confusión en el conocimiento de Dios. Y como el odio es tanto más acedo cuanto de más injusta causa procede, mucho ha de serlo el que profesa el vicio á la virtud, sólo por ser virtud. En efecto, no hay cosa más cruel que ese odio, ni más odiosa que esa crueldad.

El Ecuador, en medio de la universal apostasía, ha conservado inmaculada la integridad de la fe: hé aquí un beneficio que no alcanzamos á ponderar, porque estando como estamos connaturalizados con la efulgencia del sol, mal podemos concebir la desgracia del ciego que va palpando tinieblas en la luz misma.

Y si sólo á este insigne beneficio de mantener ileso el dón de la fe se hubiera limitado la recompensa dada á la República Ecuatoriana por su consagración á N. S. Jesucristo, ya sería digno y superabundante el premio de tal acto; pero el corazón magnífico de Jesús se complace en galardonar como quien es, y así no me maravillo de tantas mercedes como he visto descender sobre vosotros, entre las cuales no son cortas ciertamente las que voy á proponer á vuestra reflexiva consideración.

Serenos y dichosos corrían aquellos tiempos en que un Varón extraordinario, más digno de gloria que glorioso, sentó consigo en el solio del poder supremo las virtudes excelsas del cristiano, hermanadas por providencial concierto con las de eximio magistrado y las de estrenuo capitán. Vióse entonces á esta Nación florecer hermosamente con el orden, alegrada con la concordia, honrada con la buena fe, tranquila con la paz, agraciada con la cortesía, abastada no sólo de lo necesario sino aun de lo superfluo; él era el consejo de las resoluciones y el brazo que las ejecutaba. Era... Suponed

que no hubiese existido García Moreno; quitad el sér á los bienes morales, á las obras materiales que le debéis, y decidme con lealtad de nobleza ¿qué fuera hoy del Ecuador? Quizás al responderme alguien quisiera hacer memoria de sus yerros. No seré yo quien porfie en negarlos, mas sí replicaré que los espacios oscuros del sol son dos mil veces más brillantes que la luz de la luna.

Ah! Señores, seamos justos siquiera con los muertos, y dejemos que mientras el alma reina indemne allá donde la gloria no espera creces de la alabanza terrena, ni teme mengua del insulto, gocen aquí los despojos despedazados y sangrientos del Grande Hombre la paz del olvido ingrato en su escondido sepulcro! Sólo añadiré, no sin dolor (y lo digo porque se ajusta á mi intento) que cuando vimos en este recinto sagrado y en ese propio lugar, mustias las sienas que habrían llenado la corona del mundo, apagada la inteligencia de rayo que rápida, vívida, instantánea, lo penetraba todo, muerto el fulgor de aquellos ojos en que relampagueaban el señorío del mando y las llamas del valor y del patriotismo, conocí que se apoderaba de los ánimos, y la probé también yo, una pasión indefinible, pasión sin nombre, mezcla de ira, de desesperación y de terror, ¿quién no hubiera temido que el orden y la paz de la República, vinculados en la vida de su grande Hombre, desaparecieran para siempre de este suelo? quién no hubiera pensado entonces que el crimen había desocupado el solio para que se sentara en él la impiedad? Y sin embargo, contra las previsiones humanas, contra los presentimientos de los buenos, y á pesar de las tenebrosas maquinaciones de los inicuos, los matadores de García Moreno han tenido que deplorar con lágrimas (oh! si fueran de arrepentimiento!), con lágrimas de rabia la inutilidad de su crimen. No atribuyáis la salvación de la República á la eficacia de medios humanos, no quitéis á Dios la gloria de habernos libertado, aun á pesar de nosotros mismos, y de cuanto hemos hecho para perdersos.

Si visible y pródiga se ostentó la mano de Dios para salvar á la Nación en caso tan difícil y lastimoso, no con menos claras muestras de favor resplandeció la Providencia divina en amparo de la República, puesta ya, y casi irremediabilmente á las orillas del precipicio. Todo se habia con-fabulado para su mal, y la Revolución victoriosa alzaba altanera la cabeza como quien tiene sujetas y firmes en las manos las riendas del poder; ella se sabría muy bien los motivos de su confianza. Lo cierto es que los intereses del gobernante, el afianzamiento de su poder, la seguridad misma de su vida, todo le apremiaba y urgía á coligarse decidida-

mente con el bando enemigo de los buenos; en tanto que la animadversión de los óptimos ciudadanos hacia su persona era espuela aun más aguijadora que le estimulaba con la viveza del encono á tomar venganza de los ñnos, estrechando alianza con los ótros. Y para despeñarlo de una vez por los abismos del mal, concibieron los inicuos el crimen más inconcebible, y lo pusieron por obra en este mismo templo y en ese altar sagrado. Ahí (¡justo Cielo! dónde estaban tus rayos?), ahí, en el cáliz de la salud bebió la muerto nuestro Pontífice en amargura emponzoñada; ahí se derramó pérfido y sacrilego el tósigo del envenenador, por aquellas entrañas de mansedumbre y de bondad.

Pardonadme, Señores, que haya osado tocar con mano atrevida en la llaga sobresanada de vuestros corazones; pero indispensable me ha sido memoraros lo grande é inminente del peligro para que ponderéis la misericordia que nos ha salvado, venciendo casos imposibles á juicio del entendimiento humano. ¿Qué poder, en efecto, ató las manos de quien tenía en ellas la fuerza de las armas, los tesoros de la República, las riendas absolutas del mando? qué voluntad fué poderosa para avasallar la del soldado en la elación de la victoria, y sofrenarla contra las exigencias del orgullo dilacerado, de las sollicitaciones de la lisonja pedigüña, y de cuanto es aguijón de los apetitos, cebo del interés, logro de la ambición y seguridad de la vida?

Contemplemos en esto la obra sobrenatural de Dios, en favor de su pueblo escogido, y que estas maravillas labren en nosotros amor y gratitud, y sean prendas que nos afirmen en la esperanza con que aguardamos lo porvenir, á pesar de los nublados que entenebrece los patrios horizontes.

No hayáis, pues, miedo de las redes que traman los perversos contra nuestro dulce reposo. Dios ha condenado á la impiedad, mientras seáis fieles, á contorcerse en vanos esfuerzos debajo de las plantas virginales; la ha sentenciado á bramar con furia impotente á las puertas de la República del Sagrado Corazón de Jesús; pero no le entregará la llave de oro de su santuario, ni le consentirá subir á sentarse en el solio de su Magistratura suprema.

Seamos fieles, repito, y no hayamos miedo tampoco de la pobreza que nos estrecha: mal es éste que está afligiendo á todas las naciones en castigo de la adoración que rinde al oro el siglo en que vivimos. La tierra se ha desposeído de sus ricos veneros; se han agotado los Potosés y las Californias; pero no han saciado ni saciarán jamás las necesidades facticias de los hombres. Crecen estas en proporción doblada del aumento del preciado metal, de tal modo que los

Los pueblos dueños de más tesoros son los que están más necesitados y sedientos de ellos. Quizás nuestra estrechez actual sea el medio de que se esté valiendo la Providencia, no sólo para moderar el lujo devorador de las familias, sino para quitar á la codicia el pábulo que la instiga á criminales rebeliones. ¡Qué de veces (y lo sé por experiencia propia) la penuria y las pesadumbres son el martillo que nos labra el corazón! qué de veces las grandes misericordias nos penetran el alma, escondidas en dardos de dolor!

Así se ha manifestado con nosotros también; y no debo desaprovechar la ocasión de que reparéis en ello. No por voluntad de hombre sino por providencia del Altísimo, se ha congregado el primer Congreso Encarístico del Ecuador en este templo Metropolitano, testigo de aquellos crímenes que no sé si la historia patria se atreva á horrorizar con ellos sus páginas inmortales, ó los calle más bien, vencida de la impotencia de las execraciones humanas para alcanzar á maldecirlos. Era menester, pues, una expiación social, y que se verificara aquí en el propio lugar del delito. Vosotros, Señores, que estáis representando á los católicos de la República, y con vosotros millares de almas puras, habéis visto alzar en este sitio la Hostia cándida en sacrificio expiatorio de mérito infinito; y haciendo propia vuestra la Víctima inmolada en los altares, la habéis presentado también en oblación para aplacar las iras vengadoras del Cielo. Estas baldosas se han lavado con vuestras lágrimas; esas hóvedas se han llenado con vuestras plegarias; ¡Qué expiación tan aceptal qué purificación tan maravillosa! Sé bien que la mayor parte de los hombres menosprecian el valor de este beneficio, por cuanto á los ojos carnales nada se alcanza de lo sobrenatural y divino; pero vosotros sí que lo entendéis, y la memoria del gran día de expiación pasará gloriosa á las generaciones venideras.

Pongo aquí fin, por gracia de la brevedad, á la enumeración de los beneficios sociales con que Cristo Rey ha recompensado el acto de consagraros socialmente, á su Deífico Corazón. Fáltame sólo moveros el ánimo al intento que se me ha señalado para asunto de este discurso, en que estáis dando no escasas muestras de cortesía con lo benévolo de vuestra atención.

Ley es con que gobierna Dios al mundo el valerse de la flaqueza y poquedad para sacar á luz obras grandes y maravillosas; pues place al que dió sér de la nada á cuanto existe, obrar en todo como por creación, esto es, con pequeñez de medios. Dios no necesita opulencia de oro, ni fuerza de ejércitos, ni poder de talento, ni habilidad de genio: obras

suas son todas éstas; mas parece que las destina para ministros y ejecutores de los designios humanos. Y cuando esto me pongo á considerar, no me asombro de que el Ecuador á quien vosotros, con vuestra nativa modestia, llamáis débil y pequeño, sea el instrumento deparado por Dios para ejercer una influencia social tan grande sobre el mundo, que resplandezcan en ella los sellos de la Omnipotencia divina.

Tocamos, os dije ya, á los tiempos acaso próximos al acabamiento del mundo, en que Jesucristo ha de ser reconocido y proclamado por Rey de las naciones y Señor de los imperios. Mientras vivía vida mortal y trataba con los hombres, no consintió el divino Señor que las turbas pasmadas de sus prodigios le alzasen por Rey; antes, cuando lo intentaron, se hurtó de ellas, haciéndoseles invisible; pero al consumir el sacrificio redentor quiso que se publicara su realeza, y tres lenguas la proclamaron de lo alto de la Cruz; murió crucificado, pero por ser Rey; y murió, si bien de abrojos, pero coronada la cabeza soberana. Os dije también que habéis sido los primeros en levantar á los aires el estandarte victorioso de su señorío social; mas no es esta toda la obra que os está encomendada, pues ¿quién con mayor zazón que vosotros; quién con más obligaciones de agradecimiento y amor estará puesto en el deber de propagar y difundir por la tierra la idea salvadora de la Realeza social de Jesús? No se ha encendido aquí antorcha tan resplandeciente para que la pongáis debajo del celestín; ni es propio de corazones nobles esconder para sí solos, con egoísmo culpado, los bienes que reciben: cumplid pues fielmente este deber como justos; cumplidlo con eficacia como agradecidos y generosos.

¡Qué os fuera dado inclinar los ánimos de todos los que gobiernan los pueblos, á que, rompiendo con la apostasía, y levantándose varonilmente de la prostración en que yacen, afianzaran la sombra de su poder en el poder fundamental de Jesús; y reconociéndose vasallos del Supremo Monarca, llegaran á ser reyes verdaderos de las naciones! ¡Qué os fuera dado hacerles entender cuán otra es la paz del reino de Cristo, de esa paz armada en que viven sobresaltados, esquivos y temerosos unos de otros, con recelos y desvíos, augurando peligros en el engrandecimiento ajeno, y desangrando más con ella los pueblos que con las armas homicidas que inventan! Oh paz! que no es paz sino combates sin estruendos, larga lucha sin treguas, paz, en fin, que anhela la guerra para remedio de sus males!

Mas ya que á tanto no os alcanza el poder, ceñid por ahora vuestra influencia á la América, á esta América tan hermosa, tan fecunda y tan grande, Señores, que razón tu-

vo para ser dueña de ella de pluralizar su nombre la gloriosa España, nuestra madre común. Una misma sangre nos hermana, una misma lengua nos comunica, una misma religión nos estrecha; pues bien, lazos tan íntimos están convidándonos á un consorcio superior á los de naturaleza, y á una comunidad de bienes que no fenezcan con el tiempo. Méjico opulento, Venezuela madre de héroes, el Perú á quien si le arruinó su propia riqueza, le enriqueció de gloria su Rosa, Bolivia plateada del Potosí, la República que toma nombre de Argentina, mereciendo tenerlo de Áurea, Chile, la afortunada, ¿no estarán prontos á seguir los ejemplos del Ecuador pindoso?

De propósito omití el para mí dulcísimo nombre de mi Patria, porque al pronunciarlo siento que se me entenece el corazón filial, y me asaltan de tropel los recuerdos de sus glorias tejidos con los de sus vicisitudes y lástimas. Colombia se alza hoy purificada con el padecimiento, escarmentada con la experiencia, embellecida con sus dones de ingenio peregrino y de naturaleza ubérrima, y puede también sentarse como la no menor de las reinas en el banquete nupcial de los escogidos, y ostentar allí entre las primeras la palma de su martirio y la corona de su triunfo. Temo que las vendas del amor, pues grande es el que de la Patria se atesora en mí, sean parte para ofuscarme; pero presiento que la República de Colombia está destinada también para grandes cosas en el orden sobrenatural, porque no levanta Dios milagrosamente á una nación del sepulcro, y le disipa de improviso y como por ensalmo las tinieblas que la cubrían, sin fines extraordinarios de gracia y de misericordia. Esta esperanza me alienta y me da valor para asegurar que Colombia, vuestra hermana, teniendo como tiene á deleite el amaros, y considerando vuestra paz y felicidad como parte de las suyas propias, ha de ser la primera que, dócil á las altas inspiraciones del Cielo, dé testimonio nacional de esa fe que ha podido oprimir, pero no quebrantar el esfuerzo y poderío de la infernal malicia.

Nada veo que obste al nobilísimo intento de que persuadáis á todas las diócesis de las Repúblicas Hispano Americanas á que se consagren solemnemente al Santísimo Corazón de N. S. Jesucristo. Con esto se fortalecerán los vínculos de unión que deben estrechar entre sí á las naciones del Nuevo Mundo; nacerán de aquí como de raíz propia y fecunda, el patriotismo verdadero, la libertad, igualdad y fraternidad cristianas, y crecerán floreciendo tantos gérmenes de bien y de riqueza como afortunada la tierra de Colón. Bien sé que los bandos impíos moverán su grito acostumbrada

contra el santo objeto á que aspiráis, pues si el egregio Pontífice Pío IX, de gloriosa y bendecida recordación, decía que en Francia hay dos Francias, dos Españas en España, dos Italias en Italia, no faltan tampoco dos Colombias en Colombia, dos Chiles en Chile, y aun dos Ecuadores en el propio Ecuador.

Os llamarán retrógrados; no importa: ellos entienden por progreso el caminar bajando á los abismos; nosotros lo entendemos también en caminar, pero ascendiendo á los cielos. Os apellidarán ignorantes; no importa: no tenemos envidia de la ciencia del mal, ni nos mueven á admiración esos entendimientos caóticos, como las tolvaneras errátiles del verano. Nuestra ciencia es la verdad, nuestra pasión es el amor.

Y el Corazón Sacratísimo de Jesús, llameante, coronado de espinas, herido, crucificado es la síntesis del oceánico, del infinito amor: ¿no es ahí donde se aprende á amar con sólo una mirada, con una aspiración, con un vuelo? no le veis que, lánguido de ternura, está empero inquieto como el ave que aguarda en el nido materno á sus pequeñuelos esparcidos? Llegue el día (oh! si llegara pronto!) en que volemos todos á Él, para abrasarnos con Él, para consumirnos en Él.

El soberbio socialista, en su aborrecimiento á la humanidad, está ardiendo en anhelos de incendiar el mundo material; imitémosle. Señores; excedámosle, pues lo podemos, y por bien de la propia humanidad levantemos también una hoguera inextinguible de amor, pero tan grande que incendie la redondez de la tierra, tan alta que se señoree sobre los cielos, tan activa que derrita el bronce de los corazones impíos; y entonces el volcánico Ecuador, chispa portadora de divinos incendios, hará de la América inmensa una sola República del Sacratísimo Corazón de Jesús.

DISCURSO

DEL Pbro. DR. D. JOSÉ JULIO MATOVELLE,

Director de la Junta Promotora Central y Diputado por la Diócesis de Cuenca.

EL REINADO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Yo reinaré á pesar de todos mis enemigos.
(Palabras del Corazón Sacratísimo de Jesús á la B. Margarita María.)

I

Digno de atento estudio y muy seria reflexión es el estado del mundo en la actualidad. Nunca como hoy ha sido tan encarnizada y viva la lucha del bien contra el mal, tan numerosos los ejércitos del uno como del otro, ni tan poderosas las armas del combate. El adelanto portentoso de las ciencias, las maravillas de la industria y el comercio, la abundancia creciente siempre de medios materiales, todo esto contribuye para hacer mas incierto el éxito y mas dolorosa la expectativa. La conquista del mundo será el premio de la victoria. Si triunfa la Iglesia el mundo se habrá salvado, si vence la impiedad el mundo está perdido sin remedio: pues, ya sea el mal ó ya el bien el que triunfe, tendrá á su disposición medios eficacisimos para extender en un momento su reino sobre toda la faz del globo. En tan críticas circunstancias todos sienten ansiedad en el espíritu, y se preguntan angustiados los buenos:—¿ En qué punto de la historia nos hallamos? Qué va á ser mañana de las naciones? Estamos tal vez visperas del juicio final y ha llegado ya el reinado del Antecristo? O han venido por el contrario los tiempos en que debe realizarse aquella hermosa promesa: *fiet unum ovile et unus pastor*: el mundo todo se convertirá en un solo rebaño, bajo la dirección de un solo Pastor? ¿Quién podrá darnos solución acertada á tan difícil problema?

Mientras tanto todos esperan inquietos y se callan temerosos. ¿Habéis considerado alguna vez ese silencio solemne en que se encierra la naturaleza antes de las grandes tempestades? El cielo se halla cargado de oscuras y gruesas nubes que se amontonan unas sobre otras como ingentes peñascos, por entre los que despiende el sol escasos rayos de moribunda lumbré. Las aves vuelan presurosas á refugiarse en sus nidos, los vientos duermen, todo permanece en calma, la calma del espanto. Los árboles, los animales y hasta el hombre mismo se sienten agitados de un irresistible temblor, de ese temblor del miedo ante una irresistible catástrofe. Unos momentos más y brilla súbito la pavorosa luz del relámpago, retumba aterrador el trueno en el espacio, y torrentes fragorosos de agua desprendidos en todas direcciones parece van á inundar el globo en un nuevo diluvio.

Hé aquí una pálida imagen del estado de dolorosa expectativa en que se encuentra actualmente el mundo. Es indudable que un nuevo diluvio nos amenaza, y no ya diluvio de agua, sino diluvio de fuego: ¿será éste el fuego de la ira ó el fuego del amor?

Ved aquí la ardua cuestión que me propongo desenvolver en el presente discurso, y no por alarde temerario ni por vana curiosidad, sino porque en la solución de este problema estriba el porvenir feliz ó desgraciado de nuestra Patria; pues, hoy que casi todos los gobiernos han renegado de Dios y de su Cristo, trátase de saber si el Ecuador habrá hecho una locura consagrándose al adorable Corazón del Salvador, en medio de la apostasía universal. Por esto quiero manifestaros, hasta donde el Señor sostenga mis débiles alcances, qué la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús es la única salvación de las naciones en el diluvio de males que nos amenaza. Todos los pueblos han clavado en nosotros sus miradas, unos pocos de pláceme, los más de compasión y risa: ¿á cuál de estos bandos asiste la razón?

II

Si contemplamos el mundo únicamente por el lado del mal, lo creemos ya perdido todo y sin esperanza de remedio. Ciencias, artes, industria, política, todo parece se ha conjurado para barrer á la Iglesia católica de sobre la faz del globo. Las ciencias cada día mas altivas con sus diarios triunfos levántanse orgullosas y proclaman que la revelación es contraria á los progresos del espíritu humano. Las artes gritan que la verdadera belleza está en la desnudez

dez del vicio y no en el recato de la virtud. La industria prodiga sus tesoros en favor de las empresas de la revolución, y se los niega avara á las más urgentes necesidades de la Iglesia. La política moderna, en fin, no es otra cosa que la guerra á muerte declarada por los poderosos del siglo contra todo influjo del orden sobrenatural en la vida de las naciones.

Un célebre intérprete del Apocalipsis pintó ya, hace dos siglos, con espíritu profético, la lamentable situación á que había de verse reducida la Iglesia en la época presente. Hablando de la cual, dice que con razón podría llamarse *edad purgativa*, porque en ella la Iglesia se vería oprimida de toda clase de calamidades, como herejías, depravación de costumbres, guerras crueles, sediciones, pestes y hambres. La Iglesia, añade, se verá entonces perseguida de todos los gobiernos del mundo y hasta de los mismos príncipes católicos que la empobrecerán con imposiciones y vejaciones de toda clase, de manera que podrá exclamarse: *la Reina de las provincias ha sido hecho tributaria*. Esta edad de la Iglesia será de exterminio, calamidades y defecciones de toda clase.—Los reinos pelearán contra los reinos, todos los estados serán desolados por divisiones intestinas. Todos los gobiernos serán trastornados por las revoluciones y habrá un empobrecimiento general y grandísima desolación en el mundo. Una imagen de esta época se encuentra en el quinto día de la creación del mundo, en el que mandó Dios á las aguas que se poblasen de peces y reptiles y á los aires de toda especie de aves; porque todos estos seres figuran la mayor libertad animal posible; y lo que hoy predica y busca con ahinco el mundo, es precisamente esta libertad desenfrenada de las bestias. Por lo que esta quinta edad de la Iglesia está llena de reptiles y pájaros que son los hombres carnales que impacientes de todo yugo se rastrearán y vuelven tras sus caprichos y concupiscencias; y anhelan como bien supremo la más absoluta y licenciosa libertad.

Este triste cuadro pintado hace más de dos siglos por el Venerable Holzhúser ha tenido en el nuestro una realidad dolorosa. Lutero abrió con su reforma esta época de desolación y luto y no saldrá de ella la Iglesia sino mediante el brazo del Altísimo. Por lo que la mayor parte de los intérpretes modernos de la Sagrada Escritura aplican á la presente edad la temible profecía del capítulo IX del Apocalipsis. “Y el quinto angel tocó la trompeta, dice el Aguilá de Patmos, y ví que una estrella cayó del cielo y le fué dada la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo; y subió humo del pozo como humo de un grande horno,

“y se oscureció el sol y el aire con el humo del pozo. Y del humo del pozo salieron langostas á la tierra, y les fué dado poder como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y las figuras de las langostas eran parecidas á caballos aparejados para batalla: y sobre sus cabezas tenían como coronas semejantes al oro; y sus caras eran así como caras de hombres. Y tenían cabellos como de mujer. Y sus dientes eran como dientes de leones. Y vestían lorigas como lorigas de hierro: y el estruendo de sus alas como estruendo de carros de muchos caballos que corren al combate; y tenían colas semejantes á las de los escorpiones y habia agujones en sus colas.” Añade San Juan que estos ejércitos de langostas tenían por rey á un ángel del abismo que tenía por nombre *Exterminans*, “El Exterminador.”

Hé aquí una pintura profética exactísima, como inspirada por el Espíritu Santo, de los males que ya hace tres siglos afligen á las naciones cristianas. Esa estrella cuida de lo alto representa á Lutero, á quien se dió la llave del pozo del abismo; porque en la reforma protestante levantáronse á un mismo tiempo todos los errores y todas las herejías, y en un solo mal todos los males. Y del pozo del abismo salió un humo denso que oscureció el sol y el aire; porque los principios perniciosos sentados por la reforma extendieron su dañado influjo á la política, á las artes, á las ciencias, en una palabra á todas las verdades que quedaron como oscurecidas por esa nube de errores. Y del humo del pozo salieron langostas á la tierra; porque las sociedades secretas y en general todas las turbas revolucionarias han sido engendradas por los monstruosos principios del libre examen. Estas sectas son como las langostas porque su poder está en el número; tienen el poder de dañar como los escorpiones y las serpientes, porque matan envenenando, y envenenan deslizándose suavemente entre los jardines de la elocuencia y las flores de la juventud, y las promesas lisonjeras con que seducen son las mismas de la serpiente del paraíso: *seréis como dioses: eritis sicut dii*. Llevan coronas en sus frentes, porque el principio generador de estas malditas sectas es el falso dogma de la soberanía individual, que hace creer que cada hombre es un rey, cada individuo un soberano. Tienen poder en sus bocas y en sus bocas dientes de leones: ¿pues no veis la prensa licenciosa todo lo despedaza y todo lo tritura? Tienen estas turbas por rey á un ángel del abismo que se llama el Exterminador; lo que nos manifiesta que estaba ya profetizado hasta el nombre que debían tomar estas sectas. Los unos se llaman *radicales* para denotar que su fin es arrasarlo todo hasta las raíces mismas de la socie-

dad; los otros se denominan *nihilistas* para significar que su objeto es aniquilarlo todo. Y la plaga en general se conoce con el nombre de *Revolución*; para hacernos ver claramente que es un ángel del abismo el que la dirige, el ángel exterminador: *Exterminans*.

Pero así como el ángel exterminador de otro tiempo respetó las casas de los hebreos cuyas puertas estaban tefidas con la sangre del cordero pascual, de igual manera este nuevo ángel del abismo respetará también en su ímpetu destructor á las naciones que llevan en sus frentes la señal de Dios; pues dice San Juan que fué mandado á las langostas que no hiciesen daño sino solamente á los hombres que no llevan esta señal en sus frentes.

Persuadámonos, pues, que el momento en que nos hallamos es un momento decisivo en la vida de la Iglesia. Nos hallamos en vísperas de una nueva pascua, esto es, de tránsito del Egipto de la servidumbre, á la tierra prometida de la santa libertad, de la noche de opresión y de pobreza á un nuevo día de espléndido triunfo. Unos momentos más y veréis á la tributaria de las provincias, entronizada reina de las naciones.

El pueblo elegido del Señor, la santa Iglesia Católica, fué considerada en otro tiempo como la salvadora del mundo y se mereció el respeto y la estimación de los reyes, y hé aquí que reyes ingratos ahora olvidan los servicios de la Iglesia y la tienen reducida á dura y oprobiosa servidumbre. El pueblo de Dios cautivo en Egipto es imagen profética fiel y acabada de la Iglesia Católica aprisionada y cautiva hoy en medio mismo de las naciones cristianas. Pero ese mismo Señor, que libertó en otro tiempo á Israel con brazo fuerte *in brachio forti*, desplegará también hoy todo su poder en la salvación de la Iglesia. Plagas semejantes á las del Egipto están ya pesando durísimas sobre los pueblos descreídos y opresores. Los ríos se han convertido en sangre, cínifas y ranas y toda clase de moscas corrompen y turban la paz de la sociedad moderna. Socialistas, nihilistas y otra inmensa nube de langostas coronadas estan ya listos para lanzarse sobre los pueblos apóstatas. Luego vendrá la matanza de los primogénitos y ved ahí llegada la hora. Entonces la Iglesia se salvará por entre el *Mar Rojo* del martirio, pero Faraón y su ejército seran sepultados en él.

¿No lo veis? Ha principiado ya la inmolación del Cordero Pascual para las naciones elegidas, las que, baldas en cinta y con el bastón del peregrino en sus manos, comen de él como quien se prepara á un duro y trabajoso viaje. Pues ¿qué otra cosa es este mismo Congreso Eucarístico, sino un

convite de despedida, una nueva Pascua que celebra el Ecuador entre la noche del Egipto y los esplendores de un nuevo Sinaí? Ahora todo está en tinieblas, el mundo todo duerme el sueño de la incredulidad; pero mañana, camino ya de la tierra de promisión, saludaremos alborozados la luz de un nuevo día. *Nunc iudicium est mundi. Nunc princeps huius mundi ejicietur foras.*

¡Qué! ¿lo dudáis?... La señal de salvación para la casa de Israel fué ésta:—Moisés expulsado del palacio de los Faraones y convertido en simple pastor apacentaba su grey junto á la santa montaña del Horeb, y habiéndose una ocasión internado en el desierto, una visión maravillosa se presenta á sus ojos: una zarza que ardía sin consumirse: *videbat quod rubus arderet et non combureretur*; y desde el fondo de la zarza escucha una voz que le dice: “Yo soy el Dios de tus padres, he visto la aflicción de mi pueblo y vengo á libertarlo; apurájate, pues, y te enviaré á que arranques á los hijos de Israel de la servidumbre de Egipto.” Pues exactamente es la visión del Horeb la que celebramos hoy repetida en medio del pueblo cristiano. Decidme, si no: ¿para qué habéis venido á este templo si no es á contemplar esa zarza misteriosa que arde sin consumirse en la hoguera inextinguible del Sacratísimo Corazón de Jesús? No lo dudéis: como la zarza ardiendo del Horeb fué la señal de salvación de los hebreos, la zarza ardiendo del Corazón Divino es también el signo de libertad de la Iglesia. Ved si no ahí de rodillas al Pontificado, el Moisés de la nueva alianza: descalzos los pies, esto es despojado por un momento de sus dominios temporales, expulsado de sus palacios y sólo con el báculo de pastor en su mano, contemplando atónito esta visión maravillosa. En otro tiempo, de la zarza del Horeb se desprendió esta voz: “Yo soy el que soy.” La voz que ahora se ha desprendido de la zarza incendiada del altar es ésta: “Yo soy el que amo; hé aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres.” Es innegable, pues, que estamos en vísperas del Sinaí del Amor.

III

La devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús se halla, en efecto, destinada á marcar una de las épocas más gloriosas de la Iglesia. En los planes misericordiosos de Dios las grandes gracias son siempre precedidas de largas y duras pruebas, y mientras más terribles son éstas, más rico y precioso es el don que las sigue. Los grandes dolores nos a-

nuncian ordinariamente extremos gozos: *Extrema gaudii occupat luctus*. Calculad por aquí cuán espléndido y magnífico será el triunfo de la Iglesia que ya se acerca, por los tres largos siglos de amarguísimas pruebas, humillaciones y oprobios que viene soportando. Despreciada por los gobiernos, insultada por los sabios, ultrajada por los impíos ¡oh dolor!

La reina del mundo convertida en esclava, la Señora del orbe cautiva en manos de miserables tiranuelos. Pero esperad un momento, porque la hora del triunfo ha sonado ya, y como fruto de él veráse la Iglesia rodeada de tal esplendor y gloria como jamás lo ha tenido en todos los siglos precedentes.

El establecimiento universal de la devoción al Corazón divino será el principio, la causa y el resultado de la victoria. Para lo que es necesario que consideremos que esta devoción hermosísima no es una devoción cualquiera, sino, como la han llamado ya insignes preladados, es la reina de las devociones y la quinta esencia de la Religión católica; ó si nos es permitido decirlo así, es la misma religión católica bajo una nueva forma, la forma del amor. El objeto total de esta devoción grandiosa es el amor inefable de Nuestro Señor Jesucristo á los hombres, amor en cuyo conocimiento hacía consistir San Pablo lo más sublime de la ciencia cristiana: *supereminentem scientiæ charitatem Christi*. Los tiempos anteriores á la venida del Mesías podemos decir que fueron tiempos de esperanza; los primeros tiempos del cristianismo, tiempos de fe; por esto el elogio más cumplido que puede hacerse de las edades que nos han precedido es llamarlas siglos de creencias, siglos de fe. Pero desde ahora la virtud distintiva de la Iglesia será la caridad; ahora principian los tiempos del Amor; pues, aunque fe, esperanza y caridad han sido siempre y serán el constitutivo íntimo de la vida de la Iglesia, hay sin embargo épocas en que parece que una de estas virtudes se levanta sobre las otras; y hoy el astro que se levanta en nuestro cielo es el sol de la caridad. Si, permitidme decirlo así; es una nueva ley la que Dios trata de anunciar al mundo: la ley del Amor. Por esto la Iglesia se halla hoy congregada en un nuevo Cenáculo, el Corazón Sacratísimo de Jesús. Si, Señores, hoy nos encontramos en un nuevo Pentecostés; hoy la montaña de Sión es el Corazón adorable del Verbo; escuchad si no ese huracán violento que sacude á toda la Iglesia, mirad esa tempestad de fuego en que ella va á ser bautizada; sólo que hoy el fuego ya no se presenta en figura de lenguas sino en forma de Corazón. Mirad, pues, ahí el Sinai del Amor, el Cená-

enlo de la caridad: *Ex Sion exhibit lex et verbum Domini de Jerusalem. Dominus in Sion magnus et excelsus super omnes deos.*

Y no croáis, Señores, que esto sea una vana declamación, sino que es una doctrina fundada en el ser mismo de la naturaleza humana. Dos son las facultades principales del hombre: la inteligencia y la voluntad; y ambas facultades tienen operaciones semejantes y se rigen por leyes análogas. La inteligencia tiene hambre de verdad, la voluntad tiene sed de Amor; y así como es necesario fijar á la inteligencia una regla de verdad para que no yerre, es necesario también fijar á la voluntad un centro de Amor para que no se extravíe. La norma de la verdad está ya prescrita en el dogma de la Infabilidad pontificia, el centro del Amor lo va á fijar la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús. ¡Hecho verdaderamente hermoso! La Revolución forma abismos sobabando las bases más fundamentales de la sociedad; y la Iglesia católica por su lado reconstruye á esta misma sociedad asentando en esos abismos los cimientos de la fe y del amor!

La presencia doctrinal de Cristo en su Iglesia, y su presencia real amorosa en el Sacramento, son los dos polos del mundo moral sobre los cuales gira el eje de todas las sociedades. La Eucaristía y el Pontificado, la Suprema Víctima y el Sumo Sacerdote, ¡oh qué relación tan íntima y hermosa guardan entre si estas dos instituciones de la caridad de Dios para con los hombres: el centro de la fe y el centro del Amor, el Pontífice infalible y la Víctima amantísima; qué verdades! qué dogmas tan consoladores para el cristiano!

El dogma de la Infabilidad pontificia corona por decirlo así la era de la fe y da principio á la era del amor. Mirad, si no, cómo con ese sublime dogma han sido precipitados al abismo de un solo golpe todos los cismas y todas las herejías. De hoy en adelante habrá impíos, pero ya no herejes. Ese magnífico dogma ha sido proclamado en el momento preciso, cuando diez y ocho siglos de labor incesante han completado ya el cuadro importante de la doctrina católica. Terminados los combates de la fe, principian las luchas del Amor.

Y cierto que hoy el mundo se muere no por escasez de verdades, sino por falta de amor; el vicio no está tanto en las inteligencias, se halla más en los corazones; pues hoy los hombres se pervierten no ya por falta de luz, sino por una obcecación voluntaria del alma, por un amor apasionado al error y al vicio. Por esto un insigne siervo de Dios, en el siglo pasado, San Pablo de la Cruz, decía: "El sofisma

ha llegado á pervertir hoy de tal suerte al espíritu humano, que si queremos convertirlo, es necesario que desde ahora en adelante nos dirijamos antes que á la inteligencia al corazón." La devoción de que nos ocupamos satisfaze esta necesidad; pues no es ella otra cosa que el establecimiento del reinado de la caridad entre los hombres. Y como la caridad es unitiva, como ella es el vínculo de la perfección, el establecimiento de la caridad truerá consigo la conversión de todo el mundo á la unidad católica. Hoy es cuando se realizará en toda su extensión aquella hermosa profecía: *Fiet unum ovile et unus pastor*: todo el mundo se transformará en un solo rebaño bajo un solo pastor.

Pues, aunque bien es verdad que el Evangelio ha sido ya anunciado á todas las naciones; pero también es cierto que, hablando con rigor, la Iglesia católica no ha imperado hasta hoy como Señora sino sólo en Europa y su hija la América. Tiempo es ya de que los hijos de Sem y de Cam entren también á formar parte de la familia católica. ¡Oh! Señores, qué momento tan solemne es este en que nos encontramos: el paso de la fe católica de Europa al Asia y al Africa! Por esto os decía que nos hallamos en vísperas de una Pascua!... Mirad si no cómo un secreto instinto arrastra hoy á todo el mundo hacia el Oriente; á ese Oriente hasta hace pocos años tan misterioso, encerrado en sus desiertos y sepultado en sus pagodas. Los sabios, los políticos, los historiadores y los poetas descifran hoy sus jeroglíficos y explican sus misterios. Pero mirad sobre todo al Pontificado, contemplad á la Iglesia católica con qué ternura de Madre dirige sus miradas á ese abandonado Oriente. Y mirad cómo todo está listo, todo preparado para tan grandiosa conquista. Desde las heladas nieves del polo precipitase impetuosa la Rusia sobre la Tartaria, el Tibet y la China; y la Inglaterra estrecha en sus férreos brazos todas las regiones de la India. Esperad un momento, y la Rusia y la Inglaterra se habrán convertido á la fe católica, y con ellas el Asia habrá caído de rodillas ante la Cruz. El Africa, lo sabéis, está ya prendida en las redes de infatigables y ardientes misioneros, que en falange compacta la han cercado por todos sus ríos y todos sus puertos, y en simultáneo ataque la rinden á un tiempo en todas sus posiciones. Algunos años más y el mundo habrá saludado al Africa cristiana.

Alzad la vista y contemplad cómo blanquean ya todos los campos para la cosecha. Creéis, tal vez, que la Europa está irremediabilmente perdida para la fe, porque los pueblos en ella están agostados, marchitos por la incredulidad y la revolución; pero no temáis, dentro de esa paja se oculta

el buen grano: *frumentum electorum*. Es la mies ya madura que á su tiempo mandará segar el Padre de familia: la paja será lanzada al fuego y el buen grano guardado en los trojes y esparcido como nueva simiente en su heredad. De esos campos agostados y secos que al parecer no contienen sino paja, todos los días el huracán de las persecuciones arranca nubes de misioneros que van á esparcir la semilla evangélica por las cuatro regiones del mundo. En la sucesión ordenada de las edades, tras el invierno vendrá la primavera; y entonces resucitará la Europa, ardiente y generosa como nunca, ceñida su frente con la corona inmarcesible del apostolado. Ahora dejadla cumplir su destino. ¿No la veis? ¡qué afanosa, qué activa está! Quien la ve por lo pronto, la creyera de viaje. Si, la Europa está de viaje! . . . Todo su empeño ahora es abrir caminos, preparar medios de transporte. Perfora montes, construye canales, rompe los istmos. Ella no lo sabe; pero Dios lo sabe. . . . Está abriendo paso á la Reina secular de las edades, paso á la Iglesia católica, que se encamina á la conquista del mundo y va á tomar posesión de su herencia inmortal y divina.

¡Qué hermoso, qué encantador espectáculo el que nos presenta la vida de la Iglesia católica al través de los tiempos! Ella es la única que nos ofrece el ideal del verdadero progreso, adelanta siempre sin retroceder jamás. Inmóvil en sus fundamentos, progresiva en su desarrollo; su existencia es la imagen más perfecta de la acción de Dios en el mundo; al través del tiempo nos manifiesta los esplendores de la eternidad. No se cambia nunca, y sin embargo prospera siempre. La misma doctrina que profesaba en el Cenáculo es la que confiesa hoy, y la que proclamará mañana y por todos los siglos; las mismas virtudes que ha ensalzado en los apóstoles y los mártires de los tiempos de Nerón, son las que hoy levanta á los altares en un San Francisco Javier ó un San Fidel de Sigmaringa. Y á pesar de esta inmovilidad aparente, guarda en sus inagotables tesoros una verdad y una virtud apropiadas á las necesidades que van ocurriendo en la serie de los siglos. La Iglesia católica es como el maná: para cada pueblo y para cada edad de la historia encierra un regalo y un sabor especial, que antes no habían sido percibidos por nadie.

Prueba de lo que decimos es la devoción al Corazón divino del Salvador, la que ciertamente es un regalo sabrosísimo para todos los cristianos, pero lo es de una manera más especial para los pueblos orientales. Esta devoción admirable es el maná preparado por el cielo, no tanto para la Europa como para las naciones del Africa y del Asia. Las razas va-

roniles de la Europa, razas activas, guerreras, emprendedoras y apasionadas por las discusiones de la ciencia, fueron atraídas á la Iglesia por el esplendor y brillo de la fe. El campo de las doctrinas teológicas suministró abundante pábulo á la actividad de su espíritu en el ardoroso palenque de la escolástica; y las cruzadas con sus empresas atrevidas y colosales dieron ocupación provechosa y santa al genio guerrero de las razas germánicas. Pero estas armas, si poderosas en sí mismas, serian débiles para mantener sujetas bajo el yugo de la religión á las dos familias de Cam y de Sem. Las razas orientales, razas femeninas, dulces, apacibles, meditabundas, contemplativas, dominadas más por el corazón y la sensibilidad que por la inteligencia, han de ser atraídas á la fe por el amor. La devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús, tan llena de encantos en sí misma, los tendrá sobre todo muy especiales para esas razas de imaginación ardiente y corazón de fuego. ¿No veis, en efecto, cómo el Corazón Santísimo de Maria se ha declarado desde luego Misionero del Africa, en esas múltiples Congregaciones religiosas que como la del Vble. P. Liberman trabajan en la conversión de aquel continente?

¡Oh! qué hermoso, que magnífico es el porvenir de la Iglesia! Los impios la creen exánime y tal vez muerta, y nunca sin embargo la vitalidad de ella ha sido tan portentosa! Los incrédulos se ufanan de haberla destronado en Europa, y no advierten los ciegos cómo está proclamándose soberana del Orbe.

El ateísmo oficial que hoy se dilata como una capa de nieve sobre la mayor parte de las naciones cultas del antiguo y del nuevo continente, muy pronto será deshecho á los ardores irresistibles del nuevo sol que se levanta. Antes de un siglo quizás, esos gobiernos incrédulos, esas legislaturas implas que hoy se avergüenzan de postrarse ante la Cruz, habrán pasado para no volver jamás, pues se habrán hundido para siempre en el sepulcro del olvido y del desprecio. Sus oscuros y envilecidos nombres apenas si serán recordados por la historia.

Y no creáis, Señores, que lo que os estoy diciendo está muy lejos de nosotros. Escuchad atentos ese confuso ruido de pavoroso cambate que se acerca; y tras de él oíd también cómo resuenan allá cánticos de júbilo y victoria. Pues, sabedlo, esos cantares nos anuncian el triunfo de la Iglesia. ¡Creedme, el sol de la victoria despunta ya esplendoroso en nuestro cielo; y en su tinte de aurora están bañadas las cumbres del Pichincha! Misterios insondables de la divina predilección!—la humilde República ecuatoriana ha sido es-

cogida para anunciar al mundo la alborada del tan deseado como espléndido triunfo! ¡Oh! qué hermoso puesto de gloria tendrá el Ecuador en la era de amor que se levanta, si fiel á su misión providencial tiene siempre gobernantes católicos que le encaminen por el rumbo de la fe, y se empeñen en que no desmienta jamás con los hechos el envidiable título que hasta hoy se ha conquistado de República del Sagrado Corazón!

Uno de los más piadosos, ilustrados y célebres intérpretes del Apocalipsis pinta de esta manera el reinado del Sagrado Corazón, la edad del triunfo que ya principia y que según él está representada bajo el símbolo de la Iglesia de Filadelfia. La sexta edad de la Iglesia, dice, durará hasta la aparición del Antecristo, y será una época de consuelo, porque en ella libertará Dios á la Iglesia Santa de la aflicción y grandes tribulaciones padecidas en la quinta edad. Todas las naciones serán reducidas á la unidad de la fe católica. El sacerdocio florecerá más que nunca, y los hombres buscarán el reino de Dios y su justicia con toda solici tud. El Señor dará á su Iglesia buenos Pastores. Todos vivirán en paz, cada uno en su campo y al abrigo de su vida, y disfrutarán de esta paz como fruto de su sincera reconciliación con Dios. Es tipo de esta edad la sexta época de la historia de los hebreos, que principió con la emancipación del pueblo del cautiverio de Babilonia y la restauración del templo y la ciudad de Jerusalén, y duró hasta la venida de Jesucristo. Porque así como, en esta época fué grandemente consolado el pueblo del Señor, y se estableció la paz universal en el mundo bajo el imperio romano; así también en la sexta edad Dios alegrará á su Iglesia con la más grande prosperidad, y principalmente con la conversión de los Judíos y todos los pueblos á la unidad católica. El estado de aflicción en que al presente se encuentra la Iglesia trocará se de súbito en triunfo y regocijo; pues se obrará un cambio asombroso por la mano del Omnipotente, cambio tal y tan grande que todos se verán obligados á atribuirselo sólo al brazo del Altísimo. Todas las herejías serán relegadas al infierno, el imperio de los Turcos será destruído, y se establecerá la paz universal en el mundo. Grandes santos é ilustres doctores florecerán en la Iglesia. Los hombres amarán el juicio, y la justicia y Satanás será atado por muchos años, hasta que venga el hijo de perdición que le dará soltura de nuevo. Esta sexta edad, en razón de que en ella adquirirá la Iglesia su más cabal desarrollo y cumplida perfección, puede compararse con el sexto día de la creación del mundo, en el que formó Dios al hombre á su semejanza,

y le sometió las criaturas para que fuese dueño y Señor de todas ellas. Así la Iglesia católica en esta edad vendrá á ser verdaderamente la soberana de todos los pueblos y naciones de la tierra. A esta misma edad se refiere también el sexto espíritu del Señor, á saber, espíritu de sabiduría que Dios difundirá en este tiempo en abundancia sobre toda la superficie del globo. Porque los hombres temerán al Señor y lo servirán de todo su corazón. Se multiplicarán las ciencias y serán perfectas. Las santas Escrituras serán entendidas unánimemente sin controversia, ni errores heréticos, y los hombres serán iluminados tanto en las ciencias de la naturaleza como en las del cielo. Este es el tiempo en que se cumplirá á la letra la profecía, de San Juan que dice : “Y será hecho un solo aprisco y un solo pastor;” y también esta otra de San Mateo: “Y será predicado el Evangelio del reino, en testimonio á todas las gentes y entonces vendrá el fin.”

Ved, Señores, lo que será el reinado del Sagrado Corazón en las naciones: el triunfo de la paz, y el establecimiento del amor y la ventura en el mundo. “Reinaré dijo el Salvador á la B. Margarita Maria, yo reinaré á pesar de Satanás y todos mis enemigos.” Este anuncio profético hecho hace doscientos años principia ya á realizarse, y nosotros somos testigos de los inestimables bienes que lleva en sí este reinado. Luego vendrán las naciones unas después de otras á rendir sus homenajes al Rey inmortal de todas ellas. ¡Oh! qué gloria tendrá entonces el Ecuador por haber sido el primero en abrir esta marcha triunfal del ejército de Cristo! ¡Oh! hagamos porque nuestra humilde patria sea siempre fiel á su vocación y lleve muy alto el estandarte del Corazón divino! Pasó ya la noche, creedme... Principia ya á lucir la aurora de un día nuevo, y los primorosos resplandores doran ya las cumbres del Pichincha!

ADORACION Y CONSAGRACION DE TODAS LAS CLASES
SOCIALES AL SANTÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS
SACRAMENTADO.

Después de terminado el precedente discurso, se expuso el Santísimo Sacramento á la adoración de los fieles; y subiendo al púlpito el R. P. Manuel José Proaño, de la Compañía de Jesús, hizo recitar

pausadamente á toda la concurrencia las fórmulas de la consagración de los altos poderes de la República á su divino Patrono. El acto fué conmovedor y sublime: en esos momentos se verificaba la adoración social, en todo el rigor de la palabra. Hé aquí el texto literal de ese acto, que viene á tener una importancia religiosa y aun política, tan importante como la de la primera Consagración de 1873. Los Ilmos. Prelados, el Excmo. Señor Presidente de la República, los altos Magistrados de Justicia, y los demás funcionarios, lo repitieron con voz unísona y un solo corazón.

Venid hoy, Pastores y Pontífices de la casa de Israel, venid á rendir las mitras y cayados al Buen Pastor que conoce sus ovejas y da la vida por ellas; al Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y más excelso que los cielos. Aquí está en medio de nosotros Jesucristo; y mostrándonos el Corazón, consuela á su pueblo con estas palabras: “Yo os daré Pastores conforme á mi Corazón, que os apacienten con mi ciencia y celestial doctrina; y que alma y vida de su grey, la gobiernen con amor y según Dios, con lazos íntimos de suavísima caridad.

Venid hoy, Jefe católico de nuestro nuevo Israel, venid á rendir vasallaje al Rey inmortal de los siglos, á quien únicamente se deben el honor y la gloria. Aquí está en medio de nosotros Cristo, Rey de reyes y Señor de señores: su solio es la eternidad, su reino, el imperio de todos los siglos; su cetro, la omnipotencia; su púrpura, la santidad increada; su diadema, la Hipóstasis del Verbo: aquí descubriéndonos el pecho magnífico, os habla así: “Mi Corazón ama á los caudillos de Israel, hé aquí que yo os he escogido para que seáis el Jefe de mi nuevo pueblo; oidme, pues: Del Señor es el poder que tenéis, vuestra fortaleza y virtud, del Altísimo que examinará vuestras obras, y escudriñará vuestros pensamientos”.

Venid los que juzgáis la tierra del Señor. La justicia engrandece á las naciones: mas ella no ha venido al mundo sino por la fe de Jesucristo. Venid, pues, á contemplar á Cristo: aquí está en medio de nosotros: en su cintura lleva la justicia como cingulo, y descubriendo el Corazón, os dice: Si la vuestra no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Venid también los que dictáis leyes al pueblo del Señor; venid á contemplar los apacibles rayos del único Sol de las Inteligencias, Cristo. Donde El no alumbrá, todo es obscuridad y tinieblas; donde El no inspira, vanas son las leyes de los pueblos. Venid, pues, á contemplar á Cristo: aquí está en medio de nosotros, nuestro Soberano Legislador que nos ha de salvar, y presentando el Corazón os dice: “¡Ay de los que dictan leyes inicuas, y promulgan las injusticias que escribieren en sus asambleas!”

Venid, en fin, vosotros, hijos fieles de la Iglesia, que llamados por la caridad de Cristo y unidos con los lazos del amor, os habéis juntado en nueva asamblea religiosa para promover de todos modos, en la República consagrada á su Divino Corazón, el pacífico imperio de la fe y moral evangélicas, y para dar al mundo solemne testimonio de lealtad y constancia en la práctica profesión del catolicismo: venid á contemplar á Cristo. Aquí se ofrece patente á vuestros ojos, y os dice: “Donde dos ó tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos. . . . Hijos míos, dadme, dadme vuestro corazón para encenderle en el fuego que he venido á poner en la tierra á fin de abrasarle en él para su bien y mi gloria”.

¡Oh Corazón amabilísimo de nuestro único Pontífice, Rey, Juez, Legislador y Padre, abrumados nosotros por el peso inmenso de vuestra gloria y de los singulares beneficios que habéis hecho y hacéis al pueblo ecuatoriano, nos derrocamos hoy en vuestro soberano acatamiento, y reconocemos delante del cielo y de la tierra la plenitud de potestad y social Soberanía que os fué conferida por el Eterno Padre, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre! Os proclamamos nuestro Rey, y nos confosamos para siempre vuestros más fieles vasallos, diciendo en alta voz y de lo más íntimo de nuestra alma:

“Dulcísimo Corazón DE MI JESÚS, Rey de amor y Monarca universal de las naciones, yo, hijo del pueblo que á Tí se ha consagrado, me ofrezco y entrego muy de veras al seno de misericordia que has abierto á mi patria católica. En retorno, conserva en ella nuestra fe, asegura nuestra esperanza, inflama nuestra caridad, defiéndenos de nuestros enemigos, danos la paz y la abundancia en el tiempo y la gloria en la eternidad, y sepa el mundo que es verdaderamente dichoso el pueblo que Tú proteges y amparas. Amén.”

Serían las dos de la tarde cuando se concluyó el

acto de que hemos hablado, y los concurrentes fueron desocupando la nave central de la Iglesia Metropolitana. Pocos minutos después, la llenaban muchísimas señoras y señoritas, en representación escogida de las madres é hijas, de todas las familias de la Capital y la República. El acto de consagración que pronunciaron fué el siguiente:

Venid, padres y madres de familia, venid á regocijaros con el Corazón del Dios de nuestro pueblo. Aquí está en medio de nosotros "el padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo:" (1) aquí nos descubre su pecho amorosísimo, y presentándonos el Corazón, nos dice: "Mios son los cielos de los cielos, mia es la tierra y todo cuanto hay en ella, y sin embargo yo he querido *como* conglutinarme con los padres de mi pueblo, porque los he amado y he escogido su descendencia entre todas las naciones del universo, cual hoy se manifiesta." (2) ; Oh Corazón de JESUS, sagrada fuente de toda paternidad en los cielos y en la tierra! alentados nosotros con tan dulces palabras, encomendamos á vuestro inmediato gobierno y providencia á todos los padres y madres cristianas del pueblo ecuatoriano. Guardad en el seno de nuestras familias la recíproca é inviolable fidelidad de los consortes; sostened el prestigio de una autoridad prudente, caritativa y vigorosa; defended el recato de las madres para que se refleje más hermoso en la pureza sin mancha de las hijas; fomentad la cristiana probidad de los padres para que se renueve más perfecta en la sólida virtud de los hijos; desterrad, en fin, del hogar doméstico el contagio del escándalo, y sustituid en su lugar la eficacia saludable de los santos ejemplos. Os lo pedimos, Corazón clementísimo, con lágrimas en nuestros ojos, interponiendo la poderosa mediación de vuestra dulcísima Madre y Señora nuestra, María Santísima. Tened piedad de tantos padres de familia que están lejos de Vos; y no les imputéis el pecado horrendo que cometen preparando tal vez á vuestro pueblo días de luto y de consternación en los hijos que corrompen con su ejemplo y alentan con su condescendencia.

A las dos y media entraron la multitud de niños de las Escuelas Cristianas; y apiñándose á los

(1) 2. Cor. 1. 3.

(2) Deut. X, v. 14. 15.

pies del Salvador elevaron sus voces inocentes hasta el trono de gracia y misericordia, y pronunciaron el tierno acto de consagración, en nombre de toda la juventud ecuatoriana.

Venid, niños y jóvenes; venid, vírgenes puras, á recrearos en el Corazón del Dios de nuestros padres. Aquí está, en medio de nosotros, el florido Salomón, el "que se apacienta gustoso entre blancos lirios" (1) y azucenas fragantes: aquí descubre su pecho amorosísimo, y presentándonos el Corazón nos dice: "dejad que los pequeñuelos se acerquen á mí." (2)—¡Oh Corazón inocente de un Dios niño, modelo perfectísimo de la infancia y de la juventud! Alentados nosotros con tan dulces palabras, entregamos á vuestro divino magisterio el precioso renuevo de la generación ecuatoriana. Enseñad, Divino Corazón, á nuestros jóvenes y á nuestras vírgenes "el principio de la verdadera sabiduría, el temor santo del Señor;" (3) amparad el pudor y la inocencia de sus primeros años; preservadlos de las seducciones del mundo sensual y corrompido; hacedles llevadero el yugo sagrado de la autoridad paterna; despertad en ellos el amor santo del trabajo; y no permitáis que víctimas de los escándalos que les dan tantos infelices padres de familia, perpetúen en esta vuestra tierra de bendición ese funesto reinado de los vicios que arrebatando al infierno tantas almas, arrastran juntamente las naciones á su última postración y ruina. Os lo pedimos, Corazón clementísimo, con lágrimas en nuestros ojos, interponiendo la eficaz mediación de vuestra dulcísima Madre y Señora nuestra, María Santísima: compadceos de nuestros hijos, y preparad en ellos á vuestro pueblo una generación más venturosa que la nuestra, para que os dé más gloria que nosotros. Amén.

Consagráronse entonces 24 niños como asociados del "Apostolado de la Oración" del tercer grado, con una muy tierna ceremonia y un hermoso diálogo entre el Señor Director y uno de los niños que representaba á los demás. En seguida se agregaron también todos los niños, esto es, más de mil al primer grado de la misma Asociación.

(1) *Cant.* II, 16. (2) *Marc.* X, 14. (3) *Eccli.* I, 10.

Terminado el acto anterior, la guarnición de la Capital, compuesta de un regimiento de artillería, un batallón de infantería y un escuadrón de caballería, con uniforme de parada, y teniendo sus jefes á la cabeza y en el centro el pabellón de la Patria, entraron á la Catedral y en ordenadas filas se mantuvieron de pie, reverentes, delante del único Jefe á quien el ejército ecuatoriano saluda y rinde las armas como á Majestad. El espectáculo era sobremanera hermoso é imponente. Los representantes del honor y la fuerza de la Nación iban ellos también á reconocer el poderío y la suprema soberanía del Dios de los ejércitos, Rey de cielos y tierra: iban á rendir armas y banderas ante el Santísimo Corazón de Jesús, baluarte y escudo de la República ecuatoriana.

Venid hoy los defensores del pueblo de Dios. Dormido está "el León de la tribu de Judá:" (1) guardadle el sueño, y disfrutad en silencio de la paz que os ofrece el suavísimo Corazón del que es su "príncipe." (2) Aquí está en medio de nosotros el "Señor Dios de los ejércitos:" (3) aquí nos descubre el corazón tranquilo, y repartiendo á su pueblo las olivas de la paz, os dice: "Hijos de Israel, no combatáis nunca contra el Señor Dios de vuestros padres, porque eso no os conviene á vosotros, siendo yo el caudillo de vuestro ejército:" (4)—¡Oh Corazón generosísimo del Dios fuerte, ilustrados nosotros con lección tan divina, ofrecemos exclusivamente á vuestra gloria esas armas y banderas que llevan los hijos del pueblo ecuatoriano. No permitáis, Divino Corazón, que nuestros enemigos ensangrienten injustamente las primeras, ni rasguen ni pisoteen con nuestro oprobio las segundas. Dadnos la paz; y si castigáis nuestras culpas con la guerra, coronad al menos nuestra fe con la victoria. "Y pues ésta no depende de la multitud ó pericia de los ejércitos, sino de la fortaleza que viene de lo alto;" (5) dad á nuestros soldados el aliento necesario, cuando deban defender vuestra gloria; velad por su moralidad y subordi-

[1] *Apoc.* v, 5. (2) *Isai.* ix, 6.

(3) 1. *Reg.* xv, 2. (4) 2. *Par.* xiiii, 12.

(5) 1. *Mac.* iii, 19.

nación á sus piadosos jefes; ilustrad su fe y robusteced sus corazones, para que nunca hagan traición á la causa de la religión y justicia; extinguid, en fin, el ardor de las pasiones que pudiera afeminarlos, y fomentad las austeras virtudes que los hagan respetables á vuestros enemigos. Os lo pedimos, Corazón fortísimo de JESÚS, con ardientes suspiros, interponiendo la eficaz mediación de vuestra dulcísima Madre y Señora nuestra, Maria Santísima: compadeccos de nuestra debilidad, y seáis Vos el escudo de nuestra fortaleza y la corona de nuestras victorias.

Después de los que derraman su sangre en defensa de la Patria, debían venir los que la hacen próspera y rica con el sudor de su frente. Las principales cofradías de artesanos y otros muchos de los diferentes gremios, concurrieron á las tres de la tarde, y recitaron la siguiente oración:

Venid los que ganáis el pan con el sudor de vuestra frente, venid á descansar en el Corazón del Dios de nuestro pueblo. Aquí está en medio de nosotros JESÚS, “el Pobre y el Humilde que se ejercitó en la fatiga y el trabajo desde su juventud:” (1) aquí abre su pecho compasivo, y presentándonos el Corazón, nos dice: “Venid á mí los que trabajáis y gemís, que yo os aliviaré” (2)—¡Oh Corazón humildísimo de nuestro buen JESÚS, alentados nosotros con tan dulces palabras entregamos á vuestra divina protección todos los gremios de artesanos y trabajadores del Ecuador católico. Y pues ellos levantan con sus manos vuestros templos y adornan con primor vuestros altares; al mismo tiempo que contentos con su suerte satisfacen á las demás necesidades de sus hermanos: conservad en esta porción humilde de vuestro pueblo la sencillez y firmeza de la fe, el ardor y ternura de la devoción, desterrad el ocio, extirpad la embriaguez, depurad sus costumbres “y admitidlos á esa familiaridad estúpida con que soléis tratar á los sencillos de espíritu!” (3) Os lo pedimos, Corazón humildísimo de JESÚS, muy encarecidamente, interponiendo la eficaz mediación de vuestra dulcísima Madre y Señora nuestra, Maria Santísima. Bendecidlos mil veces, y sea esta porción de vuestro pueblo el más firme apoyo de nuestro catolicismo; ya que los sabios y poderosos del mundo se atreven con negra ingratitud á em-

[1] Ps. LXXXVII, 16. (2) Matt. XI, 28. (3) Prov. III, 32.

plear su fuerza y ciencia contra Vos y vuestra Iglesia. Pero. Vos habéis de abatir su poder con nuestra debilidad, y confundir su vana ciencia con la locura de la Cruz.

En todos estos actos, además de las plegarias especiales se repitió la fórmula general de consagración. Siguió expuesto el Santísimo hasta el anochecer, siendo visitado por innumerable gentío de todas las clases sociales. Antes de darse la solemne bendición con la que se clausuró este hermosísimo día, pronunció un tierno y adecuado Panegírico el Ilmo. Señor Obispo de Ibarra, Dr. D. Pedro Rafael González y Calisto.

PANEGIRICO

DEL SANTISIMO CORAZON DE JESUS,

pronunciado por el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo
de Ibarra.

*Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa,
vulnerasti cor meum. CANT IV, 9.*

Llagaste mi corazón, hermana mía, Es-
posa, llagaste mi corazón.

Señores:

No hay sentimiento más noble, más generoso, más enérgico y á la vez más universal que el que nos inspira el suelo que nos vió nacer. Sagrado es el amor de la Patria, dulcísimo su nombre y reverenciado desde los siglos más lejanos. El es el astro benéfico de la sociedad, la fuente inagotable de la prosperidad de las naciones, la gloria de la familia humana. Ningún hombre pensador y religioso puede ignorar, que si nuestros primeros pensamientos, deseos, suspiros y afectos deben dirigirse á la Patria celestial, no es sin embargo indigna de nuestras solicitudes y de nuestro interés la Patria que Dios nos ha asignado sobre la tierra. Y puesto que el

hogar en que hemos nacido, es el manantial de los bienes de que gozamos, es claro que comprende todo el afecto que uno experimenta hacia sí mismo, hacia los parientes y amigos, en una palabra todo lo que se relaciona con nuestro propio interés.

Entre los innumerables bienes que debo á mi Patria amada, el principalísimo y de preferencia á todos es el de la Religión que me ha dado; y ved cómo desaparecerá vuestra sorpresa al oír en un discurso como el presente, que mi primera palabra sea dedicada á la Patria terrena. Es, Señores, que hay un anillo de unión entre la Patria de la fe y la presente, entre la de la eternidad y la del tiempo, entre la del cielo y la de la tierra, y éste es Jesucristo "que fué ayer, que es hoy y que será por los siglos de los siglos." Jesús cuando estuvo en el mundo nos dió un ejemplo elocuente de amor patrio, cuando derramó lágrimas sobre la ingrata Jerusalén, y lo selló con su muerte; y el mismo Jesús derramó hasta la última gota de su sangre y sacrificó su vida para darnos con ese precio una Patria que durará tanto como El, como es la del cielo.

Congregados hoy en este templo los altos poderes de la Iglesia y de la sociedad civil, el Gobierno y el pueblo, pregunto: ¿qué es lo que nos proponemos en esta augusta reunión? Ah! es el venerar, honrar y adorar al Fundador de nuestra Religión; al Protector y Patrono de esta República, cuya imagen está en ese altar, al Santísimo Corazón de Jesús, Bienhechor de esta Nación que se le ha consagrado, y que, como un testimonio de esa consagración, hoy le tributa el homenaje de su culto, de su reconocimiento y de su amor! Día, por tanto, grande para el Ecuador, en el cual debemos alegrarnos y regocijarnos por ser el día hecho por el Señor para que le agradezcamos y honremos *haec est dies quam fecit Dominus, exultemus et laetemur in ea*. Día de fiesta nacional para esta República, día en que la Iglesia y la Patria, formando un solo coro entonan: *haec est dies quam fecit Dominus, exultemus et laetemur in ea*.

¡Oh Esposa inmaculada del Redentor! ¡oh Madre augusta de aquel gran pueblo que forma su más rica herencia! oh santísima Iglesia siempre combatida y siempre vencedora! Vos llenasteis la inmensa capacidad de aquel Corazón, á Vos abrasó con preferencia su incendio, y en Vos se concentraron todos sus sentimientos y afectos: *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum*. Señores: creo que no puedo ocuparme de una materia más noble y grandiosa que ésta, especialmente en las circunstancias tan lamentables en que nos hallamos, al ver tan perseguida á es-

ta Iglesia en su cabeza visible. Supuesto que la misteriosa alusión de estas sagradas palabras nos enseña que la idea del Corazón de Jesús no puede jamás separarse de la idea de su amada Esposa: hé aquí pues, oyentes míos, mi plan: "la Iglesia esposa de Jesucristo, calumniada y perseguida vulneró su amante Corazón con una herida de profundo dolor: la Iglesia triunfante y gloriosa vulneró su Corazón con una herida de inefable amor." *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum.*

Madre del Sagrado Corazón, interceded por mí.—**AVE MARÍA.**

Las épocas del dolor y del amor que con absoluto dominio reinaron en el Sagrado Corazón de Jesús, no están definidas por circunstancias especiales de acontecimientos pasajeros ó de hechos aislados, sino que comprenden toda la vida del divino Redentor. ¿Cómo, pues, encerraré en el prescrito término todos los hechos de un Corazón, por tan larga serie de años afligido y amante? ¿Cómo contaré sus impresiones, ansias y movimientos? Seguiré el ingenioso artificio de aquellos mecánicos que reúnen en un solo punto todas las presiones y las fuerzas, ampliamente esparcidas por los puntos infinitos de un cuerpo, y buscaré en la vida de Jesucristo un momento de reunión que abrace todos los momentos. Yo me encamino con El al Huerto de los Olivos, y con El me detengo en el solitario Getsemani: allí se turbó la tranquila majestad de su semblante, allí palidicieron sus encarnadas mejillas, allí su agonizante alma impetró del Cielo un auxilio que en El produjo impresiones de alegría y amor. Señores: ó yo me engaño, ó precisamente éste es el momento más propio para penetrar en aquel Corazón y para calcular si posible fuera sus crueles angustias y sus transportes amorosos.

Postrado estaba allá sobre el desnudo suelo el Divino Redentor, y obediente aceptaba la ley de muerte impuesta por su Padre, esperando de ese modo que la Iglesia surgiría un tiempo bella, radiante é impeccedera. Mas ¿qué novedad es esa que pasa en su amable Corazón, cuando dirigiendo una mirada profética á los siglos venideros, distinguió á su Esposa desgarrada y despedazada con tantas heridas causadas desapiadadamente por más de cien enemigos, ya domésticos, ya extraños? ¡Ah malhadada Siór! tú eres la primera que levantarás el estandarte de una guerra desoladora, y no contenta de haber herido al Pastor, seguirás sangrienta á devorar la Grey. Hé aquí, Señores, donde tuvieron origen en el Adorable Corazón de Jesús sus doloro-

sas heridas. La pérfida é hipócrita Sinagoga esperaba un Mesías carnal y ávido de mandar, que en nombre de la ultrajada Jerusalén, recorriera la tierra, domase á todos los pueblos, sujetase á todas las naciones bajo su yugo, vengase la esclavitud de la patria y la enriqueciese con los despojos y tributos del universo. ¿Hubría ella sufrido un Evangelio que intimaba la renuncia de las grandezas humanas, la inaudita humildad de la cruz, el perdón magnánimo de las ofensas? La vió el Redentor ebria de indignación y trémula de envidia lanzarse cual feroz asesino sobre los castos miembros de su amada y mansa Paloma, clavar el puñal en su pecho, y emplear el fraude y la fuerza para ahogarla en su cuna; vió á Esteban bajo una tempestad de piedras, á Pedro en los horrores de una prisión, á Pablo llagado por los azotes, á Santiago precipitado del templo, al padre traicionado por los hijos, al hermano consignado á muerte por la hermana, multiplicados los tribunales, los presidentes inicualemente corrompidos, y á la Iglesia atemorizada errar doliente y perseguida por la Samaria, Bitinia, Capadocia y Asia.

Lleno de dolor vió también llover sobre su Esposa mil rayos lanzados desde la cima del Capitolio, que en defensa de sus fiestas profanas, de sus bárbaros juegos, de sus deidades prostituidas, mandaba edictos sanguinarios del un extremo al otro del mundo, verdugos desnaturalizados, ejércitos de asesinos, mientras Roma, la Babilonia del paganismo, preparaba ocultamente cadenas, ecúleos, fuego, hierro y fieras.

No hay desgracia imaginada, no hay peligro próximo, no hay conflicto de los fenómenos naturales ó de sucesos imprevistos que no se atribuya al naciente cristianismo. ¿Enmudecieron los grandes oráculos de Dodona y Delfos?—los irritó el impuro culto de los adoradores de Cristo. ¿Partieron del Setentrión los Vándalos á conmover el imperio eterno de Roma?—fueron llamados por los cristianos quienes usaron para el efecto de sus impías y nocturnas abominaciones. ¿Faltaron los augurios? ¿tembló la tierra sobre sus bases? perecieron en la guerra las legiones romanas?—todo fué culpa de la superstición cristiana. Se regocijan al oír estas voces los tiranos del universo y acumulan sus delitos sobre la inocente Iglesia de Dios: las furias del infierno agitan al desesperado Nerón, al brutal Domiciano, al bárbaro Decio, al misántropo Diocleciano, todos, todos derraman á torrentes la sangre cristiana. ¿Quién de vosotros calcula, oyentes míos, el estado deplorable del Corazón de Jesús, que se halla herido y despedazado con tan punzantes espinas á la vista de tan espantoso espectáculo? Los pocos cristianos que quedaron, como restos de los suplicios y tormentos des-

aparecieron de la vista del implacable perseguidor, los unos encontraron más mansas las fieras del África, y más hospitalarias las cuevas del Egipto; los otros prefirieron más bien sepultarse vivos en las entrañas de la tierra, y cambiaron gustosos la amada luz del sol con las funestas noches de las catacumbas y de los sepulcros. ¡Oh compasión! oh amargura incomprensible de aquel Corazón!

Sin embargo no es éste el aspecto más lamentable de sus tormentos. Que el judío pertinaz se atreva á calumniar la inocencia, que el incrédulo gentil grite á las armas contra la virtud irreprochable, es malicia, barbarie, pero se comprende: pero que los hijos de una madre amorosa, más desnaturalizados que los tigres y las panteras, despedacen el dulce y benévolo seno, donde obtuvieron vida y salud, éste sí que es un misterio de iniquidad, que pone el colmo á los sufrimientos del Corazón acongojado del Redentor. Mira nacer poco á poco en el sereno horizonte de su Iglesia la negra nube del fanatismo, que dilatándose al rededor y oscureciendo toda la hermosa faz del cristianismo engendra un espíritu destructor, cuyos sistemas caprichosos cubren de zizania sus felices campiñas: hé ahí la estúpida ignorancia que desprecia el sagrado rayo de las censuras; hé ahí la torpe avaricia que vende ó compra las sucesiones eclesiásticas; hé ahí la ciega venganza que destroniza á los reinantes y envuelve á los pueblos en la anarquía, hé ahí—¡qué desgraciada confusión!—hé ahí el delito premiado, el vicio autorizado, el libertinaje triunfante, la disciplina eclesiástica aniquilada, el cristianismo combatido en todo y por todas partes.

Más todavía: á los ojos del Divino Corazón se presentó un mortal y contagioso veneno que, difundiéndose lentamente por los abatidos miembros de su Esposa, hacia casi bambolear los fundamentos del edificio divino. ¡Ay demasiado cruel es este exterminio! Ve pulular por todas partes la audaz herejía, con ella hace liga el cisma soberbio, entra á formar parte de la conspiración el fanático promulgador del Alcorán; ve en los últimos días del mundo el formidable antecristo: todos los que dando rienda suelta á las opiniones, á los sofismas, á las violencias, sacuden con furor infernal el Oriente y el Setentrion, y lo desprenden casi todo del cuerpo místico de Jesucristo. Grecia, Rusia, Alemania, Inglaterra, ¡ah vosotras habéis roto el sagrado lazo que os unía al Vaticano! Lloro la desconsolada Raquel á sus perdidos hijos, y sus desgarradores gritos van á repercutirse en el fondo del Corazón de Jesús. ¡Ah afligido Corazón! la amarga hez de este cáliz le hiela, y es tal su congoja y dolor que se

siente triste, abatido, desolado, casi exánime. La preciosa sangre que brota de los poros de su cuerpo, y esa prolija agonía en que se halla, nos descubren lo que le costó la contemplación de las persecuciones de su Esposa la Iglesia y la herida de profundo dolor que vulneró su corazón. *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum.*

Pero, Señores, dejemos este cuadro desgarrador, mudemos de escena. Vamos á considerar la herida de amor que abrió en el Corazón de Jesús la contemplación de los triunfos y glorias de la Iglesia. Después que el Salvador fué confortado en su agonía por el Angel que su Padre le enviara, dejó de ver la faz dolorosa de su Iglesia y fijó sus miradas en su faz gloriosa y triunfante. Abarcó con su mirada infinita toda la historia de su amada Esposa, y vió de una vez sus combates, sus triunfos, su esplendor, su grandeza y sus glorias. Con la frente radiosa y el Corazón palpitante de ternura y alegría: "Sí, se diría, á sí mismo, si habrá tempestades, pero mi nave no perecerá; suspirará mi Esposa, pero sus suspiros se convertirán en exhalaciones de contento; se derramará de las fauces del infierno la oscura niebla de la seducción y del error, pero Lucifer no prevalecerá, pero la ciudad de Dios fundada sobre el monte santo verá disiparse á sus pies la furia de los vientos y el estrépito de las borrascas. Valor, valor, amada Esposa, tus enemigos morderán la tierra, yo los hollaré como á vil é inmundo polvo. Yo los despedazaré como á vasos de arena: el fuego, el hierro, el hambre, la desnudez, la peste temible, ante mi trono acelerarán el día de la venganza y á la primera señal se destruirá la ingrata Jerusalén, espirará entre sus ruinas la inicua y criminal ciudad; el abismo dilatando sus fauces devorará juntamente á todos los tiranos, á los infames herejes, á los rebeldes filósofos, á los pérfidos apóstatas, á todos los impostores y á todo aquel que te habrá recusado por Soberana y Madre."

Con la contemplación de un cuadro tan consolador como éste, se llenaba de valor el dulcísimo Corazón de Jesús, y y llamas de intenso amor le abrasaban é inflamaban. Luego ansioso de inmolarse por su Esposa, dirigiéndose á ella así le diría: "La hora está ya próxima, corro á sacrificarme por tí, ya está tejida en medio de las estrellas la vestidura de tu gloria: pero en el viaje que tienes aun que hacer Yo no te dejaré sin guía: toma, éste es mi Evangelio, ley para toda edad, para todo estado, para todo clima; en él restableciéndose en su primer esplendor la ley eterna de la naturaleza con la ley de la gracia muestra á tus hijos el premio que

se está reservado si son fieles á tí, y el castigo que les aguarda si se apartan de tí. Ni aquí terminan los dones: observa mi Corazón, que será abierto y traspasado sacrílegamente por una cruel lanza: ¡qué herida tan saludable para tí! verás correr de ella siete fuentes perennes de gracia, encontrarás en la una el germen de una nueva vida, en la otra el sentimiento de un nuevo vigor. en ésta un remedio eficaz para tus males, en aquélla un aliento misterioso para apagar tu hambre; encontrarás las armas poderosas que te salvarán del enemigo, la jerarquía legítima que te conservará el precioso misterio de la unidad, la riquísima mina de hijos innumerables que con el trascurso de los años y de los siglos te asegure la amplitud y perpetuidad de tus triunfos y homenajes. En tí se cumplirán las remotas esperanzas de Abraham y de Jacob, en tí las sombras mosaicas adquirirán el carácter de realidad. Yo seré tu Sacerdote y tu Víctima; y con este único sacrificio más grato á mi Padre que todos los antiguos sacrificios, sostendré perseverante al justo, y derramaré sobre el culpable el perdón y la gracia. ¿Descas más? Contempla el cielo y mira al Espíritu Santo que con las alas ya extendidas espera mi Ascensión para volar benéfico á tu seno; desde ese momento nuevos afectos, nuevos pensamientos y nuevas empresas; la tierra atónita por la variedad de los portentos, por la rapidez de las conquistas, y por el magnánimo desprecio de los peligros y de la muerte, dirá que la Omnipotencia está en tu mano, que eres una institución divina; y en esto dirá la verdad, porque Yo te prometo estar contigo hasta el fin de los siglos.”

En vano, Señores, se buscará al Corazón de Jesús dentro de sí mismo: el éxtasis de su amor le ha arrebatado hacia aquella, cuyas bellezas inmortales forman la obra más pomposa de sus divinas manos, y el esfuerzo admirable de su poder. Todo redundaba en ella en su mayor atractivo: si compara á la Sinagoga rechazada con su nueva Esposa, en ésta ve gratitud y fidelidad, en aquélla ingratitude y perfidia, y esta diferencia añade nuevas llamas al vasto incendio de su corazón. ¡Un puñado de hombres vuela del Jordán al Tiber para adquirirle adoradores! El niño pobre, la delicada virgen, no ceden á las lisonjas, resisten intrépidos á las amenazas, y con su sangre conquistan las triunfantes palmas de su invicta fe! ¡Qué glorias para ese Corazón cuando ve á los grandes confundirse al solo oír su palabra, á los sabios rendirse humildemente á su ley y á los Césares gloriarse de su Cruz! ¡Qué gloria y qué contento, mirar á su Iglesia que llegando á su robusta adolescencia, ordena sus rites, levanta sus altares, y sobre los restos de los simulacros

paganos establece la Majestad de la Religión y el culto público del verdadero Dios! ¡Qué dulce embeleso al contemplarla cuando registra en doctos volúmenes sus gloriosas tradiciones, ó cuando las promulga en concilios ecuménicos y fulmina anatemas contra los que no reciben sus decisiones, corrige abusos y guarda intacto el depósito de su doctrina! Y vosotras, soledades santificadas, concurrísteis á multiplicar las llamas en el amante Corazón de Jesús: en vosotras fijó plácido y contento sus celestiales miradas y en vosotras descubrió la porción escogida de su grey. ¿Pero dónde no penetró la mirada de ese Corazón? Aun los pueblos más salvajes, aun los ciegos gentiles, los obstinados judíos tuvieron parte en su Corazón; consideró las fatigas incansables de su Iglesia para sacarlos de las tinieblas de la muerte y alumbrarlos con la verdadera luz, contó las peregrinaciones apostólicas de uno y otro hemisferio. ¡Tú también ó venturosa! Quito estuviste presente á ese penetrante Corazón, vió á Mariana y se recreó con la fragancia de esta celestial Azucena que iba á brotar tu suelo y con el aroma de otras tantas que de día y de noche habían do presentar sus puros corazones! Vió á los dos mundos reunidos con un solo vínculo que fué el de su Corazón, con la profesión de una sola fe, bajo un solo Pastor y formando un solo rebaño; y arrebatado de un ímpetu victorioso de amor: Ah! ven, exclamó, ven dulce Esposa mía, ven á coronarte en el cielo; tu milicia está terminada, es tiempo que comiencen tus triunfos y tus glorias inmortales!

Volviendo de ese arrebatamiento amoroso, deja de repente el Getsemaní, sale al encuentro del traidor que le busca, sube al monte de la mirra y cumple aquel estupendo sacrificio que colmó la infinita medida del acerbísimo dolor y del inextinguible amor que habían atravesado su Deseo Corazón como dos punzantes dardos.

¡Oh Dulcísimo y Amabilísimo Corazón de Jesús! imprime en nuestros corazones la llaga de vuestro dolor y de vuestro amor; la de vuestro dolor para sufrir con Vos todos los males y pesares que afligen á vuestra Esposa y Madre nuestra la Iglesia Católica; la de vuestro amor para alegrarnos con Vos de todos los motivos de contento que recibe esa misma Iglesia; la de vuestro dolor para llorar con Vos todas las injurias y afrentas que hoy causan hijos sacrílegos y desnaturalizados á la cabeza de esa misma Iglesia que es vuestro Vicario; la de vuestro amor para bendeciros por habernos concedido que seamos ciudadanos de una Nación que hasta hoy no ha reconocido por Madre más que á la Iglesia que nos habéis dado por tal.

¡Ecuador! Ecuador!... Amada Patria mía, tú has sido la excepción honrosa del mundo; tú, más que en la fertilidad de tu suelo, la suavidad de tu clima primavera perpetua, la belleza de tus campiñas y de tantos privilegios y dotes con que te ha colmado Dios, te glorias de la fe que tienes, de la religión que profesas, y de hallar tus delicias en la cruz del Crucificado. Ecuador bendito! si por tu posición topográfica eres el punto más elevado del globo hasta parecer que tocas con el cielo, por tu fe eres como el pedestal del trono que ha formado la Divinidad para que se le rinda el culto de adoración y amor que se le debe tributar.

Hace, Señores, doce años que en este mismo templo metropolitano el día 25 de marzo de 1874 me cupo el alto honor de ocupar esta misma cátedra sagrada con motivo de la consagración oficial que hizo esta República al Santísimo Corazón de Jesús; entonces el dignísimo Arzobispo que en el año anterior, en el Concilio Provincial, la había consagrado al Corazón Divino de Jesucristo, en ese altar inmolaba la Víctima ofreciéndole los corazones de los ecuatorianos: el Magistrado católico que había, junto con el Congreso de 73, secundado los deseos del Concilio, allí estaba colocado, con su banda presidencial, representando la fe del pueblo á quien gobernaba. ¿Dónde están ese Pontífice angusto y ese ardiente Jefe, defensor de la fe? ¡Ah! perdonadme, Señores, que en un día de regocijo como éste venga á traerlos recuerdos tristes y funestos; el Pontífice en esa misma ara santa con el vino de bendición encontró el tósigo que le quitara su vida mortal; el Magistrado inmolado junto á esa misma ara exhaló su último suspiro, inmolado por la cuchilla del asesino, y ambos sacrificaron su vida por llevar á cabo lo que prometieron al Corazón de Jesús, sostener los derechos de la Esposa de Cristo y conquistarle corazones que le confesaran y amaran. Mal me he expresado en llamar recuerdos funestos; la Iglesia Católica cuando conmemora la desaparición de sus hijos mártires de la vida presente, si es verdad que manda vistar sus ministros los paramentos del color rojo de la sangre que derramaron, llama esa muerte preciosa y gloriosa ante la presencia de Dios, *pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum Ejus*. El Ilmo. Señor Dr. José Ignacio Checa y el Excmo. Sr. Gabriel García Moreno mártires son de la fe, frutos opimos de haberse consagrado al Corazón de Jesús, y hoy sin equivocarme pudiera deciros que unidos á la gloriosa Azucena de Quito que se sacrificó por su país, piden á ese mismo Corazón por la felicidad de su patria; y como según la inmortal expresión de Tertuliano, *sanguis martyrum, semen christianorum est*; deduzco que

esa sangre ha sido tan fecunda que ha conseguido de Dios Nuestro Señor que la llama del amor al Corazón de Dios prenda en tantos corazones que abrasados con sus incendios están prontos á inmolarse por amor de El si fuere necesario.

¡Oh Dulcísimo y Amabilísimo Corazón de Jesús! apiadados y compadeceos del pueblo que á Vos se ha consagrado! Hoy, día de vuestros triunfos y glorias, bendecid á los que á Vos os invocan como á su Rey y Soberano Dueño; bendecid á este Congreso que llevando el nombre del misterio de vuestro amor ha hecho confesión pública y solemne de reconocer como á su Monarca, comprometiéndose á dilatar vuestro reinado ganando corazones para Vos. Bendecid al Pontífice que heredero del nombre del Predecesor glorioso que le precedió y del celo por la gloria de Jesucristo ha sido el autor y fundador de este Congreso Eucarístico que tanto contribuirá á la mayor santificación y salvación de las almas. Bendecid igualmente al Jefe del Estado, preservándole de los ataques de la demagogia y formando de él el apoyo de la Iglesia ecuatoriana. Bendecid también á este pueblo eminentemente católico que, en las manifestaciones que ha hecho en vuestro Centenario, os hizo el acto solemne de su consagración y desagravio, y dió á conocer que éste es por excelencia el pueblo del Corazón de Jesús. Bendecid por último á la República entera que se llama vuestra, y así como del Rey de los astros que está colocado en nuestro escudo nacional nos vienen los rayos de luz, para alumbrarnos, calentarnos y vivificarnos, así de vuestro Corazón, verdadero Sol de Justicia, desciendan esos rayos de luz que alumbren nuestros pasos por el sendero de la virtud, abrasen nuestros corazones con los incendios de la Caridad y nos den la vida de la gracia, para que después de haberos amado en esta patria terrestre, os gocemos en la Patria celestial, por los siglos de los siglos. Amén.

ALBORADA DE JUNIO.

(Para mi hijita Rosa Margarita).

Oh! no fué sueño, no: jamás he visto
Tan hermoso y tranquilo amanecer;
Qué suave resplandor, qué luz tan pura
Irradiaba en su Oriente el patrio Edén!

Sobre la blanca frente de la aurora
Titilaba la estrella del amor;
Absorta el alma en largo arrobamiento,
Tras áureo rayo columbraba el sol.

Su borde gigantesco el horizonte
Dibujaba en el cielo con la luz;
Reverberar la nubes parecían
Ante un globo de llama en el azul.

Con qué inefable, misterioso encanto
Miraba yo al Oriente ó al cenit!
Al fin, hendido en lo alto el velo de oro,
Abierto el cielo contemplar creí.

Oh! cuánto ví, Dios mío! Si fué sueño,
Sueño fué con los ángeles de Dios;
Tal vez en mi alma la inmortal ventura.
Posó un instante con su inmenso amor!

De rosada neblina excelso templo
Suspendo en el azul ví relumbrar;
Ante sus puertas como novia y reina
Ví peregrina angélica beldad.

Crespo arrebol ante ella semejava
Del pueblo fiel la densa multitud;
Eran su corte alados paraniños;
Su velo blanco, de apacible luz.

Célica mano coronó su frente

Con diadema de incógnito valor ;
Y al sonreír, la iluminó el esposo,
Que era Amor y Hermosura . . . que era Dios !

“En vez de anillo,” dijo, “amada mía,
Su propio corazón te da Jesús ;
Pues qué otra prenda en cambio dar podría
El mismo Dios si el corazón das tú ?”

Y le tendió la diestra en que lucía
Cual rubia estrella incomparable dón,—
Rosa que alumbra el matinal rocío,
Racimo de Engaddí que dora el sol.

Los cielos y la tierra se alegraron ;
Qué rumores, qué cánticos oí !

“Las bodas de su Rey,” un angel canta,
“Celebre el reino del amor sin fin !”

“Baje el cielo á la tierra,” otro angel canta,
Que el Libano á la amada reinar ve :
Encima de los Andes tiene imperio ;
Por imperio, jardines á sus piés.”

“Y juntos dos que imperan,” dice el coro,
Ambos reinos un reino formarán ;
Y las flores del cielo en sus coronas
Con flores de la tierra han de enlazar.”

“Ah ! quién es la dichosa,” yo decía,
“Que halló gracia á los ojos de su Dios ?”—
“Tu Patria,” dijo el angel de mi guarda ;
Y ví escrito en estrellas—ECUADOR.

Un torrente de lágrimas el alma
Vertió en deliquio que explicar no sé ;
Y ofuscadas mis húmedas pupilas,
Me dormí con el sueño del Edén . . .

Oh ! no fué sueño, no : jamás he visto
Lamos más bellos de la luz sin sol,
Tan profundo y abierto el claro cielo,
Tan hermosa y dulcísima visión ! . . .

Vuelvo en mí ; miro en torno : llega el día ;
La nevada montaña lumbre da ;

Se encrespa alegre y con las perlas juega
En las riberas de la Patria el mar.

La cascada en la verde cordillera
Relampaguea con la luz del sol,
Envolviendo en sus linfas diamantinas
Granos de oro en luciente borbotón

Oh! quién no siente cual se abraza el alma
Ante la luz del rostro del Señor?

¡ Si él sólo quiere que le llame el labio
Con el nombre sin par del corazón!

Yo le he visto venir! Al gran Pichincha
Entre sus nuevas flores pide altar;
Y cual la nieve al sol, hermosa, entre ellas,
La Basílica santa brillará.

Ya miro el dombo que al cenit se encumbra;
En la noche, la nave es cielo azul;
Y el sol naciente en los pilares de oro
Incendios finge en peregrina luz.

Allí tendrá su bendición postrera
El consorcio de amor y ardiente fe
Que celebrado por su bien tenía
La amada Patria con su dueño fiel.

Y el Señor le dirá: "si no es tu ofrenda
El regio templo que Salem alzó,
Mi corazón tu corazón prefiere;
Que tal joya envidiara Salomón."

Quito, junio, 1836.

ADOLFO GÓMEZ.

AL SAGRADO
CORAZÓN DE JESUS.

(Traducido de Ceresola).

SONETO.

Alma mía, tu Dios, eterno amante,
Por fiera lanza el Corazón partido,
Te ofrece en él á tu reposo un nido:
¡ Al nido, al nido, tortolilla errante !

Del mundo en la borrasca rebramante
Te abre de salvación puerto escondido
En ese dulce Corazón herido:
¡ Al puerto, al puerto, oh nave zozobranante !

Abrió á tu sed inextinguible fuente
De Jesús en el pecho lanza impía:
¡ Sedienta cervatilla, á la corriente !

Tu fuente, y puerto, y nido te revelo
De Cristo en el Costado, oh alma mía:
Conque ¡ adónde te vas ?—¡ Al cielo ! al cielo !

Latacunga, julio de 1886.

JUAN ABEL ECHEVERRÍA.

APOSTOLADO DE LA ORACION.

Intencion general para el mes de agosto,

DESIGNADA POR EL EMMO. CARDENAL PREFECTO DE LA
PROPAGANDA Y BENDECIDA POR LA SANTIDAD DE LEON XIII.

LAS VICTIMAS DE LA FRANCMASONERIA.

Iba recorriendo un día el divino Maestro las ciudades y aldeas, “predicando el Evangelio del reino de los cielos y curando toda dolencia y toda enfermedad,” y al ver esa multitud de desgraciados su corazón se compadecía entrañablemente de ellos, “porque estaban mal parados, y tendidos aqui y allá como ovejas sin pastor.” *Vexati et jacentes sicut oves non habentes pastorem* (Matt. IX, 36.)

Tal es en nuestros días aún, no hay que dudarlo, el primer sentimiento del Corazón de JESUS, cuando se digna inclinar al mundo sus miradas de misericordiosa compasión. No porque falten hoy absolutamente pastores para las turbas; sino porque éstas, cual ovejas aventureras seducidas por lobos disfrazados con hipócrita vellón, se dispersan al acaso, errantes y perdidas—*sicut ovis quae periit*—cuando no van á dar de lleno bajo sus voraces dientes. *Lupus rapit et dispergit oves.* (Joan. X, 12.)

¿A quién corre, pues, más que á los discípulos y apóstoles del Corazón de JESUS el penetrarse aquí de los sentimientos de este divino Corazón y el revestirse de las entrañas de su misericordia? *Induite nos ergo... viscera misericordiae.* (Col. III, 12.) Vamos á decirlo con qué condiciones.

Pero ante todo debemos echar una mirada colectiva sobre la extensión del mal, no sin distinguir en seguida las diversas clases de almas que son sus víctimas.

I

¿Cuál es, en efecto, el espectáculo que nos presenta hoy el mundo por razón misma de lo que León XIII llama “el

inmenso esfuerzo de los fautores del mal ligados" á impulsos de una secta maldita? Los testimonios abundan en tal materia. Por esto queremos, ante todo, dejarles la palabra: tiene peso y autoridad.

"Desde luego ¿á quién vemos al frente de los consejos de las naciones, desde que la Masonería se ha apoderado de ellas? Todos los derechos hollados; todas las convenciones internacionales desgarradas; los límites entre los Estados destruidos por la fuerza y la astucia; los débiles engañados, ultrajosamente insultados, anexados, oprimidos por toda clase de tiranías; las leyes fundamentales de los pueblos violadas, abolidas, su religión y conciencia, sus sacerdotes y escuelas, y sus más legítimas libertades impedidas, perseguidas, aniquiladas; no más autoridad que la fuerza; ni más móvil que el interés ó la pasión; ni más regla que la mentira; por doquiera, discordias civiles, matanzas, revoluciones envueltas en sangre y lodo, crímenes de toda especie, vicios é inmoralidades de todo linaje, anarquía de los espíritus y de los corazones, bazar universal en que todo se vende y se compra. Contémplese el conjunto de los pueblos desde hace un siglo, siglo masónico por excelcencia, ¿se ve por ventura dominar otra cosa?" (1)

Por haber sido escritas, veinte ó treinta años ha, ¿han perdido acaso estas líneas algo de su dolorosa actualidad? Y lo que nos vemos condenados á presenciar ó á padecer en este momento, ¿no justifica acaso la acusación levantada por León XIII, cuando achaca á los Sectarios el "no dejar intacto ó entero nada de lo que sabiamente han establecido las leyes divinas y humanas para la seguridad y honor de la vida?"

Si se exigen testimonios de otro color, citaremos uno que, por supuesto, tiene su importancia. Es del protestante Eckert.

"¿Ha ganado algo por ventura la moralidad del pueblo con la Masonería? Antiguamente el pueblo poseía menos conocimientos científicos; pero en desquite se distinguía por la probidad y las buenas costumbres; se complacía en su hogar, se apiadaba del pobre, era fiel, leal, se contentaba con lo que le había deparado en suerte la Providencia; en una palabra, vivía conforme á los mandamientos de DIOS, en quien creía. Hoy se halla lleno de temeraria presunción; tiene sed de goces prohibidos; no tiene fe ni en DIOS, ni en sus santos mandamientos, ni en las recompensas del bueno,

(1) *Las sociedades secretas y la socialdad*, t. I, pág. 173.

ni en los castigos del malo; mira como licito cuanto le parece ventajoso, cuanto excita su codicia. Es, por consiguiente, codicioso, ambicioso, sensual. . . .

“La raíz primera de estos males es la Francmasonería, cuyas doctrinas, con negar la revelación divina, han sustituido la fe con un naturalismo abominable, que se resume en el más grosero deísmo, y aún en el ateísmo. Cuando los más eminentes personajes de una sociedad aprenden en las logias á no considerar la fe de los pueblos sino como una vana superstición, como un medio hábil de cegar y contener al pueblo; cuando los que deben servir de dechado, los funcionarios del Estado y la clase elevada enseñan á negar la fe y á vilipendiarla, no puede menos de verse degenerar el pueblo y retroceder hasta la barbarie. ¿Quién podrá jamás fiarse de la moralidad de un pueblo que no cree más en un Dios que recompensa al justo y castiga al malvado?”

“En una manifestación masónica de Berlín, leemos esta declaración, de extraña crudeza: *‘La fe religiosa del pueblo ha sido destruída según el plan de la orden (masónica); de caso pensado se han excitado las pasiones más exigentes. Del seno de la orden (masónica) ha salido esta corrupción política y moral, en que vegetará el pueblo durante largas generaciones.’* Estas declaraciones las hemos oído en Leipzig, en Lyon, y en todos los países setentrionales y occidentales de Europa.” (1)

¿No vemos aquí, por ventura, esas multitudes de enfermos—*vezati et jacentes*—mal parados con la peor de las vejaciones, la de las conciencias; con la más mortal de las agonias, la del alma; y sobre las que siguen derramándose todas las ternuras del Corazón de JESÚS? *Miseratus est eis.*

II

No obstante, entre las víctimas de estas mismas empresas masónicas podemos distinguir diversas categorías de almas que, unas y otras, por su estado lamentable, excitan la pródiga caridad de los apóstoles de la oración.

En primera línea hay las almas de quienes se puede decir que son y serán siempre, personalmente, las más dignas de nuestra compasión. Hablo de esas víctimas inocentes de la opresión sectaria que no pueden ocultarse ni defenderse: pobres parvulillos de las escuelas sin Dios, á quienes se vedan los horizontes de la fe y la pura atmósfera del cielo; desafortunados enfermos de los hospitales aseglarados, á

[1] *La Francmasonería*, por Eckert, t. II, p. 123.

quienes se deja padecer hoy sin consuelo, para que mueran mañana sin esperanza.

Luégo después—sobre todo en medio de la clase popular—hay esos innumerables alucinados, inconscientes algunas veces, pero lo más á menudo inexcusables, que perpetuamente se dejan coger con el cebo de unas mismas hipocresías, con la liga de unas mismas mentiras. Imbuyéndolas así cada día con perjuicios y errores, es como se jacta la Masonería de labrar insensiblemente las multitudes engañadas á su imagen y semejanza.

Vienen por fin aquéllos á quienes llamaré á un tiempo víctimas y verdugos, porque ellos mismos padecen del mal con que emponzoñan á los demás, á poco más ó menos como Satanás carga consigo el infierno al que quiere arrastrar á las almas por él seducidas: sectarios venenosos, encarnizados en corromper, menos dignos por consiguiente de nuestra compasión, pero de quienes debemos apiadarnos no obstante y esforzarnos por tanto en salvarlos. Como secuaces y juguetes de Satanás, juntamente, ¿no son acaso en un sentido muy verdadero, tanto más dignos de lástima, cuanto más criminales y más friamente rencorosos los conocemos?

Y nosotros, congregados y apóstoles del divino CORAZÓN, ¿nos hemos dado cuenta de la multitud de víctimas contenidas ya en estas tres clases de hombres, víctimas cuyo número va multiplicándose más y más cada día? ¿Comprendemos bien que si dejamos funcionar, algunos años más, el engranaje de la infernal máquina que la Masonería acaba de construir, por millones habrán de contarse las almas irremediablemente profanadas y perdidas? Y la compasión por tantas almas desdichadas ¿no será poderosa—aun ella sola, sin tomar en cuenta otros gravísimos motivos—para urgirnos á oponer un *inmenso esfuerzo* á este “esfuerzo inmenso” en el que nos declara León XIII que “se coligan” actualmente, á impulsos de la secta universal, los soldados del ejército del mal.

III

Pero, se nos preguntará quizá en qué debe consistir este esfuerzo de nuestras voluntades generosas, para que la acción que se nos reclama logre toda la eficacia deseable.

En la *oración*, ante todo, responde el Candillo Supremo del ejército de los hijos de DIOS. “Sin ella, nos dice el Pupa, nuestras comunes labores quedarían completamente impotentes” (1). Además el ataque es demasiado violento,

(1) Probe intelligimus communes labores nostros... haudquam parces futuros. (Eucicl. *Humanum genus*.)

demasiado formidables son los éxitos anteriores de la secta y su fuerza actual, para que podamos triunfar de ellos sin un socorro misericordioso del Cielo: *Nisi coelestis Dominus vineae ad id quod intendimus benigne adjuverit*. Ahora bien, para concedernos este socorro decisivo contra una potencia que ha prevalecido por causa misma de nuestra inercia y de nuestras faltas, espera Dios que se lo pidamos "con vehemente ardor y con sollicitaciones reiteradas, que estén en proporción con la necesidad de las circunstancias y la intensidad del peligro" (1).

¿No será acaso conveniente que busquemos en la insuficiencia de nuestros ruegos una de las principales causas de la esterilidad presente de muchos esfuerzos? ¿Y no es, por ventura, este elemento esencial de oración lo que nos pide el Apóstol que introduzcamos en la dirección de las Obras, por ejemplo, si no queremos ver agotarse la savia para no ser estériles y sin fruto? *Ut ne sint infructuosi*. (Tit. III, 14).

Como en los días de Zorobabel, hemos "sembrado mucho y recogido poco... esperábamos lo más, y nos ha venido lo menos" (2). "Poneos, dice el Señor de los ejércitos, á reflexionar atentamente sobre vuestros procederés," y tendremos que confesar que la casa de DIOS, esta casa de refugio y de oración, queda demasiado "abandonada" por multitud de gentes que piensan talvez en todo, menos en DIOS. *Obliti sunt Deum*. (Ps. CV, 21). En vano, pues, intentaremos construir un dique contra este torrente desbordado, para contener las olas ascendientes de la invasora Masonería; si no impetramos el auxilio de DIOS para los obreros, el dique será destruído, y todo lo sumergirá la nueva invasión de bárbaros. ¿Y no es tiempo ahora de acordarnos de esta palabra de San Agustín: "Abundan los hombres del mal, y Dios permite que éste se alce con proporciones espantosas; debemos pues orar, y orar con todas nuestras fuerzas" (3)? ¿Qué podrá esperarse, en efecto, de una resistencia en que no se dé á Dios el lugar que le corresponde, y la parte á que tiene derecho? Dios falta á los hombres que faltan á Dios.

(1) *Opem auxiliumque implorare necesse est studio vehementi ac sollicito, quale et quantum vis periculi et magnitudo necessitatis requirunt* (*Ibid.*).

(2) *Seminastis multum, et intulistis parum... respexistis ad amplius, et ecce factum est minus... Quam ob causam, dicit Dominus exercitum? Quia domus mea deserta*. (Agg. I, 6-9).

(3) *Abundant mali, et Deus voluit ut abundarent mala... Ideo dicimus, fratres, orate quantum potestis*. [Aug. Serm. LXXX, n. 8].

“Los primeros cristianos, dice el gran mártir de Cartago, no tenían sino un corazón y una alma sola, y perseveraban *unánimes* en la oración con las mujeres, y con MARÍA, Madre de JESUS. Por eso eran eficaces sus ruegos, y podían pedir á DIOS con confianza todo cuanto esperaban de su misericordia. Pero entre nosotros, se halla tan debilitada la unanimidad, que está roto el poder de la acción.” (1)

Y no obstante, ¡cuántos políticos honrados, cuántos conservadores, tan inconsecuentes como bien intencionados, se consumen sin provecho y sucumben, desalentados talvez para siempre, únicamente por haber descuidado de dirigirse á Dios en la oración, ó por lo menos de orar con ese perseverante ardor que alcanza lo que intenta! Cuántos soldados hay de la buena causa, cuyo corazón se deseca, cuyo brazo desfallece, por haberse olvidado de nutrir su alma con los alimentos celestes que nos arman con la fuerza misma de Dios haciéndonos vivir la vida misma de su Hijo JESUS!

“Hombres de acción, exclamaba no ha mucho un glorioso hijo de Santo Domingo, podréis gastar mucha actividad, inteligencia y tiempo en consejos, congresos, informes, discursos, proyectos, resoluciones; cosas loables son sin duda, y capaces de excitar el celo, pero propias únicamente para reducir las Obras á las mezquinas proporciones de una administración filantrópica, toda de covachucla y de agitación estéril, si el Espíritu de Dios no mana en vuestras almas de la fuente sacramental en que JESUCRISTO lo respira.” (2)

Equivalia esto á convidar á la fuente eucarística, no rara vez, sino lo más á menudo posible, á todas las almas ansiosas de asegurarse de los medios divinos que dan á las Obras grandeza, duración y fecundidad. Y si no, ¿dónde se encontrará más que á los pies del tabernáculo de JESUS suplicante y en el sacramento de su amor, el soberano motor cuyo impulso no tendrán más que seguir las almas, para disponer de su virtud y de sus fuerzas?

No hay un hombre de experiencia, ni un sacerdote sobre todo que no esté dispuesto á reconocer, en esta ausencia ó insuficiencia del Espíritu de oración, la causa de la infecundidad relativa de tantas Obras católicas, cuyo opulento florecimiento prometía pingües cosechas para la estación de los frutos. Admirablemente organizados por lo que respec-

[1] In nobis vero sic unanimitas diminuta est, ut et largitas operationis infracta est. ¡Cyprian. *De unft. Ecclesiae*, 26.]

[2] El R. P. Mousabré [Retiro predicado en Nuestra Señora, en 1886.]

ta á la vida exterior de la Obra, se encuentran desprovistos ú menudo, por culpa de los miembros, de esas santas energías del bien que mantienen solas las secretas influencias del divino Corazón. Por este aspecto, el Apostolado de la Oración proporciona socorros de que no siempre “se ha sabido aprovechar,” como lo pedían muchos Congresos católicos (1); que ha habido sobre todo descuido en “cultivar” con esmero en las asociaciones de hombres, como lo escribía Monseñor de Segur, de tan piadosa memoria: “El Apostolado de la Oración nos parece muy propio para establecer en las Obras el amor y culto del Sagrado Corazón de JESUS como el más poderoso *calorífero* espiritual; y á un mismo tiempo, su organización tan sencilla de los tres Grados puede servir á los SS. Directores de uno como *termómetro* para medir el fervor relativo de los miembros de sus Obras.” (2)

Y con todo, afirma León XIII, por esta condición absoluta de nuestros ruegos y de nuestra perseverancia en orar “Se dignará enviar el Señor el socorro oportuno y misericordioso al género humano expuesto á tan grandes peligros.”

Por lo demás, la oración que Dios nos pide, es la *grande oración* quiero decir la oración unida al espíritu de penitencia y de sacrificio; esta oración, en una palabra, de la que Nuestro Señor mismo nos dió ejemplo “en los días de su carne mortal, ofreciendo plegarias y súplicas á su Padre, con grande clamor y lágrimas.” *Cum clamore valido et lacrymis.* (Heb. v, 7.) Por esto, en el ofrecimiento diario de nuestras oraciones, obras y trabajos al divino Corazón—conforme á la práctica esencial de nuestra santa Liga—insta el Apostolado á todos sus miembros á que *acentúen* este carácter de sacrificio expresado con la palabra “trabajos” diarios. Querer eludir de cualquier modo la ley del sacrificio reparador, ¿no sería acaso, sirviéndonos de las palabras de un piadoso Obispo, “poner impedimento uno mismo al buen éxito de su oración y atar los brazos á Dios?” (3)

IV .

Por lo que hace á la *acción* enérgica con que debe acompañarse “la inmensa coulición de súplicas y esfuerzos”

[1] Particularmente los Congresos de París (1874,) de Douai (1875,) de Lyon (1874,) y otros.

[2] Carta á los Sres. Directores de las Obras católicas de menestrales. [*Mensajero*, t. XXVIII, p. 140.]

[3] Carta de Ilmo. Sr. Gay al autor de la *Alianza del Corazón de JESUS.*

que reclama León XIII en la lucha contra la Francmasonería, esta acción protectora en favor de las víctimas de la secta deberá dirigirse, ante todo, evidentemente á las que están más expuestas por su impotencia ó su debilidad: á los moribundos y á los niños.

¡Ah! todo lo haremos, sin duda, por ver de arrancar á los desafortunados moribundos de los compromisos funestos, de las obsesiones satánicas de los solidarios de la mala muerte. Emplearemos todos nuestros esfuerzos en los hospitales y fuera de ellos, para librar á nuestros enfermos de los horribles apretones del monstruo que, en los umbrales mismos de la eternidad, los enlaza y devora. Pero, al punto de vista de la salvación de la sociedad entera, la infancia y la juventud no son un campo de batalla menos decisivo.

“Destruid al enemigo, dice la secta en su lenguaje infernal, pero sobre todo destruído EN EL EMBRION. A la juventud debéis dirigirlos; á ella debéis seducir, y arrastrar, sin que caiga en la cuenta, á las filas de las sociedades secretas. Dejad más bien á un lado la vejez y la edad madura; dirigios á la juventud, y, si fuere posible, á la infancia misma.” (1)

¡Ay! ¿y no se han dirigido recientemente en París, hasta los límites de la primera infancia, aseglarando el hospital de los pobres niños expósitos? Verdadera matanza de los Inocentes es lo que se prepara para esta tierna familia, doblemente abandonada al perder á su segunda Providencia, doblemente huérfana al perder á su segunda madre!

Grex immolatorum tener . . .

¿Y no sucede en efecto, como en los días de Tiberio Augusto, que se condena á muerte á estos niños, únicamente porque JESUS ha nacido, ya que los privan de las hermanas que los hacían vivir? “A JESUCRISTO es á quien se persigue en ellos, escribe el autor de la *Francia Judía*, y para que no tengan la señal de Cristo en la frente se aseglara la casa fundada por San Vicente de Paul.”

Pero entonces, ¿qué obligación nos incumbe, sino es el arrancar á la infancia y á la juventud de las manos de este déspota que tiene “el corazón de un cruel tirano, y la rabia de una bestia feroz” (2); iba á decir yo, de las manos de este bárbaro vampiro que, en persona de los amados de JESUS, chupa lo más puro de la sangre de nuestras familias?

1) Instrucción de la Alta Venta.—Cf. Crétineau Joly : *La Iglesia romana en frente de la revolución*.—t. II, p. 87.

2) *Animos crudelis tyranni et ferae belluae iram gerens*.—2 *Maac.* IV, 25.

Ahora bien, entre los medios propios para llevar á cabo esta libertad, es menester cuidar primeramente que los niños, aun cuando se ven obligados á asistir á la escuela sin Dios, adquieran por lo menos, afuera de ese recinto detestable, el conocimiento de las enseñanzas de nuestra fe. Ya que nos hacen volver á la era de las persecuciones, ¿no es éste acaso el momento de dedicarnos todos, como en los días de la primitiva Iglesia, y conforme á la medida de nuestro tiempo y de nuestras fuerzas, á la misión soberanamente apostólica de catequistas voluntarios? Ciertamente, no dependerá de nosotros, con el auxilio de Dios, el que cada uno de estos niños deje de concebir tempranamente un verdadero horror para las sociedades de perdición, y de comprometerse por solemnes promesas á alistarse en sus filas.—Añadamos que nuestra solicitud, al dirigirse ante todo á los niños y á los moribundos, no debe desentenderse de los innumerables “alucinados” de los cuales no cesa de hacer víctimas suyas la tiranía masónica, á fin de plantar el reino de Satanás sobre las ruinas del reino de Dios.

La palabra misma del Sumo Pontífice nos muestra aquí nuestra obligación: “Arrancad á la Francmasonería la máscara con que se disfraza, y manifestadla tal como es.” (1) Considerada efectivamente en su realidad, en sus principios y consecuencias, la Masonería se nos presenta con un aspecto tan repugnante, que, para inspirar á todos un invencible desagrado, puede bastar siempre el “descenmascararla.” Criminal en su organización, inmoral en sus principios, impía en sus doctrinas, destructiva de la sociedad y de la familia, de todo punto irracional y perversa al extremo, ella no respira más que hipocresía y fraude, mentira y calumnia, atentados y perfidias. Todo lo bueno estorba ella, todo lo hermoso desfigura, todo lo puro mancha.

Pero si para hacerla detestar, basta descubrir lo que es la Masonería “tal como es;” para lograr destruirla, es menester *organizarse* primero, y trabajar de consuno en hacer penetrar en las multitudes las doctrinas destinadas á combatirla. Este es el primer objeto de esta Liga antimasónica cuyo *Manual* fué tan altamente alabado por la Santidad de León XIII: Organizar una campaña de sanas publicaciones que traten de este punto capital: derramar por doquiera los libros, folletos, periódicos capaces de arrojar sobre la Bestia olcadas de luz, á fin de obligarla á tomar la derrota y agazaparse en lo más profundo de los antros que la han vomitado.

Poco sería no obstante el alumbrar á la ignorancia, si

(1) *Primam omnium reddendam Massonibus esse suam, dempta persona, faciem.*—*Loc. cit.*

no nos preocupáramos de fortificar á la debilidad. De donde se deduce el segundo objeto de la Liga: reforzar á los tímidos, resguardándolos por medio de grupos compactos de numerosos asociados. Como lo dice con sobrada razón el autor del *Manual*, “la lucha individual y aislada no da resultado ninguno contra un enemigo que se halla bien organizado, constituido, con sus capitanes, sus reuniones, sus organos de publicidad. Delante de este ejército del mal, cada cual gime y se desuella inútilmente mientras queda solo.” Sin organización, mal puede haber movimiento ni vida. “Asociar, asociar, asociar, no cesaba de repetir Mazzini á sus secuaces: *todo se resume en esta palabra.*” ¿Serán pues los hijos de la luz menos advertidos ó menos resueltos que los de las tinieblas? Crecido número tenemos de católicos, de unidades católicas; pero ¿dónde está el ejército católico organizado para el combate? Que los creyentes en primer lugar, y con ellos todos los hombres honrados, logren entenderse; y ese revoltillo de sectarios, que nos dominan sólo por que nos ven desunidos, se verá prontamente confundido, derrocado, destruído.

Lo que importa pues que alcancemos, por medio de esta liga del bien contra el mal, es que los hombres de bien vuelvan contra el enemigo sus propias armas, y se apliquen á dirigir los tiros al punto preciso en que todos sabemos que es vulnerable. Una multitud de comerciantes, fabricantes, proveedores, etc., se ven atraídos diariamente á la Francmasonería por la influencia exorbitante que ejerce la secta en el mundo de los negocios, ¡Qué golpe mortal se daría á esta fatal influencia, fulminando una *excomunión* laica, sobradamente merecida contra estos enemigos natos de la sociedad y de la Iglesia!

Compromisos legítimos, si los hubo, que se volverían así el contrapeso de los odiosos juramentos con que pretenden los masones encadenar á sus víctimas! Compromisos que, tarde ó temprano, imposibilitarian el acrecentamiento de una sociedad de embaucadores, obligándolos no sólo á sepultarse en las entrañas de la tierra, sino también á morir, por falta de prosélitos.

Ahora bien! Ha llegado el momento de equiparse, sin más tergiversación, para esta indispensable campaña. Ha hablado el Papa; cual nuevo Matatías ha gritado “*á grandes voces por la ciudad de Dios, diciendo: ‘Todo el que tenga celo por la Ley, y quiera permanecer firme en la alianza del Señor, sígame.’*” (1) El llamamiento supremo ha si-

1] Et exclamavit Mathathias voce magna in civitate, dicens: Omnis, qui zelum habet legis statuens testamentum, exeat post me. —1 Macc. II, 27.

do dado, y el eco de la grande Encíclica vibra aún. ¿Será nos permitido vacilar todavía? Hoy, mediante la asistencia divina y con viriles esfuerzos, aún puede ser tiempo; mañana ¡ay!—por lo menos para Francia y para más de otro pueblo—si se deja que el veneno masónico inficione más la sangre de las multitudes, de la juventud sobre todo, ¿no debemos temer que sea demasiado tarde? ¿Qué porvenir nos espera, si un día se ha de decir de nosotros lo que decía Nuestro Señor de los judíos, asimilándolos á los contemporáneos de Noé: “Y no pensaron jamás en el diluvio, hasta que lo vieron comenzado, y los arrebató á todos”? (1)

Manos á la obra, pues! Que todas las Asociaciones cristianas, todas las juntas católicas, toda alma de bien y de nobleza se aliste lo más presto y combata hasta triunfar, en esta liga de salvación común. Y luego las infelices víctimas del “primogénito de Satanás” cantarán el himno de libertad, porque “fué roto el lazo y quedaron libres.” *Laqueus contritus est et nos liberati sumus.* (Ps. CXXIII, 7.) Y nosotros, apóstoles de la oración, tendremos parte en su gratitud, cuando vengan á ofrecer “el sacrificio de alabanza” á este Corazón del Dios munificentísimo á quien habremos rogado que rompa sus cadenas: *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis.* (Ps. CXV, 16.)

1) Non cognoverunt donec venit diluvium et tulit omnes. *Matt.* xxiv, 39.

ORACION CUOTIDIANA PARA DURANTE EL MES.

¡Oh Corazón Divino de JESUS! os ofrezco por medio del Corazón inmaculado de MÀRIA, todas las oraciones, obras y trabajos de hoy, en reparación de nuestras ofensas, y uniéndolos con aquellas intenciones con que Vos mismo os inmoláis en el ara del altar.

Ofrézcooslos, particularmente por las víctimas de la secta masónica, á fin de que los pequeños y los débiles sean preservados, los vacilantes y tímidos, afirmados, y los criminales convertidos y perdonados.

EMILIO REGNAULT, S. J.

Traducido expresamente de “Le Messager du Cœur de Jésus” para *La República del Sagrado Corazón de JESUS.*

INTENCION ESPECIAL:—Por todas las almas atribuladas.

Con aprobación eclesiástica.—Quito, d 14 de agosto de 1886.



LA REPUBLICA
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.

NUM XXIII—TOM. III

AGOSTO DE 1886.

TERCER NUMERO ESPECIAL

SOBRE EL

CONGRESO EUCARISTICO ECUATORIANO

REUNIDO PARA CELEBRAR EL 2.º CENTENARIO

DEL ESTABLECIMIENTO DEL CULTO PUBLICO

DEL

SACRATISIMO CORAZON DE JESUS

30 de agosto de 1886.

CRONICA

DEL PRIMER CONGRESO EUCHARISTICO DEL ECUADOR.

§. 8º

El 4 de julio.— Visita del Congreso á Jesús Sacramentado.

En esta fecha debía verificarse la peregrinación eucarística de todos los miembros del Congreso á la Capilla provisional de Belén; mas, habiéndose presentado algunos inconvenientes, se reemplazó esta manifestación piadosa con una visita al Santísimo Sacramento, expuesto en la iglesia de la Merced, donde precisamente en aquel día celebró la solemne fiesta del Sagrado Corazón de Jesús la Cofradía de artesanos que le ha escogido por Patrono. La iluminación de la víspera fué espléndida; y la fiesta muy concurrida. Además de los numerosos cofrades, que son la honra del pueblo trabajador de Quito, asistieron muchos invitados, entre los cuales se distinguían el Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca, el Excmo. Sr. Presidente de la República y otros personajes de alta categoría. Ofició el R. P. Provincial, Fr. Pacífico Robalino, y pontificó el Ilmo. Sr. Obispo de Ibarra: la cátedra sagrada fué ocupada por el R. P. Fr. José Miguel Boada, Director de la Cofradía, quien satisfizo á sus oyentes con el bello y adecuado panegirico del Sagrado Corazón.

A la una de la tarde, reuniéronse los diputados del Congreso Eucarístico en la Catedral, y de

allí pasaron en corporación á la Merced, donde los recibieron de igual manera los socios de la Cofradía. El R. P. Proaño hizo rezar la estación mayor con todas las preces acostumbradas, ante la Majestad expuesta. Esta pública demostración de piedad, sin duda alguna, hizo una ventajosa impresión en el pueblo que siempre se robustece en su fe religiosa, cuando contempla á los favorecidos de la fortuna, á los personajes más notables por sus talentos ó su posición social, conculcar el respeto humano y hacer humildes y reverentes lo mismo que hace el vulgo. Entonces el pueblo se afirma en que la religión es su gloria y su grandeza, la que iguala las clases sociales suavemente, sin los trastornos y las ruinas de las violentas explosiones revolucionarias.

Terminada la visita, el Congreso volvió á la Catedral, acompañado, en señal de honor y deferencia, por la Cofradía del Sagrado Corazón, que en el templo metropolitano entonó con robusta voz el *Te Deum*, cuyo majestuoso canto puso fin á aquella función.

Velada de la Sociedad de la Juventud Católica de Quito, en honor de Santa Rosa de Lima.

Por la noche de este hermoso día, empezaron las fiestas en honor de Santa Rosa de Lima, con una Velada literaria que le consagró la Sociedad y Círculo de la Juventud Católica. La función se verificó en la sala propia del Círculo, que vino estrecha para la numerosa y selecta concurrencia, que aceptó complacida la invitación de los jóvenes. Allí, además del Excmo. Sr. Delegado Apostólico, estaban presentes el Ilmo. Sr. Arzobispo, Presidente honorífico de la Sociedad y del Círculo; el

Excmo. Sr. Presidente de la República y su Ministro de Hacienda; los Ilmos. Sres. Obispos de Ibarra y de Cuenca; el H. Sr. D. Juan León Mera, Presidente del Senado, así como varios Senadores y Diputados; distinguidos eclesiásticos y seculares, que sería largo enumerar.

La orquesta, dirigida por el distinguido maestro quiteño D. Aparicio Córdova, amenizó la velada, que duró desde las siete hasta las diez de la noche. A continuación reproducimos los discursos y poesías que, por ser producciones juveniles, no pueden considerarse como obras perfectas de arte ni de ciencia, pero que revelan las ideas y los sentimientos de una parte considerable de la juventud ecuatoriana, que busca, lejos del bullicio de los placeres y en el estudio serio y constante, la manera de engrandecer á su Patria y sostener la causa de Dios y su Iglesia. (1)

DISCURSO DE INTRODUCCION

PRONUNCIADO POR EL SR. D. MANUEL MARÍA PÓLIT,
PRESIDENTE DE LA "JUVENTUD CATÓLICA" DE QUITO.

Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Ilmo. Sr. Arzobispo,

Ilmos. Señores Obispos, Excmo. Sr. Presidente, Señores:

Ante todo, debo dáros las más expresivas gracias por haber atendido á la invitación de la "Sociedad y Círculo de la Juventud Católica," concurriendo á este estrecho recinto, donde no hemos podido siquiera brindaros toda la comodi-

(1) Hemos vacilado en publicar estos discursos y poesías, pero al fin nos hemos resuelto á hacerlo, cediendo á las instancias de personas cuyo autorizado parecer y desseo es un mandato para nosotros. Hemos tenido también en mira que estos ensayos podrían contribuir en algo á honrar la bendita memoria de la Patrona de América.

dad que hubiésemos deseado, y al cual empero venís, bien lo sabéis, no á deleitar vuestros oídos con discursos elocuentes é inspiradas poesías, sino á escuchar tan sólo ensayos imperfectos de jóvenes que apenas han salido de las aulas ó todavía cursan en ellas.

La "Juventud Católica" está obligada por su Reglamento á presentar cada año una sesión solemne en honor del Santísimo Corazón de Jesús, su primer Patrono. Coincidiendo por tanto este deber con el vivo deseo de contribuir en algo á celebrar el 2º Centenario del establecimiento del culto que se tributa al Divino Corazón, y el 3º del natalicio de Santa Rosa, la sesión solemne se ha convertido en esta humilde Velada literaria, que por ser primera no puede ofrecer nada digno de vosotros, pero que, merced á vuestra simpatía y estímulo, puede dar origen á una serie de otras veladas que tengan ya verdadero atractivo para la cultura y católica sociedad quiteña.

Abandonando por ahora el tema propio de nuestros estudios especiales, que versan todos sobre las Ciencias Políticas, hemos escogido argumentos en que se diluciden algunos rasgos de la santidad de Santa Rosa: ofrenda que será por tanto acepta á la Patrona de las Américas, y aun, lo esperamos humildemente, á su divino Esposo, Cristo nuestro Señor.

Pero, antes de empezar, permitidnos cumplir con una de las disposiciones reglamentarias, incorporando solemnemente al Sr. Dr. Alejandro Velasco, profesor del Instituto de Ciencias, y actual Diputado al Congreso Eucarístico, en el número de nuestros socios efectivos. La promesa que él va á prestar, os pondrá de manifiesto, mejor que cualquier discurso, el espíritu, los fines y la acción de nuestra Sociedad y de nuestro Círculo; y así, muchos de los Señores de las provincias, quienes quizás en esta noche tienen la primera noticia de nuestra naciente Sociedad, trabajarán después eficazmente para fundar otras semejantes en sus respectivos ciudades, preparándose para más tarde un ejército fuerte, disciplinado y valeroso, para pelear los combates del honor y el martirio en defensa de la Religión y la Patria. (2)

(2) Protestación de fe que los miembros efectivos y honorarios de la "Sociedad de la Juventud Católica" deben hacer en el día de su admisión en dicha Sociedad.

"En presencia del cielo y de la tierra, de María Santísima y los ángeles y santos todos, yo N., postrado ante la infinita Majestad de Dios, protesto una y mil veces vivir y morir en la profesión sincera, absoluta y sin reservas de nuestra santa fe católica, apostólica y romana. Creo en todos y cada uno de los dogmas de nues-

DISCURSO

DEL SR. DR. ALEJANDRINO VELASCO.

*Del amor á Jesucristo;—belleza moral de este amor;—
cuánto amó Santa Rosa á Jesucristo;—cuál fué el
grado de su belleza moral.*

Excmo. Sr. Delegado Apostólico,

Ilmo. Sr. Arzobispo, Ilmos. Sres. Obispos,

Excmo. Sr. Presidente, Señores:

Las acciones de los hombres que de alguna manera han sobresalido en el orden puramente natural, siempre han llamado la atención de los demás, de tal modo que su memoria ha venido á ser idealizada por el arte: la música, la escultuaria, y la pintura frecuentemente han encontrado en aquéllos como su objeto propio. Y la Poesía, ¡ah, Señores!, la Poesía, formando la apoteosis más completa de esas eminencias humanas, ha sido la encargada de narrar y describir, entre reflejos de ópalo y grana, las proezas de los que, con el nombre de héroes, á la posteridad han pasado: para ellos los más altos renombres y las odas heroicas, respecto de ellos las leyendas más fantásticas. Sin embargo, algunos de esos grandes hombres talvez, no han sido otra cosa que embaucadores de alta talla, quizás grandes criminales á quienes el humo del incienso quemado en aras del poder, ó

tra santa Religión, especialmente los definidos en el santo Concilio del Vaticano; acato y venero, por lo mismo, la infalibilidad doctrinal del Romano Pontífice, y la suprema autoridad espiritual de que goza, tanto sobre la Iglesia entera, como sobre todos y cada uno de los fieles. Repuebo y detesto los errores condenados por la Santa Sede, muy particularmente los contenidos en el Syllabus y los profesados por la secta del *liberalismo católico*. Mi más vivo deseo es que ni mis principios, ni mi vida, se aparten un ápice de las enseñanzas de la santa Iglesia. Para alcanzar este don, superior á los esfuerzos humanos y fruto exclusivo de la gracia divina, me consagro de hoy para siempre con cuanto soy y tengo al amor y culto del Corazón Sacratísimo de Jesús, y al servicio de su Inmaculada Madre María Santísima, ni Reina y Señora, por cuya intercesión poderosa espero alcanzar una santa vida y después una dichosa muerte."

el reflejo del oro apetecido, no ha dejado verlos como eran, encubriendo la miseria que en ellos se encerraba. Como no es profano el objeto que ahora me propongo, creo poder asegurar, sin temor de equivocarme, que unos cuantos de los grandes según el mundo, unos cuantos de los que han arrancado de singulares liras armoniosos acordes que rápidos se difunden y difundirán en el espacio, unos cuantos, digo, de esos grandes en la esfera puramente humana talvez han sido y serán verdaderos infelices: vivieron con el engaño y la simulación, y cuando abrieron los ojos en el *mundo eterno* fué para encontrarse en sempiterna noche. ¡Ah Señores! no es seguro el juicio apasionado del mundo en favor de los que ya han traspuesto los umbrales de la terrible puerta que, de un modo ineludible, conduce á esa nueva mansión que se llama *Eternidad*. Temblando los que aun existen en el mundo se acercan al lugar que señala un vivo menos entre los hijos de Adán: en ese sitio los nervios se crispan, la sangre se paraliza en las venas, y hasta la inteligencia parece perder la inmanente acción; pues lo desconocido, al par que aterra, abruma con el peso del denso velo que el ojo sensible ve interpuesto. ¿Qué se descubre allí?: la más penetrante mirada no distingue cosa alguna; el oído más perspicaz no percibe el más ligero rumor. Sin embargo ese silencio imponente, esa invisibilidad suma, hablan al espíritu despreocupado un terrible lenguaje que, si bien no se puede descifrar, manifiesta, con todo, lo formidable de donde parte. No es cierto, pues, Señores, que el hombre en presencia de la tumba, pueda decir con calma verdadera lo que alguno, á guisa de inspiración, ha escrito:

“Y aquel que dijo á Lázaro levántate.
No ha vuelto en los sepulcros á llamar.”

En efecto: no todas las miradas se ofuscan con las densas nieblas que naturalmente se presentan allende la tumba: un foco luminoso, pequeño al parecer, y suspendido sobre la fría losa del sepulcro, es suficiente sin embargo para manifestar á los pasmados mortales la existencia de dos mansiones más allá del tiempo: la mansión de la eterna é inefable claridad, y la mansión de la sempiterna noche, lugar de los precitos, y talvez de muchos que, como grandes según el mundo, cruzaron los campos de la vida. Todo lo que ese pequeño foco muestra existente en la región de la luz, allí existe con necesidad absoluta; no es, no puede ser falso lo que allí se descubre con el intermedio de ese resplandor: pues el mismo que dió la vida al iluminante núcleo y mantiene su ví-

vido fulgor, es el rey inmortal de las regiones que ilumina el Sol perenne; y es el mismo también que con brazo poderoso, armado de eterna justicia, conserva la desgraciada mansión de la densa oscuridad. Muchos de los rutilantes astros que, desde el mundo, se han descubierto á merced de un telescopio infalible, la Iglesia Católica, y que en grato concierto brillan por la virtud del Sol Eterno, también cruzaron los espacios del tiempo: y al desaparecer dejaron señalada su carrera con inmortal resplandor de virtud, de heroicidad, de sacrificios verdaderos, para ejemplo de los hombres que viven en este mundo transitorio. Esos elevados seres son la síntesis de la verdadera grandeza, y su memoria más que otra alguna, debe existir en el corazón de todos. La de uno de ellos, y que fué el primero que iluminó los horizontes de la América del Sur, es la que nos congrega en esta noche: Prestadme, pues, benignos, vuestra atención, Señores.

I

Apagádose había parte de la luz creada por el Eterno en los cielos, cuando en la tierra se verificó la grande epopeya de la formación del hombre. Los supremos designios del Creador eran, sin duda alguna, hacer que desde lo bajo, en nuestro mundo, surgiera lo que debía cumplir con el orden que se había quebrantado en lo más alto; y hé aquí al hombre llamado á ocupar la silla que la soberbia dejara vacía en las celestes mansiones. ¡Qué hermosa se presentaría entonces la naturaleza visible! ¡Qué gallardo se manifestaría el rey de ella, hecho á imagen de su autor! en la mente encerraba clarísima luz, y con digno amor elevaba el espíritu hasta Dios.

Hecho el hombre con perfecta proporción en el cuerpo, sus acciones se ejecutaban en armonía con el pensamiento y voluntad de su hacedor; era, pues, el hombre la expresión de la belleza física y de la belleza moral, porque la belleza es armonía: relación armónica entre el pensamiento del autor y la forma del objeto producido, hé ahí *la belleza física de la obra del arte*, y el hombre era la obra del Supremo Artífice; armonía perfecta de las acciones libres con la voluntad suprema de Dios, hé ahí la belleza moral, y el hombre creado en el paraíso, dotado estaba de todos los *dones naturales, preternaturales y sobrenaturales*, que el Sér Supremo necesarios juzgara en su obra, para que ésta, con libertad, tendiera al fin á que la había destinado. Quién puede conocer la verdad absoluta, puede dar á la expresión con que se propone manifestar su pensamiento, toda la propiedad que

corresponde al juicio formado: en este mundo no es dado al hombre conocer la Verdad absoluta y por esto el artífice humano sólo puede alcanzar, en sus obras, la belleza relativa. Mas, en la creación del mundo visible, el artífice era Dios, y el hombre la obra maestra; por esto creo que el hombre era, si no la belleza absoluta, lo más cercano á ella: destinado estaba á confundirse con lo ideal, si Señores, con lo ideal, porque, para el concepto humano, lo bello en el más alto grado es lo ideal, y está allí donde se encuentran la Verdad y el Bien purificados de todo lo insignificante, trivial, inútil y común: donde lo que es, es por naturaleza y esencia Verdad y Bondad, Dios. Por esta razón ha dicho con toda propiedad Ingres, que *el más alto grado de belleza sólo puede contemplarse de rodillas.*

Pero paradoja parece, Señores, y sin embargo es cosa cierta, que el sér llamado á conocer la Verdad y amar el Bien, que sabe, por propia conciencia, que hacia la Verdad y el Bien tiende su naturaleza de un modo indeclinable, que su sér entero se perfecciona con la tendencia hacia esa Verdad y ese Bien, es el único que se opone al orden, el único que en el cielo y en la tierra ha levantado contra Dios el estandarte de rebelión, pretendiendo destruir la santa, suprema é inmutable Voluntad Divina. Cayó el Angel en el cielo, y el Hombre también cayó en la tierra; aquél irremediabilmente se perdió; éste, designio bendito é inescrutable de Dios, encontró misericordia en la caída. Parece como que el Sér por excelencia, que todo sustancialmente conoce, aun antes de que los seres salgan de la mera posibilidad á la existencia, se dejó vencer por su infinita conmiseración, en vista de la flaqueza propia sólo de la naturaleza humana. Por esto se condolió del hombre, y perdonó su crimen. Mas, como el conocimiento del efecto y el fin á que se destina una cosa, precede naturalmente al término de la acción creadora, un acto de conocimiento resolvió la creación del hombre destinándole á ser súbdito del Verbo Encarnado, del Rey de las celestes mansiones; si el término de la acción divina, é independientemente de ella, no correspondía á las miras del Creador, el conocimiento de Dios, agitando por decirlo así, su omnipotencia, arbitrarla medios que, al par de ser misericordiosos para el hombre, produjeran por resultado la realización de los designios del Ser Supremo. No es posible: las intenciones de la criatura no pueden paralizar y hacer nugatorias las resoluciones divinas. Pecó el hombre y parecieron como frustrados los fines de Dios con el hombre. Mas no: el conocimiento productor remedió el mal de la criatura, y arbitró el medio de salva-

ción; por esto el Verbo de Dios, su Conocimiento consustancial en El y con El de todo lo existente, se presenta á reparar lo que la creatura perturbó, pero nunca jamás volver á su primer estado. La realización de esta última determinación divina, superior á la Creación, y tan superior en alto grado, que para ella era necesario todo el poder de Dios, nos muestra al Verbo hecho Hombre, verificar la salvación del hombre.

En los polos de la tierra, la triste, la terrible noche se atenúa con un largo crepúsculo que precede á la aparición del sol, y que dura muchos días; de cuando en cuando las auroras boreales aumentan la poca luz á los infelices habitantes de esas regiones de los hielos.

Esta, ésta es, Señores, la imagen más fiel de lo que fué el hombre después de su caída: perdió la gracia original; la luz huyó de su mente, y su corazón desfallecido, sin fuego y sin amor, latía apenas en los yermos, fríos y oscuros abismos del pecado.

En esa deplorable situación, el Mediador ofrecido, y los auxilios que Dios enviaba á la mortal congoja, alguna claridad mostraban con relación al incierto porvenir. Largo tiempo duró el crepúsculo de la esperanza en el Reparador prometido; al fin se presentó el Sol eterno de Justicia y de Misericordia; refulgente iluminó los desiertos campos de la vida humana; y lo que untes era encarnación de la muerte se trocó de súbito en vastos horizontes de verdadera vida; y á diferencia de los polos físicos donde el astro del día, después de brillar por algún tiempo, se pone luego, dejando en oscuridad lo que antes iluminaba, Jesucristo Sol infinito, y consustancial imagen de Dios Padre, por siempre iluminará todas las regiones, donde haya inteligencia que conozca y voluntad que pueda amar; sus límpidos é inefables fulgores aclaran con luz inefable, la distancia entre el hombre y la Divinidad: iluminan todo lo creado, y ocupan y llenan la inmensidad de Dios. Jesucristo, Luz de Luz, es la claridad del Eterno y el consuelo del mortal: arco de alianza entre el hombre caído y la Divinidad ofendida, en un instante úna los extremos que sin El distarían infinitamente, el Creador y la creatura; es, pues, el único luzo, el único intermedio entre la humanidad, la creación entera y Dios.

Singulares analogías se notan, Señores, en la moral cuando se consideran las leyes del orden físico: los cuerpos no pueden actuar sobre los cuerpos sin un intermedio corpóreo: la luz, el calor, la electricidad, agentes esenciales para el mundo físico y que son talvez los que poderosamente

te contribuyen á la determinación de la forma sustancial en la materia, no son sin embargo más que un movimiento de la imponderable sustancia que se llama el *éter*: sin éste la tierra no tendría luz ni calor, y el sol no luciría. Esto mismo Señores, se ve de alguna manera, en la aparición del Verbo Encarnado, que es el Mediador entre la Justicia de Dios y el hombre culpable. Prodigio sin igual, Señores, del poder de Dios, Jesucristo es este Mediador: con dos naturalezas diversas que se han unido, sin confundirse, ni producir una naturaleza mixta, comprende en sí los extremos de los seres en orden á la inteligencia. Cuando el hombre se pone en oración, el movimiento que produce el corazón rendido, en el intermedio inefable, raudo se levanta á Dios en ondas que en magnitud crecen y crecen sin perder energía á medida que á Dios se acercan; cuando llegan á Dios son inmensas como el medio que con ellas se ha conmovido, y Dios las acepta y se goza con ellas, y la infinita sutil sustancia hace agradable al Eterno el suspiro que por Dios exhala el pobre corazón del hombre; Dios recibéndolo se conmueve á su vez, y las ondas de la gracia refulgentes, magníficas, inmensas como el mismo medio en que se suceden y conducen, como el Sér de donde parten, van en reciprocidad á la creatura, y con ellas se llena de gozo inenarrable, de bien no conocido. Si tal es la acción de Jesucristo como lazo de unión entre la creatura y el Creador, el efecto sin embargo es diferente para el viador sin fe en Cristo, y para el comprensor en que El tiene la visión beatífica en la patria celestial: Cristo es, pues, el intermedio entre Dios y toda creatura. La beatitud de los escogidos en la patria celestial, considerando aun los ángeles, esta fruición inenarrable que consiste en ver y gozar inmediatamente del sumo Bien, ha sido concedida sólo en mérito de Cristo. No podía ser de otro modo: expresa doctrina es del Doctor angélico que, la gracia de Jesucristo es la fuente de las concedidas á todas las creaturas intelectuales, apóstoles, patriarcas, profetas y justos que fueron, son y serán, y también todos los ángeles; y más adelante añade. . . . *quia plenitudo gratiae, quae est in Christo, est causa omnium gratiarum quae sunt in omnibus intellectualibus creaturis.* Y San Pablo, en la epístola á los Colosenses, después de llamar á Cristo primogénito de toda creatura, no unigénito como debía ser si quisiera decir otra cosa, añade que en El fueron hechas todas las cosas del cielo, y de la tierra, las visibles y las invisibles. Jesucristo comprende en su sér los extremos de los seres inteligentes: relaciona al hombre con Dios; luego debe comprender toda inteligencia intermedia, y ser el lazo de toda crea-

tura con su creador. Si Jesnoristo es, pues, el medio de unión de toda creatura con Dios, y, como Dios es término de las relaciones establecidas, todo effluvio de voluntad amante, todo amor no puede dirigirse á Dios sin ser Jesucristo el intermedio, sin parar en Jesucristo como Dios. Arcano inefable de la Trinidad Beatísima: un acto de esta Sociedad augusta ha resuelto que la creatura contraiga relaciones especiales con una de las divinas personas. Se sabe, Señores, que donde está el conocimiento de Dios, allí están el Poder y el Amor divinos, y que adorada una de las personas en Dios, por la unidad de esencia, adoradas son las otras dos. Pero Dios ha determinado que su Verbo, esplendor de su poder, norma y regla de todo lo que ha sido es y será, último tipo de toda grandeza, y de toda belleza en el orden físico, intelectual y moral, haya venido á formar el lazo más íntimo entre el Creador y la creatura, teniendo al mismo tiempo todo poder en el cielo y en la tierra. Luego Dios ha querido que la creatura, de un modo especial, concrete su entendimiento, su voluntad, su acción, sumisión, respeto y obediencia, en una palabra, su adoración de latría al Verbo de Dios Padre, hecho hombre, á Jesucristo. Debiendo la inteligencia creada y viadora tender al Bien sumo, debe buscar los medios que llevan á El, y aceptar gustosa los que El ha determinado. El Eterno á señalado sólo á Jesucristo como el único medio que á Dios conduce, siendo al mismo tiempo término como Dios; luego la acción inmanente de la voluntad, y la volición del ser racional debe ser en Jesnoristo y por Jesucristo; ó lo que es lo mismo; el verdadero amor debe concretarse en Jesucristo.

II

He dicho, Señores, que los seres llamados por razón de su naturaleza á conocer la Verdad, y amar el Bien, son los que se oponen á la determinación y al orden divinos; Jesucristo por la voluntad inefable de Dios, es el Profeta, el Rey y el Sacerdote de la creación, la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo; con el triple carácter que le confiera la Trinidad augusta preséntase al mundo, y sin embargo *judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam*; pareció escándalo á los jndios y estolidez á los gentiles. Enemigo desde entonces el mundo de Jesucristo, los caminos del mundo se apartan infinitamente de los de Él: la gloria del mundo no puede, por consiguiente, ser la del Hombre Dios. Observemos, Señores, la esencial oposición de los hechos que naturalmente se han verificado, y la

tesis que ha omitido quedará probada. El mundo gusta de la ostentación, de la riqueza y del poder, mas Cristo se presentó humilde, pobre y desvalido; el mundo admira al que con fuerza y ejércitos impone su voluntad á los demás, pero Jesucristo con la suavidad, la palabra y el ejemplo, enseñó la voluntad de su Padre celestial; el mundo se adhirió al ruido, al bullicio, á los banquetes y placeres, mas el Hijo de Dios vivió ignorado, entre los hombres, y se ejercitó en el trabajo, la austeridad y la mortificación. Jesuoristo era la caridad increada, y el mundo le negó un albergue; era el Señor de los cielos y el gozo de los ángeles, y el mundo le transformó en el *oprobio de los hombres y la abyección de la plebe*: era la Sabiduría esencial, consustancial del Padre, y el mundo le creyó rudo é ignorante; era la Justicia por excelencia, y el mundo le confundió con los pecadores; era la Santidad suma, y el mundo le acusó de blasfemo; era la Paz, y el mundo le hizo la guerra: fué constituido sobre toda la creación y por su elevada dignidad debia ocupar la diestra del Eterno, y el mundo le deprimió, suspendiéndole, entre burlas y sarcasmos, en el patibulo infamante de la Cruz; era en fin la plenitud de la vida, y el mundo le dió la muerte. Todo lo expuesto manifiesta, Señores, que el mundo es el enemigo irreconciliable de Cristo; luego quien ama el bien, quien busca la verdadera gloria, y quien tiende á lo que es esencial y debe perfeccionar la naturaleza creada, no ejercite su actividad en lo que apetece el mundo, enemigo de Dios: en Cristo, Luz del Padre, Delicia del Cielo, Verdad y Bondad sumas, encontrará lo que el mundo jamás podrá otorgar.

III

Dejemos por consiguiente el mundo; desviemos la vista de su fementida gloria y dirijámosla allá donde se presentan horizontes sin límite de infinito amor. Antes de los tiempos existía Dios solo pero no solitario: Eterna Sociedad del Poder, del Conocimiento y del Amor, la Autoridad en Ella era la unidad del Sér, vínculo de infinita unión de las personas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santa, en si, en su esencia, Arquetipo supremo de toda Verdad y de toda Bondad, gozaban en unidad de acto inenarrables delicias al verse y comprenderse sin intermisión, sin medida, sin límite. Foco infinito de Luz y de Color, sus incommensurables llamas como que se expandían y contralaban en la inmensidad, en prueba de la plenitud de incendio sempiterno. Ese Fuego, esa Luz que á si se bastaba, y que ardía sin consumirse, podia tan-

bién sin disminuir la energía de su potencia, dar luz, calor y vida á otros seres. Pónese en concilio la Augusta Trinidad: idea el Conocimiento la creación y determina las leyes de existencia, el Amor resuelve, y el Poder ejecuta el acto. Aparece, pues, el Universo, grandiosa manifestación de la omnipotencia y perfección divinas: el entendimiento humano extático contemplaba la obra del Eterno, y no podía menos que sentir un placer y goce puros que nada de común tenían con los goces que pudiera ofrecerle la materia: era, Señores, que el sentimiento de lo bello se despertaba en el espíritu humano: era que el hermoso resplandor de la verdad y bien creados formaban, para el entendimiento, el signo de la mayor perfección posible en el Sér por excelencia: el hombre, Señores, se remontaba á lo ideal; y hé aquí que el universo era entonces lo que ponía de manifiesto la belleza absoluta de Dios. Mas desvióse el hombre del camino que debía seguir; el espíritu humano continuó percibiendo la belleza creada, pero ya no se remontó al verdadero ideal; y si idealizaba era sólo para terminar en la creación. Por esto desgarróse el cielo, y la Perfección suma encarnada se presentó entre el hombre y lo creado: si el efecto era capaz de atraer al espíritu con fuerza poderosa, con mayor razón le atraería la causa por la superior excelencia; la creatura racional, producto del Amor, debía complacerse, no ya en lo que sólo era un signo, sino en la real manifestación de su Hacedor; no necesitaria, como antes, abstraer, en el género y la especie, la mayor perfección posible: interpuesto entre su vista y lo finito tenía la Suprema Perfección en todos los tipos; en ella el entendimiento, sin intermedio alguno, bien podía encontrar toda la complacencia que pudiera apetecer.

Si aun cuando el hombre no hubiera pecado, el Verbo divino hubiera siempre encarnándose, para dominar, visible, la creación entera; el pecado del hombre fué el viento tempestuoso, el huracán violento que, originado en lo más bajo, subió con energía, por decirlo así, infinita, hasta las más elevadas regiones, donde desgarró las nubes que, si bien no quitaban la luz, por lo menos impedían el brillo del Sol en toda su hermosura: entonces se vió latir el Corazón de Dios, sin tregua ni descanso, por su creatura ingrata; y entonces, y sólo entonces, se descubrieron con toda su belleza y resplandor esos abismos de poder, de sabiduría, de bondad, de amor y de misericordia inenarrables que extático dejan al humano espíritu, que anonadan la comprensión del hombre, y que, á veces, la más elevada fe, cuando se considera lo que á Dios se debe como á Dios, automática principia á titubear, restableciendo su estabilidad perdida sólo la enseñanza del orácu-

lo infallible, que Dios se ha dignado dejarnos en la tierra. Con razón, Señores, la Iglesia, la Santa Iglesia, en sus éxtasis de amor exclama, con magna voz que se oye en todos los ángulos del mundo, y aun en la Eternidad: *Oh felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere redemptorem!*

Sábase, Señores, que lo bueno es sólo lo que tiene razón de apetibilidad; mas, hay en lo bueno algo que, independientemente del espíritu, tiene la facultad de atraer al entendimiento, antes de que por la voluntad sea apetecido; por tanto, mientras más elevado sea el bien, más atraído será el entendimiento y con mayor energía se moverá hacia él la voluntad; pues se aumenta la relación armónica entre el objeto y el espíritu que lo percibe. Si en Jesucristo, como hombre, la perfección es maravillosa, como Dios es la Perfección Suprema, la Bondad Suma: El reúne la razón de toda posible perfección; su esplendor es el esplendor de la Verdad por esencia: su manifestación no tiene igual ni en el cielo ni en la tierra; luego sin igual es la complacencia que el entendimiento debe encontrar en el Dios Hombre; y por este, enérgica sin medida ha de ser la acción de la voluntad, ó el producto de la volición respecto á El. ¿Faltaría manifestación adecuada en el Dios que se dignó morar entre los hombres, encontrar su complacencia en éstos, y de éstos formar su predilecta porción? que amó tanto al hombre que se entregó por el hombre? *Nadie ama tanto como aquel que pone la vida por sus amigos;* y si el que sufre es el Sér Supremo, entonces sólo puede corresponder á la manifestación y espectáculo de la pasión de un Dios, el espíritu inflamado de amor que, entre torrentes de belleza y de poesía, exclama:

“Tu me mueves, Señor, muéveme el verte,
Clavado en esa cruz y escarnecido,
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muéveme tus afrentas, y tu muerte.”

Tal espectáculo, por cierto, trasciende la complacencia hasta dejar extático al espíritu; y la voluntad arrobada se mueve y resuelve, sin sentido, en corrientes de inefable amor: el entendimiento llega á comprender entonces, que nada hay más grande, más digno, más elevado; y armónica la acción de la voluntad con la del entendimiento, la mayor energía de aquélla está allí donde éste ha descubierto la mayor complacencia imaginable, en Cristo. El amor debe ser conforme con el objeto amado, corresponder á sus excelencias y expresar la relación que con él tiene el amante; cuanto

Más perfecto sea el ser amado, más noble se hará el espíritu amador. Conocido por el entendimiento el objeto bello, el producto de la volición, en conformidad con el objeto conocido, produce en el hombre la belleza moral; mas en Cristo se halla el ideal de la belleza, la belleza absoluta; luego sólo el amor de Cristo ennoblece en sumo grado, y produce en el amante el ideal de la belleza moral.

Cristo y la Sociedad que fundó, la Iglesia Católica, donde estará hasta la consumación de los siglos, hé aquí lo que nuevamente manifiesta, no ya simbólicamente como el Universo, sino de una manera real, la belleza absoluta de Dios.

IV

Acabamos de ver, Señores, que hay algo en el Hombre Dios que de tal modo domina y subyuga la naturaleza que todo espíritu que en El se detiene, no puede menos de arrojarse y sentir la belleza inenarrable que resplandece en la Faz y Corazón de Cristo con infinita potencia. En todo el mundo, la vista espiritual que en Jesucristo se detiene, queda absorta de admiración por lo inesperado que contempla; el alma se levanta más allá de los límites que circunscriben el mundo físico; sube, y sube más hasta penetrar en la causa que ha originado en ella semejante fenómeno: es que ya dominada por la idea, la voluntad, ágil como el pensamiento, se ha sublimado en alus del amor, y quiere vivir con la existencia del amado; pues el amor une entre sí á los amantes; es que el amor de Jesucristo llega á lo sublime, y como tal abrasa en las mismas infinitas llamas á la voluntad que hasta El se ha levantado. Jesucristo, infinitamente santo, santifica necesariamente al espíritu que está unido á El con los indisolubles lazos de la comunión de afectos. Por eso vemos formarse santos en todos los tiempos y lugares del mundo; por eso vemos producirse, en América, una Rosa de Lima. El amor de Jesucristo es el imán de infinito poder: el alma, templado acero en el fuego de la mortificación, y apto para toda resistencia, tiende á su polo con ímpetu poderoso hasta unirse á El, gozando del fluido inefable, y hacerse imán como El, para unirse más fuertemente á El. En semejante estado, la situación del espíritu es de heroicidad, y triunfa siempre la parte más noble sobre la menos noble, sobre las malas pasiones. El alma es entonces un destello divino, y con fuerza ilimitada puede ejecutar grandes empresas, acciones extraordinarias: vivir como vivió el Amado hasta aparecer con El en el reino celestial; sufrir

lo que sufrió el Amado hasta alcanzar como El diadema inmarcesible de gloria; ofrendar, si necesario es, la vida en aras del amor por el sér amado, hé ahí la aspiración del espíritu amante. Sí, Señores, el amor es sacrificio: quien ama verdaderamente, pronto está para sufrir toda clase de trabajos por el sér amado. El amor envuelve una inmolación mutua y voluntaria: el alma divinizada con la caridad de Cristo, no es ya fría é indiferente al espectáculo del martirio de un Dios por ella, también se apresta para sufrir, en parte siquiera, algo de las amarguras del Gólgota. Los que se aman se dan el uno al otro, por eso el alma se da y se entrega á Cristo, martirizándose también, y ofreciéndole voluntaria inmolación: rompe con los lazos que la ligan naturalmente á lo visible, y aunque el corazón quiera latir por lo que moderadamente se puede apctecer en lo terreno, el alma, encendida en el amor divino, como el oro en la copela al soplo de la fragua, contraría por Jesús su sér degenerado, y paraliza los latidos del corazón de carne para vivir con Dios al cual tiende, á pesar de las redes del tiempo, como el pajarillo aprisionado por los hilos del juguétón rapaz, en cada instante de holgura cree llegado el momento de libre lanzarse en el espacio. Por eso Rosa de Lima renuncia el bienestar del cuerpo: insensible á lo mundano, fría recibe los halagos de la madre, y las ofertas del padre que en el himeneo de la hija miraban un brillante porvenir. No palpataba por la materia el corazón de la virgen: los efluvios purísimos de su alma se elevaban á su Esposo divino, en junta del incienso de la mortificación y paciencia en los trabajos á que se le condenara por haber despreciado los atractivos del mundo. El amor no gusta del ruido y del bullicio; el amor á Dios busca la soledad: en el silencio y el retiro, el alma, libre de los obstáculos que pueden impedirle el vuelo, rauda se levanta á su Creador. En las horas silenciosas fácilmente se perciben el más ligero ruido y los más tenues aonidos; por esto, en el silencio, extático el espíritu, contomplando al Sér Eterno, le envía, en ondas amorosas, las vibraciones más pequeñas de la sonora cuerda que forma el corazón, y que, por complacer al Amado, ha podido templar en la aspiración del anhelante sentimiento. Por esto Rosa, la heroica Rosa de Lima, que desde la cuna señaló el Cielo como flor hermosa en el pensil de la Iglesia Católica, y producida en la floresta de América, se retiró del mundo, vistió el hábito de terciaria dominica, y buscó el silencio en el lugar más apartado de su casa, entregándose á vivir la vida del Amado con la oración purificadora, y la contemplación de las excelencias de Cristo: Cristo vivía en ella; y por eso se co-

nunciaba á Rosa el resplandor de su Amado, y se trasfundía en ella la belleza del que amaba. Y luego, cuando rotos los lazos que la circunscribían al tiempo, se lanzó á la eternidad, muy más veloz que la luz, y entonando el sempiterno epinicio celestial, se confundió en los brazos del Amor Increado.

La Iglesia Católica que, desde este mundo, descubre la insondable Eternidad, te ha señalado dechado de virtud, heroica Rosa de Lima, y te ha declarado astro resplandeciente que giras, sin eclipse, al rededor del Sol Eterno de Justicia: luz propia tienes, no por naturaleza, es verdad, sino por gracia del Sér por excelencia que en sus santos se complace; así, ante tu presencia inefable, que contemplo en alas de la fe, entusiasmado exclamo, con la poesía del astrónomo inglés:

*¡ Twinkle, twinkle, pretty Star,
How I wonder what you are !*

¡ Luce, luce, como astro de ventura,
Rosa de Lima, angelical doncella;
Admirado contemplo tu hermosura,
El divino fulgor de tu luz bella!

¡ Acepta, Rosa, la débil voz de admiración y alabanza que tu beatitud hoy arranca de mis labios: si aun el falso valor, en este mundo, mueve, con frecuencia, benemérito plectro, justo, muy justo es que las voces de todos, débiles y elevadas, roncadas y sonoras, se unen en concierto, para ensalzar el verdadero mérito! No te olvides que en el Ecuador, fervientes celebramos tu tercer centenario: ruega por nuestra Patria, acéptanos indulgente y óyenos propicia!

HE DICHO.

SANTA ROSA DE LIMA.

*Poesía del Sr. D. Joaquín Larrea y Iizarzaburu,
estudiante de Filosofía, y Secretario del
"Círculo Católico de Jóvenes."*

Del cielo trasplantada
A la orilla del Rímac cristalino,
Y siempre acariciada
Por aura embalsamada,
Cumplió una flor su terrenal destino.

Sencilla cual paloma
De albo ropaje de pudor vestida,
Y cual luna que asoma
Tras la nevada loma,
Apareció esa flor, flor bendecida.

Del sol el rayo ardiente
Su lumbre reflejó clara y hermosa
En esa nívea frente,
Tornando de repente
Su blanca tez, en encendida Rosa.

Como flor campesina
Por valla espesa de abrojos resguardada,
Así esa flor divina
De punzadora espina
Tiene también la frente coronada.

La Cruz fué su delirio,
Do ella encontró delicias celestiales ;
Su vida fué martirio ;

Y, perfumado lirio,
Levantóse entre espinas y zarzales.

Humilde y recatada
Como la flor de la violeta bella,
En la noche callada,
Del mundo separada,
Al cielo exhala férvida querella.

Y en plácida alegría
Las aves acompañan con su canto
A la plegaria pía,
Que en célica armonía
Eleva Rosa al Dios tres veces Santo.

Al oír aquel concierto,
Murmullo sordo de insectos á millares
Resonaba en el huerto,
Imitando el incierto
Y confuso rumor de mil cantares.

Cuando al rayar la aurora
Melodioso pulsaba su instrumento
Que ya gime, ya ora,
Y endulza y avigora
De su alma enamorada el tierno acento;

Las plantas y las flores
A la voz de su reina obedecían,
Y con blandos rumores
Sus tallos tembladores
A la tierra rendidos se volvían.

Del mundo americano
Primera flor en el jardín nacida,
En el suelo peruano
La plantó con su mano
El Sér que á todo sér infunde vida;

Mas de la tierra el hielo
Esa flor marchitó tan hechicera,
Cuyo incesante anhelo
Ambicionaba el cielo,
Que era su patria propia y verdadera.

Allí lozana y pura
Abrillanta y perfuma el paraíso ;
Y en divinal ventura
Cobró nueva hermosura,
Y hermana de los ángeles se hizo.

Allí resplandeciente
Aureola de mil luces peregrinas
Circundan ya su frente,
Que aquí rodeó paciente
De punzadoras y hórridas espinas.

DISCURSO

DEL SR. D. RAFAEL VARELA, ESTUDIANTE
DE JURISPRUDENCIA Y TESORERO DE LA
"SOCIEDAD DE LA JUVENTUD CATOLICA."

*De la virtud de castidad:—cuánto brilló en Santa
Rosa de Lima.*

Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Ilmo. Sr. Arzobispo,

Excmo. Sr. Presidente, Ilmos. Sres. Obispos, Señores:

Pasados aquellos aciagos tiempos en que incesantes tribulaciones eran la dura prueba á que el Altísimo había sometido á su pueblo creyente, despejada algún tanto esa atmósfera tenebrosa que amenazaba descargar sobre nos-

otros, para reducir á la Iglesia tal vez á las catacumbas y lanzar á la patria á un abismo, es un deber que también yo, desde la profundidad de mi acatamiento á vosotros, venga aquí con paso vacilante, y alce mi tímida voz para ofrendar al Sagrado Corazón de Jesús los encomios de una virtud cristiana excelsa, y las reminiscencias del perseverante anhelo con que la cultivó Rosa de Santa María, la Patrona de América.

Sí, con paso vacilante y tímida voz, porque labios profanos van á tratar de la virtud que espiritualiza al hombre, que funda la gloria de los santos y constituye la vida moral de los pueblos: la castidad, la virginidad.

No te escandalices, oh siglo diez y nueve, de que en la tribuna civil se hable de un asunto que no es para tributar alabanzas á tu decantada grandeza, sino para hecharte en cara la disipación ó incontenible licencia que te hacen decrépito ya y no te han dejado otra fuerza que la fisioa, con que se sostiene apenas tu cesante vitalidad.

La humanidad en todos los períodos históricos de su existencia, en todas sus evoluciones, en todos sus extravíos, nunca ha dejado de adorar y sacrificar: depositaria de la grande idea de un Sér supremo, recibida inmediatamente por su Progenitor, jamás ha podido renunciarla, porque no es dado á la criatura despojarse de su condición de criatura, como no lo es que el efecto sea causa de sí mismo. Esa fundamental idea, ora en su primitiva pureza, ora en su extrema confusión, era múltiple en sus formas, ó ya encarnada en la totalidad del universo, ha sido inseparable del hombre. Los pueblos idólatras, embarcados en sus ficciones, doblaron siempre la rodilla ante la divinidad y, en aptitud suplicante, le solicitaron clemencia y le ofrecieron víctimas expiatorias, reconociendo en el fondo una primitiva é indeleble culpa.

He consignado, Señores, un hecho de histórica evidencia, á fin de exhibir con él una circunstancia que le caracteriza: el sacerdote que se comunicaba con la divinidad y que celebraba sus misterios, era persona escogida, sobresaliente por su virtud, aunque fuera sólo intrínseca, y la víctima para que fuese purificante, immaculada debía ser. El hombre, por pagano que fuese, ha temido

profanar los altares y, en el abismo de su degradación, no ha perdido del todo la esperanza de rehabilitarse; por esto ha procurado ennoblecer al sacerdocio con la santidad, aun cuando ficticia, y buscar en la víctima la inocencia. Virgenes eran las sacerdotisas que guardaban el fuego de Cibeles, y la transgresión de su voto fué castigado con pena de muerte;—solitarias virgenes las que, en lo profundo de una caverna y en medio de estremecimientos, traducían los arcanos y pronosticaban lo futuro: del sacrificio estaban excluidos los animales inmundos, y los elegidos para víctimas eran rociados con el agua lustral. Si pues la humanidad, al influjo de groseras creencias, y rodeada de dioses aparentes, y contaminada con los vicios, ha conservado, de alguna manera, el ideal de su perfección en la pureza del sacerdocio y del holocausto, preciso es concluir que el sentimiento de esta virtud es la ley de sus aspiraciones cuando se preocupa de su inmortalidad.

Dejemos al idólatra en el loco empeño de adorar y sacrificar á un Dios que no existe! ni hablemos del politeísmo ni del panteísmo, sino para execrarlos como torpes errores y para deplorar los males que ha padecido la razón, toda vez que, impulsada por las pasiones, ha ido en pos de sus destinos eternos.

Cuando el hombre, alumbrado por la fe, juzga de la universal tradición acerca de la culpa originaria y estudia sus relaciones con Dios, está demostrado por todos los siglos que las ideas representadas por el sacerdote y la víctima son asquibles á su razón: percibe la realidad al través del símbolo, y su espíritu, en esta convicción, descansa tranquilo. Desaparecido el fantasma, queda la idea, se uniforma el pensamiento en la fe, y difundida la creencia, los pueblos y naciones forman un cuerpo moral sobre base duradera. Entonces la Religión es lazo común é inquebrantable, el sacerdocio magisterio bienhechor, y el sacrificio medio seguro de rehabilitación.

En: pero ¿ de qué manera se verificó esta trascendental mutación, después que el hombre, pervertidas las nociones de la justicia natural, vagaba maldito, en la noche oscura de su corrupción? No de otro modo que los cuerpos lanzados al espacio son atraídos á la tierra por el poder de su centro, el hombre era arrastrado á su perdición

por una fuerza que no podía resistir. Y, en efecto, llegó el día fatal de su ruina preparada: Dios envió el castigo que debía reducir á ocho individuos la innumerable progenie de Adán, porque ocho individuos habían guardado la ley y conservado la tradición. Mas la observancia de la ley consistía en la sencillez de las costumbres y en la santidad de la vida, conforme á la norma impresa en el alma. Para que Noé fuese digno de que Dios le hablara y le revelara sus designios, para que fuese el depositario de la palabra que había de ser el principio unitivo y santificador de las generaciones sucesivas, era preciso que su corazón fuese santuario de pureza y de inocencia. Por una parte la fidelidad del justo y la clemencia del Señor por otra, hé ahí la causa de tan trascendental mutación.

Dios no ha comunicado sus grandes verdades sino á varones distinguidos por la piedad y por la simplicidad de costumbres, y la piedad y la simplicidad de costumbres no tienen otra fuente pura que esa virtud nobilísima, angélica, denominada castidad: de ésta dependen aquéllas como los frutos dependen del tronco que les comunica la vida. Abraham siempre fué afable y caritativo con el peregrino, porque, contraído al cuidado de sus ganados, no había inficionado su simplicidad partoril ni empañado su distintiva inocencia, y esta santa ignorancia del mal, esta pureza del alma, atrajo á su casa la dicha de hospedar á los divinos Mensajeros, para recibir allí y sellar la nueva alianza que debía salvar al linaje humano.

Isaac procedió de la fe inquebrantable de Abraham y fué designado para representar el sacrificio cruento del prometido Mesías; y ¿quién podrá decir que el hijo de la fe y la víctima del Señor no fué ennoblecida con el dón precioso de la castidad y de la pureza? Jacob, cuando la venganza de Esaú le amenaza de muerte, posee la justicia; cuando para escapar se encamina á la Mesopotamia por mandato de su padre, la obediencia; cuando en el raso campo reclina su cabeza en una piedra, la humildad; y la ciencia, cuando predice á Judá la gloria de su tribu con la generación del Redentor. Mas esta jerarquía de virtudes no tienen asiento sino en el alma pura y en el corazón inocente.

Dios ama la castidad y la premia, y por esto los pa-

triarcas y profetas son sus representantes predilectos y sus anunciadores inspirados; Dios la premia, comunicándoles su espíritu y los arcanos de su Providencia; la premia Dios con las glorias del triunfo como á la heroica Judith. Dios castiga al impuro, y por esto las aguas sepultan en su seno la redondez de la tierra y el fuego del cielo devora las ciudades nefandas; le castiga Dios, y por esto los hijos de Canaán son condenados á penosa servidumbre.

En la distancia infinita que separa el mundo espiritual del mundo material, el hombre ha sido colocado en un punto céntrico, conteniendo los dos elementos en la escala y en la manera que le han sido determinadas por el Supremo Hacedor. Estudiando su constitutivo material, observaremos que nace, se desarrolla y, como todo lo inerte, perece, sin haber tenido siquiera en confuso, conciencia de la vida, mucho menos del Autor que se la dió; y por inimitables que parezcan sus formas y proporciones, no pasará de ser una belleza sensible como la belleza de una flor, como la belleza de un templo. La materia no conoce, pero el hombre comprende las leyes que gobiernan el universo y percibe las relaciones que conservan la perenne armonía con que todos los seres se encaminan á cumplir los eternos designios de la Providencia divina; el hombre halla fuera de sí la causa de su ser y deduce de aquí su dependencia ineludible y la necesidad de reconocerla en la obediencia; el hombre conoce y su conocimiento, supuesta la rudeza de su cuerpo, no puede emanar sino de su espíritu; conocer es poscer perfección; luego la perfección del hombre se funda en el conocimiento. La perfección de Dios, en su infinito conocimiento; por consiguiente, el hombre en tanto será más perfecto en cuanto se aproxime á ese conocimiento infinito, esto es, á Dios. ¿Y de qué manera conseguirá el hombre la perfección de su conocimiento? Daré perentoria respuesta. Si el cuerpo, reconociendo su natural vasallaje, se somete al imperio del espíritu, la razón, despreocupada del brillo deslumbrante de las pasiones, se expande libremente en las ilimitadas regiones del saber, y, alumbrada por la fe, cobra ánimo, se vigoriza y recorre tranquila la escala ascendente de su perfeccionamiento, hasta alcanzar victoriosa la intuición de la Verdad suma y del sumo Bien.

La castidad sujetando al cuerpo y encadenando las pasiones, hace brotar de esta aparente esclavitud esa libertad que poseen los ángeles, á la cual aspira el mortal por conquistar la verdad que santifica su espíritu y purifica su corazón.

Recorre el hombre una época feliz semejante á la de nuestros primeros padres antes de su fatal caída: en ella los años se deslizan sin que la esperanza inquiete el espíritu ni los temores turben la mente: durante ella el hombre se agita y crece, como se mueven y crecen las flores y las palmeras al influjo del sol vivificante y de apacibles vientos: su empeño es imitar, su lenguaje pedir, su ocupación obedecer. El niño ni con su movilidad incontenible disgusta, ni con sus miradas inconscientes ofende, ni con sus siempre improvisados actos injuria. Entonces el hombre es más bien ángel que hombre, y por esto los ángeles presiden sus juegos, los ángeles conjuran sus peligros. El hombre, Señores, empieza por ser inocente, es decir, empieza por ser feliz. Pero ¿qué es lo que hay allí en el niño? ¿qué fuerza escondida atrae á los ángeles á su morada? ¿qué misterio inspira á los hombres cariño tierno, respeto santo? No es la debilidad, porque somos débiles de la mañana al ocaso; no la hermosura, porque los ángeles están presentes ante el Autor de toda belleza: es la integridad del cuerpo, es la pureza del alma que, como diamante divino, brilla desde la profundidad de la tierra hasta las alturas del cielo—es la virginidad. ¡Maldito el Protestantismo que la insulta é irreverente empaña este límpido espejo donde se refleja viva la imagen de Dios; execrable aquel que con impúdico aliento corrompe este bálsamo primoroso contenido en vaso, sagrado sí, pero débil y quebradizo!

Nada hay que engrandezca más á la humana criatura, nada más glorioso que ser toda de su Padre celestial; nada más consolador que recorrer el espinoso camino de la vida con su guarda en los trances, con su asistencia en la soledad, con sus bendiciones en el bullicio, sus consejos y sus caricias en la oración. Tal dicha está reservada al que va en seguimiento de los designios eternos y ha hecho de su cuerpo un templo, de su corazón un altar, y de su alma un sacerdote, porque templo, altar y sacerdote,

son objetos que nunca desampara el Señor. De las vicisitudes del pueblo de Israel, el tabernáculo, y el arca, y los hijos de Leví, salieron incólumes y triunfantes, porque el templo, el altar y el sacerdote, aunque cosas terrenas en sí, llevan consigo el principio y el sello de la divinidad.—Dios cuida de las vírgenes, Dios habita en ellas, Dios les confía sus secretos, Dios oye sus plegarias, porque las vírgenes son su altar, su sacerdote y su templo.

Favorecida con este precioso dón de la virginidad y enriquecida con el cúmulo de virtudes y privilegios que le son anexos, brilla Rosa de Santa María en el coro de las vírgenes de América. Quien tiene la fortuna de recorrer su historia, en cada página suspende la atención para admirar, y en vista de esa como increíble familiaridad con Dios, el lector se llena de una efusión inefable y ardiente gratitud para con la Santa, porque al Amable por excelencia ha amado como debemos y como no podemos alcanzar á amarle. Niña de cinco años reflexiona, prevé y se anticipa á combatir con la impureza; combate y triunfa, y como bello despojo presenta á Jesús su abundosa cabellera. Y no sea que el vencido enemigo le acometa con sutileza traidora, va á Jesús y le jura castidad perpetua, y con este juramento levanta un fuerte para resistir en ulteriores luchas. Poco había pasado, y Dios que somete á prueba la fe prometida, pidiendo unas veces el sacrificio de un hijo único como al patriarca Abraham, ó mandando tribulaciones como á Job, llama á Rosa para que demuestre la realidad de su prometimiento. Su casa, si rica en virtudes, pobre era de rentas, y no tenía otro patrimonio que la cotidiana labor de Rosa. En semejante exigüidad, natural, lícito era el deseo que abrigaba la madre por mejorar de situación: pues ahí está Rosa, con su clara inteligencia y eximia hermosura, dibujando en la mente de su madre la síntesis de mejores días; pero la virgen prometida no puede, no quiere quebrantar su palabra: “¿Será buena correspondencia, contesta con su acostumbrada dulzura, ni será cordura dejar por un hombre á un Dios, lo eterno por lo que se acaba?” Torturada por las exigencias, recurre á su Esposo y le dice: “¿Para qué quiero yo los hombres teniéndooos á Vos? No quiero, Es-

poso mío, más riqueza que adoraros, ni deseo más conveniencia que serviros: esto he determinado, esto ha de ser; pero ¿cómo puede ser si Vos no me amparáis ?” La firmeza en los rigores de una prolongada necesidad y ante el poder de una madre insinuante, no debía retardar la correspondencia de su Esposo amado; así sucedió, cuando Rosa más humilde, cuando más cuitada, cuando más amante, cuando postrada de hinojos al pie del altar, ve apacible el semblante del Niño divino, y oye que le dice desde los brazos de la Madre Virgen: “Rosa de mi corazón, tú has de ser mi esposa.” Mas tarde el anillo del desposorio ciñe misteriosamente la mano de la Santa; y desde entonces Cristo vive en posesión de Rosa, y Rosa en posesión de Cristo.

Rosa constituída ya en tan adorable connubio, debió continuar el camino que labró su merecimiento, esto es, el camino de la Cruz: en efecto, una corona de espinas á la cabeza, una cadena de hierro á la cintura, doce horas de oración al día, ayunos á pan y agua, disciplina atroz que hiere fieramente su cuerpo inmaculado, fueron los obsequios de Rosa á Jesús. Y ¿qué recompensa le otorga su divino Esposo ? ; Ah! las maravillas que obra Dios para exaltar á sus amantes! A su amor inagotable no le basta el desposorio con Rosa: quiere manifestarle que ella es el objeto de sus complacencias. Cuando se ocupa en coser, el Niño la distrae con sus caricias; cuando está orando en el templo, el Niño se declara su Esposo; cuando rezando pasea un corredor, el Niño la rodea de luz celestial y afable la conduce de la mano; cuando abre su libro, amable, risueño Niño se le presenta en la página que lee; cuando el rigor de sus austeridades la hacen desfallecer, un ángel la asiste; cuando de la celda se encamina á su casa, un ángel la acompaña. Si quiere que la naturaleza alabe á su Autor, alabanzas canta un pajarillo, y las plantas se mueven y los robustos árboles se inclinan á la tierra, cuando ella se lo manda. Si desea vencer el sueño abrumador que la domina: “Levántate á la oración, hija, levántate, mira que ya es hora,” le dice y le repite la Madre de Dios.

¿ Por qué, pues, tanta importancia, tantos privilegios á la castidad? Después de lo dicho las respuestas abundan: porque la impureza ha perdido al mundo, y la casti-

dad le ha rehabilitado; porque la castidad es el fundamento de las virtudes, y la impureza el manantial de los vicios; porque la castidad nos purifica y nos restituye á la primitiva inocencia; porque la castidad sujeta al cuerpo, y liberta al alma y la hace capaz de penetrar las verdades más altas, de que el entendimiento mundano no es capaz; porque la pureza fué preferida en María; porque Dios es un espíritu puro y con pureza infinita es nuestro último fin y la plenitud de toda perfección; finalmente, porque Jesucristo amó tanto la castidad que, resignado á todos los oprobios, jamás permitió que se le acusara de impureza.

¡ Oh! si volvieran aquellos tiempos en que Rebeca solitaria y sin temores apacentaba en lejano campo los ganados paternos; aquellos tiempos en que Raquel, sin peligro de asechanzas á su honestidad, iba distante al pozo acostumbrado; aquellos tiempos en que José vendido triunfó sobre la impudicia, y santa Rosa de Lima sobre el ángel rebelde que tentó su pureza!

Santa Rosa de Lima, el suelo de América, rociado con tu sangre inocente, santificado con el delicioso aroma de tu pureza y por esto encomendado á tu paternal amparo, el suelo de América, manchado con dos atroces crímenes, hoy se expone á hundirse en la perdición. Una secta nefanda por su origen, infame por sus medios, maldita por su fin, ha conseguido izar su funesto pabellón en gran parte de nuestro Continente y pretende atraer hacia su sombra dañosa á la juventud incauta y al pueblo sencillo del Ecuador! Alcanza del Altísimo que la Juventud Católica sea el David exterminador de ese altivo monstruo que opera en las tinieblas y no exhibe sino las víctimas de su furor: sénos, Santa Rosa, leal y propicia como Jonatás, y revelándonos las asechanzas que nos prepara desde sus antros, apréstanos al combate; y, preservándonos de cohonestar con sus intrigas por humano respeto ó por vil temor, danos la gloria de luchar infatigables por la Iglesia católica y defender á su augusto Jefe con perseverancia filial!

HE DICHO.

**Plegaria de la República del Ecuador
al Santísimo Corazón de Jesús.**

SONETO

DEDICADO AL PBRO. DR. D. JOSE JULIO MATOVELLE,
Fundador de la "Sociedad de la Juventud Católica" de Quito.

¡ Oh mi Rey ! oh mi Dios ! mi fortaleza !
Si humilde me postré cabe tus aras
A consagrarte cuanto me otorgaras,
Juventud, libertad, gloria y riqueza ;

Si de mis hijos es la única alteza
El creer y seguir lo que declaras,
Mostrando al mundo las señales raras
Del amor que á Tí solo se endereza ;

¡ Librame, Señor Dios, del inaudito,
Horrendo crimen de abjurar tu nombre !
Pierda más bien la vida en que me agito,

Triste mi suerte al universo asombre ! . . .
Mas no temo, oh Jesús ! . . . que su reparo
Tu CORAZÓN me brinda : . . . en él me amparo ! . . .

MANUEL M. PÓLIT.

Desposorio de Santa Rosa de Lima,

SONETO

DEDICADO AL SR. D. FAUSTO ORTIZ DE ZEVALLOS,

Delegado que fué de la "Sociedad de la Juventud Católica" de Quito,
en las fiestas del 3r. Centenario de Santa Rosa, en Lima.

Cual de nuevo pensil la flor primera,
Tesoro de fragancia y lozanía,
Abre su cáliz, al nacer el día
Bañado con el sol de primavera ;

De América feliz en la ribera,
Plantada por Jesús con mano pía
Brotó una Rosa, cuyo seno ardía
En el fuego de amor de Quien la hiciera ;

Y mostróse tan bello su semblante,
Su olor tan exquisito y regalado,
De su virtud exhalación preciosa ;

Que el Dueño, convertido en dulce Amante,
Le dijo al fin, con tono apasionado :
¡ Rosa del Corazón, sé tú mi esposa !

MANUEL M. PÓLIT.

DISCURSO

DEL SR. DR. R. AURELIO ESPINOSA, SECRETARIO DE
LA "SOCIEDAD DE LA JUVENTUD CATOLICA."

Dedicado al Sr. D. Fausto Ortiz de Zevallos, Delegado que fué de
la misma Sociedad, en las fiestas del tercer Centenario de
Santa Rosa, en Lima.

*Medios de que se valen los Santos y los mundanos
para buscar respectivamente la gloria de Dios y la
del mundo;—cómo los empleó Santa
Rosa de Lima.*

Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Ilmo. Sr. Arzobispo,

Excmo. Sr. Presidente, Ilmos. Sres. Obispos, Señores:

La ciudad de Quito, piadosa siempre y entusiasta cuando trata de dar una prueba de su religión y fe, se ha esmerado esta vez en lucir la sinceridad de sus sentimientos cristianos, tiernos y fervorosos. Para conseguirlo ha celebrado el segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús, con tanta magnificencia, que á no dudarlo esta festividad quedará grabada de una manera muy especial en los anales de nuestra historia religiosa.

No ignoráis, por otra parte, la simpatía que el Ecuador ha tenido por aquella flor purísima que el Corazón divino escogió para esposa suya, y la América en general como su patrona y protectora; esa simpatía y amor, unidos á la admiración por las grandes y heroicas virtudes de la Santa, nos han decidido á consagrar una parte de nuestros cultos á Rosa de Lima, la primera santa del suelo americano.

Nosotros, Señores, hemos querido también contribuir, por humilde que sea, con nuestro contingente, dedicando á honra suya esta velada, en la que, si nuestros esfuerzos no alcanzan á la medida de nuestros deseos, habremos siquiera tributado homenaje de veneración y respeto á la ilustre Limeña. En esta fiesta haría contraste en mi persona la

predilección por nuestra Santa con el pobre y mezquino des-
empeño, toda vez que éste debiera corresponder, de algún
modo, á la muestra de particular estima con que me han
favorecido las Sociedades Católicas del Perú, al nombrarme
representante suyo en este segundo centenario del Sagrado
Corazón. Esta circunstancia me obliga ahora, más que
nunca, á reclamar vuestra indulgencia durante los cortos
momentos que os hablaré de los medios que escogien los mun-
danos para conseguir la gloria del mundo y de los que po-
nen en práctica los santos para alcanzar la gloria de Dios;
después consideraremos cómo usó perfectamente estos últi-
mos Santa Rosa de Lima.

¿Quién no ama la gloria? ¡Ah! Señores, es éste un
sentimiento tan general y profundamente arraigado en el
corazón humano, que apenas habrá persona que no se sienta
animado por él. Nótese, eso sí, que entre los mundanos y
los santos hay notable diferencia en la manera de buscar y
conseguir la gloria; pues los primeros la persiguen y se afa-
nan por obtenerla, en tanto que los segundos no se preocu-
pan de ella; los unos la buscan en sí mismos y para prove-
cho propio, los otros en Dios y para honra suya; los mun-
danos rara vez la consiguen, los santos siempre la alcanzan;
la de los primeros va á menudo acompañada de maldiciones,
tristes recuerdos y amarguísimas lágrimas, la de los segundos
de dulces alabanzas, gratas memorias é impercederas ben-
diciones; la de aquéllos es punto menos que transitoria y
efímera, la de éstos firme y estable. Volvamos, si no, la
vista al pasado, y sin retroceder muy lejos contemplemos
las glorias de nuestros conquistadores, y quedará manifiesta
la verdad de lo que acabo de enunciar. ¡Cuántos de los que
en ese entonces brillaron como astros esplendorosos en la os-
cura noche de aquellos tiempos, son ahora apenas conocidos
por letrados é historiadores! ¡y cuántos hay de aquellos, cu-
yo recuerdo, aunque traiga consigo grandes hazañas y he-
chos de tanta trascendencia como la instalación del cris-
tianismo, se oscurece con los vapores de la sangre que derra-
maron para enseñorearse de estas tierras! El ruido de sus
empresas heroicas ¿no se ahoga entre los quejidos de las víc-
timas, que en las angustias de la muerte claman venganza
por las crueldades contra ellas perpetradas? Así pues,
aunque por una parte pretextaban la gloria de Dios y el dar á
conocer su nombre, como no era esto su fin, sino que
de ello se servían como medio para el logro de sus intere-
ses y del renombre ambicionado por los mundanos, encon-
traron la gloria para éstos preparada, gloria tan llena de sin-

sabores, como efímera y transitoria. Al paso que si contemplamos la fragante flor que por esos tiempos brotó, de la preciosa semilla suelta por Dios en el jardín de la naciente América, veremos que la cercaron todos los resplandores de la grandeza y la fama, no obstante haber procurado ocultarse entre sus compañeras, cual humilde violeta que aspira sólo á embalsamar el aire con su perfume, sin ser de nadie conocida. Esa gloria, muy al contrario de la terrestre, no tanto está consignada en archivos y en páginas históricas, cuanto en el fondo de cada uno de los corazones del Perú y aun de la América entera; todos, grandes y chicos, pobres y ricos, miserables y poderosos, nobles y plebeyos, conservan el recuerdo de Santa Rosa, con toda la veneración y el amor que les infunde el ejemplo de sus heroicas virtudes. No son las maldiciones de los desgraciados, ni las quejas de las víctimas, ni el odio de los vencidos, los que circundan el carro triunfal de la Esposa del Divino Corazón; no, Señores, son los Angeles, que coronados de rosas, y la palma en la diestra, van en alegre porfía llevando las bendiciones que desde la tierra han subido al ciclo á honrar á nuestra Santa; esas bendiciones se han transformado en vaporosas nubes de oloroso incienso; y las lágrimas de gratitud de los desvalidos que de ella reciben algún favor, hanse cambiado en perlas de subidísimo precio que adornan y embellecen su diadema; vese también á la fama que con sonora trompa va pregonando por los cuatro vientos, cuáles fueron las virtudes que usí trocaron á una humilde florecilla de las Indias en columna firme y hermosa de la Iglesia.

Y nótese de paso, que en los misericordiosos arcanos de la Providencia, viene siempre corrigiendo y como atemperando á la gloria del mundo la de los santos, para que en singular contraste sirva la una como de expiación por los desafueros de la otra.

Así, á fines del siglo XVI, se echa de ver que brillan las hazañas, sublimes según el mundo, de los primeros conquistadores, junto á las preclaras, pero modestas virtudes de Rosa de Santa María; y sirven éstas de contrapeso en la divina balanza, á las crueldades de aquéllas; y á la sangre de los infelices indígenas, la noble y pura de la tierna doncella, derramada en inconcebibles tormentos de voluntaria penitencia.

Una vez que hemos examinado los diversos caracteres que se distinguen en la gloria de los santos y la de los mundanos, dilucidemos ahora qué sea la gloria. Si hemos de dar una definición filosófica, diremos que ella no es sino el homenaje que la posteridad tributa á las virtudes de aque-

llos que en su vida supieron granjearse inmarcesible corona, á fuerza de altas virtudes y heroicas acciones. De esto se deduce que quien aspira á conseguirla, deberá arreglar de tal suerte su conducta, que á los ojos de sus semejantes, las virtudes que practique sean dignas de transmitirse á la posteridad, ya por su intrínseco valor, ya por el benéfico influjo que ellas ejerzan en la sociedad. Si, pues, estamos tratando de los medios de que se valen los Santos para conseguir la gloria, y si ésta no se adquiere sino por el constante ejercicio de sobresalientes virtudes, permitidme echar una rápida mirada sobre aquellas, que siendo el fundamento de las demás, son como el distintivo con que se han señalado los Santos, y las mismas que á Rosa de Lima le dieron aquel grado de superioridad que la colocó en el número de los bienaventurados.

Desde luego no puede negarse que la humildad es la base de todas las virtudes, y la entrada del estrecho camino por el cual tiran las almas heroicas. Pero los mundanos, para quienes la gloria consiste en elevar su nombre haciéndolo brillar sobre el de sus semejantes, los mundanos que sólo buscan la gloria en sí mismos, confiando en el valor de sus propios esfuerzos, los mundanos, digo, que no se juzgan grandes sin ver á sus pies postrados á sus hermanos y abatidos unto su omnipotente voluntad, no pueden nunca emprender la senda de la grandeza apoyados en la humildad. Para ellos la nobleza, el poderío, los bienes de fortuna, el ingenio, la hermosura, todos los dones, en fin, con que se han visto favorecidos por el cielo, sírvenles tan sólo para alejarse más del conocimiento de sí mismos, llenándose de orgullo y vanidad con la contemplación de aquellos privilegios que los realzan sobre los demás.

De muy diferente manera proceden los santos. Ellos no aspiran á sobresalir, sino que tratan de ocultarse á las miradas indiscretas del mundo, dedicando libremente su vida entera al retiro y á la oscuridad. Allí buscan á Dios para tributarle el homenaje de su gratitud; y como saben que los primeros en la vida eterna fueron los últimos en la presente, aman las humillaciones y los desprecios, viendo en ellos la más excelente escuela para dirigirse á su Hacedor. Por lo mismo, gustan de la pobreza, como de la mejor amiga y consejera, y con ella aprenden que no son los goces del oro los que más satisfacen el alma, y proporcionan bienestar al prójimo, sino que al contrario las riquezas por lo regular, endurecen el corazón, fomentan el egoísmo, y á menudo se buscan en las lágrimas de la viuda y los sudores del trabajador. De esta manera solamente, se explica cómo los humildes go-

zan tanto en renunciarse á sí mismos y encuentran su mayor ventura en las tribulaciones, ya que sólo esta gran virtud es capaz de hacer bendecir la mano del Dios poderoso que castiga para premiar más tarde; y ya que ella sabe también manifestar cuán merecidos y justos son los dolores con que nos vemos afligidos, sin que el recuerdo de pasadas iniquidades produzca lágrimas de amarga desesperación, sino de dulce esperanza en la infinita misericordia y de eterna gratitud hacia ella. Por eso los humildes no tienen, cual los soberbios de la tierra, la frente erguida como nota de prepotencia, sino más bien inclinada al suelo, de donde se alza tan sólo para invocar el poder de Dios, único fuerte y valedero. Así se diferencian los mundanos de los santos, porque los unos tienen por maestro á Satanás, los otros á Jesús, que, siendo Dios, subió humillado á la cumbre del Calvario.

Otro de los medios de que pueden valerse los hombres para transmitir su recuerdo á la posteridad, es el de ocupar su vida en hacer el bien á sus contemporáneos. Como sucede en todas las cosas, los mundanos y los santos andan por opuestos caminos en el uso de este medio; pues, en aquéllos, esta virtud llega apenas á ser mezquina y pálida filantropía, y en éstos resplandece como encendida llama de caridad. Quienes aspiran á la gloria mundana hacen bienes y muchos, pero sin mérito las más de las veces, puesto que ellos son hijos, ó del egoísmo, ó de calculado interés. Sus favores son en todo caso medidos y guardan proporción con el futuro provecho; no es la compasión de las ajenas desgracias la que les tiende la mano: es la necesidad de buscar nuevo instrumento para su ambición, una trompeta más que aclame sus virtudes, para que recogiendo esos ecos la fama los trasmita á las generaciones venideras. No así los santos: ellos buscan en los beneficios hechos á sus hermanos, un medio de agradar á Dios y darle á conocer y bendecir; olvidados por completo de sí mismos, cifran su mayor ventura en ir sembrando el bien y en recoger sus sazonados frutos. Quienes viven la vida de caridad saben lo que es amor, y los que sienten arder en su pecho la llama del amor, comprenden y practican lo que un esclarecido filósofo, el P. Luis Taparelli de la Compañía de Jesús, expresa en estos términos: "El efecto natural del amor es el sacrificio de sí mismo al objeto amado, y su transformación en él, mediante su más perfecta imitación." Hé aquí el origen de esos actos heroicos, de esas hazañas imponderables que dejan absortos al cielo y á la tierra: los santos imitando la caridad de Jesús, se han transformado también en víctimas de amor, en pro de sus hermanos. No extrañemos, por tanto, que los

grandes según el mundo, no sean capaces de comprender lo que significan las palabras *sacrificarse por amor*, á no ser por amor propio, que entonces no merece el nombre de sacrificio. Jesús, tipo y modelo de esta virtud es el maestro de los santos, y ninguno que haya anhelado por la gloria de Dios, habrá ejercido la caridad de otro modo sino en el sacrificio; todo santo ha tenido también su calvario, al que ha subido con paso firme, y ofreciéndose como holocausto de expiación de los delitos propios y los ajenos. Así que la humildad unida á la caridad han servido siempre como de fundamento á todas las otras virtudes de los santos, imitadores del divino Modelo de toda perfección.

Jesucristo nos ha enseñado también que tiene particular amor á quienes le siguen por otra senda, no menos escabrosa, y paralela á las dos anteriores. Ya comprenderéis, Señores, que hablo de la pureza, de esa virtud heroica, que ha sido el distintivo de todos los santos. Por lo que hemos dicho se verá que la castidad no mora en los alcázares de los poderosos, porque huye de los sitios donde la molicie y el placer encuentran su regalo; medrosa como es, se aparta de las mansiones donde el amor de Dios no se ostenta triunfante y sin segundo. ¿Cómo puede amar la pureza, quien cuida sobre todo de su cuerpo y le rinde vasallaje? ¿cómo puede amarla, cuando se ve precisado á abastecer su mesa con succulentos manjares y vinos deliciosos? ¿cómo puede ser puro, quien huye las asperezas y se horripila al solo nombre de *sacrificio*, cosa estéril según el mundo? Únicamente los santos pueden amar la pureza, la virtud más heroica y noble, pues ella eleva al hombre á la altura de los ángeles, si me es permitido decirlo; la castidad purifica, como en crisol todas las imperfecciones de la materia y nos prepara una corona de inmarcesible gloria. El Cordero divino nos ha mostrado cuánto ama esta virtud, pues asiento de especial privilegio y honor tiene preparado para las vírgenes en el banquete celestial. Sólo el apóstol que se mantuvo íntegro, disfrutó en la tierra la felicidad de que en su pecho se reclinara la cabeza de su Dios y amigo, Jesús de Nazaret; y entre las mujeres la única que reunió, por singular maravilla los nobilísimos títulos de Virgen y Madre, fué Maria, porque Jesús no podía nacer de quien no se viera adornada con tan alta prerrogativa. Los santos, que todo esto lo saben, aman la castidad tesoro de precio sobrehumano; y de ahí la razón por que la pureza, lo mismo que la humildad y la caridad, no falta nunca á quien aspira á ser grande con la gloria de Dios.

Entremos ahora á respirar la fragancia de aquella flor purísima, dechado de las más brillantes y heroicas virtudes, de la Esposa del Corazón Divino. Este recuerdo nos hará ver cómo Rosa de Lima sólo aspiró á la gloria de los santos, y cómo sin desearlo consiguió la gloria más sólida é impercedera en este bajo mundo.

El día 30 de Abril de 1586 fué el destinado por la Providencia para regalar al suelo de América, á la inimitable virgen, Rosa de Santa María. Su nacimiento, que fué precedido de los más felices augurios, dió luego motivo para comprender que la inocente niña iba á ser más tarde la poseedora de excelsas y singulares virtudes. Dotada de un natural apacible y dulce, desde sus más tiernos años dió pruebas evidentes de su mansedumbre y resignación, preparándose así á la lucha que mas tarde iba á sostener con el mundo. En el tiempo de su niñez manifestó la humildad llevada al más alto grado, esmerándose, desde entonces, en obedecer sumisa y alegre las órdenes de sus padres, por contrarias que fuesen á su voluntad, y en desempeñar los quehaceres domésticos más bajos con rostro risueño y alegre corazón. Así pues, conforme iba avanzando en edad fué también creciendo en esta virtud, que sobresale más y más en el curso de su vida penitente. Amó siempre el silencio y el retiro, en donde se entregaba á las dulzuras de su Divino Esposo. Supo Rosa de Lima ser la última en su casa y en todas partes, prestando sólo el humilde contingente de su trabajo, rehuyendo toda alabanza y recompensa, segura de que sólo así agradaría á su celestial modelo, que en la tierra quiso llevar vida de artesano, enseñándonos de este modo que sólo en la humillación hemos de encontrar el camino de la verdadera grandeza. La humildad de Rosa supo también hacerla sobrellevar la amarga prueba á que la sometieron estériles y largos desconsuelos en la oración, cosa tanto más grave y dura para ella, cuanto que el único bien á que aspiraba y el único que satisfacía los encendidos ardores de su alma, era la comunicación constante con su amado Jesús. Así, el historiador de su vida (1) nos refiere que su humildad en las pruebas á que se vió sometida fué premiada por Dios con muestras muy ostensibles de su amor y complacencia con visiones y éxtasis que sólo reserva para sus predilectos. Que la Santa, dice el citado autor, lograrse con frecuencia y acaso cada día de estas celestiales delicias, se colige, más que probablemente, de que si alguna vez tardaba el divino Infante y no asistía al tiempo acostumbrado, solía la Virgen

(1) El Dr. José Manuel Bermúdez.

lamentasse en voz sumisa y baja, prorumpiendo en las más sensibles quejas que esparcía el viento, confuso el corazón, y cubierta de tristeza, de que ya era llegada la hora de las doce en que la honraba su Amado y aun no se acercaba.”

De este modo premiaba Jesús la humildad de Santa Rosa, virtud á la que acompañó siempre, la caridad más encendida. Víctima del amor á los hombres, consagró su vida como ofrenda de expiación por su patria y por todos sus conciudadanos. Al recorrer las páginas de su historia, no puede uno dejar de sorprenderse contemplando el altísimo grado que alcanzó en el ejercicio de esta virtud. De modo que es distintivo característico de Santa Rosa el propio de su Divino Esposo, el amor; pero el amor puro, grande, heroico, fuente inagotable del sacrificio más desinteresado que puede concebirse. La llama de amor en que ardía por sus hermanos se alimentaba en una hoguera más grande aun, que consumía su pecho, haciéndola desfallecer dulcemente en brazos del Amado de su corazón. Al contemplarse en ellos con inefable éxtasis de amor, prorumpía en quejas como éstas: “¡Oh Señor mío! ¿Cuándo te amarán todos como lo mereces? ¿Hasta cuando has de sufrir que te pierdan el respeto y te irriten los pecadores? ¡Quién pudiera hacer que todos conociesen cuán digno eres de ser amado, y acabasen de entender que mereces ser querido por quien eres y no por el temor servil de las penas ó por el interés del premio! ¡Ea, Señor, haced que os amen como es razón! Sucad la aljaba, tirad por todas partes saetas encendidas en vuestro purísimo amor y broten en los corazones llamas é incendios! Que todos, Señor, os sirvan y se os rindan á las suaves violencias de la caridad y destilen en honor vuestro fragantes bálsamos de piadosos afectos! A Vos, amabilísimo Jesús, se os ofrezcan esos olores, á Vos que estáis tan abrasado y á quien tiene tan inquieto el amor á los hombres!”— ¡Qué palabras! Señores. Ellas por sí, y sin necesidad de comentario alguno, encierran un poema entero de amor y sentimiento. Una alma y un corazón capaces de sentir de esta manera, manifiestan bien claro cuán grande era el amor en que se abrasaban por su amabilísimo Jesús. Llamadas tan vivas como éstas tenían que exteriorizarse, comunicándose á los demás y haciéndoles sentir toda la suavidad que la Santa experimentaba. Por eso Santa Rosa era en Lima el consuelo de los afligidos, el alivio de los necesitados, el socorro de los menesterosos y la salvaguardia de la ciudad muchas veces amenazada con la cólera divina, pronta á estallar en justa y merecida venganza. De este modo

logró Santa Rosa atraer sobre sí las bendiciones de su época y las de la posteridad, haciéndose, sin quererlo, grande á sí misma y tributando á Dios la gloria que para El ambicionaba, como ambicionan los Santos.

La pureza fué otra de las virtudes amadas con preferencia por Santa Rosa. Concibió de ella tan alta idea, desde sus mas tiernos años, que cuando apenas contaba cinco se consagró perpetuamente á Jesucristo, sellando esta unión con el voto perpetuo de virginidad, que guardó con el mayor esmero, y consideró como su mejor titulo, para acercarse á Jesús. Flor tan hermosa y pura, y que despedía los más suaves y fragantes aromas, llegó á cautivar el Corazón del bondadoso Jesús, quien al contemplarla tan bella y digna de sí, no pudo resistirse á llamarla suya, declarándose en estas palabras: "Tú eres mi Esposa, Rosa de mi Corazón." Entonces celebró con El un desposorio divino que tuvo por testigos á los ángeles, y que en vida hizo de Santa Rosa una creatura bienaventurada.

De este modo llegó Rosa de Santa María á conseguir la fama de santa, durante su vida, logrando, sin suberbo, adquirir gloria para sí, al anhelar tan sólo honor y alabanza á Dios. Su divino Esposo hizo conocer bien pronto el amor que había profesado á la flor escogida en el jardín de sus virgenes y permitió que la santidad de Urbano VIII, en 13 de Enero de 1669 la incorporara en el Martirologio Romano con estas palabras: *Lymae in regno Peruano Beatæ Rosæ de Sancta Maria Virginis tertii ordinis Sancti Dominici*; habiendo sido nombrada el dos del mismo Enero la patrona principal del Perú y de la América.

Así la orden de Santo Domingo consiguió, por entonces, la esclarecida honra de contar entre sus filas una Santa heroica en virtudes y que mereció ser proclamada la patrona principal, no solo de su país, sino del Continente de Colón.

Cuatro palabras más y termino. Aunque parezca ajeno del presente discurso, no dejaré de tributar mi homenaje de gratitud á las Sociedades Católicas del Perú. Cuando en Abril del presente año se celebró el tercer Centenario de Santa Rosa, la "Sociedad de la Juventud Católica" tuvo á mucha honra hacerse representar en tan solemne fiesta, y entonces nuestro Delegado fué recibido con las mejores muestras de amistad y simpatía. Ahora que, á nuestro turno, celebramos también nuestro Centenario, las Sociedades Católicas de nuestra vecina hermana han solicitado verse representadas en él, y han elegido para esta delegación á quien os dirige la palabra, dándole con este cometido tan

inmerecida honra, que no la habría aceptado, si uno de los motivos que á ello le han impulsado no fuera el de dar con esto lustre á la Sociedad á que tiene la satisfacción de pertenecer.

Tan ostensibles lazos de simpatía entre las Sociedades Católicas de uno y otro país, hacen nacer en el corazón grandes esperanzas para el bienestar religioso de ambas Repúblicas. La Juventud, esperanza del porvenir, y flor lozana que luego dará toda su fragancia, tanto en el Perú como en el Ecuador, eleva ya sus miradas al Cielo, y busca allí el remedio para las desgracias que traen agitadas á las sociedades modernas. Una y otra Nación han celebrado solemnes Centenarios, que despiertan el sentimiento religioso de una manera indecible; y aprovechándose de tan buenas condiciones, daránse estrecho abrazo de fraternidad cristiana, para pelear juntas el buen combate contra la impiedad que las amenaza.

Santa Rosa en el Perú y el Sagrado Corazón de Jesús en el Ecuador, tenderán sus mantos para preservar á las dos naciones y hacer de ellas porción escogida para el Cielo.

HE DICHO.

AL COMBATE.

POESIA DEL SR. D. N. CLEMENTE PONCE, ESTUDIANTE DE JURISPRUDENCIA Y BIBLIOTECARIO DE LA "SOCIEDAD DE LA JUVENTUD CATOLICA."

¿Quién en los tiempos de la edad presente
Permanece tranquilo, indiferente
A la del mundo gran revolución?
¿Quién hay que al prepararse la tormenta
Impávido se muestre, sin que sienta
En el pecho agitarse el corazón?

Negras y borrascosas tempestades
Continúen las humanas sociedades,
Por doquier se oye el trueno retumbar ;
La demagogia audaz, loca y atea,
Blande en la diestra asoladora tea :
; El incendio está próximo á estallar !

Mientras del mal altivos los soldados,
Por infernales lazos hermanados,
Sacan su fortaleza de la unión ;
Los hijos de la luz duermen inertes
Mas no : preciso es ya que te despiertes,
; Oh de Cristo impertérrita legión !

¿ No ves ; ay ! cuánto el enemigo avanza ?
Ya el triunfo te disputa, ya te alcanza
Deja á un lado ese sueño matador.
¿ No oyes el grito que te llama á guerra ?
Apercíbete pronto, y en la tierra
Si combates serás el vencedor.

Mas, antes de pelear, sube al Calvario,
Toma la cruz, penetra en el santuario,
Y allí bebe en la fuente del amor.
Y por lauros la frente coronada ;
Luego levantarás, pues así armada,
Será tu escudo el Corazón de un Dios.

DISCURSO

DEL SR. D. MANUEL MARÍA PÓLIT,

ESTUDIANTE DE JURISPRUDENCIA, Y PRESIDENTE DE LA
"SOCIEDAD Y CÍRCULO DE JOVENES CATÓLICOS."

*Que la fuente más pura de poesía, entre las humanas,
se halla en la vida de los santos.*

Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Ilmo. Sr. Arzobispo,

Excmo. Sr. Presidente, Ilmos. Sres. Obispos, Señores:

El sentido común, aquella ciencia intuitiva del pueblo, aquella sabiduría otorgada por Dios á los humildes y pequeños que no han pervertido su corazón, ha encontrado siempre en la vida de los santos riquísimo venero de la más aquilatada poesía. Aun prescindiendo de la historia patriarcal y heroica de los hebreos, desde la fundación del cristianismo ha quedado impresa en la memoria popular la figura de los santos, con aureola tan bella y esplendente, que, á su vista, de labios inexpertos han brotado raudales de poesía sencilla y pura,—cuando los mismos santos no han sido los maestros de ella,—poesía que es la fuente primitiva de las literaturas modernas, así como límpidos arroyos son el origen de caudalosos ríos. Recórranse, si no, esas áureas leyendas, encanto de las varoniles naciones que empezaban á desarrollarse, vencida ya la metrópoli del mundo; recuérdese que la literatura italiana cuenta entre los antecesores y maestros del Dante á San Francisco y sus compañeros; que la francesa empezó á balbucirse en boca de San Bernardo; y la española, en medio del fragor de una cruzada continua, cuyo primer capitán era Santiago.

Esto que por instinto siente el pueblo, viene á comprobarse fácilmente, si uno se para á considerar que la santidad es, entre las humanas, la fuente más copiosa y pura de poesía: lo que procuraré dilucidar con algunas razones propias

cionadas á mis débiles alcances, y con el ejemplo de la incli-
ta ROSA de Santa Maria, no sólo insigne gloria, sino también
dulce y poético hechizo de la América cristiana.

La poesía, Señores, no puede comprenderse ni expli-
carse, si ante todo no se pone en claro el concepto de la be-
lleza. ¡La belleza!— todos la sentimos en mayor ó menor
grado; todos corremos tras tal ó cual de sus aspectos: po-
cos son los que llegan á descubrirla y á consagrarle el tribu-
to de su admiración y amor. No de otra manera cada cual
se apresura en ir en pos del bien que imaginó su fantasía,
haciéndolo objeto final de todas sus acciones; mas ¡cuán
pocos dan con el verdadero bien, y amándolo llegan á alcan-
zarlo! Aquí se nos presenta ya una semejanza exacta entre
la belleza y el bien, semejanza muy natural, supuesto que
la belleza no es otra cosa que el bien revelado al hombre en
forma esplendorosa (1).

Según el dicho de Platón, la hermosura es el esplendor
de la verdad y el bien: lo que un poeta francés de nuestro
siglo tradujo diciendo (2):

Le beau, c'est vers le bien le sentier radieux;
C'est le vetement d'or qui le pure á nos yeux.

*Hacia el bien clara senda es la hermosura,
Y le cubre cual áurea vestidura.*

No me detendré, Señores, en refutar á los filósofos y
literatos materialistas, que confunden lo bello con lo agrada-
ble y lo útil, ó peor aún, lo prostituyen hasta reducirlo á la
forma artística del cuerpo deleznable, mostrándose en esto
inferiores á los mismos paganos. Dejaré, pues, sentada la
definición de la belleza, tal como nos la da el ilustre y ma-
logrado jesuita P. José Jungman, Profesor de la Universi-
dad de Insbruck, en su curso de Estética (3): definición que
resulta de las más prolijas indagaciones y se afianza en las
más sólidas pruebas: “La belleza de las cosas no es sino su
“intrínseca bondad, por la cual excitan la complacencia del

(1) *Bonum cum quadam claritate.*

(2) Brizeux, *Hymne dédié à M. Ingres*

(3) *La Belleza y las Bellas Artes según las doctrinas de la
filosofía sacrática y de la cristiana.* por José Jungmann, sacerdote
de la Compañía de Jesús, profesor de Teología en la Universidad de
Insbruck, traducida directamente del alemán por D. Juan M. Or-
tí y Lara. — Madrid, 1873.—pág. 167.

“espíritu racional, según que dicha bondad, en virtud cabalmente de esta complacencia, llega á ser la razón del deleite que experimenta el espíritu que la contempla.”

Ahora bien, conocida la belleza, pregunto yo qué es la poesía. ¿No es verdad que es poético todo lo bello? Y como la de belleza es una de las primeras ideas que brotan de suyo en la mente humana, si todos somos capaces de sentir y comprender algún tanto la hermosura, ¿no seremos también, por poco que sea, algo poetas, como dice, con experiencia atemperada por su punta de malicia, el adagio popular? Pero no á todos ha concedido el Criador la facultad de expresar lo que sienten, y otros muchos no saben hacer fructificar este dón precioso, y queda oculto como el mineral en la mina abandonada. La poesía es, pues, el vivo sentimiento de la belleza, expresado en forma adecuada. Si la hermosura es verdadera, la poesía lo será también; si es la hermosura falsa y engañosa, la poesía no podrá menos de serlo.

Generalmente hablando, la comunicación entre el objeto hermoso y el ánimo del poeta, que lo contempla y ama, y lo expresa á los demás hombres, ésa es la inspiración; como si dijéramos el efluvio que se desprende del objeto bello y penetra hasta las profundidades del alma del poeta. Mas, en sentido estricto, no se denomina inspiración sino la misteriosa luz que brota, una que otra vez, del seno de la hermosura, y arrebatada las potencias y sentidos de algunas almas privilegiadas, y les revela espectáculos nunca vistos, melodías nunca oídas por las almas vulgares. Ya no es el cristalino licor que filtra por los poros de la piedra y se recoge gota á gota: es la vena de aguas clarísimas que salta al golpe de la vara de ese Moisés que se llama el Genio.

Echemos la mirada en torno nuestro para buscar los manantiales de la poesía, y sólo encontraremos tres: la materia, el espíritu, la divinidad, debidamente subordinados los dos primeros al último.

Dios, que es la causa de la existencia y conservación de los seres, debe considerarse necesariamente como belleza soberana y fuente inagotable de toda hermosura; porque toda cualidad de los seres criados es débil reflejo de alguno de los divinos atributos; y, si atendemos al elemento intrínseco de la belleza, es decir, á la bondad, notaremos aun más claramente que aquélla dimana de Dios, ya que todo bien no puede ser tal si no está relacionado con Dios, como el fin inmediato con el fin último.

La materia se nos revela poéticamente en la naturaleza, esto es, en el conjunto armonioso y bello de las cosas criadas, desde los astros que giran en sus órbitas inconmensura-

bles hasta el microscópico insecto que se esconde en la grama. A la hermosura de la naturaleza podría muy bien aplicarse con toda propiedad la definición genérica de Bossuet: *el orden visible*. ¡Qué admirable proporción en todas sus partes! qué sorprendente unidad en la casi infinita variedad de los seres que la componen!

Si ascendemos á la elevada región de los espíritus, la naturaleza se eclipsa, ya que aun su propia hermosura no sería completa si no la revistiésemos como con el manto del mundo espiritual. Este nos hace contemplar la imagen viva de Dios, ora en los celestiales mensajeros que de continuo le rodean, ora en el hombre criado por El á semejanza suya. No hablaré de los ángeles, porque, en mi sentir, no encierran, á lo menos por ahora, tanta poesía para el hombre como el hombre mismo, ya por serle más desconocidos, ya por no reunirse en una la naturaleza corpórea y la espiritual, cada una con su peculiar belleza, juntas ambas en admirable consorcio.

Porque éste es, en efecto, el carácter especial de la belleza humana, el de juntar dos bellezas tan distintas y separadas como la material y la espiritual, subordinándose aquélla á ésta, de tal modo que, á los ojos del sabio y del hombre de bien, la hermosura del cuerpo cubriendo la fealdad del alma es despreciable, repugnante y horrible. El cuerpo del hombre es menos robusto que el del león, menos ágil que el de la gacela; carece del vistoso ropaje de las aves, y de la potente coraza de algunos reptiles; pero animado con la vida del alma, que se hace visible en todos sus movimientos, en la sonrisa de los labios, sobre todo en el mirar de los ojos; y tendréis la máquina más proporcionada, la más delicada, la más perfecta, al servicio de un agente interior que domina por medio de ella al universo entero. Es digno de nota que las facciones que más contribuyen á la hermosura del cuerpo son las que menos tienen de material: la mirada y la sonrisa: sin ellas la figura más proporcionada se convierte en estatua fría; el inocente sonreír de la infancia, el casto mirar de la virginidad encierran tanta belleza que ya en lo visible nada puede superarla.

Así pues, la hermosura del alma es sin comparación alguna superior á la del cuerpo, tanto como aquélla es superior á éste. Tal es la opinión, no sólo de teólogos cristianos, sino aun de los más esclarecidos filósofos del paganismo; "Las cosas incorpóreas, dice Platón, son más grandes y más bellas que las corpóreas, aunque sólo á los ojos de la razón."

Con el criterio de la filosofía católica, nada más fácil que probar el antedicho principio. Toda belleza es participa-

ción de la belleza divina; y por tanto, allí donde pueda ésta reflejarse más pura y semejante, allí habrá mayor grado de belleza criada. Mas no cabe duda en que los espíritus son más capaces de reflejar la hermosura del rostro divino que los cuerpos, porque se acercan más á la pura esencia. “Con razón se enseña, decía el mismo Platón, que el alma “llega á ser buena y bella cuando se eleva á la semejanza “con Dios, que es la fuente de toda belleza.”

Hubo un Hombre, Señores, que apareció en la tierra, y sólo fué conocido de pocos. La inefable hermosura que se vislumbraba en su semblante, era hermosura nunca vista que infundía respeto y amor: su mirada brilló en santa indignación, una sola vez, y una muchedumbre entera se desparramó asombrada y desprovista; otra vez, se dirigió amorosa á una pecadora, y de mujer impura la trocó en casta penitente. El alma de este Varón extraordinario no fué conocida de sus conciudadanos, sino por las maravillas que obraba en favor de los infelices, por las palabras de mansedumbre y paz con que anunciaba una doctrina celestial, superior á todo lo hasta entonces oído, al parecer impracticable, de la cual sin embargo era él mismo el más perfecto modelo. Durante su vida, fué desconocido de casi todos; pero, en su muerte que enlutó al universo, postráronse ante Él de rodillas millares de nuevos discípulos, primum de las multitudes que habían de ser atraídas, en la serie de los siglos, por su hermosura triunfadora (4). Ese varón, ya lo sabéis, Señores, era Jesucristo. La naturaleza divina habíase unido á la naturaleza humana; y esta misteriosa unión se realizaba en Jesús, el sublime arquetipo de toda belleza, ideal inimitable de hermosura física que siempre será la desesperación de los más hábiles artistas, ideal inaccesible de belleza moral que sin cesar están imitando otros artistas, que son los santos.

He llegado, Señores, al punto que deseaba para demostrar más fácilmente la tesis que os propuse, una vez presentadas las premisas en las que apoyaré mi razonamiento. La santidad, os dije, es, entre las humanas, la más alta y pura fuente de poesía; esto es, contiene en sí más belleza que otra cualquier cosa contingente y terrena. Ya que, después de la divina, no hay hermosura superior á la espiritual, y que ésta sube de punto cuanto más se acerca al modelo que es Jesucristo; por consiguiente, si los santos son entre todos los hombres los que más han adelantado en la imitación

(4) *Speciosus forma pra filiis hominum... Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede, et regna.* (Ps. XLIV, 3, 3.)

de Jesús, claro se está que ellos son también quienes han dado á su alma la mayor y más duradera belleza.

Esta demostración, corta y desnuda como es, me parece convincente; pero desentrañemos algunos de los colores que ella encierra: analicemos algo más esta belloza de los santos.

En primer lugar, la perfección moral, como enseñan los filósofos, es muy superior en el hombre á la perfección meramente intelectual, porque la primera es obra de la voluntad, que es el principio activo y criador, á cuyo impulso corremos en pos del bien último, nos perfeccionamos, sobreponiendo el espíritu á las tendencias desarregladas de la materia, es decir, conservando el orden, primer elemento de la belleza.

Otro de sus elementos es la variedad en la unidad, como se expresa San Agustín; variedad que en Dios no existe como la concebimos en los hombres, sino más bien como caudal infinito de infinitas perfecciones que se refunden y son una misma cosa con la sustancia divina. En los santos la variedad resulta de las distintas virtudes que son otras tantas manifestaciones de una sola tendencia: el amor á Dios, el cual, á manera de árbol frondoso y robusto, así echa en tierra las profundas raíces de la humildad, la mortificación, el ayuno y el trabajo, como eleva hacia el cielo las excelsas y saludables ramas de la oración ferviente, el celo activo por la gloria de Dios y la más sublime contemplación de su bondad y belleza.

Abusaría de vuestra benévola atención, Señores, si entrase en el estudio prolijo de toda la hermosura que se contiene en cada virtud, hermosura variada y múltiple, así en sus elementos constitutivos como en sus manifestaciones. ¡Cuánto habrán que decirnos de esa penitencia del yermo que convirtió la Tebaida en un nuevo paraíso! cuánto de ese apostolado conquistador que recorrió los mares de la India y se internó por las inmensas llanuras de la China ó las enmarañadas selvas de América, avasallando más gentes y naciones con la predicación del Evangelio que Alejandro con sus ejércitos! cuánto, en fin, del valor sublime de los mártires, con cuya sangre se borraron las iniquidades de la Roma pagana, y se fabricaron los cimientos de la Roma católica de los Papas!

Hay virtudes que son, puede decirse, la quinta esencia de la poesía: ved, si no, cruzar por el mundo, modesta y silenciosa la virginidad, cuyo dulce resplandor vence las tinieblas, cuya suave fragancia disipa los miasmas deletéreos de la tierra; pero dejemos el lenguaje de las abstracciones,

y veamos pasar por el mundo á la Virgen María, la más poética aparición después de la de Jesús, seguida por millares de vírgenes, radiante y armonioso coro, que se encamina al jardín del Cordero, jardín de azucenas y rosas, de pureza y caridad. ¡Ah! Señores, no podría explicarlo como debiera; pero sí me comprendéis y aprobáis, cuando digo que no es poeta quien no admira y ama la pureza, y que el cristianismo reveló al mundo tesoros de poesía sólo con presentarle la virginidad.

Mas esta virtud de ángeles, que, casi me atrevo á decirlo, convierte al hombre en puro espíritu, no es sino la flor del sacrificio. El sacrificio es el que conserva la inocencia y levanta después de la caída; el que purifica y el que fortalece; el que ensalza cuando humilla, y colma de bienes al hombre cuando parece despojarlo de todo lo aparentemente suyo. ¿Qué es el sacrificio sino el amor en acción, pero aquel amor, más poderoso que la muerte, aquel amor puro, en cuya alabanza un desconocido monje de la Edad Media dijo en raptó sublime: “Gran cosa es el amor, gran bien para toda cosa. El solo hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual. . . . hace dulce y sabrosa toda cosa amarga. . . . No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra. Porque el amor nació de Dios, y no puede holgar sobre todo lo criado, sino en ese mismo Dios. . . . El que no está aparejado á sufrir toda cosa y estar á la voluntad del Amado, no es digno de ser llamado amador.” (5)

Si recorremos, Señores, las obras morales, místicas ó ascéticas, encontramos que el amor y el sacrificio son la base de toda santidad: ahora me cabe añadir que son también el fundamento de toda belleza. Dado que la fuente de toda hermosura se halla en Dios, ¿cómo nos uniremos con Dios, en esta vida, sino por medio del amor? ¿y cómo será cumplido el amor sino por el sacrificio que desocupa de todo lo terreno el corazón, y lo deja como vacío para que sólo Dios lo llene y lo divinice? Enséñanos la filosofía que el entendimiento atrae á sí todas las cosas, de tal modo que á las menores que él las engrandece y á las mayores las reduce á su propio tamaño: no así la tendencia apetitiva ó el amor, que lleva en sus alas al sujeto á confundirse y como aniquilarse en el objeto, por quien anhela, por quien vive, por quien sacrificaría gustoso mil veces la vida; y por esto el hombre, cuando ama la materia, se materializa y deprime, y

(5) *Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. V.

cuanto más ama á Dios, tanto más viene á participar de su infinita bondad y soberana belleza.

Es tan evidente que el amor—y su consecuencia necesaria, el sacrificio—son el manantial de la poesía, que los mismos poetas y filósofos antiguos lo reconocieron y no encontraron belleza superior á la de Leonidas y sus compañeros espartanos, á la de los treientos Fabios de Roma, sacrificando su vida en aras de la Patria; ó á la de Trasens, exponiendo su existencia, por salvar los fueros, el nombre siquiera de la virtud en el Senado del más corrompido de los principes. Y entre nosotros cristianos, parece incompleta toda grandeza y hermosura, si le falta la diadema resplandeciente del sacrificio: decidme ¿sería igual el renombre de Nelson, si no hubiese pagado con su vida la victoria de Trafalgar? ¿sería lo que es la gloria de García Moreno, si no hubiese sellado la grandeza de su Patria y el triunfo de la Religión en ella con el más cruel de todos los sacrificios?

Sólo añadiré cuatro palabras para completar esta ligera demostración de la tesis propuesta. Os dije que el consorcio de la naturaleza divina y la humana en Jesucristo, lo constituye arquetipo ideal de toda grandeza y hermosura humana. Pues bien, en los santos no falta una especie de imagen de esta unión entre lo divino y lo humano: tal debe estimarse la operación de la gracia en el hombre, influjo tan extraordinario que llega á poner al alma en comunicación directa con Dios, desvaneciéndose en torno suyo las sombras del mundo, desligándose los estrechos lazos de la carne, cayendo los muros de su prisión terrena. De aquí nace la poesía mística, la más sublime, la más profunda, la más graciosa y rica de todas las poesías. Al hablar de uno de los más grandes poetas místicos españoles, de San Juan de la Cruz, dice el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, con aquel tan seguro criterio estético, que es, entre las cualidades literarias que le distinguen, quizás la más eminente: “Pero aún hay una poesía más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirle con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa como los más sabrosos frutos del Renacimiento. . . . Poesía misteriosa y solemne, y sin embargo lozana y pródiga y llena de color y de vida; ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvias de perlas y de flores, y que, en vez de abismarse en el centro del alma, pide imágenes á todo lo sensible, para reproducir, aunque en sombras y lejos, la iuc-

“fable hermosura del Amado. Poesía espiritual, contem-
“plativa é idealista, y que con todo eso nos comunica el sen-
“tido más arcano y la más penetrante impresión de la na-
“turaleza.” (6)

Hemos dilucidado, Señores, algo de la hermosura propia de los santos, algo de esa admirable poesía de la santidad. ¡Cuánto no se agranda y embellece el cuadro, si en vez del santo visto individualmente, le contemplamos en el medio que Dios le señaló, en la época y el país donde le hizo surgir, ora para conversión de naciones sentadas en las sombras de la muerte, ora para instrucción de los ignorantes, unas veces cual modelo de caridad y mansedumbre en el seno de pueblos destrozados por la guerra civil ó carcomidos por el cancro del egoísmo, otras veces como dechado de castidad y penitencia dentro de sociedades estragadas por el lujo, afeminadas y pusilánimes por la molición y el placer! Cuánto se agrandaría el cuadro, si en vez de un solo santo, contemplásemos falanges hermosas, fuertes, invencibles, de sabios y de santos, como nos ofrecen las Ordenes monásticas! La orden piadosa de la Merced, que en su nombre mismo anunciaba ya la caridad heroica con que redimía á millares de cautivos por la fe cristiana; la antigua y esclarecida orden agustina, que evangeliza, discute y escribe, siguiendo las huellas del primer doctor de la Iglesia de Occidente; el innumerable ejército de los discípulos de Francisco de Asís, caballeros que se han prendado de la pobreza y van por el mundo propagando su culto que es el culto de Cristo, quien no admite en su reino sino á los humildes, á los pequesuelos y á los pobres; y esa vanguardia de la Iglesia Católica, la inolita Compañía de Jesús, la primera en subir al asalto, la primera en rechazar el choque del enemigo! ¿Qué diré, por fin, de la ilustre orden dominicana, en cuyo huerto vengo á buscar esa fragrantísima Rosa, cuyo aroma ha embalsamado el ambiente de la América? Orden benemérita de la Iglesia, pues apenas nacida ábeló con la dulce devoción del Rosario una de las más temibles herejías, así como la suave luz del sol vence y dispersa las negras y tempestuosas nubes; en su juventud recopiló la ciencia teológica y la explicó para siempre por boca de Tomás de Aquino, cuya ciencia emulaba con la de los ángeles; orden fecunda que, en seis siglos de vida que lleva, no ha perdido el tesoro á ella confiado de sabiduría, elocuencia, virtud y santidad! A su sombra, como al pie de robusta encina brota humilde

(6) Discurso de entrada en la Real Academia Española (1881.)

y perfumada violeta, floreció la primera flor de las Indias, Rosa de Santa María!

¿Necesitaré largo discurso para mostraros el tesoro de virginal poesía de la primera santa americana? No, Señores, porque todos vosotros conocéis su vida angélica, su amor heroico, su inefable virtud y belleza, que la hizo digna de ser expresamente reconocida por esposa de Jesucristo. A vuestra piedad y buen criterio dejo el recorrer la vida de Santa Rosa, no sólo para edificación, sino para embeleso de vuestra alma. Me contentaré con trazar unos pocos rasgos en los breves instantes que pido á vuestra bondadosa atención, á la cual no es posible cansar demasiado.

Si hay alguna figura esencialmente poética entre los santos reconocidos por la Iglesia Católica, ésa es la de Santa Rosa de Lima. Desde su nombre, nuevo en el calendario eclesiástico, todo en ella rebosa de poesía; porque Dios mismo, en uno de los más amables prodigios que haya obrado su diestra, le inspiró á la madre de nuestra Santa que pudiese á su hija el nombre de Rosa, como para indicar que ésta era realmente la primera flor del Nuevo Mundo, y tan acepta á su divino Corazón que El sólo iba á percibir toda su fragancia y paladear el néctar de su cáliz.

Nada repetiré de sus virtudes casi inimitables, sobre todo de su pureza, que no cpañó el más leve soplo del mal, de su mortificación, inaudita aun en varones de ánimo esforzado y cuerpo de hierro, y que ella sobrellevaba alegre, doncellita de pocos años. Notad, empero, contrastes maravillosos que arrojan luz vivísima, y al revelarnos de súbito el plan ordenado de la Providencia, son toques de mano maestra en el cuadro que vamos describiendo. ¿Sabéis cuál fué la misión de ROSA? ¿sabéis lo que significa su existencia menospreciada, abatida, sacrificada? Es la expiación de los crímenes de la Conquista española; sí, Señores, pocos años hacía que América fuera conquistada por audaces aventureros, cuando nació Santa ROSA, para expiar mucha sangre derramada, mucha iniquidad cometida por la sed del oro y la fiebre de la lujuria. ROSA comenzó en Lima la expiación que poco después continuó en Quito Mariana de Jesús, y posteriormente han seguido sosteniendo almas escogidas, ante las cuales el mundo se sonrie y por las que Dios salva muchas veces á las naciones. ¿Sabéis qué significa ROSA de Santa María, tan entusiasta y amorosamente recordada por el Perú en este su tercer Centenario? Pues ROSA es el remedio que ofrece Dios al Perú, con largos años de anticipación, para que, aceptándolo, se despierte y levanta

te del lecho de dolor á que lo han reducido el regalo y las delicias! ¡Ocultos designios de la Providencia! hermosura celestial! una tierna doncella presidiendo los destinos de un pueblo, así como otra Virgen, aun más grande y hermosa, preside los destinos de toda la humanidad!

Algunas de las escenas más lindas y poéticas de la vida de Santa ROSA, me proporcionan el tocar un punto que pasó inadvertido en mi razonamiento general: las relaciones de los santos con la naturaleza.

Antes de la caída original del primer hombre, la naturaleza le rendía vasallaje como á su Señor: las plantas no le ocultaban recelosas como ahora sus benéficos secretos, y los animales más soberbios venían á lamer la palma de su mano. Después del pecado, la naturaleza rebelada contra su Rey decaído, no le brindó sino espinas y abrojos, y el hombre necesitó armarse contra sus antiguos súbditos. Mas cuando la santidad restablece el orden violado por la culpa y hace reflorcer, en cierto modo, la inocencia del paraíso, Dios permite á menudo que la naturaleza vuelva á reconocer á su Señor y le rinda tributo de respeto y obediencia; y á su vez el santo, cuyo corazón alcanza á amar todas las criaturas, porque de ellas asciende hasta su Creador, el santo ama con entrañable cariño á los animales y plantas y comprende su callado lenguaje. De ahí las ingenuas y deleitosas pláticas de Francisco de Asís con las flores, las avecillas, los corderos y el hermano Sol, *il frate Sole*. De la misma clase de coloquios que el incomparable poeta de Asís, disfrutaba ROSA de Lima con los árboles, los pajarillos y aun los mosquitos que zumbaban en torno de ella. A una mera invitación suya, los árboles meneaban blandamente con suave murmullo sus ramas y sus hojas para alabar la magnificencia y bondad divinas. En el último año de su vida, la Santa solía entablar largos y melodiosos diálogos con un ruiseñor, que se posaba todas las tardes cerca de su ermita, y cuyos trinos y gorjeos alternaban con las frases encendidas de amor en que prorrumplía ROSA.

Mas no sólo esta poesía de la naturaleza fué conocida por Santa ROSA; sin esfuerzo alguno profería maravillosos acentos místicos, que Jesús solo escuchaba complacido, pero de los cuales un eco lejano llega hasta nosotros, en estas palabras de contestación á un examen que se hizo por sabios teólogos á la incomparable doncella: “Cuando me lloro absorta y anegada entre los remolinos de mi oscura soledad, me veo repentinamente restituída á las luces del medio día y á mi antigua unión con Dios, como si nunca se hubiera interrumpido. Siento en mí ansiosos ímpe-

“tus de amor; sopla el suavísimo viento de los divinos favores, esparciendo los más fragantes aromas. Sumergida mi alma en el inmenso piélago de la suprema bondad, apartándose de sí misma, con inefable metamorfosis, se transforma y hace una con su amado...” (7)

Hemos vuelto, Señores. á la cumbre de la humana poesía donde el espíritu se transfigura y entrevé á la Divinidad. Más allá de este punto entramos ya en la esfera divina, donde impera el sumo Bien, el supremo Amor, la soberana Belleza; bien, amor y belleza que se compendian en el CORAZON Sacratísimo de Jesús, imán de las almas, foco de fuegos abrasadores, fuente de hermosura, que es la eternal poesia de los cielos, y que en la tierra debe también desde hoy comunicar el impulso á cuanto verdadero se piense, á cuanto bueno se haga, á cuanto bello se sienta por los hombres.

He terminado, Señores. perdonadme si he cansado vuestra atención; disimulad todos estos ensayos juveniles que sólo prueban nuestro entusiasmo y buenos deseos. Esta reunión de jóvenes católicos sólo ha pretendido contribuir con el más humilde contingente á estas hermosas y solemnisimas fiestas del Centenario.

No concluiré, Señores, sin reclamar de nuevo vuestra benevolencia por esta naciente Sociedad, que enervorizada por los ardores del CORAZON Delfico, prestará—me atrevo á decirlo—algunos servicios á la Patria y á la Iglesia. Repito por fin mis agradecimientos, en nombre de la Sociedad y del Circulo, por vuestra bondadosa asistencia, prueba ovidente de vuestra simpatia por los jóvenes, estímulo poderoso para que ellos adelanten en el camino de la ciencia y la virtud.

HE DICHO. (8)

(7) Vida de Santa Rosa, por el Dr. José Manuel Bermúdez, lib. III, cap. IV.

(8) Tenemos el sentimiento de no poder insertar en este número los discursos de los Sres. D. Ricardo A. Ruiz y D. Julio Tabar, cuyos manuscritos no nos ha sido posible conseguir oportunamente, por haberse ausentado de la capital dichos señores.

APÓSTOLADO DE LA ORACIÓN.

Intención general para el mes de setiembre.

DESIGNADA POR EL EMMO. CARDENAL PREFECTO DE LA PROPAGANDA Y BENDECIDA POR LA SANTIDAD DE LEON XIII.

LAS ALMAS EN ESTADO DE PECADO MORTAL.

Cuéntase, en la vida de San Francisco Javier, que en llegando el Apóstol de las Indias á Goa, á Malaca, ó á alguna otra ciudad no menos célebre entonces por la licencia de sus costumbres, se apresuraba á recorrer las calles de la población, con una campanilla en la mano, repitiendo en alta voz este grito de celo devorador: “¡Rogad por los que están en pecado mortal!”

¡Ojalá nos fuese permitido, durante el mes que empezamos, el imitar ese ejemplo memorable é ir personalmente, por todas las comarcas de la tierra, repitiendo á nuestros Congregados el llamamiento de tan egregio corazón: “¡Rogad por las almas que han perdido la gracia de Dios!” Por lo menos deseamos corresponder, en cuanto alcancen nuestras fuerzas, á la exhortación del Sumo Pontífice que nos urge, en este tiempo de Jubileo, para que hagamos volver á la práctica del bien á las almas “caídas ó ya puestas en la pendiente del mal”—*lapsos aut proclives ad mollitiam animos*—y recordemos á todos la necesidad de dominarse á sí mismos venciendo sus pasiones, porque los pecados de los hombres no pueden expiarse sino por la penitencia: *Nec expiari, nisi poenitendo, posse delicta.* (Enciclica del 22 de diciembre de 1855.)

I

Tristísimo espectáculo sería para nuestra vista, si nos fuese dado abarcar con una sola mirada, en la luz divina, la inmensa muchedumbre de almas en actual estado de pecado mortal. ¡Qué misterio éste de iniquidad permanente en el mundo!

Desde lo alto de su roca de Patmos, el Discípulo amado del Corazón de Jesús nos representó al anticristo bajo

la figura de una bestia horrible, sobre la cual está sentada una mujer impúdica, imagen de la sociedad anticristiana. Esa mujer no lleva en la frente más que una palabra, una sola: *Misterio*. (Apoc. XVII, 5.)

San Pablo nos advierte que este "misterio de iniquidad," que se consumará en el último día, es aquel mismo que vemos ya cumplirse en torno nuestro. Pues, si el anticristo es la personificación suprema del pecado—*homo peccati*—todo hombre que peca mortalmente lleva en sí el carácter distintivo de ese "hijo de la perdición" (2 Thessa. II, 3) Con este motivo, San Juan no habrá tenido sino demasiada razón al decir que desde ahora hay ya muchos anticristos: *Et nunc antichristi multi facti sunt*. (I Joan. II, 18.)

Todo pecado es, en efecto, un misterio: misterio de sinrazón y de malicia, opuesto, por el odio de Satanás y la ingratitude del hombre, al misterio de subiduría y amor que la bondad divina se dignó presentar para la sujeción de nuestras inteligencias y el agradecimiento de nuestros corazones. Misterio de verdadera abominación, del que en su tiempo se lamentaba el Apóstol, y que "se obra" aún, ¡ay! bajo nuestros propios ojos: *Mysterium jam operatur iniquitatis*. (2 Thessa. II, 7.)

Generosas lágrimas, por cierto, se derramaron no hace mucho entre nosotros, á la vista del templo santo que la impiedad *desapropiaba*, profanando y manchando el santuario venerado de Genoveva, la patrona de Paris. Mas ¡qué protestas del corazón no hubremos de proferir, por poco que examinemos la multitud de templos vivos de donde el pecado se complace en expulsar al mismo Dios, santuarios animados que á menudo convierte en receptáculo de fango é inmundicia!

Por otra parte, no puede ser objeto de menor pena el ver los Estados de la vieja Europa, todos *laicizados* hasta no más desde hace un siglo, todos más ó menos afanados en poner fuera de la ley á JESUCRISTO. Pero ¿no es también una especie de secularización de las almas la que inflige, sobre la faz entera del globo, la tiranía del pecado mortal? Puesto que, en último término, una alma cristiana ¿qué otra cosa es, si no es el reino de JESUS, reino conquistado á duras penas, y sobre el cual tiene juntamente JESUS el derecho absoluto y el ardiente deseo de ejercer su imperio? Pues bien! en esa misma alma, rescatada á tanto precio, instálase como dueño "el hombre de pecado"; allí, en usurpado trono, recibe sacrílego incienso é indignos homenajes. Y JESUS, el amable JESUS se ve reducido á llorar, como en otro tiempo sobre Jerusalén ingrata y deicida, á las fronteras

veladas de aquel reino de donde parte tantas veces contra él una orden de brutal destierro.

Hablo de reino. Mas una alma es más que reino, es un mundo entero por el cual le plugo á Dios crear el universo exterior y visible. Este mundo invisible del alma, desolado á la aurora de los tiempos por el pecado original, el Hombre Dios lo había regenerado y rehecho en la sangre de sus venas y de su Corazón; le había vuelto el resplandor de su primera belleza, belleza del todo divina y á la cual nada se asemeja en el conjunto de las obras que salieron de la mano creadora.

¿Por qué es preciso que un mundo de esta manera restaurado sufra de nuevo, á consecuencia del pecado mortal, una serie de desastres á los cuales no puede contraponerse en parangón la suma de los males que han desolado la tierra desde la caída de Adán? Este paraíso terrestre, ó más bien este cielo del alma, el pecado lo ha transformado en una especie de infierno, erigiendo en el centro del corazón un segundo calvario, para clavar en él una vez más á JESUS en la cruz: *Rursum crucifigentes sibi metipsis Filium DEI.* (Hebr. VI, 6.) Y el colmo de tantas miserias será que el pecado, en cuanto está de su parte, habrá hecho estéril para muchos la efusión sobreabundante de la sangre divina. Hemos oído á JESUCRISTO quejarse por boca de su Profeta: *Quae utilitas in sanguine meo?* (Ps. XXI, 10.)



Héla allí, pues, esa pobre alma, herida con la esterilidad, despojada de las galas espléndidas de sus prerrogativas y excelencias, condenada al aborto de sus obras, herida de muerte!

Perdida para ella la gracia santificante que constituye su belleza, perdidos los méritos que son su fortuna, perdido el Espíritu de Dios que era su huésped real, perdida la paz que fué su salud y regocijo, perdido Dios mismo que es su única vida. . . . El despojo no podía ser más completo. La tempestad que acaba de caer sobre la viña escogida no ha dejado nada intacto en lo que fué herencia del Señor, y á Jeremías le cumpliría describirnos, con rasgos de fuego, esa "vendimia de cólera" después de la cual no se encuentra ya nada que recoger: *Vindemiavit me Dominus in die irae furoris sui.* (Thess. I, 12.)

He hablado de heridas. ¿Conocéis otras más terribles, tan profundas?

Herida del espíritu, extraviado en sus vias; que no avanza sino á tientas en la noche sombría y por senderos desconocidos, gimiendo con el Salmista de que le ha dejado en su camino la luz de sus ojos: *Lumen oculorum meorum et ipsum non est meum.* (Ps. XXXVII, 11.)

Herida del corazón, que se aduerme en el mal bajo el yugo de las pasiones rebeladas; y se hace como prisionero de sí mismo haciéndose esclavo de la "ley contraria que está en los miembros;" igualmente sujeto al egoísmo que contiene y al vicio que precipita, arrastrando por todos partes lo que la Escritura llama el doble peso de su indigencia y de sus cadenas: *in mendicitate et ferro.* (Ps. CVI, 10.)

Herida de la voluntad, víctima de incurable flaqueza que la hace desfallecer á cada paso, desde que, olvidándose que debía ser "espiritual aun en la carne," según el dicho de San Agustín, se ha vuelto "carnal aun en el espíritu." *Qui futurus erat etiam carne spiritalis, factus est etiam mente carnalis.*

Y nunca habrá cesado de ser uno mismo el castigo. Al hacerse uno ambicioso y soberbio hasta reivindicar para sí toda la independencia propia de DIOS, uno arriesgará siempre el hacerse sensual hasta los apetitos de la bestia. En la armoniosa economía de los dones del Espíritu Santo, el *temor de Dios* es el punto de partida; el punto de llegada es la *sabiduría*, ese gusto de las cosas de Dios. Cuando el pecado mortal ha roto el equilibrio, si el *orgullo* del espíritu es siempre el punto de partida, ¿querriamos garantizar que el punto de llegada no es siempre el *sensualismo* abyecto, ese gusto de las cosas de la carne? El Profeta lo ha formulado en una palabra rigurosa: *Ascendet foetor ejus, et ascendet putredo ejus, quia superbe egit.* (Joel, II, 20.)

Mas no sólo se halla herida esa alma, está muerta. "¡Oh hombre! exclama San Agustín, ¿cuál es la vida de tu cuerpo? Tu alma. ¿Cuál es la vida de tu alma? Tu Dios. (1)" Ahora bien, puesto que al decir de Isaías, el pecado establece un cisma tan horrendo entre DIOS y el alma, (2) ¿qué será ésta sin DIOS? Será lo que es el cuerpo sin alma: un frío y yerto cadáver. "Mucho más horrorosa, ha dicho San Juan Crisóstomo, está el alma privada de la gracia que es para ella su alma, que lo está el cuerpo sin la vida de que el alma le rodea."

(1) ¿Unde vivit caro tua? De anima tua. ¿Unde vivit anima tua? De Deo tuo.

(2) Iniquitates vestrae diviserunt inter vos et Deum vestrum. (Isai. LXIX, 2.)

Y los gusanos no le faltarán, ciertamente, á este cadáver animado; porque dice el P. Saint-Jure, "que así como los gusanos materiales nacen de la podredumbre del cuerpo muerto y le corroen, así los gusanos espirituales del alma, que son los remordimientos, se forman de la corrupción del pecado y destrozan el alma que le ha cometido." Sin género de duda, añadimos nosotros, que una falta llama á otra, que la corrupción engendra la corrupción, que los pecados se van multiplicando en esta atmósfera de muerte, "raza enemiga de la naturaleza, ha dicho el poeta cristiano, innumerable familia de hijos aborrecidos que deben su existencia á la muerte de la que les dió el ser á costa de la muerte de la madre."

.... *Soboles dum parturit, ex se
Contra naturam genitas, peccamina crebra
Scilicet, et partos materno funere natos* (1).

III

¡Oh Dios mío! ¿cómo es posible que haya cristianos que se acostumbren á vivir en una tranquilidad mala sana, en medio de esa multitud de cadáveres en estado de putrefacción? Porque en verdad, que, so pena de cerrar los ojos á la evidencia, es preciso confesar que pululan en derredor nuestro multitud de almas gangrenadas con el pecado mortal. Y sin embargo, conviene tenerlo muy en cuenta, nosotros no hablamos ahora de esos millares y millares de hombres bautizados, que en plenas poblaciones católicas, parece por la disposición de sus corazones, que pudieran estar asulfados en nombre de los herejes ó de los infieles mismos. Nosotros hablamos de los simples pecadores, quiero decir, de tantos hombres que no han dejado de creer en Jesucristo y en la Santa Iglesia, bien que con una fe muerta, por desgracia!... porque el pecado, ese asesino sin entrañas, ha extinguido en ellos todo aquello que se alimentaba de la verdadera vida, la vida sobrenatural y divina.

¡Y á fe que son dignos de compasión esos pobres pecadores con quienes nos codeamos á todas horas, y cuyos actos están en abierto oposición con los principios que sustentan!

¡Ah! ya que no nos sentimos movidos á vista del estado

[1] Prudencio: *Hamartigenia*, v. 633-636.

lamentable de tantas almas muertas á la vida de la gracia, ni de las lágrimas que vierten los ojos de la Iglesia su madre, ¿permaneceremos impassibles al considerar la sentida queja que el Corazón de JESÚS exhala cuando nos dice: "Hé aquí, hijo mío, este Corazón que tanto ha amado á los hombres?" Hé aquí este Corazón que ha hecho y sufrido todo lo que es posible hacer y sufrir en bien de cada una de estas almas cristianas, obstinadamente pecadoras, cuya pervertida voluntad se arma como para traspasarle de nuevo y volver á abrir, en cuanto está de su parte, la fuente perenne de su dolor. Dolor del Corazón de JESÚS; dolor más vasto que el Océano, puesto que sus límites son los de su caridad inmensa, y ha brotado bajo la presión del amor tarrentes de sangre y de sangre reparadora de nuestros males y pecados. Dolor del Corazón de JESÚS, tanto más penetrante y acerbo, cuanto que él ha tomado sobre sus espaldas la responsabilidad de todos los crímenes de que somos culpables, viendo en ellos con claridad suma toda su malicia y el número de los mismos y sus consecuencias.

Y continúa este Corazón infinitamente amante, luchando aún de un modo misterioso en el Sacramento del altar, en favor de cada una de estas almas, contra el pecado mortal que les da muerte. El gran Apóstol pudo bien consolar-se hasta cierto punto del endurecimiento y rebeldía de un pueblo, trabajando en la conversión de otro y otros más accesibles á la gracia; pero la conversión de un pecador que reniega por completo del Corazón, no le consuela de la pérdida de otro pecador, y en esta lucha sin tregua ni descanso por la salvación y la resurrección de las almas muertas á la gracia, tiene á gala contar con nuestra ayuda y solicitar nuestra cooperación.

No cabe duda, á diferencia de los cuerpos privados de vida, que éstos desventurados cadáveres ambulantes completamente envueltos en las ligaduras de Lázaro, ó mejor dicho, de las pesadas ataduras del pecado mortal, pueden y deben, con el auxilio en cierto modo exterior del Espíritu Santo, contribuir ellos mismos á su propia resurrección á la vida de la gracia. ¡Pero son tan frágiles estas almas! Se sienten tan fuertemente arrastrados á nuevos pecados por el virus emponzoñado de los pecados pasados, que podría decirseles lo que á un joven que monta un brioso corcel. ¿A donde vas? ¿A dónde este fogoso corcel te lleva? Este es el hábito maldito que cabalga sobre la naturaleza entregada sin freno á sus locos desvarios. El sabio nos lo ha dicho hace siglos: "El alma que se obstina en el mal, no hará otra cosa que añadir leña al fuego de sus concupiscencias y

pecados, y unos pecados á otros." *Peccator adjiciet ad peccandum.* (Eccli. 3, 29). De aquí, aquella sentencia de un gran siervo de Dios citada por Santa Teresa: "No me maravilla cualquier crimen ó locura que pueda cometer el que está en pecado mortal; lo que sí me maravillaría mucho más sin comparación, es que no volviese á pecar en adelante, una vez puesto en gracia."

Cuando, pues, el Corazón de nuestro buen Padre y Redentor Jesús, después de habernos impuesto el precepto de amar á todos nuestros hermanos, nos declara que él mirará como hecho á su propia persona todo lo que hiciéremos por el menor de ellos, dicho se está que su deseo más grande es que tendamos una mano amiga á estos cristianos, á fin de ayudarlos con todas nuestras fuerzas, á remontarse hasta las regiones serenas donde habitan y moran los hijos de Dios por la gracia, y que ellos perdieron por su culpa.

IV

Y al llegar á este punto ¿cuál es nuestro deber? Su Santidad León XIII nos lo pone de manifiesto en su Encíclica sobre el Jubileo, al dar el grito de guerra contra "esas asociaciones perversas, hábiles para servirse de los medios más criminales; que se esfuerzan en imponerse al pueblo y en destruirle en cuanto les es dado, y lo que es más todavía, en alejarle de Dios, y de la santidad de sus deberes y de la fe cristiana." El contrapeso de nuestra parte, añade, "es tanto más necesario cuanto que los peligros que por todas partes nos cercan, son más apremiantes cada día." (1)

¡Ahora bien! en presencia de estas sociedades secretas y del peligro á que exponen la sociedad con su organización, séanos permitido presentar nuestra Liga Santa del Corazón de Jesús, como ofrenda digna del celo cristiano, para la salvación de los pobres pecadores y un medio eficaz y saludable de resurrección y de vida.

Ante todo, nos vanagloriamos de presentar ante el Corazón de JESÚS, como Moisés presentaba en el desierto á las víctimas de las serpientes el simbolo poderoso de la cruz. Sabemos, en efecto, que los remedios ofrecidos por la divina misericordia, son tanto más activos y eficaces, cuanto que el

[1] Atque in ea re tanto major est adhibenda contentio, quanto plura impendent undique pericula.

mundo pecador y envejecido se ha ido alejando más y más de Dios después de la redención del humano linaje. El remedio por excelencia, el remedio supremo de estos últimos tiempos, es el Corazón de JESUS. "En este Corazón divino, ha dicho el mismo JESUS á la B. Margarita Maria, es donde encontrarán los pecadores el océano de la misericordia."

El ofrecimiento de la mañana al sagrado Corazón, ofrecimiento que constituye el primer grado de nuestra Liga, es con la gracia divina fácilmente aceptado por un gran número de cristianos apocados y débiles, es decir, por muchos de los pobres pecadores que no cuentan con fuerzas suficientes para vencerse á sí mismos, y que sin embargo, conservan en el fondo de su corazón un resto de fe, y de buenos, aunque ineficaces deseos. Desde luego, como la experiencia lo enseña basta con frecuencia este ofrecimiento tan hacedero para que el divino Corazón de JESUS, verdadero sol de las almas, comience á hacer brillar sus primeros rayos en semejantes pecadores y á disipar la glacial indiferencia que los tenía como aletargados.

Recomendamos á nuestros Celadores que los visiten fielmente cada mes con el fin de dirigirles cuatro palabras de entusiasmo y de cristiano fervor, cosa tan propia del apostol del Corazón de JESUS, de camino que les entregan el Billete mensual que es un recuerdo de su promesa. Con esto conseguirán sin esfuerzo, como la experiencia lo ha venido á demostrar millares de veces, que se introduzca también la práctica de la decena del Rosario, en la cual desempeña el primer papel para la obra capital de la conservación de las almas, la Reina y Madre de toda misericordia Maria. Entonces no es solamente el sol de justicia el que viene á reavivar el fuego de la tierra helada del corazón, sino que allueven también á fertilizarla las bienludadas y copiosas lluvias de la primavera, según la donosa expresión de un fiel servidor de Maria: *Quavis angelica salutazione larga stillabunt stillacidia.* (Ricardo de San Lorenzo).

Entonces también son atraídas insensiblemente á las reuniones públicas de la Obra esas almas pecadoras, á quienes un nuevo lazo de amor estrecha con la Virgen de la misericordia. Sobre todo, se las atrae á esas palpitantes y conmovedoras comuniones de los niños: y particularmente á esas otras numerosísimas de *hombres*, que desde los primeros tiempos del Apostolado se han venido proponiendo para servir de incentivo, y de ejemplo que los mueva á acercarse á la sagrada Mesa. ¡Cuántas veces no se ha visto á estas almas pecadoras, convertidas á vista de tan tiernos y encantadores espectáculos, apresurarse á buscar la paz de sus almas

Juntaamente con el perdón de sus pecados, á fin de no verse privados por su parte de la dicha de poderse acercar al banquete eucarístico; Y qué fácil es entonces, después de haber tomado parte en algunas de estas comuniones generales de gran solemnidad, conseguir que se comprometan aun á tomar parte en las Comuniones reparadoras de mes!

Añadiremos que los más generosos de estos así convertidos no paran ahí, sino que van mucho más adelante; porque hemos visto en esto que llevaban el empeño hasta el punto de abrazarse definitivamente con la comunión semanal, por no decir más frecuentemente. ¿Qué digo? Los mismos han llegado á ser fervientes Celadores del Corazón de JESUS, y ganosos de volver al Señor centuplicado el ardor por él comunicado (1), se han hecho eco de los sentimientos apostólicos del real penitente, diciendo: “Yo enseñaré en adelante á los pecadores los caminos de vuestra misericordia ¡oh, Dios mío! y los impíos se convertirán á vos.” [Salm. 50, 13]. Y aquellos cuyo corazón, semejante al de Maria Magdalena, “estaba helado con el frío del pecado mortal,” abrazados ahora en el fuego del amor de Jesús, no aspiran más que á difundir su nombre, haciéndose como ella “el apóstol de los apóstoles.” *Apostolorum apostolus* (2).

Me atreveré á decir que cuentan desde entonces con una gracia particular para convertir ellos también á las almas alejadas de Dios, y que son objeto, con frecuencia, de parte del divino Capitán Jesús, de los favores más señalados, y de testimonios del más acendrado amor. Confirmaremos nuestro aserto con una sentencia de San Gregorio. “En toda batalla, dice, el capitán da pruebas más patentes de amor al soldado que después de haber huido un momento del enemigo, vuelve de nuevo encolerizado á la carga, que al que sin haber vuelto jamás pie atrás, pelea siempre fría y cobardemente (3).

Tal es la gracia singular que nosotros vamos á pedir por la intersección de Maria, refugio de pecadores, durante este mes, consagrado con especialidad á su sagrado Corazón de Virgen y de Madre. Nosotros se la pediremos para cada

[1] Sicut enim fuit sensus vester ut erraretis a Deo, decies tantum iterum convertentes requiretis eum [Baruch., 4, 28].

[2] Quae enim prius trigida peccando remanserat, postmodum amando fortiter ardebat. [Greg. Pap. Hom. XXV in Evang.]

[3] Dux in praelio cum militem plus diligit qui post fugam conversus fortiter hostem premit, quam qui nunquam fugit, nec unquam fortiter fecit.

ño de los pecadores, no hay que dudarlo, pero sobre todo, se la pediremos para esos nobles corazones capaces de grandes cosas, quienes una vez convertidos á Dios, forman las delicias de la santa Iglesia, renovando á sus ojos las maravillas de un San Pablo y del Obispo de Hipona.

ORACION CUOTIDIANA PARA DURANTE EL MES.

¡Oh JESUS mio! por medio del Corazón inmaculado de Maria Santisima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que so os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco en particular por todos los pecadores, á fin de que vuestra gracia los haga volver al buen camino, vuestra sangre los purifique y vuestra misericordia los salve por siempre jamás. Amén.

EMILIO REGNAULT, S. J.

Traducido de "Le Messager du Cœur de Jésus."

INTENCION ESPECIAL.—Por Colombia y el Perú.

NOTESE.

En la pág. 270, línea 14,

Dice: Ya el triunfo te disputa, ya te alcanza....

Léase: " " " " " ya lo "

Con aprobación eclesiástica.—Quito, á 18 de setiembre de 1886.



DEL PRIMER CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR

LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

NUM XXIV—TOM. III

SETIEMBRE DE 1886.

CUARTO NUMERO ESPECIAL

SOBRE EL

CONGRESO EUCARISTICO ECUATORIANO

REUNIDO PARA CELEBRAR EL 2.º CENTENARIO

DEL ESTABLECIMIENTO DEL CULTO PUBLICO

DEL

SACRATISIMO CORAZON DE JESUS

30 de setiembre de 1886.

CRONICA

DEL PRIMER CONGRESO EUCHARISTICO DEL ECUADOR.

§. 9º

La fiesta de Santa Rosa de Lima. La tercera sesión del Congreso Eucarístico.

Por la mañana del jueves 8 de julio, día destinado para la clausura del Congreso Eucarístico, se celebró en la Iglesia Metropolitana la solemne misa en honor de Santa Rosa de Lima, cuyo segundo centenario se proponía conmemorar igualmente el Congreso. Como era justo, perteneció la honra de officiar esta misa á los RR. Padres de Santo Domingo, en cuya tercera orden floreció la primera Santa de América. Celebró la misa el R. P. Fr. Antonino Zoina, Procurador del Convento Máximo de Santo Domingo en Quito y ex Provincial de la Orden en el Ecuador; y pronunció un hermoso panegírico de la Santa el R. P. Prior Fr. Jacinto Lacámara, cuyas insignes dotes oratorias son ya conocidas de todos, pero cuya excesiva modestia nos impide insertar en esta crónica su notable discurso sagrado.

A las once del día volvió á reunirse el Congreso Eucarístico con la misma solemnidad que en las dos sesiones anteriores, para celebrar la de clausura bajo el patrocinio de Santa Rosa de Lima, cuya efigie se había colocado en sitio prominente del altar principal. Leyéronse los últimos acuerdos del Congreso, así como los discursos que van á continuación.

Acuerdos de la tercera sesión del Congreso.

Sobre algunas prácticas piadosas para fomentar la devoción á la Sagrada Eucaristía.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR

Deseoso de promover la devoción á la Sagrada Eucaristía, recomienda vivamente á la piedad de los fieles y en singular á los padres de familia y hacendados que tienen sirvientes, las siguientes prácticas que nos trasmitió la fe de nuestros mayores:

1.^a La asistencia á la santa misa con el respeto profundo que demanda la Víctima Sacrosanta que en ella se inmola;

2.^a La santa comunión tan practicada en los primeros siglos de la Iglesia y tan recomendada por el Concilio de Trento;

3.^a La comunión reparadora en los primeros viernes ó primeros domingos del mes, como el mejor medio de satisfacer á la Majestad divina por los ultrajes que se le irrogan;

4.^a La primera comunión de los niños con los debidos requisitos y solemnidad, para que produzca en las mentes juveniles efectos duraderos;

5.^a Velar al Santísimo Sacramento las cuarenta horas y mientras está expuesto en el monumento;

6.^a Visitarle en las iglesias, especialmente donde está expuesto á la pública veneración de los fieles;

7.^a Contribuir con sus limosnas á sostener el alumbrado del Sacramento de nuestros altares en las parroquias, especialmente en las rurales;

8.^a Hacerse inscribir en las cofradías del Santísimo Sacramento, para promover el esplendor de su culto;

9.^a Acompañar con veneración y modestia al Santo Viático, cuando se lleva á los enfermos, y arrodillarse cuando se le encuentra en las calles;

10. La costumbre ejemplar de nuestro pueblo de des-

cubrirse piadosamente ó de ponerse de rodillas cuando se da la señal de consagración en la Iglesia Matriz;

11. La conservación de las salutations piadosas acostumbradas en la República, en honor del Santísimo Sacramento;

12. La costumbre, asimismo veneranda, de rezar los hijos de familia y los sirvientes, por la mañana y por la noche, al acercarse á sus padres y señores, el "Bendito y alabado &.", y al terminar con esta salutación la doctrina cristiana que suele recitarse ó cantarse en las haciendas;

13. Las visitas diarias al Santísimo Sacramento en la iglesia cuando sea posible, ó espiritualmente desde la propia casa;

14. Cuidar de la limpieza y decoro de la casa del Señor, promoviendo suscripciones para proveer de manteles y otros objetos indispensables del culto á las iglesias pobres, especialmente del campo. Esta última práctica se recomienda en particular á las señoras;

15. Empeñarse en que sea administrado pronta y convenientemente el Santo Viático á los enfermos, y cuando éstos sean pobres, preparar con decencia sus habitaciones y disponer el altar provisional en que haya de descansar el adorable Sacramento.

Quito, á 1º de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre las medidas de preservación para impedir el contagio de la masonería y otras sectas secretas.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO:

1° Que según las enseñanzas del Pontífice felizmente reinante en su Encíclica *Humanum Genus*, las sectas masónicas son

- a) criminales en su organización;
- b) impías en sus principios y en sus actos contra la religión;
- c) inmorales en sus principios y en sus actos contra la ley natural;
- d) destructivas de la familia;
- e) revolucionarias en sus enseñanzas y en su acción;
- f) hipócritas y falaces en los medios de que se valen para conseguir su objeto final, que es destruir radicalmente la organización religiosa y social establecida por el catolicismo; y

2° Que, aunque por la misericordia divina en la República del Ecuador no se han establecido dichas sectas, está expuesta, como los demás países católicos, á tan grave mal. Para prevenirlo en cuanto esté de su parte,

ACUERDA:

Art. 1° Unir todos sus esfuerzos á los de los demás católicos del universo, "para formar (palabras de Su Santidad) una liga inmensa de acción y de oraciones, á fin de que la resistencia sea tan enérgica como el ataque."

Art. 2° No afiliarse jamás á ninguna de las sectas secretas condenadas por la Santa Sede.

Art. 3° No votar en las elecciones civiles á favor de las personas que se sepa pertenecen á dichas sociedades, ó que están resueltas á favorecer sus proyectos antirreligiosos y antisociales.

Art. 4° No suscribirse á publicaciones periódicas que propaguen las doctrinas masónicas.

Art. 5° Procurar con celo alejar á la juventud de tan

terrible escollo, y promover, en casos oportunos, las protestas y compromisos de no pertenecer jamás á dichas sectas. Y en especial, según el expreso deseo del Soberano Pontífice, “hacer que los niños, el día de su primera comunión, al renovar las promesas del bautismo, formen la resolución inquebrantable de no agregarse á sociedad alguna sin el conocimiento de sus padres ó sin haber consultado á su párroco ó á su confesor.”

Art. 6º Combatir por todos los medios posibles la acción masónica y favorecer, por el contrario, las asociaciones antimasónicas, como los círculos católicos, congregaciones de niños &.

Art. 7º En cuanto sea factible, para las relaciones comerciales, no dirigirse á comerciantes, fabricantes & que se sepa son masones, sino dar la preferencia á los plenamente católicos y de buenas costumbres.

Art. 8º Influir, dado que llogue el caso, porque se cumpla el art. 170 del Código penal, que es del tenor siguiente:

“Los que desempeñaren mando ó presidencia, ó hubieren recibido grados en una sociedad secreta de las que están prohibidas por la Iglesia, y los que prestaren para ella las casas que poseen, administran ó habitan, serán castigados con uno á tres años de prisión y el doble tiempo de extrañamiento.—Los demás afiliados lo serán con seis meses á un año de la misma pena.”

Art. 9º La fórmula por la cual, en la última sesión solemne, se comprometerán los miembros de este Congreso á no pertenecer á ninguna sociedad secreta, estará concebida en estos términos:—“Yo N. N. prometo á Dios Todopoderoso, en presencia del Santísimo Sacramento del altar, no afiliarme jamás á la masonería, ni á otra secta alguna de las reprobadas por la santa Iglesia.”

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, Capital de la República, á 5 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Cúlco.

El Secretario

José J. Estupiñán.

Sobre algunos medios que se indican para evitar toda inmoralidad.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR

CONSIDERANDO:

Que los caracteres peculiares que distinguen á un pueblo civilizado cristianamente son la honestidad y el decoro públicos, como frutos que nacen de los privados,

ACUERDA:

Art. 1º Dirigirse á las autoridades competentes instándoles para que, poniendo en ejecución las leyes que rigen, impidan el que se expongan y vendan no sólo libros prohibidos sino objetos que ofenden el pudor, tales como pinturas, estampas y lentes con imágenes obscenas; encarecerles asimismo que estorben en las diversiones públicas de máscaras, los disfraces indecentes y el remedo de personas y ceremonias religiosas.

Art. 2º Encarecer á los padres de familia la necesidad y estricta obligación que tienen de procurar á sus hijos esmeradísima educación moral y religiosa para preservar de mancha la pureza de su inocencia.

Art. 3º Valerse del influjo de sus miembros respetables para que se pongan por obra las disposiciones anteriores, y para conseguir también que los dueños de haciendas, almacenes, fábricas y otros establecimientos no reciban bajo su dependencia ni admitan por inquilinos á individuos mal reputados por la depravación de las costumbres.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, Capital de la República, á 5 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupihán.

Sobre el estímulo que se hace á las educadoras de niñas para que les infundan la virtud y pudor naturales de su sexo.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR.

CONSIDERANDO:

Que el lujo no sólo es un vicio reprobado por la moral, sino también fuente de otros vicios y de la ruina social y económica de un país;

Que por desgracia el lujo va tomando en el Ecuador alarmantes proporciones; siendo una de las causas eficientes de la pobreza y mala situación en que se encuentra la República;

Que uno de los medios más eficaces para reprimirlo es la formación de hogares cristianos, mediante la buena educación de la mujer,

ACUERDA:

Art. 1º Invitar á las Superiores y maestras de establecimientos de educación para niñas, empleen todos sus esfuerzos en infundir en sus alumnas el espíritu de moderación y la sencillez, como virtudes propias de su edad y sexo.

Art. 2º Pedirles prohiban, sin excepción, que las alumnas usen vestidos de seda, terciopelo ó de cualquier otra tela costosa, así como joyas ó otros artículos de mero lujo; y esto, aun en los casos de exámenes ú otras actos públicos.

Art. 3º Pedirles igualmente que no consientan en manera alguna que las niñas usen afeites ó cosméticos destinados á blanquear la tez.

Art. 4º Excitarles á que pongan preferente atención y cuidado en la enseñanza del catecismo y de las labores domésticas propias del sexo; teniendo en cuenta que una madre de familia, aun cuando pertenezca á la clase más acomodada, ha menester del conocimiento práctico de las faenas de una casa.

Art. 5º Suplicar á los Ilmos. Prelados del Ecuador, recomienden á las Institutoras de los establecimientos antedichos, el presente acuerdo.

Art. 6.º Los miembros del Congreso se comprometen á procurar, en cuanto les fuere posible, la sencillez de costumbres, desterrando el lujo.

Dado en en el salón de las sesiones, en Quito, á 6 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre el apoyo que debe prestar la autoridad eclesiástica á la civil en el establecimiento de escuelas matinales.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO:

1.º Que hay leyes civiles benéficas que necesitan el concurso de la autoridad eclesiástica y de los ciudadanos para que den los frutos que se ha propuesto el legislador; y

2.º Que á esta clase pertenece la que ordena el establecimiento de escuelas matinales para los niños del campo,

ACUERDA:

Art. 1º Encarecer á los Ilmos. Prelados diocesanos que, por medio de los Sres. Párrocos, que deben participar en la ejecución de la mentada ley, contribuyan al establecimiento de las escuelas matinales.

Art. 2º Encomendar igualmente á cada uno de los Sres. Diputados que en la Diócesis que representan, velen con actividad porque se cumpla la expresada ley; cuidando que

no se defraude en manera alguna los fondos destinados á aquellos establecimientos; facilitando la construcción ó consecución de locales, los maestros y útiles necesarios, y la concurrencia del mayor número posible de niños.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 6 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre el interés que debe reinar en todos por la verdadera justicia.

EL CONGRESO EUCARÍSTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO:

Que una de las más graves causas de la corrupción de las costumbres es la impunidad de los crímenes, delitos y contravenciones,

ACUERDA:

Art. 1º Los miembros del Congreso contribuirán, por cuantos medios estuviesen á su alcance, á facilitar la acción de la justicia en la pesquisa de los crímenes, delitos y contravenciones.

Art. 2º Procurar influir en sus amigos y conciudadanos, y en especial en los individuos del pueblo, para que procedan de igual manera; acostumbrándolos á amar la justicia, respetar la ley y no posponerlas jamás al interés individual, ni al respeto humano, ni á caridad ó compasión mal entendidas.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 6 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre el cuidado que debe haber de enseñar la doctrina cristiana y el cumplimiento de los preceptos de la confesión, comunión y ayuno.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR.

CONSIDERANDO:

1º Que es gravísima la obligación que tienen los padres y jefes de familia de enseñar á sus hijos y subordinados la doctrina cristiana, y que el no cumplimiento de este deber causa incalculables males; y

2º Que la observancia de los preceptos eclesiásticos de la confesión y comunión anuales y del ayuno, que se descuida bastante por parte de buen número de personas, es indispensable para la morigeración de las costumbres, para la práctica de la virtud y la extirpación de los vicios,

ACUERDA:

Art. 1º Los miembros de este Congreso cuidarán de que en sus casas, fundos ó establecimientos que de ellos dependan, se enseñe la doctrina cristiana á los niños y adultos, si fuere posible todos los días, y si no, á lo menos los domingos y días de fiesta; añadiendo siempre una explicación acomodada á la capacidad de las personas que las recibieren. Si esto no fuese hacedero, se suplirá con la lectura de algún catecismo de los que se usan en la provincia eclesiástica.

Art. 2º Los miembros del Congreso emplearán toda su influencia para que los que no lo son obren de igual manera: El Congreso, por su parte, ruega y encarece á éstos que se empeñen en tan cristiana y meritoria obra; haciendo que, aunque haya enseñanza en sus casas, sus subordinados concurren á la doctrina de la parroquia, y los niños, especialmente, á las escuelas matinales, donde estuviesen establecidas.

Art. 3º Los miembros del Congreso harán lo posible por cumplir los preceptos de la Santa Madre Iglesia, en especial los de la confesión, comunión y ayuno, y tratarán de influir eficazmente para que los cumplan las personas que dependan de ellos, y aún los amigos en cuyo ánimo pudiesen obrar sus buenos consejos y advertencias.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 6 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,
Arzobispo de Quito.

El Secretario,
Ramón Calvo.

El Secretario,
José J. Estupiñán.

*Sobre la conveniencia de la lectura de obras
instructivas y de sana moral.*

**EL CONGRESO EUCARISTICO
DEL ECUADOR,**

CONSIDERANDO:

Que uno de los mejores medios de combatir los errores ó prevenirlos, y de morigerar las costumbres del pueblo, es el de la difusión de la buena lectura,

ACUERDA:

Art. 1º Hacer imprimir ó reproducir los mejores opúsculos sobre puntos de moral ó de doctrina católica que,

á juicio de los Prelados ó de las Comisiones que nombren al efecto, sean provechosos para lectura en las escuelas ó para ser difundidos en el pueblo.

Art. 2º Encargar á una ó más personas de las que componen este Congreso, ó á otras que aunque no pertenezcan á él quisiesen servir á la causa de la Religión y la moral, la traducción de los opúsculos de la clase indicada, escritos en lenguas extranjeras, aun no vertidos al castellano, ó infiel y malamente traducidos.

Art. 3º Incitar á los escritores de dentro ó fuera del Congreso para que trabajen opúsculos breves y sencillos sobre temas originales ó que no hubiesen sido tratados por otros autores con la conveniencia que requiere el presente acuerdo; ó bien que hagan refundiciones de obras que, por su extensión, no pueden popularizarse.

Art. 4º Todos los opúsculos se coleccionarán en libritos en cuya portada se pondrá una inscripción que diga: "Congreso Eucarístico del Ecuador. Biblioteca popular."

Art. 5º Los libritos se venderán á infimo precio, de manera que pueda llenarse con él solamente el costo de la edición. Ellos serán preferidos á otros libros para premios en las escuelas.

Art. 6º Los miembros del Congreso Eucarístico tomarán el mayor empeño en que tales opúsculos se difundan en el pueblo, encareciéndole su lectura.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 6 do julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario

José J. Estupiñán.

Sobre los medios como se debe combatir el vicio de la embriaguez.

EL CONGRESO EUCARISTICO
DEL ECUADOR.

CONSIDERANDO:

1° Que el medio más adecuado para afianzar el reinado de Jesucristo en la República consiste en morigerar las costumbres;

2° Que la ociosidad conjuntamente con la crápula son las engendradoras de todos los vicios; y

3° Que el de la beodez va cundiendo de manera alarmante, así para las creencias religiosas como para las instituciones sociales,

ACUERDA:

Art. 1.° Los miembros del Congreso procurarán sustituir, en cuanto les fuere posible, en sus haciendas de cañamiel, la fabricación de aguardientes con la de azúcar ú otra industria; y los que especulen en licores alcohólicos nacionales ó extranjeros tratarán asimismo, si les fuere posible, de cambiar de especulación; debiendo todos empeñarse en que sus amigos y conocidos procedan del mismo modo.

Art. 2.° No consentir que en las tiendas y piezas de sus casas se establezcan aguardenterías, tabernas ni depósitos de licores alcohólicos.

Art. 3.° Impedir vigorosamente por cuantos medios lícitos estuvieren á sus alcances, los excesos á que el pueblo se entrega con frecuencia, con ocasión de las festividades religiosas ú otros motivos.

Art. 4.° Empeñarse en que se cumpla el precepto de guardar los domingos y días de fiesta; velando especialmente en que de ellos se destierre la embriaguez.

Art. 5.° Promover el establecimiento de escuelas nocturnas y asociaciones para entretenimientos honestos, y buscar cualesquiera otros medios con que se pueda apartar á los artesanos del terrible mal que se trata de combatir.

Art. 6.° Influir en las autoridades respectivas para que se impida la venta de licores en los domingos y fiestas de

guardar: y para que se prohiba escrupulosamente, conforme al Reglamento de policía, el beber en los establecimientos públicos.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito; Capital de la República, á 7 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,
Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre el establecimiento de Asociaciones piadosas.

EL CONGRESO EUCARÍSTICO

Considerando que las Asociaciones de piedad y caridad han producido siempre copiosísimos frutos en las poblaciones donde se hallan establecidas, y son los medios más adecuados para la organización de las obras de propaganda católica,

ACUERDA:

1. ° Secundar eficazmente lo resuelto, en este punto, por el 4.º Concilio Provincial Quitense, recomendado el establecimiento y propagación de dichas asociaciones en general; y en especial, por el benéfico influjo que ejercen entre la gente pobre, el de las Conferencias de San Vicente de Paul.

2. ° Aprobar la determinación tomada por la Junta Central, de que el "Apostolado de la Oración," tan difusamente propagado en la República, sea el órgano por medio del cual se promueva la colecta de las limosnas destinadas á la construcción de la Basílica del Sagrado Corazón;

3. ° Recomendar especialmente á dicha Junta Central que influya en el establecimiento de las mencionadas Asociaciones, por los medios que juzgare más oportunos, y en

los lugares donde tuvieren más probabilidad de subsistencia y buen éxito.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 7 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,
Arzobispo de Quito.

El Secretario,
Ramón Calvo.

El Secretario,
José J. Estupiñán.

Sobre la organización de Círculos Católicos de Jóvenes.

EL CONGRESO EUCARÍSTICO
DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO:

1. ° Que la juventud es la edad más expuesta al contagio de la impiedad y la corrupción;
2. ° Que, bien educada, puede prestar grandes servicios á la causa de la Religión católica, y de la República;
3. ° Que la asociación, el estudio y el mutuo ejemplo son medios de los más poderosos para conservarla en el camino de la verdad y del bien;

ACUERDA:

1. ° Suplicar, como suplica, á los Ilmos. Prelados y á todas las personas católicas influyentes que contribuyan con su influjo al establecimiento de "Círculos Católicos de Jóvenes" en todas las capitales de provincia.
2. ° Estos Círculos estarán sometidos á un Reglamento fundamental formado en Quito por una reunión de delegados de la juventud católica de todas las provincias y aprobado por el Ilmo. Sr. Arzobispo.

3. ° Cada Circulo podrá darse su reglamento interior, que deberá someterse á la aprobación del respectivo Prelado.

4. ° Todos los Circulos estarán bajo la dirección de un Consejo Central, que se compondrá de los representantes de los Circulos, con arreglo al Reglamento fundamental.

Dado en Quito, á 7 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Sobre la utilidad de la unión entre las naciones hispano-americanas.

EL CONGRESO EUCARISTICO

DEL ECUADOR.

CONSIDERANDO:

Las incalculables ventajas que proporcionaría la unión de todos los católicos de las naciones hispano-americanas, formada por los vínculos de la profesión franca y sin reservas de los principios religiosos,

ACUERDA:

Art. único. Dirigirse respetuosamente á los Ilmos. Sres. Obispos y á las principales asociaciones católicas de las naciones mencionadas, proponiéndoles la unión antedicha.

Se suplica al Ilmo. Señor Arzobispo para que, como Presidente del Congreso Eucarístico Ecuatoriano, de acuerdo con todos los Ilmos. Sres. Obispos de la Provincia eclesiástica, proponga la unión indicada sobre las bases que creyere convenientes.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 7 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,
Ramón Calvo.

El Secretario,
José J. Estupiñán.

*Sobre la unión de los buenos católicos y la devoción
al Sacratísimo Corazón de Jesús.*

EL CONGRESO EUCHARISTICO

DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO:

1. ° Que uno de los principales medios de salvación para las naciones es la unión fraterna, íntima y perseverante de los buenos católicos; y
2. ° Que entre todos los vínculos de unión, el más perfecto es el de la caridad divina, fruto precioso de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús,

RECOMIENDA

A todos los católicos ecuatorianos que unan sus esfuerzos para formar una liga de amor y devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús, sostenida por la frecuencia de sacramentos, un culto constante de reparación á la divina Eucaristía, y la profesión franca y sin reservas de todos los puntos de la doctrina católica. Para lograr este fin

ACUERDA:

Art. 1. ° Conforme á lo que tiene ya dispuesto el Ilmo. Señor Arzobispo, continuarán funcionando indefinidamente la Junta Promotora Central y las Juntas diocesanas pro-

motoras de la Basílica nacional; teniendo por norma lo determinado en las bases primitivas de su institución.

Art. 2.º El Promotor de la Basílica, el Director de la Junta Promotora Central, el Presidente, el Vicepresidente y Secretario de ella, presididos por el Ilmo Señor Arzobispo, formarán una junta especial con el título de "Comité permanente del Congreso Eucarístico."

Art. 3.º Este Comité se ocupará más especialmente en los asuntos relativos al Congreso Eucarístico, como la pronta y debida ejecución de todos sus acuerdos, así como también el que se entienda con las Juntas diocesanas de las provincias.

Art. 4.º Antes de disolverse el presente Congreso, todos sus miembros, reunidos por última vez, en la Santa Iglesia Catedral, en presencia del Santísimo Sacramento, solemnemente expuesto, y en manos del Ilmo. Señor Arzobispo, prestarán la siguiente promesa:

Viva el *Corazón Sacratísimo de Jesús*. Soberano Señor de la República ecuatoriana: juro fidelidad eterna á su reino social.

Art. 5.º A todos los que prestaren la antedicha promesa se les dará un diploma firmado por el Ilmo. Sr. Arzobispo y los Secretarios del Congreso Eucarístico, que acredite haber concurrido á él como miembro de esta Asamblea.

Dado en el salón de las sesiones, en Quito, á 7 de julio de 1886.

El Presidente,

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

El Secretario,

Ramón Calvo.

El Secretario,

José J. Estupiñán.

Discursos de la tercera sesión solemne.

DISCURSO

DEL SR. DR. D. CAMILO PONCE, VICEPRESIDENTE
DE LA JUNTA PROMOTORA CENTRAL.

Sobre la Unión entre los católicos.

Al detenerse á contemplar, desde el elevado punto de vista católico, la vida de la humanidad sobre la tierra, nada hiere ni embarga más fuertemente la atención, que el hondo y lastimoso deslinde del linaje humano en dos enórganos ó irreconciliables bandos que, librando entre sí gigantesca batalla, mantienen el mundo perpetuamente turbado con el estruendo y agitaciones de sus reñidos é interminables combates.

A partir de la cenna del género humano, teatro de la caída lamentable de nuestros primeros padres, la lucha se empeña, continúa y propaga, aumentando en intensidad y extensión en la misma medida en que el hombre se multiplica y crece sobre la haz de la tierra; alistando en las filas de los combatientes, de grado ó por fuerza, á cuantos nacen á la vida; invadiendo todas las esferas en que se ensaya, desarrolla y despliega la humana actividad y penetrando en aldeas y ciudades, islas y continentes, sin que paz definitiva, ni momentánea tregua permitan á los fatigados lidiadores descanso ni respiro.

Y ¿qué extraño que la reñida pelca aparezca, crezca, se mantenga y perpetúe donde quiera que sienta el hombre su incierta planta, si dentro de sí, en el velado recinto de su vida interior, lleva el principio y germen de la lucha? ó mejor dicho ¿si es él mismo cerrado palenque, donde, en viva guerra, disputan el señorío el espíritu y la carne, puestos en pugna y desacuerdo por la primitiva rebelión? ¿Qué extraño que roto el lazo de dependencia que mantenía al cuerpo en legítima sujeción del alma, destrozada la armonía que entre ellos reinaba, difundida el hombre con su aliento la fiera discordia cuyo perenne foco arde en su pecho?

Al punto en que, víctima de satánica seducción, depone el hombre la corona de la inocencia y yergue altivo la frente, en audaz é insensata rebelión contra su munificentísimo Criador, al punto mismo, por asombrosa repercusión, siente suscitarse en el fondo de su conciencia, entre los elementos constitutivos de su sér, la insubordinación y el desconcierto de que acaba de dar funestísimo ejemplo; y proscribo, en justo castigo de su rebeldía, de la mansión de la inocencia, de la felicidad y de la paz, emprende su largo y doloroso peregrinaje convirtiendo la tierra, que lo soporta y sustenta con pesar, en revuelto campo de cruda y sangrienta batalla.

Desde entonces, la verdad y el error, la virtud y el vicio, el bien y el mal, los frutos del espíritu y las obras de la carne, según la expresión del Apóstol, lidian con ardor inextinguible con tenacidad infatigable, por adquirir y mantener imperio y señorío en la inteligencia y corazón del hombre, en la constitución y gobierno de las sociedades, en la vida y desarrollo de la humanidad; y mantienen organizados, engrosándolos sin cesar, enemigos y contrapuestos bandos, que pelean con varia fortuna, ya adversa, ya favorable, más sin ver fenecido por decisiva victoria el continuo batallar, que no tocará á su término sino, cuando, finalizado el curso del tiempo, será arrollado, por el poderoso brazo que lo desplegó, el magnífico pabellón de campaña que cubre á los combatientes.

Si jamás el triunfo definitivo corona los esfuerzos de los reñidos bandos, no es siempre igual el éxito con que combaten. A medida que las generaciones se alejan de su cuna, se oscurecen, truecan y adulteran las tradiciones de la primitiva revelación, y caminando el hombre á la escasa luz de enflaquecida razón, impotente para resistir á las seducciones de los sentidos y á los estímulos de la carne rebelada, abismase rápidamente en las tinieblas del error, se atolla y sumerge en los pantanos inmundos del vicio, y en el largo período que media entre el Paraíso y el Calvario, ofrece el lamentable espectáculo del mal triunfante y enseñoreado del mundo hasta el punto de hacerse idolatrar en todos sus atributos, aun los más innobles y repugnantes.

Al término y remate de ese laborioso ensayo, cuarenta veces secular, en que pone el hombre á prueba todo el poder y alcance de sus propias fuerzas, la soberbia Roma de los Césares, habiendo atado á su carro triunfal todas las naciones de la tierra, concentrado en su seno todas las conquistas del humano ingenio, convertido en botín de guerra todas las riquezas del universo y abierto la entrada de sus mu-

ros y templos á todos los dioses de los pueblos vencidos, ofrece en sí misma la síntesis más completa, y en sus Tiberios Caligulas y Nerones las más perfectas personificaciones de la cultura y civilización paganas; los consumados tipos de la humanidad de esa época.—Entonces supersticiones infames, atroces crímenes, repugnantes vicios, abominaciones sin nombre, ultrajes á la naturaleza, corrupciones de todo género y linaje, tiranías brutales, crueles opresiones, servidumbres oprobiosas, en suma, el mal, en toda su amplitud y en sus mil variadas formas, triunfante en toda la línea, más que Soberano, Dios del mundo, habíase apoderado del campo en toda su anchurosa extensión, y excluyendo de él al bien y al escaso número de sus representantes y sostenedores, parecía haber puesto término final al combate y dejado para siempre convertida la tierra en pantano inmenso de cieno y sangre.

En tan lamentable estado, cuando “la gran ramera, vestida de púrpura y de escarlata, y adornada de oro y de piedras preciosas, y de perlas,” habla “embriagado á los moradores de la tierra con el vino de sus prostituciones;” cuando la humanidad desnuda de toda esperanza, presa de la desesperación, parecía inevitablemente condenada á porocer disuelta en las aguas corrosivas del mar inmenso de todas sus corrupciones, aparece en el mundo el Hombre-Dios, soberana personificación del bien, fuente perenne de toda verdad, y levantando al hombre de su hondo abatimiento, curándole sus cancerosas llagas, infúndele nuevo espíritu, enciende en su seno poderoso foco de vida, en su mente la antorcha de la fe, en su corazón la vivaz llama de la caridad, y sin más defensa ni broquel que la humildad y mansedumbre, ni más arma que la palabra divina, mándale restablecer el perdido combate y conquistar para la verdad y el bien, el mundo que yace acampado á las sombras de la muerte.

¡Extraños y singulares combatientes va el mundo á contemplar! En vez de la invencible legión romana, ciudadela militar ambulante: poderoso y concentrado resumen del espíritu guerrero é invasor del pueblo rey; ágil, vigorosa é intrépida como el águila, su enseña de combate, y vital ella sobre su presa, cayendo sobre el mundo y aprisionándolo entre sus aceradas garras; en vez de ese irresistible instrumento de conquista y dominación universales, doce hombres, desnudos de todo prestigio, tímidos, ignorantes, incultos y pobres, hábiles apenas para dirigir la débil barquilla del pescador en el pequeño mar de Galilea, son enviados á acometer igual y aun mayor empresa y llevarla á cima (¡pasmosa locura, escándalo inaudito!) envolviendo en la frágil red

con que se procuraban su escaso sustento, á cuantas razas, pueblos y naciones habitan é hinchen la tierra.

¡Combates aún más singulares y extraños, si cabe, que los mismos combatientes! Para ellos no se reclutan y aprestan los elementos de la fuerza material: miembros robustos, armas aceradas, máquinas mortíferas, fornidos y veloces carros, ni ofrecen las escenas pavorosas de ruidosas batallas, estrechos sitios, sangrientos asaltos, choques estrepitosos de grandes ejércitos, levantamientos en masa é invasiones exterminadoras de razas, pueblos y naciones.—La nueva falange, compuesta de voluntarios que llevan la fuerza, no en el cuerpo agilitado y robustecido en el circo y el gimnasio, sino en el espíritu disciplinado y fortalecido por desconocidas virtudes que, á la par que invulnerable coraza, son armas de subido temple, parte á la conquista del mundo ganando los corazones á fuerza de mansedumbre, dulzura, amor y abnegación; abriendo los brazos para la efusión fraternal, en vez de levantarlos para asestar el golpe homicida; retornando con beneficios la injuria y el ultraje; lejos de arrebatarse ni aun codiciar lo ajeno, despojándose generosamente de lo propio en obsequio del necesitado, amparando al débil, levantando al caído, en suma prestando apoyo, consuelo y alivio á todas las flaquezas, infortunios y dolores que acibarran la vida humana, y por coronamiento y remate de tan inusitada manera de combatir, confirmando y sellando la fe que tan varoniles y sublimes virtudes engendra y alienta, con el sacrificio heroico de la vida ofrecida en expiación eficaz de los crímenes y maldades de sus mismos crueles perseguidores y desapiados verdugos.

Leyenda fabulosa, cuento de hadas y encantamientos, antes que historia verídica y acrisolada por severa crítica, debe parecer á quien no mira de las alturas de la fe el extraño luchar y vencer de las primeras generaciones cristianas; pues ¿cómo prestar crédito razonable á acontecimientos que, rebeldes á toda ley, regla y medida, en vez de explicarse por el lógico encadenamiento de causas y efectos proporcionados, ofrecen viva y pasmosa oposición entre los medios empleados y los resultados obtenidos, si negando la intervención del elemento sobrenatural y divino, se rechaza la clave del enigma? Si, no hay como dudarlos, en la innumerable y magnánima falange de apóstoles, mártires y confesores, heroica vanguardia de las huestes cristianas, no es ya el hombre solo quien lucha y vence. Junto á él, dentro de él mismo, está el maestro y modelo de ese nuevo género de combates, sosteniendo con callada y suavísima influencia; el inquebrantable denuedo de los atletas de la fe, de cuya

para sangre, brota mies abundantísima de creyentes que, llenando las ciudades, las islas, los castillos, los municipios, los asambleas, los campamentos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro," convierten el antes ignominioso patíbulo de la Cruz en glorioso paladión del Imperio, sientan al cristianismo en el trono de los Césares y acaban por levantar al humilde pescador del mar de Galilea, en la persona de sus sucesores, á tan alta dignidad que ante ella quedan eclipsadas todas las grandezas hasta entonces conocidas.

El maravilloso triunfo del Cristianismo y la paz y concordia entre la Iglesia y el Imperio que él produjo, alcanzando superioridad y primacía á la verdad y al bien, permiten circular libremente y apresurar la obra de la regeneración del mundo; más no ponen término al secular combate. El paganismo vencido, batíéndose en retirada; el elemento bárbaro altivo, rehacio y bravío, y las tres concupiscencias de que habla el Apóstol, encadenadas, más no extinguidas, reapareciendo sin cesar en el individuo, en la sociedad y el mundo, oponen resistencias tenaces y serias dificultades á la acción benéfica de la Iglesia, y suscitándole enemigos formidables en las herejías que siembran en su seno, en los cismas con que la dividen y en la corrupción de las costumbres con que contrarian la influencia de su incontaminada moral, la obligan á edificar con la una mano, manteniendo en la otra la espada del combate.

Largo período de dura y penosa, pero fecunda labor, atraviesa, en verdad la Iglesia, tras la florida primavera de su primera edad. Durante él con acción tan suave y prudente como eficaz y constante, define y coloca en clara luz sus dogmas puestos en tela de juicio por la sofistería pagana; doblega bajo su ligero yugo la fiereza y altivez de los pueblos bárbaros acampados sobre las ruinas del Imperio Occidental; informa con su espíritu vivificante y poderoso, el individuo, la familia y la sociedad; talla y pule pacientemente cuantos materiales le son necesarios para el adelanto y terminación de la obra grandiosa que lo está encomendada, y cuando, en posesión de inmenso cúmulo de ellos, se aprresta á rematar la colosal empresa con coronamiento digno de ella; el espíritu del mal, sembrando en su seno la división y la discordia, destroza la magnífica unidad católica, que concentrándolas, centuplicaba las ya poderosas fuerzas de la humanidad regenerada; desvía el ordenado y tranquilo curso de la civilización cristiana; desvirtúa, pervierte y transforma en instrumentos de destrucción los elementos más eficaces de mejora y adelanto; conmueve los cimientos

del orden social, religioso y civil, y produce las gigantescas catástrofes, hondas perturbaciones y convulsiones anárquicas de la era moderna.

Dirigidos los primeros embates de la satánica rebelión principalmente contra la piedra fundamental del edificio, contra la autoridad del Soberano Pontífice, el trastorno y la confusión producidos en la alta esfera religiosa, descienden sucesiva y gradualmente, á los campos filosófico, social, político, doméstico y aun al seno mismo de la conciencia individual, y al cabo de tres siglos de constantes y tenaces esfuerzos, la obstinada conspiración, ora franca y audaz, ora encubierta y astuta, armada de los poderosos medios de comunicación y propaganda que le suministran los asombrosos descubrimientos modernos, difunde y esparce el espíritu de insubordinación y desorden por todos los ángulos de la tierra, removiéndola profundamente, sin dejar en ella punto firme donde posar la planta, y da á luz, nutre y desarrolla ese monstruo horrendo de cien brazos y espantable cabeza, que no encontrando en la lengua humana, denominación que sintetice el número y alcance prodigioso de sus destructores atributos, se ha llamado á sí mismo, "La Revolución."

"La Revolución" en su más amplia, comprensiva y sustancial significación; "La Revolución del hombre contra Dios, contra Cristo, su Iglesia santa y su augusto Vicario;" La Revolución del súbdito contra el soberano, del hijo contra el padre; del doméstico contra el señor, del obrero contra el capitalista, del labrador contra el propietario, del pobre contra el rico, de toda natural dependencia contra toda legítima superioridad; "La Revolución del espíritu contra la carne, de los sentidos contra la razón, del vicio contra la virtud, de toda corrupción y libertinaje contra todo medio de corrección y castigo; La Revolución en el santuario, en la plaza, en el hogar, en los campos y ciudades, en las islas y continentes, difundida por todas partes como el aire respirable; en suma, "La Revolución" cosmopolita de la desenfrenada licencia del pensamiento, de la palabra y de la acción, disfrazada con el manto seductor de la libertad, contra la autoridad en todos sus órdenes y grados, convertida en blanco de odio y menosprecio bajo la repugnante caricatura de opresión brutal y ominosa tiranía: Hé ahí el enemigo.

Hé aquí sus armas de combate. En el orden intelectual, ciencias, artes, literatura en gran parte, prostituidas y encadenadas al error y al mal, impregnando la atmósfera de miasmas mortíferos y envenenando los entendimientos; en el

orden moral, doctrinas desastrosas que, terminando su lógico desarrollo en la emancipación de la carne, desencadenan todas las pasiones y legitiman todos los crímenes; en el orden material, la idolatría de la riqueza como fin único y supremo de la vida y como medio universal de realizar cuantos goces y satisfacciones pueden dar de sí las concupiscencias del hombre libres de todo freno y aguijoneadas por aspiraciones ilimitadas; y por fin, en el orden social, conversión del confuso cúmulo de ideas y doctrinas dominantes en sistemas y planes prácticos de gobierno que, aplicados con ardoroso tesón, á la reorganización radical y completa de las sociedades, arrastran rápidamente el mundo á un paganismo mil veces más indócil, indomable y hostil que el que fué vencido y bautizado por el cristianismo con la sangre generosa de sus primeros discípulos.

El Papa desposeído de la garantía indispensable de su independencia, cautivo en el Vaticano y asediado por turbas disciplinadas é impulsadas por la masonería, próximo á volver á las catacumbas y á verse reducido á la estrechez de mantener con el martirio la existencia y fueros de la Iglesia; los Gobiernos poseídos de la fiebre de secularización aspirando á la divinización del Estado, más que émulos, hostiles á la autoridad espiritual y ensayando un género de persecuciones que, en su probable desarrollo, amenaza reducir, á pálido bosquejo las del Cesarismo pagano; los pueblos des-cristianizados, emancipados de todo deber, armados de derechos quiméricos, ávidos de goces y prosperidades materiales, ingobernables, ciegos y frenéticos corriendo tras una felicidad ilusoria y fantástica, la humanidad toda fuera del derrotero, desorientada, sin brújula ni timón, navegando en mar embravecida, á impulso de deshechas tempestades: Hé ahí la situación.

Miembros como somos de la gran familia humana, esa situación es también la nuestra, atenuada, en verdad, por especiales y felices circunstancias que, si bien nos mantienen menos próximos al abismo á que corren los demás pueblos coetáneos, adormeciéndonos en temeraria confianza y atrayéndonos los furores de la secta que, en la reseña de sus universales triunfos, nos tilda ya como escandalosa sustracción á su poder, nos esponen á ser víctimas de improvisito ataque y audaz sorpresa y envueltos en el común cataclismo.

Ni nos faltan las lecciones de la experiencia. Aquí, como en la vieja Europa, el radicalismo impío, grado supremo de la Revolución cosmopolita, ha dado ya muestras de los feroces instintos de devastación que constituyen el fondo de su índole salvaje y sanguinaria; y si el número y ca-

lidad de sus adeptos no le han permitido todavía adueñarse del poder y pasear la guillotina y la pica demoledora por campos y ciudades, ni acudir al empleo de la dinamita y el petróleo para solazarse en las recreaciones neronianas á que es tan aficionado, le hemos visto ya acudir al tósigo del envenenador y al puñal del asesino para colocar la Iglesia y el Estado al borde del precipicio; y sin pedir al pasado reminiscencias desgarradoras, aquí tenemos, hourando con su presencia esta augusta asamblea, al noble Representante del derecho, del orden y de la legalidad, providencialmente preservado de las cobardes asechanzas de los modernos vándalos, sin que el manto de clemencia que reviste y suaviza la alta autoridad que ejerce haya podido defenderlo de la saña del monstruo cebado ya, así en el intrépido león alevemente sorprendido, como en la cándida paloma cuya dulzura y mansedumbre debieron serle seguro resguardo é impenetrable broquel.

En tal situación, á presencia de tantos y tan graves peligros ¿cuál es nuestro deber? El natural instinto de conservación, el simple sentido común, nos están diciendo calladamente lo que el amor á la Religión y á la Patria, resumen de todos nuestros afectos, intereses y deberes, nos clama con sonora y autorizada voz: Unión, Unión estrecha, compacta y cordial; Unión para combatir y rechazar el error y el mal; Unión para multiplicar y difundir la verdad y el bien; Unión fuerte é indisoluble, cimentada en la caridad, sostenida por la abnegación.

Y no impida, ni paralice la mancomunidad de nuestros esfuerzos la falsa confianza de que siendo, como somos los católicos, la gran mayoría, dentro de los estrechos límites de esta República, nada tenemos que temer; porque en el vasto teatro del mundo que día á día, se reduce y concentra con la supresión de fronteras y distancias, somos pequesísimos y muy débil minoría, combatida como nos lo advierte el Padre Santo en la Enciclica HUMANUM GENUS, *por todos los que favorecen la peor parte, conspirando á una y peleando con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad llamada de los Masones, extensamente dilatada y fuertemente constituida.*

La lucha, al parecer insensata, con que un puñado de hombres sin fortuna, crédito, ni prestigio, ensangrienta y devasta nuestras comarcas del litoral, sin que reiteradas derrotas y escarmentadores desastres, le obliguen á desistir del inicuo intento, profundo está la existencia y empleo de ese auxilio y cooperación en nuestro daño y en odio á nuestras instituciones esencialmente católicas.

Si, no podemos dudarlo, el peligro que nos amaga, el enemigo que nos cerca, bajo exterioridades mezquinas, reviste las mismas colosales proporciones con que se ostentó victorioso fuera de nuestras fronteras, y ante él, el deber más urgente y premioso de los católicos ecuatorianos, en la hora presente, es, á todas luces, el de unir, disciplinar y organizar vigorosamente nuestras fuerzas para desplegarlas, en estrecha línea de batalla, en el momento del supremo conflicto.

Mientras la autoridad pública rechaza al enemigo y conserva el orden con el uso atinado de las armas que le son propias, en nuestra calidad de católicos y bajo la presidencia del Pastor Supremo y de nuestros Prelados, sus dignos cooperadores, dirijámonos á la raíz del mal y procuremos extirparlo con los mismos medios que tan eficazmente sirvieron á nuestros mayores en la fe para combatirlo y vencerlo cuando dominaba el mundo sin contrapeso ni rival.

Completa norma de conducta á este respecto contienen las últimas admirables Encíclicas que el Padre Santo ha levantado, cual luminoso faro, en medio del mar revuelto y sembrado de escollos en que navegamos. En ellas, con la plena certidumbre y serena majestad de quien bebe la verdad en su fuente y con la insinuante instancia de amoroso padre, nos inculca *la concordia de las voluntades y la unidad en los propósitos y acciones*, y nos suministra los medios más apropiados para alcanzarlas. “El primer deber de cada uno en particular, nos dice, es ajustar su vida y sus costumbres á los preceptos evangélicos, no rehusando llevar con paciencia las dificultades mayores que trae consigo la vida cristiana;” y ésta es, á todas luces, la primera y principal condición para obtener unión poderosa é inquebrantable entre católicos. Sin ella, las transacciones, los pactos todas las combinaciones de alianza por ingeniosas que parezcan reduciéndose en último término á la mezcla de elementos heterogéneos y discordantes, en vez de producir la apetida unión engendran confusión y desconcierto. Para obtenerla es indispensable de toda necesidad, que seamos en realidad y aparezcamos sin timideces ni embozos católicos sinceros y consecuentes en la vida privada y en la pública: que honremos y confesemos nuestra fe con nuestras obras y palabras; que vivifiquemos la familia, la sociedad, cuanto cae bajo nuestra influencia, con la savia poderosa que, en ancha vena debe autos circular en nosotros; que hagamos cesar nuestros funestos y escandalosos desacuerdos con las decisiones doctrinales de la Santa Sede, arrancando con generosa abnegación las falsas doctrinas y las acariciadas ilusiones

que una viciosa educación y el espíritu del siglo, han sembrado en nuestro entendimiento; en suma, que tornándonos, por la profesión de unos mismos principios fundamentales, y por la práctica de unas mismas virtudes cristianas, idénticos ó semejantes, lleguemos á constituir un todo homogéneo, coherente y compacto. Si nuestra unión no echa hondas raíces en ese terreno firme y resistente, el más ligero viento de la tempestad que arrecia, arrancándola de cuajo y arreatándola cual leve arista, la convertirá en juguete de sus caprichosas y remolinadas corrientes.

Operada esta labor de personal pulimento y asimilación, fácil y espontáneamente se doblegarán los entendimientos y las voluntades bajo el suave yugo de la sumisión á las prescripciones y enseñanzas de "la Santa Sede y á la dirección de los Obispos puestos por el Espíritu Santo para gobernar su Iglesia," y quedará realizado el segundo medio de cimentar la unión sobre bases inmutables, que nos propone y prescribe el Padre Santo.

En este siglo en que, desatado el soberbio é intemperante racionalismo hasta de las trabas de la lógica y lanzado en el campo ilimitado del sofisma y del absurdo, ha hecho y continúa haciendo inmensa explosión de oscuras nubes de ideas, doctrinas y delirios, capaces de turbar, desvanecer y extraviar los más poderosos entendimientos, y de seducir y quebrantar las más fuertes voluntades; en este siglo, en que aceptadas como bases de reorganización radical de las sociedades la independencia y soberanía absolutas del hombre, se ha llegado, con imperturbable serenidad, á proclamar la anarquía, como el ideal y el término definitivo del progreso, en punto á formas de gobierno, la autoridad acatada y obedecida, es más que nunca necesaria para mantener orden y concierto entre los hombres, como claramente nos lo insinúa el Espíritu de Verdad, que preside los destinos de la Iglesia, con el hecho de la definición del dogma de la Infalibilidad Pontificia, realizado con asombro y á despecho de la más consumada prudencia humana.

"Acordes en la fe, repetiré, con el insigne polemista católico de este siglo, la razón nos clama que nos unamos y fortalezcamos en la obediencia. ¿A quién nos dirigimos? Liberales y no liberales, alcanzados por la terrible confusión de esta época, todos no sabemos más que una cosa con certidumbre: que ningún hombre sabe nada, excepto el hombre con quien Dios está para siempre, el hombre que entraña la idea de Dios."

"Es preciso agruparse en torno del Soberano Pontífice, seguir firmemente sus inspiradas direcciones, afirmar con él

las verdades que solas salvarán nuestras almas y el mundo. Es preciso abstenerse de toda empresa para reducir su palabra á nuestro sentido." Cuando el Soberano Pontífico ha proclamado una decisión pastoral, nadie tiene derecho de añadir ni suprimir la menor letra, *non adhere, non minuire*. Cuanto afirme, es lo verdadero para siempre."

Profesión franca, valerosa y sincera, teórica y práctica, pública y privada de la doctrina evangélica: sumisión entera é inquebrantable á las enseñanzas y á la dirección de la Santa Iglesia católica, representada por sus Prelados y Ministros presididos por el Vicario de Cristo: hé ahí los medios fundamentales de nuestra Unión. Mas, constituyendo ellos á su vez, elevadísimos fines á los que no es posible llegar sin el empleo de otros medios subalternos, muchos de los cuales saliendo de la esfera de acción del ministerio sacerdotal, admiten y aun reclaman la cooperación é ingerencia de los simples fieles, el llamamiento que el dignísimo y celoso Metropolitano, ha hecho á los Prelados, Sacerdotes y seculares de esta provincia eclesiástica, para que reunidos en pública y cristiana asamblea, excogiten, organicen y desplieguen por todos los ámbitos de la República esos medios de unificación y propaganda, es una providencia inspirada por elevadas miras, que empieza ya á encontrar su justificación en los frutos que está produciendo, y que la obtendrá amplia y completa en los ulteriores resultados que de ella emanarán.

El hecho de la celebración de este Congreso, reuniendo en su seno y poniendo en íntimo contacto y comunicación de temores, esperanzas y propósitos á gran número de distinguidos católicos y promoviendo, y encabezando el grandioso vuelo del espíritu religioso con que ha solemnizado la República el centenario del establecimiento del culto público del Corazón del divino Redentor, es por si solo un medio de unión que no carece de eficacia y que extenderá al porvenir su benéfica y salvadora influencia, sirviendo de estímulo y ejemplar á otras Asambleas de igual naturaleza. De hoy más, saben los católicos ecuatorianos que á las secretas y tenebrosas juntas de los esclavos de la masonería, deben contraponer las reuniones públicas, solemnes y esplendorosas en luz y magnificencia de los hijos libres de Cristo.

Todos y cada uno de los acuerdos adoptados por el Congreso, son también otros tantos lazos de unión, que concentrando en idénticos propósitos y aspiraciones los nobles esfuerzos de inteligencias ilustradas por la fe y de corazones impulsados por la caridad, han creado un núcleo de luz, calor y vida cristiana que, difundiendo y penetrando por do-

quiera: sus vivificantes irradiaciones, apresura el alistamiento bajo un mismo estandarte de todos los católicos ecuatorianos y su entera sumisión al reinado público y social de nuestro Señor Jesucristo, centro inefable de fraternal y fecunda unión.

La misma Basilica, decretada por el reconocimiento nacional y á cuya construcción ha provisto con esmero especial el Congreso Eucarístico, no se ostenta á nuestra imaginación en la plenitud de sus grandiosas proporciones, sino cuando la contemplamos como símbolo tangible é imagen material de la patria ecuatoriana, informada en su Constitución, leyes y costumbres por el espíritu católico y convertida en templo vivo consagrado al culto social del divino Corazón de Jesús en el Sacramento de su amor; y cuando la miramos suscitando en todos los pechos sentimientos de ardiente piedad, convocando y levantando en masa á las poblaciones, convirtiendo á todos y á cada uno de los ecuatorianos en obreros y constructores del edificio, y elevándose, simétrica y armoniosa sobre sus cimientos, con piedras y materiales que representen y dirijan al cielo otras tantas, mudas pero elocuentes, plegarias de amor, gratitud y adoración.

Poco, muy poco habrá hecho el Congreso Eucarístico, en punto á edificación, para quien, al estimar el resultado de su modesta labor, espacie la mirada en el anchuroso campo que la fe, la esperanza y la vivaz caridad católicas despliegan ante la actividad humana por tan excelsas virtudes robustecida y aguijoneada; poco, muy poco en materia de preservación y defensa, si se pára la atención en la multiplicidad y magnitud de los peligros que por todos lados nos cercan y acosan; mas adviértase que ese poco es el principio inicial, no el término definitivo de obra de largo aliento. Si no levantamos de ella la mano, si allegamos para continuarla todos los abnegados esfuerzos, todas las leales cooperaciones, todos los generosos sacrificios que sobreabundan dispersos en la privilegiada República del Sagrado Corazón, ese poco será el principio fecundo de la renovación cristiana de nuestra sociedad y la piedra angular del muro de resguardo que la defiende de los asaltos del enemigo.

Reunir y concentrar esos elementos y formar con ellos poderoso medio de edificación y defensa ha sido la suprema aspiración del Congreso Eucarístico, y debe serlo también la de todos los sinceros católicos que no ignoran que, si es verdad, como gráficamente se ha dicho, *que cien mil fanegas de polvo no bastarán nunca para cargar una honda*, lo es también que un puñado de él, *con el peso y consistencia*

de un guijarro, aun arrojado por el débil brazo de un niño, puede ser, en los misericordiosos designios de Dios, suficiente cooperación de parte nuestra, para destrozár la frente del fiero Goliat, que desdeñoso nos desafia, y para dar en tierra con su soberbia arrogancia.

Fortalecidos por la Unión en la fe y en la obediencia, prosigamos en la senda emprendida sin abandonar la elevada y serena región de nuestros inmortales destinos; dominando desde ella y estimando en su justo valor cuanto pasa en la agitada escena del mundo; mas sin dejar de descender, cuando el deber y la ocasión lo requieran, á la ardiente aroña en que se controvierten los trascendentales intereses sociales y políticos, *determinados* eso sí, como lo quiere el Padre Santo, *á infundir en las venas del Estado, á manera de jugo y sangre vigorosísima, la sabiduría y eficacia de la religión católica*, y puesta la confianza en el auxilio divino y el abnegado y varonil esfuerzo en la ardua empresa comenzada, esperemos que la ola de la creciente marea revolucionaria no azotará nuestras playas, sino, como la ha hecho hasta aquí, para proclamar su derrota y nuestra victoria con el ronco gemido que exhala al romperse impotente, convertirse en blanca y leve espuma y humillar su altivez ante frágil dique, reconociendo y confesando que el dedo de Dios está allí. *digitus Dei est hic.*

N. B.—En el próximo número ordinario publicaremos el discurso del Sr. Dr. D. Honorato Vázquez.

SOLEMNE JURAMENTO DE LOS MIEMBROS DEL CONGRESO EUCARÍSTICO.

Terminada la lectura de los discursos, fué expuesta la Majestad en el altar, y el R. P. Manuel J. Proaño leyó, en voz alta, desde el púlpito la fórmula acordada por el Congreso en la sesión del 5 de julio, para protestar de su fe católica y de su horror á las sectas condenadas por la Iglesia. La fórmula fué ésta:

Yo N. N. prometo á Dios Todopoderoso, en presencia del Santísimo Sacramento del altar, no afiliarme jamás á la masonería, ni á otra secta alguna de las reprobadas por la Santa Iglesia."

El Excmo. Señor Delegado Apostólico, el Ilmo. Sr. Arzobispo y los Ilmos. Sres. Obispos presentes dieron el ejemplo, y repitieron la fórmula, y pusieron sus firmas en el registro colocado al efecto en el altar mayor sobre una mesa forrada de tela de seda carmesí. Los demás Diputados del Congreso fueron acercándose pausadamente con la mayor veneración; y antes de poner cada cual su firma y rúbrica en el registro, juró sobre los Santos Evangelios, y en referencia á la fórmula leída ya, con estas palabras: "Lo juro y prometo por estos Santos Evangelios."

Después de esta grandiosa y conmovedora ceremonia, el coro de la Catedral entonó el solemne canto del *Te Deum*, después del cual el Excmo. Sr. Delegado Apostólico dió la bendición á los concurrentes con el Santísimo Sacramento y de esta manera clausuróse el primer Congreso Eucarístico del Ecuador.

MANUEL M. PÓLIT.

N. B.—Se hace notar, por no haberse advertido oportunamente, que el Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito al aprobar el Reglamento formado por "la Junta Promotora Central" dispuso que dicha Junta fuese permanente y que sus miembros pertenciesen de derecho al Congreso.

No se han incluido en la lista de los Diputados al Congreso los Sres. Dr. José M. Bustamante, por Loja.—Dr. Miguel Heredia Rodas, por Cuenca.—Dr. Pedro I. Lizarzahuru, por Riobamba.—Dr. José M. del Carmen González, por el Clero de Riobamba.—Dr. Juan José Loaiza, por el Clero de Loja.

M. M. P.

DIOS Y PATRIA. (*)

AL SR. DR. D. JULIO MATOVELLE.

I

¡Altar, sagrado altar, cumbre del mundo,
Asiento de la luz y del misterio,
Eres de la ciudad germen fecundo,
Cuna de la grandeza y del imperio!

¡Quién romperá tus piedras de diamante,
Si las rabiosas olas de la historia,
En tí quebraron su ímpetu arrogante,
Sin que en tus aras quede su memoria? . . .

Ved á esa grande Roma pecadora:
El viejo Capitolio ya desierto
Siente que se alza el ara redentora
Sobre las cumbres de un pasado yerto . . .

¡Arrasad la ciudad! plegad las tiendas
De aventurera tribu! . . . los altares,
Aun al rugir las ásperas contiendas,
Alcen sus santas piedras seculares.

Y rodando los siglos á su planta,
Arrojen, cual los ríos en la orilla
Algas y cieno, y ante el ara santa,
De sus naufragios la deshecha quilla.

(*) Se pronunció en la velada literaria con que la católica ciudad de Cuenca celebró el Centenario, el propio día 21 de junio. — Estas estrofas son parte de un poema que el autor tiene aún inédito.

Y á mí, bardo infeliz, quitadme el canto
Y el arpa de mis noches compañera:
¡Nunca el altar donde regué mi llanto,
Y habló el amor de mi piedad sincera!

Y si hiere el altar soberbia mano,
Combatiente seré: ¡Oh arpa sagrada,
Tú eres arma de empuje soberano,
Y vencerás, por fin!. . . tú eres mi espada!

II

¡ El Dios de nuestros padres ¡ viva ! ¡ viva !
¡ Limpia su imagen por los aires vaga,
Y á la filial mirada no se esquivia !
¡ Vierte apacible luz su gloria altiva !
¡ Entre los suyos su esplendor apaga !

¡ Hermoso Dios por el amor vencido,
¡ Vencido Dios, el de la abierta herida !
En su voz como el eco de un gemido,
Su plácido mirar—astro encendido,
Su aliento—brisa en rosas adormida. . . .

Nos mostró amante de su Edén la entrada
La entrada al corazón ensangrentado:
Allí la fresca sombra, allí la ansiada
Quietud, la noche casta, la alborada
Y el licor á los ángeles vedado.

Sobre el ara está el manso corderillo,
El Dios humilde, el Dios de las cabañas. . . .
¡ Perdonadle ! el amor le hizo seucillo !
No le pidáis de majestad el brillo:
Sólo quedó el amor en sus entrañas. . . .

¡ Dios de la soledad, con los pastores
Encuentras en las selvas compañía ;
Huyes de la ciudad á los alcores,
Y levantas tu altar, á los rumores
De oculta fuente, en la arboleda umbría !

Con los pobres te sientas á la mesa,
Y á la humildad visitas— es tu hermana—
Y escondiendo el fulgor de tu belleza
A la altiva nación que te confiesa,
Habitas en la tierra ecuatoriana. . . .

¡ El Dios, el Dios de nuestros padres viva !
¡ Limpia su imagen por los aires vaga
Y á la filial mirada no se esquiva !
¡ Vierte apacible luz su gloria altiva !
¡ Entre los suyos, su esplendor apaga !

Los ecos de la excelsa cordillera,
Errantes en las nieves de la altura,
Como notas de una arpa en primavera,
De una esfera se lanzan á otra esfera :
Mi Patria á Dios su cáutico murmura.

El sol ecuatorial roja destrenza
En el éter purísimo su llama ;
Y el humeante volcán á Dios inciensa,
Y al dilatarse en la extensión inmensa
Va una plegaria en esa voz que brama.

Las amplias selvas y los anchos mares,
Los vastos ríos, las fecundas zonas—
Del mundo corazón—son los altares,
Que, alumbrados por regios luminares,
Alza el pueblo del turbido Amazonas.

¡ Oh tierra virginal, del sol amada,
Asiento de la gloria venidera,
Montaña santa, del Edén entrada,
Ara del sacrificio inmaculada. . . .
¡ Patria feliz, la humanidad te espera !

Ya la antigua ciudad quédese hundida !
Vuelva su faz el sol á otro hemisferio :
En la cumbre del mundo esclarecida,
Asiéntase hoy el arca de la vida,
Cuna de nueva gente y nuevo imperio.

¡ A Dios ciudad antigua, muere muere !
Ya en tí vació su hiel vicio infecundo,
Celestial maldición tu frente hiere. . . .
¡ Oh viejo mundo, nadie de tí espere :
Sólo está salvo el corazón del mundo !

III

Y hoy tú, Patria infeliz, en la tortura,
Gimes también con aflicción temprana ;
Más no importa : te ciñes la armadura,
La de la lucha de la edad futura,
Y si hoy te abaten, vencerás mañana !

Rompieron tus murallas, ya tus puertas
Cayeron en la lucha resonando. . . .
Mas, de tus aras en cenizas yertas
El fuego no quedó. Patria ! despiertas
Y cantas, aunque cantes sollozando.

En tus labios amargas gotas vierte
El mal, y preparándote destino
Infausto, al porvenir la faz convierte :
Rabiosa multitud pide tu muerte
Hollándote en el polvo del camino.

La paz, la santa paz, esa extranjera
Tornó á los cielos, mísera proscrita ;
Y “¡ muera la virtud !” se escucha “¡ muera !”;
Huye el solaz de la quietud austera,
Juzga la envidia, cuando el odio grita. . . .

¡ Oh turba vil del cieno habitadora,
De tus candentes iras yo testigo,
Mientras airada mi conciencia llora,
Y el fuego de los cielos mi alma implora,
En el nombre de Dios yo te maldigo !. . . .

Y si ladras infame muchedumbre . . .
De tu ídolo á los pies, y en el pantano
Te arrastras de menguada servidumbre,
Mi arpa yo arrojaré desde la cumbre
Y pedazos haré tu ídolo vano.

Y esa arpa que entonó siempre ferviente
Las notas del amor de lo infinito,
Murmurando aún un cántico rugiente,
Terrible rodará sobre tu frente,
Como rueda una mole de granito.

¡ Oh turba vil !. . . . arránquete los ojos
El cóndor de tus iras enemigo,
Y celebre un festín con tus despojos ;
Mientras, sintiendo férvidos enojos,
Te maldigo, cantando, te maldigo !. . . .

¡ Patria, si gimes en la ruda afrenta,
La más honda en la tierra americana,
Te alzarás— sosegada la tormenta—
Hasta donde la Luz su planta asienta,
Y si hoy te vencen—reinarás mañana !

IV

De nuestro Dios el templo ; cuándo cuándo,
Coronará la agigantada cumbre ;
Donde irizadas ondas derramando,
El sol agota su ardorosa lumbre !....

Ya lo miro, por fin . . . Busca los cielos
La cúpula del aire vencedora ;
Y adentro, envuelta en misteriosos velos,
Muda se esconde el arca redentora.

Solemne el salmo en la plegada ojiva,
Vaga gentil multiplicando el eco ;
Y la plegaria, en ascensión esquiva,
Por el camino de las torres hueco.

¡ Ah cuándo, en nueva edad, piadosa gente,
¡ Ejemplo, de los siglos alto ejemplo !
Pueblo del Tabernáculo luciente,
Sus tiendas plantará, junto á su templo !

De modesta humildad sencillas flores
Perfumarán las brisas del santuario ;
Y, brotando sangrientos resplandores,
El astro de la luz será el Calvario.

El amor de los Cielos sus raudales
Derramará en las almas inexhausto ;
Y, al resonar las arpas inmortales,
Se ofrecerá solemne el holocausto.

Limpias las manos, tímido levita
Adiestrado en el místico ejercicio,
Extenderá la víctima bendita,
Y agotará el licor del sacrificio.

Y astro de eterna luz, la hostia adorable,
Se alzará, como luna en noche umbría ;
Y aura divina soplará inefable,
Y el astro del amor llenará el día

¡ Abrazos de lo eterno y lo infinito !
¡ Del espíritu audaz intenso vuelo !
¡ Inmortales amores del proscrito !
¡ Alianzas de la tierra con el Cielo !

Ya encima de los valles y los montes,
Más allá de la altiva cordillera,
De luz abriendo inmensos horizontes,
Dios se levanta, y reina ; Dios impera !

¡ El poderoso Dios ! el centinela,
Allí en el Chimborazo, allí temible,
Cual lidiador en las almenas vela,
Vigilante tenaz, guarda invencible !

V

Hoy, cuando los infames vencedores
Alardean la prez de su victoria,
Al adorado Dios de sus mayores
Adore, con ofrendas y loores,
Este vencido pueblo—¡ esa es la gloria !

Los ídolos de pobre idolatría
Reciban por aplauso carcajada ;
Y al torpe són de criminal orgía,
Del templo entre la cúpula sombría,
Conteste el canto de la lid sagrada.

¡ Fuimos vencidos sí ! más la memoria
De nuestra fama vive ! Allí las tumbas
De cien héroes enseñan alta gloria ;

Y en silencio y confiada nuestra historia
Espera en las inermes catacumbas !

¡ La libertad ? la libertad es nuestra :
Brotó en la hoguera, y con febril delirio
La primera se lanza á la palestra :
Los siglos avasalla con su diestra,
Y vive con la sangre del martirio.

¡ Dad paso al vencedor ! Estos vencidos,
Vencidos en la bárbara aschanza,
Al porvenir se lanzan Atrevidos,
Buscan la lid, en el honor heridos
En nombre del honor claman venganza.

Duermes ¡ ay turba ! un decadente sueño,
Y sus héroes tus émulo concitan
¡ Da paso al vencedor, del mundo dueño !
Bendice el Cielo nuestro noble empeño,
Las tumbas de los mártires palpitan !

¡ Torne, torne la lid de la creencia,
La cruz de nuestras cúpulas sagrada
Sea el hierro en la lucha, y la conciencia
Estalle con sublime omnipotencia,
Súbito rayo en la tormenta airada.

Y caiga en las espaldas del malvado
La vengadora fusta resonante ;
Y, el pabellón de la victoria alzado,
Y al pecho los blasones del cruzado,
¡ Paso, paso, campeones ! y ¡ adelante !

Nuestra es la fama de la edad futura
Y nuestras del futuro las naciones
¡ Qué importa ya nuestra derrota oscura,

Si otro sol en los ámbitos fulgura,
Y hay nuevo ardor en nuevos corazones?... .

¡ No importa, vencedor, si en pobre trono
Clamas cantando fugitiva gloria!
En nuestros pechos arde noble encono;
Y si duermes en mísero abandono,
Espera en nuestras manos la victoria!....

¡ Oh Patria ecuatoriana, la primera
Serás del porvenir en las batallas!... .
Apresta tus legiones altanera,
Alza de los creyentes la bandera,
Y lánzate soberbia á las murallas....!

Tú vencerás, y tu áureo nombre escrito
Verás en los trofeos del santuario,
Cuando torne á las sombras el delito
Y vuelva al viejo culto el bien proscrito,
Al levantarse el astro del Calvario....

Y cuando acabe la mortal escena,
Y huya á la Patria la progenie humana,
Si triste sopla ya brisa serena
En un desierto de infecunda arena,
Si en vano se alza el sol con la mañana;

Un ángel venga del remoto cielo,
Pose en la sien del Chimborazo cano;
Y en la cumbre, antes de tender el vuelo,
Plante la cruz, y diga viendo al suelo:
“¡ Paz á la tumba del linaje humano....!”

REMIGIO CRESPO TORAL.

APOSTOLADO DE LA ORACION.

Intención general para el mes de octubre,

DESIGNADA POR EL EMMO. CARDENAL PREFECTO DE LA
PROPAGANDA Y BENDECIDA POR LA SANTIDAD DE LEON XIII.

LOS HEREJES.

Hubo un tiempo en que parecía que la Europa cristiana, alentada con esa vida divina, que tiene en la santa Iglesia su impercedera fuente, debía gozar en paz de los beneficios derramados por el catolicismo en el mundo, desde aquel día en que el fermento misterioso, obrando en la masa pagana, había solevantado y transfigurado las antiguas sociedades por el poder latente de su acción.

Este es por lo menos el espectáculo que nos presentaba, hace sólo tres siglos y medio, nuestra antigua tierra de Occidente, libertada sucesivamente de dos barbaries, y transformada por completo con los sudores y sangre de los obreros evangélicos. Doscientos millones de hombres respiraban en ella en la unidad é igualdad religiosa, bajo el imperio de unas mismas verdades substanciales y de unos mismos preceptos santos. "Pontífices, emperadores y reyes, clero, magistratura, nobleza, pueblo, todos igualmente sumisos á la monarquía espiritual de Cristo, no reconocían á ningún hombre, á ninguna asamblea de hombres, el derecho de añadir ó quitar el más mínimo artículo á la constitución divina, conocida de los niños mismos." (1).

¿Dónde se encontraban el centro, la salvaguardia de esta unidad, de esta igualdad, de esta libertad religiosa de todos, sino en el supremo poder espiritual que todos acataban en la persona del sucesor de Pedro, poder limitado asimismo por la divina constitución de la Iglesia de JESUCRISTO? Fieles en general á su título de *Siervo de los siervos de DIOS*, los Pontífices, en este gobierno de quince siglos de existencia, se habían mostrado ansiosos de practicar la máxima del Pontífice eterno: *El mayor de entre vosotros, pórtese como*

[1] Martinet: *Filosofía del catolicismo católico*.

el menor; y el que tiene precedencia como sirviente. (Luc., xxi, 26.) "Para quienquiera conozca la irresistible influencia de la sociedad religiosa sobre la civil, había en esta constitución cristiana de Europa una admirable garantía de orden y de libertad, un insuperable obstáculo para el establecimiento del despotismo político."

¿Cómo, pues, ha podido perecer esta unidad religiosa tan necesaria para la paz, para la grandeza de Europa para la obra divina de la evangelización universal? Lutero mismo va á contestarnos. Lutero, de quien se cuenta que repetía, suspirando, en vista de las horrorosas consecuencias de su pretendida reforma: "La revelación que he hecho de mi evangelio ha dado por resultado la muerte de la virtud, la sofocación de la justicia, el amordazamiento del pudor, el destrozo de la verdad, la mutilación de la fe, el desenfreno de iniquidades sin fin, el extrañamiento de toda devoción, no dejando al mundo más que la HEREJÍA." (1)

Era indudablemente, si, dejarle un mal de que padece la Iglesia hace más de tres siglos, y cuyas innumerables víctimas tienen ineludible derecho á la caridad compasiva de los apóstoles del divino Corazón.

II

No quiere esto decir que haya cesado un momento la herejía, en la serie de las edades, de llevar los pasos á la Iglesia de Dios, de contrahacer su obra de redención y salvación, y de levantar, en frente del edificio divino, úno de error y de mentira.

"Es forzoso que haya herejías," había dicho San Pablo, como para darnos á entender que la verdad há menester ser contradecida, porque "en las persecuciones se descubren los que son de virtud probada, allí se revelan los truidores que la desgarraban en las tinieblas, al abrigo mismo de su nombre." (2) *Ut et qui probati sunt manifesti fiant in vobis,* añade el apóstol. (I Cor. xi, 19.)

Dios, bien lo sabemos, ha sembrado buena simiente en el campo de su Iglesia, pero permite que se acerque á él el

[1] Post revelatum evangelium per me, virtus est occisa, justitia oppressa, temperantia ligata, veritas lacerata, fides clauda, nequitia quotidiana, devotio pulsa, haereticis relicta. (*Testimonio de Aurifaber.*—Juan Aurifaber, uno de los fieles discípulos de Lutero y que lo asistió en la hora de la muerte, publicó, de acuerdo con otros amigos del heresiarca, la primera edición de los Tisch-Reden, *Conversaciones de sobremesa.*)

[2] Doublet: JESUCRISTO estudiado en san Pablo.

“enemigo suyo” que no aspira más que á sobresembrar la cizaña en medio del trigo. La cizaña, si creemos á la voz unánime de los Padres, es sobre todo la herejía (1). *Specialiter haeretici*, dice Santo Tomás después de ellos. Y la historia confirma esta interpretación de los Padres. La Iglesia había enseñado al mundo la divinidad del Verbo encarnado, cuando Arrio vino á sembrar traidoramente la hierba parásita de la negación: *Venit inimicus* (Matt. XIII, 25). Muchos siglos de existencia tenía la verdad católica, cuando aparecieron á su vez Lutero y Calvino, trayendo otros dogmas y dándose por apóstoles de un *Credo* salido ayer no más de mantillas: *Superseminavit zizanium* (ibid.) Y vemos con dolor crecer siempre la cizaña, en medio del buen grano, en el campo del padre de familia.

Y realmente ¿cómo no nos llenáramos de profunda compasión al ver esas multitudes de almas cristianas, alejadas de la verdadera fe? Y esto, sólo por un puñado de hombres perversos que, en el siglo XVI, lograron, mejor que los que lo habían intentado en tiempo de San Pablo “traer alborotadas las conciencias y trastornar el Evangelio de JESUCRISTO.” *Qui vos conturbant et volunt convertere Evangelium Christi.* (Gal. I, 7.) ¿Y qué será si á estos millenes de protestantes juntamos el número más considerable talvez de las víctimas de un Focio y de un Cerulario, las que, cismáticas de nombre, son ahora heréticas de hecho? Así se ve justificado una vez más el dicho de San Agustín: “La herejía es el cisma en su estado crónico”. *Haeresis, schisma inveteratum.* (Lib. II, cont. Crescent, c. VII.)

Bien sé que en rigor puede uno ser cismático sin incurrir en la nota de herejía, porque nos enseña Santo Tomás que el cisma no es directamente opuesto á la fe sino á la caridad (2). Es ordinario no obstante que el cisma, por su obstinación misma, conduzca fatalmente á la herejía, conforme á este otro dicho del doctor de Hipona: *Schismatis crimen haeresim male perseverando facit.* (Ep. 164). ¿Y no ha sucedido esto, por ejemplo, con el cisma griego? Gerson nos da de esto una razón que podría llamarse psicológica. “El cisma, dice, encamina á la herejía, porque el hombre que

[1] *Per zizania intelliguntur haeretici*, dice Cornelio á Lapide, invocando este testimonio de los Crisóstomos, Jerónimos y Agustinos: *non quia SOLI, sed quia MAXIME zizania sunt.* (Comment. in c. XIII, Matt.)

[2] *Haeresis et schisma distinguuntur: nam haeresis per se opponitur fidei, schisma autem per se opponitur unitati ecclesiasticae caritatis* (2. 2. q. XXXIX, a. I, ad 3.)

se divorcia de la Iglesia se complace en imaginar nuevos errores, á fin de hacer creer en lo fundado de su ruptura" (1).

¶¶

¿Deduciremos de esto que á cada uno de nuestros hermanos separados se aplica legítimamente la definición de hereje formal? No, seguramente; porque la herejía formal, según la doctrina del Angélico Doctor, es el error *voluntario y pertinaz* de un bautizado sobre alguna verdad de fe suficientemente propuesta por la Iglesia (2).

Y entre estos millones de herejes á quienes hemos aludido poco há ¿cuántas almas hay cuya buena fe es cierta y cuya sinceridad no admite disputa? Prodigioso nos parecería talvez este número, si nos fuera revelado en este momento por el Dios que "escudriña las entrañas y los corazones" y mucho tendríamos que bendecir aún en este punto á las divinas misericordias. Y no obstante, éstos mismos—los herejes de buena fe—¿cualquier confesión á que pertenezcan ¿no tienen por ventura, más de un título para nuestra compasión de hijos de Dios?

Ahora bien; preguntamos en primer lugar: ¿Son todos verdaderamente bautizados? La cuestión parecerá por lo menos dudosa, visto el modo como la herejía administra el santo bautismo. Por esto la Iglesia, cuya prudencia es igual á su caridad, no vacila en rebautizar á menudo *sub conditione* á todos los que quieren volver á su seno. Pero si estos infelices no están realmente bautizados ¿no habremos acaso de considerarlos como que se hallan, en punto á la salvación, más ó menos en el lamentable estado de los paganos ó infieles propiamente tales?

Hay más: suponiendo aún que sea válido su bautismo, y su buena fe de constancia á toda prueba, ¿de qué multitud de socorros sobrenaturales de toda clase no se ven necesaria y tristemente privados? Compárese la suerte de uno de esos desafortunados herejes, por honrado y generoso que sea, con la del católico realmente digno de su nombre. Oh! con cuánto derecho se le podría aplicar á este fiel hijo de la Iglesia si se lo parangona con los mejores secuaces de la herejía, lo que dice San Bernardo del hombre que entra en religión: "Vive una vida más pura, que más rara vez, se levanta con más

[1] Schisma disponit ad haeresim, quia recedens ab Ecclesia errores fingit ut recte discessisse videatur. (Gers. Pros.)

[2] Qui dissentit cum pertinacia ab aliquo articulo fidei. (2. 2. q. XI.)

prontitud; sus pasos son más circunspectos. la gracia descien-
de sobre él con más amplias efusiones; vive con más seguri-
dad y muere con más confianza; su purgatorio será más corto
y su recompenza en el cielo más abundante" (1).

¡Qué agravación particularmente en el funesto estado
de estas víctimas del pecado mortal de quienes hablábamos
no há mucho, cuando, en vez de los divinos remedios que
liberalmente se les ofrecen por todas partes en el seno de la
Iglesia verdadera, no encuentran en sus iglesias sin entrañas
más que impotentes simulacros y fórmulas áridas, sin calor y
sin virtud! Y cuando vienen á despertarse las primeras dudas,
cuando un rayo de verdad les empieza á alumbrar los ojos,
mientras que por otra parte mil obstáculos se presentan á
ellas en el camino de la conversión, ¡cúán fácil es que estas
pobres almas caigan de la buena fe en la fe dudosa, y de esta
desgracia que se llama herejía *material* en ese *crimen* que es
la herejía *formal*! La noche fatal irá siempre espesando sus
sombas, y en vano se invocarán las claridades del sol de jus-
ticia, como si pudiera haber alianza entre la luz y las tinie-
blas... (2)

Oh! la herejía, esa "eterna aprendiz de la verdad, que
jamás arriba al conocimiento de ella!" *Semper discentes, et
nunquam ad scientiam veritatis pervenientes* (2 Tim. III, 7).



¿Habremos menester insistir ahora para decir cuál debe
ser, para estos hermanos separados, la compensación que nos
impone el Corazón de JESUS?

Los herejes son *hermanos nuestros*. Son pues *nuestro
prójimo* con mayor razón que los hombres que no llevan en
la frente la señal augusta del bautismo, que no inclinan su
vida al nombre de JESUS salvador. Pero ¿podremos afirmar
que los amamos como á hermanos, si no queremos para ellos,
tan eficazmente como dependa de nosotros, ese inmenso
bien que consiste en formar parte, no sólo del *alma* sino del
cuerpo de la Santa Iglesia? ¿Podemos afirmar, en una palabra,
que amamos á la misma Iglesia si vemos con ojos enjutos á
tantos hijos suyos, pervertidos y engañados, lanzar sus mal-

[1] In religione homo vivit purius, cadit rarius, resurgit citius,
Incedit cautius, irroratur frequentius, quiescit securius, moritur
confidentius, purgatur velocius, remuneratur abundantius.

[2] Nox haeretica pravitas: quot sectae, tot noctes. Frustra
per has noctes, justitiae solem et lumen quaeritis veritatis, quia
nulla societas luci ad tenebras. (Bern. *Epist.*)

diciones al rostro de esta tierra madre y descargarle dolante de nosotros (aun que fuera inconscientemente y de buena fe) los golpes más crueles? Lo pregunto con dolor: estos herejes *de nacimiento* ¿no son acaso, respecto de la Iglesia, como un hijo de familia que hubiera sido arrebatado desde la cuna, y á quien hombres descorazonados, á fuerza de mentiras y de odiosas calumnias, enseñaran cada día á detestar á su madre, á esta madre desolada, digna de todo respeto y amor, que se obstina en perseguirlo con sus infatigables ternuras?

La caridad fraterna por una parte, nuestra piedad filial hacia la Iglesia y el Corazón de JESUS tan amargamente herido con tales ultrajes, por ótra, nos imponen sin duda la obligación de trabajar eficazmente por el regreso á la fe de los grandes pueblos herejes, sumergidos aún en las tinieblas del error; pero los hombres á quienes deben procurar alcanzar ante todo en tal elemento, nuestros esfuerzos y súplicas, son los hombres influentes que, por su condición, educación y valor personal, dirigen esas vastas corrientes de opinión á las que no sabe resistir la masa del pueblo.

Figurémonos, por ejemplo, en Inglaterra, Alemania, Rusia y otros puntos, á los principales de entre los ciudadanos, á los que disponen mejor del poder y del favor público, á los jefes mismos del gobierno, atraídos todos hacia la Iglesia por el impulso decisivo de la gracia, ansiosos todos de ceder á esta atracción victoriosa. ¡Con qué facilidad primero, y luego con que entusiasmo irresistible, las poblaciones enteras—mucho más *católicas* en realidad de lo que se supone—serían ellas también, como arrastradas casi inconscientemente y conquistadas con suavidad para el Corazón de Dios!

¿Qué más diremos? La conversión de estos grandes pueblos que, por razón de lo que han conservado del cristianismo, constituyen, después de los naciones católicas, “la aristocracia de género humano,” ¿no influiría acaso, en cierto modo infaliblemente en la conversión de Asia, Africa y de todos los demás infieles ó paganos que quedan en el mundo? Sí, ciertamente. Y para no nombrar aquí más que una nación, ¿acaso la vuelta sincera de la Gran Bretaña á la fe católica, su proselitismo, su influencia y su oro, puestos sin restricción al servicio de la Iglesia de JESUCRISTO, no harían bambolear prontamente á las falsas divinidades sobre sus aras, ó no arruinarían un día el imperio idolátrico todo en la más vasta porción del universo?

IV

Pues bien! lo que debemos solicitar con instancia del divino Corazón para los hombres influyentes de los países heréticos es, en primer lugar, que la Iglesia se les muestre tal como es, con el esplendor de sus maravillosos *caracteres* de unidad y de santidad, de apostolicidad real y de catolicidad sin linderos: caracteres inimitables, por otra parte, y que hacen resaltar más aún los caracteres diametralmente opuestos de las sectas rivales.

Importa, además, no dejarse deslumbrar por el progreso de los pueblos heréticos con respecto á los intereses materiales. ¿No es averiguado, por ventura, según las estadísticas mismas, que en las naciones católicas es donde se encuentran menos *indigentes*? El simple sentido común bastaría desde luego, para manifestar que estas naciones deben ser, todo bien considerado, reputadas como las más ricas.

Que si á veces despliegan, quizá, menor actividad en esos bienes puramente exteriores de que se prevalecen los heterodoxos, es sin duda porque muy á menudo se verifica en ellos sobre todo en los países protestantes—la palabra característica del divino Maestro: “¡Ay de vosotros, hipócritas! que limpiáis por de fuera la copa y el plato; y por dentro estáis llenos de rapacidad é inmundicia!” (Mat. XXIII. 25), ¿Qué bienes, además podrían compararse con esa paz del corazón y ese “banquete continuo de la buena conciencia,” (1) cuya “seguridad” es el patrimonio de las almas sumisas al gobierno de la Esposa de JESUCRISTO? Paz suave, deliciosa quietud, á las que no son extraños, en cierta medida, los católicos aún menos dóciles á la voz de la Santa Madre Iglesia. Por lo menos saben estos desafortunados pecadores, dónde se encuentra para ellos la luz plena, dónde los depósitos del vino fortificante y del celestial aceite siempre aparejados para correr por sus heridas.

Añadamos, para los mismos hombres influyentes, qué obligación les incumbe de abrazar la verdad, apenas la ha vislumbrado su inteligencia; qué deber se les impone de buscarla sin descanso, apenas una duda saludable les advierte que no la poseen. Efectivamente, si la gran máxima: *¡Fuera de la Iglesia no hay salvación!* recibe de la condescendencia divina mil atenuaciones misericordiosas, mientras subsiste la absoluta buena fe, guardémonos de creer que sacrifique algo de su irrefragable verdad. La herejía formal no deja de ser siempre un crimen de los más desastrosos, y

[1] Secura mens, quasi iuge convivium. (Prov. XV. 15.)

los estragos que ejerce en el alma son mucho más profundos que los causados por el simple pecado grave. ¿No la separa acaso, en efecto, no sólo por el corazón sino también por la inteligencia, de su vida propia que es Dios? Doble atentado mortal que entregará este cadáver de alma al germen disolvente de doble putrefacción.

Por fin, á esos hombres esclarecidos de los países heréticos les importa comprender, sin más tardanza, la necesidad á que se ven reducidos de escoger—al punto de vista de la civilización misma—entre estos dos términos opuestos hacia los cuales se precipitan dos corrientes enemigas: *catolicismo* ó *nihilismo*. Por esto la Francmasonería y las sectas congéneres parecen empeñarse cada día en derrocar uno por uno todos los intermedios posibles. “Entre estos dos extremos, decía aún José de Maistre, ya no habrá más como resistir.” Al hecho, mañana habrá que escoger.

Consignémoslo nosotros mismos, aunque no fuera más que para excitarnos á orar, en este sentido, con nuevo fervor: una multitud de inteligencias superiores en Alemania, en Rusia, en Inglaterra sobre todo se encaminan más y más hacia ese único “reino de Dios” tan anhelado largo tiempo há. Por lo que respecta al pueblo, al verdadero pueblo—aquél de quien se ha dicho con razón que vive siempre, en toda Europa, del fondo de creencias religiosas y sociales que ha naturalizado en ellas el catolicismo—los acontecimientos lo preparan también más y más á esta vuelta consoladora. ¿Quién ignora este otro dicho del célebre publicista: “Si somos triturados, es para ser mezclados. Nos adelantamos rápidamente á una grande unidad; todo se dirige á reconstruir la unidad católica?” (1)

V

Pero haciendo convergir nuestros esfuerzos y súplicas al interés común de los herejes declarados que pertenecen á las naciones heterodoxas, ¿podríamos olvidarnos de esos otros hermanos descarriados—inconscientes sí, y que se dicen católicos como nosotros—que viven á nuestro lado sin tener nada de católicos? Y no obstante, no queremos hablar hoy de nuestros hermanos que han caído, como verdaderos paganos, en la infidelidad total, y que renegados de las aguas bautismales, blasfeman descubiertamente contra el nombre de Cristo.

¡Pero cuántos otros á nuestro lado, en nuestra familia

(1) *Veladas de San Petersburgo* (Plática XI.)

quizá, ó entre nuestros más íntimos amigos, á quienes poco les importa establecer prácticamente una especie de eclecticismo criminal entre verdades que obligan de un mismo modo á su fe de católicos! ¿Será ignorancia en unos, ligereza ó desdén en otros? ¡Qué importa! No por eso dejan de ser dignos de nuestra compasión, porque precisamente en esta *elección* arbitraria consiste el crimen y la desgracia de la herejía (1). ¿Cómo se jactan pues de haber conservado la fe de su bautismo y este timbre de su gloria, el título de católicos y de fieles de Cristo, si desechan un solo artículo de nuestras santas creencias? Así como el que quebranta un mandamiento viene á ser reo de toda la ley (Jac. II, 10); del mismo modo, por la negación formal de un solo artículo del símbolo, se destruye en su alma todo el edificio de los dogmas cristianos, donde no se amontonarán más que ruinas. Caído un arco de puente ¿cómo podrá pasarse de una orilla á otra? Las convicciones duran quizá, pero la fe no existe más.

Si queremos, pues, precavernos nosotros mismos y precaver á los demás contra un peligro tan funesto, propagaremos en la letra y en el espíritu, la *consagración práctica* de nuestra santa Liga, cuyo segundo compromiso está concebido en estos términos:

“Con vos, oh JESUS, nos dice el Sumo Pontífice: ‘El que no escucha en todo á la Iglesia, no escucha á DIOS, que siempre está presente en ella.’ Comprendiendo pues que respecto de una autoridad divina, la primera condición del rendimiento de la voluntad es la *obediencia*, me someteré siempre de espíritu y de corazón, á las decisiones de la Santa Sede; jamás defenderé los sentimientos que sean poco conformes á sus enseñanzas, y para renovar esta promesa de entera sumisión filial, ofreceré cada día al Corazón Inmaculado de MARIA, un *Diez de Rosario para la conservación y prosperidad del Sumo Pontífice.*” (2)

Además, como las causas de esta herejía secreta de católicos que no lo son más que de nombre, se encuentra hoy por todas partes—en las escuelas, en los talleres, en los salones de familia ó en las diversas reuniones de diversión, en los libros ó en los periódicos, á menudo aun en la mayor

(1) Haecrecis graece ab *electione* dicitur, quod scilicet unusquisque id sibi eligat quod ei melius esse videatur. (Hieron. *super Epist. ad Tit.* c. III.)

(2) El diez de Rosario, así ofrecido, corresponde perfectamente al voto de la consagración de Pío IX y á las obligaciones del 2º Grado del Apostolado. (*Estatutos*, art. IV.)

parte de los que se dan por *conservadores* amigos y del bien-combatiremos con toda energía, en estos diversos campos de batalla, según la diversidad de nuestras condiciones, talentos y recursos, para librar á tantas almas carísimas para nosotros de tan perniciosas influencias.

Por fin, ya que las fuentes capitales de herejía, tanto para los individuos como para los pueblos, brotan lo más á menudo del orgullo en todas sus formas y de las pasiones vergonzosas en todos sus grados (1), invocaremos de preferencia contra tales adversarios el socorro de lo alto, é instaremos á DIOS por medio de ruegos sostenidos por una confianza invencible. Nos acordaremos, oh dulcísimo Salvador, de que esta Iglesia desgarrada por el furor herético es la misma que, cual nueva Era, salió un día de vuestro Corazón abierto en la cruz. Os representaremos que por todas estas almas, únas criminales, ótras seducidas, todas desdichadas, corrió sin embargo vuestra sangre divina, y que á Vos corresponde el no dejar estéril para siempre su inagotable efusión. ¿Y no se mezcló acaso entonces, con la presión de un mismo amor, el agua de su bautismo con la sangre del mismo Corazón?

Os apiadaréis de ellas, Señor JESUS, y nos consumaréis á todos en la unidad de vuestro reino inmortal!

[1] *Superba enim vanitatis loquentes, pelliciunt in desideriiis carnis luxuriae eos qui in errore convereantur.* [2. Pet. II, 18.]

ORACION CUOTIDIANA PARA DURANTE EL MES.

¡Oh Corazón Divino de JESUS! yo os ofrezco por medio del Corazón Inmaculado de MARIA todas las oraciones, obras y trabajos de hoy, en reparación de nuestras ofensas y uniéndolos á las intenciones con que Vos mismo os inmoláis constantemente en el ara del altar.

Ofrézcooslos particularmente, por tantas almas á quienes la herejía ha apartado de vuestra Iglesia, á fin de que, restituidas al aprisco, no formen más que una sola familia bajo la obediencia del único Pastor.

EMILIO REGNAULT, S. J.

Traducido expresamente de "Le Messager du Cœur de Jésus" para *La República del Sagrado Corazón de JESUS*.

INTENCION ESPECIAL:—Las órdenes religiosas de la República.

Con aprobación eclesiástica.—*Quitte, á 7 de octubre de 1836.*



LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

NUM XXV—TOM. III

OCTUBRE DE 1886.

LA REPUBLICA EJEMPLAR.

(ARTICULO ADOPTADO POR LA REDACCION.)

“La grandeza moral es el verdadero honor de las naciones.”

Aunque he tenido la satisfacción de visitar el Oriente y el Occidente y llevo recorrida gran parte de la América desde el Norte, el encontrarme hoy en la República del Ecuador es para mí haber realizado uno de mis más suspirados deseos. Era un ensueño dorado y ¿por qué? Porque deseaba ardientemente, diré mejor, porque deseaba con pasión visitar la venturosa patria de *Mariana de Jesús*, celestial azucena, cuyo aroma embalsama toda

la América con la fragancia de sus heroicas virtudes. Porque deseaba rendir el homenaje de mi más profunda simpatía al pueblo ecuatoriano, excepción honrosa de América y del mundo, modelo de las naciones católicas, República gloriosa del Sagrado Corazón.

Yo deseaba ofrecer el tributo de mi cristiana y sincera admiración al pueblo que vió rodar la noble cuna y posee la gloriosa tumba del Héroe cristiano, del Gobernante incomparable, del gran Magistrado católico, *hombre de Jesucristo en la vida pública y Jefe de tal especie, que no parecen dignos de tenerlos ya los pueblos*, de GARCIA MORENO, mártir de la Religión y de la Patria.

Yo deseaba conocer la Nación que es tan admirable por el heroísmo excepcional de su fe, como hermosa por la fertilidad de su suelo, la suavidad de su clima, primavera perpetua en la zona tórrida; jardín de América por la belleza de sus campiñas, de sus selvas vírgenes, de sus bosques seculares y la majestad incomparable de su esbelto Chimborazo, su soberbio Cotopaxi, su aterrador Tungurahua y su triplicado Pichincha, gigantesco autemural de la gloriosa y muy católica Quito.

Tan anhelado deseo está ya cumplido, y era de mi parte muy racional. Voy á declararlo.

Como católico y como americano, tengo una admiración más grande de lo que podría manifestarlo, por la Nación más heroica de los tiempos modernos en la defensa y en la práctica de las sublimes doctrinas del catolicismo. Pequeña entre los pueblos, sabe que "la grandeza moral es el honor de las naciones."

Yo empecé á admirarla y también á amarla casi desde mis primeros años, desde mi juventud. Era aún estudiante del Colegio Pío-Latino-Americano, cuando llegó el eco de su nombre hasta la ciudad

eterna, glorioso y radiante por la firmeza incomparable de su fe, proclamada sin ambages y sin respetos humanos, ante el mundo entero, de una manera oficial y solemne en los días de cobarde y universal apostasía. Nunca olvidaré ese recuerdo, porque es imborrable en todo corazón que sabe apasionarse por lo que es singularmente heroico en el orden moral. El Padre común de los fieles acababa de ser despojado de su diadema temporal y reducido al cautiverio del Vaticano; el silencio de la cobardía moral había hecho enmudecer á todos los Gobiernos ante la consumación de tan grande iniquidad. Pero sólo uno, el representado por el ilustre García Moreno, se atrevió con sin igual nobleza á protestar “ante Dios y ante el mundo, en nombre de la justicia ultrajada y sobre todo en nombre del católico pueblo ecuatoriano, contra la inicua invasión de Roma, contra la falsa libertad á que quedó reducido el Venerable y Soberano Pontífice.”

Y para aumentar el heroísmo de tan noble protesta, el heroico Presidente quiso comunicar su intrépido celo á todos los Gobiernos de la América latina y tuvo el magnánimo valor de excitarles “á no imitar el silencio de los Reyes del Antiguo Mundo y á protestar contra aquel inexcusable atentado que, consumado contra el Supremo Pastor del Catolicismo, hirió directamente á los católicos de todo el universo.”

El nombre del católico pueblo ecuatoriano rodó glorioso sobre la faz de la tierra; el mundo católico aplaudió y repitió con admiración y entusiasmo ese noble grito de santa indignación contra la iniquidad triunfante; pero la sublime grandeza de ese acto; parece increíble! no encontró un solo eco en las regiones oficiales, y los cobardes pretendieron cubrir tanto heroísmo con el más vil despre-

cio hacia el Pueblo y el Gobierno más heroicos de los tiempos actuales. No: tan alta honra no puede ajarla el desprecio; y esa página gloriosa no la comparte el Ecuador católico con ninguna otra nación, ni siquiera con las que en la vetusta Europa siguen engalanándose con el dictado de *católica, fidelísima y cristianísima*; esos títulos nobilísimos han pasado á la República ejemplar, por la fidelidad heroica con que supo conservar muy alto el nombre de católica ante la faz del mundo. Nadie la imitó; nadie puede emular su gloria.

¡Y qué fortuna para las demás naciones católicas si hubiesen tenido Gobernantes como un García Moreno, émulo de Carlomagno y de San Luis por la firmeza de la fe y la intrepidez del corazón! Entonces no hubieran tenido que pasar por las horcas caudinas, no hubieran tolerado la consumación del enorme escándalo, ni se hubiera contemplado al Papa cautivo y desamparado en medio de trecientos millones de católicos, tiranizados por la incredulidad imperante en las regiones gubernativas. Pero no importa, y es el caso de repetir las palabras de Pío IX al Cuerpo Diplomático, en presencia de la usurpación: *La Iglesia es inmortal. ¡Señores, no lo echéis en olvido!*

II

Y no es que me haya propuesto dar lecciones al pueblo ecuatoriano; pues si recuerdo hechos tan insignes, es sólo para demostrarle que es consciente la admiración y simpatías con que me complazco en distinguir á esta cristianísima y fidelísima nación.

El heroísmo que rompiera el silencio con que el miedo y la complicidad habían sellado todos los labios oficiales y desahogara la comprimida indig-

nación de tantos millones de católicos, quedó agigantado con otra gloria singular del Ecuador, que no titubeo en calificar digna de la más alta admiración, cual es la gloria, también excepcional, de tener un Gobierno, único entre todos los Gobiernos del mundo, que sea *de hecho y oficialmente católico*. Y es también el ínclito García Moreno el que, en su Mensaje al Congreso de 1873, proclamó bien alto tan insigne privilegio de la Nación ecuatoriana: "Pues que tenemos, decía, la gloria de ser católicos, seámoslo lógicamente y abiertamente, seámoslo en la vida privada y en nuestra existencia política, y conformemos la verdad de nuestros sentimientos y palabras con el testimonio público de nuestras obras." Y lo que es más, lleva esta solemne declaración hasta su legítima consecuencia, cual es la de "borrar de los códigos hasta el último rastro de hostilidad contra la Iglesia; pues todavía algunas disposiciones quedan en ellos del antiguo y opresor regalismo español, cuya tolerancia sería en adelante una vergonzosa contradicción y una miserable inconsecuencia." Por eso es gloria exclusiva del Ecuador el que su legislación esté en armonía con las doctrinas del catolicismo y goce la Iglesia de completa libertad é independencia; mientras los demás Gobiernos, por una *vergonzosa contradicción y una miserable inconsecuencia*, al proclamarse representantes de naciones católicas persiguen directa ó indirectamente á la Iglesia católica con leyes inicuas y con el pretendido derecho de Patronato que, en vez de protección, realiza la más ominosa tiranía.

Ni ¿qué Magistrado ha hecho en sus Mensajes la valerosa y heroica confesión de García Moreno? El gran cristiano exclama así, al cumplir con sus deberes de Magistrado católico: "Feliz yo, si merezco el odio, las calumnias y los insultos de los

enemigos de nuestro Dios y de nuestra fe." Y llegó á la gloria del martirio por defender la religión de su pueblo, y mereció el honor de que esa confesión fuese calificada *de inaulita en las regiones gubernativas aun bajo el imperio de los Constantinos y Teodosios*; nobleza de alma que el gran Pío IX justipreció con palabras de subido elogio, declarando que la República del Ecuador, al constituirse en glorioso ejemplo de las demás naciones católicas, merecía la bendición del pueblo escogido: *Beatus populus cujus Dominus Deus ejus*: Feliz el Pueblo cuyo Señor es su Dios.

Pero no menos glorioso es el hermoso ejemplo que ha dado el Ecuador al mundo entero y que es un brillante título para merecer justamente el dictado de Nación cristianísima. Ese ejemplo es la consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús sancionada con solemnes decretos, no sólo por el tercer Concilio Provincial Quitense, sino también por el Congreso de 1873, y una Basílica al mismo título como *monumento nacional*, cabiendo al gran García Moreno la honra de ser el primer *Presidente de la República del Sagrado Corazón*; y lo mereció por sus preclaras virtudes y sus hechos insignes, hasta alcanzar el supremo honor de sucumbir "Víctima de su fe y de su caridad cristiana para con la patria," al decir del inmortal Pío IX.

III

GARCÍA MORENO. ¡Qué hombre! Qué cristiano! Qué magistrado! Hé aquí una gloria común del Pueblo Ecuatoriano y de la Magistratura católica. Para satisfacer mi propia admiración, hago mío el elogio fúnebre que le tributó el más grande de los periodistas, Luis Veillot, y que ha rati-

ficado la historia y el mundo católico para gloria del Ecuador. García Moreno "fué admirado de su pueblo; se libró del crimen, de la vulgaridad, de los remordimientos y del olvido; y aun se hubiera librado del odio, si Dios pudiera permitir que el odio no siguiese á la virtud. Se puede decir que fué el mas antiguo de los modernos, *un hombre que honraba al hombre*: un hombre de los de Plutarco, eso no bastaría. En un teatro reducido ejecutó lo que refiere Plutarco de sus mejores héroes; y lo hizo por un movimiento natural de su carácter y por un compromiso irrecusable de la regla que había abrazado; hubiérase indignado contra sí mismo á no ser mas que un hombre á lo de Plutarco, pues tenía de la grandeza una noción mucho más vasta. Conforme á su santo y sublime deber, se atrevió á intentar, elevándose constantemente, lo que la época considera como imposible, y lo logró; y así, fué en el gobierno de su pueblo un hombre de Jesucristo.

"Este es el rasgo característico y supremo que lo pone sin rival: ¡hombre de Jesucristo en la vida pública, hombre de Dios! Una pequeña República del Sur nos ha mostrado esta maravilla: un hombre de tanta nobleza, fuerza é inteligencia que ha perseverado en el intento de ser, como se dice vulgarmente, un *hombre de su tiempo*, de estudiar sus ciencias, de aceptar sus costumbres, de conocer y seguir sus usos y leyes, y sin cesar, con todo, de ser un hombre del Evangelio exacto y fiel, esto es, fiel y exacto siervo de Dios; y lo que es más, de hacer de su pueblo, semejante á todos los de la tierra cuando empezó á dirigirlo, un pueblo exacto y fiel en el servicio de Dios. . . . En tiempo de él tuvo la joven y sensata República del Ecuador su edad dorada.

"Su reinado, al revés de las pretendidas ideas

corrientes, fué tranquilo cuanto fecundo, y el pueblo del Ecuador conducido por esa mano que quería ser dirigida por el cielo, se dejaba formar para ser *un gran pueblo y tener altos destinos*; y por tanto honraba y amaba al que, habiéndolo tomado en estado de población diseminada y afligida, le había dado magistratura, ejército, fortuna y crédito público, escuelas en abundancia, establecimientos científicos, edificios, caminos, agricultura, todos los bienes en suma, y por añadidura el honor, que vale más que todos ellos; y esto en sólo diez años, sin arrebatarle una sola de sus libertades, sin imponerle una contribución, tan sólo por la benéfica acción del orden interior, de la justicia y del buen ejemplo." Y esto es admirable y tanto que aun bajo el solo aspecto político y administrativo no existió en América un Gobernante que se le asemejara, ni de lejos; y ése es el hombre que asesinó el puñal de las sectas.

¿Cómo, pues, no ha de ser ese héroe cristiano la gloria más preciada y sentida del Ecuador? Ni ¿cómo podrá borrarse jamás la memoria de tan insigne Gobernante, modelo de los Gobiernos que harían felices á los pueblos de la América latina?

Luis Veuillot continúa diciendo: "*El Ecuador* de García Moreno había llegado á ser *el modelo envidiado de las Repúblicas del Nuevo Mundo*;" ¿ha perdido acaso tan insigne gloria? Alguien lo ha creído así, después del aleve asesinato del gran hombre de Jesucristo. Sin embargo, yo creo en la reacción: los herederos del gran espíritu de García Moreno salvarán la patria. Acaba de realizarse un acontecimiento transcendental que garante esa benéfica reacción: ese acontecimiento memorable, que preludia la vuelta de los tiempos de García Moreno, es el gran Congreso Eucarístico celebrado este mismo año: en él se verificó la solemn-

ne consagración de todas las clases sociales al Sagrado Corazón de Jesús; pero en especial la consagración de los altos poderes de la República á este Divino Patrono, viene á tener toda la importancia política y religiosa de la primera consagración de 1873. Actos semejantes hacen descender sobre los pueblos la protección divina; el respeto á la religión es la causa de la grandeza de los pueblos, como su desprecio es el motivo de su ruina. El ejemplo ha sido hermoso; pero ¿cuál no será la gloria del Ecuador el día en que vengan las naciones unas en pos de las otras, y vendrán, á rendir homenaje al imperio social de Cristo; pues que esta feliz República ha sido la primera en abrir esa marcha triunfal de los Pueblos? ¿Qué envidiable privilegio! Sí, diremos con un elocuente orador del Congreso Eucarístico, "Jesucristo, Rey de las Naciones, ha puesto la primera piedra de su soberanía social en esta feliz República, traspasándole como á Jacob, la primogenitura de su venidero imperio sobre los pueblos y naciones. Gloria tan magnífica estaba por misterioso arcano atesorada para el Ecuador que, cual Belén de Efrata, es pequeño entre las naciones. . . . La primacía del reinado social de Jesucristo se os ha concedido á vosotros, y nadie puede desposeeros de esta gloria, envidiable sobre toda gloria, y que ha de pasar resplandeciendo á los venturos siglos, superior á aquella que, parto de la envidia y despojo del tiempo, se oscurece y anonada al volar de los años fugitivos."

IV

Mi cristiana admiración se complace, pues, en reconocer y aplaudir esta incomparable é inmarcesible gloria del Pueblo Ecuatoriano, y son mis votos más sinceros continúe sosteniendo con honor y

perseverancia esta gloriosa primacía del reinado social de Jesucristo, aspiración suprema de la verdadera civilización, para alto ejemplo de las naciones hermanas. Así se complace Dios en realizar sus grandes portentos: los esfuerzos de doce humildes pescadores salidos del último rincón de la tierra, bastaron un día para transformar el mundo; la chispa salida del Ecuador bastará también para incendiar el universo.

Por eso deseo ardientemente que los vínculos de fraternidad con las demás Repúblicas de la América latina se estrechen de una manera eficaz, especialmente por medio de la liga sagrada de las asociaciones católicas y de la prensa católica, tan eficaz para obtener la reacción y regeneración social por medio de la organización del laicismo católico, que es el bello ideal del apostolado seglar, porque es la sociedad la que debe empeñarse arduosamente por la vuelta y venida del reinado de Jesucristo. "¡Venga á nos el tu reino!" es el grito salvador de los tiempos modernos. Sólo cuando se llegue á la organización universal del laicismo católico y del apostolado seglar bajo la égida de la Iglesia y de su Jefe Supremo, vendrá el triunfo del reinado social de Jesucristo. Hay que asociar á la juventud católica y á los pueblos de la tierra bajo el estandarte del Corazón de Jesús. Las asociaciones del liberalismo y de la masonería han perdido el mundo; las asociaciones católicas deben salvarlo.

Y creo muy propiciás las circunstancias de profundo quebranto y decadencia, por que atraviesa la sociedad actual, para realizar la reacción católica que ha de salvar el mundo. Nótase en todos los pueblos civilizados una inquietud delirante y un deseo desenfrenado de transformación universal. Las promesas lisonjeras del liberalismo se

han convertido en dolorosos desencantos y espantosa miseria. Todos los grandes pensadores reconocen que el reinado del liberalismo se va ; que se muere, gaugrenado por su propia corrupción ; pues que durante el corto período de su dominación avasalladora, no ha hecho más que conturbar los pueblos y cubrir las naciones de ruinas morales y materiales, después de haber producido ese enjambre de sistemas subversivos que amenazan á la sociedad con una ruina inminente. El mundo racionalista y semipagano está en disolución y las convulsiones estentóreas de su muerte precipitarán la reacción saludable : camina el mundo por la via dolorosa de una gigantesca transición. En el Calvario está también la Resurrección. Un profundo desaliento y el más tremendo desengaño llevarán los pueblos al arrepentimiento de su ingrata apostasía, empujándolos hacia donde debieron dirigir sus primeros pasos, hacia el acatamiento del imperio social de Jesucristo, en cuyo solo nombre es dado á los hombres y á las sociedades obtener su salvación.

¡ Y hay tímidos que no creen en esa santa transformación !! Hombres de poca fe ¿ por qué teméis ?
¿ No es acaso verdad que *vale más un solo grano de fe, que montañas de duda é indiferencia* ? Aunque en la defensa de la santa causa sucumban muchas víctimas, ¡ *Dios no muere* ! Y ¿ qué han de poder contra Cristo esas turbas impías que al fin sólo saben destruirse y guillotinarsen mutuamente ? ¡ Mirallas como ciegas caminan á la perdición y disolución ! Pero eso mismo hará necesaria la regeneración. Cuando Dios quiso salvar el mundo á pesar de la perversión de los pueblos paganos, permitió la degradación del Imperio romano, que se alzó contra Cristo y su doctrina, y sobre sus ruinas fundó la civilización cristiana. *Instaurare omnia in*

Christo: es necesario restaurar todas las cosas en Jesucristo; y esos mismos adelantos y progresos materiales, que están renovando la faz del mundo, no son mas que precursores del reinado universal del Salvador en la tierra, como el dominio universal de Roma pagana, preparó los dominios de la Cruz. Ese día no está lejano, ni tardará en llegar, porque la misericordia infinita de Dios, que ha dado su Hijo para salvar el mundo, no permitirá la muerte de la humanidad. Pero ese día será el más glorioso para la patria de los Ecuatorianos, porque ha sido la primera en proclamar ante la faz del mundo el reinado social del Salvador.

¡Que Dios premie su heroísmo otorgándole la perseverancia en su gloriosa primacía!

Quito, 26 de agosto de 1886.

MARIANO SOLER.

N. B.—Al publicar el preinserto artículo nos cumple tributar las más expresivas gracias á su autor, el I. Vicario General de Montevideo, por los honrosos conceptos y la simpática benevolencia con que habla de nuestra Patria. Ya habíamos tenido ocasión de admirar más de una vez el celo infatigable, el talento y la erudición con que el Sr. Dr. Soler defiende la causa de la verdad católica en las repúblicas del Plata, y su nombre era ya tan conocido entre nosotros como en todas las demás naciones católicas de América: hoy su presencia en nuestra República ha venido á estrechar estos lazos de simpatía y amistad, contribuyendo eficazmente al logro de los dos principales objetos de su viaje: la protección al Colegio Pío Latino-Americano de Roma y la unión de todos los católicos de la América latina. Por nuestra parte y en cuanto alcancen nuestras fuerzas, trabajaremos por la consecución de tan nobles y trascendentales fines.

Los RR.

EL GRAN COLEGIO LATINO AMERICANO.

Hay instituciones que, por lo trascendental y benéfico del ideal que encarnan y realizan, llegan á simbolizar y representar todo un porvenir y una inmensa esperanza para la Iglesia y el Estado. Tal es el *Instituto Latino Americano* erigido en Roma, cuyo pensamiento fué concebido por un hijo ilustre de América y convertido en institución por uno de los más grandes Pontífices, el inmortal Pío IX, quien consagró toda la grandeza de la obra declarándola una bella esperanza para el porvenir moral y religioso de América: *America laetissimam spem*. Elogio supremo con que la autoridad del Pontífice ha significado la importancia del gran Colegio Latino Americano!

Al tener el honor de publicar los documentos que acreditan ante el muy católico Pueblo Ecuatoriano la misión que, por mandato y voluntad del Padre Santo, León XIII, se me ha confiado en pro del mencionado Instituto, creo conveniente decir una palabra sobre el mismo; pues que se trata de una gran institución americana que todos los hijos de América deben conocer y apreciar como el monumento más benéfico que se haya erigido en Europa en honra y pro de la América Latina.

Tiempo hacía, en efecto, que la Iglesia Latino Americana reclamaba esa institución, que á su vez el Episcopado de Norte América se apresuró á fundar á ejemplo de varias naciones del orbe católico: la institución consistía en la creación de un gran Colegio-Seminario en Roma, para la formación de jóvenes de distinguido talento de las Diócesis de la América Latina, con el fin de darles una esmerada educación científico-eclesiástica bajo el amparo inmediato de la Santa Sede y bajo la dirección del selecto Magisterio de la pontificia Universidad Gregoriana.

Pues bien, á este pensamiento responde el *Colegio Pío Latino Americano* erigido en la ciudad de los Pontífices: llámase *Latino Americano* por las naciones á que se destina, y *Pío* del nombre del gran Pío IX, su fundador, quien se sirvió de la eficaz cooperación del benené-

rito Mons. José I. V. Eyzaguirre, gloria del clero americano. Los esplendores del Pontificado del gran Pío debían extenderse hasta la América Latina; pues que ésta tuvo la honra excepcional de ser visitada por él cuando era simple Auditor de una legación pontificia; parece que la Providencia dispuso que así como fué el único entre los Pontífices que antes de asumir el Sumo Sacerdocio honrara á América con su visita y sus virtudes, fuese también el predestinado para erigir á la Iglesia Americana su más glorioso monumento en la Ciudad Eterna.

II

Es innegable que, para los intereses sagrados del catolicismo en América, el gran Instituto fundado por Pío IX es de un inmenso porvenir; pues, aunque no se trata de un Seminario universal para reemplazar á los Seminarios diocesanos, es una Institución selecta establecida en Roma para la juventud escogida de cada Seminario de la América Latina. En efecto, en el orbe católico no existen en ciencias teológico-canónicas notabilidades como las que posee Roma; por consiguiente el Colegio Pío Latino Americano, al contar con ellas, pone á disposición de los Prelados de América el magisterio más selecto del mundo, y representa el único modo de hacer partícipes de semejante privilegio de la Cátedra de Pedro á las Diócesis latino americanas. Así que, además de ser la más alta deferencia del Pontífice hacia el Episcopado de América, y un vínculo de unión con la Santa Sede, es también el más grande beneficio que á sus respectivas Diócesis pudiera dispensar la munificencia de los Papas. Este es el ideal y la significación del gran Instituto, que cuenta con el insigne Profesorado de la célebre *Universidad Gregoriana*, la cual se honra de haber tenido por alumnos ilustres Pontífices, entre ellos el actual León XIII. En otros términos, es como si el Papa dijera á los Prelados de América: "Es muy propio de vuestro celo pastoral que procuréis dar una instrucción especial á los jóvenes más distinguidos de vuestros Seminarios para el desempeño de los destinos más delicados de vuestras Diócesis, lo cual exige profesores y cursos especiales. Hé aquí, pues, por qué son mis vehé-

mentes deseos poner á vuestra disposición las eminencias que en el magisterio de las ciencias teológico-sagradas poseo en Roma; á este fin responde la creación del Colegio Pío Latino Americano: enviadme, pues, lo más selecto que existe en vuestros Seminarios, porque así os ahorraré la creación de cátedras especiales, os obviaré la dificultad de procuraros maestros insignes y os haré partícipes del honroso privilegio de la Santa Sede." Es, por tanto, una Institución magna, que representa el especialismo en la educación eclesiástica y muy digna de la solicitud del Pontífice en pro de la Iglesia Latino Americana, cuyo Episcopado le quedará, por tan grande deferencia é inmenso beneficio, eternamente agradecido. Es una honra para América, un honor para su Episcopado y un extraordinario esplendor para la Iglesia Latino Americana.

Por consiguiente, no duda el Padre Santo que los Señores Obispos, á medida que se lo permitan las circunstancias, se apresurarán á coadyuvar á la realización de su gran pensamiento, enviando á Roma los jóvenes más distinguidos de sus respectivos Seminarios: ésta ha sido la intención del Papa en la creación del Instituto Americano, y no es posible suponer una desatención intencional en los celosos Prelados que rigen los destinos de la Iglesia Americana; y la ocasión para enviar algunos estudiantes es propicia, como quiera que con la inauguración del espléndido Establecimiento á que va á trasladarse próximamente el Colegio, León XIII se ha propuesto dar extraordinario esplendor y auge á la institución, y despertar en quienes corresponde mayor empeño y decidido interés en utilizar los fines de tan benéfica creación. En la misión que se me ha confiado entra de una manera especial la realización de tan justo deseo del Papa, quien en su solicitud por la Iglesia universal no olvida, como Padre común de los fieles, los intereses de la Iglesia Latino Americana.

El solo hecho de autorizar expresamente una misión extraordinaria en pro del Instituto Americano, manifiesta el empeño ardoroso del Padre Santo de ver protegida y aprovechada cumplida y ampliamente la gran Institución pontificia. Por esta razón le ha sido sumamente consolador ver que varios señores Obispos, no sólo han protegido la institución, sino que han fundado becas para alumnos

de sus Diócesis, con gran satisfacción del Padre Santo que reputa la fundación de las becas como el medio más eficaz de responder á los fines del Instituto.

III

Si bajo el glorioso Pontificado de Pío IX cupo á la Iglesia Latino Americana la honra de ver erigida en Roma la gran Institución, no es menor la que tendrá bajo el no menos glorioso del sabio León XIII al ver dotado el Instituto de un grandioso Establecimiento, émulo en su género de los más espléndidos que existen en la ciudad de los Papas, además de contener una residencia digna para los Prelados de América siempre que vayan á Roma por cualquier motivo.

El nuevo edificio está ya muy adelantado, y, terminado que sea, será digno del nombre de América. Se trataba de erigir en Roma un monumento al lado de otros pertenecientes á diversas naciones: el erigir uno consagrado á toda la América Latina, redundaría en desdoro de ésta si no fuese capaz de competir por su grandiosidad con los principales colegios extranjeros que existen en Roma: así es que se han invertido ya millones de francos en su construcción, y costará algunos millones más su terminación: la obra es magna, pero será digna de América.

Se necesitan, por tanto, recursos extraordinarios para terminar esa obra monumental; pero ¿acaso quedará desmentida la generosidad de los americanos al tratarse de un monumento que inmortalizará el nombre de América en la Ciudad Eterna? Indudablemente que no; pues ¿á cuántas obras no ha contribuído América que no son directa ni indirectamente americanas?—y precisamente, al tratarse de la única que en el exterior es esencialmente americana, ¿había de negarle su contingente generoso? Creo que debemos estar sumamente gratos á los que, para emprender obra tan magna en honor de América, no han titubeado en contar con la generosidad de los americanos.

Hé aquí también por qué he aceptado gustoso el cargo de pedir á nombre del Padre Santo el concurso extraordinario de los católicos para la terminación del nuevo edificio que se está construyendo para el Instituto Americano.

no, al que se privó del que poseía por el actual Gobierno de Italia: aunque no es necesario advertir que el nuevo establecimiento gozará de garantías tales que imposibiliten un nuevo despojo. Y si así vela el Pontífice por los intereses de la Iglesia Americana ¿podrá su llamamiento paternal no encontrar eco en el corazón de sus hijos? Los católicos no pueden permitir que Pío IX desde su tumba inmortal vea extinguirse la Institución que él calificó, honrándola con supremo honor, cual hermosísima esperanza de la América Latina.

IV

Tengo, pues, la firme convicción de que los deseos del Pontífice se verán colmados cumplidamente por la cooperación de los buenos, especialmente en la República del Ecuador, pueblo generoso y eminentemente católico; pues tendrá, á fuer de tal, como un alto honor el corresponder á las justas esperanzas de León XIII, quien nada pide para sí, sino en beneficio de la misma América. Ni ¿cómo podría suponerse la negativa en ningún pecho generoso, católico y americano, al saber que el Papa implora una limosna para beneficiar y honrar con ella á la Iglesia Americana?

Espero, por tanto, salir airoso en el desempeño de mi cometido, en la persuasión de que ninguna de las Diócesis dejará de responder al llamamiento extraordinario del Pontífice, ni que católico alguno dejará de apreciar la importancia de una institución, de la cual el sabio León XIII no ha creído indigno de sus altas y múltiples atenciones el preocuparse especialmente, autorizando una misión extraordinaria con el objeto de pedir protección para la misma; dignación de parte del Padre Santo que no sólo honra altamente, sino que aboga inmensamente más en pro de la importancia de la Institución, que el más cumplido panegírico que pudiera hacerse de la misma. Ese rasgo de especial solicitud de parte de la Santa Sede será transcendental en favor del Colegio Pío Latino Americano; pues es de esperar, no sólo que todas las Diócesis harán un esfuerzo extraordinario por secundar los propósitos del Padre Santo enviando á Roma alumnos escogidos

de sus respectivos Seminarios, sobre todo las que aún no lo hayan verificado; sino también que la generosidad de los católicos se esmerará en contribuir á la terminación del grandioso edificio que se está construyendo en Roma con gloria especial de América, allá en las riberas del Tíber, en lugar delicioso y salubre, no lejos del Vaticano y bajo la augusta égida del Pontífice.

Acordaos, católicos, que la generosidad de los americanos es proverbial aun en épocas de penuria: ostentada en pro de una Institución que redundará en bien y honra de América! Ni sería sin gran detrimento de los intereses sagrados de la Iglesia Americana ver privado el magno Instituto de la más decidida protección de parte del Episcopado y Pueblo americanos; lo que no sólo envolvería su muerte, sino que también implicaría el más soleu-
ne menosprecio al criterio y llamamiento de la Santa Sede.

Pero el Colegio Pío Latino Americano tiene un título de especial protección de parte de los católicos ecuatorianos: el único monumento levantado á la memoria ilustre de García Moreno es hasta ahora el erigido en Roma por orden de Pío IX, conecedor de la grandeza del Héroe ecuatoriano, mártir de la Religión y de la Patria. Consiste en un precioso busto de exquisito mármol de Carrara, ejecutado admirablemente por el escultor Gianfredi, según el modelo del distinguido pintor Minocheri, apoyado en un hermoso pedestal formado según el diseño del celebre arquitecto Conde Vespignani y coronado de un cimientto, sobre el cual se levanta un zócalo, en cuyas caras se leen las siguientes inscripciones, que son el más bello elogio del héroe:

Al frente
Religionis. Integerrimus. Custos.
Por detrás
Auctor. Studiorum. Optimorum.
A la izquierda
Obsequentissimus. In. Petri. Sedem.
A la derecha
Justitiae. Cultor. Scelerum. Vindex.

La inscripción principal del monumento es histórico-panegírica, que no transcribo por evitar prolijidad.

Pues bien, este monumento que tiene el mérito de haber prevenido el voto nacional por el inmortal Pío IX, con honor y gloria sin par para García Moreno, está colocado en el Colegio Pío Latino Americano y es para éste un subido honor: ¿no será también una prenda de singular simpatía de parte del Pueblo Ecuatoriano hacia el mismo?

Pero hay más: ¿desean los católicos una garantía superior á toda excepción acerca de la importancia de la Institución para la cual se solicita su contingente y cooperación? Pues bien, en las Letras con que el Excmo. Cardenal Secretario de Estado recomienda la misión que se me ha confiado á nombre y por mandato del Padre Santo, declara que á Su Santidad León XIII le es sumamente cara la conservación de un Colegio que tantos frutos ha dado y que promete dar mayores aun para las Diócesis de América en cuyo obsequio ha sido fundado; declaración que honra altamente al Colegio Pío Latino Americano, que garantiza con autoridad pontificia la bondad de la institución, y que por una consecuencia legítima, calificaría la negativa de protección de parte de los católicos, como un desprecio al criterio y deseos del Padre Santo.

Advertencia.—No siéndome posible permanecer en el Ecuador el tiempo necesario, el Ilmo. Sr. Arzobispo y el Rmo. P. Lorenzo San Vicente, de la Compañía de Jesús, se han dignado encargarse, en homenaje á los deseos del Padre Santo, de organizar en tiempo oportuno la recaudación del óbolo que se solicita en favor del Colegio Latino Americano.

MARIANO SOLER.

DOCUMENTOS.

CARTA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD, DIRIGIDA Á LOS ILLMOS. SRES. ARZOBISPOS Y OBISPOS DE LA AMÉRICA LATINA, POR ORDEN DEL S. P. LEON XIII.

Ilmo. y Rmo. Señor.

No ignora quizás S. Sría. Ilma. que los Superiores del Colegio erigido en Roma por disposición y providencia de su S. S. Pío IX, de feliz memoria, para la educación de los jóvenes de distin-

guido ingenio de la América Latina, que desearan recibir las órdenes sagradas, han empezado á construir un nuevo edificio, como quiera que se ven obligados á abandonar por fuerza superior el antiguo establecimiento. Con el fin de obtener con mayor facilidad la correspondiente autorización de la Autoridad civil para comprar el terreno y edificar el nuevo Colegio, se resolvió destinar en el mismo edificio un departamento para hospedar á los Sres. Obispos de la América Latina siempre que vinieren á Roma.

Para cubrir los ingentes gastos que la obra exige, no son suficientes ni las donaciones, aunque generosas, hechas por los Obispos, ni las demás sumas de que puede disponer el Colegio; por cuya razón, no siendo oportuno recurrir de nuevo á la liberalidad de los Prelados, de la cual se ha recibido abundante contingente, como se espera recibir en lo sucesivo, se hace necesario acudir á la liberalidad de los ciudadanos piadosos, de cuya generosidad puedo esperarse mucho, sobre todo si fuere excitada por idóneas exhortaciones y recomendaciones de los Sres. Obispos; quienes, si así lo hicieren, como es de esperar, cumplirán los ardientes deseos del Sumo Pontífice, á quien le es sumamente cara la conservación de un Colegio que tantos frutos ha dado y que promete dar mayores aun, para las Diócesis de América, en cuyo obsequio ha sido fundado.

Con este fin, y habiendo determinado visitar varias regiones de América el Rmo. Sr. Dr. Mariano Soler, antiguo alumno del Colegio y actual Vicario General del Obispado de Montevideo, se le ha conferido la misión de recoger y remitir á Roma cuanto la piedad de los fieles, excitada por el mismo Vicario General, quiera ofrecer para cooperar á una obra que, aun cuando nacida en Roma, es y debe llamarse americana.

Por tanto, recomiendo el mencionado Sacerdote y sus gestiones al celo de Su Sra., á nombre y por mandato del S. Padre León XIII, y al mismo tiempo me apresuro á ofrecer á Su Sra. las consideraciones de mi especial estimación y afecto, asegurándole de parte del Señor la más cumplida felicidad.

Roma, noviembre 27 de 1885.

Su muy adicto S. S.

(Firmado) LUIS CARDENAL JACOBI.

CARTA DEL RMO. PADRE RECTOR DEL COLEGIO PIO LATINO AMERICANO.

Ilustrísimo Señor.

Tendrá el honor de poner en manos de V. S. I. esta mi carta el Sr. Phro. Dr. D. Mariano Soler, á quien este Colegio Pío Latino Americano se gloria de haber tenido por alumno, y actualmente es Vicario del Ilmo. Sr. Obispo de Montevideo. Más que mis palabras, lo recomiendan á la consideración de V. S. I. tanto su saber, sus sacerdotales virtudes y en especial su ardiente celo por la causa católica, cuanto la importancia de la misión que le ha sido

confiada por expresa voluntad de S. S. León XIII, que lo ha premunido también con cartas de recomendación para presentar á V. S. I. Esta misión consiste en recorrer las diversas Naciones de América con el fin de solicitar y recoger de los fieles subsidios en favor del susodicho Colegio, que, privado por el Gobierno civil del local que le había asignado Pío IX, de santa memoria, se ve ahora obligado á hacer gastos para la construcción de uno nuevo, muy superiores á sus fuerzas y que agotarían todo su patrimonio, poniendo en peligro su misma existencia. Ruego, por tanto, á V. S. I. se digne acoger á tan digno sacerdote con su acostumbrada bondad, recomendarlo á sus diocesanos y facilitarle todos los medios que puedan ayudarle en el buen éxito de su misión, que es por naturaleza americana.

No hará ciertamente V. S. I. menor favor á este Colegio si, además de la pedida protección, fuere servido de elegir en su Diócesis algunos jóvenes de índole dócil y de buen talento, que para la apertura de la nueva casa [la cual se espera que se verificará á mediados del año de 1887 próximo], puedan venir á este centro de la Cristiandad, á formarse idóneos Ministros del Santuario, secundando aun así los deseos de N. S. P. León XIII, que con tanto empeño hace todo lo posible para fundar en su ciudad de Roma Seminarios y Colegios para jóvenes eclesiásticos de las diversas regiones del orbe católico.

P. D.—Remito adjunta á la presente la carta de Su Eminencia el Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad, cuyo original presentará á V. S. I. el mismo Sr. Dr. D. Mariano Soler.

De V. S. Ilma. Afmo. en Xto. y S. S.

VICENTE COCUMELI, S. J.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO

EUCARÍSTICO POR EL DR. D. HONORATO VÁZQUEZ,

DIPUTADO POR LA DIÓCESIS DE CUENCA.

Hoy cierra sus sesiones el Congreso Eucarístico en celebración del Centenario de Santa Rosa, Patrona de América. ¿Qué obras ha ejecutado? Ninguna, si se lo ha de apreciar con un criterio detenido en lo ostensible; pero mucho, si ha de juzgarse el espíritu de este Congreso en sus sobrenaturales aspiraciones.

Acción de gracias á la Providencia, hé aquí el objeto primordial que se propuso, y hé aquí el motivo por que so llamó Eucarístico. Dios, Providencia del grano de arena perdido en el fondo de los mares, Providencia de las tempestades que los agitan, lo es, y mucho más, del hombre, ú olvidado en las selvas ó hermanado con sus semejantes, bien en el concierto de la vida social, bien en el torbellino de las convulsiones políticas de los pueblos.

Mas entre el Gobierno de la naturaleza y el de los hombres hay una gran diferencia. Señores:—en las conmociones y cataclismos de la naturaleza pasea la majestad del Señor con la serenidad de lo eterno, y saludada con el magnífico bullir de los seres que cuchichean maravillados ante la incontrastable eternidad de su Rey; al paso que en las conmociones de los hombres, en los remolinos de polvo de la arena del combate, entre la grito de la pasión, y el alarido del tumulto, la majestad del Señor está eclipsada: hemos quedado soberanos de nuestra confusión, puesto en olvido lo sobrenatural, cerrando los horizontes de la vida entre los límites de nuestras ambiciones, y levantado ante la Providencia, soberbios Hércules, el “no más allá” que cierre sus pasos á los dominios de nuestro reinado.

Hemos alejado á Dios de nuestra sociedad, y dejádole sólo el gobierno de la naturaleza física, no esto mismo sin que nuestra ciencia haya entrado á atisbarla para venir luego á pregonar que Dios está ausente de su palacio. Para el corazón del creyente ya este mundo desligado de Dios, es desorden y amargura, mucho más cuando advierte que no sólo entre los hombres sin fe, sino entre los mismos que fraternizan en la comunión del dogma, han quedado ya los derechos de la Divinidad en las sociedades como reminiscencias históricas ó como teorías de la filosofía de la historia, buenas para las investigaciones filosóficas, inútiles para la práctica de la vida social. Así como los cirios no se quedan sino en las aras del templo, hemos restringido también el tributo de nuestra adoración á la Divinidad al silencioso oculto ámbito de la vida privada. Aceptamos á Jesucristo como doctor y maestro en esta escondida escuela, como filósofo en la historia moral de la humanidad, como Dios en el secreto del alma, como Providencia en la saciedad de nuestra mesa, como Juez en los terrores de la conciencia manchada. Hemos aceptado al Verbo, aunque sea entre la vacilación de las palmas arrojadas á sus pies el domingo y las espinas hincadas á sus sienes el viernes, hemos saludado al Mesías, agradecido al Reparador, adorado á la Hostia de gracias; le hemos elevado templos; hemos regado de lágrí-

mas sus alas; ensangrentado penitentes su pavimento y amontonado oro, piedras y flores en el santuario: hé aquí hasta donde avanza satisfecha de heroismo nuestra abnegación por Jesucristo.

Pero, entretanto, hemos dicho á Jesucristo: “Hé aquí tu morada. Aquí dentro reina: somos tus súbditos. Fuera de las puertas del templo, . . . nó; te prohibimos pasees tu soberanía. Afuera somos nosotros los soberanos. Hábla adentro del corazón compungido de vergüenza, mas “no importunes al espíritu encargado de la gobernación de “la vida social y política” . . . y así, hostigados por nuestros intereses nos lanzamos á la tribuna, á la prensa, á la mesa del tribunal, á la silla del legislador, al solio presidencial, desligados de la creencia y, muchas veces, haciendo del Evangelio el escabel en que afianza el pié que nos alza á las regiones de nuestra menguada grandeza. Unos hostigamos á los que suben, otros bregamos en el ascenso, quiénes caen, quiénes alcanzan la eminencia, y en la confusión del desgobierno no vienen á orear nuestras sudorosas sienes las brisas del Santuario, recibidas sólo cuando la piedad solitaria dobla ante él nuestra cabeza, no cuando la ilumina el sol en las faenas de la agitación social.

Hé aquí, Señores, cómo el reinado de Dios, se comprime y reduce al desierto santuario individual del corazón, combatido por la acción conquistadora del reinado del hombre extendida por un campo que Dios mendiga recorriendo sus fronteras. Paréceme ver á Jesucristo en torno de la sociedad política, vagando como ese proscrito francés que en los días de la Revolución, presa de una nostalgia dolorosa, sin poder resignarse al abandono de la tierra patria, vivía en una barca del Rhin, y que, cuando el sueño cerraba los ojos de las guardias de la frontera, allegaba silencioso la barca á las riberas de la Patria, se arrodillaba, besaba el ambicionado suelo, recostaba en él la frente entristecida, y se lanzaba otra vez á la ribera extranjera cuando el alba podía denunciar ese crimen de amor ante los ya despiertos centinelas.

Jesucristo, Rey de lo criado, quiere entrar al gobierno de la humanidad, y la humanidad le rechaza; Jesucristo pide un voto de adoración á la multitud, llamada Reino, República, y la entidad así llamada, niega rendir la soberana cabeza, y tolera tan sólo que la adoración pública se disemine en fracciones de adoración. Esto se traduce en la indiferencia oficial de los Gobiernos, en la legislación divorciada de los preceptos evangélicos y en la falta de actos de culto social de parte de los pueblos.

Entre nosotros no podemos deplorar la existencia de

esas dos primeras manifestaciones; pero hasta hoy habíamos echado menos la última, la más espontánea, la más general, la más fácil y la más necesaria, porque en aquéllas opera una ó más corporaciones una ó más autoridades obedientes á escuelas políticas, y en la última se trata de cada individuo ligado con otro en sociedad, y para un objeto en que, si no hay sanción ninguna para la garantía de los acuerdos, si falta el poder para ordenarlos imponiéndolos á la actividad individual, hay, á lo menos, una espontaneidad de adoración, una ofrenda solemne en representación del pueblo, una oración general levantada públicamente junto á las plazas donde públicamente también se acata á la República, y no pocas veces se saluda con tiros de fusil y gritos de furor el triunfo de nuestras libertades.

El Congreso que hoy cierra sus sesiones no ha sido, pues, sino la expresión de un culto social. Las Diócesis de la República han encomendado su representación á algunos ciudadanos. No se han tratado aquí sino cosas de Dios, ya de culto directo, ya de asuntos, si bien individuales para los asociados, pero con todo, tales que, llevados á la práctica, serán actos de culto privado, y multiplicados por el ejemplo, del culto social debido á Jesucristo.

Los primeros cristianos se juntaban también para la adoración y el ejemplo, y para la enseñanza del valor moral cuando se lo hubiese de poner á prueba. La Iglesia nacía entonces; la Iglesia viajaba con Esteban por las calles entre las turbas, y era lapidada; la Iglesia con Pablo ante los tronos, y evitaba el vilipendio del siervo, reclamando los derechos legales del ciudadano; la Iglesia con Juan, y enseñaba doctrina de amor, y en éxtasis de amor hacer columbrar los misterios de la eternidad. Hoy la Iglesia está fundada, pero la raza de Pilatos no ha muerto: sus nietos ocupan aun los tronos y las sillas presidenciales; continúan abiertas las sinagogas, y hay circos sangrientos, bien que no para el cuerpo de los mártires, para el martirio y vergüenza de la verdad; hoy es menester todavía, sin embargo, de los prodigios que ha visto la raza humana, retirar el alma á Patmos y echarla por las regiones de lo sobrenatural, crecer y, amando la creencia, esperar. Y todo esto en medio de las turbulencias de la vida pública que no consiente el retiro del yermo, sino la actividad febril de la pasión. No tanto hay que salmodiar en el retiro, cuanto cantar delante del Arca reconquistada, herir gigantes con una pedruzuela del camino bendecida por el Señor, facilitar en el alma el reinado de Dios, y, á la postre, y por lo que á nosotros toca, patentizar nuestra acción de gracias con el sarco que se abra

en esta tierra para sembrar los cimientos de un templo, símbolo de nuestra aceptación social del reinado de Jesucristo. Modesta entre las naciones es el Ecuador, pero así acude á Jesucristo. David, hijo de pastores, pudo empezar la casa del Señor: después, dentro de ese recinto logró hablar la Sabiduría en himnos inmortales. Las obras del Señor encomendadas á la actividad del hombre son lentas: nuestra soberbia se apresura, pero Dios desde su alteza mira pasar, como las olas al pié de una montaña, á las generaciones sucediéndose y empujándose, y llevando como miserables gotas los propósitos individuales, que no tienen economía perceptible sino en el caudal de la comunidad humana dilatada en el tiempo y el espacio. Esto ha de tenerse presente cuando se salude con burlas el propósito de elevar una nueva casa al Señor de las Naciones: los ecuatorianos de hoy no la veremos; mas la verán los de mañana, la verá América y la saludará el mundo como un testimonio de fe levantado en uno de los rincones de los Andes. Déjese á la fe del pueblo ecuatoriano este hermoso presentimiento, déjese al pueblo de Dios vagar por el desierto. Moisés no entrará á las glorias de la promesa, pero los hijos de Israel asentarán el Arca en un trono y serán dueños del lugar santificado por el Señor.

Mas estamos solos. ¿Qué es el Ecuador en América? Una nación olvidada; no derrama oro ni dibuja fronteras con la espada. Es nación que espera. No lee los anales de lo pasado: presiente la historia de mañana. Déjesole, pues, olvidada en el concierto de las demás naciones, si se pide su contingente en los alardes del poder autonómico y en los escándalos de la fuerza; repútesele, como á aquel pobrezuelo que al reconocer á Jesucristo en uno de los caminos de Judea le apellidó, “¡Hijo de David!” y proclamó así la real prosapia del Peregrino, escandalizador de Consejos y Sinagogas.

El Ecuador será juzgado en la historia moral de la humanidad antes que en la historia política. Nosotros no hablamos aquí como políticos, no es tal nuestra tarea: hablamos como individuos venidos del seno de la familia ecuatoriana; del hogar de nuestros mayores, no de los círculos de partido político alguno. En la casa del Señor no se habla sino de cosas de la familia cristiana: por esto hablamos de Jesucristo; á la casa del Señor no se trae el mercado de las pasiones políticas, sino la ofrenda de la adoración y el beso de paz entre hermanos.

Los ecuatorianos, vuelvo á repetirlo, estamos solos, no porque echemos menos las líneas de batalla contra el enemigo, sino porque nos hallamos desligados de un centro de

actividad americana en la obra del culto social á Jesucristo. Cruces y refidas batallas tenemos que sostener, cierto es, pero esas batallas que libraron los Apóstoles, no cuando Pedro esgrimió la espada, sino cuando sollozante le dijo á Cristo, enviándole el alma en la intensidad de una mirada: "Señor, Vos bien sabéis cuánto os amo, no lastiméis mi corazón con esa duda mostrada en la insistencia de la pregunta." No es el tumulto de la Revolución el medio para lograr las conquistas de Jesucristo en la sociedad, sino el "Apelo al César" de Pablo, y más el sueño del Apóstol Amado en el seno de Jesús, recurso soberano, Señores, para los que creemos, ineficaz para los que, como los soldados de la sinagoga, ven á Jesucristo, sólo como al hombre indefenso de Getsemani, ó como los del César,—á un cadáver que debía volver á la tierra, oprimido por una piedra y guardado por el sello de un Gobernador.

Lo que ansío, es, Señores, no tampoco la unión en el quietismo, sino en la actividad del espíritu cristiano bullente de vida en cada una de sus operaciones, hábil y fecundo en ingeniosas medidas para el bien, infatigable en la propaganda, uno en el propósito, armónico en un solo espíritu: el espíritu de amor, de sacrificio, de esperanza, el espíritu de Jesucristo.

El apostolado de hoy como el Apostolado de ayer, no ha de esperar conquistas por medio de la fuerza, sino por medio del amor. No es ya el tiempo de lanzar Cruzadas sobre el mahometano, sino el de volver á recordar á este mundo olvidado de la historia de su regeneración, que nació del amor. Este es el siglo de la ciencia y de la filantropía, siglo que, amante de los grandes inventos y de la humanidad en el foro público, no quiere amarla en la intimidad de sus inmortales esperanzas: estamos idolatrando al hombre, y nos resistimos á adorar á Dios; besando los umbrales de la morada inviolable del ciudadano, y rompiendo las puertas de la casa del Señor;—erigiendo estatuas y monumentos á nuestros hermanos, y escandalizándonos del óbolo que se pide para un monumento al Rey de las Naciones;—enronqueciendo la voz de nuestros afectos en el cántico de nuestras pasiones, y cerrando obstinados los labios enrojecidos en la orgía, para que no den paso á un acento de adoración al Señor. Legislación, artes, poesía, andan lejos de la creencia, y la creencia, si es teoría para el espíritu, es ya sólo ceniza de un fuego recóndito para el corazón.

A lo que debemos tender es á la restauración del espíritu cristiano en la sociedad, aquí en el Ecuador, aquí en la América. Confraternicémonos los católicos americanos

en este espíritu, cuyo programa se resume en aquella fórmula en que el Apóstol establecía la gerarquía de la vida al ver hechas las cosas para el hombre, el hombre para Jesucristo, Jesucristo para Dios. Esta América desper-tada á la vida al pié de la Cruz, esta América que, cuando no quiso que el Poder moviera un cetro sobre su cabeza, la con-servó sumisa delante de la Cruz de sus antiguos reyes; esta América que aun hoy corona sus palacios con una Cruz, aunque ¡pena da decirlo,! á veces la envuelve en el salvaje incienso de la pólvora con que nos asesinamos entre herma-nos;—esta América, Señores, debe volver á Jesucristo. Ella no le ha traicionado todavía como Judas; pero, siguiendo á Jesucristo al atrio del Pontífice, ha vacilado como Pedro junto á la fogata que el espíritu descreído enciende delante de Jesús para la tentación de los cobardes.

Los católicos americanos, como los peregrinos de Emaús debemos hallarnos en uno en el conocimiento que adquiramos sorprendidos en la fracción del pan. . . . En esa mesa del camino, allí en donde tiembla sobresaltado el corazón agujado á buscar al Verbo, allí está el lugar de la cita para nuestra confraternidad. Hubo, Señores, en los primeros días de América una fracción del pan, cuyo recuerdo se me viene á la memoria dolorosamente. Dos soldados conquis-tadores, á quienes dividía la discordia, se reconciliaron ante las aras del sacrificio eucarístico, y para que Dios viniese á confirmar el empeño, un misionero dividió la hostia sagra-da y dió á cada uno una parte de élla. Esa fracción del pan, no impidió que los que así banquetearan aquella masa en la mesa de la paz, se encruelciesen días después en las coladas de la ambición y la ferocidad.

Poco valdría que nos citásemos los católicos de Améri-ca al pié del altar, si esa cita ha de durar lo que aquella ven-turosa mañana; poco, si no llegamos á resolver en las relacio-nes internacionales el culto del corazón; poco, si el culto so-cial no se levanta sobre el íntimo, como los ecos de la cam-paña sobre la cabeza de los sacerdotes y del pueblo congre-gados en oración. Lo que importa es unificar el propósito: los medios, ellos se presentarán; la eficacia, esperarla del que cimienta en un granillo de mostaza un árbol en que ba-jan á cantar caravanas de aves peregrinas por los cielos.

Los días de la juventud son los días en que se temple el carácter y se pone el sello de sus destinos. Estamos en los días de juventud de América: puede el espíritu de sus hijos, preparar desde hoy la historia de América; mas no la historia vaga de hechos que se anontan sin lección para nuestro espíritu inmortal, sino la historia que palpita al pié

del Calvario, al rededor de Jesucristo, á quien cupo en honra de su Padre el señorío de los pueblos, de los pueblos en sus relaciones, para que sobre las fronteras so cierna un solo espíritu; de los pueblos en su conciencia para que el eco de sus afectos sea un himno, no un grito de afrenta.

La historia proclama como una de sus grandes enseñanzas la renovación del mundo desde la aparición del Cristianismo; pero aún falta, Señores, que el Cristianismo deje de ser en el caudal de la humanidad lo que sólo es la luz de los astros,—un hermoso reflejo que vacila con las ondas en el vaivén de la calma, y se pierde en girones de luz, rota en la turbulencia de la tempestad. Es preciso que el Cristianismo nos penetre en todos nuestros atos como la luz, el aire, el agua penetraron en los misterios de la vegetación y engendraron riquezas de aroma en los jardines de Judea; y que nosotros devolvamos al Cristo el tesoro de nuestros afectos, como esa mujer que vertió, escandalizando aun á los buenos, la esencia de esos jardines á los pies de Jesucristo.

El espíritu cristiano no profesa el principio de "si quieres la paz prepara la guerra." El espíritu cristiano ve en la humanidad una familia, en cada ciudadano un hermano, en cada nación un hogar, no guardado por el algunas veces llamado honor, sino por la justicia.—El espíritu cristiano, pide libertad; él es soplo de Dios, ese vientecillo suave que recreaba al Profeta, y que pasa regulando el ambiente campo de la eternidad, y que debe volar desembarazado porque viene de lo alto.—El espíritu cristiano no reconoce fronteras ni distingue entre nacionales y extranjeros para discernir la justicia y para repartir el pan de la beneficencia. El espíritu cristiano es respeto á la autoridad, en el ciudadano; en el magistrado, respeto al derecho; amparo suyo en el juez.—El espíritu cristiano es amor al enemigo, es persuasión en la palabra, propaganda en la amistad, seducción de dulzura para atraer al extraviado, aunque sea inflexibilidad de lógica para combatirle. El espíritu cristiano es también guerrero, pero guerrero que batalla evangelizando.

Hé aquí á donde deben tender nuestros esfuerzos tocante á la vida política y social de nuestros pueblos.

Dejadme, Señores, entrar á un terreno que acaso so juzgue demasiado profano en estas circunstancias; pero que, bien mirado, no lo es. Dos palabras, y concluiré, acerca de la poesia americana en la instauración del espíritu cristiano.

La juventud como es la edad en que se determina el carácter, lo es también la en que canta el corazón. En es-

ta época el espíritu espacia sus miradas por horizontes sin límites, en tanto que el corazón es vela henchida por vientos perfumados. La juventud navega así por regiones vagas, y no pocas veces desacuerdan entre sí la infinidad de las aspiraciones y su gentil linaje, con la índole de los sentimientos en sus manifestaciones, sobre todo en el Arte, y dentro del Arte, en la Poesía. Entona cantos durante ese viaje por regiones de luz; pero no se pregunta á su conciencia: crea ideales, pero destrona al juez que ha de juzgarlos. Entra al mundo interior de los afectos, pero es sólo á mirarse en la linfa de esas aguas, no para sondear su profundidad y dar con el lecho en que reposan. Por último, y habiemos con lealtad, creemos que nuestras obras como artistas, que nuestros cantos como poetas, son acción independiente, desligada de lo sobrenatural, irresponsable ante Dios. Creemos que no estamos obligados á otro culto que al de arrodillarnos ante el altar, y olvidamos que lo que Dios tiene derecho á exigirnos es lo más puro, lo más tierno, esa nidada de afectos que reposan en nuestro corazón, como las avecillas que, implumes aún en el nido, llevaban en los tiempos mosaicos las vírgenes á la ofrenda del altar. De este olvido nace que nos autoricemos en poesía á inundar con luz de prestigio lo que no nos sería permitido en sociedad, lo que la urbanidad desecha, lo que la moral condena. El verso es ya el disfraz con que puede el presidiario arrearso y reclamar aplausos en la república de las letras.

Pues bien, venga el espíritu cristiano también á nuestra poesía; penetre en el asilo íntimo del sentimiento y tradúzcase en la nobleza y excelstitud del ideal; no tomé el poeta la lente del fotógrafo para reproducir vulgaridades, no el microscopio para analizar lo deforme: levántese sobre sí mismo, despliegue las alas de la fantasía, como la paloma del Arca, sobre los charcos dejados por las tempestades del alma.

Y si el poeta es intérprete de la época histórica de un pueblo, no hullo, Señores, por qué el poeta americano cante con voz de anciano y de anciano descreído, se corone de pámpanos rociados por las copas de los banquetes paganos, y renuncie así á la genialidad nativa de su tiempo y de su patria. La América es joven y pide poesía joven, esperanzada, arrebatadora al presentimiento. La América es cristiana, y pide fe. La América va al progreso, y el progreso necesita amor para la eficacia, esperanza para el aliento, y la fe enciende el amor y nutre brios á la esperanza. La América es de Jesucristo, y es el ideal poético el Tabor en que le hemos de hallar transfigurado, cogando de

gloria nuestros ojos, dialogando con el poeta en las fruiciones de la contemplación. Fe y amor, y el Transfigurado será siempre Dios, por más que, terminado el dialogar de la inspiración, vuelva á presentarse Jesucristo sólo como el humilde Nazareno oculto en el taller, insultado en las plazas públicas, infamado en el patíbulo de los malhechores.

Pues reine Jesucristo aun en la poesía: infúndase á ella espíritu cristiano, alteza de miras, inmortalidad de afecciones. Cántese á las criaturas, ¡bien lo merecen! tan perfectas son! pero cánteselas con voces de hombre, no con acentos de esclavo. No soy, Señores, de los que aceptan esta fórmula literaria:—"El Arte por el Arte!";—seré extravagante si así se quiere, pero á lo menos, quedame la satisfacción de ser leal á mis ideas, al decir: "El Arte por el bien," más todavía: "El Arte por Jesucristo." . . .

En la vida política, social y literaria, húb aquí en donde debemos ansiar penetre el espíritu cristiano. Tras el deseo, vendrán lentamente los medios: en silencio será su propagación, largo el plazo; la consecución, obra de muchos, y Dios presidirá los esfuerzos del hombre si son sinceros, los avigorará si son humildes.

Mucho debe el Ecuador á Dios; por esto el Congreso Eucarístico al acudir á sus aras, trae hacimiento de gracias, y al haber escogitado algunos medios que lo patentecen, trata de que continúe esa ofrenda en adelante.

Obra de hombres, será ineficaz y acaso defectuosa: pero á lo menos, es obra de gratitud, de fe, de amor y de inefables esperanzas.

Dios reciba como un himno estos humildes actos del Congreso Eucarístico. Los recibirá, Señores, ya que van por el intermedio de Jesucristo, Dios para la recepción de la ofrenda, Hombre para santificar el don. Que nuestros hermanos los católicos de América, escuchen nuestros votos, nos abran los brazos para la cooperación, apoyen nuestra debilidad, y canten las últimas estrofas de este himno que hoy alza el Ecuador á Jesucristo, Señor Nuestro, Rey de las Naciones.

UNA CARTA DE ESPAÑA.

.....

¡Qué de cosas han acontecido en esta nuestra antigua madre patria en el corto espacio de dos años, que ha que estoy en ella! Los terremotos convirtieron, en un instante, en campos de horror y de tristeza los antes risueños valles de Alhama: el cólera, encruelcido por casi dos años con los reinos de Aragón, Valencia, Jaén y Granada, y ensañado también con parte de la baja Andalucía, ha derramado en innumerables poblaciones espanto, desolación y miseria. Una descomunal guerra con Alemania parecía inminente y hasta necesaria: España sintió revivir de repente en sus entrañas el amortiguado amor patrio, el fuego del entusiasmo la inflamó; y yo presenciando ese espectáculo, me figuré que iba á ver, con mis propios ojos, retostar otra vez, en el siempre generoso suelo español, los codiciables laureles de Lepanto y Trafalgar, de Zaragoza y de Bailén.... En esto, echándose á caminar, muy de prisa, por senda que le parecía de flores, el joven rey Alfonso XII dió consigo prematuramente en la huesa; resultando de ahí que una niña tierna recibiera, como quien dice entre sus juguetes, la pesada corona de Felipe Segundo; legado por demás precioso, y sobre cuya posesión, acaso no muy tarde, disputarán encarnizadamente los numerosos partidos políticos, en que hoy, por desgracia, se halla tan dividida España. Un crimen sacrilego, calculado despacio; un proyecto sanguinario, madurado al calor de la más terca y obstinada venganza; un escándalo tan grave como inesperado, puesto por obra con el más audaz atrevimiento: la furia de los elementos desencadenada, un torbellino que pasa por la capital de la monarquía causando en un instante destrozos incalculables: el nacimiento de un nuevo Rey.... ¡Cuántas y cuán grandes cosas en tan corto tiempo! ¡Qué de calamidades acumuladas sobre una nación! ¡Oh! si pudiéramos decir, presagiando el mayor bien de España, de esta España, cuyo bien no podrá nunca ser indiferente para los americanos, oh si pudiéramos decir, con motivo del nacimiento de este nuestro Rey, lo que en Roma cantaba Virgilio de su niño misterioso:

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo; (1)
pero, ¿quién puede penetrar los secretos de lo por venir?....

(1) Egloga IV.

El padrino del nuevo Rey recién nacido fué el Papa; y se le impusieron los nombres de Alfonso, León, Fernando. Me complaceo en mirar como presagio de ventura para ese niño y para la nación, á quien deberá gobernar un día, el hecho de haber sido elegido el actual Pontífice para tenerlo en brazos, y llevarlo á las aguas regeneradoras del santo Bautismo. León XIII representa para mí la civilización católica, antigua y venerable, austera y secular: ese Papa, anciano, docto y severo; varón de ciencia y de oración, recibiendo en brazos á un niño, que, por la fuerza de las circunstancias presentes, ha nacido siendo rey, me parece la Iglesia Católica, antigua maestra y nodriza de los pueblos; acogiendo en su regazo á la civilización moderna, para santificarla, enseñando á todos, pueblos y soberanos, gobernantes y gobernados, la única manera de constituirse la sociedad civil, recta, moral y ordenadamente.

Alfonso XIII lleva nombres gloriosos en la historia de las dinastías de los reyes españoles: Alfonso llamado el sabio y Fernando apellidado el santo, pura que ciencia y virtud, adunadas en su pecho, lo hagan digno de gobernar un pueblo, todavía grande, á pesar de sus reveses, porque todavía crece y espera en Dios.

Pero hablemos ya de Sevilla.

Sevilla es una de las más célebres y populosas ciudades de España: remonta sus tradiciones históricas hasta Hércules, quien pretende que fué su fundador: mas, Hércules, ¿ha existido en verdad? ¿representa, tal vez, ese símbolo los esfuerzos de las primeras generaciones, en su lucha con una naturaleza todavía inculta? Sea lo que fuere, lo cierto es que Sevilla es una de las ciudades más antiguas no sólo de España, sino de Europa. César la circundó de muros, y el santo rey Fernando la conquistó, librándola del poder de los árabes y restituyéndola á la civilización cristiana. No puedo menos de confesar que vine á Sevilla, azuzado de impaciente curiosidad por conocer el río Guadalquivir, que la baña y ciñe casi por completo en una grande extensión; pues, ¿no había de tener curiosidad de contemplar, con mis propios ojos, ese río tan celebrado en los versos de los grandes poetas clásicos castellanos, que yo había leído y releído desde mi niñez haciendo de semejante lectura uno de los más deliciosos encantos de mi vida? Busqué, pues, el camino del río, fuíme á sus orillas, y, viendo la sosegada corriente de sus caudalosas y turbias aguas, le saludé repitiendo casi involuntariamente, á mis solas, los versos, con que le apostrofa el insigne lírico castellano Fr. Luis de León, en su tan conocida *Profecía del Tajo*:

Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
cuánto yelmo quebrado,
cuánto cuorpo de nobles destrozado.

He visto el Sena de aguas azuladas, el Tiber famoso, de corriente amarillenta, *fluvium Tiberim*, el Manzanares, de pobre raudal en holgado cauce, y, por fin, he visto al Betis romano, al Guadalquivir morisco, deslizándose tranquilamente por los campos risueños y pintorescos de la Bética, tan galanamente descritos por el cantor de las *Aventuras de Telémaco*; y por un momento estuve tentado á creer en la realidad de tan bellas ficciones, percibiendo la fragancia del ambiente, perfumado con el aroma de los azahares de esa muchedumbre de naranjos floridos, que pueblan y hermosan los huertos, las alamedas y los paseos públicos de la capital de Andalucía. A las márgenes del Betis han cantado el sentimental Bécquer, el pulcro Rioja y el grandilocuente Herrera.

Dos cosas, entre muchas otras, recuerdan al viajero que visita Sevilla la mansión de los árabes en esta parte de España; la palmera, esbelta y gallarda, y la no menos esbelta y hermosa torre de la Giralda, que se levanta y descuella sobre todos los edificios de la ciudad, como aquella supera y se empina sobre todos los árboles que la rodean.

No era éste el suelo nativo de la palmera, que crece y prospera en el desierto: el árabe la trajo consigo y la trasplantó á esta zona, tal vez, para que en medio de las ciudades le recordara los encantos de la vida nómada, cuando, con sus tiendas movibles, andaba errante en la soledad. La Giralda es uno de los mejores monumentos que nos quedan de la arquitectura de los árabes en Europa. En tiempo de la dominación agarena serviría, acaso, entre otros objetos para atalayar el campo á la redonda, y dar el grito de alerta, cuando se divisaba algún peligro: ahora, con las campanas cristianas, no cesa de dar día y noche la voz de alarma contra las acometidas de otra especie de enenigos invisibles, haciendo señal para la Oración y los Oficios divinos en la majestuosa Catedral.

Entre las glorias de esta insigne ciudad se cuenta, sin disputa, como la mayor á San Isidoro, que la gobernó como su Arzobispo por casi cuarenta años. Este Doctor de la Iglesia, el más ilustre de los Padres visigodos y el más célebre de los prelatos católicos del siglo VII, merece con justicia ser llamado el Betis de la ciencia sagrada, en aquella época.

¡Cuánto supo aquel gran Obispo! ó mejor dicho, ¿qué ignoró de todo cuanto supieron los antiguos y los contemporáneos suyos? Si queréis conocer cuán grande fué la ciencia de San Isidoro, leed y estudiad el Libro ó Tratado de sus *Etimologías*, esa grandiosa compilación de todo cuanto se sabía en su época, donde á la par campean una erudición sorprendente, un discernimiento admirable y una sabiduría consumada: lo vasto de las lecturas, lo variado de los estudios, lo altísimo de los pensamientos. Recibe las copiosas lluvias del saber humano, que cayeron en lo más alto y remoto de los tiempos pasados; aumenta su caudal con toda clase de conocimientos así sagrados como profanos, y en el siglo VII se presenta aquel río asombroso del saber visigodo, ostentando la sosegada corriente de su doctrina, profunda como las aguas del Guadalquivir, enciclopédica como las olas del Betis, cuando, hinchadas con lluvias torrenciales, saliendo de madre, dilata, según la expresión del poeta, hasta los montes su ribera.

Hay á un extremo de la ciudad un antiguo torreón, que formaba parte de las murallas hasta hace pocos años: demolidas aquéllas para ensanchar el recinto de la ciudad, el torreón ha quedado aislado, y se conoce con el nombre de la *Hermita de San Hermenegildo*, porque, según la tradición, allí fué donde aquel santo mártir estuvo preso, y donde lo mandó decapitar su mismo padre, el rey Leovigildo. Si esta tradición es fundada, allí sería donde, al decir del Papa San Gregorio Magno, se oyeron las voces de los Angeles, que con endechas celestiales celebraban la muerte del príncipe cristiano, sacrificado por su bárbaro padre en odio de la fe romana.

Cerca de la Hermita de San Hermenegildo, en el campo y fuera de las antiguas puertas de la ciudad, está la "iglesia de la Trinidad," donde se visita en un subterráneo la cárcel, en que estuvieron presas las dos Santas Vírgenes Justa y Rufina, hermanas, condenadas á expiar en cruelísimos tormentos el sacrilegio, que, para los paganos, cometieron echando al suelo, y desmeunzando el simulacro de la diosa Salambona. ¿Fué en esa misma cárcel donde entrambas vírgenes perecieron, Rufina quebrada la cerviz por mano del verdugo, y Justa sucumbiendo, al cansancio y á sus prolongados sufrimientos? . . . Pienso que nada se puede afirmar con seguridad respecto de esto.

El cuerpo de San Fernando reposa en la *Capilla de los Reyes*, dentro de la Catedral, guardado en una muy rica urna de plata sobredorada: está seco, enjutas y bastante ennegrecidas las carnes, pero entero e incorrupto, vestido con

mortaja de tisú recamado de oro: conserva intacto el cabello; y, á decir verdad, es muy digno de ponderación que, al cabo de seiscientos años, la muerte haya respetado los restos mortales del santo rey, suspendiendo en ellos el curso de sus inexorables estragos.

La Capilla de los Reyes tiene ese nombre, porque, en ella se venera una antigua imagen de la Santísima Virgen, llamada *Nuestra Señora* ó la *Virgen de los Reyes*, la cual se asegura con fundamento que es del tiempo de San Fernando, y mandada trabajar por el mismo santo. Pocas imágenes de la Virgen habrá que exciten tanta devoción como la que profesan á Nuestra Señora de los Reyes los sevillanos: los lugares del contorno se despueblan cuando la Virgen va á salir en procesión, y una compacta y fervorosa muchedumbre se apila en la plaza y delante de la puerta de la Catedral por donde sale la imagen; pues tienen la piadosa creencia de que la Virgen concede infaliblemente cuanto se le pide aquel día, en aquel instante preciso en que la imagen asoma por las puertas de la basílica.

El día de la fiesta solemne de la Virgen es el quince de agosto, y, por eso, aquel día se llama en Sevilla el día de Nuestra Señora de los Reyes. Confieso que yo acudí movido de devoción y también de curiosidad, deseoso de presenciar la salida de la Virgen á la calle. . . ¡Cuánto me conmovió aquella escena! Aquel inmenso y variadisimo gentío, en el cual hormigueaban personas de todas clases, estaba distraído, alegre, inquieto, con aquella expansión y movilidad tan característica del noble pueblo andaluz; pero al punto, en que la tradicional imagen se presentó en el pórtico de la Catedral, todo ruido profano calló, ninguna cabeza permaneció cubierta, no hubo corazón que no se volviera á la Madre de Dios, ni labio que no se afanara en fervorosa oración. . . La imagen, de estatura natural, sentada en un sillón, con aquel semblante tan grave y aquellos ojos tan modestamente bajos, llevando en su regazo al Niño Divino, representaba muy bien á la que es por excelencia Reina y Madre de misericordia; y yo no pude menos de prorrumpir, con pecho enternecido, en aquellas tan sabidas y á la vez tan sublimes exclamaciones: *Salve Regina, Mater misericordiæ*, “¡Dios te salve, Reina, Madre de Misericordia!!!”

Hay costumbre de suspender algunos instantes la procesión en aquel punto, descansando en el umbral para satisfacer la devoción del pueblo, que se goza en contemplar la imagen de Aquella, á quien no se sacian de mirar los Angeles en el cielo. ¡Qué espectáculo tan sublime el de un pueblo entero puesto en oración!!

En esos que podemos llamar arbitrios misericordiosos de la gracia divina, suceden cosas maravillosas con las imágenes de la Virgen. Hame cabido la buena suerte de ser muy acepto á los niños y á los jóvenes en todas partes; mas en ninguna lo he sido tanto como en Sevilla, ante la generosa juventud de Andalucía. Cierta día un joven, de nobilísimas prendas morales, y de nada vulgar ingenio, pero en cuya alma, por desgracia, la luz de la fe había sido apagada muy temprano, hablando conmigo, me decia: ¿Qué será?... No puedo ver á la Virgen de los Reyes, sin sentir en mi alma una conmoción íntima y hasta un cierto estremecimiento!!...; ¿Qué ha de ser! le respondí yo: ¿qué ha de ser, sino el aire celestial, que, á pesar nuestro, refrezca nuestras almas, cuando miramos á la Madre del Verbo Eterno humando? Cuantas veces pueda U., añadí, dirigiéndome á mi amigo y hablándole con autoridad de sacerdote, cuantas veces pueda, acuda U. á recibir en su alma ese soplo de vida.

Al darle este consejo, me acordaba yo muy bien de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *Spiritus ubi vult spirat: vocem ejus audis et nescis unde venit.*—El Espíritu divino, ó la gracia, sopla donde quiere; la sentimos, mas no sabemos de donde viene (1). Dios está siempre con la mano en la aldaba, para llamar á las puertas de nuestro corazón, pidiéndonos que se las abramos.

A esta misma santa imagen acude el pueblo sevillano por consuelo en todas sus tribulaciones, por amparo en todas sus desgracias, por remedio en todas sus necesidades. El año pasado, cuando el cólera estaba desolando la península, ante esta milagrosa Virgen de los Reyes vino á postrarse en humilde rogativa el ayuntamiento de la ciudad: las llamas de aquel incendio de muerte, en que se abrasaba toda España, llogaban ya á Sevilla; la ciudad se veía encerrada en un círculo fatal: las medidas extremas y apuradas de salvación se consideraban ya como ineficaces ante la violencia de aquel desolador amago...; ¿Qué aspecto tan aterrador presenta una ciudad amenazada por el cólera!... Cuando aquel tremendo huésped está á las puertas, cuando á cada instante se aguarda su entrada, todo inquieta, todo asusta, lo más leve espanta; todos los ánimos están sobresaltados; en la robustez se sospecha un anuncio de enfermedad, y hasta la salud misma se tiene como un heraldo de la muerte: no se habla sino de los que han perecido víctimas de la peste: todos recuerdan los anales del cólera, y describen las epidemias que han presenciado: nadie pregunta otra cosa, sino lo que atu-

(1) Evangelio de San Juan.

ñe al contagio . . . ya está en tal ciudad, tal punto ha sido invadido ya: ayer tantos atacados; hoy tantos muertos. . . ¡Qué horror! . . . En la mesa, en el paseo, en la tertulia no se habla de otra cosa; y así como los egipcios introducían en el salón de sus banquetes un ataúd, y lo enseñaban á los convidados, paseándolo al rededor de la mesa donde estaban sentados; así, en todas partes, donde quiera, de día y de noche, á todas horas, está uno viendo con su imaginación el féretro, y le zumban los oídos con el lúgubre chirrido del carro mortuorio, que, repleto de cadáveres, arrastra por por carretadas los muertos al cementerio!

Tienen aquí en Sevilla una señal, que dicen que es segura, para conocer si la ciudad será ó no atacada por el cólera. Esa señal es la preseucia de las golondrinas y de las cigüeñas en la ciudad; pues, cuando entra el cólera, al punto aquellas aves emigran, huyendo á respirar aires sanos en otras partes. En los primeros días de febrero llegan estas aves á Sevilla: las cigüeñas el día de San Blas, y las golondrinas en la tarde del día de la Purificación; y tan seguro es el día de su llegada, y tan bien calculadas tienen las viajeras sus jornadas, que varias personas salen á las orillas del río para verlas llegar, todos los años, el mismo día, poco más ó menos, á las cuatro de la tarde, antes de la puesta del sol.

Todos los días observaba yo, con inquieta solicitud, á esas avecillas, y, viéndolas afanadas en aderezar sus nidos en las ojivas góticas de la catedral, no dejaba de tranquilizarme, creyendo en las buenas condiciones del aire que respirábamos, puesto que aquellas huéspedes previsoras no habían abandonado aun su posada. Y, ¡bendito sea Dios!, no la abandonaron, sino cuando aquí se comenzaron á sentir los primeros fríos de invierno: en toda la primavera, y en los abrasados días de la canícula se estuvieron aquí, como nuncios de vida, cantando su estribillo y revolando bajo las grandiosas arcadas de la Catedral. ¡Quién no ama con vehemencia la vida! ¡A quién no le horroriza la muerte! y más morir, lejos de la patria, en tierra extranjera, en un hospital de apestados, donde en las angustias de la agonía no se encuentra un rostro amigo, ni se oye una voz conocida! . . . Esas aves viajeras, cuando alzan su vuelo en busca de otros climas, están seguras de encontrar patria conocida y nido propio, ya en los pórticos egipcios del Cairo, al otro lado de los mares; ya aquí, bajo las bóvedas góticas de Sevilla; pero un extranjero, ¿á la lumbre de qué hogar se arrimará, sin que al instante todos noten como extraña su presencia? . . . No hubiera creído nunca que era tan intenso en nuestro corazón el amor á la tierra patria, á esa tierra don-

de vimos la luz primera; nunca lo hubiera creído! ya les he dicho en otra ocasión, y ahora lo repito nuevamente, conozco que allá soy muy insignificante, y tan ruin como la achicoria del Pancillo, un tallo de yerba puede hacerme sombra; pero estoy tan adherido á la tierra patria y he echado tan adentro las raíces de mi amor á la tierra que me vió nacer, que en mi aprecio y estimación no hay cosa que con ella se compare, y pido á Dios, que conserve siempre vivo en mí el amor á las dos patrias, á la de la tierra y á la del cielo.

Poro volvamos á nuestro asunto.

Desde que me puse en camino para Sevilla, tuve presente en mi memoria á Santa Teresa de Jesús, recordando la historia de la fundación del convento de carmelitas descalzas de esta ciudad, según la ha referido la misma Santa en el *Libro de las Fundaciones*. Ninguna fundación le fué tan penosa á Santa Teresa, como la de Sevilla, y en ninguna padeció tanto como en ésta; pero también aquí tuvo el consuelo de encontrar á su hermano don Lorenzo, que volvía de las Indias, y acababa de llegar á Sevilla. ¿Qué Indias eran ésas? ¿De qué punto de América volvía el hermano de Santa Teresa de Jesús? Volvía de Quito, de cuya ciudad era vecino!... Traía consigo á sus tres hijos Lorenzo, Francisco y Teresa, sobrinos de la santa, y nacidos en Quito, y con dinero traído de Quito se compró la casa en que se fundó el convento. Celebra la santa como un especial favor del cielo la oportuna llegada de su hermano; y en aquellas páginas inmortales en que trazó la historia de esta fundación dejó consignado para siempre el testimonio de su gratitud y reconocimiento, por aquella limosna abundante y generosa, con que le acudió entonces su hermano. Pocas veces dinero ecuatoriano se habrá puesto en mejores manos.

Diez años más tarde, San Juan de la Cruz cambió la casa en que habitó Santa Teresa con las primeras monjas, y la trasladó al punto donde ahora está el convento. La primera casa se conoce con el nombre de la "casa de Santa Teresa," es hoy propiedad de un particular, y una inscripción grabada en su fachada recuerda la gloria de que es muy digna por haber morado en ella Santa Teresa. Su dueño la ha destinado para almacén de muebles nuevos.

Hablundo yo de estos hechos con la R. Madre Priora del convento, me dijo ella: aquí tiene U. señor, una cosa traída de Quito por el hermano de nuestra santa madre, y me mostró unas cañas de que está formada la reja interior del locutorio, añadiéndome, que por constante tradición del convento se sabía que aquellas cañas habian sido traídas por

don Lorenzo de Cepeda, cuando volvió de América, y que aquel locutorio era el mismo que tuvieron las religiosas cuando la fundación del convento en la primera casa, donde moraron con santa Teresa, en vida claustral. Con viva emoción me dí, pues, modo para mirar esas mis paisanas de Quito, esas cañas afortunadas, considerando cuántas veces arrimaría, tal vez, á ellas su frente fatigada la esclarecida santa Teresa, cuando por tras del enrejado de ese pobre y modesto locutorio hablaba con su buen hermano Lorenzo.

La niña hija de don Lorenzo, nacida en Quito en la casa que ahora es convento de monjas dominicas, llamado "Santa Catalina," que entonces era casa de su padre, tuvo el mismo nombre de Teresa como su santa tía, y fué la primera carmelita descalza americana: y así Quito tiene la gloria de haber sido la tierra, donde brotó una de las más preciosas flores del Carmelo.

Entre muchísimas reliquias notables, posee este convento, el retrato auténtico de Santa Teresa, trabajado por el lego carmelita descalzo Fr. Juan de la Miseria; el manto blanco de lana que llevaba la santa, y el manuscrito original del *Libro de las Moradas* ó Castillo interior del alma, obra en que brilla más el talento intuitivo de la Santa, y en la que se encuentran observaciones sobre la naturaleza del alma, verdaderamente asombrosas. Si el solo calificativo de Santa, que la Iglesia le ha discernido á la ilustre hija de Avila, no la ensalzara sobre toda ponderación, yo diría en elogio de ella, que es justo orgullo de la nación española y grande honra de la familia humana.

En la misma Capilla de los Reyes, de que hablaba á usted es hace poco, hay una cripta sepulcral bajo el altar mayor, y allí reposan, en urnas guarnecidas de terciopelo, los restos de algunos personajes célebres; entre ellos vi los de don Pedro el Cruel, y los de la histórica Doña María de Padilla, á quienes, al cabo de tantos siglos, ha vuelto á juntar la suerte, pero no ya en el escándalo del trono, sino en la humillación del sepulcro. También en la misma capilla subterránea está la imagen de *Nuestra Señora de las batallas*, que llevaba siempre consigo el rey San Fernando: es de tamaño regular, y formada de un solo trozo de marfil. La espada del santo rey es otra de las prendas más preciosas y notables que se guardan en la misma capilla de los reyes. La espada se custodia en una arca, colocada en el altar mayor á los pies de la Virgen; y todos los años se saca y expone solemnemente dos veces: una el día del santo, y otra el día de San Clemente Papa y mártir, el 23 de noviembre, aniversario de la toma de Sevilla ó de la entrada triunfal del santo en esta

ciudad. ¿Dónde podía custodiarse mejor ni más dignamente esa vencedora espada del padre de Alfonso el Sabio, que á los pies de la Virgen? Puesta allí, representa muy bien el noble destino de la autoridad pública, la cual no es, ni puede ser, civilizadora, sino cuando tiene por guía la Revelación Cristiana.

Muchas cosas, y muy notables, pudiera escribir á ustedes acerca de la Catedral de Sevilla; mas, para no ser demasiado largo, me limitaré, por ahora, á decir una palabra de cierta práctica ó ceremonia religiosa, exclusivamente propia de esta Catedral: esa ceremonia es el *Baile de los Seises* delante del Santísimo Sacramento.

Los seises son niños de nueve á diez años de edad, visten un traje muy galano de seda recamado de oro, semejante poco más ó menos al que suelen llevar algunas antiguas imágenes del arcángel San Miguel, con cierta especie de faldón corto, que no les cubre las rodillas: su tocado es un sombrerillo con elegantes airones blancos.

Por la tarde, terminado el Oficio Divino, suena la orquesta, y á ese tiempo salen los niños al plano del altar mayor, se dividen en dos alas unos á la derecha y otros á la izquierda, y permanecen arrodillados delante del Santísimo Sacramento, hasta que la música hace señal para comenzar los acompasados y misteriosos movimientos de la danza; á una con el canto: pónense de pie, mirándose de frente los unos á los otros: dan principio al canto, y al compás de la modulación de las voces, acompañan los contrapuntos del baile: cúbrense las cabezas con el sombrerillo, y se van aproximando, lenta y pausadamente, hasta mezclarse y confundirse: ya se acercan, ya se alejan: tan pronto rodean en círculo, como se dividen y esparcen: ahora apresuran el paso y se agitan á prisa; ahora firmes no se mueven, sino que oscilan, siguiendo siempre la pausa ó la vehemencia de su canto: llega un momento en que todos acordes exhalan ayes suavísimos, y los repiten, dando el timbre de sus voces juveniles una entonación conmovida y apasionada, y entonces la danza ya no guarda cadencia ni compás, precipita sus movimientos, y van, vienen, giran y se agitan, cual si estuviesen poseídos de éxtasis amoroso, exclamando: "ay, ay, Jesús mío, inflámame en tu amor!" Los airones de los sombrerillos tiemblan en el aire; callan las voces y tocan las castañuelas ó palillos que llevan á la mano, haciéndolas herirse con rapidez y cadencia, á golpes interrumpidos. Me preguntarán ustedes, acaso, si me agradó el baile de los Seises, y ¿qué juicio formé yo de esta ceremonia?

La adorable Eucaristía es el mismo cielo en la tierra, y,

si bien lo consideramos, uno de sus milagros ó portentos es mantenernos en nosotros mismos cuando nos ponemos delante de la Hostia Santa; pues, si entonces las potencias de nuestra alma obrasen libremente, se arrebataría en éxtasis soberano, saldría fuera de sí misma, y en aquel delirio de admiración y de amor... ¡ah! ¿quién puede decir lo que haría?... ¡Daría gritos de asombro... callaría, quedándose muda ante la belleza inefable de Jesucristo... saltaría de contento... permanecería inmóvil, deseando saciarse en la fuente de aquella dicha incomprendible!... David, depuestas las insignias reales, y danzando delante del Arca de la alianza, con la lira inspirada en la mano... hé ahí, á lo que yo alcanzo, la explicación del Baile de los Seises en la Catedral de Sevilla. Yo lo oí siempre con mucho agrado, y confieso que su canto me encantaba positivamente.

Tres veces al año tiene lugar esta ceremonia: en los tres días de carnaval, durante los cuales está manifiesto el Santísimo Sacramento: en todo el octavario del Corpus, y asimismo en todo el octavario de la Inmaculada Concepción; y en los bailes de esta festividad llevan los niños el uniforme de color azul celeste.

Sevilla es verdaderamente un museo de cuadros: aquí ha florecido una de las más famosas escuelas de pintura que ha habido en el mundo. ¿Quién no ha oído hablar de la Escuela Sevillana? ¿Para quién en el mundo civilizado es desconocido el nombre de Murillo, el gran pintor de la *Pura y Limpia Concepción*? ¡Qué pincel! ¡Qué mano! ¡Qué inspiración la de aquel genio!

Zurbarán, austero y meditabundo, es admirable pintando la mortificación, la penitencia, el recogimiento, en sus frailes, pálidos, enjutos, contemplativos: ya los represente con sus ojos clavados en tierra, como en su "San Bruno delante de Urbano II;" ya con la vista elevada al cielo y la frente bañada en luz divina, como en su inimitable "Santo Domingo" (1).

Roelas, magnífico, grandioso, quisiera hacer revivir en sus cuadros toda la Biblia, representando, de una sola pincelada, dirémoslo así, como en el cuadro de la "Adoración del Niño Dios," entrambos Testamentos (2).

(1) Zurbarán, extremeño, pintor del tiempo de Felipe IV, murió en 1662.—El cuadro de San Bruno se halla en el Museo provincial de Sevilla; y el de Santo Domingo, en la Universidad, en la pieza rectoral.

(2) Roelas fué maestro de Zurbarán: el cuadro á que aludo, de dimensiones muy grandes, está en el altar mayor de la iglesia

Pero, ¿cómo descuellan Murillo entre aquellos grandes maestros! Es el pintor de la devoción cristiana, pero de la devoción ardiente, tierna, fervorosa, inspirada por el amor filial y la santa confianza!...

Aquellos *San Antonios*, en que una misma idea está representada de una manera tan original, tan nueva, tan encantadora: en el "San Antonio de la Catedral," los cielos se rasgan de repente, un trozo de gloria va como á caer en la pobre celda de San Antonio: el primer movimiento del Santo debió ser de reverencia y adoración;... pero, al ver que el Niño divino descende hacia él, con impulso de la más fervorosa devoción, se levanta, extiende los brazos; y quisiera volar á su encuentro: tal me parece el momento en cuya situación lo ha representado el pintor. Los ojos del Santo están fijos en el Niño, y, arrobado en el objeto de su amor y devoción, nada ve de todo aquel cortejo de Angeles de que se ha poblado su celda.

En el "San Antonio grande del Museo" no hay más que dos solas figuras: la del Niño Jesús, y la del Santo: se acerca éste á adorar al Niño, que está sentado sobre un libro abierto: la fisonomía del santo es de ejecución admirable: en aquella cara están diestramente expresados el deseo vehemente, el temor profundo, la confianza, el apresuramiento, la cariñosa reverencia, afectos de que no pudo menos de estar poseída el alma de San Antonio, en aquellas visiones de la infancia de nuestro adorable Redentor, con que plugo al Cielo regalarlo.

En las *Concepciones* se conoce cuán alta idea tenía formada el artista de la grandeza incomparable de la Madre de Dios: yo no me fijo ahora en los rasgos característicos con que Murillo delineó la belleza exterior del rostro de la Virgen, pues es imposible que el tipo del artista no sea, en buenas cuantas, más que la hermosura natural "idealizada" de las facciones que está acostumbrado á ver siempre toda su vida; me fijo solamente en aquella actitud de santo arrobamiento, de éxtasis contemplativo, de amable majestad, que acertó á expresar en sus Virgenes. No quiso nunca Murillo pintar la Concepción en la tierra; se la representó siempre en una esfera de luz y de gloria, reverberando con los esplendores de la gracia sobrenatural: en los cuadros del gran pintor sevillano la Inmaculada flota entre el cielo y la tierra; el artista se la ha imaginado en el momento de ser criada, y la vió venir á la vida, llena de la plenitud de la gracia: no son,

de la Universidad, la que en lo antiguo era Casa profesa de los Jesuitas.

no, los yertos abismos de la nada de donde sale: parece cual si, en trono de Angeles, descendiera del cielo á la tierra, y que el soplo vehemente de los vientos, agitando su vestido, formara anchas combas de su manto. Y ¡cuánto contribuyen á realzar la hermosura del conjunto aquellos grupos de angelitos! No se cansa uno de admirar aquella frescura de las carnes, tan mórbida, tan delicada, en la casta desnudez de sus ouerpecitos celestiales. Murillo es el pintor de la infancia: ¡qué candor! ¡qué dulzura! ¡qué gracia tan amable la de sus niños!

Murillo formó discípulos eminentes, y tanto en las obras de aquel insigne maestro, como en las de sus esclarecidos discípulos, se puede estudiar la Estética cristiana, dirémoslo así, de los pintores españoles de aquella época. Una manera vigorosa de representar en el lienzo la realidad repugnante de las miserias humanas, y una habilidad esmerada para poner ante los ojos de los expectadores la excelencia del dogma cristiano, dando á los objetos y á las figuras de sus cuadros aire y expresión de grandeza sobrenatural, tales me parece que son los rasgos más notables de los artistas de aquella época.

Compadre, esto no se puede ver sin taparse las narices; le decía Murillo á Valdés Leal, elogiando el cuadro alegórico, en que éste pintó: "El término de las grandezas mundanas," *Finis gloriæ mundi.* Y, por cierto, aquel obispo medio podrido en el ataúd, aquellos jirones de mortaja, esos huesos donegridos, y aquel revuelto cementerio horripilan al mirarlos.—*Vuestros tífosos no se pueden ver sin asco,* le contestó Leal á Murillo, aludiendo al cuadro de Santa Isabel, que el gran maestro acababa de pintar para el Hospital de la Caridad (1).

Debemos concluir ya esta carta, que va muy larga. El año pasado, en el verano, atravesaba yo por la plaza del mercado, observando la multitud y variedad de cosas que allí se vendían; pues, aunque sacerdote, no estoy tan espiritualizado como aquel filósofo griego, que, paseándose por entre las verduleras de Atenas, exclamaba jactancioso: *Quantis rebus ego non egeo:* ¡De cuántas cosas yo no he menester!.. Por el contrario, yo ponderaba de cuantas cosas ha provisto la solícita Providencia á la necesitada familia humana, mientras peregrina en este mundo: mas, hé aquí que, á un extre-

(1) Los cuadros alegóricos de Valdés Leal están en la iglesia de la Caridad en Sevilla; son dos, de dimensiones grandes. La Santa Isabel de Murillo está en Madrid, en la Sala de Juntas de la Academia de San Fernando.

mo de la plaza, topo con una cosa de la que, por cierto, ni yo ni el griego aquel habíamos menester, pero sí, y mucho, los chiquillos de Sevilla... ¡Un número considerable de grillos chillones, encerrado cada cual en su jaulita de alambre! El ruido que formaba el campanileo de tantos grillos chillando á porfía todos á un tiempo: aquel hervor de graznidos tan libre, tan penetrante, tan arbitrario, tan tenaz, ¿saben Ustedes lo que se me figuró? Periodistas en época de revolución: sólo estaba callado el grillo que tenía su gajo de tomate en qué picar.

A los chiquillos de Sevilla les gusta el jugueto de ese animalejo, que los entretiene y divierte con su canto ó chillido; así es que, los compran, prefiriendo los grillos machos por su chillido más recio y penetrante; y, por esto, en el mercado, además de flores olorosas, melones frescos y regalados y gruesos racimos de uvas, hay también grillos chillones, de á dos y hasta de á cuatro cuartos.

Una palabra sobre Castilleja de la Cuesta, y otra sobre las Ruinas de Itálica, que tan próximas están á Sevilla, y concluiremos.

Castilleja es una aldea pequeña, cuyas casas, esmeradamente blanqueadas, como las de todos los pueblos de Andalucía, se destacan y divisan á lo lejos, en la cima de una eminencia, lo que le ha valido con razón el distintivo de *Castillejo de la Cuesta*. En esa aldea pasó, retirado pero no oscurecido, los últimos años de su vida Hernán Cortés, el famoso conquistador de Méjico: se conserva todavía la casa en que murió, y en las piezas donde tenía su habitación ordinaria se guardan varios retratos suyos y algunas prendas y objetos mejicanos, así antiguos como modernos; entre éstos los cigarros que tenía el emperador Maximiliano cuando lo fusilaron en Querétaro; y entre aquéllos, el relicario que llevaba en la conquista el P. Olmedo, capellán de la expedición de Cortés.

Al otro lado del río, y hacia el Oeste de Sevilla, se visitan en la jurisdicción de la pequeña villa de Santiponce las *Ruinas de Itálica*, de las que, en todo rigor, no hay actualmente más que el anfiteatro: lo demás todo es campo deshabitado, sembrado de olivos ó cubierto de melonares. Nadie, por medianamente versado que se encuentre en literatura castellana, ignora la "Canción" de Rodrigo Caro á estas ruinas. Excusado será por lo mismo decirles que yo no daba un paso sin repetir algunos versos de tan acabada poesía; y, para que nadie pudiera olvidarla, una columna de mármol blanco hincada en medio del anfiteatro tiene esculpidos los cinco versos, con que el poeta describe lo arruina-

do de aquel edificio, donde las brizas de amarillo jaramago están ahora todavía, como en los días de Caro, afrentando á los dioses paganos, arruinados juntamente con aquel suntuoso monumento, que en su honor fué levantado.

Este despedazado anfiteatro,
ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido á trágico tentro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.

Itálica, la famosa Itálica, la cuna del poeta Sílio, la patria de Trajano, de Adriano y de Teodosio, emperadores romanos, es hoy verdaderamente campos de soledad, mustio collado, sin que ni la Historia misma acierte á decirnos cuándo ni cómo pereció.

Sevilla, mayo de 1886.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ, *Pbro.*

UN NUEVO DOCUMENTO PONTIFICIO

EN FAVOR DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

No contento Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII con las pruebas de afecto y estimación que en repetidas ocasiones ha dado al admirable Instituto de la Compañía de Jesús, especialmente en estos últimos tiempos, invistiendo con la púrpura cardenalicia al ilustre P. Mazella, de la misma Compañía, se ha dignado añadir otro nuevo y esplendísimo testimonio del afecto con que mira á los ínclitos hijos de San Ignacio de Loyola.

En estos tiempos en que se habían propalado por los impíos y por los malos católicos especies falsas y engañosas contra la Compañía, y cuando algunos habían llegado á asegurar, fundados en hechos falsos ó en vanas apariencias, que el Papa no miraba con buenos ojos á este admirable Instituto, levanta León XIII su poderosa voz, y da pú-

blica y paladinamente testimonio de la verdad de las doctrinas de la Compañía, que son las mismas de la Iglesia; anima y exhorta á estos ilustres campeones de la Religión á proseguir las obras emprendidas, tan fecundas en buenos frutos para la Iglesia y para la civilización; y declara ante el mundo entero el amor con que mira la Iglesia á estos valerosos soldados de Cristo, el principal objeto del odio y blanco de la persecución del infierno en todas partes.

La importancia y significación de este documento es tal, que para declararla sería preciso escribir la historia de la Compañía de Jesús en el siglo presente, y exponer las doctrinas profesadas y enseñadas por la Compañía, y más especialmente las doctrinas filosóficas.

De todo corazón nos congratulamos con estos ilustres campeones de la Religión, con los padres jesuitas, por el sublime testimonio de estimación y de afecto que han recibido del Vicario de Jesucristo, del Sumo Pontífice León XIII.

He aquí el documento:

LEON XIII, PAPA,

PARA PERPETUA MEMORIA.

Entre los motivos de dolor que afligen Nuestra alma en el seno de las perturbaciones tan profundas de la época presente, se hallan las injusticias y los males de que se colma á las familias religiosas de los Ordenes regulares. Fundadas por grandes santos, fueron siempre útiles á la Iglesia católica, cuyo ornamento constituyen, y á la misma sociedad civil que de ellas obtiene positivas ventajas. En todo tiempo dichas Ordenes han merecido bien de la Religión y de las letras; han contribuido también grandemente á la salvación de las almas. De aquí el que Nós Nos complazcamos, cuando de ello se presenta ocasión en otorgar á las familias religiosas las alabanzas que tanto merecen; como Nuestros predecesores. Nós descamos darles público testimonio de Nuestra perpetua benevolencia.

Por estas razones habiendo Nós sabido, que desde hace muchos años, se prepara una nueva edición de la obra intitulada: *El Instituto de la Compañía de Jesús*, que Nuestro onrísimo hijo Antonio María Anderledy, Vicario General de esta Compañía, se ocupa asiduamente en hacer terminar este trabajo, que de él no resta por reimprimir sino la última parte, que contiene las Letras Apostólicas dirigidas á la Compañía de Jesús, á San Ignacio de Loyola, su fundador, y á los otros superiores generales; Nós aprovechamos con solicitud esta ocasión para mostrar Nuestro afecto á la Compañía de Jesús que ha merecido bien de la Iglesia y de la sociedad. Por tanto, Nós aprobamos la edición comenzada de la obra susodicha, trabajo glorioso y útil á la vez para la Compañía; Nós alabamos este trabajo y deseamos su continuación y conclusión. Y para manifestar aún más Nuestro amor hacia la Compañía de Jesús, en virtud de Nuestra autoridad Apostólica, Nós confirmamos por las presentes y concedemos de nuevo las Letras Apostólicas, todas y cada una de las que tengan por objeto el establecimiento y la confirmación de esta Compañía. Letras otorgadas por los Romanos Pontífices Nuestros predecesores, desde Paulo III, de feliz memoria, hasta nuestros días, bien se hallen concebidas en forma de Bulas, ó de simples Breves. Nós confirmamos y concedemos de nuevo todo lo que en ellas se contiene y de ellas se deriva, así como los privilegios, inmunidades, exenciones, indultos, todos y cada uno, concedidos á la misma Compañía, sea directamente, sea por comunicación con las otras Ordenes regulares, siempre que no causen algún perjuicio á esta Compañía, y no hayan sido abrogados y revocados por el Concilio de Trento ó por otras Constituciones de la Sede Apostólica.

Por todo lo cual Nós decretamos que las presentes Letras tienen y tendrán en el porvenir fuerza, valor y eficacia; queriendo que obtengan y produzcan sus plenos y enteros efectos, y que produzcan asimismo todas sus ventajas á quienes el asunto concierne y pueda concernir, no obstante el Breve *Dominus ac Redemptor* del Papa Clemente XIV, fechado en XXI de Julio de MDCCLXXIII y otras cualesquiera piezas que les fueren contrarias y sean dignas de una mención y derogación especial é individual, que Nós derogamos expresamente por virtud de las presentes.

Sean estas Nuestras Letras testimonio del amor que siempre hemos profesado á la inclita Compañía de Jesús, tan adicta á Nuestros Predecesores y á Nós mismo; madre fecunda de varones insignes en santidad y sabiduría, dispensadora de sólida y sana doctrina, y que á pesar de las violentas per-

secuciones sufridas en defensa de la justicia, no cesa jamás de trabajar en la villa del Señor con ánimo invicto y generoso. Siga, pues, la benemérita Compañía de Jesús, recomendada por el mismo Concilio Tridentino, enriquecida con las alabanzas que de ella pregonaron Nuestros Predecesores, siga en medio de esta perversidad de los hombres contra la Iglesia de Jesucristo, trabajando según su instituto para la mayor gloria de Dios y la salud eterna de las almas.

Siga, pues, en su misión de conducir y de llamar con santas expediciones á los infieles y á los herejes á la luz de la verdad; siga educando á la juventud en las virtudes cristianas y en las bellas letras; siga enseñando la Filosofía y la Teología, según el espíritu del Doctor Angélico. Entre tanto, Nós abrazamos con vivo afecto á la Compañía de Jesús, que Nos es tan cara, y Nós damos al Superior General y su Vicario, y á todos los hijos de esta Compañía, Nuestra Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro bajo el anillo del Pescador, el XIII de Julio de MDCCCLXXXVI, de Nuestro Pontificado el año noveno.—M. LEDÓCHOWSKI.

Pastoral del Ilmo. Señor Arzobispo de Quito.

NOS, JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, & &

A nuestros muy amados hijos los que componen el Ejército Ecuatoriano de mar y tierra, salud y gracia en Nuestro Señor.

Arma militiae nostrae non carnalia sunt, sed potentia Deo ad destructionem munitionum, concilia destruentes.

Las armas de nuestra milicia no son carnales; son poderosísimas en Dios para derrocar fortalezas, para debelar proyectos humanos. SAN PABLO 2º á los Corintios, cap. X, v. 4.

Amados hijos en Jesucristo:

Esta Carta Pastoral es la primera que os dirigimos de una manera especial á vosotros. Hasta ahora nuestra voz no ha resonado en vuestros oídos, sino por la que iba dirigida al común de nuestros fieles; y aunque sus enseñanzas

os tocaban también. nada de especial había para vosotros en ellas. Mas hoy que, por inescrutables designios de la divina Providencia, Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, ha querido añadir á nuestro cargo pastoral de la Arquidiócesis, el especial de la salud espiritual de vuestras almas, confiéndonos el título de Vicario Castrense de los ejércitos de mar y tierra de nuestra República, tenemos necesidad de dirigiros esta primera Carta Pastoral, especial á vosotros, ya para haceros saber este nombramiento, ya también para anunciaros que desde el día 1º del mes próximo de octubre, entran en nuestros deberes la solicitud y cuidado de la santificación y salvación de vuestras almas. Nos ha movido á la aceptación de este cargo el interés vivísimo que nos anima en favor de vuestra eterna felicidad, pues tenemos la decidida intención de consagrar todos nuestros esfuerzos y solicitud pastoral en favor vuestro: cuidaremos por tanto, que no os haga falta un capellán que os suministre con empeño el pasto espiritual, la instrucción religiosa competente y la explicación detallada de vuestros deberes, como soldados de la Patria y de Jesucristo; y en ocasiones dadas, Nos personalmente estaremos, con estos mismos fines, en medio de vosotros, para que por estos medios alcancéis y perfeccionéis el conocimiento de los altísimos fines á que sois llamados en la nobilísima profesión de las armas.

Mas para que desde ahora comencéis á reflexionar sobre las obligaciones que os incumben como á defensores de la sociedad amenazada de tantos peligros, hemos querido traer os á la memoria las palabras del Apóstol que encabezan esta Carta Pastoral, apropiando á vosotros lo que el Santo decía de sí mismo. *Las armas de nuestra milicia no son carnales, son poderosísimas en Dios para derrocar fortalezas, para debelar proyectos humanos.* En efecto, amados hijos en Jesucristo, las armas que Dios y la Patria han depositado en vuestras manos, no son para dar prestigio ni menos triunfo á las ideas paganas y sensuales del mundo actual; no son para entronizar el liberalismo sobre las ruinas del orden social, de la moral, de la Religión y de la Iglesia; en una palabra, no son para hacerlas carnales sirviendo á las carnalidades de las ideas modernas. Son, al contrario, como dice el mismo Apóstol, para derribar con ellas las fortalezas y atrincheramientos del vicio; para debelar proyectos, maquinaciones inicuas que vienen asechando y asediando á nuestra católica República, de mucho tiempo á esta parte; y como vuestras armas son fortísimas en Dios, con Dios y por Dios, hemos presenciado con inefable contento vuestros triunfos, hemos visto desaparecer, como por encanto, al em-

puje de vuestras armas victoriosas, las huestes parricidas que assolaban vuestras floridas comarcas y amenazaban sepulturar la patria y los Altares en perpetua ruina.

Pero, si hasta ahora tenemos que gloriarnos tanto y bendecir al Dios de los Ejércitos por tan espléndidos triunfos; menester es que redobléis vuestros generosos esfuerzos en favor de la santa causa de la moral y del orden social confiados á vuestra defensa. Mas para conseguirlo, es indispensable que fortalezcáis más y más cada día vuestras almas con las prácticas de la religión santa de Jesucristo, con los auxilios de la divina gracia, y con el ejercicio de las virtudes cristianas, civiles y militares propias de vuestra nobilísima profesión. Cada día os encontráis en peligro de dar la vida por la patria; por tanto, cada día os incumbe el deber de haceros más santos, no sólo para entrar con pecho valeroso y esforzado en los combates, sin temor de los tristísimos resultados que lleva consigo el estado de una mala conciencia, sino también para que vuestra sangre gloriosa, derramada en defensa y pró del orden público, sea, como en otro tiempo fué la de los Mártires del Cristianismo, semilla fecunda de patriotas y mártires, de héroes denodados y santos, cuyas almas reciban inmarcesible corona de gloria en el Cielo.

A esto os convida nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, al daros un Pastor especial con el nombramiento de Vicario Castrense que os hemos anunciado; á esto nos comprometemos de nuestra parte renunciando desde ahora á nuestro reposo y consagrando nuestros desvelos á la santificación é ilustración de vuestras almas; á esto tienden los privilegios, las gracias y las liberalidades que la Santa Sede ha puesto en vuestras manos para trasmitiros las á vosotros. Excitad por tanto, amados hijos en Jesucristo, los sentimientos de esa fe viva que la religión de vuestros padres ha grabado tan profundamente en vuestros corazones; practicad las virtudes que os enseñaremos infatigables en el ejercicio de nuestro santo ministerio; mereced bien de Dios y de la Patria con vuestra fidelidad y cristiano comportamiento; y para que el Divino Corazón de Jesús, Patrón y Protector de nuestra República, derrame sobre vosotros el tesoro de sus celestiales gracias, os damos de lo íntimo de nuestro corazón, nuestra bendición pastoral, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Dada en Quito, en nuestro Palacio arzobispal, á 28 de setiembre de 1886.

† JOSE IGNACIO,
Arzobispo de Quito.

APOSTOLADO DE LA ORACION.

Intención general para el mes de noviembre,

DESIGNADA POR EL EMM. CARDENAL PREFECTO DE LA
PROPAGANDA Y BENDECIDA POR LA SANTIDAD DE LEON XIII.

LOS INFIELES.

“En Egipto—escribía San Clemente de Alejandría, citado por un célebre publicista de nuestra época—los santuarios de los templos están asombrados por velos de áureo tejido; pero si vais al fondo del edificio y allí buscáis la efigie, un sacerdote se adelanta con aire grave, cantando un himno en lengua egipcia, y aparta un poco el velo, como para mostraros el dios. ¿Qué veis entonces? Un cocodrilo, una serpiente indígena ó algún otro animal peligroso. El dios de los egipcios se asoma: es una bestia que se revuelca en alfombra de púrpura.” (1)

Lo que el moderno historiador de la Revolución aplica con mucha exactitud á una clase particular de infieles—los jacobinos de Francia—nosotros podemos decirlo, con no menos razón, de todo ese conjunto de funestos errores que abarca el término genérico de *infidelidad*: ya los miremos bajo la forma de que se revestían cuando JESUCRISTO apareció en la tierra, ya consideremos lo que aun hoy hacen con la humanidad, donde quiera que se ejerce su imperio.

[1] M. Taine. Les origines de la France contemporaine. - La Révolution, t. III, p. 1.

I

Y primeramente, ¿qué espectáculo ofrecía el mundo de la gentilidad en el momento de la encarnación del Hijo de Dios!

San Pablo nos lo ha dejado retratado en un cuadro que desafía cualquier otra descripción! ¿Qué vio él, en efecto, en aquella sociedad pagana, víctima de las vergüenzas de una monstruosa idolatría? Hombres infatuados de mil errores, que no aprecian el bien de conocer á Dios (Rom. I, 28) ó que en habiéndolo conocido, han rehusado honrarle como á Dios y pagarle el tributo de la gratitud (*Id.*, 21.) Hombres cuya sabiduría, desvanecida en sus propios pensamientos, se aplica en transformar la verdad de Dios en mentira, adorando y sirviendo á la criatura antes que al Creador. (*Id.*, 25.) Hombres cuyo espíritu se ha cargado de tinieblas, y que viven separados de la vida divina por la ignorancia, hecha en ellos compañera fatal de la ceguera del corazón. (Eph. IV, 17.) Hombres que Dios entrega á su sentido reprobado, y que, abandonándose á acciones indignas (Rom. I, 28), están en su carne inmundas y torpes manchas. (*Id.*, 24.) Hombres finalmente que, trocando la gloria de Dios incorruptible por una imagen del hombre corruptible, abaten sus adoraciones hasta á figuras de aves, cuadrúpedos ó serpientes (*Id.*, 23.); sin hablar de la muchedumbre de esas divindades infames, verdaderos monstruos de crímenes, que parecen hechas para legitimar los más innobles desenfrenos, dando satisfacción á los instintos más groseros.

A la verdad, con excepción de la familia judía, ¿quién en el mundo, se acordaba del Dios de los dioses, de aquel monarca eterno é infinito, “cuya existencia, unidad, sabiduría y poder adorables se demuestran por la universalidad de los seres á todo espíritu juicioso?” Honienajes y oraciones, cosas que tan sólo son debidas al Altísimo, ¿á quién los enderezaba el idólatra, sino á esa chusma de divinidades fantásticas y ridículas cuya historia y culto nunca fueron otra cosa que un amalgama de absurdos, mezclados con abominaciones públicas ó secretas?

Es sabida la palabra famosa de Bossuet: “Todo era Dios, excepto Dios mismo, y el mundo se había convertido en un templo de ídolos. . . . ¿Quién se atrevería á narrar las ceremonias de los dioses inmortales y sus impuros misterios? Sus amores, sus crueldades, sus celos y todos sus demás excesos, eran el objeto de sus fiestas, sacrificios, himnos que se

les cantaba y cuadros que en sus templos se consagraban. . . . No había sitio alguno de la vida humana de donde el pudor fuese desterrado con más esmero que lo era de los misterios de la religión." (1)

¡Ah! sin duda, no faltaban tampoco "los velos de áureo tejido" á una civilización que no penetraba más allá de la superficie. Porque, prescindiendo de las antiguas y maravillosas literaturas del Oriente, la Grecia y Roma tenían sus legiones de poetas, encargados de recamar la rica urdimbre de esos tejidos; y las filosofías brillantes pero vanas, en medio de las cuales se veía entonces exhibirse, ó más bien agitarse incesantemente muchas inteligencias escogidas, se asemejaban bastante á las "alfombras de púrpura" donde el ídolo del templo establece su lecho de descanso. Mas, sobre esas alfombras suntuosas y bajo esos velos de oro, el culto no único, es cierto, pero sí el principal de la humanidad entera ¿no era en verdad el de la Bestia, es decir de todo aquello que, en la misma humanidad, hay de más vil, vergonzoso y bestial? Siquiera fuesen á veces de suposición, algunos desórdenes no dejarán por eso de ser notados con ignominia: *Flagitia purpurata!* diría aún San Cipriano.

II

Hé allí lo que era el mundo cuando plugo al Hijo de Dios descender del cielo para salvarlo. ¡Cuán grande beneficio el de habernos arrancado de los lazos del monstruo al que se entregaba de rodillas y miserablemente la humanidad!

Esta es la razón por la que no se puede jamás revelar demasiado este monstruo bajo su verdadero aspecto, sobre todo á la juventud estudiosa: puesto que, sin eso, no sabría nunca "ni cuánto debemos de amor y gratitud al cristianismo y á las generaciones heroicas que se sacrificaron por su triunfo, ni cuánto desprecio se merecen los charlatanes que nos ensalzan las luces de la razón y de la filosofía humana en materia religiosa y social." (2)

El autor que citamos hace notar con razón, á este propósito, que la historia de las naciones idólatras, en especial de los griegos y romanos, es, igualmente que la historia del pueblo judío, la introducción natural á la historia del mun-

(1) Discours sur l'histoire universelle.

(2) Martinet, *Philosophie du catéchisme*.

do transformado por el Evangelio. En efecto, el cuadro verdadero del paganismo tiene dos lados: el uno inmundo, que es preciso apartar cuidadosamente de las miradas de la juventud; el otro bárbaro, inhumano, que importa sacar á luz: lado tan increíble para el adolescente, educado en medio de una familia y sociedad cristiana, que es conveniente traer como testigos á la flor y nata de los escritores de la antigüedad. “La elegancia perfecta del pensamiento y la lengua, el cultivo apasionado de las letras, la filosofía y las bellas artes, juntándose con la ferocidad de las costumbres y la atrocidad de las leyes; los más nobles espíritus de la época, justificando, defendiendo, celebrando instituciones cuya barbarie nos hace estremecer: hé ahí lo que es preciso mostrar á los jóvenes, si, en vez de espíritus falsos y de palabras ignorantes, se quiere formar hombres que unan la solidez y la elevación del pensamiento á la belleza de la expresión.”

Tampoco se les puede hacer apreciar lo bastante—y aun nosotros mismos no lo ponderaremos jamás demasiado—el inmenso beneficio de esta revelación cristiana, de este Evangelio de Cristo, cuyas claridades han disipado las sombras del antiguo mundo y hecho retroceder al monstruo que lo devoraba. “¿Dónde están hoy los sabios? podrá preguntar San Pablo: ¿en dónde los escribas? dónde los buscadores de la sabiduría del siglo? (I, Cor. I, 20.) Los ha visto reducidos á enllarse y á cerrar sus escuelas, porque una gran palabra acaba de hajar á este suelo pagano, en que la cepa del Calvario debe luego retoñar tan milagrosamente: “La vía, la verdad, la vida, soy yo.” (Joan XIV, 6)

Mientras más estudiemos, pues, esta revelación cristiana, cuya antorcha no ha cesado de lucir á nuestros ojos, más nos aparecerá ella divina en sí y bajo todos sus aspectos.

Divina en sí misma, he dicho; pues, sin quedar ajena á uno solo de los conocimientos que puede alcanzar la razón más depurada, ella se levanta infinitamente sobre los conceptos de la simple razón. ¡Qué cosa más sublime, por ejemplo, que las enseñanzas que nos da sobre Dios y el destino que ella señala al hombre! ¡Qué cosa más santa que la moral que prescribe para conseguirlo! y qué cosa más eficaz que los medios con que ella apoya las prescripciones de esta moral incomparable! Por otra parte, entre estos misterios

—que, aunque sobrepujan á menudo á la razón, no pueden jamás sin embargo ser á ella opuestos—y entre estos preceptos, estos consejos, estos ritos diversos, qué admirable y constante cohesión! Hay en el mundo, sabio capaz de imaginar semejante sistema, de tan perfecta ponderación y acuerdo tan maravilloso!

Y para no hablar de los demás, ¿conocéis algo tan milagroso como el mismo triunfo de este Evangelio? Un puñado de oscuros pescadores, groseros, ignorantes y pobres se reparten el mundo, ejecutando lo que no han podido verificar ni los Nabucodonosores, ni los Alejandro, ni los Césares; afrontando sin armas ni riquezas, sin prestigio alguno de doctrina humana ó de elocuencia, los enemigos más terribles, los pueblos y reyes de la tierra, y hasta esos demonios del abismo que se han asegurado la complicidad de todas las pasiones del corazón; anunciando, á despecho de las persecuciones y apenanzas, de los tormentos y la muerte, estas extrañas paradojas: la unidad divina en tres personas, un Dios crucificado, muertos que resucitan, castigos que no perecen jamás: la necesidad de renunciar á la fortuna y á los placeres, á los honores y á sí mismo; de amar á sus enemigos, de volver el bien por el mal, y otros veinte preceptos semejantes: . . . Un mundo entero que trastornar, un mundo que reconstruir, un mundo en que los sentidos, la imaginación, el corazón, la política, los hábitos, los recuerdos, los prejuicios, forman una masa compacta que ninguna fuerza penetrará rompa, á no ser la fuerza que es de Dios!

Mas, ¡ved! á despecho de la sublevación universal de las potencias de abajo y de las potencias de arriba, que se repiten mutuamente el antiguo grito de la Sinagoga: *¡No queremos que reine sobre nosotros!* ved; digo, como el divino Crucificado lo atrae todo á sí y como el madero de su cruz se convierte en el trono mismo de su dominación: *Regnavit a ligno Deus!* Así se realiza la palabra de David, profetizando que los pueblos caerían un día á los pies del Rey de los reyes: *Populi sub te cadent* (Ps. XLIV, 14). Y ya en el tiempo de Pablo, será verdad el decir que “la fe cristiana es anunciada en todo en el universo.” (Rom. I. 8.) Y aún podrá aplicarse luego al mundo entero convertido el testimonio que Agustín va á dar de Saulo el perseguidor, convertido en el gran Apóstol: “Ha muerto el enemigo de Cristo, el discípulo de Cristo está vivo.” *Occisus est inimicus Christi, vivit discipulus Christi.*

Divina sobre todo nos aparece esta revelación evangélica, en los efectos que produce en el fondo de los corazones.

Escuchadlos á todos esos paganos convertidos, que exclaman por boca de uno de ellos, Justino el filósofo: “En cuanto á nosotros, después de haber creído en el Verbo, hemos cambiado de vida. . . . Antes nos complacíamos en los deleites infames, y ahora es la castidad la que amamos únicamente; nos entregábamos á las artes de la magia, nos hemos consagrado al único Dios bueno é increado; prefería-

mos sobre todas las cosas los medios de adquirir riquezas, ahora lo que poseemos lo ponemos en común y lo dividimos con todos los indigentes; hace poco combatíamos por odios mutuos, homicidios. . . ., ahora que el Cristo ha aparecido, somos los hermanos, los comensales del extranjero, y rogamos por nuestros enemigos." (1) "Mirad por do quiera, dice Tertuliano, la impudicia vencida por la castidad, la crueldad destruida por la misericordia, la cólera por la dulzura, todos los vicios por todas las virtudes." (*Apolog.*)— "Y si alguno, agrega San Agustín, gritase con voz asaz alta durante el Sacrificio: "¡En alto los corazones!" *Sursum corda!* hoy se le contestaría de todas las ciudades, de todas las aldeas, de todas las montañas, de todas las selvas, de todos los desiertos, de todos los puises: *Habemus ad Dominum!* "Los tenemos hacia el Señor!" (*Lib. de Civit. DEI.*)

Y esta revelación cristiana que, desde los primeros siglos del Evangelio, ha engendrado tantos prodigios en las almas, no ha parado, en el curso de las edades, de producir las en torno suyo por todas partes. Soguirla en la historia y contad los beneficios sin número que ha derramado á manos llenas sobre las generaciones humanas. Efectivamente ¿es el cristianismo otra cosa que libertad y sabiduría, humildad y dulzura, caridad y heroísmo? ¿A quién debemos, sino á él, y la abolición de la esclavitud, y la regeneración de la mujer, y el consuelo de nuestros dolores, y el alivio de nuestros males?

Y cada uno de estos beneficios, gracias á una conservación no menos milagrosa que su establecimiento, el cristianismo no se ha cansado de derramarlos sobre los pueblos, con la luz y la vida, con la civilización y la verdadera ciencia; á pesar de las persecuciones y sus embates, á pesar de la herejía y sus tranas, á pesar de los prepotentes del siglo y la violencia de la fuerza brutal. Tal es esta gran revelación cristiana que, si bien "disminuida" en el sono de los Estados herejes, como lo son por otra parte con ella todas "las verdades", no por eso deja de ser todavía, aun en el punto de vista de lo material, la evidente é incontestable superioridad de las naciones civilizadas de Europa y América sobre esos inmensos rebaños de pueblos, siempre sumidos, en Africa y Asia, en las tinieblas completas de la infidelidad y la muerte.

(1) Justin. mart., *Apolog.*, 1, p. 51 [Edit. Bened.]

III

Es preciso con todo confesarlo. Cuanto mas hermosa y radiante nos aparezca esta revelación cristiana, mejor estudiada, tanto más deberemos aplicarnos á hacerla triunfar, ella y el Santo Evangelio, sobre ese mónstruo del infierno, esa Bestia inmunda que adora la infidelidad contemporánea, y que, vencida cien veces, parece que no puede jamás ser destruida.

Y en primer lugar, ¿qué motivos no tenemos en este momento de reavivar los ardores de nuestro celo, si consideramos lo que puede llamarse la infidelidad *de afuera* es decir, los millones y millones de almas que en Asia, en Oceanía, en Africa sobre todo, no han sido aún iluminadas con los rayos del Evangelio !

Merced á los recientes descubrimientos de los viajeros en el interior del continente africano, ofrécese á nosotros estas almas mas numerosas que nunca, pues los cálculos más modestos no hacen ascender á menos de cien millones el número de los habitantes paganos de esas regiones ecuatoriales. El imperio otomano, al rededor del cual gravitan en Asia y en Africa tantas naciones musulmanas, se inclina más y más hácia su ruina, que la politica de las potencias no logra retardar. No obstante las atroces matanzas de cristianos que, no ha mucho, ensangrentaron un suelo bárbaro, véase que se multiplican las conversiones de los infieles en el Tonkin y el Annam. La China solicita ella misma de la Santidad de León XIII el envio de un Nuncio á Pekin. Las puertas del Japon están abiertas de par en par. La grande isla de Madagascar acaba de recibir con pompa al Obispo misionero que, despues de tres años de destierro, ha acudido para dar nuevo impulso á la evangelización de su pueblo.

Agreguemos que los medios materiales, cuyo poder ha decuplicado la industria moderna, prometen en todas partes facilidades no esperadas para la acción de los apóstoles de JESUCRISTO, con tal que el celo de todos, lejos de amortiguarse, crezca en proporción de los recursos de que dispone.

Recordando, pues, que el Apostolado de la Oración ha sido, desde el primer día, el auxiliar de la obra admirable de la Propagación de la Fe, pediremos con instancia al Corazón divino que centuple el número y el celo de los misioneros del Evangelio. Nos esforzaremos, por nuestra parte, en ayudarlos de todos modos, especialmente con limosnas siempre más copiosas. ¿ No da la opulenta Inglaterra diez

veces más, para la estéril propaganda de sus bíblías falsificadas y mutiladas, que lo que nosotros hemos dado hasta ahora á nuestros heroicos apóstoles, tan á menudo llamados á fecundar con su sangre los óbolos demasiado débiles de una caridad cicatera? Sobre todo, rogarémos para que al Corazón misericordiosísimo de JESUS lo plazca verter, con abundancia victoriosa, sobre los pobres infieles de los países lejanos, las gracias que convierten y salvan.

Mas lo que debe encender más aún, si es posible, nuestro celo de apostolado, es el ver que, en el mismo seno de nuestra civilización cristiana, el espíritu pagano se va infiltrando un poco por todas partes, identificándose á todo, diremoslo así; en términos que no se exagera al afirmar que "el mundo moderno á pasos largos se vuelve al paganismo."

Sin hacer revivir su grosera idolatría, á él se vuelve por sus pensamientos, por sus afectos, por sus tendencias, por sus palabras, por sus actos. El naturalismo invasor y dominante de la sociedad actual, ¿qué otra cosa es que el paganismo puro? Paganismo mil veces mas condenable que el antiguo, ya que el paganismo moderno es el resultado de la apostasía de esa fe que el paganismo antiguo recibió con tanta alegría, que abrazó luego con tanto amor.

¡ Entre nosotros, pagana la mayor parte de la prensa, pagana con demasiada frecuencia las artes, paganos los teatros, paganas las academias, paganos los más de los periódicos y libros; paganos, ¡ ay! por uno ú otro modo, tantas familias que han desterrado la cruz del recinto de sus propiedades y las paredes de sus salones, que la han quitado quizás de lo que fué oratorio de sus mayores y de lo que es todavía la cabecera del lecho de sus hijos! (1)

El colmo de todos esos males, es que el espíritu de Satanás, servido con demasiada fidelidad por un pueblo de adeptos, ha logrado reconstruir en parte, á nuestra propia vista, ese templo ignominioso de la Bestia de que hablábamos en un principio. Sí, es el mismo templo, descrito por Clemente de Alejandria, el que vemos alzarse en este momento en el centro del mundo oficial, sobre todo del mundo masónico. Sí, el exterior del santuario también se oculta entre ellos, como en Egipto, bajo el manto hipócrita de ciertos "velos de oro". Ellos también hacen brillar á los

(1) Si el mal no ha llegado á ese extremo entre nosotros los couatorianos, nos va invadiendo poco á poco, viniendo en pos de lo que se llama ideas modernas y progreso del siglo.—N. del T.

ojos de machedumbres engañadas las mentirosas palabras de igualdad, libertad y fraternidad, de progreso y razón, de humanidad y virtud. Mas tras esos velos, gradualmente levantados á medida que se efectúa la iniciación, ¿qué muestran á los paganos bautizados que vienen á estas cuevas de perdición á renegar de su bautismo, si no es el espectáculo de esos fantasmas repugnantes, casi desconocidas para los estúpidos idólatras africanos, y que se llaman panteísmo, ateísmo y abyecto materialismo ?

Paganos de la peor especie, en efecto, estos desgraciados apóstatas de nuestras antiguas creencias, porque los paganos de otros tiempos creían en DIOS y no habían abusado de la civilización cristiana. *Corruptio optimi pessima*. Ellos, descendiendo más abajo que los adoradores de los fetiches indios, han llegado hasta á apagar, si se les ha de creer, los últimos reflejos de la razón natural que les pregonaba la existencia de un DIOS remunerador y vengador, la inmortalidad del alma y las responsabilidades de una conciencia libre.

¿ Por qué será menester que á la Bestia masónica, " revolcándose en alfombras de púrpura " los servidores de este idolo, juntamente grotesco y feroz, echen aún cada día, con millares de otras víctimas, las almas de los moribundos que expiran en sus hospitales secularizados, y las de tantos niños que á su ejemplo se hallan ya *sin afecto ni piedad* (Rom. I, 31), porque se les ha dejado como á aquéllos *sin DIOS y sin CRISTO* ? (Eph. II, 12).

Aquí no necesitamos ya repetir las exhortaciones tan apremiantes del Vicario de JESUCRISTO, dirigidas á todo hombre que no ha abjurado por completo la fe. El Corazón del Divino Maestro nos dice bastante alto, que, en presencia de este horrible peligro, y para obtener la conversión de estos desgraciados y de sus víctimas, debemos en adelante poner sin reserva, al servicio del celo apostólico, cuanta fuerza é influencia puedan tener nuestras palabras fortificadas por nuestros ejemplos, y nuestras oraciones ayudadas por la gracia de Dios.

ORACIÓN CUOTIDIANA PARA DURANTE EL MES.

¡ Oh Corazón Divino de JESUS ! Yo os ofrezco, por medio del Corazón Inmaculado de Maria, todas las oraciones, obras y trabajos de hoy, en reparación de nuestras ofensas y uniéndolas á las intenciones con que Vos mismo os inmoláis constantemente en el ara del altar.

Ofrézcoos particularmente, por tantas almas que gimen en las tinieblas de la infidelidad. Dignaos arrancarlos á las supersticiones que las pierden y hacerles hallar, en la práctica de vuestra santa ley, el camino seguro que lleva á la salvación.

EMILIO REGNAULT, S. J.

Traducido expresamente de "Le Messager du Cœur de Jésus"
para *La República del Sagrado Corazón de Jesús*.

INTENCION ESPECIAL PARA EL MES DE NOVIEMBRE.

Por todos los Prelados americanos.



Con aprobación eclesiástica.—Quito, á 4 de noviembre de 1886.



LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

NUM XXVI—TOM. III

NOVIEMBRE DE 1886:

DOS IMPORTANTES DOCUMENTOS.

*Palabras de León XIII respecto del Ecuador
y su altísima significación.*

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia dos importantísimos documentos que en los últimos meses se han cruzado, entre la República del Ecuador y la Santa Sede: los cuales, por su carácter eminentemente social y religioso, deben tener un lugar preferente en esta Revista, consagrada de un modo exclusivo á promover los intereses de la gloria de Jesucristo.

El primero es una carta, que con fecha 21 de marzo del presente año dirigió la República del Ecuador á la Santa Sede, con el objeto de mani-

festarle su absoluta sumisión á la Encíclica IMMORTALE DEI. Estaba concebida en estos términos:

Beatísimo Padre:

Católicos sinceros e hijos de un pueblo católico, cumplimos con el sagrado, y para nosotros gratísimo deber, de manifestar á Vuestra Santidad, pública y solemnemente, nuestra absoluta sumisión á la Encíclica IMMORTALE DEI, cuyas sabias doctrinas y saludables consejos serán, como protestamos, la invariable regla de nuestra conducta, la norma de nuestras acciones y la luz que nos guía y alumbra en nuestra vida pública y privada. Protestamos también sostener, propagar y defender, por cuantos medios se encuentren á nuestros alcances, esas mismas sabias y salvadoras doctrinas.

Rogamos á Dios que conserve la preciosa vida de Vuestra Santidad, que le restituya la libertad de que debe gozar el Supremo Pastor de la Iglesia y que le colme de gracias y bendiciones.

Quito, á 21 de marzo de 1886.

Beatísimo Padre.

Vuestros humildes hijos.

El Vicepresidente Encargado del Poder Ejecutivo, Agustín Guerrero. El Ministro de lo Interior y de Relaciones Exteriores, José Modesto Espinosa. Vicente Lucio Salazar, Ministro de Hacienda. José María Sarasti, Ministro de Guerra y Marina. (Siguen las firmas.)

Entre todas las manifestaciones de adhesión á las sapientísimas enseñanzas del Vicario de Jesucristo, podemos afirmar, sin ninguna exageración, que ésta ha sido la más popular de todas las que ha hecho la República en esta materia, por que to-

Los los ecuatorianos que tienen conciencia de sí mismos, enviaron de todas las provincias á la capital sus nombres, para que fuesen inscritos en dicha protesta; de modo que fué preciso en la publicación de este documento expresar únicamente los nombres de las personas constituidas en dignidad, añadiendo *que se omitían las demás firmas de los ecuatorianos. porque se ocuparían muchos pliegos.*

El segundo documento es la carta del Eminentísimo Señor Cardenal Jacobini, Secretario de Su Santidad, al Excmo. Señor Don Agustín Guerrero, escrita en Roma el 31 de agosto de este mismo año, y publicada en nuestro diario oficial "El Nacional," correspondiente al 28 de octubre último. Dice así la contestación de su Eminencia el Cardenal Secretario de Estado.

Excelencia:

He presentado al Padre Santo la manifestación con que un gran número de católicos de aquella República hacen solemne y absoluta sumisión á las doctrinas contenidas en la Encíclica IMMORTALE DEI, prometiendo adoptarlas por norma de conducta, propagarlas y defenderlas con todas sus fuerzas. Su Santidad, poniendo la vista en las firmas de la sobredicha manifestación, ha quedado vivamente consolado al leer los más preciosos nombres del país, comenzando por el de V. E., los de los miembros del Gabinete y del Poder Legislativo, de los Gobernadores de las provincias, de los Supremos Magistrados, de los Concejos Municipales, de los Profesores de Ciencias y de los personajes de todas las clases sociales, sin hablar de los Obispos y del Clero. El Ecuador ha dado así al Padre Santo el mayor premio que puede desear su cuidado apostólico por el bien de los pueblos. Agradece,

por tanto, Su Santidad y bendice de corazón á cada uno de los que han suscrito aquel importante documento, confiando que ellos obtendrán para su patria los bienes que son el objeto de la doctrina pontificia.

Encargado del Augusto Pontífice, de expresar estos sentimientos, cumplo con gran placer la orden que se me ha dado, y rogando á V. E. se digne ser el intérprete de ellos para cada uno de los firmantes, tengo la honra de suscribirme con los sentimientos de la más distinguida consideración,

De Vuestra Excelencia

Atento servidor.

Roma, 31 de agosto de 1886.

L. Cardenal Jacobini.

La lectura de estos dos preciosos documentos ofrece á todo espíritu juicioso, materia amplísima de muy serias y profundas reflexiones.

Para avalorar todo el mérito de la nota dirigida por el Ecuador al Padre Santo, sería necesario estudiar á fondo las profundísimas y muy sabias enseñanzas de la Encíclica *Inmortale Dei*, las cuales entrañan la más perfecta solución de los más importantes y difíciles problemas relativos á la constitución cristiana de la sociedad civil; ponderar, de una en una, las valientes expresiones en que está concebida la protesta de adhesión del Ecuador á la misma Encíclica, y fijarse en el número, calidad, nobleza, ilustración, probidad, jerarquía, autoridad de los suscritores, quienes, nos consta, dieron sus nombres no sólo espontánea y libremente, sino también llenos de júbilo y entusiasmo religioso, por haber hallado en este acto la más oportuna ocasión de hacer, delante de Dios y de los hombres, profesión explícita, formal y solemní-

sima de su muy leal y acendrado catolicismo.

Hay espíritus ciegos que, envueltos en las tinieblas de la ignorancia ó del error, no pueden elevarse á la inaccesible altura de esa Cátedra sublime, desde donde el Maestro infalible de la Verdad señala á los individuos y á los pueblos el único derrotero de feliz peregrinación sobre la tierra. Hay hombres débiles, que gimiendo en vergonzoso cautiverio de míseras pasiones, ni reconocen, ni proclaman otra libertad que la iusolente emancipación de esas mismas pasiones, roto el yugo natural que les imponen la razón y la fe. Ni los necios, ni los perversos pueden comprender al genuino Intérprete de la Verdad santa. Mas los *hijos de la luz*, los verdaderos conquistadores de *la libertad de los hijos de Dios*, éstos, éstos oyen, y entienden, y estudian, y aman, y practican las lecciones de la Sabiduría que da luz á los ojos y al corazón amor. Por cierto no habrá en la tierra sabio de verdadero nombre, ni persona de corazón bien puesto que no aplauda, celebre y magnifique este acto de completa sumisión y absoluta aceptación que ha hecho el Ecuador; porque nadie puede disputar á un pueblo católico, civilizado y culto, el derecho imprescriptible de ser fiel á sus creencias y profesar hasta sus últimas consecuencias la fe de su bautismo y de su símbolo, que es la base inconvencible de todas sus instituciones y la condición necesaria, imprescindible de su vida social y religiosa. Los pueblos bautizados que no aceptan las doctrinas del Vicario de Jesucristo, precipítanse por el mismo hecho en la corriente asoladora de esa general apostasía que va arrastrando tantos pueblos hacia el abismo de lamentable ruína. El Ecuador, pues, con este acto suyo asegura su existencia misma, su prosperidad y su grandeza moral que debe naturalmente conciliarle el respeto de todas las nacio-

nes, el amor de todos los católicos, las aprobaciones y alabanzas de todos los buenos y las honrosísimas, paternales bendiciones del Maestro universal de los creyentes el actual sapientísimo, Pontífice León XIII.

Nos ha bendecido nuevamente el Padre Santo: estamos de plácemes y enhorabuenas. La magnífica nota dirigida en su nombre por el Eminentísimo Cardenal Secrerario de Estado L. Jacobini al Excmo. Sr. D. Agustín Guerrero, es la más alta y preciosa honra que puede hacer á un pueblo la Autoridad más augusta y veneranda de la tierra. ¿Qué personaje más respetable que el Papa? qué poder más extenso y sagrado que el suyo? qué trono más antiguo y esplendoroso que el Vaticano? Hoy mismo, á pesar de la bárbara opresión en que gime por la negra perfidia de naciones ingratas, reyes poderosos vuelven á Él sus ojos, le hacen árbitro en sus querellas y están pendientes de sus labios para conformarse religiosamente con la equidad y justicia de sus prudentes y sapientísimos fallos. Y ¡cosa verdaderamente maravillosa! mientras malos hijos arrebatan con sacrílega mano á las sienes del Anciano su corona de Rey, como intentó en otro tiempo Absalón con David, otros emperadores y monarcas de pueblos gloriosos se rinden sumisos al ascendiente moral del Pontificado inerte y desvalido, para dar gloria á la verdad, y probar de un modo irrefragable que, por más que hagan las pasiones, nunca lograrán por completo sustituir en el orden moral la fuerza al derecho, la violencia á la razón.

Pues bien, el Pontífice augusto, el Oráculo de la verdad, el Rey poderoso en razón y en derecho, no en violencia y fnerza, toma en sus manos nuestra *protesta*, fija en *todos* nuestros nombres los ojos amublados por prolongado llanto, y volviendo el

semblante sereno al Ecuador le dice de modo que le oigan todos los hombres: *Tu me consuelas. . . . tú me das el mayor premio que puede desear mi cuidado apostólico por el bien de los pueblos. . . . Yo te lo agradezco. . . . yo te bendigo de todo corazón. . . .*

Así como el mayor dolor de Julio César fué ver el siniestro resplandor del puñal de Marco Bruto, el cual le hizo exclamar con moribunda voz: *tu quoque, fili mi!* así también el mayor consuelo de un padre que agoniza, víctima de la violencia de malos hijos, debe ser contar al menos con uno de ellos que le honre, ame y defienda en sus angustias. Concíbese, pues, muy bien que el Padre Santo haya en esta ocasión recibido del Ecuador algún consuelo. Pero lo que no se comprende desde luego, lo que á primera vista parece una hipérbole, es decir el Padre Santo que el Ecuador, adhiriéndose á la Encíclica "Immortale Dei" *le ha dado el mayor premio que puede desear su cuidado apostólico por el bien de los pueblos.* La República del Ecuador *premiando* al Jerarca Supremo de la Iglesia universal, á todo un León XIII! No: esto no se comprende; esto es una hipérbole. Aceptar el discípulo la enseñanza del maestro, cumplimiento es de un deber, no corona ó recompensa de la sabiduría del que enseña. Aceptar un beneficio, es interés del agraciado y no pago que se hace al bienhechor. Parece, pues, que hay aquí una hipérbole. Mas no es así. León XIII en su magnífica contestación nos habla el lenguaje del amor y el lenguaje de la fe.

León XIII ama á todos los pueblos con ternura de madre; y cuando una madre mira en las primeras gracias y en los tímidos pasos de su pequeñuelo recompensados los trabajos y desvelos de la lactancia, llénase de inexplicable júbilo, celebra con la voz y el gesto, y la alegre sonrisa, esas gra-

tias y pasos del infante, y le alienta, y le estimula con palabras nacidas del corazón á dar pasos más seguros y á recrear con más encantadoras gracias el hogar. La palabra de León XIII al Ecuador no es una hipérbole: es el acento de una tierna madre á su pequeñuelo.

León XIII nos habla el lenguaje de la fe. ¿Y qué halla la fe en la adhesión de un pueblo á las doctrinas pontificias? Un efecto maravilloso de la gracia sobrenatural y divina. El Ecuador, aplaudido por todos los buenos en las reiteradas brillantes manifestaciones de su fe nacional, no puede, ni debe contestar otra cosa á sus nobles y generosos admiradores sino aquello del Apostol de las gentes: *Gratia Dei sum id, quod sum*: soy lo que soy por la gracia de Dios. Merced á su consagración oficial y pública al Divino Corazón de Jesucristo, este Verbo encarnado ha tomado posesión de su territorio, le ha como envuelto en una luminosa atmósfera de verdad, y las inteligencias de los ecuatorianos, como imantadas sobrenaturalmente, se vuelven de un modo espontáneo y en virtud de un secreto instinto de fe, hacia el Norte único de la Verdad suprema, para espaciarse en los dilatados, infinitos horizontes de la Sabiduría eterna abiertos á las humanas generaciones por Cristo y por la Iglesia.

Gratia Dei sum id, quod sum. Sí, la evidencia de los hechos nos está manifestando que sólo el Corazón de nuestro Divino Redentor es quien conserva en esta República la unidad de las creencias y la inviolabilidad de la fe. Él ha puesto en muy seguras manos la educación é instrucción primaria de la infancia de uno y otro sexo. Hermanos de las Escuelas Cristianas, establecidos en toda la extensión del territorio; Hermanas de la Caridad, de los Sagrados Corazones, de la Providen-

cia, del Buen Pastor, &c. todos, todos son factores de la civilización cristiana de este pueblo. Apenas despierta un niño á la vida de la razón, comienza á estudiar y practicar la moral sublime del Evangelio, y adquirir un conocimiento íntimo de Jesucristo. Los programas de enseñanza de estos acreditados maestros dominan en todas las escuelas de la República, y se observa en todos los pedagogos seculares muy marcada tendencia á informar del mismo espíritu todos sus establecimientos. Toda la juventud estudiosa está confiada á profesores en quienes compiten la ciencia y la fe, la especulación de la verdad y la práctica del bien. Nadie bebe aquí de aguas cenagosas, sino de corrientes cristalinas que pasando por el arcañuz de la revelación divina, apagan la sed inquieta de saber, sin trastornar la mente, ni envenenar el corazón. Es cosa ciertamente plausible y consoladora el observar cómo, aun en discursos puramente académicos, en solemnidades profanas, si se quiere, cada joven literato convierte, cuando menos se espera, la tribuna en cátedra severa de la verdad *netamente* católica. Parecen inteligencias que no aciertan á hablar sino de Dios, de Cristo, de su Iglesia. El anciano y el sacerdote oyen á nuestros jóvenes con respetuosa admiración; los jefes y magistrados de la República escúchanlos con silencio, y dicen para sí:—“No, no es posible gobernar este pueblo sino bajo la sombra de la Cruz.”—*Gratia Dei sum id, quod sum.*

Esto escribimos para gloria de Cristo, no para honra nuestra. Esto escribimos para enseñanza práctica de los católicos que tan generosamente nos aplauden y celebran. ¿Aspiran ellos en sus patrias al triunfo de la soberanía social de Jesucristo? Hagan ellos lo que hace *la República del Sagrado Corazón.*

X.***

**Pastoral del Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito, sobre
los peligros del teatro.**

NOS, JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, & c. & c.

A LOS FIELES DE LA ARQUIDIOCESIS.

Hijos carísimos en Nuestro Señor Jesucristo :

Siempre que os hemos dirigido nuestras cartas pastorales lo hemos hecho con el más grande gozo de nuestra alma, porque vuestros corazones fecundados por la piedad, y vuestra mente robustecida por la fe cristiana, son campo á propósito para recibir la semilla de la verdad, enseñada por Cristo Nuestro Señor, y derramada en el mundo por ministerio de los Obispos y sacerdotes; porque tenemos el convencimiento de que nuestra palabra, no por nacida de nuestra humilde persona, sino por ser la misma que ha enseñado el Espíritu Santo á los hombres, la recibís con la veneración propia de almas que creen en aquello que dijo Jesucristo dirigiéndose á los Apóstoles, y en ellos á nosotros: "El que á vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia á mí me desprecia." Sí, amados hijos, oyendo á vuestro Obispo, oís al mismo Jesucristo, á la Verdad Eterna. Ella nos encargó conservar en el mundo maligno y tenebroso, la luz bajada del cielo; nos impuso el deber de conservar, en cuanto fuere posible, inmaculadas

vuestras almas en medio de la corrupción del siglo ; nos manda predicar la cruz en medio de los placeres, el sacrificio cuando el egoísmo se cierne por todo el mundo, la detestación del mundo aun cuando éste se rodee cada día de nuevos encantos y seducciones ; sí, la misma Verdad nos impuso el deber de parecer locos á los ojos de los sabios de la tierra, bárbaros en presencia de la falsa civilización y de predicaros á vosotros la locura de la cruz y la barbarie del cielo.

Sois cristianos, y no gentiles : ¡ bendito sea el Señor Dios que os predestinó para tan altísima honra ! Estáis, por lo mismo, persuadidos, amados hijos, que cuanto se opone al espíritu de Cristo, es digno de vuestra reprobación, aun cuando tenga apariencias seductoras ; y que para vosotros es prohibido, digan lo que quiera griegos y romanos, filósofos y poetas, lo que es contrario á la solemne palabra que disteis en el bautismo de seguir en todo las severas, pero altas, pero esencialmente civilizadoras enseñanzas del cristianismo. Mas, hemos llegado á saber que muchos de vosotros que jurasteis la ley de Cristo habéis empeñado, ó estáis á punto de empeñar vuestra palabra, para un compromiso enteramente mundano y opuesto de todo en todo á la profesión de cristianos que habéis hecho. Hemos llegado á saber que se trata de dar principio á una serie de funciones teatrales, y que ¡ oh dolor ! muchos de aquellos á quienes respetamos por su fe andan de apóstoles de esta invención arrojada al mundo desde el fondo mismo de los tenebrosos abismos. Bien creemos que los tales no proceden en este caso con los ojos abiertos y que el aire corrompido del siglo les ciega para que no vean la oposición manifiesta que hay entre esa clase de espectáculos y su profesión de cristianos. Si lo viesen ¡ cómo andarían pregonando la excelen-

cia del teatro? Mas la desventura de estos tiempos ha llegado á tal extremo, que á pesar de que la doctrina de Cristo es tan clara y la del mundo tan tenebrosa, con todo hallan muy conciliables la una con la otra; tan conciliables, que se proponen unir la malignidad y carnalidad terrenas con la pureza y santidad celestiales; tan conciliables que creen que exaltando á la carne, pueden ser discípulos de Aquel que vino á enseñar la servidumbre de ésta para dar libertad al espíritu. Para vosotros, amados hijos, son ciertas estas palabras del Apóstol San Pablo: "La prudencia de la carne es muerte, mas la prudencia del espíritu es vida y paz. Porque el saber de la carne es enemigo de Dios, puesto que no está sujeto á la ley de Dios ni puede estarlo."

Muchos y buenos cristianos talvez se habrán asustado y tenídonos por exagerados cuando dijimos que el teatro era una invención arrojada al mundo desde los abismos. En el teatro, amados hijos, podemos considerar varias cosas, la composición dramática, su representación y las circunstancias que le son anexas. En cuanto á la composición dramática, como tal, no la reprobamos, ni podemos reprobarla por sólo su forma y el arte empleado en escribirlo. Por sí el género dramático, como todo otro género literario, es indiferente; puede servir para lo bueno y para lo malo. Mas no tratamos de esto, sino de si las composiciones dramáticas que existen y que se representan, son por lo general opuestas al espíritu cristiano, esto es, si el teatro cual se lo tiene en el mundo está encaminado á corromper las almas cristianas. Os aseguramos, pues, amados hijos, que las obras dramáticas, con pocas excepciones, aún aquellas mismas que se nos dan como inocentes y castas é instructivas, lejos de

poner en los corazones alguna semilla de virtud, ahogan la que depositó en ellos la mano solícita de la madre apoyada por la fuerza de la gracia divina. En efecto, amados hijos, desde que se principió á cultivar en los pueblos paganos este género de literatura hasta hoy, con una corta interrupción, los dramas han tenido por materia las pasiones más incendiarias del corazón humano. Y no se las saca con lo horroroso é inmundo que de sí tienen, sino con colores simpáticos, disfrazadas con manto de virtud, y de modo adecuado para excitar la admiración y el amor hacia ellas. A vosotros cristianos de buena fe y que tenéis conocimiento del teatro os preguntamos: ¿no es esta la verdad? ¿no es cierto que la pasión del amor, con un cortejo de venganzas, de celos, de arrebatos, de dobleces y simulaciones, es lo que principalmente forma el tejido de las composiciones dramáticas? Sí, la pasión del amor que, si bien tiene para la naturaleza humana, después de la caída de Adán, tantos atractivos, encierra también tantos males cuantos son los que andan por el mundo desgarrando la virtud, atropellando las leyes naturales, turbando los pueblos y naciones. Mas, dirán algunos, ¿acaso hemos de matar ese amor que la misma naturaleza ha puesto en la especie humana? No lo matéis, amados hijos, los que no habéis nacido para vida de ángeles; pero en todo caso es menester dirigirlo con los severos dictados de la razón, porque de lo contrario luego reduce á cenizas todo lo recto, todo lo noble, todo lo santo que se puede encontrar en el corazón del hombre. Y los teatros no son capaces de comunicarle esa fuerza sobrehumana que se necesita para someter la carne á la ley del espíritu: al contrario, él sirve poderosamente para ensoberbecer la parte baja y sensual, porque no se le habla en el teatro de leyes de razón, sino de los arranques de

la pasión ; pues, como dice Juan Jacobo Rousseau, todo sale á la escena menos la razón ; y si la belleza y la virtud dependieran del arte, hace mucho tiempo que, según el mismo, el dramático las hubiera dejado en ruinas.

Algunos creen que porque ordinariamente las comedias, aunque tratan de amores, lo hacen encaminándolos al matrimonio no son malas. Oíd á este respecto á un sesudo escritor que dice lo siguiente :

“ Se dice que las pasiones que se representan en los dramas son legítimas porque tienen por objeto el matrimonio ; mas aun cuando el matrimonio use bien de la concupiscencia, ésta sin embargo es mala por sí misma ; conserva siempre alguna cosa de desarreglado que le es propia. Se debe, pues, mirarla como el efecto vergonzoso del pecado, como una fuente emponzoñada que nos mataría si Dios no nos ayudase á contenerla. De cualquiera manera que los espectáculos la doren, por apariencias de honestidad con que la revistan, es siempre la concupiscencia de la carne, que San Juan prohíbe hacerla amable, ya que prohíbe amarla. Lejos de excitarla en sí y en los otros, es preciso hacer esfuerzos constantes para contenerla dentro de los límites que la razón y la religión le han prescrito. Tan pronto como se deja de combatirla y que se busca lo que la incita y lisonjea, rompe todos los lazos que la contenían ; entonces ya no conoce límites ; por esfuerzos que se hagan para quitarle eso que tiene de grosero y de ilícito, si bien se alcance á ocultarlo, nunca á separarlo del todo, porque le es inseparable. Lo que tiene de grosero causaría horror si se lo mostrase ; pero la diligencia con que se lo oculta atrae la voluntad de una manera más delicada y es mucho más peligrosa cuando se la presenta depurada ; porque entonces el espíritu la mira

con menos precaución, la recibe con menos horror y el corazón se deja atraer con menos repugnancia. . . . La representación de un amor legítimo y la representación de un amor que no lo es, causan el mismo efecto y excitan las pasiones de la misma manera. Esta pasión como todas va siempre tras su objeto propio, y sólo excita la sensualidad.”

No podemos después de esto, y inucho más que hay que decir, dejar de compadecer con toda nuestra alma á aquellos padres de familia que llevan á sus hijas al teatro. ¡ Pobres de ellos ! . En el juicio que les hará Jesucristo les tomará cuenta del pudor de ellas, de esa joya divina con que quiso Dios engalanar la frente virginal de las niñas. ¿ Cómo han de quedarse pudorosas viendo ya en acción y á lo vivo las sutilezas del amor, los artificios de los amantes, oyendo las dulzuras y requiebros de los enamorados ? Si ellos fuesen tan castos como los de Isaac y Rebeca, con todo esos corazones juveniles se sentirían agitados, sus almas inquietas y anhelosas por llegar á ser el sujeto de esas dichas que, si bien poco honestas, van revestidas de encantadores atractivos. Y estos encantos producidos por la representación misma se aumentan por el cúmulo de circunstancias que le acompañan : las miradas apasionadas de jóvenes que en verdad aman ó fingen amar ; las melodías de la música compuesta para retratar los arranques de las pasiones ; la claridad de las lámparas cuyos rayos van á quebrarse en el rostro de las vírgenes resplandecientes con las piedras preciosas, notables por la gracia y donosura ; el aire mismo del teatro, embalsamado con los ámbares y esencias olorosas ; los cortejos de los concurrentes sazonados con galanterías mas ó menos delicadas ; todo, todo contribuye á dar paso libre á los antojos de la sensualidad. Pobres niñas, os lle-

vani como á las antiguas víctimas adornadas primorosamente, á degollaros en las aras de la concupiscencia. ¡Y vosotras inocentes, ignorantes de la desventura que os aguarda vais contentas al lugar del sacrificio! Pobres niñas! vais con blanca y deslumbradora pureza y salís empañadas, con la frente sombreada ya por las nubes tempestuosas de las pasiones!

Oíd á vuestro Obispo, amados hijos, y no seáis vosotros mismos los verdugos de vuestras carísimas hijas. Y si el augusto ministerio que investimos no tiene poder bastante para convenceros, escuchad á un dramático que no es tímido, y á quien no le importan nada las leyes de Cristo. Dumas, hijo, dice: "Jamás debiera llevarse á una hija al teatro, porque es inmoral, y no sólo vista la pieza dramática sino el mismo local. En donde quiera que se pone de manifiesto el hombre hay cierta desnudez que no debe exponerse á todas las miradas, y en el teatro, aun en el más bien educado, abundan tales exhibiciones. Allí nosotros tenemos que decirnos cosas que las muchachas no deben oír. . . . Entiéndase bien que siendo el teatro la pintura ó la sátira de las costumbres, ya que son inmorales éstas, no puede dejar de serlo aquel." Sí, el teatro es inmoral; lo ha dicho uno de aquellos espíritus fuertes, un hombre *civilizado* y *progresista*. Y como inmoral, debe ser, según él, prohibido absolutamente para las jóvenes. Oíd otra vez al mismo Dumas: "A nadie convidamos para que venga á oír nuestros dramas. . . . Los escribimos y los hacemos representar cuando le place al empresario, y venga quien viniere. A nadie se obliga. En cuanto á las mujeres no tenemos necesidad ciertamente de invitarlas: vienen de por sí y tienen razón: encuentran aquí más fácilmente quienes se ocupen en ellas. En cuanto á las hijas varía la cuestión. Nun-

ta las convidamos: no hay avenimiento posible entre nosotros y esas almas delicadas que sólo deben recibir ejemplos y lecciones de la familia y de la religión. Tanto debemos prescindir nosotros de ellas, como ellas de los autores dramáticos. En una palabra, (y es hombre de teatro quien os habla) no conviene que llevemos á él nuestras hijas. ¿Y sabéis por qué me expreso con tanta franqueza? Por que respeto todo lo respetable. Respeto demasiado á las jóvenes para invitarlas á que me oigan lo que á mí se me viene decir, y respeto mucho mi arte para decir lo que ellas pudieran oír."

Algunos podrán decir que así se expresa Dumas porque sólo hablaba del teatro francés, mas no del español. Mas recuérdese que él no excluye de su reprobación los teatros *más bien educados*. Y si esto no basta, leed á Larra, español distinguido, quien dice que es falso que el teatro corrija las malas costumbres y destierre los vicios, porque el colorido sublime y apasionado con que en el teatro se los reviste, no será jamás el medio para infundir en los hombres horror al mal. Los celos, dice él, que en el Oteló del mundo son siempre reprobables, están por lo menos disculpados en el teatro con el exceso de la pasión.

Sobre todo esto que para un cristiano debe ser de gran peso, porque le está poniendo por delante cuán apartados se hallan los teatros del espíritu que debe animarlos, hay otras razones todavía no menos fuertes y que deben inducir á todo hombre de sana razón á reprobos los teatros.

Una de las cosas seriamente condenadas en las santas escrituras es el lujo, porque no sólo corrompe las costumbres sino que arruina los elementos de la prosperidad temporal. ¿Y quién puede negar que el teatro es un estímulo poderoso para promover el lujo? Es indispensable en las

personas que van al teatro, especialmente las señoras, presentarse en él con los trajes más preciosos, las composturas más delicadas, joyas de gran valor, cosas todas que requieren expensas considerables, superiores según creemos á las fuerzas de la generalidad de los espectadores. Y no llevéis á mal, amadísimos hijos, que os hablemos con esta sencillez y claridad, porque en ello no sólo buscamos vuestro bien espiritual sino también el temporal, vuestra verdadera honra que consiste no en engalanar á vuestras hijas con joyas de gran valor, sino en ser rectos, justos y probos. Mas ¡qué cerca se halla de ser injusto y fraudulento el hombre que gasta en ostentaciones indiscretas más de aquello que puede reputar como sobrante de sus rentas! Cuán cerca de la ignominia! La honradez y probidad son compañeras de una decente economía, y ésta madre de una amable prosperidad. Ahora que hay tanta escasez de numerario, tanta dificultad en las transacciones, tan pocas utilidades en los negocios y tantas pérdidas y quebrantos en muchos de ellos, ¿será prudente que un padre juicioso desperdicie una suma considerable en cosa inútil, y sobre esto pernicioso? Por lo que se nos ha dicho, entendemos que la temporada del teatro costará á cada familia por lo menos mil pesos, esto es un capital que pudiera invertirse productivamente para satisfacer necesidades reales y tal vez compromisos de justicia. Sed prudentes, amados hijos, no sea que el gozo se convierta en llanto para muchos de vosotros, la vanidad en afrenta y la paz de vuestros hogares en inflamada guerra.

Toda institución debe ser acomodada á las necesidades, educación y carácter del pueblo donde se la va á introducir. Una de nuestras imperiosas necesidades es propender á rectificar este carácter general nuestro, indolente, inconstante, ligero, fal-

to de peso para juzgar y decidir, tan pronto á comprometerse como á faltar á sus deberes. Mas el teatro en todo tiempo ha producido como efecto suyo muy principal la relajación de los caracteres: afloja, afemina, enerva las fuerzas del alma, porque acostumbra á vivir de ficciones y fantasías, de sueños amorosos, de pensamientos trágicos, en suma, sustituye en la mente y el corazón del hombre la vida de la imaginación á la de la razón. No hay pasión más fantástica y que más relaje la virilidad de los caracteres que la pasión amorosa; y digamos para nosotros, amados hijos, no hay pueblo más ocasionado al amor que el nuestro: la dulzura de vuestro carácter, la blandura de vuestras palabras, vuestras esmeradas cortesías y cierta confianza general que hay entre vosotros nacida de la estrechez del lugar, de las antiguas relaciones de parentesco, de la naturaleza misma de las habitaciones y de cierta generosidad y franqueza de corazón, sirven de pábulo á los afectos amorosos y cautivan fácilmente los corazones. Si á estas condiciones propias vuestras añadís, pues, el influjo que para eso tiene el teatro, os aseguramos que vuestra perdición será sin remedio. El teatro arrancará de este pueblo generoso esos rasgos de valor heroico que hasta ahora le han distinguido, enterrará su fe en el fango de la concupiscencia, le despojará de su humanidad característica y proverbial; en suma, de ese conjunto de virtudes por las cuales, sin duda Dios Nuestro Señor le ha preservado de tantas desgracias.

Necesidad nuestra actual es la de formar hombres para la vida pública, mujeres para el hogar doméstico, ciudadanos probos y justicieros que busquen sólo el interés de la patria y que la salven de los peligros que á lo lejos la amenazan. Y ciertamente el teatro, lejos de satisfacer

á estas necesidades, no os dará sino hombres superficiales, jóvenes disolutos, mujeres livianas, enemigas de los cuidados de la familia, declamadoras que hostiguen, heroínas de tragedia.

Además, ni las circunstancias de la República, ni el tiempo en que se van á dar estas funciones teatrales se han consultado en esta ocasión, para traernos á toda costa esos sujetos que vienen en son de daros momentos de indecible felicidad. El tiempo, amados hijos, si sois cristianos como lo decís, es el de Adviento, de esas semanas destinadas por la Iglesia á preparar las almas para la conmemoración del clarísimo día en que alumbró á la tierra el Sol de Justicia, de ese día en que dió principio la benignidad de Nuestro Salvador á la vida mortal y pasible para conquistar para nosotros la vida inmortal y gloriosa.

Las circunstancias de la República no son para que los buenos ciudadanos olviden en medio de los placeres del teatro los peligros de la patria. ¿Quién los ignora? No sea que á vosotros os acontezca lo que á Baltasar: morir entre la algazara de los festines.

En vista de lo que os hemos expuesto, sin mas interés que el de vuestras almas y el de vuestras familias, no dudamos, amados hijos, que vosotros tan cuerdos y cristianos, habéis de reprobarnos con toda vuestra alma lo que nosotros reprobamos y que han reprobado siempre los verdaderos siervos de Cristo. Si hasta aquí para esta ciudad ha sido timbre de gloria el portaros como verdaderos católicos, no hay razón para que ahora, por una gota de placer tan transitorio y que después de probado deja tanto amargor en el alma, os olvidéis de lo pasado, de vuestras tradiciones y de la altísima honra que os ha cabido en el mundo de ser los que habéis conservado más vivo el espíritu

católico. Os rogamos, pues, y os encarecemos con toda nuestra alma, que escuchéis nuestros avisos, seguros de que siguiéndolos os libraréis de imponderable responsabilidad en el juicio de Dios, y le obligaréis á que os dé cuantas gracias son necesarias para conseguir la eterna bienaventuranza. Os damos, con todo afecto, nuestra bendición pastoral.

Mandamos que estas letras sean leídas en todas las iglesias en la misa de más concurrencia, el domingo siguiente al en que las recibieren los Rectores de ellas.

Dada en Quito, en nuestro Palacio arzobispal, á 4 de noviembre de 1886.

✠ JOSE IGNACIO,

ARZOBISPO DE QUITO.

Pastoral de despedida del Ilmo. Señor Arzobispo,

NOS, JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, &. &.

*Al Venerable Clero Secular y Regular y á los fieles
de la Arquidiócesis, salud y bendición en Nuestro
Señor Jesucristo.*

Amadisimos hijos en el Señor:

Por buscar la satisfacción de algunas necesidades impetuosas de nuestra Arquidiócesis y especialmente de esta ciudad, hemos resuelto salir para Europa el 12 de los corrientes. No podíamos, pues, partir sin deciros una palabra de despedida, y por esto os dirigimos esta breve Carta Pastoral,

No nos vamos sin inquietudes, amados hijos, porque siempre hay que temer de la vigilancia y actividad de Satanás nuestro enemigo, que asecha el momento en que el rebaño queda, aunque sea temporalmente, sin su pastor, para redoblar sus esfuerzos y causar mayores daños; pero tales temores se nos disminuyen al considerar vuestra fe y los testimonios tan repetidos que habéis dado de inquebrantable adhesión á nuestra madre la Santa Iglesia. En esto y en el poderoso apoyo del Santísimo Corazón de Jesús, Patrono de la República, nos fundamos para creer que á nuestro regreso, hallaremos más florecientes las virtudes y sin mengua esta clarísima reputación que tenéis de ser los mejores católicos y los más sinceros cristianos. Tentaciones no faltarán, amados hijos, y talvez muy recias y tenaces; pero si no descuidáis de acudir á Jesucristo por intercesión de María Santísima, del Patrono de esta ciudad San Francisco de Asis, y de la Beata Mariana de Jesús, tened seguridad que saldréis triunfantes de todas ellas y cargados de mayores merecimientos. Mas es preciso que recordéis que no basta la oración para evitar el pecado: también es necesario huír de las ocasiones; porque sin esto vuestras súplicas serán vanas y no llegarán al trono del Señor. Ocasión muy peligrosa es aquella de que os hablamos en nuestra anterior Pastoral: tan peligrosa que si no huís de ella, á nuestra vuelta no se hallarán vuestras almas como ahora: si hoy están en gracia, es muy probable que la llegarán á perder, y si en pecado, vuestra conciencia á causa de esos espectáculos estará sobremanera gravada y en cierta impotencia hasta para desear la purificación. Os volvemos, pues, á rogar amados hijos, evitéis cuidadosamente esa red que el mundo y Satanás os están tendiendo para dar en tierra con vuestras almas. Y á fin de que el Señor os dé la gracia necesaria para sobreponeros á esa tentación, en nuestro viaje y cuando Nos hallemos en la tumba de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, rogaremos encarecidamente á Dios por intercesión de ellos, que ilumine vuestras mentes y fortifique vuestra voluntad, para que os guardéis de todo lo que pueda manchar la preciosa vestidura de la gracia. Con este mismo objeto pediremos también á Nuestro Santísimo Padre que os dé una bendición especial. Y así como Nos os llevaremos en nuestra memoria y en nuestro corazón, os suplicamos encarecidamente, amados hijos, elevéis vuestras oraciones á Jesucristo Nuestro Señor, para que Nos acompañe con su gracia y favores durante nuestro penoso viaje.

Os rogamos, amados hijos, tengáis esta Carta por despedida personal, pues la urgencia con que hemos tenido que

Salir, Nos ha impedido pasar Nos mismito á vuestras casas á daros nuestra bendición como lo deseábamos; pero no por esto es menor el afecto con que ahora os la enviamos á todos y á cada uno de vosotros, así como para vuestras casas y cuanto os pertenece.

• Dada en Quito, en nuestro Palacio arzobispal, á 8 de noviembre de 1886. •

† JOSE IGNACIO,

Arzobispo de Quito.

SEGUNDA CARTA DE ESPAÑA.

Recuerdos de Santa Teresa de Jesús.

Con mucha razón me piden ustedes que les refiera algo acerca de los recuerdos que se conservan de Santa Teresa; en la tierra que tuvo la felicidad y la gloria de ser cuna de la santa. ¿Era posible venir á España y no hacer una peregrinación especial á los lugares santificados por Santa Teresa? ¿Cómo no buscar de propósito los recuerdos de la amante fervorosa de Jesucristo, ahora cuando tanto se obstina el siglo en blasfemar de Nuestro Redentor? . . . He buscado, pues, las huellas de Santa Teresa; he investigado sus recuerdos: mi devoción está satisfecha. Ahora, dejando aparte las memorias de la santa, que se conservan en Córdoba, Toledo, Madrid, Alcalá de Henares y Medina del Campo, les hablaré tan sólo de mi visita á Avila, la ciudad de su nacimiento, y á Alba del Tormes, el lugar donde está su sepulcro y donde se conservan su cuerpo y su corazón maravilloso.

El viaje de Madrid á Avila no deja de presentar algunas molestias, relativas se entiende, atendida la comodidad de que se disfruta actualmente en viajes y caminos. Eran pasadas las doce de la noche cuando llegué á Avila: las calles de la ciudad estaban completamente en silencio, y aun se sentia un poco de frío, con estar en julio y en los primeros días de la canícula. Tan embebido iba yo en los recuerdos de Santa Teresa al llegar á Avila, que recibí una sorpresa brusca y desagradable oyendo de pronto, muy cerca de

mi; algunas de esas palabras desnudas y obscenas, que tan frecuentes son, por desgracia, en boca del pueblo español: aquel golpe, dirélo así, me hizo recordar que estábamos muy en este mundo; y ya no pensé más que en la posada, donde había de descansar lo restante de la noche:

Al día siguiente por la mañana, mi primera visita fué al convento de San José, el primero de Carmelitas descalzas que fundó Santa Teresa.

El convento se halla actualmente en el mismo sitio en que fué fundado por la santa, á un extremo de la ciudad, fuera de las murallas y en un verdadero arrabal de la población. La iglesia es sencilla y pequeña, sin tener nada de suntuoso ni de notable: principi6se en los días de la santa y se concluyó años después. El convento, á poco menos, se conserva como estaba cuando habitó allí Santa Teresa, cinco años seguidos, "los más descansados de su vida, y cuyo sosiego y quietud echaba harto de menos su alma," en los trabajos de las fundaciones.

En el mismo atrio de la iglesia, á la mano derecha, se conserva todavía en el mismo estado la primitiva capillita que sirvió de iglesia, cuando la fundación del convento: es tan reducida y pequeña que, yo no hallo con cual de las de Quito poder compararla, á no ser con una de Nuestra Señora del Rosario, que había en el barrio de la Tola. Cuando San Pedro de Alcántara vió la capillita y el convento, exclamó: "Esta es verdaderamente casa del Señor San José, porque esto me recuerda el hospicio de Belén." La pobreza y estrechez del primer convento de Carmelitas descalzas encantaban y llenaban de devoto entusiasmo al admirable San Pedro de Alcántara.

¡Qué de trabajos! ¡Cuántas contradicciones padeció la santa, para poner por obra la fundación de este su primer convento! ¡Mas cuál no fué la alegría de su alma el día en que lo vió fundado!... *Fué para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento*, nos dice ella misma. Esto fué el día de San Bartolomé del año de 1562: dos años después, terminadas, por fin, las persecuciones que le suscitaron por la fundación del convento, cuando le fué concedido permiso de volver á su anhelado retiro, antes de entrar á la clausura, vino primero á la iglesia, y arrodillada aquí, en el suelo de esta humilde capilla, mientras daba gracias á Dios, tuvo aquel arrobamiento, en que vió que Nuestro Señor la coronaba, agradeciéndole lo que había hecho por gloria de la Virgen su Madre.

En este convento se guardan, entre varias otras reliquias de la santa, dos libros impresos, en que ella solía leer á me-

nudo, y son *Los Morales de San Gregorio Magno sobre Job*, y el *Abecedario espiritual*: entrambos están llenos de señales y de llamadas puestas de mano de la Santa con pluma á los lugares que, sin duda, le impresionaban más. Las señales consisten en crucecitas hechas al margen; en rayas, con que se hallan testadas algunas cláusulas; y en líneas, que encierran un pasaje entero (1).

Entré á la portería descoso de hablar con las religiosas: llamé al torno, y la hermana tornera hubo de preguntarme necesariamente quién era yo: díjele que era sacerdote, que iba de América y que era nativo de la tierra de don Lorenzo de Cepeda y de Teresita de Jesús. Al darle yo estas señales: ¡ay!...; de Quito!!... exclamó sorprendida la religiosa, manifestando así que no le era ignorado el nombre de nuestra ciudad natal, merced á las relaciones de la familia de Santa Teresa con nuestra patria. Aquí, en nuestra iglesia, está enterrado el hermano de nuestra santa Madre, me añadió la religiosa: y, en efecto, allí en la iglesia visité el sepulcro de don Lorenzo de Cepeda: está adosado al muro izquierdo de la capilla de San Lorenzo, construida á sus expensas; y sobre la lápida se lee el sencillo y breve epitafio, que Santa Teresa puso á su bueno y predilecto hermano. En una sepultura de la misma capilla, al pie casi del altar, están los restos mortales de los padres de la Santa, años después de la muerte de ésta sacados del cementerio común y traídos á la capilla, donde reposaban los de su hermano.

Existe todavía el convento de Agustinas, llamado *Nuestra Señora de Gracia*, donde estuvo Santa Teresa algún tiempo como educanda y del cual fué capellán Santo Tomás de Villanueva.

El convento de la Encarnación es, á no dudarlo, uno de los más célebres de la Iglesia Católica. Allí vistió Santa Teresa el hábito de carmelita: allí profesó y allí vivió y

(1) Reliquias de Santa Teresa que he venerado en el convento de San José de Avila.

Un hueso, que me pareció el de la clavícula.

La correa, con que iba ceñida.

Los dos libros, de que acabo de hablar.

Un jarrito de barro, que le servía para beber agua.

Un pañito de lienzo empapado en sangre. Esta sangre era la que seguía á la transverberación, que más de una vez causó á la santa vómito de sangre.

Un tamborcillo.

Un par de siibatos. Estas prendas servían para solemnizar, en horas de recreación, la fiesta del Nacimiento del Niño Dios.

se santificó durante treinta años, recibiendo de la mano de Dios gracias y beneficios espirituales asombrosos.

Ocupa el convento una extensión considerable en la parte baja de la ciudad, á un extremo de ella, en el campo, casi completamente apartado de poblado. Santa Teresa, que además del sublime don de la contemplación, poseía una alma dotada de un sentimiento estético delicadísimo, celebra la situación hermosa y pintoresca de su monasterio, diciéndonos que "le aprovechaba mucho ver campos, agua, flores, porque en esas cosas hallaba memoria del Criador, y la despertaban y recogían y servían *como de libro*"... Yo tendí mi vista en todas direcciones, ansioso de leer las grandezas divinas en ese mismo libro, en que tanta materia de meditación había encontrado el alma contemplativa de Santa Teresa. Las extensas y uniformes llanuras de Castilla se dilataban hasta perderse en el horizonte á las faldas del Guadarrama: era la hora, en que principia á soplar el viento, después del mediodía: las mieses estaban agavilladas en las éras, los rastrojos amarilleaban á lo lejos, y uno ú otro torbellino de polvo se levantaba, de cuando en cuando, en los caminos enturbiando por un momento el diáfano cielo de verano; ni había más rumor que el misterioso de los viejos árboles del monasterio, cuyas copas se balanceaban con el viento. Un poco me detuve contemplando este panorama, antes de llegar al monasterio.

La ciudad de Avila ocupa una posición particular, pues parte de ella está situada en una eminencia, y parte en lo bajo hacia entrambos lados: la parte alta conserva todavía intactas sus murallas, y dentro de su recinto se halla lo más antiguo de la población; andando los tiempos, fueron edificándose muchas casas é iglesias fuera de los muros, con lo cual se vino á formar una nueva ciudad, al rededor de la antigua. El convento, como edificio, no tiene nada, absolutamente nada, de notable: lo que lo hace famoso es la memoria de Santa Teresa de Jesús.

En tiempo de la Santa vivían en el convento más de cien monjas, circunstancia que obligaba á tener más de un locutorio, ó, mejor dicho, varias rejas separadas en el mismo locutorio: ahora el número de religiosas es muy reducido, pero la porteria, el torno y los locutorios se conservan en el mismo estado, en que se hallaban en los días de la Santa. Por esa porteria atravesó muchas veces: en uno de esos locutorios fué reprendida severamente por Nuestro Señor, que se le apareció allí atado á la columna, echándole en cara su tibieza: allí mismo fué aterrada por la presencia del demonio, en figura de asqueroso zapo: en otro de esos locu-

torios estaba un día hablando con San Juan de la Cruz acerca del adorable misterio de la Santísima Trinidad, y fueron ambos arrebatados en éxtasis: en el locutorio alto conferenció con San Pedro de Alcántara y con San Francisco de Borja acerca de la Reforma del Carmen, que Dios le había mandado llevar á cabo. Unos cuadros pequeños, puestos en el lugar en que cada uno de estos hechos sucedió, lo recuerda al que visita el monasterio.

De la iglesia nada hay que decir, considerándola desde el punto de vista artístico; pero cada una de sus partes, ¡cuántos devotísimos recuerdos no inspiró á mi alma!!... En el altar mayor celebró muchísimas veces el Santo Sacrificio San Juan de la Cruz, mientras fué capellán del monasterio: en una de sus tribunas tuvo el santo la célebre visión de Nuestro Señor Crucificado (2): en el coro alto, en el coro bajo, durante treinta años, oró Santa Teresa: en el comulgatorio tuvo las admirables revelaciones con que el Señor la regalaba con frecuencia después de recibir la Divina Eucaristia... ¡Oh la Encarnación de Avila es verdaderamente un santuario! Pocos lugares habrá tan venerables como este monasterio: todo en él inspira devoción!

A la izquierda de la iglesia está la celda en que vivió Santa Teresa, ahora convertida en capilla. Cuando demolieron la antigua celda, para edificar en su lugar la capilla que hay al presente, se oyeron voces misteriosas que decían: *La tierra que pisáis es tierra santa!* Santa era en verdad aquella celda: allí fué donde más de una vez el Angel traspasó el corazón de la Santa con un dardo de oro encendido: ese lugar fué testigo de grandes maravillas, de virtudes heroicas, de visiones extraordinarias, que transformaron en un cielo la pobre celda de la humilde carmelita de la Encarnación (3).

(2) Se guardan en el monasterio el cáliz, con que celebraba la misa San Juan de la Cruz y la estampa de Nuestro Señor crucificado que dibujó á pluma el mismo Santo después de su visión: las religiosas quisieron ponerme el cáliz del santo para que celebrara el Sacrificio, pero confieso que no condescendí, porque me dió horror de tomar yo en mis manos para la misa el cáliz, con que la había dicho el Santo. Pero, ¡y no tomaba yo el cuerpo adorable del Señor!! Cierito: mas así son las cosas del hombre.....

(3) Reliquias de Santa Teresa que veneré en la Encarnación de Avila.

La toca de la Santa, por cierto, bien remendada.

La llave de la celda.

Un paño curiosamente bordado por ella misma para la ceremonia del Lavatorio, el Jueves Santo.

Des temporadas habitó Santa Teresa en la Encarnación: la primera, como simple monja, durante veinte y ocho años: la segunda, en 1572, cuando regresaba á Avila después de la fundación de los conventos de Alba y de Salamanca, y la obediencia lo obligó á tomar al de la Encarnación con el cargo de Priora. En esta segunda ocasión fué cuando se verificó la bajada de la Virgen Santísima al coro alto de este convento, un sábado, por la tarde, mientras las monjas con Santa Teresa estaban cantando la *Salve*: la Reina del cielo ocupó la silla prioral é innumerables ángeles poblaron el coro: desde entonces las monjas no han vuelto á ocupar las sillas antiguas, por reverencia á tan señalado prodigio. En el coro, bajo, á pocos pasos del comulgatorio, fué donde un día, apareciéndose Nuestro Señor Jesucristo á la Santa, se desposó con ella, dándole, cual arras misteriosas, el clavo de la mano derecha y protestándole que desde aquel momento su adorable Majestad miraría como suya propia la honra de su sierva. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuán conmovedores! Me parece una ilusión, un sueño cuanto he visto y cuanto ha pasado por mí! El Señor se ha dignado concederme el beneficio de orar en tan santos lugares y de derramar en su divino acatamiento mi corazón acongojado! ¡Sea por siempre bendito su santo nombre!

A las cuatro de la tarde, salí de la Encarnación, enteramente solo, para que mi espíritu, en mayor recogimiento, pudiera entregarse, sin obstáculo, á la consideración de los recuerdos que inspira la vista de aquellos lugares. Al frente del monasterio, al otro lado del valle y en la eminencia, se presentaban los muros de Avila: debía yo atravesar el valle y subir hasta la catedral, para de ahí descender nuevamente al convento de Santo Tomás, que está al otro lado de la eminencia, y también aislado en el campo, como el de la Encarnación: emprendí, pues, mi camino, ponderando el gran número de veces que Santa Teresa lo había recorrido: llegué á la antiquísima Basílica de San Vicente mártir, que está fuera de los muros, visité la capilla subterránea de la Virgen, adonde bajó á orar Santa Teresa cuando iba á la fundación de San José, y reconocí el punto en que, según la tradición, se sentó la Santa para descalzarse.

El convento de Santo Tomás pertenece á los religiosos dominicanos, y es muy célebre en la vida de Santa Teresa: su iglesia fué muy frecuentada por la Santa: en una de sus

Un cantarillo de barro en que tenía el agua en su celda.

El Crucifijo que llevaba en los caminos, cuando fué á algunas de sus fundaciones.

capillas recibió uno de los más señalados favores de la Santísima Virgen y de San José; y el P. Báñez y el P. García de Toledo, principales defensores de la Santa, vivieron en los claustros de este convento, ennobleciéndolo con sus virtudes y sus letras. Ahora, por fortuna, está habitado por una numerosa comunidad de dominicos, los cuales, cuando yo visité su iglesia, estaban en el coro á la hora de Completas.

Réstanos visitar la casa donde nació Santa Teresa y donde vivió hasta la edad de diez y ocho años. Se halla casi en el centro de la ciudad y está convertida en iglesia: el aposento en que nació y la recámara de su habitación ordinaria son la capilla dedicada á la Santa, y el cuarto de su padre sirve como de sacristía ó camarín, donde se guardan las reliquias. Entre éstas hay dos muy notables, que son el dedo índice de la mano derecha y el rosario que llevaba á la cintura, tan venerable y sagrado por haberlo tocado Nuestro Señor Jesucristo. Existe todavía, convertida en jardín, una parte pequeña de la huerta, en que la Santa, cuando niña, jugaba á las hermitas con un hermano suyo de su misma edad (4).

La pila en que fué bautizada está en la iglesia de San Juan; y fuera de la ciudad, en el camino de Salamanca, una cruz de piedra señala el punto en que la encontró su tío, cuando siendo de siete años de edad había tomado el camino para ir á tierra de moros, deseosa de padecer el martirio, enseñando la fe católica.

Para ir á Alba es necesario pasar á Medina del Campo, donde se toma el tren para Salamanca: desde esta ciudad á la villa de Alba el trayecto se hace en diligencia. Salamanca conserva muchos recuerdos de Santa Teresa: visité la casa en que fundó el convento de carmelitas, la cual, hasta ahora, se conserva en el mismo estado en que se encontraba cuando la alquiló Santa Teresa, con el designio de hacer la fundación del convento. Observando yo esa casa, grande, desmantelada, me parecía que acababan de salir de ella los estudiantes, á quienes había estado arrendada, y que, en la

(4) Reliquias de la Santa, que se conservan en su casa, hoy iglesia y convento de carmelitas descalzas:

El dedo índice de la mano derecha.

El rosario.

La sandalia.

Un bastón, en que se apoyaba en el camino, cuando iba de viaje.

Una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, pintura al óleo, pequeña, muy hermosa.

Uno de los Crucifijos que llevó á las fundaciones.

tarde del día de todos los Santos, entraba en ella Santa Teresa con su asustadiza compañera, cuyos miedos y cavilaciones nos refiere tan graciosamente la misma Santa en el precioso libro de las Fundaciones. Les recomiendo que lean el capítulo XIX, en que refiere la historia de la fundación del convento de Salamanca. Diré de paso una palabra acerca de este *Libro de las Fundaciones*. Considerándolo desde el punto de vista literario, no vacilo yo en calificarlo por uno de los más preciosos libros históricos que tenemos en castellano: ¡qué naturalidad en las narraciones! ¡qué gracia tan espontánea! ¡qué sencillez tan encantadora! De repente, casi sin advertirlo, tropieza uno con aquellas observaciones prácticas, que sobre los hechos y los hombres hace la profunda conocedora del corazón humano: narra con tanta amenidad y corre tan fácil su pluma, que á la par campean el gran ingenio natural de que estaba dotada y las ningunas pretensiones literarias que tenía la Santa al escribir su libro. En cuanto á su dicción castellana, ya sabemos que el insigne maestro y gran poeta Fr. Luis de León calificó no sólo de elegante, sino de la misma elegancia el lenguaje de la santa madre.

La casa es ahora propiedad de un caballero particular, y habitan en ella, desde hace muy pocos años, las *Siervas de San José*, quienes han convertido en capilla la sala en que vivió Santa Teresa, y en que tuvo aquellos admirables éxtasis, después de los cuales compuso allí la cancioncita:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero;

con las glosas en que desahoga las ansias amorosas de su pecho, encendido en deseos de gozar de Dios para siempre (5).

Alba de Tormes es una villa de escasa población: sus edificios son muy modestos, y con justicia se puede decir que no hay cosa alguna que llame la atención, excepto la vega del río que es hermosa y explayada.

La iglesia no tiene mérito ninguno: es pequeña y relativamente pobre. El cuerpo de Santa Teresa está en el altar mayor, dentro de un sepulcro de mármol, obsequiado en el siglo pasado por el Rey Fernando VI. En el mismo al-

(5) Las Siervas de San José son religiosas de votos simples y su objeto es enseñar á niñas pobres y huérfanas: viven del trabajo de sus manos: las fundó el Emmo. Cardenal Lluich, cuando fué Obispo de Salamanca, antes de pasar al arzobispado de Sevilla, en que murió hace muy pocos años.

far mayor, al lado de la epístola, en un sagrario construido á propósito, se halla el corazón, depositado en un vaso de cristal, enriquecido con piedras preciosas en el pedestal de plata sobredorada que lo sustenta.

Los últimos días de la vida de Santa Teresa, estuvieron llenos de tribulaciones y padecimientos: en Medina del Campo hubo de soportar el desabrimiento y malos modos, con que la trató la priora de ese convento, de ese convento que la misma santa había fundado! Entrada ya en años, débil, quebrantada por sus penitencias, enferma, consumida de calentura, tuvo que ponerse en camino, sin haber probado bocado: desfallecida de fuerzas, extenuada de cansancio por un viaje penoso en los calores del estío y casi exánime, llegó á Peñaranda; y allí Ana de San Bartolomé, su compañera, á pesar de sus diligencias y ruegos, no pudo encontrar ni un huevo, ni un panecillo siquiera, ni cosa alguna de alimento para la moribunda santa, y fué necesario continuar el camino hasta Alba, donde llegaron el 21 de setiembre. Pocos días después, aquella alma generosa volaba de la mansión terrenal á la patria bienaventurada (6).

Postrémonos delante de su corazón: yo lo he venerado despacio; yo lo he examinado cuidadosamente. El estado de conservación del corazón de Santa Teresa es indefinible y muy digno de ponderación: no se encuentra fresco; pero tampoco se halla reducido á polvo: está seco, conserva su forma y dimensiones naturales, y parece como si, sacado hace poco del pecho de una persona viva, se lo hubiese puesto al aire para que se secara. ; Y fué cortado á hurtadillas del pecho de la Santa ya difunta, desenterrando su cadáver hace ya más de trecientos años!!... Bien sabido es que el cuerpo de Santa Teresa fué sepultado en el suelo, en la misma Alba: que nueve meses después lo desenterró el P. Gracián, y que tres años más tarde lo volvieron á exhumar, para llevárselo secretamente á Avila; y entonces fué cuando una religiosa lega se dió maña para sacarle el corazón, sin que nadie lo supiese. La voluntad divina permitió semejante

(6) Entre Salamanca y Alba hay un encinar dilatado, donde es tradición que se perdió la Santa una noche yendo de camino, y que los ángeles la guiaron hasta una fuente que está á la orilla de la carretera.

En San Estevan de Salamanca está el confesionario donde se confesaba: se halla en la capilla del Santo Cristo de la Luz; y los Padres Dominicos franceses, que viven ahora en aquel célebre convento, han puesto grande esmero en conservar ese recuerdo de Santa Teresa, que honra tanto á la Orden dominicana.

atrevimiento, sin dala ninguna, para poner de manifiesto las maravillas de la gracia en ese corazón.

A la simple vista, está clara, visible y patente la herida, que le hizo el Querubin, cuando lo transverberó, más de una vez, atravesándolo con un dardo de oro encendido: los bordes de la herida quemados y lo ancho de la cicatriz manifiestan que la mano del ángel traspasó varias veces con aquel instrumento prodigioso ese corazón verdaderamente admirable, ese corazón estupendo.

“Quiso el Señor que viese algunas veces esta visión: “via un ángel cabo mí, hácia el lado izquierdo, en forma “corporal. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, “el rostro tan encendido, que parecía el de los ángeles muy “subidos, que parece todo se abrasan. Deben ser los que “llaman querubines. Veiale en las manos un dardo de oro “largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fue- “go. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y “que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las “llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande “de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar algu- “nos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este “grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se “contenta el alma con menos que Dios.”—Era necesario re- cordar estas palabras en presencia del corazón transverbera- do de la Santa. Considerado esto, desde el punto de vista puramente natural, no podemos menos de reconocer que Santa Teresa debió morir en el instante en que el ángel le traspasó el corazón por la primera vez, que fué el año de 1559, es decir, más de veinte y dos años antes de su muerte, acaecida el de 1582. ¡Vivió pues, á pesar de todas las leyes de la naturaleza! ¡*Mirabilis Deus in sanctis suis!* ¡Qué admirable es Dios en sus santos! qué admirable!!

Confieso ingenuamente que se me hacía duro de creer maravilla tan grande, antes de verla con mis propios ojos: con razón la Iglesia ha instituido una fiesta especial para celebrar este prodigio.

El corazón de Santa Teresa es un portento: encerrado en un vaso de vidrio tapado, dos veces ha hecho estallar el vaso, como si estando muerto inflamara todavía el ambiente con calores misteriosos: ahora está en un vaso destapado.

Mucho habrán oído hablar ustedes acerca de las espinas que brotan del corazón de Santa Teresa; y naturalmente querrán que yo les diga una palabra acerca de semejante prodigio. ¿Es cierto? ¿Existen tales espinas? ¿Es cierto!...; Existen esas espinas en el corazón difunto de Santa Teresa! ... Las he visto con mis propios ojos!... Son unas

como rai: ecillas finas y delgadas, que van creciendo y elevándose desde la punta del corazón hacia arriba. El corazón está en el vaso en la misma posición en que lo llevamos en el pecho; y, según exámenes muy prolijos, las espinas ó vegetales misteriosos no nacen ni brotan del mismo corazón, sino de un polvillo sutil, que se ha desprendido de él y caído y acumulado en el fondo del vaso. ¿Qué significan estas espinas? ¿Qué misterio encierra esa como red, en que se va encerrando el corazón de la insigne doctora mística? ¡Secretos de la Providencia!

Por una ventanilla practicada en el muro de la iglesia se vé, desde lejos, la celda en que murió la Santa, donde hay una estatua que la representa en el instante de espirar, tendida sobre el lecho y apretando contra su corazón el santo crucifijo. Recuerden ustedes las circunstancias que acompañaron á la muerte de Santa Teresa, á esa muerte tan preciosa á los ojos de Dios, y consideren qué afectos de devoción no inspirará la vista de la celda donde murió. ¿Qué dice el corazón, qué dice, viendo el lugar donde ya desde la tierra principió para Santa Teresa la inefable felicidad y gozo del cielo?... Ante la vista de semejantes lugares un corazón cristiano no puede quedarse en silencio!...

También se conserva en Alba el brazo de la Santa, separado del cuerpo: está en un relicario junto con el corazón, y se puede verlo y venerarlo de cerca. Es el brazo que de una caída se le quebró á la Santa en Toledo, y se halla íntegro, con parte de su propia carne seca, y más bien blanca que ennegrecida, como suele estar en las momias. Podemos, pues, decir, con toda verdad, que el cuerpo, de Santa Teresa se conserva incorrupto.

Yo me preguntaba á mí mismo: ¿Por qué una mujer, una monja muerta hace tres siglos, inspira tanto entusiasmo, tanta admiración? ¿Cuál es el secreto misterioso de la importancia extraordinaria de Santa Teresa? ¿Serán acaso sus escritos, llenos de doctrina celestial? ¿Sus visiones maravillosas?... Para mí ese secreto consiste en el amor á Jesucristo: el amor á Dios, el amor á Jesucristo es la condición esencial de toda verdadera santidad; pero en las maneras como se expresa y manifiesta ese amor, en las tendencias predilectas del alma de cada santo, dirémoslo así, hay una variedad prodigiosa y admirable en la Iglesia Católica. El carácter que distingue á Santa Teresa es la devoción amorosa á la persona divina de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué amor el suyo!... Tan humilde, tan reverente, tan lleno de confianza: es la Magdalena inocente de la ley de gracia; en el Calvario hubiera estado al pie de la cruz del Maestro Di-

vino... ¡Cuánta solicitud por la gloria divina! Es Marta officiosa, convidando al mundo entero á gustar de las dulzuras del Verbo Eterno en el reposo de la contemplación. ¡Qué gratitud para con Dios! ¡Qué temor de ofenderle!; pero en ese mismo temor, ¡cómo se manifiesta el amor filial más fervoroso! Maestra de la devoción á la humanidad adorable del Redentor, tuvo en la Iglesia Católica el encargo providencial de enseñar los caminos de la perfección evangélica por medio de la oración y el recogimiento.

A los santos toda su grandeza les viene de Jesucristo Señor Nuestro; y tanta mayor devoción nos inspiran cuanto más nos mueven al amor de Jesucristo, con sus palabras y ejemplos: hé aquí para mí el secreto de la devoción á Santa Teresa de Jesús. Jesucristo Nuestro Dios y Señor refleja sobre ella torrentes de gloria inefable.

Vos, Dios mio, sois para mí todas las cosas, sólo repetir otro gran santo, San Francisco de Asís: Jesucristo es todo para nosotros, ¿podrán sernos indiferentes los grandes servidores, los fervorosos amantes de Jesucristo?

¡Ah! Eso es imposible!

Ya ven ustedes que las delicias de la fe no las puede proporcionar el mundo. Adiós.

Simancas, julio de 1886.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ, Pbro.

AL DULCISIMO NIÑO JESUS.

Jesús, mi Dios, nacido
De paja en duro lecho,
A quien abrigo y techo
El hombre niega aquí,
¡Ah! si de mi alma en lo íntimo
Quisieras un asilo-
Para dormir tranquilo
Sueño de niño allí!

Con silbos zumba el cierzo,
Y á su volar impío

La tierra, el mar, el río
De nieve se cubrió.
¡ Ay ! ábreme piadoso
Del Corazón la puerta,
Que tengo el alma yerta
De frío crudo yo.

¡ Oh si pudiera tímido,
Postrado aquí de hinojos,
Con llanto de mis ojos
Tus dulces pies besar !
Si las primeras lágrimas
Que amor en Tí desata,
Cayendo en mi alma ingrata
Llegáranme á lavar !

Y si pudiera extático
La voz con que te dijo
Por vez primera: "Hijo"
Tu Virgen Madre, oír !
Y viera la mirada
De su sin par cariño
Y la que diste, Niño,
Con llanto y sonreír !

¡ Cómo en presteza súbita
Se liquidara entonces
Del corazón el bronce
Tocado de tu ardor ;
Y con palabras íntimas,
Con férvido sollozo,
Con lágrimas de gozo
Volara á Tí mi amor !

Ya se recata púdico,
Con los virgíneos brazos
Vueltos en castos lazos,

El pecho maternal ;
Y la dulzura cándida
Que al tierno labio envía,
Sangre será que un día
Del mundo lave el mal.

¡ Oh Tú, felice Madre !
¡ Oh Tú, feliz Esposo !
Dichosa Tú, dichoso
Su Padre tutelar !
A mí dejadme mísero
Postrado ante Él de hinojos,
Con llanto de mis ojos,
Sus dulces pies besar !

BELISARIO PEÑA.

(Tomado de la *Colección de Himnos Sagrados*, para uso de los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.—Quito, 1876.)

CRONICA DE LAS FIESTAS

CON QUE FUÉ CELEBRADO, EN LAS DIÓCESIS DEL
ECUADOR, EL SEGUNDO CENTENARIO DEL CULTO PÚBLICO
TRIBUTADO AL SANTÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS.

En nuestros números anteriores hemos referido con detención las fiestas que se verificaron en Quito, con motivo del segundo Centenario y del primer Congreso Eucarístico. Para completar este magnífico cuadro, justo y conveniente nos parece apuntar, si bien á la ligera, todo cuanto se ha hecho, si no en todas las parroquias, (que esto sería tarea poco menos que imposible), siquiera en las principales ciudades de nuestra República. De esta manera se patentizará que la celebración del Centenario fué por completo nacional: todo para honra y gloria del Divino Corazón, y esperanza de nuestra Patria á Él consagrada.

ARQUIDIÓCESIS DE QUITO.

Ciudad de Latacunga.—En esta antigua y piadosa villa, todo el mes de junio se consagró á honrar el Santísimo Corazón de Jesús. Los RR. Padres Dominicanos, bajo la dirección de su celosísimo Prior, el R. P. Fr. Pío José Bravo, fueron los que tomaron á pechos dar culto y alabanza al Divino Corazón de nuestro Dios y Señor. En su bonita iglesia conventual, celebróse, pues, el mes de junio con la misa diaria, á las seis de la mañana, en la cual se entonaban cánticos especiales: por la tarde se daba la bendición, después de exponer á la Majestad. El mes debia terminarse el 2 de julio, fiesta propia del Sagrado Corazón; de modo que los nueve últimos días se ocuparon con una fervorosa novena.

Sin embargo, el 21 de junio, tuvo lugar la *Comunión reparadora nacional*, respecto de la cual, el R. P. Prior de los Dominicanos nos escribía al día siguiente:

“Tengo el consuelo de decirle que la Comunión fué buena, óptima, lo mejor que en Latacunga podía hacerse; pues se acercaron á la Sagrada Mesa de ochocientas á mil personas. Advierta, amigo mío, que en Latacunga no hay más que cuatro confesores, (fuera del Señor Cura), los cuatro dominicanos; por otra parte hay que tomar en cuenta que la población de esta ciudad está, respecto de la de Quito, en la proporción de uno á seis ó siete. Además, la Comunión fué suntuosa y tan conmovedora, que toda la gente, aun los hombres, derramaban lágrimas abundantes y ardientes, como que el Señor las arrancaba de los ojos, sacándolas desde el fondo del corazón. Durante toda la ceremonia alteraban los cánticos de los niños y niñas de las escuelas. Se dirigió también al pueblo una exhortación adecuada á las circunstancias.”

De una carta que nos dirigió una de las personas más notables de Latacunga, copiamos los siguientes párrafos, relativos á la fiesta del 2 de julio:

“Después de las magníficas distribuciones del mes de junio, se anunció la fiesta, como es uso, con las visperas, que fueron solemnísimas, y, al día siguiente amaneció la ciudad adornada con la bandera nacional. Luego se hizo notar un movimiento de entusiasmo general por levantar arcos en las calles que debia recorrer la procesión, hacer altares en las esquinas, puertas de casas, tiendas y ventanas; de modo que, á poco andar el día, la ciudad toda presentaba un hermoso aspecto triunfal, ostentando por donde quiera la imagen del Sagrado Corazón sombreada por la bandera

ecuatoriana y en medio de una pompa insólita. El convite que se repartió el día 1º á señoras y caballeros llevaba el soneto que te remiti, (1) y ninguno de los invitados, antes muertos que no lo habían sido por olvido y el pueblo en masa, nadie faltó á la iglesia de Santo Domingo, que estaba regiamente decorada. Celebróse, pues, la misa cantada y oímos, todos muy complacidos, el discurso del R. P. Fr. Pío José Bravo. Debo decir, que el R. P. Bravo ha sido el motor de cuanto se ha hecho, pues no ha dejado este buen religioso resorte sin tocar, coronándolo todo con un panegirico digno de la mayor alabanza, pero que, por desgracia, se resiste á imprimirlo.

La procesión tuvo lugar por la tarde y fué tan numerosa como sólo solía serlo la de Viernes Santo, en sus mejores tiempos. Entre otras esfigies, la de la Virgen del Rosario iba acompañada de las niñas de los colegios y de las señoras, inclusive las respectivas congregaciones, como las de las Terciarias de Santo Domingo y de San Francisco; á la Virgen seguía el Corazón de Jesús, artísticamente levantado sobre nuestro escudo de armas y acompañado asimismo, por todos los señores del lugar, inclusive también la Congregación del Corazón de Jesús.—Decirte esto, no es más que hablarte de media procesión, la cual cerraban la guarnición de la plaza y un gentío inmenso y devoto, puesto que todos seguían rezando en grupos; que la otra mitad era aun más larga, como que la componian las escuelas &, &. Viene aquí la parte más interesante, ó sea el acto de consagración al Corazón de Jesús, que lo hicieron el Gobernador, á nombre de la Provincia, el Jefe Político al del Cantón, y así sucesivamente, el Presidente de cada corporación, hasta terminar en los niños de las escuelas.

Para terminar estos apuntes, hechos con la prisa del correo, falta añadir que *motu proprio* pedimos la fundación de esta fiesta con priostes para lo sucesivo, siendo los fundadores: las señoras Eloisa Iturralde de Maldonado (esposa del Gobernador) y Lucinda R. de Iturralde de Echeverría (del Jefe Político); y los señores Dr. Belisario Quevedo, Rector del Colegio, y Rafael Coronel, Tesorero de Hacienda; los que harán la fiesta el año entrante. Por lo demás, la orquesta y la banda estuvieron mejor que nunca, y no hubo sombra de desorden que empañara el cándido brillo de tan solemne día."

Sabemos que son dignos de especial encomio los señores

(1) Tuvimos el gusto de reproducirlo en nuestro número XXII, 2º de julio.— Los RR.

Carlos Zúñiga y Rodolfo Gallegos, que han logrado formar la bonita orquesta de Latacunga, con la cual cooperan siempre entusiastas á todas las funciones religiosas.

Antes de terminar la narración de estos hermosos y santos regocijos, diremos que el 2 de julio se repitió la Comunión general á las siete de la mañana; y después de la misa solemne de las diez, hubo velación del Santísimo Sacramento por dos individuos de las diversas congregaciones, de manera que estaban constantemente en presencia de la Majestad catorce adoradores.

¡Bien haya la noble y católica ciudad de Latacunga, por su piadoso comportamiento en este aniversario secular de uno de los más sublimes y trascendentales acontecimientos del Cristianismo! Lo que especialmente no podemos cansarnos de alabar y proponer como ejemplo es la consagración especial de la Provincia al Santísimo Corazón de Jesús! Hágase lo mismo en todas las provincias, ciudades y aldeas, y quedará definitivamente sellada la consagración de la República á su Divino Patrono. Por último, nuestros parabienes y agradecimientos á la infatigable comunidad dominicana, que es sin duda alguna, la guardiana de la fe y la moral en aquella Provincia.

DIÓCESIS DE LOJA.

La Diócesis del venerable y ejemplar misionero franciscano Fr. José María Masía y Vidiella, no podía ser la última en la celebración del segundo Centenario. El Dignísimo Prelado, acogiendo oficialmente la invitación para el Congreso Eucarístico, que ya conocen nuestros lectores, la insertó en una pastoral de 16 de mayo de 1886. En este importante documento, el Ilmo. Sr. Masía, penetrando hasta el fondo de las cosas, dirigió á sus diocesanos saludables consejos que no sólo son de circunstancia, sino que perpetuamente debieran quedar grabados en los corazones de todos los ecuatorianos. (1)

Por su parte la Junta Promotora Diocesana daba á luz un programa completo que insertamos á continuación por que da una completa idea de aquellas espléndidas fiestas:

[1] Reprodujimos esta Pastoral en nuestro número XX, del mes de junio.

PROGRAMA

formado por la Junta Promotora Diocesana, de acuerdo con el Ilmo. Sr. Obispo y el Sr. Gobernador de la Provincia.

1º El domingo 20 de junio, día de la Santísima Trinidad, se celebrarán vísperas solemnes del Santísimo Corazón, en la Iglesia Catedral, con asistencia del Ilmo. Sr. Obispo, del Vble. Capítulo y del clero residente en la ciudad.

2º En la misma fecha, por la noche, habrá iluminación general y repique de campanas, desde las siete hasta las nueve y media. La banda de música ejecutará, durante las mismas horas, piezas escogidas, en la plaza mayor.

3º A las cinco de la mañana del día 21, se harán por el ejército las salvas de ordenanza, las cuales se repetirán á las doce y cinco de la tarde.

4º Desde las primeras horas de la mañana se izará en todos los establecimientos públicos y casas privadas la bandera nacional, cuyo fondo irá estampada la imagen del Santísimo Corazón de Jesús con sus emblemas.

5º A las seis y media se hará la Comunión general reparadora, en la Iglesia Catedral.

6º A las diez misa pontifical, con asistencia del Vble. Capítulo y de todo el clero de la ciudad, de las corporaciones civiles y militares y de todas las asociaciones piadosas.

7º Concluida la misa, se sacará en procesión la efigie del Sagrado Corazón de Jesús, que será conducida en hombros de los empleados civiles y militares, por turno, recorriendo las principales calles de la ciudad, las cuales, al efecto, estarán convenientemente adornadas. Un programa especial detallará la forma en que ha de hacerse la procesión.

8º A las cinco de la tarde, el Ilmo. Sr. Obispo con el Vble. Capítulo; todo el clero, los dos Seminarios, las corporaciones civiles y militares y las asociaciones religiosas se dirigirán á la Catedral. Antes de la reserva del Santísimo Sacramento que habrá estado expuesto á la pública adoración desde por la mañana, el Ilmo. Sr. Obispo primero y el Sr. Gobernador de la Provincia en seguida, renovarán la consagración de la República al Sagrado Corazón y muy especialmente la de esta Diócesis, repitiendo la fórmula correspondiente. Se pronunciará luego un panegírico, é inmediatamente después se entonará un solemne *Te Deum*.

9º Por la noche, desde las siete, se iluminará la ciudad y se tocarán por la banda de música, piezas selectas. A las ocho habrá una velada literaria, en el local del Seminario menor, presidida por el Ilmo. Sr. Obispo. Los discursos que se pronuncien versarán sobre los temas siguientes: 1º Historia de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. 2º La consagración de la República al Sagrado Corazón, y sus efectos. 3º Jesuista Rey de las naciones. 4º El catolicismo es la única clave para la solución de toda cuestión filosófica y social. 5º Excelencia de la devoción social al Sagrado Corazón. 6º Debe hacerse una confesión franca y pública de

la fe. 7º El porvenir del Orbe bajo el poder de Jesucristo. 8º La Basílica Nacional del Sagrado Corazón.

10. En todas las parroquias de la Diócesis se celebrarán las vísperas, Comunión general, misa solemne y procesión, en los mencionados días, y en cuanto sea posible, á las mismas horas. Se consagrarán de nuevo, con la fórmula correspondiente, por el Párroco y la Autoridad civil local, la Diócesis y la República al Santísimo Corazón, sea después de la misa ó en la función de la tarde, si pudiere celebrarse.

11. Déjase á la piedad de los párrocos excogitar, de acuerdo con la autoridad civil local, los medios de solemnizar aquel memorable día, evitando toda clase de desórdenes, con los cuales, lejos de honrar al Santísimo Corazón, se le irrogaría grave injuria, en ocasión tan solemne.

Loja, junio 5 de 1886.—*Daniel de J. Ojeda*.—*Rafael Riofrío*.—*Darío Eguiguren*.

Sentimos no poder copiar, por falta de espacio, las entusiastas y piadosas correspondencias que llegaron á nuestras manos en esos días. Por lo menos, trataremos de hacer un extracto de todas ellas para que nuestros lectores aprecien debidamente la parte que tomaron los católicos lojanos en las festividades de junio y julio del año de 1886.

Un distinguido caballero escribía á un Senador de la República, con fecha 27 de junio, una bella carta de la cual tomamos los párrafos siguientes:

“En los días que precedieron al 21 todos los habitantes de esta ciudad, sin distinción de clases ni edades, abandonaron sus tareas ordinarias, para entregarse á una sola labor; todos rivalizaban en entusiasmo, produciéndose en todos esa santa emulación de los hijos de Dios, que tan bien sabe armonizarse con la caridad. Personas hubo, que consagraron los escasos ahorros de su trabajo á la adquisición de una tela para formar el pabellón, donde habían de estampar los queridos emblemas del Sagrado Corazón. A semejábbase nuestra ciudad al hogar de una familia cristiana, donde se hacen los preparativos de una fiesta, destinada á honrar el nombre de un padre tiernamente amado.

El 20, por la noche, nos fué dado contemplar el más hermoso panorama: los edificios públicos y casas particulares reflejaban las luces de varios colores, que les decoraban. La esfigie del Sagrado Corazón, bajo un rico dosel, ocupaba la parte superior de un tablado levantado en la parte exterior de la casa de Gobierno: jóvenes estudiantes hacían la guardia de honor. La música, los cantos, los repiques de campanas formaban concierto con la pura alegría de que rebosaba el corazón de todos los espectadores. El cielo, poco antes nebuloso, como en el curso de toda esta estación en

nuestro país, dejése ver de repente límpido, como en los más hermosos días de verano en esa Capital. La naturaleza no podía ser extraña al gozo de los ángeles y de los hombres, la naturaleza que jamás ha sido cómplice de los extravíos del hombre, y que no ha interrumpido sus alabanzas á Dios, desde los albores de la creación.

A las 6 de la mañana del 21, fieles, en crecido número, acudieron á la Catedral, á recibir la sagrada Comunión, que fue distribuída á la vez por tres sacerdotes. ¡Qué bello espectáculo, amigo mío! mil y mil pensamientos se agolpaban á mi mente, en los momentos en que veía á todo un pueblo, dando una justa reparación al Dios que se inmola en los altares, durante diez y ocho siglos, por el mundo que le desconoce y le insulta.

A las diez celebró de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo, con asistencia de todo el clero, de las corporaciones civiles y militares y de un numeroso concurso de fieles. La misa, obra de uno de los más distinguidos artistas, fué diestramente ejecutada por un coro de cantores, bajo la dirección del inteligente sochantre de la Catedral. Nuestra Iglesia Catedral, la mejor quizá de la República, ofrecía en ese día una perspectiva verdaderamente encantadora: todo en ella estaba admirablemente dispuesto para causar una de esas impresiones que no se borran jamás. Las Señoras, cuya piedad se traduce siempre en actos de magnificencia, supieron corresponder, con admirable abnegación, á lo que de ellas esperábamos.

Concluida la misa, y arreglada convenientemente la procesión en la larga calle, que se dirige hacia la plazuela de San Francisco, la efigie del Sagrado Corazón, ricamente vestida y sobre andas adornadas con primor, fué sacada en hombros del Sr. Gobernador de la Provincia, del Sr. Comandante de Armas, del Presidente de la Exema. Corte Superior y del primer Jefe del cuerpo militar. Durante la marcha alternaban los primeros Magistrados con los Ministros de la Corte, los Senadores y Diputados que se encontraban en esta ciudad, los demás empleados civiles y militares y las personas más caracterizadas. No crea U., amigo mío, que este acto, que, como otros muchos, va acompañado de una mal entendida vergüenza, haya sido desempeñado por nuestros dignatarios, en fuerza sólo de un compromiso; no, nunca se ha notado mayor espontaneidad; ni en ninguna otra ocasión se han considerado más honrados nuestros magistrados, que llevando sobre sus hombros tan dulce carga.

Sensible es que los límites de esta correspondencia no me permitan dar á U. una idea más extensa de tan solemne,

cuanto conmovedora procesión, que á lo grave y majestuoso unia lo tierno y sencillez. ¡Cuántas lágrimas vimos correr á impulsos de un sentimiento de ternura!

Las calles lujosa y variadamente decoradas, daban á la ciudad un singular aspecto de hermosura, arrojábanse de los balcones coronas y flores, los himnos sagrados arrebatában el espíritu; el orden más perfecto reinaba en los asistentes, y tanto por el plan, con que fué prolijamente ordenada, como por el recogimiento de las fieles, me atrevo á pensar que tal procesión no habrá sido inferior á la mejor de la República.

La función de la tarde nos reservaba nuevas é indecibles emociones. Un gran concurso llenaba las espaciosas naves de nuestra Catedral: allí se encontraba todo el clero, teniendo á su cabeza al Vble. Prelado, todos los empleados civiles y militares, los dos seminarios y las distintas asociaciones piadosas. El Ilmo. Sr. Obispo, postrado á los pies de Jesús Sacramentado, expuesto á la pública adoración desde por la mañana, renovó en alta voz la consagración de la República y la Diócesis en particular, al Santísimo Cerrón; de seguida el Sr. Gobernador de la Provincia, que al efecto subió al presbiterio, acompañado del Presidente de la Excm. Corte Superior. El pueblo que seguía con santo recogimiento, y con la más viva emoción este acto de la mayor importancia en el orden social, repitió á su vez la fórmula de consagración.

¿Olvidará, amigo mío, nuestro pueblo el nuevo y sagrado compromiso, contraído al pie de los altares, en presencia de los ángeles que rodean á Jesús Sacramentado? ¿consentirá alguna vez en borrar la más brillante página de su historia? Ante el recuerdo de tan puras glorias no me es lícito abrigar tristes presentimientos. Mucho tendrían que hacer los enemigos de la fe para destruir una obra, en que el principal artífice es Dios.

Terminada la consagración y el brillante panegirico pronunciado en seguida por el Sr. Canonigo Dr. Daniel de J. Ojeda, se entonó un solenne *Te Deum*.

La velada literaria, celebrada en el Seminario Menor por la noche del mismo día 21, dió feliz remate á esta fiesta de imperecedero recuerdo."

De otra descripción que se nos remitió entonces, son los rasgos que van á continuación:

"El 21 amaneció, y fué saludado por repiques y salvas. Acudieron á la Catedral las asociaciones piadosas, los alumnos de los establecimientos de enseñanza y numerosísimos fieles que se habían preparado para la Compañía reparado-

ra. Mientras tanto, rumor de fiesta se levantaba hasta en los últimos barrios, ornamentándose la ciudad. El viento suave de esa mañana memorable, hacía tremolar los pabellones decorados con el sagrado emblema del Corazón de Jesús, henchía los cortinajes, hacía vibrar las hojas de las palmeras silvestres, sembradas en las calles, y arremolinaba las flores, los encajes y tantos otros adornos que sería demasiado prolijo enumerar. Aquí los espejos esparcían la luz en mil destellos fantásticos y brillaban por doquier coronas metálicas y doradas inscripciones alusivas á la festividad; más allá cruzábanse los fugaces reflejos de los prismas. Elígies magníficas del Sagrado Corazón se veían bajo ricos doseles en los balcones; y en uno de la Casa Municipal se ostentaba una muy hermosa estatua europea, á la que los alumnos del Colegio Nacional hicieron guardia por todo el día.

La misa, en la que hubo asistencia oficial, celebróse con solemnidad poco común; y si en las casas particulares se habían agotado el esmero y la elegancia para la ornamentación, en el templo se había llegado al colmo. Allí vimos el escudo de nuestras armas puesto como remate del baldaquino y destacándose sobre un fondo formado por nuestra bandera nacional. El símbolo de la patria descansaba, con razón, en la firmeza del altar. Allí, decorando el púlpito, aparecían dos riquísimos pabellones nacionales entrelazados y ostentando un grande Corazón primorosamente bordado: agitábanse, en lo alto, airosas banderolas selladas con el Corazón de Jesús, y dos largas hileras de hermosísimos ángeles colocados bajo los arcos del majestuoso templo, parecían convidar á la oración y al recogimiento á la inmensa concurrencia."

Respecto de la Velada encontramos los siguientes pormenores en la misma descripción:

"Las funciones religiosas terminaron con la tarde. A las siete, mientras en las calles se renovaba la fiesta de la víspera, se abría en el Seminario Menor la primera velada literaria que se ha celebrado en Loja. Confiado el Seminario á la dirección de los sacerdotes Lazaristas, ya se puede presumir que la decoración del establecimiento debía causar muy gratas sensaciones.

Los discursos versaron, conforme al programa respectivo, sobre temas de antemano escogidos y desarrollados en el orden siguiente:

1º Historia de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús.—Sr. D. Manuel B. Cueva.

2º La consagración de la República al Sagrado Corazón y sus efectos.—Sr. D. Rafael Riofrío.

- 3º Jesucristo Rey de las naciones.—Sr. D. Zoilo Rodríguez.
4º El catolicismo es la única clave para la solución de toda cuestión filosófica y social.—Sr. D. Darío E. Palacios.
5º Excelencia de la devoción social al Sagrado Corazón.—R. P. V. Rosero, Lazarieta.
6º Debe hacerse una confesión franca y pública de la fe.—Sr. D. Rubén Ojeda.
7º El porvenir del Ecuador bajo el poder de Jesucristo.—Sr. D. Juventino Vélez.
8º La Basílica Nacional del Sagrado Corazón.—Sr. D. Filoteo Samaniego.

La velada nos dejó muy gratas é inolvidables impresiones, ya por los discursos, que verdaderamente fueron muy hermosos, ya por las selectas piezas de música y los cantos con que se amenizaron los entre actos. Teníamos la singular complacencia, de vernos presididos por el Ilmo. Sr. Masía, quien concurrió por exajerada afabilidad, pues se hallaba indispuesto.

Para concluir, haremos notar que en la velada literaria quedaron representadas las autoridades públicas, los colegios Seminario y Nacional, todas las profesiones entre nosotros conocidas, las asociaciones piadosas, y una sociedad científica, la Sociedad de Jurisprudencia, Legislación y Literatura.” (1)

El propio día del centenario, la católica ciudad de Loja se preparaba para los tiempos venideros inmarcesible gloria dando el primer paso, con su solicitud al Congreso, para que la imagen del Corazón Sacratísimo de Jesús sea colocada al centro de nuestra bandera nacional. Nos proponemos tratar después, con la atención que se merece, de esta solicitud que ahora nos contentamos con reproducir. Sea cualquiera el tiempo en que esta santa y sublime idea llegue á realizarse—lo que sucederá cuando por nuestra fe, nuestras costumbres y nuestro valor de católicos nos hagamos dignos de llamarnos en toda verdad la República del Corazón Santísimo de Jesús—entonces á Loja le quedará el privilegiado honor de haber dado el primer grito de ¡adelante! en esta heroica empresa.

La solicitud que llegó demasiado tarde á la Cámara de Diputados y no alcanzó á despacharse, es ésta:

“III. Legisladores:

El pueblo ecuatoriano, fiel á sus tradiciones y á la fe

(1) En el número 4º de “El Patriota” de Loja, se halla también una interesante descripción de la fiesta del 21 de Mayo.

católica, ha reconocido en distintas ocasiones, y por órgano de sus representantes, la soberanía social de Jesucristo, como fundamento de sus libertades y como prenda segura de su porvenir. Ha consagrado además por actos oficiales, y de una manera solemne é irrevocable, esta República al Sagrado Corazón de Jesús, á cuya protección es deudor de los más preciosos beneficios.

Hoy, HH. Legisladores, que nos hemos reunido en torno de los altares del mismo Sagrado Corazón, para celebrar una de las fechas más gloriosas en la historia de la Iglesia, sentimos la necesidad de afirmar, si es posible más, ante el mundo entero, nuestra adhesión á los principios católicos, y de dar un público testimonio de nuestro reconocimiento por los favores de que nos consideramos deudores á la Divina Providencia.

Queremos, pues, que los emblemas del Sagrado Corazón de Jesús, estampados en la bandera nacional, perpetúen la consagración de la República á Jesucristo, y el reconocimiento de su soberanía.

Con tal fin, nos dirigimos á vosotros dignos representantes del pueblo, cuyas opiniones y aspiraciones conocéis, pidiéndoos que expidáis un decreto en el sentido indicado.

La gratitud de vuestros conciudadanos será vuestra más valiosa recompensa.

HH. Legisladores.

Loja, 21 de junio de 1886. —(Siguen muchas firmas.)

DIÓCESIS DE RIOBAMBA.

El entusiasmo con que se celebró en esta Diócesis el 2º Centenario del culto público que se tributa al Corazón Sacratísimo de Jesús, podrá colegirse del fervoroso llamamiento dirigido por el Ilmo. Sr. Andrade á sus diocesanos, el 14 de junio del presente año, y que nos apresuramos á reproducir en nuestra Revista como uno de los documentos importantes del Centenario.

“Venerables hermanos, hijos carísimos:

Grandes y repetidas demostraciones de afecto y docilidad nos habéis dado, amados hijos, desde que la Divina Providencia se dignó colocarnos de Pastor de esta Iglesia. La gratitud con Dios y el

desen de corresponder á vuestro noble procedimiento, hamos hecho pensar constantemente en la manera de proporcionaros toda felicidad. Hoy se presenta una ocasión muy satisfactoria á estos deseos y muy digna de la Majestad Suprema: esta es la reparación de los agravios é injurias cometidas por los pecadores contra Jesús.

Reparación que será aceptada por su Corazón amantísimo y que El corresponderá con torrentes de gracia en favor de cada uno de los fieles, de todos los pueblos y de toda la República. Reparación que se practicará en todos los obispados del Ecuador, y sin duda, en todo el orbe católico, con motivo del segundo centenario del culto público al CORAZON DE JESUS.

Para desagraviarle, se ha proyectado por los Sres. Promotores del Congreso Eucarístico una Comunión general el día 21 del presente mes. Deseando, pues, que nosotros cooperemos á este santo proyecto, inspirado por Dios, hemos dispuesto un triduo que tendrá lugar en nuestra Iglesia Catedral y en todas las parroquias de nuestra diócesis, desde el día 17 de este mes hasta el 20. Mas el 21 tendrá lugar la Comunión reparadora, juntamente con las otras prácticas que van descritas en un programa especial firmado de acuerdo con Nos y las Autoridades y Promotores de esta Provincia.

Nuestra intención, por ahora, es exhortaros, amados hijos, á que toméis esta reparación como la prueba más distinguida que vamos á dar al mundo entero que, no de palabra, sino de corazón hemos elegido por Patrón y Protector nuestro al Santísimo Corazón de Jesús. En esta ocasión solemnísimá del segundo centenario del culto público, le tributaremos honra sobre honra, hasta donde nuestras fuerzas nos permitan; ostentaremos nuestro amor filial y nuestra gratitud por los inauditos beneficios que hemos recibido del patronazgo de este Corazón Santísimo.

Vosotros, amados hijos, tenéis además la obligación de disputar la superioridad de entusiasmo, en todo lo que significa honra y gloria al Divino Corazón: recordad como fuisteis condecorados con el título de NOBLES DEFENSORES DEL SANTISIMO SACRAMENTO, desde aquel suceso ocasionado por ese infeliz luterano, y que se registra en la historia de esta Provincia. También debéis recordar cómo este obispado fué elegido por la Providencia Divina, con preferencia á los otros del Ecuador, para fundar el culto á ese Corazón Santísimo é irradiar su devoción en todos los pueblos. Por último tened presente, cómo por vuestro interés, devoción y generosidad, se está construyendo en esta ciudad el primer templo y muy suntuoso dedicado al Corazón de Jesús en toda la América. Estos hechos, demostrativos de la devoción que le tenéis, son otros tantos motivos por los que debéis distinguviros en la Comunión reparadora á fin de que nuestro Patrón Santísimo quede honrado en este segundo centenario.

Os rogamos, hijos amados, que escuchéis nuestro pedido y procuréis hacer cuanto la gracia os inspire; y que además procuréis atraer á los que han dejado la frecuencia de sacramentos, para que se acerquen al tribunal de la penitencia. Decidles: que si un Señor temporal les convidase á un banquete como el de Asuero, se tendrían por muy felices: mas, que ninguna comparación hay en-

bre este convite y el de Jesús, en el que El mismo se da por alimento y proporciona la felicidad verdadera. Que adviertan, que en estas ocasiones solemnísimas, como la presente, acostumbrara Dios repartir mayores gracias que aseguran nuestra felicidad eterna.

Para concluir esta invitación paternal os bendecimos con toda la efusión de nuestra alma en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo."

SOLEMNE TRIDUO.

En memoria del segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús, preparatorio para la Comunión general del 21.

Este triduo comenzará el jueves próximo 17 del corriente, por la noche con el *Veni Creator*, rosario, letanias lauretanas, exposición del Santísimo y bendición.

En los tres días siguientes viernes sábado y domingo habrá las distribuciones que van á continuación.

Mañana.—A las 6, rosario, letanía cantada, misa y cánticos devotos.

Tarde.—A las 5, y media sermón, exposición del Santísimo y bendición.

Domingo.—A las 12, repique de campanas, lo mismo de 8 á 9 de la noche: retreta é iluminación de la ciudad.

Lunes.—A las 5, de mañana repique de campanas en todas las iglesias de la ciudad. A las 7 celebrará el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo diocesano, y en su misa comulgará el Seminario, el Colegio nacional, los caballeros, artesanos, niños y niñas de todas las escuelas de la ciudad, las congregaciones de Adoratrices, Hijas de María etc. etc. Terminada la misa, se expondrá el Santísimo y quedará patente durante el día.

A las 5 de la tarde, procesión con la estatua del Sagrado Corazón de Jesús que recorrerá las mismas calles que se recorre en el *Corpus*. Las corporaciones y todas las personas que acompañen á la procesión llevarán ceras encendidas. Terminará la función con plática y *Te Deum* solemnemente cantado.

NOTA 1ª—Suplicase á la conocida piedad y entusiasmo de las autoridades de la ciudad y demás personas influyentes, se esmeren en asistir al Triduo, en hacer limpiar las calles, adornar las casas con colgaduras, especialmente aquellas por las cuales debe pasar la procesión.

2ª—Durante el día 21 se harán visitas sucesivamente por las comunidades religiosas, por las congregaciones, y cofradías de la ciudad en corporación, y por los alumnos de los colegios en el orden siguiente: á las 9, el colegio de los RR. PP. Jesuitas; 11, el Seminario; 1 de la tarde, el colegio de las HII. de la Caridad; 2, la cénula de los Hermanos Cristianos.

3ª—Se suplica á los Directores de las congregaciones y cofradías distribuyan las visitas entre sus agregados, de manera que con-

Sr. Obispo de Riobamba en la nota siguiente que tomamos del número 17 de "El Mensajero."

Diócesis de Riobamba. — Cura de almas de la parroquia. — Guano, á 3 de julio de 1886. — Ilmo. y Rmo. Señor.

Cábe-me la honrosa satisfacción de poner en conocimiento de US. Rma. la manera con que se ha cumplido en esta feligresía, tanto lo ordenado por S. S. en la 7ª pastoral, como por el Sr. Vicario General en su última circular, respecto á la celebración del segundo centenario del culto del Sacratísimo Corazón de Jesús.

El domingo, 20 de junio, en que se recibieron las expresadas piezas se les dió publicidad, leyéndolas en todas tres misas á la hora del evangelio; y al mismo tiempo se convocó á la feligresía para el triduo que, en consecuencia, tuvo lugar en los días 21, 22 y 23, con tres distribuciones diarias en la forma siguiente: por la mañana, ofrecimiento de obras, rosario, letanías, lectura y meditación, actos de desagravios al Sagrado Corazón y misa: á las doce, rosario, letanías, visita y actos de desagravios: por la tarde, rosario, letanías, plática, exposición y bendición.

Como por la numerosa feligresía y falta de sacerdotes no fuese posible que la comunión reparadora tuviera lugar en uno ó dos días, se señalaron para dicha comunión los diez días que transcurrieron desde el 23 del pasado, último día del triduo, hasta el 2 del presente, que fué ayer día propio de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús; teniendo en cuenta que así se les proporcionaba comodidad á los fieles, se lograba que las comuniones sean más numerosas, y la novena que se celebraba á continuación del triduo con distribuciones por la mañana y la tarde, en obsequio del mismo Sagrado Corazón, entraba á componer esa serie no interrumpida de actos y prácticas en honor y desagravio del Divino Corazón, desde el 20 de junio hasta el día de ayer, en que tuvo lugar la última comunión general y terminó la función con la solemne fiesta, jubileo y procesión.

Como entre los diez días señalados para la comunión reparadora debían distinguirse tres: el último del triduo, el del Corpus Christi y el viernes de la fiesta del Corazón de Jesús; se les advirtió que estos días se tengan como principales, en los que debían tener lugar mayor número de comuniones reparadoras; y en efecto así lo han cumplido. Pues estos fieles, que siempre se han distinguido por su piedad, por su respeto y acatamiento á sus preladós, en estos días han dado pruebas más prácticas, más satisfactorias de ese mismo espíritu de piedad y de verdadera y fervorosa devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús.

En consecuencia, del 20 de junio al 2 de julio, hemos tenido días de conmovedora edificación y santo regocijo.

La serie de comuniones generales, la piedad, fervor y recogimiento con que los fieles han celebrado todas las prácticas religiosas que dejo referidas; lo imponente y edificante de la procesión, la que se componía de las tres secciones siguientes: la de los niños con los Hermanos Cristianos, que precedían alumbrando la ofi-gie del Patriarca San José: la de las hijas de Maria, que vestidas

de uniforme y con su enseña, acompañaban y alumbraban á la de la Purísima: la de las adoratrices que, igualmente uniformadas y con su respectiva medalla y cinta, precedían alumbrando al gran cuadro de la imagen del Sacratísimo Corazón que, decorado con gusto y esmero, lo cargaban los piadosos y respetables Señores Modesto Montalvo, Vidal E. Pastor, Augusto González y Daniel Moncayo. Estas cosas, Ilmo. Señor, han excitado el entusiasmo religioso de una manera especial, causando una impresión edificante y conmovedora en todos los espectadores.

Con esta sencilla exposición os doy cuenta, Ilmo. Señor, de que esta feligresía ha cumplido con el sagrado deber de emplear todos los esfuerzos de su piedad en honra y desagravio del Sacratísimo Corazón, en conmemoración del segundo centenario de su culto público; y á la vez, ha correspondido al anhelo afán con que U. S. Rna. procura la mayor honra de Dios y el mejor bien de las almas.

Ilmo. y Rmo. Señor.—*Antonio Soberón.*

Ciudad de Ambato (en la ARQUIDIOCESIS de Quito) (1).—La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, hé aquí la más dominante en la ciudad de Ambato; para fomentarla ha habido necesidad de establecer dos congregaciones, la una en la iglesia Matriz, y que consta de 375 Señoras, y la otra en la de la Merced, adonde asisten las personas que por la distancia no pueden subir á la iglesia parroquial; pues bien, estas dos columnas que sostienen el fervor en esta ciudad, y procuran atraer sobre ella las bendiciones del cielo, recibieron con gran júbilo el anuncio de que se iba á solemnizar de una manera espléndida en toda la República el Centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús. La víspera del día señalado, todos corrían á porfía al templo, á fin de purificarse, y adornar su alma con la gracia y así hospedar en ella al Corazón Divino.

El altar mayor estaba adornado modestamente, y la estatua del Sagrado Corazón de Jesús se hallaba sobre un trono adornado con preciosas guirnaldas, y numerosos cirios, que debían arder constantemente.

La misa fué muy solemne, y la Comunión numerosísi-

[1] Nos apresuramos á insertar, aunque sea al fin de esta parte de la Crónica, la tierna y consoladora relación que, á solicitud nuestra, nos acaba de remitir el Sr. Dr. Francisco Jijón Bello, el celoso é inteligente fr. coadjutor de Ambato, por cuyos afanes, que coadyuvan á los del ahnegado Sr. Cura Dr. Chiriboga, van despertándose de un modo extraordinario la fe y la piedad en esa importante villa, hasta hace poco tan falta de cuidados espirituales.—Los RR.

curran por partes, para que vayan turnándose el día.

Los infrascritos suplicamos á todas las personas de esta ciudad, concurran á las distribuciones y hagan cuanto su celo les inspire para honrar al Corazón de Jesús.

EL OBISPO. El Jefe Político, *Livino Colina*. Los Promotores del Congreso Eucarístico, *Antonio Zambrano Mancheno* y *José María Flor de las Banderas*.

Ciudad de Riobamba.—Hé aquí la descripción de las fiestas, que tomamos del N.º 16 de "El Mensajero," periódico que se publica en Riobamba.

"Segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús en Riobamba.—Para solemnizar este gran día, se celebró un Triduo preparatorio, que comenzó el jueves por la noche, 17 de los corrientes, en la Iglesia Catedral, con el *Veni Creator*, rosario, letania, exposición del Santísimo y bendición.

En los días viernes, sábado y domingo tuvieron lugar las distribuciones en el orden siguiente:

Por la mañana, rosario, letanias, misa y cánticos devotos; por la tarde, sermón, exposición del Santísimo y bendición.

El domingo á las 12 del día hubo repique general de campanas, lo mismo que á las 8 y 9 de la noche: retreta é iluminación de la ciudad.

El lunes á las 5 de la mañana, repiques de campanas; y á las 7 celebró el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Diocesano el santo Sacrificio de la misa en la Catedral, donde comulgaron tres mil personas, fuera de las que lo hicieron en las demás iglesias de la ciudad. ¡Cuán consoladora y tierna estaba esta hermosa escena! Los alumnos del Colegio Seminario, del Nacional, los caballeros, artesanos, niños y niñas, Hijas de María, Adoratrices etc. etc., acercándose al banquete de los Angeles, al convite reparador del Sagrado Corazón. Terminada esta función, quedó expuesto el Santísimo: habiendo sido visitado durante el día por toda clase de fieles.

A las 5 de la tarde de ese mismo día, salió de la Catedral una solemne procesión con la hermosa estatua del Corazón de Jesús, de la Inmaculada Concepción, de San José y de San Luis Gonzaga, conducida la 1ª por los caballeros y la 2ª por escogidas Señoritas, de lo mejor del país. Asistieron á ella el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo, el Cabildo Eclesiástico, las Comunidades Religiosas, Congregaciones, Cofradías, alumnos de los Colegios etc. etc., llevando sus respectivos estandartes. Asombroso número de particulares alumbrados.

ron con admirable orden y edificante piedad. Ascendidas y bien enredadas se hallaban las calles por donde recorrió la suntuosa procesión, la cual terminó en la Catedral con plática del R. P. López S. J. y un solemne *Te Deum* cantado por el Ilmo. Obispo Diocesano, el Venerable Capítulo Catedral y todo el Clero de esta ciudad y alumnos del Seminario.”

El Ilmo. Sr. Obispo, enternecido por el espectáculo que diera el católico pueblo riobambesño, le dirigió la siguiente FELICITACIÓN.

“Riobamba ha llenado un deber: deber que cumple á todo corazón noble, á la presencia de los numerosos beneficios hechos por el Corazón de Jesús á nuestra Patria. Sí; ha celebrado el segundo centenario del culto público con fervorosa asistencia al triduo, con la numerosísima comunión del día 21 de este mes, con sus visitas, no interrumpidas, á Jesús Sacramentado, y en fin, con la bellísima procesión, en la que llevaron en triunfo por las calles su Sacratísima Imagen, ostentando el amor que le profesan. Este día se recordará con júbilo, porque todo respiraba placer, amor y deleite celestiales. Los edificios vestidos de gala, las calles tapiadas con flores, el ornato y compostura de los alambrantes hombres, la piedad y honestidad de los trajes de las Señoras, la angelical compostura de los niños y niñas, la solicitud de los Magistrados; en fin, la magnificencia de los estandartes condecorados con arte y gusto, formaron un conjunto encantador. Todo inspiraba piedad y veneración á la divinidad. ¡Oh cuán dulce es acercarse á la Majestad Suprema y cuán encantador formar su cortejo!

De esta honra tributada al amante Corazón tenemos que esperar recompensas muy grandes. Jesús no sabe olvidar los obsequios; ni su Corazón le permite que la criatura lo venza en generosidad. El hombre hace lo que su pequeñez le facilita; y Jesús procede como quien es; grande en misericordia, infinito en poder, y en amor inmenso. El entusiasmo con que han consagrado sus almas los hijos de Riobamba tiene cautivo su Corazón; y hoy está dispuesto, con mayor especialidad, á concederles todas las gracias que hagan su dicha: sus nombres están inscritos en su Corazón y son sus amigos; tienen influencia de tales para abogar por todos: sus demandas serán bien acogidas y mejor despachadas. Esta es la condición en que los ha colocado su anhelo por la honra de Jesús y su gratitud por sus beneficios. Justo es que los felicitemos como Padre y Pastor.”

Cantón de Guano.—Su celoso cura, el Dr. Antonio Soberón, dió cuenta de las fiestas del Centenario al Ilmo.

En el curso de las últimas Intenciones generales, hemos estudiado uno de los principales obstáculos á la restauración de este reinado de Dios en el mundo y en las almas: el *pecado mortal*, con esas dos funestas ramas de un mismo tronco de muerte, que se llaman la *infidelidad* y la *herejía*. Pero, aun más cerca de nosotros y en el seno mismo de la familia de los hijos de Dios, ved cómo se presenta otro obstáculo, hecho para demorar el triunfo tan anhelado y tan esperado: hablo de esa *vida de tibieza* en la cual se adormecen demasiado número de católicos. Almas de simples fieles, almas religiosas, almas sacerdotales, ¡que pudieran ellas despertarse de un embotamiento de que adolecemos cual más cual menos todos nosotros! El advenimiento del reino de Dios tiene este precio, pues los milagros del Corazón de JESÚS, para manifestarse al claro día, no esperan otra cosa que el que se allane un obstáculo de los más refractarios á la acción divina.

II

El abrir por fin los ojos sobre el triste estado de su conciencia, tal es el deber primero de tantos católicos ilusos á quienes va devorando una fiebre lenta, cuyos estragos y peligro quisieran ellos disimularse; toda vez que el alma picada por esta especie de tisis moral llega ordinariamente á sentir tanto menos el mal que la roe, cuanto más alarmantes progresos ha hecho en ella este mal. Sacudir desde luego sin retardo tan fatal adormecimiento, es la obligación que se impone de suyo á todo cristiano celoso de rehuir el sueño de Lázaro, sueño precursor de la muerte del pecado y la podredumbre del sepulcro. ¡Quiera Dios que no esperemos, para despertarnos, que resuenen esos truenos que terminan por catástrofes públicas ó íntimos desastres!

No digamos nada de las calamidades generales que nos amenazan. Ellas sin embargo son de tal naturaleza que — si la conversión de los tibios no se antepone á sus horrores — sacarán de su sueño á los más obstinados entre los dormidos. Dejemos tan sólo funcionar algunos años más las escuelas sin DIOS y otras oficinas del mundo masónico, y las generaciones que de allí veremos salir se encargarán de la vengadora tarea. (1) Allí estará nuestro castigo; y una vez más la justicia de Dios habrá pasado por sobre la tierra.

(1) Lo que el autor dice de las escuelas sin Dios, podemos nosotros aplicarlo perfectamente á la activa propaganda de las ideas irreligiosas, radicales y comunistas, que poco á poco van cundiendo entre nuestros pueblos.—N. del T.

Mas, limitándonos á lo que hemos llamado los desastres íntimos, muy propios también de sí para avivar la fe de los tibios, ¿podemos olvidar que estos desastres son de todos los días? ¿y en ellos no reconocerá la tibieza los frutos que ella misma ha producido? San Bernardo ha descrito con su pincel de maestro el trabajo oculto que se verifica hora por hora en esas conciencias más adormecidas aún que hastiadas, trabajo cuyo inevitable remate parecen que son muchas caídas mortales. Tomemos de allí algunos rasgos sueltos, que bastarán para mostrar qué perturbaciones morales son las que insensiblemente traen consigo la suprema decadencia.

La tibieza, dice, es aquel "frío del alma" que las negligencias del espíritu han dejado bajar hasta "lo íntimo del corazón," *in viscera cordis*. Los afectos no tardan en resentir su contagio, los caminos de la sabiduría van obstruyéndose, la luz del entendimiento ha sufrido ya más de un eclipse y la libertad comienza á aprisionarse en intrincados lazos. Luego se embota el vigor, se debilitan las fuerzas, disminuye la gracia y dormita la razón: horror del deber que cuesta, temor del sacrificio que molesta, atractivo del cómodo placer, falsa seguridad, tiranía de la costumbre. Dentro de poco ello será el menosprecio de la ley, la deserción de lo justo, el rechazo de lo verdadero, la repudiación de todo temor de Dios. Y últimamente el descaro no conocerá más límites, y todo hará presagiar esa "caída temeraria, vergonzosa, llena de confusión, que precipita desde las cumbres del bien hasta los abismos del mal, del trono al albañal, del cielo al fango, del paraíso al infierno." (1)

Cada una de estas expresiones, cuya energía desde luego se aplica á la especie particular de caída que se llama pérdida de la vocación y apostasia, ¿no conviene igualmente á esotra caída, mucho más frecuente aún, del estado de tibieza al acto del pecado mortal? El colmo de semejante desgracia es que el alma delincuente, preparada desde muy atrás por los hábitos de una vida tibia, como que se ha familiarizado de antemano con el estado mismo de este pecado, y así pasa, casi sin notar la horrible catástrofe, del letargo á la muerte.

(1) Ille temerarius, ille pudendus, plenus ille ignominia et confusione saltus de excelso in abyssum, de solio in cloacam, de coelum ad coenum, de paradiso in infernum.—[Bern., *Serm. LXIII, in Cantic.*]

ma, tanto, que el Sr. Cura y yo nos admiramos como habíamos podido preparar tanta gente.

Nuestro corazón, por cierto, enternecido al par que consolado, tuvo que concluir por confesar que, gracias á Dios, existe en nuestros pueblos, por descreídos que parezcan, una fe viva y ardiente. En algunos puntos de la República la fe está á lo más adormecida, pero no extinguida; necesita quien la despierte y saque del letargo en que se encuentra. ¡La viña es grande, y por desgracia los obreros son pocos!

Después de esta Comuni3n tan numerosa, subí al púlpito para hacer con todo el pueblo un acto de consagración especial al Sagrado Corazón de Jesús. Todos postrados de rodillas lo repetían, á no dudarlo, en lo íntimo de su corazón. Me parecía en aquel momento ver al Divino Corazón de Jesús, aceptando gustoso este acto, y cubriendo en premio á esta ciudad con su manto protector, para defenderla del libertinaje y corrupci3n, que hoy en día está invadiendo todos los lugares del mundo.

Concluído que fué el acto de consagración, se expuso al Santísimo durante todo el día. Quince Señoras, puestas sus cintas rojas, alumbraban al derredor del Santísimo, formando un semicírculo, y al toque de la campana se removaban con otras quince.

Cada media hora se entonaban cánticos melodiosos desempeñados por las Señoritas cofrades del Corazón de Jesús, y terminaban la media hora de adoración, rezando la estación mayor, pidiendo por las necesidades de la Iglesia y de la República. Y con tantas plegarias fervorosas que en todas partes se elevaban aquel día en el Ecuador, ¿no tendrá razón esta República de confiar en Dios, que no la dejará caer en manos de aquellos que pretenden su ruina espiritual? ¡Ah Señor, en tí confía y no será jamás confundida!

Por la tarde, el Sr. Cura ocupó la cátedra sagrada para hacer el panegírico del Sagrado Corazón de Jesús y exhortar á sus feligreses que cultiven esta devoci3n, la transmitan á sus hijos y así vaya hechando profundas raíces en el corazón de todos.

Este hermoso día terminó con la renovaci3n de las promesas bautismales, y la protestaci3n de fe, y después de recibir la bendici3n con el Santísimo, todos se retiraron á sus hogares llenos de satisfacci3n y contento.

Digno es de recomendar el entusiasmo y exactitud, que como siempre, hicieron notar las Señoritas de Ambato en este día.

Los cantos fueron muy bien desempeñados por los di-

veras coros que formaron estas mismas Señoritas á fin de que el Santísimo estuviese todo el día honrado. Quiera Dios que se conserve, en esta ciudad, devoción tan fervorosa al Sagrado Corazón de Jesús, porque ella es el presagio de su felicidad.

Francisco Jijón Bello.

(Continuará.)

APOSTOLADO DE LA ORACION.

Intencion general para el mes de diciembre,

DESIGNADA POR EL EMMQ. CARDENAL PREFECTO DE LA PROPAGANDA Y BENDECIDA POR LA SANTIDAD DE LEON XIII.

LAS ALMAS TIBIAS.

“Desde el día que yo me diera al servicio de Dios, escribía San Agustín á sus fieles de Hipona, así como yo no he encontrado almas mejores que las que han adelantado en el bien, casi no he hallado ningunas peores que las que se han abandonado al relajamiento.” (Aug. *Epist. ad plob. Hipp.*)

Mucho después que este gran Doctor, San Bernardo con razón se regocijaba, al par que se sorprendía, de saber que cierto número de esas almas lánguidas acababan de pasar de una vida tibia y muy relajada á una vida de las más fervorosas y perfectas. “¡Ahí está el dedo de Dios!” exclamaba; y haciendo suya la palabra de Moisés, arrobado ante el espectáculo de la zarza ardiente de Horeb: “¿Quién me dará ir á ver con mis ojos esa gran maravilla? *Visionem hanc magnam.* Porque la una no es, ni menos admirable, ni menos consoladora que la otra.” *Nec enim minus mira minusve jucunda.* (Epist. xciv.)

¡Oh! quién nos diera, á nosotros también, el regocijarnos con el espectáculo de igual maravilla, y el ver convertirse francamente á Dios las almas tibias, tan numerosas en nuestros días, que retardan, más de lo pensado, en nuestras enfermas sociedades, el advenimiento reparador del reino de JESUCRISTO!

Letargo es cabalmente la palabra, pues nada expresa mejor la situación de una alma que ha llegado á cometer pecados veniales sin resentir ningún remordimiento, ningún recelo, sin oponer resistencia alguna. Diríais una plaza desmantelada, ó por lo menos accesible ya por brechas tan anchas, que el enemigo puede entrar á mansalva, saquear los tesoros amontonados, entrarlo todo á sangre y fuego.

Mas esas brechas que el pecado venial practica en el alma, al multiplicarse en ella día por día, nos enseñan los Santos Doctores que, con no ser tan profundas, se asemejan sin embargo á las cuatro heridas del viajero maltrecho en el camino de Jericó, es decir, de la víctima del pecado mortal.

Los ojos del alma no están, por cierto, completamente apagados; pero el alma permanece, si decimos, cegada por remolinos de polvo y sólo á tientas es como se aventura á andar en las tinieblas. Aunque no estén desencadenadas y en libertad, las pasiones del corazón, esas fieras siempre rugientes, están ya desbozadas y listas á morder.

Por otra parte el Espíritu Santo entristecido, retirando la suavidad de sus gozos, como un padre á quien su hijo causa pesar frunce su rostro para castigarle, (1) desécase el corazón poco á poco en su tibieza crónica, y aun se endurece hasta quedar insensible á los atractivos de las cosas del cielo. En cuanto á la voluntad, ya nada en ella es viril. Como el Efraim del profeta, habrá dejado "que extranjerios devoren lo mejor de su sustancia, sin que caiga en la cuenta de ello"; *comederunt alieni robur ejus, et ipse nescivit.* (Os, VII, 9.) Es la viga maestra que sostiene un vasto edificio, pero que, carcomida por adentro por microscópicos insectos, se rompe de repente, arrastrando el edificio entero en su caída: caída no menos terrible que la de la casa edificada sobre arena, minada por las sordas infiltraciones de las aguas lluvias y derribada por un ventarrón. *Et fuit ruina illius magna.* (Math. VII, 27.)

Agreguemos que el viajero de Jericó no es herido solamente, sino despojado. No hay duda que por los pecados veniales, sean numerosos como fueren, el alma no puede perder la gracia santificante, su inestimable aderezo; pero ¿quién querría reconocer esta espléndida vestidura, bajo un

(1) Ad punitionem tanquam pater tristorem filio faciem ostendit. (Gerson.)

exterior manchado en que tantos hábitos perversos han salpicado su cieno? Profanada y afeada por estas continuas faltas, que degradan su fisonomía de mejores tiempos—*animae decorem exterminant*, dijo San Agustín—el alma se siente además postrada y abatida por el peso cada día más humillante que la arrastra á las cosas de abajo.

¡Oh hombres! ¿hasta cuando no acabaréis con estas vilezas del corazón? *Filii hominum, usquequo gravi corde?* (Ps. IV, 3.)

Y ved cómo los dones del Espíritu Santo, aceite divino que facilitaba maravillosamente la marcha del carro, se hallan neutralizados por el ignominioso orín que traba todos sus resortes. Ved cómo, si bien no sean desterradas aún del corazón, las virtudes sobrenaturales, esas hijas del cielo tan activas y fecundas, no hacen sino quedarse impotentes y cautivas: sus pies padecen con las prisiones que los cargan, y sus nobles manos llevan las señales de las cadenas cuyos eslabones van apretándose más y más. La caridad, sobre todo, su celeste reina, se ve reducida á este término de dolorosa humillación; porque, nos dice San Francisco de Sales, si los afectos del pecado venial, que abundan en el estado de tibieza, no pueden “destruir” la caridad, “ellos la tienen como esclava, atada de pies y manos.” Y el piadoso Doctor, sirviéndose de otra comparación, advierte que “bajo la muchedumbre de los pecados veniales, como bajo cenizas, el fuego del santo amor, si bien no está amortiguado ni apagado, permanece cubierto y ahogado su resplandor.” (*Traité de l'amour de Dieu.*)

Así se explican casi todos los efectos lamentables de la tibieza. Así es como, por ejemplo, al decir de San Bernardo, se encuentran “hombres pusilánimes y perezosos que sucumben bajo la carga; no tienen alegría verdadera ni tristeza saludable; su contricción á medias es rara y de corta duración; sus pensamientos son terrenales, sus palabras livianas, su oración distraída.” (*Serm. LXIII, in Cantic.*)—“¿Cómo, prosigue, producirá la viña, si está seca? ¿Acuso el árbol estéril y seco, no es como árbol muerto? ¿Cómo viviría el hombre tibio, cuando en él ya no circula la savia divina? Por lo mismo que pasa una vida inútil, su vida es muerte.” *Sic eo ipso quod inutiliter vivit, vivens mortuus est.*

III

Ahora bien, recordando á esas almas así despojadas y heridas por el enemigo que señalamos, ¿causará extrañeza el horror y disgusto que inspiran al Corazón de JESUS, tau

ardientemente apasionado por ellas, no por cierto las malhadadas víctimas de este mal, sino el mismo mal, esa lepra que las inficiona, ese cancro que las devora?

Este disgusto del Corazón de JESUS llega, como lo sabemos, hasta la náusea. “¡Ojalá fueras frío ó caliente! dice el Señor; mas, por cuanto eres tibio, estoy para vomitarte de mi boca.” (Apoc. III, 15-16.)

Dios vomita al católico tibio, es decir que le aparta de su abrazo, le priva de sus familiaridades y caricias. Asimismo, notan los Padres, rechazamos la amargura de un fruto áspero y verde que la ausencia de calor ha hecho indigesto por falta de madurez. Con una especie de violencia, como sucede en el vómito, rechaza DIOS al alma tibia, porque su bondad no puede sobrellevar sin asco los efectos de tan peñoso mal. Con todo no dice: Yo te vomitaré de mis entrañas, sino de mi boca. El alma tibia desagrada por demás á DIOS para que éste la admita en lo profundo del corazón, antes la rechaza con disgusto no bien se acerca á sus labios. Todavía no está hecho, parece decir, pero estoy listo á hacerlo, y lo haré. . . . *Incipiam te evomere. (Idem. 16).*

¡Cuán sorprendente no es esta palabra! “¡Ojalá fueras frío!” No es, de seguro, que el pecado mortal no sea en sí cien veces peor que la tibieza, puesto que merece las reprobaciones de un infierno eterno; pero, lo hemos dicho ya, para almas tan queridas del Corazón Divino, el estado de tibieza es tan lleno de peligros, que más valdría una catástrofe que las despertase de este sueño de perdición. Por el contrario, semejantes al viajero que va hundiéndose en un terreno movedizo y acaba por desaparecer en medio del fango, estas almas van resbalando poco á poco y cada día hacia el abismo que las ha de sumergir, sin que les quede la misma esperanza de resurrección y salvación.

Sería menester un milagro.

¡Pues bien! sea cual fuere para tales almas la dificultad de una conversión absoluta, la infinita caridad del Corazón de JESUS ha tomado para sí el compromiso solemne de verificar este milagro. No sólo, conforme al texto mismo de sus divinas promesas, *los pecadores hallarán en él el océano de la misericordia*; sino que—cosa más milagrosa aún, en cierto sentido—gracias á esta devoción bendita, *las almas tibias se harán fervientes*: ¡ah! ésta, ésta es la “superabundancia” de la clemencia celeste, que en algo presintiera ya Tertuliano. *Redundantia clementiae caelestis.*

Así, desde el momento que el dulcísimo JESUS empeña su palabra, no está muerta toda esperanza de una vuelta completa á Dios de los católicos tibios, tan numerosos en-

tre nosotros, aun en la precisa condición de vida que más debería excluir esta peste de la tibieza. “No hay nadie, escribía Santa Teresa, que después de haber principiado su jornada como perverso, no pueda terminarla como santo.”

¿Qué tenemos, pues, que hacer nosotros sino persuadir á esos tibios que adopten, sincera, seria y valerosamente, esta devoción providencial del Corazón de JESUS, que obra tan portentosos prodigios? Entonces, si á DIOS place, nos será dable ver brillar por todas partes esa “gran maravilla,” cuya imagen sabemos que buscaba San Bernardo en la zarza misteriosa “que arde sin consumirse.” Entonces se deleitarán nuestros ojos con la propia señal que daba JESUS de su misión: “Id y contad á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el evangelio á los pobres.” (Matt. xi, 4. 5.)

Si, los tibios—esos ciegos, esos leprosos, esos sordos, esos paralíticos, esos indigentes miserables y desnudos, tales como nos los representan todos los Santos Padres—los veremos entonces, renovados á su juventud como el águila, lanzarse con la agilidad del ciervo y correr, con ardiente y dilutado corazón, en la vía de los mandamientos y los consejos. (Ps. cxiii, 32.)

Mas ¿de dónde lo viene á la devoción del Sagrado Corazón tanta eficacia? Podríamos contentarnos con responder que proviene de aquella voluntad, tan soberana como amable, que da á quien le place y hace brotar de la nada lo que no existe. Pero haremos más sensible la contestación, si averiguamos las dos causas principales que, hoy más que nunca, mantienen en la familia de los hijos de Dios esa desoladora enfermedad de la tibieza.

Es, primeramente, el poco caso que se hace de las culpas veniales; es, en segundo lugar, la falta demasiado general de un alimento divino proporcionado á nuestras necesidades.

1.º ¡Ay! en la atmósfera malsana en que vegetan hoy las almas, ¡cuán fácil es perder de vista la gravedad del pecado venial! Olvidase, y la injuria cruel que irroga á DIOS, y el daño irreparable que nos causa á nosotros mismos. Olvidase que dispone fatalmente nuestra alma á las culpas graves, poco más ó menos, dice Santo Tomás, como los accidentes preparan el sujeto á recibir una forma que no tenía (1); es decir, que es en nosotros, con respecto á aquellus

[1] Sicut accidens potest esse dispositio ad formam substantialem, ita et veniale peccatum ad mortale [D. Th. I, 2, q. lxxxviii, a. 3, ad 1.]

culpas, lo que, por ejemplo, en las materias combustibles, son la sequedad y el calor con relación al fuego. Olvidáase los terribles castigos con que Dios lo ha perseguido, aun en este mundo: Moisés y Aarón excluidos de la tierra prometida por una falta de confianza que raya en exceso de humildad; los Betsamitas y la expiación de su curiosidad irreverente; Oza herido de muerte, porque tocó con la mano el arca vacilante para sostenerla; David que pierde sesenta mil vasallos, como castigo de la vana complacencia que tuvo con el censo de su pueblo; y otros cien ejemplos análogos de las venganzas que Dios toma de muchas infidelidades de que poco nos curamos. Olvidáanse, en fin, las tremendas llamas del purgatorio y los indecibles suplicios de que nada en este mundo puede dar idea; suplicios que tienen por objeto, en gran parte, esas culpas cotidianas que nosotros reputamos tan ligeras, porque nuestra fe adormecida y lánguida se niega á comprender prácticamente la gravedad de un mal que es el *mal de Dios*.

¿Venimos empero á considerar ese Corazón “que tanto ha amado á los hombres” y que siente con tanta viveza sus ingraticudes y hasta sus menores faltas de delicadeza? ¡Oh! entonces ya nuestros ojos no tienen trabajo en abrirse, ni nuestras almas en concebir que las mayores calamidades del mundo no son nada en comparación de un mal que embiste contra Dios, para ofenderle, ultrajarle, despreciarle de cualquier modo á El y á su santa ley; en una palabra, para herirle el Corazón. Y repitiendo con Salviano “que no debe estimarse ligera cosa alguna que ofenda á Dios.” (1) hacemos nuestros los sentimientos de aquella noble reina de Francia cuyas lágrimas se esforzaban en enjugar, so pretexto de que el pecado por ella lamentado era *venial*: “¡Oh! ese pecado es *mortal* para mi corazón!”

2.º En la insuficiencia del alimento, hemos dicho que es preciso buscar la segunda causa de los males engendrados, en la hora presente, por los hábitos de una vida de tibieza. ¡Cuánto no deberíamos aquí gemir por los gustos que se dan tantos católicos, en lo que constituye diariamente el fondo del régimen alimenticio de su espíritu! Sustancias envenenadas las más veces—tomadas ordinariamente por pequeñas dosis, lo confieso—pero también tan incapaces de nutrir como propias á viciar insensiblemente todo el organismo.

En verdad, el alimento por excelencia del alma, es la

[1] Nihil leve aestimetur quo laeditur Deus. [Salvian., l de Provid., VI]

carne y sangre de JESUCRISTO. Y este alimento divino, saboreado con la preparación y la acción de gracias convenientes, hoy importa que nos lo hagamos tanto más familiar cuanto, por los sucesos exteriores, nos acercamos más á esas persecuciones de los primeros siglos, cuando todos los fieles iban, cada mañana, á pedir en la santa Mesa el pan que hace á los valerosos y á los mártires.

¿Podemos acaso ignorar con qué victorioso poder, con qué dulce é irresistible fuerza la devoción al Corazón de JESUS lleva las almas á la comunión frecuente; sobre todo cuando á ellas se les manifiesta esta devoción, bajo la forma de una Asociación viva y organizada para la lucha, tal como es nuestra piadosa Liga del Apostolado?

Guardémonos con todo de olvidar que hay otro pan, otra bebida — *pan del corazón y bebida del corazón* — con que siempre saciará el apetito del alma cristiana la devoción al Corazón de JESUS. ¡Ah! el verdadero pan, la verdadera bebida para el corazón del hombre, es el afecto y el amor; pero afecto y amor dignos de él, dignos de ese corazón que Dios ha hecho bastante grande para que todas las criaturas juntas y el mundo entero con ellas queden radicalmente incapaces de calmar esta hambre y apagar esta sed.

Sí, lo que necesita el corazón del hombre, es el amor de Dios, de un Dios hecho hombre como nosotros y para nosotros. ¡Lo que necesita, en suma, es el Corazón de JESUS! Cuando es amado de esta manera, y lo sabe, y lo cree, y ama él mismo tanto cuanto puede amar, ¿de cuán grandes cosas no será capaz un corazón cristiano?... *Et nos credidimus charitati!* exclamaba el discípulo del amor, que tan bien desempeñó las obras del amor. (I Joan. IV, 16.)

El Venerable P. de la Colombiere se complacía en citar la palabra de San Bernardo: “No hay reposo en el medio. No se lo encuentra sino en la cumbre del amor ó en el abismo de la insensibilidad. *Hinc amor, inde stupor*... En el amor perfecto, la conciencia está tranquila y domada la concupiscencia; en la insensibilidad formada, la concupiscencia está hartada, y muda la conciencia.”

¡Pobres almas tibias! Han creído encontrar una especie de descanso en la inercia estúpida que les impedía sentir su propio mal: *inde stupor*. Ha llegado para ellas la hora de probar, en el amor práctico del Corazón divino, esa inefable serenidad que da la paz tomada en su verdadero manantial: *hinc amor!*

ORACION CUOTIDIANA PARA DURANTE EL MES.

¡Oh Corazón divino de JESUS! os ofrezco, por medio del Corazón inmaculado de María, las oraciones, obras y trabajos de hoy, en reparación de nuestras ofensas y uniéndolas á las intenciones con que Vos mismo os inmoláis constantemente en el ara del altar.

Ofrézcooslos particularmente por las desgraciadas víctimas del estado de tibieza, á fin de que, despertadas de su sueño de muerte, se ocupen generosamente en el servicio de vuestro santo amor.

EMILIO REGNAULT, S. J.

Traducido expresamente de "Le Messager du Cœur de Jésus"
para *La República del Sagrado Corazón de Jesús*.

INTENCION ESPECIAL PARA EL MES DE DICIEMBRE.

Por los predicadores, maestros y propagadores de las buenas ideas en la República.

VERSOS

DEL

Padre Santo León XIII en honor de la Virgen María.

Se ha publicado recientemente un apéndice á las poesías clásicas de nuestro Santísimo Padre. Nuestros lectores leerán con placer la siguiente, que pone de realce la devoción del Sumo Pontífice á la excelsa Virgen María, como también su exquisito gusto literario.

AD BEATAM VIRGINEM MARIAM

PRECATIONES.

I

Ardet pugna ferox ; Lucifer ipse, viden,
Horrida monstra furens ex Acheronte vomit.
Ocius, alma Prens, ocius affer opem.
Tu mihi virtutem, robur et adde novum.
Contere virgineo monstra inimica pede.
Te duce, Virgo, libens aspera bella geram :
Diffugient hostes ; te duce, victor ero.

II

Auri dulce melos, dicere MATER AVE.
Dicere dulce melos, o PIA MATER AVE.
Tu mihi deliciae, spes bona, castus amor :
Rebus in adversis tu mihi praesidium.
Si mens sollicitis icta cupidinibus,
Tristitiae et luctus anxia sentit onus ;
Si natum aerumnis videris usque premi,
Materno refere Virgo benigna sinu.
Et cum instante aderit morte suprema dies,
Lumina fessa manu molliter ipsa tege.
Et fugientem animam tu bona redde Deo.

LEO PP. XIII.

Con aprobación eclesiástica.—Quito, á 27 de noviembre de 1886.



LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

NUM. XXVII—TOM. III

DICIEMBRE DE 1886.

DEBERES DE LOS CATOLICOS ECUATORIANOS.

Nada más honroso, nada más plausible, nada más noble para nuestra República que los dos importantísimos documentos que publicamos en el número anterior de esta revista, cambiados entre la Santa Sede y todos los ecuatorianos que, en su condición de verdaderos creyentes, aceptan sin ambages, sin restricciones, las altísimas enseñanzas del Maestro Infalible de la verdad, contenidas en la preciosa Encíclica *Immortale Dei*.

Pero *noblesza obliga*, decimos en buen español; y si el mundo católico, representado por el Soberano Pontífice, el sapientísimo León XIII, por los ilustrados publicistas y defensores de la causa de

la verdad en Europa y América, vuelven los ojos hacia nosotros, y nos saludan como al pueblo *modelo de pueblos los más felices de la tierra*; (1) es evidentísimo que no sólo es *justo* como quiera, sino también *absolutamente indispensable, absolutamente necesario* que los ecuatorianos estudiemos á fondo y tratemos de comprender toda la extensión de las obligaciones que delante del cielo y de la tierra hemos contraído con la Persona Adorable de Nuestro Señor Jesucristo y con la de su Vicario en la tierra, cuando hemos levantado nuestra voz, que ha resonado en todo el universo, y hemos dicho que, en prueba de la sinceridad de nuestra fe, *protestamos* que las sabias doctrinas y saludables consejos de la Encíclica *Immortale Dei* serán la invariable regla de nuestra conducta, la norma de nuestras acciones y la luz que nos guíe y alumbre en nuestra conducta pública y privada; cuando hemos protestado asimismo sostener, propagar y defender, por cuantos medios se encuentren á nuestros alcances, esas mismas sabias y salvadoras doctrinas. Y este estudio nos es tanto más necesario, cuanto, en nuestro concepto, de él depende el ulterior desenvolvimiento y la última consecuencia práctica de la consagración de la República al Divino Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, la cual no es otra que el triunfo definitivo de la soberanía social de este Hombre Dios no sólo en el Ecuador, no sólo en América, sino en toda la redondez de la tierra: que si doce pobres pescadores pudieron conquistar el mundo con la *Cruz*, muy bien puede una República santificada convertir á las naciones todas con el *Corazón* de su Dios.

(1) Palabras de la revista española intitulada *La Ciencia Cristiana* en el número correspondiente al 30 de setiembre, y reproducidas en el semanario español *La Semana Católica* en el número del 10 de octubre del presente año.

Sí: estudiemos nuestras obligaciones; estudiemos la Encíclica *Immortale Dei*; ilustremos con ella nuestra fe; recojamos, de una en una, las santas lecciones de nuestro Doctor universal, de nuestro Padre, cuya voz es el eco de la sabiduría celestial de diez y nueve siglos en el tiempo, y la majestuosa resonancia de la Sabiduría del Verbo del Padre en la eternidad. Llevemos á nuestra meditación y estudio una mente serena, un corazón tranquilo, un espíritu recto y bien intencionado. Estamos, sin duda, llamados á ser verdaderos filósofos cristianos; y para corresponder á nuestra vocación no nos basta prestar en ocasiones dadas nuestro asentimiento á las doctrinas católicas en globo, sino que es preciso fijarnos detenidamente en los principios de la fe para deducir de ellos las consecuencias y aplicaciones prácticas, que establezcan definitivamente nuestra sociedad civil y política sobre la base incommovible del espíritu católico. Porque, así como en las ciencias naturales de nada sirven los principios especulativos, si se descuida por completo el elemento empírico, así también en materias religiosas poco aprovechan el dogma y la enseñanza, si no hacemos de ellos la norma inflexible de nuestra vida práctica. ¿Qué habremos ganado con nuestra espontánea y unánime adhesión á la Encíclica *Immortale Dei*, si ignoramos *todo* lo que ella comprende, si damos al olvido lo que de ella aprendimos, si conociéndola perfectamente, desmentimos las convicciones del entendimiento con las flaquezas de nuestro corazón y con las rebeldías de pasiones mal mortificadas? Salta, pues, á los ojos que nuestra primera diligencia debe ser popularizar y generalizar en la nación el conocimiento exacto de todas las enseñanzas de Nuestro Santísimo Padre León XIII; ellas deben ser el tema constante de las predicaciones en el púlpito,

de las disertaciones en la cátedra, de los discursos en las cámaras, de las deliberaciones en el gabinete, de la conversación en la tertulia y del consejo paternal en el hogar doméstico. Deberíamos hacer de la Encíclica *Immortale Dei* una especie de *Catecismo Nacional*, puesto al alcance de todos los niños de primeras letras.

En la *Carta Pastoral* que nos dirigieron nuestros Prelados, al cerrar las sesiones del IV Concilio Quitense, decíannos que “los medios de preservación de los modernos errores se reducen á uno solo, que consiste en crear para las generaciones que se levantan una atmósfera luminosa de verdad: *veritas liberabit vos.*”—Y añadían los Padres del Concilio: “El sacerdote en el púlpito, el maestro en la cátedra, el padre de familia en el hogar, el hombre público en el foro, el ciudadano en sus íntimas relaciones, el escolar en sus estudios, el artesano en su taller. . . todos deben sumergir las inteligencias vírgenes en esa atmósfera purísima de la Verdad Católica. Así como luego que delinquieron nuestros padres, el Angel del Señor echó del paraíso terrestre á los pecadores y defendió con espada de fuego las entradas á esa mansión de la inocencia; así cada uno de nosotros debemos armarnos de la otra espada de las *divinas enseñanzas*, para impedir en nuestra Patria la entrada del error en el jardín florido de la Iglesia. . . .”

Pues bien, la honrosísima contestación del Padre Santo á nuestra protesta de adhesión á la Encíclica *Immortale Dei* parece que determina el momento *preciso* en que debemos *crear*, como dicen nuestros Pastores, *para las generaciones que se levantan una atmósfera luminosa de verdad.* A este efecto nos atrevemos á sugerir algunos medios *prácticos* que esperamos serán unánimemente aceptados por todos los ecuatorianos de cuya religi-
osi

dad y celo no nos es lícito dudar un solo instante.

En primer lugar, debemos hacer una edición esmerada de la Encíclica *Immortale Dei*, con breves sumarios de su contenido, conforme, por ejemplo, á la española de "El Mensajero del Corazón de Jesús." Tiene esta edición la ventaja de presentarnos la Encíclica dividida en párrafos distintos, cada uno de los cuales está precedido de un pequeño índice analítico de todas las enseñanzas pontificias en él contenidas: lo cual es muy útil para el fin que nos proponemos, á saber, que se aprenda en los establecimientos de educación y se medite detenidamente por cuantos se ocupan en la cosa pública. Esta edición debe ser copiosísima, de modo que alcancen sus ejemplares para el crecidísimo número de fieles que firmaron la protesta de adhesión; porque ha de notarse que en este documento impreso sólo constan los nombres de las personas más visibles; pues, de lo contrario, hubiérase formado un grueso volumen de firmas.

En segundo lugar, todos los maestros y profesores, todos los predicadores y directores de conciencia deberían imponer á las personas á quienes enseñan y dirigen la frecuente y reflexiva lectura del documento pontificio, de modo que, si es posible, no haya un solo ecuatoriano que no pueda dar razón exacta de lo que nos dice el Padre Santo. En el camino espiritual la lectura de libros ascéticos es, como sabemos, un medio importantísimo de perfección evangélica; y, si inquirimos la causa funesta del poco fruto que producen los escritos liminosos, no hallaremos otra que la versatilidad, inconstancia y ligereza con que los lectores pasan de una cosa á otra, y entregan al más profundo olvido las más altas lecciones de la sabiduría. Publíquese una encíclica, una pastoral, un discurso: cuatro días se habla de ello, se elogia á sus autores,

se aceptan las enseñanzas... pasan los cuatro días, y van á dar discursos, pastorales y encíclicas al panteón de eterno olvido!!... Este es un mal gravísimo, de que adolecen sobre todo los pueblos dominados por la inaginación: digámoslo claro:— los pueblos hispano-americanos.

En tercer lugar, nos atrevemos á recordar que el primer Congreso Eucarístico celebrado en esta Capital dice, en el artículo tercero del sexto Acuerdo, que *los diputados á dicha asamblea religiosa promoverán... la propagación de la revista católica intitulada La República del Sagrado Corazón de Jesús*. Este artículo fué aprobado con unanimidad por la "Junta Promotora," y pasó sin discusión en las sesiones privadas, públicas y solemnes del Congreso. Luego es muy claro que *todos* los miembros de aquella asamblea contrajeron un serio compromiso de sostener á todo trance nuestra humilde publicación; toda vez que no se puede propagar sino lo que existe, y *La República del Sagrado Corazón de Jesús* no puede existir por sí misma, si no hay quien la sostenga. Entre nosotros, por más libertad que se otorgue á la imprenta, escaso, muy escaso es el número de publicaciones; efímera es la vida de un diario, de un periódico. No sabremos decir si ésta sea desgracia ó fortuna nuestra: mas cuando consideramos la pobreza literaria de algunas de nuestras hojas sueltas y los malos instintos de escritores noveles, preferimos, como literatos y como filósofos, el silencio absoluto de la prensa á las inconscientes vociferaciones de la malignidad y de la ignorancia; pues la República literaria es la República de la belleza ideal, y no podemos dar en ella carta de ciudadanía á esos míseros engendros del error y de la ineptia que tanto nos desacreditan en el exterior.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que nues-

tra modesta revista goza ya de bastante reputación en los países extranjeros. Ella está prestando, si bien con harto trabajo, importantes servicios á nuestra querida Patria. Consúltense las más sabias y respetables publicaciones de España, Francia, Bélgica, Buenos Aires, Chile, el Perú y algunas otras naciones; y se verá que la actual reputación y gloria del Ecuador en algo se debe á *La República del Sagrado Corazón de Jesús*. Debemos, pues, sostenerla á todo trance, conservar y aumentar las suscripciones, alentar á los colaboradores para que lleven adelante, adelante su difícil empresa, hasta coronarla con el más brillante éxito, con el triunfo de la verdad, de que ella es fiel intérprete.

Así asegurada la existencia de esta publicación, podemos convertirla en el medio más eficaz de la propágación de las buenas ideas. Los miembros de "La Juventud Católica," todas las personas virtuosas é ilustradas, los sabios profesores de ciencias públicas, los sacerdotes celosos é instruidos, en una palabra, todos los hombres buenos pueden presentar á la Redacción trabajos serios, concienzudos, bien pensados, que directa ó indirectamente contribuyan al objeto propuesto, es á saber, á la constitución de la sociedad ecuatoriana sobre la base de las doctrinas expuestas en la Encíclica *Immortale Dei*. Si, como confiamos en el Señor, estas indicaciones son bien acogidas, ofrecemos á nuestros piadosos lectores continuar, por nuestra parte, haciendo cualquier sacrificio para el sostenimiento de esta obra encaminada tan sólo á la gloria de Dios y al verdadero progreso de nuestra Patria.

X.***

CARTA ENCICLICA

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE LEON XIII

PAPA POR LA DIVINA PROVIDENCIA

A LOS OBISPOS DE HUNGRÍA.

A NUESTROS VENERABLES HERMANOS, LOS PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y OTROS ORDINARIOS DE HUNGRÍA,
EN COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA,
LEÓN XIII, PAPA.

Venerables hermanos: salud y bendición apostólica.

Uno de nuestros más ardientes deseos, el que Nos fuera dado hallar ocasión oportuna para comunicarnos con vosotros por medio de nuestras Letras, del mismo modo que Nós lo hemos efectuado respecto á los Obispos de otros países, con el objeto de hacerlos conocer nuestras intenciones acerca de las cosas que atañen á la prosperidad y á la salud de los intereses cristianos de los húngaros, ha encontrado excelente ocasión que Nos permite realizarlo, en estos días en que celebra Hungría como un feliz recuerdo la liberación de la ciudad de Buda ocurrida hace dos siglos.

Es, ciertamente, en los fastos nacionales de los húngaros, una gloria para siempre insigne, la que alcanzaron vuestros antepasados al reconquistar por su valor y constancia su capital, ocupada por el enemigo durante siglo y medio. Para perpetuo recuerdo de este beneficio divino decretó sabiamente el Soberano Pontífice Inocencio XI, que al día siguiente de las kalendas de setiembre, fecha en que se realizó tan grande acontecimiento, se celebrasen solemnes ceremonias en todo el mundo cristiano en honor de San Esteban, primero de vuestros reyes apostólicos. De este modo, como nadie ignora, tomó parte, y no la menor, la Silla Apostólica en este importante y dichoso acontecimiento, que fué como el fruto consiguiente de la brillante victoria obtenida en Viena tres años antes contra el mismo enemigo, victoria atribuida con justicia, en gran parte, al celo apostólico de Inocencio XI, y gracias á ella empezaron á debilitarse en

ve siglos, la gloria de la Virgen incomparable, aclamándola, bienaventurada.

Jamás me olvidaré de las Letanías de aquella noche: aún me parece estar oyendo las exclamaciones del coro, y la plegaria repetida del pueblo: aún me parece oír cantar, con entonación grave y prolongada, ese *Mater admirabilis*, Madre admirable, que, en aquellas circunstancias, fué para mí como un eco de aquel grito de admiración, on que, sin duda, prorrumpen los bienaventurados en el cielo, asombrados de la santidad y gloria de la Virgen: y ese solemne y quejumbroso *ora pro nobis*, ruega por nosotros, repetido con significativa é imponente monotonía, ¿no era, acaso, el grito, con que la Iglesia militante responde desde la tierra á las aclamaciones de la triunfante en el cielo? . . .

Mas, ¿cuál no fué la emoción de mi alma oyendo cantar é esa muchedumbre numerosa *Refugium peccatorum*, *ora pro nobis*, allí, en ese mismo lugar, donde la Virgen hizo aquella solemne advertencia á nuestro siglo orgulloso, mandándole á Bernarlita que publicara, á nombre de la misma Virgen y por orden expresa suya, que era necesario y urgente hacer penitencia, penitencia, penitencia? . . . ¡Oh Maria! ¡oh Refugio de los pecadores! . . . Si Vos misma no detenéis el brazo divino alzado para castigarnos, ¿qué será de nosotros? Nos conmináis con la ira divina encendida contra nosotros, repitiéndonos, con énfasis misterioso, tres veces la palabra penitencia, como para hacernos comprender la gravedad de nuestras culpas; esas palabras nos aterran; dignaos volver hacia nosotros vuestros ojos misericordiosos, ¡oh Maria! *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte*.

Yo no he presenciado en Lourdes ningún milagro estrepitoso, ni tenía curiosidad de presenciarlo: yo no he visto á ningún tullido arrojar las muletas y salir corriendo de la piscina maravillosa; cierto, yo nada de eso he visto allá; y con todo, yo he sido testigo, como lo es todo el mundo, de un gran milagro. ¿Quién vió á la Virgen Inmaculada? Por ventura ¿la vieron todos aquellos que acudían á presenciar las apariciones? Y no obstante, hoy día todo el que vaya á Lourdes, sin preocupaciones absurdas, puede decir lo que los moradores de Sichar á la Samaritana, después de haber visto á Jesucristo: Ahora ya no creemos por lo que tú nos dijiste, sino por lo que nosotros mismos hemos visto y conocido. *Et mulieri dicebant: Quia jam non propter tuam loquelam credimus; ipsi enim audicimus et scimus. . .* (1)

(1) Evangelio de San Juan, c. iv, v. 42.

En Europa, donde tanto se ha blasfemado de Jesucristo, donde tanto se ha escarnecido su nombre: en Francia, donde se ha negado todo dogma cristiano; en Francia, donde ha habido desgraciados que, en el delirio de su orgullo, se jactaron de haber arruinado para siempre la Religión cristiana; en Francia, donde se ha enseñado que los milagros eran de todo punto imposibles; en Francia, encargada de propagar y difundir por todo el mundo lo bueno y lo malo; en Francia, allí era donde convenía que brillara la verdad eterna de la Religión cristiana, y allí brilló, y brilló con luz espléndida. Las magníficas apariciones de la Virgen no convenía que se verificaran en una nación creyente y enteramente piadosa, sino en una nación escéptica y descreída, acostumbrada á examinar los hechos en el crisol de una crítica ilustrada y exigente; pues los milagros de Lourdes no eran un beneficio individual y aislado, concedido por la Virgen á una alma predestinada, sino un beneficio social, destinado á todas las naciones del mundo. Eran esas apariciones como una solemne misión evangélica, dirémoslo así, que la Reina de los Apóstoles daba á la Iglesia entera, para reanimar la fe, amortiguada y casi apagada en todo el mundo.

El milagro se verificó con tales condiciones, que dejó satisfechas á la vez las justas exigencias, tanto de la escrupulosa conciencia católica, cuanto de la honrada ciencia profana. El mundo todo creyó, y de un extremo al otro del globo cundió un santo entusiasmo y un sobrenatural apresuramiento por corresponder al beneficio recibido. ¿Quién podrá contar los millares de peregrinos, que, en un cuarto de siglo, han venido desde los países más remotos á postrarse delante de una gruta, donde los ojos corporales nada ven, nada descubren? ¿Quién podrá enumerar las gentes que han caído de rodillas ante esas rocas mudas y solitarias, convertidas en santuario por la presencia momentánea de la Virgen Inmaculada? ¿Cómo explicar esto? ¡Ah! Preguntamos la explicación de lo que pasa en Lourdes!!... Eso es un gran milagro, un milagro, mayor que la curación instantánea de mil enfermos: es el cumplimiento palpable de la profecía que hizo la misma divina Virgen acerca de su destino incomparable, cuando anunció que todas las generaciones la llamarían bienaventurada. El vaticinio de la humilde Doncella de Nazaret está cumplido: Lourdes es una prueba espléndida de su cumplimiento. Lourdes es una romería, donde se regeneran y mejoran las almas: allí nadie va á buscar, por una devoción consuetudinaria, solamente esparcimiento para los sentidos: la fuente milagrosa

es el símbolo de aquella otra, cuyas aguas sobrenaturales manan eternamente para apagar la sed de las almas.

Lo que vemos, lo que presenciarnos en Lourdes no se puede explicar naturalmente: las escenas de Lourdes no son más que como un coro magnífico del cántico, que, hace diez y nueve siglos, entonan las generaciones á la Madre del Redentor, proclamándola bienaventurada.

Agosto de 1880.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, *Pbro.*

EL DIOS DEL SACRAMENTO.

¡ Mendigo amante y tierno
De humanos corazones,
Jesús sacramentado,
¡ Oh Amor de los amores !
¿ Por qué á este suelo mísero,
A derramar tus dones
Tan escondido vienes,
Tan tímido y tan pobre,
Dejando allá tu alcázar
De diamantinos soles,
Donde te adoran férvidas
Angélicas legiones ?
¿ No ves cómo en Calvario
Perenne, ingratos hombres
Han convertido el mísero
Santuario en que te escondes ?
¡ Ay cómo aquí te niegan,
Y á innúmeras pasiones
Te entregan maniatado,
Y te hartan de dolores,
Y hasta maldicen pérfidos
Tu sacrosanto nombre !

¡ Ay cómo desde la hostia,
Do preso día y noche
Estás siempre en acecho
De amantes corazones,
Te oigo implorar pacífico
Perdón para los hombres,
Que en sorda vocería
Y en confusión informe
Se van á Babilonia,
Hollando tus pendones !
Y ; cómo al que amoroso
Tu voz escucha dócil,
Como al ladrón del cielo
Le dices : "Toma y come
Mi carne sacrosanta
Y cíñete de flores ;
Mañana al paraíso
Irás, y eternos goces
Tendrás enriquecido
De eternos galardones."

En cambio, ¡ cuántas lúgubres
Y solitarias noches,
Sólo en el templo y ávido
De dispensar favores !
No más que por un fervido
Yo te amo ! de los hombres
Entreabres ; ay ! tu cárcel,
Y aun cuando nadie te oye
Exclamas con voz lánguida :
"¡ Ay qué abandono ! ¿ en dónde
Están los míos, Padre ? . . .
Hoy como ayer vencióles
El sueño á mis discípulos ! . . .
Y tengo sed ! . . . no corren
Aquí las linfas plácidas
De amor . . . ¿ quién me socorre ?
¡ El mundo todo es árido

Desierto de Gelboe !
Y son más que cadáveres
Los infelices hombres :
Les grito, como á Lázaro,
Levantad ! . . . no responden.
¿ Fué menos en el Gólgota,
Aquesta sed sin nombre ?
¡ Y apenas una lámpara
Tan débil como pobre,
Chisporroteando lánguida
A tu clamor responde ;
Y lloran los arcángeles
De envidia por el hombre ;
Y tiemblan en los búcaros
Las ya marchitas flores ;
Y quejas lanzan fúnebres
Los vientos de la noche !
¿ Lo ves ? Jesús dulcísimo,
¡ Cuán mal te paga el hombre ! . . .
Levanta el vuelo y rápido
Asciende á las regiones
Celestes, y ya acábense
De amor estos dolores,
Y pague el mundo pérfido
Su ingratitude sin nombre !
Mas, no, Jesús piísimo,
Jamás nos abandones,
Del tiempo á la vorágine ;
Jamás, jamás, que entonces,
¿ A quién el débil huérfano,
El desvalido, el pobre,
Y todo aquel que innúmeros
Pesares sienta y llore,
Irá á implorar un plácido
Consuelo á sus dolores ?
¿ A quién, Señor, si es naufraga
De Adán la triste prole,

Y es pedernal durísimo
El corazón del hombre?
¡Piedad, Padre bendito,
Piedad, y no se agote
El manantial benéfico
De tus divinos dones!
Y de la vida en la última
Hora fatal, socorre
A tus hijos; el viático
Sé de ellos, y pregouen
Los cielos el vivifico
Raudal de tus favores; . . .
Y sé siempre el pelícano
Que hallas de amor los goces
En repartir magnánimo,
Tu corazón al hombre.
En cambio, un himno plácido.
Eleve todo el orbe,
Y en él proclame unísono
Tus infinitos dones,
Tu suma omnipotencia,
Tu sacrosanto nombre,
Y tu admirable y tierno
Amor hacia los hombres. . . .
Y ten piedad si en Gólgota
Perenne, ingratos hombres,
Hemos cambiado el mísero
Santuario en que te escondes;
Y adiós hasta los cielos,
¡Oh Padre de los pobres! . . .

MIGUEL MORENO.

Cuenca, 21 de junio de 1886.

CRONICA DE LAS FIESTAS

CON QUE FUE CELEBRADO, EN LAS DIÓCESIS DEL
ECUADOR, EL 2º CENTENARIO DEL CULTO PÚBLICO
TRIBUTADO AL SANTÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS.

(Continuación.)

DIÓCESIS DE CUENCA.

Ciudad de Cuenca.—Esta piadosa ciudad, de cuyo seno han salido tan fervientes y activos propagadores de la devoción al Santísimo Corazón de Jesús, se distinguió de un modo muy especial en las fiestas del Centenario. “El Progreso,” órgano periódico de aquella culta y católica sociedad, se apresuró á publicar, el 14 de junio, (núm. 60) un hermoso y entusiasta artículo del inspirado poeta Dr. Remigio Crespo Toral, intitulado *Christus vincit!* Preparados los ánimos con la oportuna predicación del Clero y la propaganda de la Junta Promotora Diocesana, la fiesta no podía menos de ser brillante, como lo fué en efecto.

Hé aquí la relación que nos da el mismo periódico ya citado, en su número 61:

“Sobremanoera hermoso y consolador para los que reconocemos la soberanía de Jesús, ha sido el homenaje con que la mayor parte de los pueblos de nuestra República han solemnizado el segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús Patrón del Ecuador. Ante esos testimonios de piedad religiosa que tienen trascendencia social y carácter de propaganda generosa, la esperanza nos fortalece, aunque las innobles luchas del presente lleven nuestra mente hacia más ingratas consideraciones.

Cuenca, la ciudad de costumbres inocentes y vida casi patriarcal, ha sido, á no dudarlo, después de la ilustre y religiosa Quito, la ciudad en que han sido mayores y más sinceros los regocijos con que se ha solemnizado la gran fiesta del Señor de la Patria, del Dios del Corazón herido.

En la noche del 18 de junio, la ciudad se hallaba profusamente alumbrada y las músicas oficiales festejaban la víspera del día del solemne homenaje.

Llegado aquél, se anunció con salvas y músicas militares: y luego la ciudad se engalanaba desde los barrios del centro

hasta los arrabales, con una profusión y entusiasmo inusitados. La imagen del Sagrado Corazón de Jesús se destacaba como blasón divino, en la bandera nacional; y los nombres de Dios y de la patria, en argumentos y emblemas, resplandecían como muestra de alianza de la tierra con el cielo.

Como en el mejor de los días, la población recorría, en tropel y regocijada las vistosas calles; y dando lugar á las ocupaciones ordinarias, invadía los templos y acudía al sacrificio y á la plegaria.

En la Catedral, una inmensa multitud se agolpaba desde las primeras horas de la mañana, en demanda del Pan de la reparación; al mismo tiempo que en todas las aldeas, se levantaba el cáliz del sacrificio, se echaban las campanas á vuelo, y acudían los mejores amigos de Jesús al banquete de la comunión reparadora. (1) ¡Cuán hermosos y apacibles alegrías, tan desnudas de mezcla mundana y terrenal regocijo! En la ciudad y los campos, unidos en un solo corazón, todos como amigos y hermanos, adoraban, con los mismos homenajes, al Corazón amante, el más tierno, el más soberano de los corazones.

Esos millares de individuos que se sentaron ese día al banquete eucarístico habrán alcanzado gracia y favor, no sólo para ellos, para la Patria toda; y señaladamente para esas pobres y sombrías regiones de nuestra República, donde la luz encontró obstáculos á su paso, y la música de las alturas ha buscado ecos amigos, y no los ha hallado. ¡Ay, en cuántas ciudades y aldeas se habrá arrojado la apagada lámpara del altar en la sala de las orgías liberticidas!

A las diez, comenzó la misa solemne en la Catedral, con asistencia numerosísima de autoridades, corporaciones, señoras, caballeros y gran muchedumbre del pueblo. Celebráronse los divinos oficios con pompa singular, y predicó en alto estilo, y sobre tema encumbradísimo, el R. P. Lasplanes, dominicano.

(1) El orden de la comunión reparadora fué el siguiente: De 5 y media á 6 de la mañana, se celebró la primera Misa, en que comulgaron los miembros de la Congregación de Artesanos y del Apostolado de la Oración.—Las otras Misas se sucedieron cada media hora.—De 6 á la media, comulgó la Asociación de la Sagrada Familia.—De 6 y media á 7, los socios y socias de la Adoración Perpetua y los niños de las escuelas.—De 7 á 7 y media, los Terciarios y Terciarias de Santo Domingo, socios de la Conferencia de San Vicente de Paul y los alumnos del Seminario.—De 7 y media á 8, los socios y socias de las Congregaciones de los Dolores de María y de San José.—Durante el día, las Asociaciones de piedad adoraron por turno al Santísimo Sacramento.

En la tarde, volvió el devoto pueblo á la Iglesia mayor; y después de escuchada la autorizada y discreta palabra del Sr. Rector del Seminario, Dr. D. Cernelio Crespo Toral, comenzó la solemne procesión de la sagrada imagen del Sagrado Corazón de Jesús. (1)

Talvez Cuenca no ha visto en otra ocasión una que como ésta fuese al mismo tiempo que numerosa, solemne y edificante: Recorrió la piadosa muchedumbre las principales calles de la ciudad, y volvió al lugar de donde había salido.

Continuados los festejos hasta las ocho de la noche, en ese entonces lo más selecto de la concurrencia acudió al magnífico salón del Seminario, donde los hombres de letras y los magistrados del Azuay debían ofrecer, en sabrosísima vela-

(1) Para mayor abundamiento reproducimos el programa de la procesión que se publicó de antemano:

“A las 3 y media de la tarde se repicará en las campanas de la Catedral, para que el pueblo concurra á esta iglesia.

A las 4, se hará una visita al Santísimo Sacramento: luego seguirá el sermón y el acto de consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús.

Terminada la función piadosa, otro repique anunciará que empieza la procesión, la que tendrá lugar en el orden siguiente:

Después de la cruz alta, desfilarán los niños de las escuelas y los alumnos de los colegios.

En seguida, las congregaciones de hombres en este orden:

La Congregación de Artesanos.—La de los Dolores de María. El Apostolado de la Oración.—La Sagrada Familia.—Terciarios de Santo Domingo.—Los Veinticuatro.—La Conferencia de San Vicente de Paul.—La Adoración perpetua.

Después de los hombres, irán las Señoras en el orden siguiente:

La Congregación de los Dolores de María.—Las Hijas de María.—El Apostolado de la Oración.—La Sagrada Familia.—Las socias de San José.—Terciarias de Santo Domingo.—La Adoración perpetua.

A continuación irán: Las Comunidades religiosas.—El Clero secular.—Los Seminaristas.—El Capítulo Catedral.—Luego seguirá la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y detrás de ella, irán el Sr. Gobernador de la Provincia, los Magistrados, los empleados civiles y militares y la tropa.

Calles que recorrerá la Procesión.

De la Catedral, subirá por la *Calle de Malo*, hasta la del *Portete*, y doblando la esquina hacia la de *Bolívar*, descenderá por esta calle, hasta la Catedral.

Se recomienda el silencio, y sobre todo, la modestia, que son indispensables en una procesión de desagravio al Divino Corazón de Jesús.”

da, la ofrenda del saber y las flores del arte al amado Patrón de la República.

Hé aquí el programa de la velada, que mereció especialísimos aplausos, y cuyos discursos y poesías comenzaremos á publicar, para deleite de los lectores y honra de los caballeros que intervinieron en esa hermosa fiesta literaria. (1)

PROGRAMA

de la Velada Literaria con que se celebrará, en el salón del Colegio Seminario, el segundo Centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús.

Obertura.—Himno nacional ecuatoriano, cantado á toda orquesta.

El Gobernador de la provincia, Dr. D. Francisco J. Moscoso, inaugurará el acto.

Himno al Sagrado Corazón de Jesús—Música del Sr. José M. Rodríguez.

Discurso del Sr. Rafael V. Borja, Subdirector de Estudios.

Las olas de plata.—Variaciones obligadas al clarinete, ejecutadas por A. Arias.

Discurso del Sr. Dr. Juan de Dios Corral, Presidente de la Corte Superior de Justicia.

El sueño del ángel.—Variaciones obligadas al trombón, ejecutadas por José Nicolás Coronel.

Discurso del Sr. Ministro Juez, Dr. José Rafael Arzaga.

¡Oh Cor amoris!—Coro cantado por alumnos del Colegio Seminario.

Después del sitio.—Poesía del Sr. José Mora.

Las rosas.—Música de Olivier Metra, ejecutada por José Nicolás Coronel.

Discurso del Sr. Dr. David Neira.

El Dios del Sacramento.—Poesía del Sr. Dr. Miguel Moreno.

¡Oh Jesús!—Coro cantado por alumnos del Seminario.

Discurso del Sr. Tomás Abad.

Obertura de Nabucodonosor ejecutada por José M. Rodríguez y Luis Pauta Rodríguez.

Discurso del Sr. Dr. Manuel Coronel.

Dios y Patria.—Poesía del Sr. Dr. Remigio Crespo Toral.

La Napolitana.—Variaciones en el piau ejecutadas por el Sr. José M. Rodríguez.

Discurso del Sr. Dr. Luis Cordero.

Himno al Sagrado Corazón de Jesús.”

Sentimos verdaderamente no poder reproducir, por falta de espacio, todos los discursos y poesías de esta memorable velada: todos ellos honran á la católica ciudad, en la

(1) Véanse los números 62, 63 y 64 de “El Progreso.”

que se pronunciaron, contribuyendo grandemente á la solemnidad del Centenario.

Ciudad de Azogues:—De una carta que fué dirigida á esta Capital por un sacerdote de aquella importante población, extractamos los siguientes rasgos:

“¡Gracias al Santísimo Corazón de Jesús por todos los beneficios que en su Centenario nos ha concedido! Supongo que allá habria tanto entusiasmo como aquí (*si licet magna cum minimis componere.*) Creo que su corazón, si no ha quedado completamente satisfecho, por lo menos guardará el recuerdo de este día como uno de los más felices de su vida. A mí me parece que nuestra República niña ha hecho este día su primera comunión. ¿No es muy dichosa? Felicitémosla y felicitémonos, y sobre todo agradezcamos al Santísimo Corazón de nuestro único Soberano.

Lo que se ha hecho aquí ha excedido á nuestras esperanzas.—En los ocho días precedentes al de la fiesta no se notaba movimiento ni entusiasmo; por el contrario, una frialdad que nos affigia. La gente ni de la ciudad ni del campo no acudía á confesarse, á pesar de la advertencia que se les hizo; pero la mañana de la fiesta, cuando esperábamos un lamentable desengaño, quedamos agradablemente sorprendidos al ver que la comunión que se empezó á distribuir á las siete y cuarto ó siete y media duró hasta las nueve, y esto, porque hubo dos sacerdotes que daban á un mismo tiempo la comunión: el Sr. Cura Dr. Corral y el Sr. Ortega. Se consumieron tres copones, los dos llenos y el otro la mitad. Hubo muchísimo orden en la iglesia; cumularon primero los hombres y niños y después las mujeres del pueblo, las señoras y las niñas. Yo no sé cuando se confesó tanta gente; lo que deduzco es que se guardaron de pecar, al oír el aviso que se les dió de que acudieran oportunamente; sólo el día sábado y el día domingo hubo tanta gente que no pudimos confesar ni la quinta parte. ¡Dios sea bendito!

A la misa solemne asistieron las autoridades; durante el día el Santísimo estuvo constantemente adorado por muchas personas particulares y por las Asociaciones que se iban turnando sucesivamente.

La procesión fué muy solemne y ordenada. Iban primero los niños, después los hombres del pueblo, en seguida las asociaciones piadosas de hombres; las mujeres iban detrás de los hombres en orden análogo, y cerraba la procesión, detrás de la imagen del Santísimo Corazón de Jesús, el cuerpo de empleados. Cada jefe de asociación llevaba

Un estandarte; y como nadie ha querido quedar atrás en entusiasmo, hasta las madrinas de las hijas de María han trabajado ocultamente sus pequeños y graciosos estandartes, lo que hacía muy alegre y majestuosa la procesión. El Gobernador, piadoso como lo es, llevaba también la bandera de la República, y la engalanamos con el Sagrado Corazón por escudo. Creo que aquí no habrá quien lo quite de ese lugar. Hubo salvas, repiques, música, velación de la imagen del Santísimo Corazón en la casa de Gobierno; discursos de niños, muchos adornos en las calles, y cosa digna de alabanza! casi todos pusieron corazones ó imágenes del Sagrado Corazón en las puertas y banderas. Ni una sola casa ni tienda ha quedado sin adorno; hubo muchas luminarias ambas noches, & & . . . Se hizo el acto de consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús, y se lo distribuyó impreso."

DIÓCESIS DE IBARRA.

Ciudad de Ibarra.—Nuestros lectores conocen ya la Pastoral del Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis, dada con motivo del Centenario, así como la parte activa que el dignísimo prelado tomó en las fiestas de Quito. Véase ahora lo que se hizo en Ibarra, según una relación que de allí se nos ha remitido:

"El 29 de mayo, el Ilmo. Señor Obispo bendijo con toda pompa y solemnidad el nuevo templo de San Agustín de esta ciudad, dedicándolo al Sacratísimo Corazón de Jesús. A esta augusta y majestuosa ceremonia concurrieron todas las clases sociales, entusiastas y llenas de regocijo de ver concluido un templo más, en el que se iba á dar lucido culto al Divino Corazón de Jesús. En la mañana del 30 el mismo Señor Obispo celebró de Pontifical en dicha iglesia y se hizo en ella la primera comunión de las niñas que están bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad; lujosamente vestidas todas de blanco, llevaba cada niña un bonito estandarte, también blanco, conteniendo cada uno una invocación de la Letanía de la Santísima Virgen. Si el acto de la comunión fué conmovedor y tierno, conmovedor y tierno fué también el elocuente discurso que el Ilmo. Señor Obispo pronunció, después del Evangelio de la Misa, á propósito de la solemne función que se celebraba.

La fiesta del Centenario del Sagrado Corazón de Jesús

se celebró en la iglesia Catedral con asistencia de todos los empleados civiles y con la mayor solemnidad posible. Pontificó el Rmo. Señor Vicario General, quien dispuso de antemano por una circular, que tanto en la iglesia Catedral como en las parroquiales de la Diócesis, se hiciera en dicho día la comunión reparadora, la que, en casi todas las iglesias de esta ciudad, fué numerosísima. La vispera por la noche hubo repiques de campanas, iluminación general de la ciudad y se veía en casi todas las casas y tiendas la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en altares más ó menos lujosos según la proporción de cada persona."

Cantón de Otavalo.—“Debo comunicar á U. como su corresponsal en la obra del Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús, los admirables adelantos que se han alcanzado en esta ciudad en este último mes dedicado á su culto, por haber coincidido casi milagrosamente la gran festividad del *Corpus* con la del segundo Centenario del culto que debemos rendir al Divino Corazón.

Si ustedes en la Capital, en aquel hermoso centro del Catolicismo, han presentado á la faz del universo un espectáculo grandioso, con el que han llenado de regocijo los corazones de todo el que tiene la dicha de ser católico, con la solemnidad del día 21; nosotros, acá en este rincón del mundo, que también tiene la gloria de pertenecer al Ecuador, hemos procurado hacer lo posible en proporción á las circunstancias de escasez, por las que atraviesan estos pueblos, para llenar los descos de todos los Congregados, y especialmente del venerable Cura Director de la Asociación, cuyo entusiasmo y celo religioso es admirable y muy propio para levantar el espíritu católico.

Se dió principio el día miércoles, vispera de *Corpus*, á una devota novena la misma que el R. P. Proano tuvo la bondad de mandarme pocos días antes. Según su método fueron congregados, en cada uno de los días de la novena, las clases sociales, principiando por los niños de ambos sexos, y el día jueves de la octava, desde las doce del día, estaba la ciudad endoselada, aunque pobremente. Por la noche había altarcitos en algunas puertas de calle, ventanas y tiendas, en donde se manifestaba á la vista algún cuadro grande ó pequeño, que representaba la imagen del Corazón de Jesús: las calles estaban iluminadas, y la banda de música tocaba en la puerta del templo y en la esquina de la plaza; había también bastante animación y se notaba el entusiasmo por hacerlo mejor, cada uno en proporción, para solemnizar la fiesta. La Jefatura Política tomó parte acti-

va para esta solemnidad, contribuyendo eficazmente la Policía.

El día viernes 2 de este mes, y primer viernes de julio, tuvo lugar la fiesta por ser el propio día destinado para ella. Por la mañana á las seis y media una misa rezada, en la cual se repartió el Pan de los ángeles á más de cuatrocientas almas, todo con el mayor orden y la seriedad que exige tan solemne ceremonia; y mientras esto sucedía, el coro cantaba los himnos dedicados á su culto.

A las nueve del día se celebró la misa solemne de la fiesta, cantada por su Director, y después del ofertorio se descubrió á la Majestad, la que permaneció expuesta para la adoración de los socios hasta las cinco de la tarde, que después de la distribución de costumbre, con el propio trisagio del Sagrado Corazón, fué reservada la Majestad para dar principio á una hermosa procesión en la que recorrió la ciudad un hermoso cuadro que representa al Buen Pastor, colocado en una andas lujosamente adornada y terminó á las seis de la noche, permaneciendo las calles endoseladas hasta el fin de la procesión.

La procesión se componía de un número considerable de niños, que cada uno llevaba su bandera nacional, formando dos alas, luego seguían las niñas que alumbraban, en seguida la gente del pueblo, es decir las *bolsicanas*, luego las señoras en gran número, y finalmente los hombres más notables del lugar, por cuya razón se extendió á más de tres cuadras: todos cargaban la medalla con el lazo punzó al cuello.

Estas demostraciones religiosas, por pequeñas que sean, son de gran consuelo para un católico; pues hacen conocer que no se ha extinguido la fe en los habitantes de esta República, y que los obreros del mal no pueden adelantar mucho en su trabajo.—*José Mariano Rodríguez.*"

Ciudad de Tulcón.—En ésta, como en todos los pueblos de su Vicaría, se verificó la comunión reparadora del 21 de junio, y se celebró la fiesta del Santísimo Corazón de Jesús.

DIÓCESIS DE GRAYAQUIL.

En el más hermoso é importante puerto de la República, á pesar de la ausencia del Ilmo. Sr. Obispo se solemnizó el Centenario con bastante pompa y sobre todo con el ter-

vor de las almas piadosas, que son como las que suplen por tantos indiferentes embebidos en sus negocios y olvidados de las cosas del Cielo.

Hábase publicado de antemano el programa de la festividad por la celosa Junta Promotora, compuesta de los señores Canónigo Dr. Nicanor Corral, D. Fernando García Drouet y D. Juan Francisco Baquerizo.

Por su parte "El Anotador," que sostiene con tanta valentía las buenas ideas religiosas y políticas, dió á luz un editorial, casi á la vispera de la fiesta. En él encontramos el siguiente documento, que será eterno título de gloria para su autor. Es la circular del Sr. Dr. D. Modesto Jaramillo, Gobernador de la Provincia del Guayas. Dice así:

Guayaquil, junio 18 de 1886.

Señor.....

La religión y el patriotismo á una, piden la celebración del Centenario del Santísimo Corazón de Jesús, Patrón de la República; y por ella me dirijo á la conocida piedad y entusiasta patriotismo de Ud. invitándole á que honre con su asistencia las fiestas que, en la vispera y el día, se celebrarán en la santa Iglesia Catedral de esta ciudad.

Católico y republicano magistrado de esta Provincia, me enorgullezco de pertenecer á los hombres de fe y de civismo, en cuyo número se cuentan los verdaderos amantes del país y de la prosperidad de éste, á la sombra del Lábaro Divino, enseña gloriosa de la Religión que ha civilizado al mundo y en la que se funda la felicidad de los pueblos.

De U. A. S. S.—*El Gobernador de la Provincia.*

El mismo funcionario dió y promulgó el siguiente Decreto:

MODESTO JARAMILLO

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DEL GUAYAS & &

Considerando:

1º Que la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, bajo cuya protección se ha puesto la República, debe celebrarse con la solemnidad y el esplendor debidos á tan augusta advocación.

2º Que es un deber de todo pueblo cristiano y de todo gobierno culto solemnizar, con el aparato religioso posible, el sagrado nombre de Dios en cualquiera de sus grandes manifestaciones, para desagrarle de las ofensas que le irroga la incredulidad ó implorar su divina protección.

Decreto:

1º Se declara fiesta el día 21 de los corrientes, á cuya virtud permanecerán cerradas todas las oficinas públicas de Estado y los establecimientos industriales y de comercio.

2º La víspera, esto es el 20 por la noche, se iluminarán los edificios públicos y de particulares; las bandas militares tocarán retretas en la plaza de "Bolívar" y las campanas de todas las iglesias repicarán de media en media hora, desde las 8 de la noche hasta las diez.

3º El día de la festividad se izará el pabellón Nacional en todos los edificios públicos; la Brigada de Artillería Sucre hará las salvas de ordenanza y las bandas militares darán retreta en la plaza de "Rocafuerte" á la hora de costumbre.

4º A las 9 de la mañana se celebrará en la Iglesia Catedral misa solemne de gracias, con asistencia de las corporaciones civiles, militares y religiosas.

5º Para solemnizar la procesión que el Cabildo Eclesiástico, tiene dispuesta para este mismo día, habrá asimismo asistencia general, y en ella se observará el orden siguiente:

A. Romperá la marcha la Artillería "Sucre" con su banda de música, en columna cerrada.

B. La cruz alta en el centro de la calle, y las comunidades religiosas y el clero formando ala.

C. La Majestad con su escolta de honor.

D. Empleados de Gobierno.

E. Cuerpo Consular.

F. Corte Superior.

G. Municipalidad.

H. Empleados civiles.

I. Militares francos.

J. Personas piadosas del público.

K. Institutos de instrucción pública.

L. Sociedades de Beneficencia.

M. Cuerpo contra Incendios, y

El batallón N° 1º que cerrará la marcha.

6º El Jefe General de Policía queda encargado de la ejecución del presente decreto.

Por tanto, y para que llegué á noticia de todos, publíquese por bando, imprímase, circúlese y comuníquese á quienes corresponda.

Dado en la sala del Despacho de la Gobernación de la Provincia, sellado y refrendado por el Secretario en Guayaquil, á 18 de junio de 1886.

M. JARAMILLO.

Luis M. Jaramillo,

Secretario.

Además de la función religiosa que tuvo lugar en la Catedral, por la tarde recorrió las principales calles de la ciudad el Santísimo Sacramento acompañado por suntuosa procesión. Hé aquí los datos que acerca de ella encontramos en el antedicho periódico:

“La concurrencia fué numerosísima y la mayor parte la componía el sexo bello.

Las congregaciones de las “Hijas de María,” y “Beneficencia” concurren con todo el personal que las componen, distinguiéndose éstas por las divisas que tienen adoptadas.

El Señor Gobernador presidió la ceremonia: el Cabildo eclesiástico, la Brigada de Artillería “Sucre,” el cuerpo de Bomberos y multitud de personas de ambos sexos contribuyeron á solemnizar la fiesta en la que no ha habido desórdenes que podamos anotar.”

DIÓCESIS DE PORTOVIÑO.

De la capital de aquella diócesis, que puede llamarse todavía extensa y difícil misión, nos escribían poco después del 21 de junio:

“Hemos celebrado la festividad del Sagrado Corazón con la solemnidad que ha sido posible. Durante los días de la novena tuvimos misa cantada, con exposición del Santísimo Sacramento, por la mañana; trisagio y bendición con el Santísimo, por la noche. Las vísperas de la fiesta cantó el Ilmo. Sr. Obispo. El día mismo, misa solemne y comunión reparadora por la mañana; trisagio y acto de consagración por la noche, todo delante de la Majestad expuesta.”

APOSTOLADO DE LA ORACION.

Intención general para el mes de enero,

DESIGNADA POR EL EMMO. CARDENAL PREFECTO DE LA PROPAGANDA, Y BENDECIDA POR LA SANTIDAD DE LEON XIII

LAS ALMAS FERVOROSAS.

Quando encarecíamos, no há mucho, la necesidad de la sincera y generosa conversión de la multitud de católicos ti-

bios, decíamos á nuestros asociados: tal es la condición indispensable para el advenimiento del reino de Dios; los milagros del Corazón de Jesús no aguardan para dejarse ver en todo su esplendor sino que se despierten de su letargo, y somnolencia esas almas buenas si, pero lánguidas y perezosas.” La razón es porque en el insondable santuario de sus eternos y amorosos designios tiene el Señor decretado que, entre la multitud de pecadores, existe siempre cierto número de *almas fervorosas* que merezcan las divinas misericordias y aceleren el triunfo que tanto anhelamos.

Y no sin razón, porque en el orden sobrenatural de la gracia, esas almas son, con respecto á las tibias y pecadoras, lo que en una sociedad bien organizada las clases poderosas ó influyentes para las humildes é inferiores. Forman por decirlo así, la *aristocracia de las almas*, y podemos considerarles en alguna manera, no de otra suerte que á los varones apostólicos, como la sal del mundo, como la levadura de la humanidad, la luz del mundo.

Como sal de la tierra deben preservar de la corrupción á la multitud de creyentes con quien viven confundidos. Cúmpleles como á levadura generosa hacer que fermente la sociedad con el calor santo de la caridad. Cual luminosas antorchas, su destino es disipar las tinieblas que les circundan, llenando con los suaves resplandores de su virtud los ámbitos de todo el edificio. “Tengo para mí, escribía Santa Teresa, que, quien con la ayuda de Dios hace constantes esfuerzos por subir á la perfección, jamás va solo al cielo. Lleva en su compañía un numeroso ejército, pues, como á valeroso capitán, concédele Dios Nuestro Señor soldados que militen y triunfen bajo su mando.”

■

Si preguntare alguno ¿porqué los *milagros* del Sagrado Corazón exigen, para manifestarse al mundo, la intervención de estas almas elegidas? El respetable P. Ramiere, de piadosa memoria, responde, porque esas almas completamente dóciles á las benéficas influencias del Sagrado Corazón de Jesús, danle en cierto modo, un poder que el Señor se ha negado á sí mismo.”

Y en efecto: no parece sino que al fundar Cristo Señor Nuestro su Iglesia y al establecer que los hombres se salvaran en ella por medio de otros hombres, se despojó á sí mismo, salvo casos excepcionales, de la facultad de santificar las almas sin nuestra cooperación. bien así como al criar la gran familia humana se vedó la creación de hombres sin el

concurso de otros hombres. Diríase que el Divino Maestro no vino á la tierra sino á buscar cooperadores. Míralos no sólo como á soldados, amigos, hermanos, sino lo que es más, como á bienhechores suyos, puesto que á su fervor debe él verse libre de esa especie de impotencia de obras por sí mismo á que le ha reducido la tierna y amorosa Providencia de su Padre." Semejante á un motor poderoso que sufre y se queja cuando las ruedas á que debía comunicar su fuerza motriz, se resisten á recibirle, el Divino Corazón exhala sentidas quejas al no encontrar los instrumentos que necesita para comunicar la vida al mundo" (1)

Pero ¿y cuáles son esos instrumentos á quienes á grito herido llama el amante Corazón de Cristo, sino esas almas fervorosas, á él sin reserva consagradas? ¿No son éstas las únicas capaces de desempeñar cumplidamente tan glorioso cometido? Así nos lo enseñan de consuno la Sagrada Escritura y la Tradición. "¿Cómo te atreves, dice el Señor al pecador y al tibio, á hablar de mis mandamientos, y á tomar en tus labios mi alianza?" (2)

No quiere decir esto que el pecador y el tibio estén completamente dispensados del deber de tributar el homenaje de sus alabanzas á ese mismo Dios á quien ultrajan con sus deslealtades ó contristan con sus descuidos. Mas al haberlo, ¿no puede decirse de ellos, con San Gregorio que "derriban con la siniestra lo mismo que tratan de levantar con la diestra?" Ahora bien ¿cuál es la más preciada cualidad de un buen instrumento sin esa absoluta y omnínada docilidad en manos del Divino Artífice, que es justamente el rasgo más característico de las almas fervorosas?

Y en qué podemos decir que consiste con toda exactitud este *fervor*, digno en verdad de los más vehementes y continuas aspiraciones de nuestro espíritu, y del cual, contraponiéndolo á la tibieza de las almas lánguidas y al helado frío de muerte propio de los criminales, dice el Espíritu Santo: "¡Ojalá tuvieses calor en el corazón!" *Utinam esses calidus* (Apoc. III, 15)

En la acepción más general de la palabra, el fervor no es una cosa diferente de la caridad divina, sino una de sus cualidades, por cierto, la más preciosa y excelente. Y así con toda verdad podemos decir de él, lo que de la devoción el gran Obispo de Ginebra: "No es otra cosa que un verda-

(1) Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús (II parte, 2^a consideración)

(2) "Quere tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per osium?" (1^a Pe. 2^a 16.)

dero amor de Dios; pero no un amor cualquiera. . . . Entre la caridad y el fervor no hay mayor diferencia que la que existe entre el fuego y la llama. . . . Si la caridad es leche, el fervor es la nata; si aquélla es una planta, éste su flor; si una piedra preciosa, el fervor es su brillo; si la caridad es bálsamo delicado, el fervor es su fragancia—ese olor de suavidad que conforta á los hombres y regocija á los ángeles. (Introd. á la vida devota, cap. 3º)

Con no menos exactitud puede igualmente afirmarse que el fervor se identifica con el *celo*, tomada así misma esta palabra en su más lata acepción, es decir en cuanto significa el vivo interés con que se procura la propia y la ajena santificación. En efecto ¿qué es el celo, en expresión del mismo Santo Doctor, sino la irradiación y la llama del amor? “Cual es el amor, ha dicho este insigne varón, tal es el celo que no es sino su ardor”, ó en otros términos *el fervor*.

Por lo demás, es manifiesto que, al hablar de almas fervorosas, no tenemos en cuenta lo que ordinariamente se llama *fervor sensible*, sino sólo aquella especial perfección de la caridad que los maestros de la vida espiritual conocen con el nombre de *fervor de la voluntad racional, ó de apreciación*, “*fervor aestimativus*” (1). Ciertamente que el fervor sensible tiene sus ventajas y aun su mérito, pues no en vano San Ignacio exhorta á sus hijos á que *procuren la devoción cuanto la divina gracia les comunicare* (2). Mas, á pesar de ello, ¿quién podrá desconocer que se halla expuesto á continuos excesos y que, cual el agua hirviente, se derrama no pocas veces sin otro resultado que el de apagar el fuego que lo avivaba?—Como, al mismo tiempo que de causas superiores del orden sobrenatural de la gracia, depende también de las inferiores del orden natural y terreno, vécela constantemente fluctuando en un continuo vaivén de consolaciones y desolaciones, en las que ejercen no pequeño influjo las varias afecciones de la sensibilidad y aun las disposiciones físicas de la parte material.

Por lo que respecta al verdadero fervor de la voluntad que, según el mismo San Ignacio consiste en darse á la práctica de las *virtudes sólidas y perfectas. . . . procurando andar adelante en la vía del divino servicio*, es claro que en ninguna manera depende de esas alternativas y vicisitudes

1] *Charitatis subjectum non est appetitus sensitivus, sed appetitus intellectivus, id est voluntas.* (S. Th. 2. 2. q. xxiv, a. 1.)

2] *Devotioni quaerendae pro mensura gratia Dei ipsis communicatae insistant.* (Sum. Const. 21.)

en que no toma parte alguna la voluntad. Y ¿quién puede temer exceso en el fervor de la caridad, si la *medida* del amor que á Dios se debe es *amarle sin medida*? “*Modus diligendi Deum, dice San Bernardo, est diligere sine modo.*”

Hé aquí por qué San Basilio es, á no dudarlo, quien nos da la más cabal y perfecta idea del fervor al definirlo; “un deseo vehemente, firme y continuo de agradar á Dios en todas las cosas.” (1) Deseo vehemente, y que por lo mismo nada tiene de común con aquél que da la muerte al perezoso de los Proverbios (Prov. XXI, 25); deseo, á la vez que firme eficaz, que no se arredra ante las dificultades del trabajo; deseo incontrastable en su perseverancia porque se reemplaza sin cesar en el fuego del amor divino. Que no hay perseverancia en el obrar, como más tarde escribió San Agustín, cuando falta el *fervor* on el amor”. (2)

II

Pero ¿no hay acaso grados aun en este mismo fervor de la voluntad superior? Sí que los hay, pues siendo la caridad obra enteramente divina, procede en todo con orden y concierto: *Ordinavit in me Charitatem.* (Cant, II, 4). Lo que por consiguiente importa es que todos subamos, poco á poco y gradualmente sí, pero sin tregua ni descanso por esa misteriosa escala de Jacob que desde esta tierra de maldición se levanta airosa y llega hasta la patria de bendición. Tal era la ferviente plegaria del gran Apóstol de las gentes en favor de los fieles de Filipo (3) ya que el mismo Espíritu Santo compara el *sendero de los justos* á la naciente aurora, cuya luz va creciendo por momentos hasta la *plenitud del día* (Prov. IV, 18).

Parécenos útil indicar aquí cuáles sean estos grados que no son únicamente los de la caridad y del fervor, sino también, para hablar con el Santo Autor de los *Ejercicios Espirituales*, los de la humildad y de toda perfección.

1º La primera disposición del alma que emprende el camino de la vida espiritual consiste en que esté pronta á sacrificarlo todo, aun la propia vida antes que consentir en

1) Fervorem esse existimo cupiditatem vehementem, stabilem, constantem, placendi Deo in omnibus. (Basil. regul.)

2) Quis est longanimis in bono opere perseveranter manendo, nisi ferreat diligendo? (Aug. tract. lxxxvii. in Joan.)

3) Hoc oro, ut charitas vestra magis ac magis abundet. (Phil. I, 9.)

mancharse con un pecado mortal: disposición indudablemente necesaria para la salvación eterna y que sin embargo basta con la gracia divina para poblar el cielo de mártires. Cuando este horror á la culpa grave va echando hondas raíces en el corazón y manifestándose cada vez más vivo y profundo, comienza á ser un distintivo peculiar del alma fervorosa: pero imaginaos, por un instante, que vacile este sólido fundamento de toda santidad, y el supuesto edificio de perfección cristiana no será más que ilusión y mentira. Desplómase al punto y húndese en el abismo del pecado y de la muerte.

2º. Empero lo que con más precisión caracteriza mejor y da á conocer la índole privativa del alma fervorosa, es el odio y detestación del pecado venial sobre todas las calamidades posibles, sobre toda clase de males que pudieran amagar nuestra fugaz existencia en este mundo. Revélase entonces tan fuerte y generoso nuestro amor para con Dios, que no hay linaje alguno de sacrificios que no estemos resueltos á arrostrar denodadamente á trueque de desviar, en cuanto pudiéremos, de la Sacrosanta Majestad de Dios, un mal que se le opone realmente y deslustra el esplendor de la gloria divina.

¡Oh sí! hé aquí la primera y principal disposición del alma que cifra en el fiel cumplimiento de todos sus deberes el ardor de su razón depurada por la fe (1). El Angel de las Escuelas nos presenta también al pecado venial como directamente opuesto al fervor de la piedad: “Los pecados veniales, dice, aunque incapaces de extinguir por sí solos la caridad en sí misma, arrebatánle sin embargo el fervor de sus actos” (2) Y cuál de los asociados á los intereses del Divino Corazón no repetirá con todo el entusiasmo de su alma en compañía del glorioso Leonardo de Puerto Mauricio: “Sí, lo juro! No tengo sobre el haz de la tierra más que un solo enemigo—el pecado; pero declárole guerra á muerte, guerra sin treguas, guerra hasta morir.”

Y verdaderamente que, ó nada tenemos de fervorosos, ó tal debe ser el grito, tal la exhalación que se escape de lo más íntimo de nuestra alma cuando reconocemos haber sido víctimas del pecado venial y más aún cuando lo somos de aficiones levemente pecaminosas, aficiones ó apegos que no

1) Fervor est obsequium ratione calens. (Pet. Chrys. Serm. cix).

2) Peccata venialia etsi non contrariantur charitati, quantum ad habitum, contrariantur tamen ei quantum ad fervorem actus. (S. Th. 3 p. q. lxxxix, a. 4, ad 1.)

son mas que una voluntad mal disimulada de continuar habitualmente en el pecado.

3º El odio y detestación del pecado venial no, es sin embargo, la meta de las continuas aspiraciones de un corazón dilatado por el fervor de la caridad. A medida que el amor toma creces en el alma, tórnase ésta mas generosa y magnánima para los nuevos sacrificios que este mismo amor le inspira.

En efecto, si paramos mientes en la singular manera con que nuestra inteligencia se levanta á un conocimiento cada vez menos imperfecto de la Divinidad, observaremos que lo consigue por medio de la comparación de las criaturas entre sí: contéplalas, ya solas, ya reunidas, y formando el maravilloso conjunto del universo, para que de esta suerte resalte más y brille con nuevo y creciente esplendor la hermosura y magnificencia de sus perfecciones; y luego atribuye á Dios, como á fuente inexhausta de todo bien, de un modo eminential y superior cuanto de bueno, perfecto y hermoso descubre en ellas, apartando eso sí los defectos, imperfecciones y fealdades que les son inherentes. Pues bien, de una manera semejante, enciéndese más y más el amor por medio de comparaciones sucesivas, cuando por el menor grado de gloria divina sacrifica desde luego la fortuna y demás bienes exteriores; luego, las comodidades y el bienestar, la voluntad propia, el cuerpo y aun la misma vida; por ultimo, renuncia, cuanto es de su parte, juntamente con los consuelos interiores y otros dones sobrenaturales, hasta los mismos grados de gracia en este mundo y los de gloria en la eternidad. ¡Cuál será, según esto, la intensidad del amor, cuáles los ardores de la caridad en que se abrasan aquellas almas felices que, con la contemplación de nuestro amabilísimo Jesús abrumado de ignominias y dolores, prefieren gustosas, en los transportes de sus amorosos deliquios, abrazarse con la pobreza, con los dolores, desprecios é ignominias, sin interés alguno personal y sólo por parecerse más á su dulce Jesús pobre, dolorido, despreciado y tenido por loco é insensato!

“¡Oh amor! exclama San Agustín, oh creces del amor! oh muerte á sí mismo! oh feliz unión con Dios!” (1) Y cuantos han amado de veras á Cristo en el trascurso de tantos siglos han hecho suya esta ferviente plegaria de un corazón magnánimo y maravillosamente encendido en el amor de Dios. *Sine fine quærendus qui sine fine amandus.* (2)

1) O amare! O ire! O sibi perire! O ad Deum pervenire.—
(Aug. serm. clix.)

2) Aug. (in Ps. civ, 4.)

Ahí están, si no, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz pidiendo por única recompensa de su amor, los desprecios y los tormentos ó la muerte. Ahí, Catalina de Sena rehusando la corona de rosas y estrechándose, ebria de amor, la ensangrentada diadema de su Esposo crucificado. Ahí, esa inmensa muchedumbre de almas fervorosas, que con fervor siempre nuevo, suben sin cesar esa bienhadada escala, de la que escribía San Bernardo: "El alma que sube por sus peldaños, jamás cree haber llegado á su término: jamás dice *basta!* Sino que abrasada por insaciable hambre y sed de la justicia, anhela continuamente por mayor santidad; y aun cuando estuviese cierta de su inmortalidad, su mayor afán sería siempre ir de bien en mejor."

Ibunt de virtute in virtutem, dice el Salmista; y San Jerónimo añade: "Si el ir hacia abajo es propio del pecador, eslo del justo el ir siempre subiendo." *Peccator descensiones, justus autem in corde suo ponit ascensiones.* (In ps. LXXXIII, 8.)

III

Para animarnos de una manera eficaz á subir constantemente por esa misteriosa escala, bastaría el que pudiéramos recorrer algún tanto el velo que oculta á nuestras miradas, demasiado terrenas, los maravillosos encantos del *fervor*, según la célebre sentencia de Platón: "Si la virtud se nos presentare con toda su gracia y lozanía, la amaríamos con inefable amor." *Mirabiles amores excitaret.*

Y á decir verdad: "sólo el amor fervoroso embellece las almas, así como el pecado las afea." (1) Convicne con este pensamiento del Obispo de Hipona, el de San Bernardino de Sena quien, después de suponer que si todas y cada una de las gotas de agua que contiene el Océano, y todos los granos de arena que cubren sus playas, se convirtieran repentinamente en otros tantos cielos poblados de lucientes astros; no vacila en afirmar que tanta magnificencia y hermosura sería apenas pálida imagen de la encantadora belleza de una sola alma verdaderamente fervorosa. (2) Pero ya que sobre la tierra no nos sea dado el contemplar en sí misma tan singular hermosura, abramos por lo menos el libro de la *Imitación de Cristo* y veamos allí, en ese magnífico

1) *Anima nostra foeda est per iniquitatem, amando Deum pulchra efficitur.*—Aug. Tract. in Ep. I Joan.—

2) *Omnis pulchritudo eorum simul sumpta non posset aequari pulchritudini unius animae.*

himno en que se cantan las alabanzas del amor divino, cómo se revela al exterior el amor de un corazón fervoroso.

“Gran cosa es el amor, bien sobremunera grande: él solo hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual. Pues lleva la carga sin carga y hace dulce y sabroso todo lo amargo... El que ama, vuela, corre y se alegra... Fatigado no se cansa, angustiado no se angustia; espantado no se espanta, sino que como viva llama y ardiente luz sube á lo alto y se remonta con seguridad...”

Pero ¿á qué prolongar más la cita? Bástenos resumir el capítulo entero en esta frase que lo dice todo: “Si alguno АМЪ, conoce lo que significa esta voz.” (1)

Que es también lo que siglos antes había dicho el Profeta: “Gustad y veréis.” Si, es menester haberlo experimentado en si mismo para comprender algo de lo que es el amor divino. *Gustate et videte.* (Ps. xxxiii, 9.) Sólo entonces podía el alma fervorosa repetir con una Catalina de Génova: “Mientras más adelante, más y mejor entiendo que el hombre ha sido creado sólo para amar y gozarse en este puro y santo amor.” Sólo entonces hará suyo el ardiente deseo de una Juana Francisca de Chantal: ¡Oh! si yo pudiera hacer que todos experimentasen la dulzura que se siente al amar á un Dios tan amable! Ah! parece-me que todos los hombres morirían de amor.”

En cuanto á los efectos exteriores de este fervor de la caridad, los hemos dejado entrever desde el principio. El solo, comunicándose, cual activa llama, de uno en uno, basta para satisfacer la más vehemente aspiración del Divino Maestro: “Fuego vine á comunicar á la tierra, dice, y ¿qué quiero sino que arda?” “Así como un carbón, por frío que se lo suponga, se calienta y arde si se le acerca á un brasero encendido; de la misma manera una alma tibia cobra calor y *arde* no pocas veces, en llamas de caridad, con el trato de otra cuyo corazón sea como una hoguera de ese divino fuego.” (2) Y ¿cuál es sino este mismo el fin del Apostolado de la Oración? ¿No es del todo evidente que si nosotros fuéramos más fervorosos, haríamos en un solo día, como lo afirma un gran siervo de Dios, más de lo que ahora podríamos hacer en diez años? (3)

1) Si quis amat, novit quid haec vox clamet.—Imitat. l. iii, c. 5.—

2) Sicut carbo frigidus conjunctus igni ardenti fit calidus et ardens, sic tepidus socians se fervido et devoto fit sepe fervidus et devotus.—Thom. Kemp. *Hortul. rosar.*, cap. 1.—

3) El P. Jerónimo Lallemant, S. J.

Esto mismo se infiere por otra parte, de la identidad real que, como ya lo hemos dicho, existe entre el *fervor* y el *celo*, puesto que entrambos no son otra cosa que el *ardor de la caridad* mirado bajo diferentes respectos.

Entre los medios más eficaces para avivar en nosotros esta sagrada llama del fervor, ocupa, sin duda alguna, lugar preferente la seria y profunda meditación de los motivos que la encarecen: quiero decir, los innumerables beneficios é infinitas perfecciones de Dios Nuestro Señor. *Causa diligendi Deum, Deus est.* (1. Bern.) Y así el mismo Dios, infinitamente sabio y misericordioso no ha hallado, si vale el decirlo, un medio tan apto y excelente para mantener siempre vivo en las almas este fuego inextinguible, como el de manifestárenos bajo el aspecto más amable y conmovedor, dándonos á conocer las inefables dulzuras y riquezas de su amante Corazón. Y ¿adónde iríamos para nutrir el fuego de nuestra caridad, sino á ese mismo foco divino que le comunicó sus primeros ardores? *Unde coepit inflammari*, escribe bellamente San Ambrosio, *inde poscat igniri.* (Lib. x, cap. 84, ad Demet.)

Tenemos, además, la terminante promesa de Nuestro Señor con respecto á la devoción de su Sacratísimo Corazón: “Por su medio, las almas tibias se harán fervorosas y las fervorosas se elevarán con rapidez á gran perfección.”

Y ¿cómo no ha de producir frutos tan maravillosos esta santa y saludable devoción, sobre todo ahora que,—como decíamos el mes pasado,—se ha hecho tan práctica y á todos accesible, mediante la perfecta organización que hoy tiene nuestra santa Liga del Sagrado Corazón? ¿Cuál es, en efecto, el rasgo más característico y como la divisa de esta piadosa asociación, sino el excitar en todas ocasiones y aun el resolver á las almas á una participación cada vez más digna y frecuente del Sacramento de Amor? Ahora bien ¿qué remedio puede hallarse de más reconocida y poderosa eficacia contra el hábito de cometer faltas veniales y contra esa especie de marasmo de la tibieza, que este angusto y adorable Sacramento que, como afirma Santo Tomás, es el reparador de las menzugas que con el trato del mundo, padecen diariamente el fervor y la piedad? ¿No es, por ventura, el Corazón de Cristo en el Sacramento de su amor ese “carbón encendido,” como le llama San Juan Damasceno,—*carbo ignitus*—que avasalla y extingue por completo todo fuego, toda llama que no sea la del amor divino? *Ubi Christi ignis operatur, diaboli necesse est vincatur incendium.* (Maxim. Taurin., Hom. de S. Lorenzo.)

Recordaremos también, para concluir, que esta devo-

eión hace familiar á una multitud de cristianos el ofrecimiento diario de sus obras, penas y sufrimientos al Divino Corazón: práctica de suyo muy fácil y que no asusta á los imperfectos; práctica empero sublime y admirablemente santificadora; sobre todo si se la renueva con frecuencia y con los sentimientos que excita y fomenta en los corazones que se han penetrado bien el espíritu de nuestra santa Liga.

Pidamos, pues, incesantemente al Corazón de nuestro amable Maestro que se digne propagar más y más todos los días este espíritu de oración, porque sólo con él vive el fuego de la caridad. (1) Así veremos multiplicarse en derredor nuestro el número de almas fervorosas y tendremos el consuelo de haber prestado el más importante servicio á la causa del Catolicismo, no sin haber contribuido á allanar el camino á una de esas ruidosas é inesperadas conversiones que en la historia de la Iglesia son como el desagravio del honor divino continuamente ultrajado.

1) *Devotionis ignis perpetua oratione fovendus est.*—Bonav. *De perfect. relig.* lib. II, c. 69.—

ORACION CUOTIDIANA PARA DURANTE EL MES.

Divino Corazón de Jesús, yo os ofrezco por medio del Inmaculado Corazón de María, todas las oraciones, obras y sufrimientos de este día, en desagravio de las injurias que recibís y por las intenciones con que sin cesar os inmoláis en el Sacramento del Altar.

Os las ofrezco particularmente por esas almas dichas cuyo fervor consuela á vuestra Iglesia, para que su ejemplo sea fecundo y se multiplique en la tierra el número de los verdaderos hijos de Dios.

EMILIO REGNAULT, S. J.

Traducido expresamente de "*Le Messager du Cœur de Jésus*," para *La República del Sagrado Corazón de Jesús*.

INTENCION ESPECIAL:

Por el buen éxito en la organización de la *Adoración nocturna* del Santísimo Sacramento en la Capilla Mayor del Sagrario.

Con aprobación eclesiástica.— *Quito*, á 24 de diciembre de 1886.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL TERCER TOMO

DE

LA REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

	PAG.
CONSAGRACION DE ESTA REVISTA AL SANTISIMO CO- RAZON DE JESUS.....	3
<hr/>	
DEVOCION Y CULTO AL SMO. CORAZON DE JESUS.	
La República del Sagrado Corazón de Jesús (<i>José Ju- lio Matovelle, Pbro.</i>).....	7
<hr/>	
PRIMER CONGRESO EUCHARISTICO DEL ECUADOR.	
CRONICA.—(<i>Manuel M. Pólit.</i>)	
§ 1°.—Preparativos.....	64
Programa del Congreso.....	70
§ 2°.—Sesiones preparatorias.....	72
Nómina de los Diputados.....	75
§ 3°.—La víspera de la fiesta.....	79
Acuerdo del Senado de la República.....	79
La iluminación.....	80
§ 4°.—La fiesta del Centenario.	
La comunión reparadora.....	84
Aspecto de la Capital.....	87
§ 5°.—La primera sesión solemne.....	93
Segunda consagración solemne del Ecuador al San- tísimo Corazón de Jesús y acto de desagravio por los crímenes sociales.....	149

§ 6°.—La Fiesta del Corpus.....	154
§ 7°.—La fiesta del Santísimo Corazón de Jesús.—La segunda sesión solemne.....	162
Adoración y consagración de todas las clases socia- les al Santísimo Corazón de Jesús Sacramentado...	197
§ 8°.—El 4 de julio—Visita del Congreso á Jesús Sa- cramentado.....	230
Velada de la "Juventud Católica" en honor de Santa Rosa de Lima.....	231
§ 9°.—La fiesta de Santa Rosa de Lima.—La tercera sesión solemne.....	294
Solemne juramento de los miembros del Congreso Eucarístico.....	324

ACUERDOS DEL CONGRESO EUCHARÍSTICO.

1. Adhesión á la Santa Sede.....	104
2. Colecta de las limosnas destinadas á la erección de la Basílica Nacional del Santísimo Corazón de Jesús.....	105
3. Congregaciones de la Santísima Virgen para jóvenes es- tudiantes.....	163
4. Consagración de las Diócesis de América al Santísimo Corazón de Jesús.....	164
5. Compromiso de los miembros del Congreso para fomen- tar la devoción al Divino Corazón.....	165
6. Fiesta del Santísimo Corazón de Jesús.....	166
7. Protesta contra la usurpación de los Estados Pontificios.	167
8. Lectura de libros prohibidos y malas publicaciones.....	168
9. Prácticas piadosas para fomentar la devoción eucarística.	295
10. Preservación de la masonería y demás sociedades se- cretas.....	297
11. Contra la inmoralidad.....	299
12. Educación de las niñas.....	300
13. Escuelas matinales de indios.....	301
14. Cooperación á la acción de la justicia.....	302
15. Enseñanza doméstica de la doctrina cristiana.....	303
16. Propagación de las buenas lecturas.....	304
17. Remedios contra el vicio de la embriaguez.....	306
18. Establecimiento de asociaciones piadosas, especialmente "Apostolado de la Oración" y "Conferencias de San Vi- cente de Paul".....	307
19. Círculos Católicos de Jóvenes.....	308
20. Unión de los católicos hispano-americanos.....	309
21. Liga de unión de los católicos ecuatorianos en el Santí- simo Corazón de Jesús.....	310

DISCURSOS Y POESIAS PRONUNCIADAS EN EL CONGRESO
EUCARISTICO

Alocución del Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito.....	94
Discurso del <i>Sr. D. Juan León Mera</i> , sobre el Centenario del culto al Santísimo Corazón de Jesús. . . .	109
Desahogo cristiano.—Oda del <i>Sr. D. Ramón Calvo</i> ...	119
Discurso del <i>R. P. Manuel J. Proaño, S. J.</i> , sobre la construcción de la Basilica Nacional.....	129
Discurso del <i>Sr. D. Belisario Peña</i> , sobre la consagración de las Diócesis de América al Santísimo Corazón de Jesús.....	170
Discurso del <i>Pbro. Dr. José Julio Matovelle</i> , sobre el reinado del Sagrado Corazón de Jesús.....	185
Discurso del <i>Sr. Dr. Camilo Ponco</i> , sobre la unión entre los católicos.....	312
Discurso del <i>Sr. Dr. Honorato Vázquez</i> , sobre la influencia del espíritu católico en la vida pública....	365

DISCURSOS Y POESIAS PRONUNCIADAS EN LA VELADA DE LA
JUVENTUD CATOLICA EN HONOR DE SANTA
ROSA DE LIMA.

Discurso de introducción.....	232
Discurso del <i>Sr. Dr. Alejandro Velasco</i> , sobre la belleza moral del amor á Jesucristo.....	234
Santa Rosa de Lima.—Poesía del <i>Sr. D. Joaquín Larrea L.</i>	247
Discurso del <i>Sr. D. Rafael Varela</i> , sobre la virtud de la castidad.....	249
Plegaria de la República del Ecuador al Smo. Corazón de Jesús.—Soneto del <i>Sr. D. Manuel M. Pólit</i> ...	258
Desposorio de Santa Rosa de Lima.—Soneto del <i>Sr. D. Manuel M. Pólit</i>	259
Discurso del <i>Sr. Dr. R. Aurelio Espinosa</i> , sobre la gloria de los santos comparada con la del mundo.....	260
Al combate.—Poesía del <i>Sr. D. N. Clemente Ponco</i> ..	269
Discurso del <i>Sr. D. Manuel M. Pólit</i> , sobre la superioridad de la belleza de los santos.....	271

LAS FIESTAS DEL 2º CENTENARIO DEL CULTO PUBLICO
AL SANTISIMO CORAZON DE JESUS. EN LAS DIO-
CESIS ECUATORIANAS.

Arquidiócesis de Quito.....	441 y 456
Diócesis de Loja.....	448
Id. de Riobamba.....	450
id. de Cuenca.....	503
id. de Ibarra.....	509
id. de Guayaquil.....	511
id. de Portoviejo.....	514

EL APOSTOLADO DE LA ORACION.

Intenciones generales (<i>R. P. Emilio Regnault, S. J.</i>)	
La reparación por medio del Santísimo Corazón de Jesús [julio de 1886].	52
Las víctimas de la francmasonería [agosto].	218
Las almas en estado de pecado mortal [setiembre].	283
Los herejes [octubre].	335
Los infieles [noviembre].	395
Las almas tibias [diciembre].	458
Las almas fervorosas [enero de 1887].	514

LAS FLORES DEL SANTISIMO CORAZON DE JESUS.

II—La B. Mariana de Jesús, Azucena de Quito.....	42
--	----

DOCUMENTOS PONTIFICIOS.

Breve en favor de la Compañía de Jesús.....	398
Carta Enciclica de la Santidad de León XII á los Obispos de Hungría.....	476
Carta Enciclica de la Santidad de León XIII á los Obispos de Lusitania.....	487
Nota del Cardenal Jacobini, Secretario de Estado de Su Santidad, al Vicepresidente de la República....	407

DOCUMENTOS EPISCOPALES.

del Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito.

Pastoral de 17 de junio, con motivo de la reunión del Con- greso Eucarístico y la celebración del 2º Centenario del culto público al Santísimo Corazón de Jesús.....	96
Pastoral de 28 de setiembre, á los ejércitos de mar y tierra	

de la República.....	392
Pastoral de 4 de noviembre, sobre los peligros del teatro...	414
Pastoral de despedida en su viaje á Europa, 8 de noviembre.	425

del Ilmo. Sr. Obispo de Loja.

Pastoral de 16 de marzo, sobre el 2º Centenario del culto público al Santísimo Corazón de Jesús.....	38
--	----

del Ilmo. Sr. Obispo de Ibarra.

Pastoral, del primer viernes del mes de María, sobre el mismo objeto que la anterior.....	32
---	----

ASUNTOS DIVERSOS.

La República ejemplar (<i>Mariano Soler</i> , Pbro.).....	345
El Colegio Pio latino americano en Roma (<i>Idem.</i>)....	357
Dos importantes documentos (<i>X***</i>).....	405
Deberes de los católicos cuatornarios (<i>X***</i>).....	469
Una carta de España (<i>Federico González Suárez</i> , Pbro.).....	375
Segunda carta de España.—Recuerdos de Santa Teresa de Jesús. (<i>Idem.</i>).....	427
Una visita á Lourdes (<i>Idem.</i>).....	495

POESIAS DIVERSAS.

Al Santísimo Corazón de Jesús (<i>sequentia—romance</i>)..	51
Alborada de junio (<i>Adolfo Gómez</i>).....	214
Al Sagrado Corazón de Jesús.—Soneto. (<i>Juan Abel Echeverría</i>).....	217
Dios y Patria.—(<i>Remigio Crespo Toral</i>).....	326
Al dulcísimo Niño Jesús (<i>Belisario Peña</i>).....	438
El Dios del Sacramento (<i>Miguel Moreno</i>).....	500
Ad beatam Virginem precatíones. (<i>Versos latinos de Su Santidad León XIII</i>).....	468

INDICE.....	525
-------------	-----

LA REPUBLICA
DEL SAGRADO
CORAZON DE JESUS

3